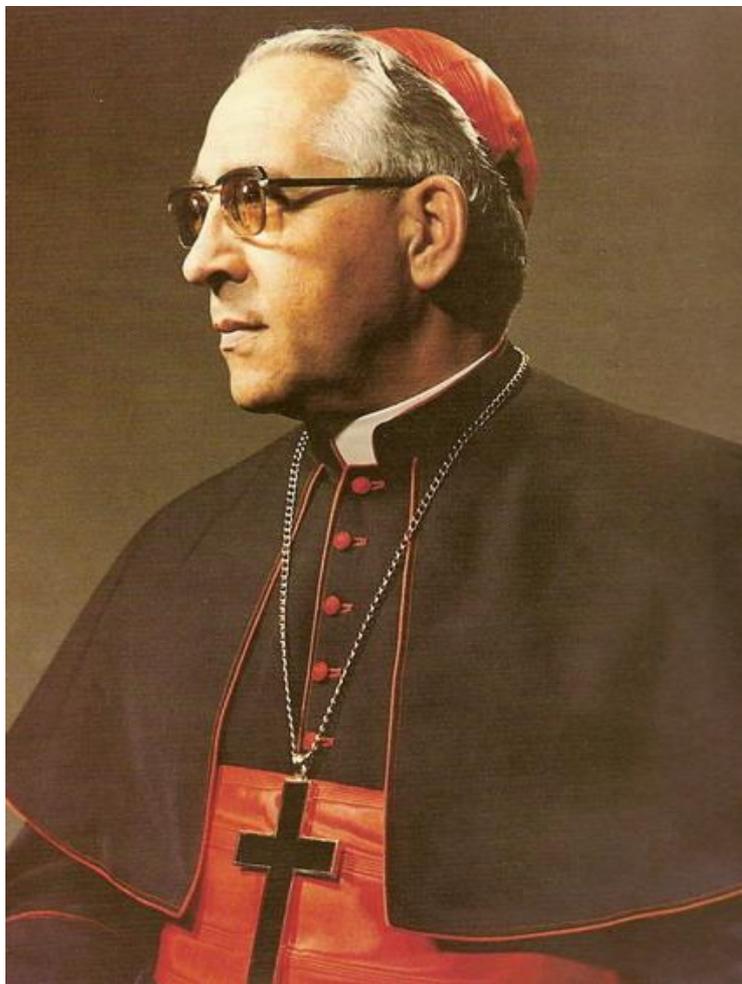


OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN



X

Prólogos

y

Comentarios al Evangelio

PRÓLOGO DE PRÓLOGOS

Siempre me sorprendió en el Cardenal Marcelo González Martín su buen “decir”. Me refiero a que, en los discursos, homilias y otras intervenciones espontáneas, el contenido de lo que expresaba no era únicamente de “buena doctrina” y estaba bien trabado; su dicción, manera de hablar, decir o pronunciar, atraía por su castellano sonoro y preciso sin caer en pedantería o frases complicadas. En el ser humano casi todo se aprende, y Don Marcelo en su niñez y juventud aprendió sin duda de maestros notables en tierra de “buena fabla”. Valladolid, en efecto, habla un buen castellano; yo mismo lo he escuchado en mis años de arzobispo pucelano.

El Cardenal ha escrito bien sobre muchos temas: cartas pastorales, homilias, debates, asuntos sociales, morales y políticos. Ha escrito sobre Cristo y sobre la Iglesia, de la Virgen, de los santos, de espiritualidad cristiana. También ha escrito Prólogos, esas pequeñas ventanas abiertas para mirar el interior de los libros, que nos disponemos a leer. Hoy prologo yo un libro, que contiene justamente multitud de prólogos que Don Marcelo escribió para libros, obras colectivas, para tesis doctorales, también prólogos a ediciones de la Biblia, o diccionarios, y un largo etcétera.

Destacan igualmente prólogos a libros sobre Toledo, ciudad a la que tanto amó y sirvió y en la que reposa en el interior de la Catedral Primada. Y me fijo, por devoción, en prólogos, que tienen que ver con publicaciones sobre la Liturgia de la Iglesia, algunos, ¡cómo no! sobre la liturgia Hispano-Mozárabe. Conocí muy de cerca el enorme esfuerzo del Cardenal para posibilitar que el “viejo rito” cobrara una nueva tradición ininterrumpidamente toledana, para que no fuera arqueología litúrgica.

En muchas ocasiones sospecho que esta obra literaria de Don Marcelo de prologar, fue debida a la amistad que él tenía con tantos autores de las obras aquí citadas, que le pedían ese favor para realzar su libro o publicación. En este sentido, veo con alegría que tuvo a bien prologar el libro “Práctica procesal canónica en las causas matrimoniales” de Félix López Zarzuelo. Este buen sacerdote vallisoletano, fiel y riguroso canonista, con una bondad y humildad tan grande como su pericia, seguro que convenció fácilmente al Cardenal para prologar su buen estudio canónico.

Tiene, pues, el lector una publicación peculiar, que le permitirá, de paso, penetrar en el espíritu del Cardenal de la Santa Iglesia, Arzobispo de Toledo, cuya vida y ministerio episcopal ha dejado huella imborrable en la andadura espiritual de esta Archidiócesis Primada en los últimos cuarenta años. Les sugiero que pongan su atención en los prólogos, que dan inicio a libros sobre nuestra Señora, la Virgen María, pues la pluma exquisita de Don Marcelo muestra todo su encanto; o sobre santos y santas, entre los que destacan los dedicados a Santa Teresa, sobre la que tanto predicó. En este elenco ¿podía faltar introducir obras sobre Juan Pablo II? No existe tal ausencia, porque sin duda entre el Pontífice y el Arzobispo toledano se dieron relaciones estrechas, y le recibió en Toledo y en Guadalupe durante el viaje apostólico a España en el año 1982. Había participado, además, en su elección en 1978. ¿Y cómo olvidar la celebración de

la Santa Misa en rito Hispano-Mozárabe, que el Papa presidió como Obispo de Roma en la Basílica de San Pedro, y en la que tanto tuvo que ver Don Marcelo, presentando de este modo la entonces reciente publicación del Misal hispano-mozárabe?

Quisiera finalizar mis palabras de presentación de “Prólogos” como si yo fuera todos y cada uno de aquellos agradecidos que pidieron a Don Marcelo un prólogo para su obra: “¡Gracias, Sr. Cardenal! ¡Dios se lo pague!”

+Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Toledo
Primado de España

NOTA DE PRESENTACIÓN

La Comisión preparatoria de esta edición de las Obras completas del Cardenal Arzobispo de Toledo, don Marcelo González Martín, se ha encontrado con la grata sorpresa de que se equivocó en sus previsiones. Se pensó en un primer momento que sería suficiente número el de ocho volúmenes. Pero el material ya reunido entonces hizo necesario el volumen IX. Han pasado quince años. Y tras el fallecimiento de don Marcelo, el repaso de su Archivo ya perfectamente ordenado ha mostrado nuevas canteras documentales, que exigían ampliar una vez más el marco bibliográfico inicial.

Esta es la razón que ha obligado felizmente a la Comisión a preparar el presente volumen X, de cuyo contenido adelantamos una breve relación. Dos son las Secciones que lo integran. Una, de prólogos; y otra, de comentarios al Evangelio.

Somos los mismos preparadores del tomo los que nos hemos visto sorprendidos ante la cantidad de presentaciones de libros, que redactó don Marcelo: 95 unidades, sin contar varios prólogos publicados en los volúmenes precedentes. Y con el número, la variedad de temas que, pese a su pluralidad, mantienen una permanente y común unidad de pastoral evangelizadora. La ordenación de estos materiales obedece a dos criterios: el primero, temático; y el segundo, cronológico dentro de cada tema.

En la siguiente, e igualmente extensa Sección de comentarios al Evangelio, hemos reunido las explicaciones, que don Marcelo fue redactando en torno a las lecturas de las misas dominicales, conforme a la nueva ordenación del Año Litúrgico. Fueron publicadas en el diario madrileño ABC, en los años 1996 y 1997. Y versaron sobre las lecturas del Ciclo A y el Ciclo B. Innecesario parece, por su clara evidencia, destacar la nota constante de actualidad, el permanente subrayado de las lecciones espirituales de los textos comentados, la preocupación pastoral que en todo momento sobresale en ellas, y la misma galanura, sobria, castiza, del castellano de la redacción.

Sólo nos queda advertir que queda pendiente un último volumen, cuyo título expresivo anticipamos, el de Magisterio espiritual, por razón de su espléndido contenido doctrinal.

Prólogos

Se reúnen en esta primera Sección todos los prólogos, que redactó el Cardenal don Marcelo González Martín para varias obras. Sólo se exceptúan aquellos, que han sido publicados en anteriores volúmenes. La ordenación se ajusta a dos criterios: El primero, temático; y el segundo, cronológico.

Biblia

NUEVA EDICIÓN DE LA BIBLIA

Presentación de la edición de la Biblia publicada por la Editorial Codex, 1970.

La difusión de las Sagradas Escrituras, promovida por la Iglesia, como respuesta a la misión confiada por Cristo y a la necesidad que todo hombre tiene de conocer la Palabra de Dios, ha sido ampliada extraordinariamente en estos últimos años.

A esta difusión han contribuido las llamadas constantes de los últimos Papas y del Concilio Vaticano II, las invitaciones de los obispos y sacerdotes, y la excelente colaboración prestada por numerosos seglares, los cuales, con la ayuda de distintas editoriales, en ediciones de diversa índole, se han esforzado por hacer llegar la Sagrada Escritura a todos los hogares y personas.

En esta edición hecha por Editorial Codex, que reproduce casi la totalidad de la Sagrada Biblia, se une al valor eterno del texto sagrado la excelente presentación tipográfica, que hace más atractiva la lectura a personas no especializadas en estudios escriturísticos.

Ojalá esta obra, digna de todo aprecio, encuentre acogida muy favorable y todos los que abran el libro sientan, junto con la fuerza del Señor, la necesidad de profundizar en el conocimiento de su palabra,

Barcelona, 23 de marzo de 1970.

UNA BIBLIA EXCEPCIONAL

Prólogo de la edición de la Biblia preparada por Benjamín Martín Sánchez, 1975.

La presente Biblia del Dr. B. Martín Sánchez es una Biblia verdaderamente excepcional, y sin duda única hasta la fecha, por llenar un gran vacío, que se notaba en el campo de la enseñanza, y digo excepcional por diversos motivos:

Por contener la historia de la salvación, todo lo esencial de la Biblia completa, y con las mismas palabras de los textos originales.

Por responder a todos los temas, que se plantean en el campo de la enseñanza religiosa.

Por las “reflexiones”, que siguen al texto sagrado, las que en su conjunto exponen el dogma y la moral al alcance de todos.

Finalmente, por el “índice alfabético de materias”, que hace que esta Biblia sea verdadero libro de consulta.

Toda ella, por exponer con gran claridad los temas de religión según las directrices del Magisterio de la Iglesia y tal como se reflejan en los concilios y documentos pontificios, no deja de ser un libro de orientación segura y, por lo mismo, lo recomendamos no sólo a los alumnos y profesores, sino también a las familias cristianas como libro de verdadera formación religiosa.

EL MENSAJE VIVO DE LA BIBLIA

Presentación de la edición de la Biblia preparada por el Profesor Fuentes Mendiola, 1983.

“Los obispos, como transmisores de la doctrina apostólica, deben instruir a sus fieles en el uso recto de los libros sagrados, especialmente del Nuevo Testamento y de los Evangelios, empleando traducciones de la Biblia provistas de comentarios, que realmente la expliquen; así podrán los hijos de la Iglesia utilizar con seguridad y provecho la Escritura y penetrarse de su espíritu” (*Dei Verbum*, 25).

Atento a esta doctrina, me ha producido gran satisfacción ver la aparición de esta nueva edición ilustrada de la Biblia, preparada y dirigida por el Prof. Fuentes Mendiola, de modo ágil y popular, como conviene al público al que va dirigida: personas deseosas de conocer mejor la Palabra de Dios, aquella que inspirada por el Espíritu Santo se contiene en los libros sagrados.

El subtítulo, que la acompaña, “Mensaje vivo”, me parece muy oportuno, por cuanto sugiere una característica particular y exclusiva de la Biblia: su perenne y constante actualidad. “Dios quiso que lo que había sido revelado para salvación de todos los pueblos, se conservara por siempre íntegro y fuera transmitido a todas las edades” (*Dei Verbum*, 7). De esta manera, con el correr de los siglos, los acontecimientos bíblicos siguen estando vivos, no sólo en el recuerdo de los creyentes, sino como savia que vivifica nuestras propias vidas. No olvidemos que la Palabra de Dios funda y mantiene la Iglesia; ella es la que da luz y orienta nuestras conciencias; la que, desafiando nuestros fallos y miserias, está siempre pronta a perdonar y devolvernos al camino de la Vida.

El mensaje de la Biblia, válido para los hombres de todos los tiempos, sigue siendo hoy tan actual como al comienzo de la historia de nuestra salvación. Ante cualquier peligro de involución materialista, en él encontraremos la luz que ilumina nuestro caminar cansino; la fuerza que acelera nuestro paso en la búsqueda de los valores verdaderos; la fuente revelada que nos llena de amor a Dios y al prójimo.

En la Biblia encontraremos también, por expreso querer de Dios, el porqué de los principales interrogantes, que inquietan al hombre de hoy: el sentido del dolor y de la muerte; la causa de los desequilibrios individuales y sociales, origen de envidias y de odios, causa de guerras enconadas entre quienes deberían tratarse como hermanos.

Al recomendar la lectura asidua de la Biblia, quisiera recordar, siguiendo el consejo del concilio Vaticano II, “que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración, para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues, como dice san Ambrosio, a Dios hablamos, cuando oramos; a Dios escuchamos, cuando leemos sus palabras” (*Dei Verbum*, 25).

Enero 1983.

RELATOS DE LA BIBLIA

Prólogo para la obra de Luis Moreno Nieto, titulada «Relatos de la Biblia», Toledo 1984.

Estimamos en su valor el esfuerzo que supone la obra presente. Relatos de la Biblia aspira a situar al alcance de los niños, que merecieron las preferencias de Jesús, la Palabra de Dios. Con toda la riqueza de su contenido, la profundidad de su mensaje, la elevación de sus enseñanzas. Palabra del Dios vivo, que es actual, de ahora mismo. Que va dirigida a cada uno de nosotros en nuestro contexto humano y cultural, en el momento presente. Que es siempre eficaz, porque lleva en su entraña la fuente misma de la fecundidad. Y que es al mismo tiempo exigencia viva de una respuesta de vida, de serio compromiso, de acción ineluctable.

De modo muy particular nuestros niños deben ser educados desde los primeros años en contacto directo con la Palabra de Dios. Las enseñanzas de la infancia se graban con fuerza especial en el corazón y en la mente infantil. Urge descubrir a los niños las riquezas de una Palabra, que es divina y humana al mismo tiempo, de matices riquísimos, y que se nos dice con amor. Eternamente Dios, nuestro Padre, nos habla al corazón. Nos habla también por su Hijo Jesucristo. Y nos deja en herencia su Palabra, invitación cariñosa a nuestra unión con Él.

Es muy estimable el esfuerzo que se pone en iniciar a los niños en el estudio de la Sagrada Escritura, en contacto fecundo con Dios, presente en su Palabra. Que la verdad del Evangelio, el espíritu de las Bienaventuranzas, nos penetre a todos con fuerza y vigor renovados.

Toledo, 8 de febrero de 1984.

EL SALTERIO, ORACIONAL COMPLETO REVELADO

Prólogo de la edición comentada de los salmos, preparada por el P. Justo Collantes, S.J., 1987.

“Toda la Escritura, inspirada por Dios, es útil para enseñar, reprender, corregir, instruir en la justicia; para que el hombre de Dios esté en forma, equipado para toda obra buena”, escribía san Pablo a su discípulo Timoteo (2Tm 3, 16ss). Pero dentro del conjunto de libros, que la constituyen –*Biblia*, es plural del sustantivo *biblion*, libro–, al libro de los Salmos corresponde un puesto excepcional. Los otros libros, sin duda bajo inspiración divina, nos hablan de Dios y nos enseñan a caminar hacia Él. El Salterio nos enseña directamente a alabarlo, invocarlo y darle culto.

En todo acto de oración debe cumplirse lo que santa Teresa dice de la oración mental: que sea “tratar de amistad” (*Vida* 8, 5) con quien nos ama infinitamente. Pero, ¡cuántas veces no encontramos las palabras justas para hablar con el Señor! En estas oraciones inspiradas, que son los salmos, de modo especial “el Espíritu acude en socorro de nuestra flaqueza. Pues no sabemos qué hemos de orar según nos conviene, mas el Espíritu mismo interpela por nosotros con gemidos inenarrables” (Rm 8, 26). Oramos a Dios con las palabras que Él mismo ha inspirado para ello.

La conciencia de poseer en este libro, en el Salterio, un oracional completo, cuyo autor principal es el mismo Dios, explica la estima, que desde los comienzos ha tenido por él la Iglesia. Por ello, la Iglesia utilizó enseguida los salmos en las acciones litúrgicas y los ha estructurado en la “Liturgia de las horas”, como “fuente de piedad y alimento de la oración personal” (*Sacrosanctum Concilium* 90). Debe saludarse, como un auténtico fruto de la reforma litúrgica posconciliar, la difusión de la “Liturgia de las horas”, al menos en sus elementos fundamentales, como Laudes y Vísperas, a sectores cada vez más amplios – también entre seglares– del Pueblo de Dios. De este modo son cada día más numerosos los cristianos que oran a Dios con las palabras inspiradas de los salmos.

Es muy grato recordar que el Salterio fue el libro de oraciones, que usó el mismo Jesús en su vida terrena, ya que lo era también para todo judío piadoso. Pero no olvidemos que fue María –como describía Juan Pablo II– la primera que puso estas oraciones al alcance de Jesús: “En su regazo y luego escuchándola, a lo largo de la vida oculta de Nazaret, este Hijo, que era el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad ha sido formado por ella en el conocimiento humano de las Escrituras y del designio de Dios sobre su pueblo, en la adoración al Padre” (*Catechesi tradendae* 73). Mientras desgranamos los salmos con los labios y con el corazón, nuestro recuerdo debería fijarse en estos nuestros dos grandes Maestros de oración, que dijeron al Padre las mismas palabras que ahora nosotros repetimos.

Es normal que plegarias, que fueron escritas en tiempo muy lejano del nuestro, necesiten de explicación y comentario para que podamos asimilarlas en todo su alcance. Muchas veces, sin conocer el contexto histórico en que se escribió un

salmo determinado, sería imposible entender cuál es su sentido. La meditación de los salmos presupone una explicación, que allane los obstáculos que dificultarían su inteligencia.

Este es el fin, que se propone el presente libro. Su autor, el P. Justo Collantes, S.I., es bien conocido, en España y fuera de ella, como excelente teólogo y también como buen escriturista. Su comentario a las cartas pastorales de san Pablo es una obra clásica. Considero un gran acierto que el enfoque del comentario, que ahora nos ofrece en este libro, sea precisamente el de una introducción a orar con los salmos: "La oración de los salmos". Sin embargo, como no podía ser menos, dada la competencia del autor, no hay en su obra consideraciones piadosas, que no se funden en el sentido estrictamente literal del texto. Tras la sencillez de sus palabras hay muchas horas de investigación y estudio sobre el texto mismo y sobre sus mejores comentaristas.

Al final de su comentario meditativo de cada salmo, resulta impresionante el colofón con que lo cierra: una breve oración construida con citas literales del salmo comentado, destila su quintaesencia. San Ignacio, en los modos de orar segundo y tercero de sus Ejercicios Espirituales, enseñaba a meditar, palabra tras palabra, textos de oraciones. Esta manera de degustación espiritual de esas breves oraciones permitirá asimilar la riqueza oracional de cada salmo.

Mientras felicito muy sinceramente al autor por el trabajo realizado, deseo que su obra produzca frutos abundantes en la vida interior de quienes con ella deseen profundizar más en la espiritualidad del Salterio.

Toledo, 31 de mayo de 1987, Solemnidad de la Ascensión del Señor.

Jesucristo

EL MENSAJE DE JESÚS

Prólogo para la obra «El mensaje de Jesús», de la que es autor Laureano García-Pablos, 1972.

Durante la conversación familiar de los miércoles, que siguieron a la fiesta de Navidad del año pasado, el Papa Pablo VI se propuso reflexionar en alta voz sobre Jesús, su aspecto exterior, su figura humana, su perfil moral. Y fue respondiendo ante diversos grupos procedentes de todo el mundo a preguntas como éstas: ¿Quién era Jesús? ¿Qué hizo Jesús? ¿Cuál fue la finalidad de su vida? ¿Tuvo una intención, un designio, un fin?

Algo parecido viene realizando en su feligresía de Plasencia don Laureano García Pablos, Párroco de San Esteban y san Martín. La modestia de los límites parroquiales no resta grandeza a su propósito: reavivar en los oyentes, y ahora en los lectores del libro, con espíritu de sinceridad y coherencia, un deseo que late en el corazón de todo cristiano, el de acercarse a Jesucristo, conocerlo, verlo, si fuera posible. Verle también, digo, porque el que ama, de alguna manera ve.

“El cristiano –asegura el Papa–, el que quiere ser discípulo de Cristo, el que siente la necesidad de unirse estrechamente a Él mediante los vínculos de su autenticidad y de la propia seguridad, tendrá siempre, como hombre de nuestro tiempo tan dominado por la civilización de la imagen, la necesidad instintiva de verle a Él, a Cristo, de ver cómo era su rostro, su aspecto, su porte, su persona...

“Pero este deseo permanece y revive, cuando surgen cuestiones sobre la genuina interpretación de su mensaje, y sobre el deber de adecuar nuestra conducta a su enseñanzas. Por lo demás, ¿no es esta la aspiración que está siempre presente en los personajes del Evangelio? Tomemos a Zaqueo en la narración de Lucas: “Hacía por ver a Jesús”; como era pequeño de estatura y estaba en medio de la multitud no lo conseguía; entonces se subió a un sicómoro y desde allí vio. Es más, fue visto por el Señor, que le llamó y le dijo que bajase, que quería ser su huésped aquel día (Lc 19, 1ss)”¹.

Al presentar esta páginas de *El mensaje de Jesús*, me agradecería poder contribuir a que, estimulados por el ejemplo del autor, todos los sacerdotes se esfuercen por preparar su predicación con fidelidad y con esmero. Ojalá se despierte también en el ánimo de quienes las lean, el deseo vivísimo de un aprovechamiento saludable. Escritas para la homilía viva, dominical o festiva, ofrecieron en su momento la figura y la obra de Jesús, y permiten ahora una lectura provechosa, apta para la reflexión y el compromiso serio.

¹ Allocución del 27 de enero de 1971.

Se aprecia en ellas la serena profundidad doctrinal de quien ha meditado mucho, el rigor y la exactitud en la expresión, la sencilla y eficaz pedagogía del pastor que conoce a sus ovejas, y sobre todo una unción religiosa, que nace del amor, y que al presentar la figura y la obra divina de Jesús no busca sino que Éste sea amado. El sacerdote que así predica, está en posesión de un secreto: el de que hoy, como ayer, no puede haber cristianos dignos de tal nombre y capaces de influir en la transformación del mundo, si no empiezan por asegurar en el interior de sus almas el conocimiento y el amor de Jesucristo.

Toledo, Fiesta del Apóstol Santiago, 1972.

A PROPÓSITO DE UNA VIDA DE JESÚS

Carta-prólogo de la obra del P. Braulio Manzano Martín, S.I., titulada «Jesús, escándalo de los hombres», 1974.

Querido P. Manzano:

He aceptado complacido la invitación que Vd. me hizo a escribir el prólogo de su libro *Jesús, escándalo de los hombres*. Más que lo que yo pudiera decir, que en nada aumentará el valor de la obra, latía dentro de mí, al aceptar su ruego, la conciencia del honor que Vd. me hacía con su invitación y, ¿por qué no decirlo?, una secreta dulzura, que llenaba mi alma, al pensar que se trataba de un prólogo a un estudio fiel de los Evangelios. Hubiera sido otro libro y me habría sido fácil pedir que me disculpara de contraer tal obligación, cuando tantas y tantas otras solicitan mi atención hora tras hora.

Pero al tratarse de Jesucristo me era imposible por dos razones. La primera, porque siento dentro de mí cierto temor a no hablar de Jesús, Señor nuestro, cuando se me pide que lo haga, por más que sea introductoramente, como sucede en este caso. Temo que una negativa, aunque pudiera hallarse justificada en mi propia pobreza, pareciese una falta de amor.

La segunda es más personal, pero no más íntima. Se la voy a confesar con humildad, ya que no se lo dije, cuando Vd. me visitó en Barcelona para exponerme su ruego. Toda mi vida de sacerdote, desde los años ya lejanos en que comencé a ejercer mi ministerio, he alimentado dentro de mí el designio de escribir una "Vida de Jesús". No me retraía del intento el que fuese una Vida más, seguramente poco valiosa y acertada. Yo quería escribir una Vida de Jesús, —¡qué desmesura!—, con atención preferente a eso que llamamos el hombre de hoy. Esto sucedía antes del Concilio Vaticano II. Los trabajos múltiples, en que tantas veces va quedando prendida la vida de un sacerdote, como la lana de las ovejas entre las zarzas, me impidieron realizar mi propósito.

No fueron obstáculo, sin embargo, para predicar y hablar de Jesús, de la vida de Jesús. Mucho, muchísimo. Ello me consolaba, no del todo, de la siempre aplazada determinación de dar forma y expresión literaria a tantas notas y apuntes como iba tomando en medio de mis meditaciones.

Por eso, cuando Vd. me visitó, sentí honda satisfacción al responder a una de mis preguntas, que a lo largo de su vida de jesuita había estado latiendo el deseo de obsequiar al Señor, escribiendo algo sobre los Evangelios. ¿Comprende ahora por qué me callé por respeto? Pensé que mediante un camino imprevisible alguien llegaba hasta mí, trayéndome en sus manos lo que yo no había sido capaz de hacer, por más que lo había deseado. Me contentaría modestamente con el prólogo. Pero acogería la invitación como una posibilidad de participar, aunque fuera tan escasamente, en lo que tanto había anhelado.

Después de la lectura que he podido hacer, en medio de continuas interrupciones, quiero expresar a Vd. mi más cordial felicitación por el trabajo realizado. Le diré por qué.

EL TEMA

En primer lugar, por el hecho mismo de escribir en sustancia una “Vida de Jesús”. No se trata ya de complacencias personales. Lo que merece mi felicitación es que alguien, saltando por encima de este campo de verbena de tantas publicaciones religiosas inútiles de ahora, nos hable del Señor y de su vida con amor y con fe.

Es como volver a rezar el Padre Nuestro, después de una chillona algarabía de gritos sin sentido, que quisieran pasar por plegarias; o también como contemplar el horizonte de la tierra eterna, por cuya posesión suspira el alma cristiana, a la que azotan sin piedad los vientos gélidos de los nuevos intérpretes, que hablan de cristianismo, inventándose un Cristo a su medida.

Unos y otros estamos diciendo y con razón que después del concilio Vaticano II la liturgia, la piedad, la predicación, el estudio de la religión, etc., han de tener una orientación más cristológica que nunca. Pero ¡qué horrible manipulación de la figura de Cristo está produciéndose a base de desconocimientos, olvidos, frases truncadas, conceptos preelegidos, preferencias caprichosas y tenaces supersticiones de tales o cuales ideologías sobre la limpia y completa verdad del Evangelio! ¡Cuánta falta de humildad para acercarse a quien dijo de sí mismo que era el único Maestro! (Mt 23, 8).

RIGOR Y NOVEDAD

Su libro es fruto de muchas lecturas y muchas horas de meditación enamorada y silenciosa. También de su conocimiento directo de la tierra del Señor. Es admirable la abundancia de ilustraciones gráficas de carácter histórico, geográfico, arqueológico, que lo enmarcan. Tanto que puede decirse que la obra es una aportación nueva, no sólo por la fuerza interior que la anima, en la cual radica siempre la originalidad más rica, sino en que ha sabido valerse de los avances de la técnica para proporcionarnos una documentación variada y espléndida, personal y en gran parte de primera mano. Viajero por los caminos de Jesús, ha verificado Vd., imitando al médico Lucas, las huellas del paso del Redentor. El lector viajará con Vd. por Tierra Santa y gustará de detalles, que restan fuera del alcance ordinario de los peregrinos.

La aportación es nueva también por otros motivos. No se trata de una obra de encargo, ni calcada en moldes ajenos; sí de un estudio propio, muy personal, represado, en el que la erudición se subordina voluntariamente al análisis de “la falsilla obligada”, que son los cuatro evangelios canónicos. Sabe Vd. bien que, para ser fieles a la figura de Jesús, el fundamento insustituible de una visión no fragmentaria y sí lo más plena que resulte humanamente factible, lo constituyen todos y cada uno de los sucesos referidos por el cuádruple relato.

LA RAZÓN DEL TÍTULO

La integral aceptación de los evangelios se enlaza estrechamente con la del Hecho Redentor. Aceptar éste en la totalidad y en el pormenor, en su

significación trascendente y en sus consecuencias dogmáticas, morales y culturales, equivale no menos que a superar el escándalo de un Dios crucificado. El título que le ha puesto, viene a recapitular una experiencia tan secular como actual: Jesús, aun para los más adictos a su Persona, resulta o puede resultar tropiezo íntimo, toda vez que, al abrirle los cancelos de su propia conciencia, la vida humana ha de orientarse y dejarse presidir por el signo sangrante de la Cruz.

Pronto se ve que hace Vd. hablar a los textos, resaltándolos, volviendo continuamente sobre ellos, atendiendo al conjunto del mensaje de salvación. Porque el estudioso de los evangelios comenta, confronta, comprueba, correlaciona, pero no suprime, ni interpola o adiciona. De aquí que no reste un solo pasaje sin registrar, y que a lo largo de la obra quede bien confirmado el conocido aserto agustiniano: *“Testamentum Vetere latet et Vetus in Novo patet”*: el Nuevo Testamento está latiendo en el Antiguo y el Antiguo queda patente en el Nuevo.

Advierto también que no escamotea dichos contradictorios y actuaciones sorprendentes de Jesús. Aquéllos y éstas potencian el conocimiento del Salvador, avaloran la visión sobrenatural, y agilizan el proceder de los cristianos. La respetuosa sobriedad inicial no es abandonada, pero sí enriquecida a medida que los evangelistas caminan y llegan a los desenlaces. Colocada en el centro la Persona de Jesús, todas las miradas, como en los ábsides de las capillas románicas del Pirineo, convergen hacia Él. De ahí que las disciplinas auxiliares se hallen situadas en función del relato y no, por el contrario, el relato en función exclusiva o primordial de alguna de ellas.

UNA FE CULTA Y SERENA

El estudio, firmemente basado en los datos vétero y neotestamentarios, avalados éstos por la contemporánea y luminosa serie de hallazgos de los beneméritos arqueólogos bíblicos, alanza sereno y seguro final.

Se diría que antes de concluir y de propósito, imitando el ejemplo de los evangelistas Lucas y Juan y el de éste en particular, remansa Vd. el curso de la narración. Entonces no se notan urgencias. Con afecto deja al viajero, a quien ha servido de guía, y al interesado por la Persona y el Hecho de Jesús, para quien ha delineado pautas y sugerencias abundantes (mapas, planos, maquetas, papiros, monedas, genealogías y correspondencias; detalles geográficos e históricos múltiples en las leyendas de las ilustraciones; apéndices sobre citas, referencias y alusiones del Antiguo testamento, y sobre apariciones, milagros y otros signos de los cuatro evangelios; índices variados y pormenorizados).

Es claro que busca Vd. directamente el provecho de los más, no la satisfacción de los menos. Arnold Toynbee, en la introducción a *Crisol del cristianismo* subraya el distanciamiento “entre el público culto y el escritor culto”, y el riesgo de empobrecimiento cultural que esto supone: “En la actualidad, el erudito tiende a dirigirse en sus obras al colega en lugar de al público culto. Esta actitud va en detrimento de ambas partes y amenaza con empobrecer la cultura misma”.

Despropósito sería que, multiplicándose los estudios sobre figuras humanas, menguaran por no se sabe qué los de la más esclarecedora y benefactora de todas. Recomendación reiterada de S.S. Pablo VI es que “debemos conocer a Cristo en su realidad humana y divina, la que la Iglesia católica conserva y difunde sobre Él”. Tanto el gran público como los eruditos jamás conocerán suficientemente al Hijo de María y la historia que a Él dice relación. Piénsese, pongamos como ejemplo, en el escaso número de miembros del pueblo cristiano, incluidos los intelectuales, con noticia suficiente de los modernos descubrimientos arqueológicos, que han venido a rubricar la fidelidad histórica de los cuatro relatores evangélicos.

“*Stat crux, dum volvitur orbis*”, esculpieron manos cartujanas en la leyenda de su escudo: la Cruz, la gran prueba plástica del Hecho Redentor, permanece en alto y quieta en tanto que el mundo se agita y prosigue dando vueltas.

Sí; el Jesús anonadado, manifestado, revelado, inmolado, sublimado, continuado en su Iglesia –las seis partes del presente estudio– continúa mostrándose en nuestros días y entre nosotros enseñando, exhortando, mereciendo, alentando siempre. La copiosa semilla evangélica, que sembrara mi insigne predecesor en esta Sede de Toledo, Cardenal Isidro Gomá, cosecha en esta obra un fruto cierto. E igualmente logran continuidad empeños de jesuitas españoles como Remigio Vilariño, José Julio Martínez, Andrés Fernández, José María Bover.

Tornar los ojos hacia Jesús es –bien lo dejó plasmado el Greco en el cuadro de “El expolio”, en la sacristía de nuestra Catedral Primada– volver a fijarlos en la Belleza increada, en la Verdad permanente, en la Caridad eterna. Su obra, querido P. Manzano, es unan ofrenda de gratitud a Él y a su Iglesia. Confiamos que con su lectura el cristiano dará gracias por el gran don de aceptar en Jesús al Hijo de Dios. El no creyente en Él se preguntará si no cometerá la más triste equivocación de su vida, al dejar de abrazarse gozosamente con esa misma creencia vivificante y salvífica.

Permítame una última palabra, con la que vuelvo a la confianza inicial. Hace ya mucho tiempo que le conocí a Vd. en Valladolid, enteramente dedicado a las tareas de la enseñanza. Aún encontraba tiempo para ofrecérselo a quienes trabajábamos en el Patronato de san Pedro Regalado. Le vi frecuentemente con grupos de muchachos, que empezaban a contemplar la vida con clara luz en sus ojos. ¿Qué ha sido de ellos? ¿Y qué será de los que hasta ayer ocuparon su atención en Zaragoza?

Siga hablándoles con amor y con fe del misterio, del escándalo, de la verdad de Jesús. Que la juventud encuentre guías capaces de salvarla. Este libro, que Vd. publica ahora, será un instrumento eficaz.

Le bendigo y me reitero afmo. En el Señor

+Marcelo Card. Arz. de Toledo, Primado de España, 25 de julio de 1974.

LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

Prólogo al libro de Francisco Cerro Chaves del mismo título, no publicado.

Invito al lector a recordar la época no lejana en que, lo mismo en las ciudades grandes que en los pueblos pequeños, fueron surgiendo asociaciones de fieles para vivir intensamente y fomentar el culto y la devoción al Corazón de Jesús.

Fueron muchas y muy nutridas, y significaron una renovación en muchas parroquias muy apreciable y con auténtico vigor espiritual. Muchos sacerdotes y religiosos, particularmente los jesuitas, no perdían ocasión de hablar sobre el Corazón de Jesús y estimular a los fieles en los diversos trabajos pastorales que realizaban, a inscribirse en estas asociaciones y cofradías, que aparecían como una novedad prometedora en el firmamento de la vida eclesial.

Lo que era el núcleo fundamental de la devoción al Corazón de Jesús, tanto en la doctrina que se exponía como en las imágenes y símbolos que se nos ofrecían para ser asimilados y vivir la devoción, era algo tan recio y tan fecundo como el amor de Jesús a los hombres, que tenía su expresión máxima en el Corazón mismo de Jesús, nuestro Redentor. Cuando las predicaciones se orientaban bien, se hablaba de algo tan recio y tan sugeridor como el amor de Jesús a los hombres, de su encarnación, su palabra, su perdón, su misericordia con los pecadores, su sacrificio, su Iglesia, sus apóstoles que predicarían las mismas ideas en todo el mundo y ayudarían a ir logrando una especie de fraternidad universal.

De ese Cristo tan cercano y tan accesible podíamos esperar el perdón, la luz para entender lo que nos pedía, la gracia de la perseverancia y de la fidelidad. Los Papas y los obispos de tantos lugares nos exhortaban a vivir esa devoción; y con verdadero interés pastoral se nos llamaba a participar en los actos devocionales, con los que se manifestaba nuestra correspondencia al Amor del Señor, tales como las consagraciones, los primeros viernes, las horas santas, etc.

De ese amor a Cristo, que se procuraba despertar y sentir cada vez con fervor creciente, tenía que brotar una acción evangelizadora, un empeño en conseguir la pureza de costumbres, un afán de caridad y un profundo servicio social. De todo esto se hablaba, y en ello se insistía como tarea propia del que tenía que corresponder al amor de Cristo redentor.

Sucedía además que también muchos se acogían a esa devoción simplemente buscando el consuelo, que en su soledad y desamparo necesitaban. Con ello se contentaban, haciendo de la devoción al Corazón de Jesús un medio para encontrar el alivio que necesitaban en sus desgracias. Se perdían así en muchos de los que cultivaban esta devoción, las notas y elementos sustanciales que había que tener en cuenta.

En los años que siguieron al Concilio muchos se sintieron turbados por la irrupción de pensamientos, sugerencias y juicios críticos sobre la vida de piedad

del pueblo; y no faltaron los que impugnaban todo lo relativo al Corazón de Jesús como menos apto para el hombre de hoy.

Pedir a los fieles que se capacitaran en cuanto a su devoción al Corazón de Jesús, leyendo y asimilando las encíclicas de los Papas y tantos documentos episcopales dedicados al tema, y otros documentos que fueron apareciendo en escritos, era demasiado.

Lo que digo de los fieles es aplicable también a los sacerdotes que ejercían su ministerio en las parroquias, concretamente cuando tenían que predicar sobre el Corazón de Jesús. Si hubieran tenido un libro, en que se exponían los conceptos teológicos o bíblicos y aun los relativos a la unión con Dios, bien desarrollados, hubieran entendido mucho mejor los fundamentos sobre lo que podía decirse sobre el Corazón de Jesús para alimentar a las almas, como para contestar a los que frívolamente atacaban la práctica del culto.

He aquí lo que hace este libro: recoger conceptos y explicarlos suficientemente para poder responder a lo que se desea. Pone en manos de quienes están en contacto pastoral con los fieles, las ideas o conceptos que dan luz y vigor espiritual. Así se comprende mucho mejor la solidez y la consistencia de la espiritualidad del culto al Corazón de Jesús. Lo importante es ayudar a entender lo que se nos ofrece, por ejemplo, corazón en el Antiguo Testamento, corazón en el Evangelio, liturgia del Corazón de Jesús, reparación, evangelización, comunión, etc.

Cuando estos y otros conceptos son asimilados y entendidos en toda su riqueza, se disipan las dificultades, que ha podido sentir ese sacerdote, ese seglar, ese matrimonio que oyen un sermón o leen un documento de un obispo o de un teólogo sobre el Corazón de Jesús, sobre la historia de ese culto, sobre los motivos que existen para proclamar su necesaria actualidad, sobre la satisfacción que puede sentirse al reconocer el fundamento de las afirmaciones que se hacen en la predicación o en la meditación sosegada de las riquezas de esta devoción.

La Biblia, la teología, la historia de la Iglesia, suministran luces y datos elocuentes, que ilustran suficientemente sobre lo que se nos pide cuando se pide que no se pierda, sino que se practique y se extienda el culto y la devoción al Corazón de Jesús.

Felicito al *Centro Diocesano de Espiritualidad del Corazón de Jesús* por haber tenido esta idea y haberla llevado a la práctica. En sucesivas ediciones podrá completarse la reflexión sobre estos conceptos y otros que no se habían expuestos.

CRISTOCENTRISMO DE JUAN PABLO II

Prólogo del libro del Dr. Demetrio Fernández González,
«El cristocentrismo de Juan Pablo II», Toledo 2003.

Al aceptar la invitación, que me ha hecho el autor de este libro, que es su tesis para el doctorado en Roma, he querido no privarme del placer intelectual, que con seguridad había de sentir al examinar este espléndido trabajo, si bien comprendía que no me sería fácil resumir o señalar, dentro de los debidos límites, los textos de documentos tan densos y tan ricos.

Conozco al autor desde que recibió el sacerdocio hace veintiocho años. Lleva ya veinticuatro explicando Cristología en el Seminario de Toledo, ha trabajado a la vez en campos diversos, y en todos ha merecido las más altas estimaciones tanto en sus estudios como en lo que significa su relación humana y su capacidad para la investigación y el entusiasmo creativo.

Por mi parte no podré más que apuntar levemente algunos rasgos de los que abundan en cada una de las encíclicas y documentos sometidos a examen. No hace falta decir que, tratándose, no de discursos de un sabio teólogo sin más, sino de encíclicas con todo el valor que tienen dentro del Magisterio, el autor ha examinado, ha formulado, ha juzgado, ha añadido... todo lo que ha considerado conveniente expresar, pero con el máximo respeto. Es muy conveniente tener esto muy en cuenta, dada la facilidad con que hoy se juzga, y la audacia y falta de moderación, con que se piensa y se escribe. Las encíclicas son intocables.

Felicito a don Demetrio por el libro de altísimo valor que ha logrado, y ojalá el clero joven de hoy y el clero menos joven de ayer dejen impregnar su espíritu del aire tan puro que a través de estas páginas nos llega.

El autor ha empezado su trabajo ofreciéndonos una semblanza de Karol Wojtyła, que gusta conocer, aunque tratándose de este Papa serán muy pocos los que puedan alegar desconocimiento visual o carencia de imagen. Seguramente no habrá ningún otro hombre público, por su ministerio o profesión, que se haya acercado a tantas muchedumbres en el mundo como el Papa que nos rige, o que le haya oído hablar en alguno de los muchos idiomas en que se expresa con perfección.

El estudio que se nos ofrece es el cristocentrismo en tres encíclicas de Juan Pablo II. ¿Qué es el cristocentrismo? Y nos contesta: es el lugar que ocupa Jesucristo en toda la realidad creada. Él es el centro de la vida de cada hombre, de la sociedad, de la historia y del cosmos.

Se trata, pues, de examinar cómo nos es presentado Cristo y su misión por Juan Pablo II, y concretamente en tres encíclicas: *Redemptor hominis* (1979), *Dives in misericordia* (1980) y *Dominum et vivificantem* (1986).

Pero antes de que analicemos el cristocentrismo en esas encíclicas, recordemos que en el Concilio surgió con fuerza el famoso Esquema XIII, el conocido con las palabras *Gaudium et spes*, en el cual tuvo mucho que ver el Arzobispo Wojtyła, sobre la *Iglesia en el mundo de hoy*. El capítulo I trata de la dignidad de la

persona humana. El capítulo II, de la comunidad humana. El capítulo III, de la actividad humana en el mundo. El capítulo IV, sobre la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Tras las primeras afirmaciones se llegó a una nueva redacción, que presentada por el Cardenal L. Suenens fue más aceptada que la primera. K. Wojtyła tenía sumo interés en trabajar en esta constitución. Fue llamado a trabajar en la comisión “signos de los tiempos” y después en la subcomisión encargada de redactar todo el documento, presidiendo los trabajos del capítulo IV. Estuvo metido de lleno en la redacción de este documento conciliar tan importante. Incluso, sin estar reunidos, envió notas escritas, una de ellas en quince folios. Y se oponía a que se adoptase en el documento un lenguaje autoritativo y de índole docente, como si fuera la Iglesia que quería enseñar a pensar en tales problemas “more eclesiástico”, cuando lo que convenía era aparecer discurrendo y proponiendo juntos, pero no confundidos, lo que juntos queríamos llegar a sentir para construir todos los nuevos caminos, por donde deberíamos marchar. En el nº 92 del documento se leen estas palabras, que podían ser el eco de las que pronunció e hizo sentir K. Wojtyła en unión con los demás:

“Nuestro espíritu abraza al mismo tiempo a los hermanos que todavía no viven unidos a nosotros en la plenitud de la comunión y abraza también a sus comunidades... El deseo de este coloquio, que se siente movido a la verdad por impulso exclusivo de la caridad, salvando siempre la necesaria prudencia, no excluye a nadie por parte nuestra, ni siquiera a los que cultivan los bienes esclarecidos del espíritu humano, pero no reconocen todavía al Autor de todos ellos. Ni tampoco excluye a los que se oponen a la Iglesia y la persiguen de varias formas. Dios Padre es el principio y el fin de todos ellos. Por ello, todos estamos llamados a ser hermanos. En consecuencia, con esta común vocación humana y divina, podemos y debemos cooperar sin violencia, sin engaño, en verdadera paz, a la edificación del mundo”.

Las encíclicas y alocuciones, que promulga a partir del primer momento, desde la primera que lleva el título de *Redemptor hominis*, tienen como proclamación fundamental el principio que contempla la realidad del hombre. El hombre sin el acercamiento de Cristo a su condición humana, para darle lo que con la redención ha venido a traerle, se queda en la nada. Pero una vez que recibe lo que la redención le ofrece, alcanza una grandeza sin límites, porque tiene algo de lo mismo que Cristo lleva consigo en su encarnación para darlo, enriqueciéndole así con su donación. Hay una luz que viene de Cristo y va llegando a los hombres, porque “sólo en el misterio del Verbo encarnado se ilumina el misterio del hombre” (GS 22).

Poco más de un año después, apareció la segunda encíclica *Dives in misericordia*. Como dijo, al presentarla, el P. Tucci en la sala de prensa: esta segunda encíclica de Juan Pablo II constituye el complemento necesario de la primera encíclica *Redemptor hominis*. Para comprender el núcleo temático de la encíclica, hay que considerar sobre todo el lazo íntimo con la *Redemptor hominis*, y de la cual es como el segundo cuadro de un único díptico.

Todo lo que ha dicho sobre la dignidad y grandeza del hombre en la *Redemptor hominis* sólo se entiende, cuando aparece el misterio del Padre y su amor (GS 22), llenándole con su plenitud. El comentarista que analiza el cristocentrismo de

estas encíclicas, cita uno de los textos claves del Pontífice: “La redención del mundo –ese misterio tremendo de amor– es, en su raíz más profunda, la plenitud de justicia de un corazón humano, el corazón del Hijo primogénito, para que esa justicia pueda realizarse en el corazón de muchos hombres, que precisamente en el Hijo primogénito han sido predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios y han sido llamados a la gracia, llamados al amor... Esta revelación del amor y la misericordia en la historia del hombre tiene una forma y tiene un nombre: se llama Jesucristo” (*Redemptor hominis*, 9).

Las ocho partes, en que el autor se hace eco de la encíclica, nos mueven a considerar con emoción lo que escribe en un momento dado: “Una vez publicada la encíclica sobre la misericordia, el Papa aludirá a este tema en distintas ocasiones y providencialmente tendrá oportunidad de vivir esta misericordia en su propia carne, con ocasión del atentado perpetrado contra él, cuando se disponía a tener la audiencia general en la tarde del miércoles 13 de mayo de 1981”.

En mayo de 1986 fue presentada en la sala de prensa una tercera encíclica trinitaria. Las dos anteriores fueron dedicadas al Hijo y al Padre. Esta tercera está dedicada al Espíritu Santo con el nombre de *Dominum et vivificantem*.

“Confío al Espíritu Santo este nuevo texto, que he preparado con profundo amor a Él y a la Iglesia, y deseo que cuanto he escrito sirva para suscitar en los fieles una devoción cada vez más viva a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, a la que Cristo antes de subir al cielo encomendó la tarea de guiar a su Iglesia 'hasta la verdad plena'” (Jn 16, 13).

Y así fue. En la mañana del 30 de mayo fue presentada por el Cardenal Hamer, entonces ya Prefecto de la Congregación para los Religiosos. El autor hace una exposición resumida de lo que la teología católica nos dice sobre el Espíritu Santo y nos permite alcanzar un conocimiento de lo que esta Persona divina nos ofrece al darse a sí misma. Se señalan las ideas principales sobre el Espíritu Santo y se discurre sobre la identidad del Espíritu Santo dado a Cristo y por Cristo a la Iglesia; y se afirma la existencia de otro Paráclito, pues Jesús es el primer Paráclito.

Se pueden leer en la encíclica párrafos preciosos, dotados de una profundidad, que a veces se hacen más difíciles de entender, por lo que tienen de impenetrables a la mente humana, pero aun así algo se percibe y se ve de lo que llega hasta nosotros. El ser humano, el santo, el pecador, las realidades terrestres, las aspiraciones de los jóvenes, las pasiones dominadas y triunfadoras, la muerte, la enfermedad, los corazones limpios, la lucha fuerte y valerosa contra lo que se nos opone en la vida, el saber esperar, el hacer fluir la caridad, las instituciones, los pueblos, las tendencias... y siempre el Espíritu, que como un torrente silencioso lo mismo mueve un océano que impulsa a rezar un avemaría.

Las tres encíclicas trinitarias están rebosando de fuerza espiritual y de belleza. Si me dieran a escoger una de las tres, sólo una, me costaría mucho hacerlo, pero creo que al fin mi mano se extendería suplicante a esta del Espíritu Santo.

Todo el trabajo que ha realizados su autor, don Demetrio Fernández, conduce a unas conclusiones, recogidas en 24 páginas, donde se resume qué tipo de

crisocentrismo es el del Papa Juan Pablo II. Un crisocentrismo trinitario, puesto que Jesucristo es la segunda Persona de la Trinidad, y sólo reconociéndole como tal tiene sentido su obra redentora; un crisocentrismo, que ilumina el misterio del hombre, presentándole su altísima vocación de hijo de Dios, porque el Verbo, por su encarnación, se ha unido de alguna manera con cada hombre, convirtiendo al hombre en camino de la Iglesia; un crisocentrismo, que constituye la base para el diálogo ecuménico e interreligioso.

Como apéndice del trabajo, el autor presenta algunos documentos importantes para conocer el pensamiento del Papa Wojtyla, como son algunas intervenciones de Mons. Wojtyla en al aula conciliar.

La lectura de esta obra, escrita con rigor científico, arroja luz sobre las motivaciones profundas, por las que el Papa Juan Pablo II repite una y otra vez: “En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del misterio del Verbo encarnado” (GS 22). Es como si esta frase se hubiera convertido en el lema de un pontificado largo y fecundo, en el que el hombre ocupa el centro, porque el centro de todo es el Verbo encarnado, Jesucristo.

EL CORAZÓN DE JESÚS Y LA EVANGELIZACIÓN

Prólogo para la obra del mismo título del presbítero Francisco Cerro Chaves, 2004.

El primer evangelizador, naturalmente, fue Jesucristo. Él es el Evangelio vivo, ofrecido, comunicado, inmolado, muerto y resucitado.

El evangelista San Marcos dice en el primer capítulo de su Evangelio: “Después que Juan fue preso vino Jesús a Galilea predicando el evangelio de Dios y diciendo: ‘cumplido es el tiempo y el Reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed en el Evangelio’” (Mc 1, 14-15).

Los Apóstoles recibieron como misión propia el encargo o mandato del Señor Jesús: “Como el Padre me ha enviado, así os envío yo. Id por todo el mundo y predicad el Evangelio” (Mc 16, 15). Y más explícitamente podemos leer en el Evangelio de San Mateo: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo” (Mt 28, 18-20).

Ese arrepentimiento o penitencia, que se nos pide, exige un cambio de vida, una entrega al Señor Jesús, a meditar en su palabra y en sus obras, un cambio en las actitudes interiores, en la caridad fraterna, en la esperanza, en el dar testimonio de Jesús y confiar en su amor.

Desde el principio fueron apareciendo comunidades cristianas, en las que se vivía o procuraba vivirse ese contenido de la misión encomendada a los Apóstoles y a los que sucedieron a éstos, según fueron multiplicándose. Nunca han faltado evangelizadores, es más han ido surgiendo en los diversos pueblos y edades obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, consagrados a Dios, padres y madres de familia, misioneros, profesionales de la política, de la actividad social, hombres y mujeres de toda condición y de las más diferentes culturas, que aceptaron el credo que se les ofrecía, se bautizaron, creyeron y amaron a Jesucristo y a la Virgen María, y consintieron gozosos en formar parte de esa vida de comunión, que es la Iglesia, en la que todos recibían la beneficiosa influencia de todos para fortalecer su riqueza interior y para extender por el mundo el conocimiento y amor a Jesucristo. Eran evangelizadores, porque así habían sido educados. “Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”. Así lo expresó Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, n.14.

¿En qué situación nos encontramos hoy en España respecto al deber de evangelizar? Ha disminuido el número de los consagrados a Dios por los votos o por el sacramento del Orden. Se difunden ideas y aspiraciones tendentes a modificar el status de los sacerdotes y religiosos, buscando siempre mayores satisfacciones personales y prescindiendo de las exigencias de las virtudes fundamentales, que siempre fueron practicadas por los grandes evangelizadores de todos los tiempos: inmolación, obediencia, apartamiento del mundo, trato

intenso con Dios. De prestar atención a nuestro tiempo y al mundo de hoy, para estimar sus valores y reconocerlos, hemos pasado frecuentemente a dejarnos arrastrar por todo lo que agrada a nuestra condición humana.

Es necesario reaccionar firmemente y proclamar nuestra fe y sus exigencias, tomando como modelo de evangelizadores hoy al Papa Juan Pablo II. Hay unos mandamientos de la Ley de Dios; hay unos sacramentos que nos dan la vida sobrenatural; hay un Cristo Redentor, que es el camino, la verdad y la vida.

En este libro se habla con detenimiento y con profundidad sobre la devoción al Corazón de Jesús como fuente de evangelización. Precisamente hoy. Sí, es Jesús mismo el que dijo: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”. El corazón es el símbolo del amor. Jesús es el Hijo de Dios, que ha venido al mundo para amarnos. Todo cuanto hizo durante su vida obedece a un propósito: el de liberarnos del pecado y abrirnos el camino para alcanzar la vida eterna. Necesitamos un Dios, que esté cerca de nosotros, que nos dé ejemplo en todo. Que sea infinitamente santo, pero a la vez pobre, humilde, con generosidad sin límites para llamarnos, guiarnos, perdonarnos. Los hombres y mujeres que viven hoy al margen de toda relación con Dios, sufren ineludiblemente el fracaso y la amargura de esa ausencia, cuando llega la hora triste del final de su vida. ¿Qué pasa entonces? ¿A quién recurrir, si todo se hace oscuridad y desamparo?

En cambio, cuando se ha vivido del amor de Cristo, tal como brota de su Corazón santísimo, no hay fracaso, no se ve la vida ni la muerte como un horizonte oscuro y entristecedor, sino como un tesoro, cuyo valor aumenta sin cesar como premio que se nos da por la fidelidad observada.

“Éste es el tesoro de la amistad con Cristo”, escribe el P. Mendizábal, insigne jesuita, apóstol incansable del Corazón de Jesús. “No una amistad a la manera humana solamente. Por el don del Espíritu Santo, por esa agua que brota de su Corazón, que es el torrente del Don de su Espíritu, se nos une y funde con Él en una fusión incomparable con cualquier amistad humana. ¡Nos une con Él una amistad sobrenatural de “comunidad!” Y con esa comunión nos da también todos los tesoros de la sabiduría y del amor. Nos los pone a nuestra disposición. Por eso es una ganancia”.

“Cristo, si fuera simplemente hombre para los hombres, nos hubiera ayudado muy poco. Pero es un “Hombre de Dios” para nosotros, y nosotros por esa sintonía con Él nos entregamos a Él. Es esa espiritualidad de entrega, de amor, de consagración –la donación que el Amor lleva consigo–, en la que, al entregarnos, sintonizamos con Él. Y eso que se llama “espiritualidad de reparación” no es en el fondo otra cosa que vivir la realidad desde la amistad con Cristo, nada más.” (Cf. *Iglesia y evangelización*, CETE, pág. 347-349)

Cuando meditamos detenidamente en el Evangelio y nos fijamos en Él, en Jesús, predicando, curando enfermos, exhortando a vivir del misterio de Dios Padre, retirándose a la soledad para orar mejor, hablando con los Apóstoles, lo que percibimos es esto: amor, cercanía, deseo de unión en el Espíritu, esperanza de poder lograr lo que el Padre nos ha prometido. Es una espiritualidad muy íntima, pero no evasiva, muy tendente a la compenetración con Él, muy encarnada, realista, atenta a la situación personal de aquellos a quienes Él va tratando y

llamando. Por ejemplo, en su diálogo con la samaritana, en su elogio de María Magdalena arrepentida, en su comprensión de la debilidad de Pedro, en su atención a Zaqueo, en su dejarse llevar por el entusiasmo del pueblo a su entrada en Jerusalén, y en su silencio en relación con la cobardía y abandono de ese mismo pueblo después, en sus palabras desde la cruz, tan breves pero tan ricas, en su paciencia sin límites, en su ofrecimiento de todo lo que es y tiene para ofrecer remedio a los hombres... ¿quién puede decir que esta espiritualidad suya, es una espiritualidad que no sirve hoy, lo mismo que sirvió ayer?

En el Corazón de Jesús se aprende a amar la cruz y a vivir la verdadera alegría cristiana, a perseverar en la oración, a confiar en la misericordia de Dios perdonador, a amar al prójimo, y a buscar fuerza interior que nos hace buscarle a Él en los momentos de desamparo que nos llegan en la vida, y en el gozo al estar adorando a la Eucaristía, o alabando a la Virgen María, Madre suya y Madre espiritual nuestra.

No afirmaré nunca que esta espiritualidad sea la única fuente de energía para la evangelización hoy, pero sí considero una equivocación y desorientación muy graves prescindir sistemáticamente de cultivar esa espiritualidad y ayudar a vivirla, cuando tanto puede enriquecernos para evangelizar hoy. Nuestros hombres y mujeres necesitan a alguien que, siendo el Hijo de Dios, parezca uno más entre nosotros, alguien que nos espera para mostrarnos el camino que nos lleva a la vida eterna.

En este libro se puede encontrar, gracias al conocimiento y equilibrio del autor sobre el tema, la doctrina y prudencia que pueden ofrecernos sus páginas, llenas de amor a Cristo y al hombre de hoy, fruto de muchas horas de meditación y de estudio y de incesante trabajo apostólico en muy diversos ambientes.

Virgen María

LA VIRGEN DE GUADALUPE EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

Prólogo para la obra colectiva dirigida por los PP. Sebastián García y Felipe Trenado, O.F.M., titulada «Guadalupe: Historia, devoción y arte», 1978.

Amo a la Virgen de Guadalupe. La he amado siempre, precisamente bajo esta advocación. He visitado todo los Santuarios Marianos de España, que, por justos motivos, reciben continuamente el obsequio de la piedad cristiana del pueblo español. Es siempre la Virgen María la que en cualquiera de ellos se ofrece a la contemplación y al amor. María, la Madre de la Iglesia, la Madre del Pueblo de Dios. No hago comparaciones, no debo hacerlas. No debe hacerlas nadie, tratándose de tema tan delicado.

Pero... lo repito: amo y amaré toda mi vida a la Virgen bajo la advocación de Guadalupe.

Desde 1972, en que fui nombrado Arzobispo de Toledo, he acudido a Guadalupe todos los años en las fiestas de septiembre y en otras ocasiones. He ido allí a rezar, a predicar, a fomentar el culto y la devoción a la Santísima Virgen, a bendecir y alentar a los peregrinos, y a recibir fuerzas también, para seguir cumpliendo con mis deberes propios de sacerdote y Obispo.

Es digna de veneración la pequeña imagen, es elegante el templo, es grandioso el monasterio, es muy bello el paisaje, es acogedora la Comunidad de PP. Franciscanos, es riquísimo el testimonio de las artes; pero hay algo que yo aprecio mucho más: es el aire, el espíritu de España, católica, pobre, creadora, evangelizadora, misionera.

En Guadalupe se percibe ese aire y ese espíritu. ¡Cuántos caminos de la inmensa Extremadura, de Andalucía, de Castilla, caminos anchos de la llanura y caminos estrechos de sierras y montañas, han conducido a los españoles a Guadalupe! ¡Y como si fueran pocos los que en tierra se trazaron, surgieron después los del mar, los del Atlántico, que iban a América y de América volvían, teniendo también como punto de partida o de llegada el Santuario de Guadalupe!

Así, con esa espontaneidad que es fruto de los grandes y sentidos amores, Guadalupe empezó a resonar en tierras americanas, casi sin que nadie se lo propusiera, como un eco de ternura mariana, de paz y de esperanza religiosas, junto a la cruz y el Evangelio de Cristo, en medio de todas las asperezas de la conquista. Desde entonces, ya no es sólo el aire de España el que en Guadalupe se respira, sino también el de una América, que proclama a María “bienaventurada por todas las generaciones”.

En el año 1928 la imagen de Santa María de Guadalupe fue coronada canónicamente por el Cardenal Segura, Arzobispo de Toledo y Primado de España, con asistencia del Rey Alfonso XIII. El acto tuvo gran resonancia nacional y sirvió para que muchos españoles, a partir de entonces, volvieran los ojos de la devoción y del recuerdo hacia el Santuario un tanto olvidado.

Al llegar ahora la fecha del cincuentenario de la Coronación, la Comunidad de Padres Franciscanos, a cuya custodia amorosa está encomendado el Santuario, se dispone a celebrar la efemérides con muy diversos actos, que no serán sólo conmemorativos, sino promotores de una nueva etapa de evangelización bajo el signo de Santa María de Guadalupe.

Para conocer bien lo que Guadalupe representa y contiene ha sido escrito este libro, obra de varios especialistas, bajo la dirección y coordinación de los PP. Sebastián García y Felipe Trenado, O.F.M.

Guadalupe: Historia, devoción y arte es una obra rigurosamente documentada y seria, que resume con indiscutible acierto el fruto de innumerables trabajos de investigación, que a lo largo del tiempo han venido haciéndose, no todos publicados. La conciben los autores como un homenaje de devoción, que la Comunidad Franciscana rinde a Nuestra Señora de Guadalupe con motivo del cincuenta aniversario de la Coronación Canónica de la Imagen, y de los setenta años que los hijos de san Francisco llevan de permanencia en el histórico Monasterio y Santuario, siglos atrás vinculado a la Orden Jerónima.

En el Arzobispado de Toledo se conoce muy bien la labor ingente, que durante estos setenta años han realizado los Franciscanos en Guadalupe, que, apenas si era otra cosa que ruinas y escombros, con excepción del Templo, cuando en 1908 vinieron a hacerse cargo del Santuario.

Desde entonces, sin que hayan faltado vicisitudes dolorosas y paralizantes, las piedras y las almas han sido removidas de nuevo. Los claustros del Monasterio ofrecen otra vez toda su belleza; la piedad y la devoción a la Virgen se manifiestan con renovado vigor; las obras de caridad y promoción social se han multiplicado; y de toda España y América, y aún de países europeos, para los que antes el nombre de Guadalupe apenas significaba nada, vienen sin cesar incontables peregrinos deseosos de conocer la historia y de rezar ante Santa María, la Reina de las Villuercas.

Este libro permite conocer en profundidad los hechos históricos, las raíces y manifestaciones de la actual devoción, y las obras de arte tan extraordinarias y valiosas del Santuario Guadalupeño. Quiere prestar un servicio –y lo logra eficazmente– a los estudiosos de Extremadura y de España, que desean saber algo del Santuario y la proyección devocional de Santa María de Guadalupe en nuestra Patria española y en el mundo.

Guadalupe se presenta en este libro como signo de fe mariana y testimonio de siete siglos de presencia ininterrumpida de María, manifestada aquí, en la vida de los hombres, especialmente los de España y América.

Los valores acumulados en Guadalupe por la espontánea devoción de los fieles son muchos y dignos de estimación. Los más ricos, sin duda, como sucede en todos los santuarios marianos del mundo, son los de la religiosidad popular o religión del pueblo, a los que se ha referido con tanto amor Su Santidad Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*.

Felicito a los autores de cada uno de los trabajos, que en el libro aparecen, y aún más a los que con su dirección los han hecho posibles. Es otro modo de honrar a Santa María de Guadalupe, pero en el fondo coincidente con tantas acciones pastorales llenas de amor al pueblo y a Santa María, de las que he sido testigo. El P. Sebastián, por ejemplo, que me habló hace meses de esta obra, que ahora sale a la luz pública, lo mismo trabaja silenciosamente en los archivos, que da clases a los novicios de la Orden, o se derrama ante los peregrinos que el día de la fiesta vienen a Guadalupe en una incontenible explosión de exhortaciones, ruegos y llamadas a las conciencias de los hombres, para que vivan su cristianismo centrado en torno a Cristo y a María.

No es sólo historia, ni sólo devoción, ni sólo arte. Es Iglesia, Evangelio, purificación, consuelo, paz. Todo eso es Guadalupe.

Toledo, 16 de julio de 1978

MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

Prólogo de la obra del Dr. Juan Ordóñez Márquez, titulada «Mariología», 1986.

No dudo en calificar de extraordinario este libro del Dr. D. Juan Ordóñez, Canónigo de la Catedral de Sevilla, que nos ha ofrecido ya otras publicaciones igualmente notables sobre diversas cuestiones teológicas y litúrgicas. Su colaboración constante en el CETE –Centro de Estudios de Teología Espiritual de Toledo– me ha permitido apreciar el rigor y la profundidad de su formación, su capacidad para adentrarse en los grandes temas de la eclesiología del Vaticano II, y la certera orientación, que le guía en el tratamiento de ciertas cuestiones clave en la reflexión teológica de nuestros días. Al Dr. Ordóñez no se le podrá acusar nunca de ese fallo de los años del posconcilio, al que se referían los Padres sinodales en el último Sínodo extraordinario: “Quizá no estemos libres de toda responsabilidad de que, sobre todo los jóvenes miren críticamente a la Iglesia como una mera institución. ¿No les hemos dado ocasión, hablando demasiado de renovar las estructuras eclesialística externas y poco de Dios y de Cristo?” (*Relación final*, n.4)

Este libro no es un tratado de Mariología sistemática según los esquemas tradicionales, ni un ensayo sobre determinados temas de actualidad en los estudios mariológicos. La intención del autor, al escribirlo, hubiera quedado más clara, si hubiese puesto como título de la obra, tal como era su deseo inicial, “María, Mater in Ecclesia”. Pero ha debido de optar por el que ahora aparece, atendiendo a razones evidentes de presentación y de más fácil inteligencia para aquellos sectores de la comunidad cristiana, que quieran reflexionar sobre la teología de la espiritualidad mariana.

Maternidad plena de María. La palabra “plena” tiene en la obra un significado, que hay que subrayar. Se refiere al acontecimiento permanente de la maternidad de María en el misterio de la Redención, con idéntico alcance al que desde su mismo título aparece en el capítulo VIII de la Constitución Dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II. María es Madre y sigue siéndolo. Es la suya una maternidad “soteriológica”, permanentemente abierta y eficaz por la cooperación prestada en la realización y en la aplicación de la obra redentora. Como algo inseparable del misterio de Cristo, y porque Dios lo ha querido así, aparece y aparecerá siempre la Maternidad divina: la Maternidad espiritual de María –según la tímida expresión de la Mariología tradicional–; la Mediación corredentora en todo su dinamismo salvífico y, por lo mismo, la dimensión eclesiológica de la misión maternal de María.

Por todo lo cual, cabe afirmar que la obra trata de estudiar por primera vez –tal puede ser su originalidad– y profundizar en lo que, con expresión feliz, el Concilio calificó de “*maternum munus*” (ministerio o misión maternal de María en la historia de la salvación: *Lumen gentium*, n.60). El mismo Concilio especifica que este tema “*maternum munus*” es una realidad “*indeficienter perseverans*” (*Lumen gentium*, n.62).

El hilo conductor de la obra es la conciencia mariana de la Iglesia, tal como el Concilio quiso presentarla en el Capítulo VIII de la Constitución *Lumen gentium*, conciencia cada vez más rica y profunda y más capacitada pedagógicamente para hacer entender el misterio mismo de la Iglesia. Y, sobre todo, la enorme incidencia que esta “conciencia mariana” ha venido a tener en la renovación litúrgica promovida y verificada según “la lógica del Concilio”.

Como ya advertía magisterialmente Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Marialis cultus*, es en la liturgia –la “vida espiritual” permanente de la Iglesia– donde el “ministerio maternal de María” sigue teniendo su verificación más lograda. No sólo como modelo perfecto de actitudes vivenciales para el culto y la receptividad de la obra sacramental de la redención aplicada (cf. *Marialis cultus* 16-21), sino en cuanto la maternidad de María, unida indisolublemente al acontecimiento de la Redención, no puede ser ajena a la celebración auténtica de la historia de la salvación tal como la vive, la proclama y la actualiza la Iglesia en su liturgia. Es precisamente en y a través de los ministerios litúrgicos, donde María contribuye con su maternidad abierta y permanente a la “educación y santificación de los fieles” (Cf. *Lumen gentium* 63; *Marialis cultus* 28). Por ello, sigue diciendo Pablo VI, la piedad litúrgica hacia la Santísima Virgen es “un elemento intrínseco del culto cristiano” (*Marialis cultus* 56).

La mayor actualidad y originalidad de la obra consiste en el análisis teológico y litúrgico, con que, en su segunda parte, a partir del capítulo, se desarrolla sistemáticamente “la conciencia mariana” de la Iglesia, tan perceptible en la liturgia renovada del posconcilio. Los mismos títulos de los capítulos son suficientemente indicativos: Ministerio maternal de María en la liturgia cristiana (cap. VI); Adviento mariano: Espiritualidad de disponibilidad para Cristo (cap. VII); Navidad, experiencia mariana del misterio del Emmanuel (cap. VIII); Período cuaresmal: Maternidad educadora para la Pascua (cap. IX); Período Pascual: Maternidad inagotablemente eclesiógena (cap. X). Un último capítulo expone los contenidos marianos y mariológicos de las anáforas, como momento culminante en el “cristocentrismo eucarístico” de la Iglesia; y la “maternidad eclesial” de María en el santoral y en la liturgia cotidiana.

A este “itinerario de espiritualidad mariana” en la vida cristiana, en sintonía con la vida espiritual de la Iglesia, precede en la obra un conjunto de capítulos densamente mariológicos, que le sirven de fundamentación bíblica y teológica. El primero de ellos analiza y presenta las líneas maestras, que el Concilio Vaticano II ha señalado a la Mariología, al centrarla en su dimensión de “teología de la Maternidad plena y permanente de María en la historia de la salvación”. Tema que se desarrolla más pormenorizadamente en los que siguen acerca de María en las fuentes de la existencia cristiana (cap. II); María en los orígenes del misterio del Cuerpo Místico (cap. III); la correlación entre la acción permanente del Espíritu Santo en la Iglesia y la Maternidad plena de María (cap. IV); más un estudio amplio de la “Mediación multiforme de la Maternidad plena de María en la economía de la Redención” (cap. V). Este último es el capítulo central de toda la obra. Los que le preceden son fundamento indispensable para entender éste; los que le siguen, exponen la aplicación práctica de su rico contenido según el ritmo de la vida litúrgica de la Iglesia.

Como epílogo, la obra se corona con el texto del nuevo Prefacio, que sobre esta Maternidad plena y permanente de María nos ha regalado la reforma litúrgica

para la celebración activa de “Santa María Virgen, Madre de la Iglesia”. Una de las mejores piezas de reciente composición, que han venido a enriquecer la liturgia posconciliar; y, sin duda, la más alta expresión del magisterio mariológico ordinario de la Iglesia orante. En nuestro caso, es como una síntesis de toda la obra.

Desde el punto de vista pastoral, la obra que presentamos, puede servir muy eficazmente para iluminar la piedad mariana, irrenunciable en la existencia cristiana y en el progreso de la auténtica espiritualidad personal y eclesial.

Y más concretamente, para ilustrar, enriquecer, y, eventualmente corregir y purificar el precioso legado de la religiosidad popular en relación con la Virgen María, tan valorado por nuestras comunidades cristianas, aunque no siempre suficientemente fundamentado, ni integrado en la conciencia mariana de la Iglesia posconciliar.

Si en España, y particularmente en Andalucía, donde florecen con tanta vitalidad de sentimientos las cofradías y asociaciones marianas, se lograra esta deseada integración, se habría prestado un servicio impagable a la educación cristiana de nuestro pueblo y a la consolidación de su fe católica, hoy tan amenazada y en peligro de que pueda reducirse a una expresión meramente culturalista y folklórica de desordenadas y anárquicas vivencias humanas y religiosas. Es la hora de instruir y educar. Este libro del Dr. Ordóñez, bien asimilado y explicado por los sacerdotes y demás agentes de pastoral, podría ser como un Catecismo Mayor y un prontuario de auténtica espiritualidad mariana, que alimentaría el alma del pueblo y le ayudaría a dar razón de su fe y su esperanza.

Felicito por último a la Caja de Ahorros de Córdoba, porque, al patrocinar la edición de esta obra, colabora a una empresa cultural de primer orden. Ayudar a un pueblo cristiano a mantener su fe y su sentido de la vida, porque quiere conservarlos, también es promover y difundir la auténtica cultura.

Toledo, 15 de agosto de 1986,
Solemnidad de la Asunción de la Virgen María al Cielo
y Fiesta de Nuestra Señora del Sagrario.

TEOLOGÍA Y PASTORAL EN LA ESPIRITUALIDAD MARIANA

Prólogo para la obra del Dr. Juan Ordóñez Márquez, titulada «Maternidad plena de María», 1987.

Es para mí un motivo de satisfacción presentar obras pensadas y elaboradas desde nuestro Centro de Estudios de Teología Espiritual. Existen razones peculiares, que acrecientan esta satisfacción, al hacerlo con esta nueva obra mariana y mariológica, que aparece bajo el título de *Maternidad plena de María. Fundamentos teológicos de la espiritualidad mariana*.

Ante todo, por la oportunidad de su publicación. Soy testigo de que, a principios de marzo del presente año, el autor tenía entregado en imprenta el original íntegro del libro. Un pequeño reajuste ha permitido incorporar a la obra íntegramente el texto magisterial de S.S. Juan Pablo II, su encíclica *Redemptoris Mater*, publicada el 25 de marzo pasado, con su impresionante originalidad mariológica y su prometedora fecundidad teológica y pastoral en el momento actual de la Iglesia.

De esta manera, el lector podrá disponer, en un solo volumen, del texto íntegro del magisterio pontificio, tan fecundo y sugestivo en su presentación de la espiritualidad original de la Madre del Redentor, y tan diáfano en la proclamación de su “maternidad permanente” en la espiritualidad de la Iglesia y de la existencia cristiana; y al mismo tiempo podrá disponer, gracias a esta obra del Dr. Ordóñez Márquez, de un amplio estudio de profundización teológica, prácticamente en todos los temas que el Romano Pontífice ha abordado en su encíclica. Con no buscada oportunidad, esta obra resulta, así, el primer comentario amplio, de singular hondura teológica y de seguro alcance pastoral, entre los muchos que sin duda habrá de provocar el documento del Santo Padre.

Me consta que su autor no ha tenido que retocar ni un solo párrafo del original. El mismo título que se había asignado a la obra –*Maternidad plena de María*– recibe ahora su más justo refrendo a lo largo de toda la encíclica. El Papa habla explícitamente de “la otra dimensión de la maternidad revelada por Jesús durante su misión mesiánica”; de que “Ella misma se abría cada vez más a aquella novedad de la maternidad, que debía constituir su *papel* junto al Hijo” (n.20); de “la nueva dimensión, el nuevo sentido de la maternidad de María” (n.21, cf. n.23); maternidad “que encuentra una *nueva* continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia,... el reflejo y la prolongación de su maternidad respecto del Hijo” (n.24); “maternidad en el orden de la gracia que ha surgido de su misma maternidad divina” (n.22); ... “una presencia permanente en toda la extensión del misterio salvífico” (n.31). El sentido y el alcance de esta “maternidad plena y permanente de María en la Iglesia” es exactamente todo el contenido teológico y pastoral de esta obra.

El que el autor, miembro de la Sociedad Mariológica Española desde hace tiempo y correspondiente de la Pontificia Academia Mariana Internacional, haya

seguido atenta y gozosamente el constante magisterio pastoral del Papa¹, le ha permitido “intuir”, en gran parte, el contenido y las perspectivas teológicas, en que se movía el corazón mariano y el magisterio mariológico de Juan Pablo II. Por ello, ahora resultan no sólo coherentes, sino plenamente respaldados por el magisterio pontificio capítulos íntegros de la obra: “María en las fuentes de la existencia cristiana” (cap. II); “María en los orígenes del Cuerpo Místico” (cap. III); “María, una maternidad invadida por el Espíritu en la Iglesia” (cap. IV). Hasta tal punto, que su autor se ha limitado, al presente, a consignar como complemento del aparato crítico, acá y allá, las citas o los párrafos de la encíclica, en que Juan Pablo II ha formulado o explicitado la misma doctrina, que ya aparecía desarrollada en el texto.

Aun la originalidad teológica, ecuménica y pastoral, con que Juan Pablo II ha desarrollado, en la III Parte de la encíclica, la “mediación materna” y su incidencia en la dimensión mariana de la existencia cristiana, puede encontrar su más denso comentario y sus perspectivas teológicas más acertadas en el original y sugestivo estudio teológico sobre “la mediación multiforme de la maternidad divina” (cap. V). “La mediación como ejercicio efectivo de la maternidad plena y permanente en el misterio y en la obra de Cristo... con su integración plena en la *Oeconomia salutis*... en cuanto mediación singularmente cualificada”. Exactamente, lo que el propio Pontífice sintetiza con esta afirmación textual: “La mediación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno, que la distingue de las demás criaturas... Brota de su maternidad divina y puede ser comprendida y vivida en la fe, solamente sobre la base de la plena verdad de esta maternidad... Esta función constituye una dimensión real de su presencia en el misterio salvífico de Cristo y de la Iglesia”. (*Redemptoris Mater* 38)

Mas la oportunidad de la publicación de la presente obra no se limita únicamente a la garantía doctrinal o al valor especulativo mariológico, que hacen de ella un verdadero tratado de Mariología acorde con la doctrina del Concilio Vaticano II y el magisterio pastoral de S.S. Juan Pablo II. Presenta también un innegable valor pastoral de actualidad.

Se acerca el año 2000, que nadie con mayor realismo pastoral que el Santo Padre está intentando programar como efemérides cristiana y eclesial.

Ya desde su primera encíclica –*Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979– sorprendió con una constante de su magisterio pastoral, desde entonces fuertemente subrayada: *la Iglesia ¡en situación de Adviento!*

Es una expresión bíblica y litúrgica de “responsabilidad ante el futuro”, que él relaciona constantemente con el gran Jubileo a celebrar en la inauguración del tercer milenio de la Redención: los dos mil años del acontecimiento redentor de la Encarnación.

¹ Especialmente en sus densas y siempre originales alocuciones y homilias marianas durante sus viajes apostólicos, así como sus impresionantes síntesis mariológicas formuladas en las encíclicas *Redemptor hominis* (n. 22), *Dives in misericordia* (n. 9) y *Dominum et vivificantem* (n. 49-50).

Con el grito profético: “¡Abrid las puertas al Redentor!” proclamó el año jubilar extraordinario de la Redención (1983-1984); como “jubileo de gracia” entre el año celebrado en 1975 y el que se celebrará en el año 2000, el Gran Año Santo de los albores del tercer milenio cristiano... “como un puente lanzado hacia el futuro”².

La necesaria “mentalidad de Adviento”, con que Juan Pablo II viene intentando proyectar la conciencia, la fe y la acción pastoral de la Iglesia hacia ese acontecimiento jubilar, reclama en “la lógica de la fe y de la encarnación” toda su peculiar dimensión mariana. “La Iglesia entera deberá, pues, tratar de concentrarse, como María, con amor indiviso, en Jesucristo su Señor, dando testimonio con la enseñanza y con la vida de que nada se puede sin Él”³.

No se trata de un marianismo “sentimental o piadoso”, sino de una urgencia de autenticidad receptiva o “adviental”: “su aspecto eminentemente mariano... la coincidencia de la celebración que sitúa a la espera del tercer milenio, hace comprender esa mentalidad de Adviento que distingue la presencia de María en toda la historia de la salvación. Ella, como la estrella de la mañana, precede a Cristo y lo prepara, lo acoge en sí y lo da al mundo; y también en la preparación del Jubileo creemos y sabemos que está presente para disponer nuestros corazones al gran acontecimiento”⁴.

También la lógica de la historia y el realismo cronológico de los hechos, en la preparación del acontecimiento redentor de la Encarnación, imponen el “prólogo” entrañable de un bimilenario anticipado: los 2000 años de la Natividad de María, la “bendita entre todas las mujeres”, la irrepetible Madre de Dios hecho hombre entre los hombres, la criatura integralmente humana, “la Elegida”, que estrenaba juventud, cuando se vio invadida por el Espíritu, y Sagrario palpitante del Verbo encarnado. Lo que significa que urge apresurarse para que sea cronológicamente realista el bimilenario previo de la Natividad de María.

Desde 1983 se empezó a presentir en la Iglesia la gratificante noticia de su celebración. A Juan Pablo II no sería preciso urgirle demasiado desde instancias eclesiales piadosas; aunque no pocos sectores de la Iglesia se movían ya suplicantes en este sentido.

El IX Congreso Mariológico Internacional, celebrado en Malta (del 8 al 18 de septiembre de 1983), pretendió dejar ante el corazón del Papa este deseo hecho fervorosa súplica. Tras una prudencial espera, contenida en él por la delicadeza de que fueran la Iglesia y sus comunidades quienes se lo pidieran, Juan Pablo II no ha querido esperar más. Y el día 1 del presente año decidía la celebración jubilar del Año “adviental” Mariano, a inaugurar en la solemnidad de Pentecostés (7 de junio de 1987) y a clausurar en la solemnidad de la Asunción de 1988 (15 de agosto)⁵.

² JUAN PABLO II, alocución al Sacro Colegio y a la Curia romana, 23 de diciembre de 1982, n. 3.

³ JUAN PABLO II, Bula *Aperite portas Redemptori*, 6 de enero de 1983: AAS 75 [1983] 100.

⁴ Cf. la alocución citada del 23 de diciembre de 1982, n. 11.

⁵ En su homilía de la solemnidad de la Inmaculada Concepción (Basílica de Santa María la Mayor, 8 de diciembre de 1983) se expresaba así Juan Pablo II: “Se acerca el fin del segundo milenio después de Cristo. En relación con este hecho, muchos manifiestan el deseo de que se celebre con un jubileo especial el nacimiento de la Madre del Señor. No sabemos exactamente cuantos años hayan precedido el nacimiento de la Madre al del Hijo. Por tanto, nos limitamos a

Anunciaba al propio tiempo la encíclica, que ya hoy enriquece el tesoro mariológico de la iglesia, y que sobrepasa con mucho el cometido y valor magisterial de una tradicional Bula de convocatoria del Año Santo. También las fechas acotadas para el acontecimiento jubilar han resultado originales y significativas: desde Pentecostés hasta la Asunción. Es decir, el tiempo intraeclesial histórico, en que se inauguró y desarrolló inicialmente la “maternidad plena de María” en y desde la propia Iglesia naciente en el tiempo, hasta que, por su Asunción, se perpetuó esta maternidad permanente y plena para todo el futuro de la Iglesia desde los cielos.

Un bimilenario mariano, montado sobre una evocación cronológica de la fecha aproximada del nacimiento de María, la Virgen Madre de Nazaret, carecería de trascendencia teológica y pastoral, sin una visión plena del misterio de la maternidad “inagotable”... “la característica de este amor materno que la Madre de Dios infunde en el misterio de la redención y en la vida de la Iglesia. En esto consiste el misterio de la Madre.” (*Redemptor hominis* 22)

Se trataba, pues, –y ahora resulta evidente en el magisterio pastoral de Juan Pablo II– de subrayar fuertemente la irrenunciable dimensión mariana de la genuina existencia cristiana y del dinamismo salvífico de la propia Iglesia en la verificación permanente del misterio de la redención.

Sabido es que el talante mariano de la fe y de la piedad cristianas y aun de la espiritualidad de la Iglesia tiene su origen en el Evangelio de la Cruz y en el “legado maternal” del propio Cristo (cf. *Redemptoris Mater* 23-34). La tradición eclesial ha profundizado en su dinamismo espiritual, ha aclarado sus contornos teológicos, y, durante veinte siglos, la ha ido “encarnando” en el *sentido de la fe* del Pueblo de Dios. Esta Maternidad plena y permanente de María ha llegado a nuestras comunidades eclesiales como un hecho connatural e instintivo para la conciencia cristiana. Se es mariano en la Iglesia en la misma medida ordinaria y con la misma autenticidad en que se es o no cristiano genuino.

Mas para nadie es un secreto que, tanto en el “ser cristiano” como en el “ser mariano”, una cosa es lo instintivo o subconsciente y otra lo vivencial, lo responsable, lo coherente, lo auténticamente vivido y progresivamente llevado a su madurez vital y santificadora.

El profundo fenómeno de la religiosidad popular mariana –el autor no puede menos de pensar especialmente en el “mundo mariano” de las cofradías y hermandades, cuya identidad en Sevilla no sería ni concebible sin la presencia de la Virgen Madre en el misterio de la Redención– y la tradicional devoción a María de nuestras comunidades eclesiales “normales”, con su raigambre secular y con su tenacidad transmisora intergeneracional, no siempre garantizan el desarrollo auténtico de la espiritualidad cristiana. Con frecuencia, este fenómeno

relacionar el presente Jubileo del Año de la Redención de manera especial con María, con su venida al mundo y con su vocación a ser la Madre del Redentor. Y así ponemos de relieve el carácter de Adviento de este Año Jubilar de la Redención. El Adviento es de modo especial el tiempo de María. Efectivamente, por medio de María el Hijo de Dios entró en la esfera de toda la humanidad. En Ella está, pues, de algún modo, el ápice y la síntesis del Adviento” (n.3).
Vid. también la homilía del Papa en la Basílica de san Pedro, 1 de enero de 1987, n. 6.

aparece ayuno de la necesaria riqueza de la verdad revelada y de la responsable profundización y coherencia ante el Misterio de María.

La genuina religiosidad mariana, que nunca tendrá que temer a la auténtica catequesis y a la profundización teológica, difícilmente alcanzará su coherente desarrollo y crecimiento santificador sin una seria catequesis mariana, y al margen de una enriquecedora ilustración teológica.

Tal es la urgencia pastoral desde la que el Papa ha proclamado el Año Jubilar Mariano. Y la que el propio autor de esta obra había tenido muy presente en su ardua labor de analizar y puntualizar “los fundamentos teológicos de una genuina espiritualidad mariana”.

En este contexto, originariamente evangélico, la religiosidad mariana de las hermandades, cofradías y asociaciones culturales de España, especialmente en Andalucía y singularmente en Sevilla, tiene configurada instintivamente su propia identidad religiosa. Nada hay que temer en medio de un pueblo, del que bien cabe imaginar que deje de ser religioso antes que mariano, y del que tales asociaciones surgen como por generación espontánea en cada etapa histórica cristiana.

Pero precisamente por ello, porque lo instintivo tiende a la inconsciencia y a lo irresponsable, el mundo religioso cofradiero –y en gran parte la piedad popular mariana– acusa la constante necesidad de un conocimiento más reflejo, más profundo, más enriquecedor y coherente... ¡más integral!, sería la palabra, de la Mariología.

Los contornos de la Mariología de la Iglesia y los de la “Mariología popular” religiosa, entre nosotros, no siempre son coincidentes y exactos. Sin que sean contrarios entre sí, precisan de un consciente reajuste vivencial, que, en materia de fe y vida cristiana, sólo mediante un análisis teológico integral del Misterio de María en un clima de honda piedad, como el que las hermandades, cofradías y la conciencia popular aportan en forma de religiosidad tradicional, podría lograrse.

A ello se orienta, esperanzadamente, el presente ensayo eclesial sobre la Maternidad plena y permanente de María en la historia de la salvación.

No quiero concluir la presentación de esta obra sin destacar otro valor de oportuna actualidad, que su publicación inesperadamente aporta. Por el Decreto *Christi mysterium*, de 15 de agosto de 1986, la Sagrada Congregación para el Culto Divino, con la aprobación y mandato de Juan Pablo II, hacía a la Iglesia universal el entrañable regalo de la *Collectio missarum de Beata María Virgine* con el correspondiente *Lectionarium pro missis de Beata María Virgines*. Ambas joyas acaba de publicarlas, en su edición típica, la Editora Vaticana. Ni siquiera ha habido aún tiempo para hacer las traducciones en lengua vernácula para las respectivas Iglesias locales. Pero se trata de un tesoro mariano –eucológico y bíblico– cual jamás conoció la Iglesia en su liturgia universal. Hasta cuarenta y seis esquemas diferentes despliegan litúrgicamente todas las dimensiones mariológicas y los fundamentos teológicos y pastorales de la faz y la conciencia “marianas” de la Iglesia y de la misma identidad cristiana auténtica. Distribuidos maravillosamente en un acorde perfecto con el ritmo de la espiritualidad de la propia Iglesia en el despliegue cristocéntrico de su Año Litúrgico.

El autor de la presente obra, cuando redactaba la mayor parte de sus capítulos –especialmente aquellos, en los que estudia y analiza exhaustivamente el “ministerio maternal de María en la liturgia cristiana” (cap. VI a XI)– no podría ni sospechar acontecimiento tan singular, al mismo tiempo mariológico y litúrgico. Se limitaba, entonces, a un gozoso estudio teológico del enorme “enriquecimiento mariano”, que la renovación litúrgica originada del Vaticano II había aportado a la Iglesia en la celebración del Año Litúrgico, tan justamente reconocido y analizado por Pablo VI en su exhortación apostólica *Marialis cultus* (2 febrero 1974, nn. 2-15 y 16-23). Pero hoy, los análisis teológicos y pastorales del “Adviento Mariano” (cap. VII), de la “experiencia mariana del Misterio navideño” (cap. VIII), de la figura de María en la cuaresma con su “maternidad educadora para la Pascua” (cap. IX), de la maternidad inagotablemente eclesiógena durante el periodo pascual (cap. X), y del “permanente marianismo en la fe y vida de la Iglesia” (cap. XI), todos ellos perfectamente acordes con la distribución que el nuevo Misal mariano asigna para el desarrollo pastoral y litúrgico de sus cuarenta y seis celebraciones del Misterio de María en la historia de la salvación y en la vida de la Iglesia, pueden ser ya desde ahora un instrumento teológico-pastoral para el ministerio homilético y para la vivencia profunda de dichas celebraciones.

Todos los títulos y misterios marianos –incluso los más originales o “novedosos”– que ahora se manifiestan como vivencias litúrgicas para la vida de la Iglesia orante y de nuestras comunidades eclesiales, aparecen ya presentidos, analizados y teológicamente puntualizados a lo largo y a lo ancho de esta presentación teológica y pastoral de la *Maternidad plena de María. Fundamentos teológicos de la espiritualidad mariana*.

Un motivo más de satisfacción en la presentación de esta obra: su actualidad pastoral para una adecuada utilización litúrgica y ministerial de tan rico tesoro mariológico eclesial.

Felicito, pues, al autor muy cordialmente, y deseo que su obra alcance difusión. Y en nombre del Centro de Estudios de Teología Espiritual de Toledo expreso mi agradecimiento a la Caja de Ahorros de Córdoba y a cuantos han hecho posible la edición de esta obra que ojalá alcance la difusión que merece.

Toledo, mayo de 1987.

EL CANTO A MARÍA EN LA POESÍA ESPAÑOLA

Prólogo para la obra del Dr. Laurentino Herrán «La Virgen María en la poesía española», 1988.

Prologar un libro como el que el lector tiene en sus manos es tarea fácil, y a la vez muy difícil. Fácil, porque basta invitar a una lectura sosegada del mismo para que quien lo haga pueda captar enseguida la belleza de la obra; difícil, porque poco más se puede decir que lo que el autor expone en esas admirables páginas, en que nos hace la presentación del libro.

Séame permitido, sin embargo, añadir algo, que es precisamente lo que él no puede decir. Hace muchos años que conozco a Laurentino Herrán, el gran profesor de literatura en el Seminario de Palencia, donde muchas promociones de alumnos aprendieron bajo su magisterio el arte del análisis literario de autores y estilos diversos, desde los escritores primitivos de la lengua castellana a los modernos y contemporáneos. Ello hizo que los sacerdotes palentinos, que fueron alumnos suyos, se distinguieran más que otros de muchas diócesis de España, por su buen decir y por su capacidad para escribir con elegancia y precisión. Y a nadie se le oculta lo que significa esta capacitación en quienes, por su ministerio, tienen el deber de saber comunicar, de palabra y por escrito, un mensaje eterno de vida y de esperanza, que se nos ha dado precisamente para transmitirlo.

A su vez, el alma sacerdotal de profesor, que se complacía en la estética del arte literario en todas sus expresiones, se orientó, bajo el impulso y devoción de su amor, hacia la reflexión y el estudio de la poesía religiosa, y más concretamente la de temas marianos. Como si tuviera cierto temor de quedarse prendido exclusivamente en el encanto de la pura belleza artística, tan rica y fascinante para quien esté dotado, como él, de una sensibilidad muy viva, se dedicó con preferencia a estudiar cuanto los poetas de habla española han ido escribiendo en loor de la Virgen María a lo largo de los siglos.

Miembro de la Sociedad Mariológica Española y de la Internacional desde hace muchos años, no ha habido ningún Congreso de estudios marianos en Europa o en América durante este tiempo en que no haya estado presente Laurentino Herrán con alguna ponencia, fruto de su investigación y estudio de algún autor, principalmente algún poeta, sobre el inagotable tema de la Virgen María.

Ha sido la época en que ejerció la docencia en la cátedra de Mariología en las Facultades Teológicas de Burgos y Navarra, a la vez que en su Seminario Diocesano. Se unieron en él la labor rigurosa del teólogo y la fina percepción del cultivador del arte y de la estética, que encontraba en los mejores poetas de nuestra lengua, vertidos en la gracia de su inspiración, los más altos conceptos de la teología mariana. ¡Cuántos hallazgos insospechados como fruto de su estudio paciente y su anhelo de buscador de bellezas en el ancho campo de lo que los poetas han sentido y han dicho en relación con la Virgen María como obsequio de su fe y su amor a la Madre de Dios!

No es extraño que, como fruto de su investigación, llegara a recoger y ordenar un material riquísimo, que, aunque parcialmente publicado en diversos artículos, esperaba ser ofrecido en su totalidad de manera sistemática. A ello le hemos animado cuantos conocíamos su ejemplar dedicación a la literatura y teología marianas desde los tiempos, ya lejanos, en que siendo estudiante en la Universidad Pontificia de Comillas redactaba su tesis doctoral sobre la Mariología en el Beato Orozco, o mantenía una relación epistolar frecuente con José María Pemán y otros poetas.

El presente libro es, pues, un auténtico trabajo de Mariología escrito por los poetas que el autor ha escogido, sin duda los de mayor calidad y más reconocido valor por su inspiración, su estilo, y la forma interna y externa de sus composiciones en el tratamiento del tema. No es una antología o colección de poemas de tema mariano, como las que se han publicado en diversas épocas para alimentar la piedad y facilitar la instrucción religiosa en un área determinada. Tampoco recoge, porque sería imposible, dadas las dimensiones oceánicas que alcanzaría, el torrente de la poesía popular mariana elemental, con que el pueblo ha cantado a María constantemente en todas las regiones de España y en todas las épocas.

Son poetas señeros los que aquí aparecen, muchos de ellos cumbres de la lírica española, que han sabido meditar, rezar y cantar. Sin ser ellos el pueblo, del pueblo han brotado y al pueblo han movido con su inspiración. Con lo que ha venido a producirse esa conjunción de fe, alabanza y súplica a María de los poetas que escribieron, y del pueblo, que supo escuchar y leer, mezclados los sentimientos de unos y otros en una sinfonía grandiosa a través de la cual tantas veces supo manifestarse el sentido de la fe de un pueblo católico, que expresaba con el lenguaje del arte y recibía e incorporaba a su sentir lo que su fe y su amor hacían escribir a unos y asimilar a otros con su devoción y piedad.

Al actuar así, tanto los poetas como el pueblo compenetrado con ellos, era la Iglesia la que estaba presente, es decir, la gran familia del pueblo de los bautizados, que expresaba su fe bajo la guía del Espíritu que da vida. El poeta descubre el secreto de la belleza, que él capta al contemplar a María; el pueblo siente esa belleza como algo que está reclamando su alma para vivirla mejor; y la Iglesia, madre del que canta y del que escucha, aprueba, bendice, y alienta. Estamos ante una de las más vivas manifestaciones de lo que Pablo VI llamó la religión del pueblo, cuando habló de la religiosidad popular en su exhortación *Evangelii nuntiandi* (n. 48).

No hay motivo alguno para temer que la fantasía o el calor del sentimiento oscurezcan el contenido de la fe o suplanten el dato revelado. Al fin y al cabo, por mucho que digan los poetas y el pueblo que les sigue, se quedarán cortos en su expresión, si se les comprara con lo que la misma Iglesia dice en su liturgia sobre la Virgen Madre de Cristo, cuando canta sus virtudes, pues sólo la Iglesia sabe, mejor que el Dante o San Bernardo, alabarla adecuadamente, cuando se atreve a aplicar a Ella las inspiradas palabras, con que Dios habla de su propia Sabiduría¹.

¹ Cf. THOMAS MERTON, *Semillas de contemplación*, p. 115.

Y no es ocioso añadir, tratándose de poetas españoles, como los que en este libro aparecen, que su obra poética mariológica, ha sido, sin que ellos se lo propusieran, una manifestación espléndida de lo que hoy llamamos inculturación de lo religioso, promovida y exigida por el carácter, las tradiciones y el modo de pensar y sentir de un pueblo. Ha sido este pueblo el que ha ayudado a ser así a sus poetas, y han sido éstos a la vez los que han contribuido a que el pueblo creyente sea así en sus manifestaciones de piedad mariana.

Por lo cual, cualquier intento de reevangelización de ese pueblo en el momento actual, en que tan afanosamente buscamos una mayor coherencia entre la fe y el comportamiento de nuestras gentes, habrá de tener en cuenta ineludiblemente lo que también la poesía mariana ha significado y significa en la cultura y formación del pueblo que queremos seguir evangelizando.

No hubiera sido fácil, creo yo, en cualquier otro país de nuestro ámbito cultural escribir un libro como éste, sencillamente porque no lo es que tantos y tan selectos poetas hayan cantado las excelencias de María, Madre de Dios, como lo han hecho los españoles a lo largo de los siglos.

El autor presta un servicio insigne a la cultura religiosa, a la fe y piedad mariana del pueblo español, y a la historia de nuestra literatura. Oportunísima ofrenda a María en esta Año Mariano, en que también los poetas pueden ayudarnos a entender mejor el misterio de la Madre del Redentor, para acercarnos más a Jesucristo.

Toledo, febrero de 1988

LA VIRGEN MARÍA EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

Prólogo de la obra del P. Nazario Pérez, S.I., titulada «Historia mariana de España», 1993.

El jesuita Padre Nazario Pérez (1877-1952) publicó entre los años 1942 y 1949 la *Historia mariana de España*, en cinco volúmenes, y así ofreció al gran público el resultado de muchos años de dedicación a un tema tan amplio como es el contenido de este libro. Fueron muchos años gastados, con admirable paciencia investigadora, como exigencia de su profunda, y a la vez tierna, devoción a la Virgen.

De forma escalonada y con una cadencia, que podría dar la impresión de haber sido detalladamente programada, fueron apareciendo uno a uno los cinco volúmenes, que ahora en esta segunda edición quedan reducidos a dos. No solamente no se ha eliminado parte de la materia expuesta en aquellos cinco tomos, sino que la primera edición ha sido corregida y aumentada con una minuciosa revisión llevada a cabo por el también jesuita, P. Camilo Abad, que no ha podido ver publicada la actualización y mejora que hizo a la obra del Padre Nazario Pérez.

Gráficas J. Concejo, de Valladolid, publicó el primer tomo en 1942. En él se recoge la historia mariana de la época romana en España, desde la venida de la Madre de Dios en carne mortal a Zaragoza, hasta el siglo XIII. En la primera página de aquel primer volumen se pueden leer estas palabras con las que comienza el prólogo: “Quiero poner la cúpula al edificio de esta obra, que hace 40 años voy construyendo”.

Verdaderamente es admirable el trabajo sosegado, paciente y ejemplar de aquel Padre jesuita, que con tanta naturalidad como modestia no tiene inconveniente en afirmar que la suya no es la verdadera y completa historia mariana de España, que requerirá un inmenso trabajo de investigación en archivos y monumentos, todavía por hacer. Y añade: “Sin temor, pues, a las censuras, muy justas acaso, a que vamos a exponernos, nos lanzamos a publicar esta historia tan incompleta, que otros más tarde podrán completar; porque esperamos ha de ser muy útil para aumento de la devoción a la Santísima Virgen y para gloria de España”.

La editorial Sal Terrae se ocupó de publicar los otros volúmenes. En el 2º se recoge la espléndida riqueza de los siglos XIV al XVI. Sólo el siglo XVII da tema suficiente para el tomo 3º. Los siglos XVIII y XIX son tratados en el volumen 4º; y finalmente el tomo 5º está dedicado al siglo XX.

Constituye un gozoso deber, a los cincuenta años de aquella publicación laboriosa del primer volumen, resaltar y alabar el vigor y el acierto del Padre Nazario, que emprendió él solo y con tan pocos medios una tarea gigante, llevada a cabo con tan buenos resultados. En una época llena de carencias y limitaciones se hizo la edición con toda dignidad.

La originalidad de esta *Historia Mariana de España* consiste en que viene a demostrar que la historia de la devoción y el culto a Nuestra Señora y las bendiciones de Ella a sus hijos españoles, se entretienen, o, mejor, se funden con

la historia del pueblo español. Por supuesto, con la historia eclesiástica; pero también con la historia civil y cultural de España. Y está muy dentro de los más variados campos de la ciencia, de la literatura y del arte en todas sus ramificaciones. Como prueba de ello, nuestros antepasados nos han dejado muestras evidentes de un quehacer aleccionador, y multitud de obras artísticas de extraordinario valor.

Fruto de su paciente trabajo y constante investigación ha sido tal número de datos, noticias y referencias a las más diversas épocas, lugares y personas, que difícilmente se podrán hallar en otra obra de este género. Él afirma que no era su pretensión ofrecernos un elenco de datos para satisfacer la curiosidad intelectual del lector. Su objetivo era mostrar la presencia de la Virgen en los pueblos de España; e inculcar a cuantos se acerquen a esta publicación, el amor y la devoción a la Señora, tan vinculada a la historia de nuestro pueblo y de sus gentes.

Posteriormente, hacia 1967, el Padre Camilo Abad, también jesuita, asumió gustosamente la dura tarea de revisar y enriquecer el contenido y la multitud de detalles mejorables de aquellos cinco volúmenes, editados en los años cuarenta. Se encargó de rehacer en lo necesario las abundantísimas páginas de la *Historia Mariana de España*, así como de añadir datos y aspectos, que han perfeccionado y completado el original del Padre Nazario. Pero no llegó a ver impreso el fruto de su laboriosa tarea.

Esta *Historia Mariana de España*, sin pretender hacer una revisión crítica de cuanto aquí se expone, tiene la gran importancia, y aún más, el acierto, de mostrarnos con claridad y con abundancia de datos, lo que nuestra gente ha pensado, ha dicho y ha hecho en relación con la Virgen María. Son teólogos y artistas, predicadores y poetas, nobles y labriegos, reyes y súbditos, los que con su visión religiosa de la vida desfilan por las páginas de este libro para dejar un testimonio de su fe vivida y de su devoción inquebrantable a la Madre de Dios. Es una historia viva, hecha de generosidad y de amor especialmente a la Virgen, en la que todos han participado, desde la Jerarquía de la Iglesia hasta el pueblo fiel, sencillo, laborioso y profundamente religioso. El clero y los frailes. Todos han sido actores de incontables pequeñas gestas de amor, y a la vez testigos y destinatarios de esa presencia operativa de la Virgen en medio de nuestros pueblos.

Hoy no estamos en condiciones de poder definir con precisión el papel que Ella ha desempeñado en tantas batallas, como se han librado en nuestro suelo. Importantes son las luchas que han tenido una resonancia social; pero no lo son menos aquellas otras, que se han librado en la intimidad del corazón de cada hombre, y en las que Ella ha tomado una parte tan importante.

Después de leer esta obra tan extensa se podría afirmar, con el Padre Nazario, que la literatura, la poesía, y la pintura, sin excluir la arquitectura y la música, han adoptado, como su quehacer más noble, el de plasmar y transmitir la referencia a María, que cada una de ellas puede recoger y ofrecer a los demás.

Verdaderamente, el P. Nazario Pérez, admirable por sus trabajos, y más admirable aún por la calidad de su vida, prestó un servicio de valor incalculable. No era justo que un trabajo de tanta utilidad como la *Historia Mariana de España*

quedase oculto en algunas bibliotecas, y su contenido reservado a unos pocos, que tendrían el privilegio y la oportunidad de beneficiarse con su lectura.

Por este motivo, desde hace mucho tiempo, venía acariciando el proyecto de reeditar esta obra. Y estoy seguro de que con ella se dará a conocer una riqueza cultural, que últimamente no estaba al alcance del gran público, y que contribuirá poderosísimamente a que muchas almas buenas y sensibles a los valores del espíritu, reciban con la lectura de estas páginas una oleada de aire fresco, como un regalo del Espíritu, que aumenta su piedad.

Ahora, después de un duro y silencioso trabajo, y a pesar de las inevitables e imprevistas dificultades, que suelen surgir en estos casos, se puede ofrecer la reedición anhelada, llamada a producir grandes frutos. Ha sido el Deán de la Catedral Primada de Toledo, D. Evencio Cófreces, profesor de Teología Moral en nuestro Seminario, quien ha revisado el amplísimo texto, lo ha ordenado, lo ha reducido tipográficamente. A él le doy las gracias más sinceras.

Con esta publicación se brinda un servicio exquisito, que la sensibilidad humana sabrá valorar y apreciar convenientemente. De esta forma se da cumplimiento a los deseos que el Papa Juan Pablo II nos ha transmitido en su Encíclica *Redemptoris Mater*, cuando nos exhorta a “poner de relieve la especial presencia de la Madre de Cristo y de la Iglesia, promover una nueva y profunda lectura de cuanto el Concilio Vaticano II ha dicho sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios...; y no sólo de la doctrina de la fe, sino también de la vida de la fe, y, por tanto, de la auténtica espiritualidad mariana, que encuentra una fuente riquísima en las experiencias históricas de las personas y de las diversas comunidades cristianas, recordar todo lo que en el pasado (de la Iglesia) testimonia la especial y materna cooperación de la Madre de Dios en la obra de la salvación de Cristo Señor” (*Redemptoris Mater* 48-50).

Espero y confío en que esta *Historia Mariana de España* ayude a muchos a saborear la presencia secular de la Virgen entre nuestras gentes, para que de esta forma conozcan mejor la misión de Santa María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Así la sentiremos más cercana en nuestro incasable quehacer como constructores del Reino de Dios. Será la manera de asumir, de la mano de Santa María, la responsabilidad que a cada uno le corresponde. Ella desempeñará un papel insustituible en esta tarea de evangelización, a la que el Papa nos está urgiendo, y que es una tarea apasionante de la Iglesia entera y de cada cristiano responsable, que siente en su interior la fuerza expansiva de la fe.

Agradezco, por último, al P. Ignacio Iglesias las facilidades dadas, cuando era P. Provincial de la Compañía de Jesús, para el trabajo aquí realizado.

Toledo, mayo 1993

MARÍA EN EL MISTERIO DE LA SALVACIÓN

Prólogo de la obra colectiva «El Libro de la Virgen», publicado por el Centro Bíblico Católico, bajo la dirección del P. Manuel Celada García, 1994.

El Libro de la Virgen, que edita el Centro Bíblico Católico, bajo la coordinación de D. Manuel Celada García, es una obra que pretende ofrecer a los lectores datos y estudios acerca de la Santísima Virgen María, en su vida, en su culto, en la historia de este culto y en las múltiples advocaciones, que de ella se encuentran en nuestro suelo patrio.

Profesores de reconocido prestigio, como el P. Enrique Llamas, O.C.D. y D. Félix Ochayta, con otros, que trabajan incansablemente en el campo de la mariología, se han unido en este volumen para ofrecer una obra de estudio, de piedad y de devoción.

De María nunquam satis. No se trata solamente de acumular datos en torno a la que por designio divino es la Madre de Dios y de los hombres. Se trata de recoger tales datos para penetrar más y más en su misterio, que tan inseparablemente va unido al misterio de Cristo, fundiéndose en el único misterio, que Dios nos ha revelado llegada la plenitud de los tiempos.

No se puede entender el misterio de María sin la luz del misterio de Cristo, único Mediador, Sumo Sacerdote entre Dios y los hombres. Pero este Mediador se ha complacido en unir a su obra otras colaboraciones humanas, entre las que destaca de manera singular la colaboración de su Madre Santísima.

El misterio de Cristo, por tanto, tampoco puede entenderse sin la luz que proyecta el misterio de María, la primera redimida, en la que la redención ha tenido ya su fruto más acabado y perfecto. Ella nos muestra, por una parte, hasta dónde quiere Dios Padre llegar en su designio amoroso, cuando ha decidido redimir a los hombres. Y, por otra parte, nos enseña cómo se debe recibir esa redención y cómo se debe colaborar activamente en la misma para que fructifique en bien en los demás.

Por eso, el misterio cristiano encuentra en María el modelo de su realización perfecta, y cuanto más profundiza en Ella más se entiende a Cristo, mejor se intuye el misterio del hombre, y, en definitiva, mejor se capta el profundo y amoroso designio de Dios para con nosotros.

Me alegro de presentar este *Libro de la Virgen*, con el que sus autores nos ayudan a conocer mejor el misterio de María. Y además de hacerlo con maestría, lo hacen asequible a todo tipo de fieles. Felicito el que sepan unir el rigor dogmático con la piedad popular, puesto que, en la profundización del misterio mariano, han sido no sólo los teólogos, sino en primer lugar el Pueblo de Dios el que ha vivido y captado la profundidad del misterio de María, llegando a expresarlo de múltiples formas en la piedad popular.

Esa piedad popular, en relación con el misterio de María, continúa siendo un lugar precioso para el creyente que reflexiona sobre su fe: eso es un teólogo.

Teniendo siempre en cuenta que esa fe es la fe de la Iglesia, que viene auténticamente interpretada por quienes en la Iglesia han recibido este ministerio, esto es, por el Magisterio.

Deseo que se propague y se difunda este libro, y agradezco a los autores y a sus editores que lo hayan hecho posible. María, que es madre buena, sabrá recompensarles lo que por Ella ha hecho cada uno. Aunque ya lleva su premio el simple hecho de poder tratar de la Madre.

Con mi afecto y bendición.

Toledo 5 de diciembre de 1994.

LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN EN CASTILLA-LA MANCHA

Prólogo para la obra «La Virgen en Castilla-La Mancha», publicada por Ediciones Encuentro, 1996.

Es un honor y un gozo poder presentar esta obra, que se enmarca dentro de un ambicioso proyecto de Ediciones Encuentro, que aspira a dar a conocer parte de la riqueza mariana –doctrinal, devocional e iconográfica– de las diversas regiones españolas.

Aquí se contemplan las cinco diócesis comprendidas en la Región autonómica de Castilla-La Mancha: Toledo, Albacete, Ciudad Real, Cuenca y Sigüenza-Guadalajara.

La historia y la arqueología muestran que esta región central de la península fue evangelizada en época relativamente temprana. Entre los asistentes al concilio de Elvira (hacia el 302) se cita ya a un obispo toledano.

Esta evangelización se arraigó y completó a lo largo del siglo IV. Precisamente en esta centuria las Iglesias de Oriente y de Occidente alcanzaban plena uniformidad en la doctrina mariana y se extinguían algunas actitudes negativas sobre aspectos concretos en relación con la virginidad de Nuestra Señora. A principios de la centuria siguiente, con el concilio de Éfeso, (431), se dio ya un poderoso impulso a la presencia de María en la vida de la cristiandad.

También, como es lógico, en la cristiandad de aquella Hispania romana (siglos IV y V), de cuya vivencia mariana es testigo singularmente Prudencio; y más tarde en la España visigoda (siglos VI y VII), que acredita su marianismo, sobre todo, por la voz de la Liturgia hispano-mozárabe y del gran san Ildefonso de Toledo.

Y esta presencia de María no se eclipsará ni siquiera durante la dilatada dominación musulmana, ya que fue mantenida viva por las comunidades mozárabes.

Luego irá creciendo y echando raíces profundas en ciudades y pueblos hasta nuestros días, dando origen a multitud de advocaciones, que recuerdan los principales misterios y títulos de la Virgen, o lugares y nombres poéticos, que han quedado unidos a su Nombre.

Este libro nos brinda la historia y descripción de muchos de ellos. A esas páginas remito al lector. Por mi parte quisiera destacar unos datos, que me han impresionado gratamente referidas las cinco diócesis.

Toledo: La catedral, que es uno de los templos marianos más importantes de España, con sus tres bellas imágenes de “Santa María de Toledo”, una de ellas, Patrona de la Ciudad y conocida desde el siglo XVI como “Virgen del Sagrario”; y con medio centenar de representaciones marianas (esculturas, pinturas, relieves, marfiles, telas, vidrieras, esmaltes...) de gran calidad artística.

Nuestra Señora del Prado, de Talavera, culto ancestral de la época visigótica, o tal vez hispanorromana; *Guadalupe*, advocación de amplia resonancia

española y americana, que ha tenido su origen y desarrollo dentro del territorio de la Archidiócesis toledana, aunque en 1833, al crearse las provincias, quedó vinculada a Extremadura, siendo singularmente venerada y amada como Patrona por aquel noble pueblo.

Y dejando de enumerar otras imágenes marianas de intenso culto local o comarcal, no es menos significativo que, de las 266 parroquias que existen en la Diócesis, unas 143 la tienen como Titular o Patrona.

Ahora bien, los datos que poseemos, nos permiten hacer una valoración semejante de las otras cuatro Diócesis.

Albacete: La capital tiene por Patrona a la *Virgen de los Llanos*. La devoción y culto, que un número incalculable de albaceteños tributa habitualmente a esta Imagen y especialmente en dos grandes ocasiones a lo largo del año, son realmente extraordinarios. Otra Imagen singularmente querida por los albaceteños es Nuestra Señora de Cortes, situada en su hermoso y montaraz santuario de la Sierra de Alcaraz.

Pero también en Albacete, como en Toledo, es significativo que 61 de las 192 parroquias de la Diócesis, tengan por Titular o Patrona a Nuestra Señora.

Ciudad Real: Son muchas las imágenes que reciben un culto notable en esta Diócesis: *Alarcos, Monte, Peñarroya, Carrasca, Virtudes*, etc. Pero es, sobre todo, *Nuestra Señora del Prado*, la Titular de la catedral y Patrona de la capital. Es advocación muy antigua; se remonta a la época de la Reconquista (año 1088). Y también en esta Diócesis 86 de las 160 parroquias, que la integran, honran como Titular o Patrona a la Virgen María.

Cuenca: En la capital se da un culto fervoroso a *Nuestra Señora de las Angustias*, que es Patrona de toda la Diócesis. Pero existen otras imágenes de María menos veneradas y famosas en distintos lugares y comarcas: la *Virgen de Tejeda*, de la *Misericordia*, de *Altarejos*, de *Horcajada*... Y se da también el hecho de que 168 de las 326 comunidades parroquiales de la Diócesis, tienen por Titular o Patrona alguna advocación mariana.

El fenómeno se repite en **Sigüenza-Guadalajara**, donde son muy conocidas y veneradas las imágenes de *Nuestra Señora de la Antigua*, Patrona de Guadalajara, de *la Mayor*, Patrona de Sigüenza, de *la Salud*, en el vecino Santuario de Barbatona, de *la Hoz*, del Madroñal, de *la Peña*, de *Enebrales*, etc. Con el dato también significativo que, de las 427 parroquias de la Diócesis, 187 tienen a la Virgen por Patrona o Titular en alguno de sus misterios o advocaciones.

También pudiera ser interesante comprobar que entre los misterios marianos escogidos por nuestros antepasados de esta región castellano-manchega para honrar a la Señora, sobresale universalmente el de la Asunción, seguido por el de la Natividad de la Virgen; así como igualmente las advocaciones del Rosario y del Carmen son especialmente populares.

He tenido interés singular en subrayar estos aspectos. Pero es imprescindible la lectura del libro para admirar y agradecer esta viva presencia de la Virgen en nuestras cinco Diócesis castellano-manchegas.

Ojalá Ella proteja siempre maternalmente a esta vieja tierra cristiana y a todos sus hijos.

Iglesia

LA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA

Prólogo a la publicación en 1964 por Ediciones Sígueme, Salamanca, de la Carta Pastoral de don Marcelo, Obispo de Astorga, el 23 de mayo de 1963, titulada «El porvenir espiritual de la Diócesis»¹

Sólo una vez, en esta Carta Pastoral, hago referencia explícita al concilio ecuménico Vaticano II, que estamos viviendo. Pero, en realidad, toda ella está escrita teniendo a la vista las perspectivas, que el concilio nos está abriendo. Aun en la hipótesis realmente extraña de que, por cualquier azar imprevisible, éste se interrumpiera y no se promulgara decreto ni constitución alguna, algo ha sido puesto en evidencia de manera irreversible, a saber, que la Iglesia quiere renovarse. Así dijeron los padres conciliares en su primer mensaje al mundo, al comienzo de la primera sesión. Y así se ha ido repitiendo infinidad de veces, dentro y fuera del aula conciliar, de palabra y por escrito, en continuas proclamaciones, que son un eco gozoso de las que en el mismo sentido han hecho Juan XXIII y Pablo VI, héroes auténticos de esta grandiosa empresa.

Séame permitido señalar de paso la singular belleza de una Institución, que no teme situarse de cara al mundo y proclamar a los cuatro vientos que necesita renovarse. Esta ausencia de temor se explica, si se tiene en cuenta que la Iglesia encuentra en sí misma la fuerza necesaria para la renovación que busca. Si tuviera que ir a pedirla prestada a alguien o a algo extraño a sí misma, la renovación buscada supondría debilidad en el organismo propio. No es este el caso. La Iglesia no está enferma ni envejecida.

En este esfuerzo que hace para renovarse, la Iglesia trabaja sobre dos bases previamente establecidas: sinceridad en el examen de sí misma, y unidad de propósitos en sus hombres responsables, ¡De qué manera tan conmovedora lo está cumpliendo! En cuanto a la sinceridad, incluso ha permitido a la prensa del mundo recoger intimidades, que parecían estar destinadas a permanecer bajo un perpetuo secreto. Y en cuanto a la unidad de propósitos tan grande es que, aun las divergencias que aparecen entre los hombres que hablan, no obedecen a fines diversos, sino a una misma intención, que cree poder lograr su objetivo por diversos caminos.

Una diócesis es en pequeño una representación de la Iglesia universal. Astorga es una cristiandad vieja y venerable, que quiere también renovarse. No está

¹ El texto íntegro de la Carta está reproducido en el volumen IV de estas Obras completas.

envejecida ni enferma. Se mira a sí misma y encuentra dentro de su alma la fuerza necesaria para la renovación pretendida.

Las encuentra, porque no es una lógica aparte, sino un miembro de la Iglesia universal viva, y lógicamente la corriente de renovación que circula por todo el organismo, tiene que llegar a sus diversos miembros. Las páginas que siguen las ha escrito, sí, su Obispo; pero le han sido dictadas por la propia diócesis que rige.

Nuestra Diócesis quiere moverse también sobre líneas de sinceridad y unidad de propósitos. Sinceridad en el examen, para no contentarnos con el recuerdo de las glorias pasadas, tantas y tan abundantes como fueron; unidad en todo y en todos, entre las instituciones y las personas, los planes de hoy y de mañana, la cultura y la piedad, la sociología y la gracia, el seminario y la parroquia, el apostolado activo y la fe, para que todo y todos tratemos de conseguir el mismo propósito: hacer a la Iglesia diocesana más hermosa.

Mas como todo será inútil, si no logramos una profunda renovación en el interior de nosotros mismos, los sacerdotes de Cristo, de ahí que la primera llamada de esta Carta Pastoral se dirija a nuestra propia conciencia, para señalar la necesidad de vivir las grandes e inalterables virtudes sacerdotales de siempre.

Porque de esto sí que podemos estar convencidos: ni en Astorga, ni en ninguna diócesis de España o de otros países, ni en la Iglesia universal se conseguirá renovación alguna, tal como la desea Jesucristo, si no se logra una mayor santidad en todos los niveles. El Concilio no es una fórmula mágica, que resuelva por sí misma los problemas. A través de él, el Espíritu Santo nos llama. Tenemos que responder nosotros.

Roma, noviembre 1963.

EL CONCILIO VATICANO II

Prólogo de la obra de Miguel A. Molina Martínez, titulada «Diccionario del Vaticano II», 1968.

¿Quién que, por exigencias de su misión, haya tenido que vivir el Concilio Vaticano II podrá olvidarse jamás de aquellas jornadas romanas en que durante cuatro años seguidos estuvimos reunidos los obispos del mundo, movidos todos por el deseo sincerísimo de prestar nuestro humilde servicio a la Iglesia y a los hombres de nuestro tiempo?

Uno tras otros, el repetido otoño de Roma nos ofreció la serenidad de su cielo y la caída de las hojas de sus árboles: lo uno podía ser símbolo del hermoso horizonte, que tratábamos de descubrir; lo otro, éralo también de aquellas formas de vida en la Iglesia que, por perclitantes y caducas, estimábamos que debían desaparecer bajo la mirada respetuosa de todos los que hasta entonces las habíamos utilizado.

Nuevo iba a ser el horizonte, pero idéntico el cielo; y los árboles también seguirían siendo los mismos, aunque el follaje que tendría que brotar fuera en gran parte distinto.

Han pasado tres años desde aquella mañana del 8 de diciembre de 1965, festividad de la Inmaculada Concepción de María, en que el Concilio se clausuraba en la plaza de San Pedro, y los obispos nos despedíamos unos de otros entre lágrimas y abrazos de religiosa emoción y fraternidad. A esta corta distancia en el tiempo, ¿podemos sentirnos hoy tan gozosos como aquel día?

¿Brotan ya las nuevas y tiernas hojas de los árboles y se adivina más cercana la presentida serenidad del horizonte deseado?

Me temo que la respuesta no pueda ser afirmativa. Siguiendo con el símil empleado, debo decir que da la impresión de que durante este tiempo nos hemos dedicado a fabricar nubarrones, que se interponen entre nuestros ojos y la limpidez del cielo que buscábamos; y con nuestras manos estamos apretando tanto el árbol, que impedimos y casi hacemos estéril su savia circulante, ansiosa de dar frutos, si empezáramos por permitir que diese hojas y flores.

¡Cuánto subjetivismo apasionado en la utilización de los textos conciliares! ¡Cuánta interpretación parcial y arbitraria de sus enseñanzas! ¡Cuánta y qué incalificable frivolidad en las alusiones, en las citas y en las fulgurantes y rapidísimas invocaciones a la doctrina conciliar! Y lo que aún es peor, porque es más impreciso, ¡qué irritante abuso de lo que se llama el espíritu del Concilio y la psicología de la Iglesia posconciliar! Para unos, lo que hay que hacer es ahogarla antes de que nazca, porque sólo males puede traernos; según otros, el ritmo de su aparición y crecimiento es intolerable para su afán de prisa devastadora; la obligada lentitud en la marcha es una traición, el afán de equilibrio auténticamente creador equivale a frenazo paralizante o maniobra intencionadamente diversiva.

Mientras tanto, el gran acontecimiento religioso de la Edad Contemporánea, nuestro Concilio Vaticano II, está ahí, en medio no ya de la plaza de San Pedro, sino de la gran plaza del mundo, pendiente de examen, de conocimiento y de amor. Examen digo, no simplemente mirada intuitiva y caprichosa; conocimiento, es decir estudio serio, reposado, integrador, de todo el conjunto de sus enseñanzas; y amor, porque se trata de un hecho religioso, dentro del cual late el corazón de la Iglesia, y por lo mismo cada uno de los textos conciliares, de sus afirmaciones, de sus ruegos, tiene que ser contemplado amorosamente, con ese cálido cariño que nace de la fe en lo que es obra del Espíritu.

Refiriéndome ahora solamente a la necesidad del conocimiento y el estudio, pienso en este libro, *Diccionario del Vaticano II*, que puede prestar un servicio utilísimo. El autor es un joven sacerdote, que ha acometido la empresa con paciente reflexión y análisis riguroso de temas y conceptos. Sobre cada uno de ellos ha recogido ordenadamente los textos conciliares y nos los presenta fáciles y dispuestos para la meditación integrante y complexiva de todo el conjunto. Al pie de los mismos sitúa las referencias a conceptos paralelos o similares, que enganchan la óptica del estudio y el análisis sin riesgo de desorbitarla.

No caben extremismos, cuando se estudia así el Concilio. Lo único que cabe es deducir consecuencias con honradez, con fidelidad y sin personalistas aficiones, ni torpes propósitos de reproducir el Vaticano I o inventar el Vaticano III. Las cosas son como son y, no como quisiéramos nosotros que fuesen. Una obra como ésta, preparada con seriedad objetiva y con atención suma a los textos conciliares, libera al lector del riesgo de las omisiones involuntarias y de las imprecisiones más o menos conscientes; facilita grandemente el estudio y nos economiza ese tiempo de que quisiéramos disponer, y a veces no podemos, para encontrar con prontitud y en su propio y directo lenguaje lo que el Concilio ha dicho sobre un determinado concepto.

Espléndido servicio el del autor y el de la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, que merecen el agradecimiento y el aplauso común.

Diciembre, 1968

LA IGLESIA, MADRE

Prólogo para la obra de Rafael Palmero Ramos, titulada «Ecclesia Mater en san Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas», Madrid 1970.

La lectura atenta de este trabajo de investigación teológica y proyección pastoral del doctor Palmero Ramos me sugiere una reflexión, que no por evidente es superflua y muchos menos retórica: San Agustín amaba a la Iglesia. La amaba con toda su alma ardiente, ya no apasionada. A lo largo de su vida tan rica fue quedando en su corazón solamente el ardor y la llama, centrados ambos sobre lo que había venido a ser objeto único de su amor y su existencia: La Iglesia de Cristo. Hay teólogos que escriben de Dios y su misterio como podrían hacerlo sobre cualquier cuestión científica: con el rigor del analista, sí, pero también con su opaca frialdad. No así los Padres de la Iglesia, y san Agustín es uno de los más esclarecidos y fecundos que ésta tiene.

Son eso, Padres, y se advierte que cuando hablan o escriben de ella, lo hacen con la fuerza generadora del amor.

La controversia con los donatistas fue la ocasión que sirvió a san Agustín para exponer, en múltiples textos, que el autor ha estudiado profundamente en esta tesis doctoral, los conceptos sobre la Iglesia madre, que brotaban de su espíritu contemplativo y orante, a pesar de su actividad pastoral y no obstante la violenta y enconada polémica. Mas creo yo que, aunque la secta de Donato no hubiera existido, al gran aliento vital de san Agustín le hubiera sido suficiente la habitual meditación sobre la Iglesia, a que le llevaba su alma, para ofrecernos el don de su pensamiento y su sentir sobre un misterio tan atractivo y tan rico. San Agustín amaba, vuelvo a decir, amaba a la humanidad, y a la Iglesia en ella encarnada. Y este amor le hacía dirigir su mirada incesantemente, tratando de desvelarlo, hacia ese oculto secreto de las relaciones de Dios con el mundo de los hombres, manchado con el pecado, puro con la virginidad de la fe, asumido en la unión de amor y elevado a la fecundidad creadora y sacramental de la gracia vivida en el seno de la Iglesia.

¡Qué perspectiva tan fascinante, por lo que tiene de humana y de divina, esa de una Iglesia pecadora, virgen, esposa y, finalmente madre! El autor se siente contagiado irreprimiblemente, y al exponer y comentar los textos agustinianos, no oculta el leve temblor afectivo que el análisis despierta, si bien tenga que moderarlo con la regla serena del método a que su trabajo está lógicamente sometido. Pero lo que importa es la síntesis, y ella está lograda perfectamente. En esa teología de la imagen, como él subtitula su trabajo, late con auténtica vida la realidad honda de la *Ecclesia-salus*, contaminada y pura, pecadora y fiel, intacta y comprometida, espiritual y, sin embargo, nunca evadida, puesto que llega a ser madre.

Las conclusiones de este trabajo, tanto las de carácter teológico como las de índole pastoral, no pueden ser más actuales ni más capaces de suscitar nuevas y siempre fecundas reflexiones para el momento que precisamente ahora vive la Iglesia. Armonía entre carisma e institución; realidad única de la *societas*

sanctorum y la *communio sacramentorum*, que no se excluyen; eclesiología conectada íntimamente con la historia de la salvación; valor real de la imagen utilizada, como extraída de la entraña misma del ser eclesial... y, desde el punto de vista pastoral, el acertado planteamiento de la actuación ministerial de los pastores en su colaboración con la acción santificadora del Espíritu Santo, y la visión de una Iglesia siempre abierta para facilitar el acercamiento de los que permanecen alejados... constituyen un patrimonio excelso de la herencia agustiniana que el autor ha sabido poner de relieve con preciosa sobriedad.

Leyendo este trabajo, inevitablemente nuestro pensamiento se dirige a la constitución *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II. En la Basílica donde esta constitución fue discutida, y finalmente aprobada, estuvo presente también san Agustín. ¡Cuánta sangre del Obispo de Hipona corre por las venas de este maravilloso documento del concilio! Los que tuvimos el honor y la dicha de tomar parte en él no podemos olvidarlo. También el autor lo tiene presente. Él sabe muy bien que no sólo los padres conciliares, sino también los grandes teólogos que más colaboraron en el estudio y redacción de este documento, a algunos de los cuales cita reiteradamente, deben a la inspiración de san Agustín, y concretamente a los textos que él maneja, algunas de las mejores páginas que nuestro siglo ha ofrecido como obsequio a la teología de la Iglesia.

Creo, en fin, que este estudio puede ser inmensamente provechoso a los alumnos de nuestras Facultades teológicas, e incluso a los seculares cultos que se interesan por el tema de la Iglesia. Hay en él rigor científico, lúcida exposición, acertada síntesis, noble y elevado estilo. Despierta el deseo de conocer y amar más y más no solo al inmortal Doctor Africano, cuyas luces doctrinales parece que no están destinadas a conocer ningún ocaso, sino también, lo que es más importante, a la Iglesia que él tanto amó. San Agustín es tan fecundo y tan rico, que las audacias de los más atrevidos no llegan a alcanzarle en su carrera de intuiciones y análisis geniales, con la ventaja para ellos de que, si se decidieran a correr tomándole como guía, los atrevimientos no serían nunca vanas y frecuentemente irrespetuosas piruetas sobre el misterio de la Iglesia, sino avances auténticamente luminosos, puesto que sus audacias nacerían del amor, que ni se busca a sí mismo ni hiere jamás a la Esposa de Cristo.

Felicito cordialmente al autor, con quien me unen vínculos de vida sacerdotal muy estrechos, por el brillante trabajo elaborado. Me fue muy grato asistir a la defensa de esta tesis en la Universidad Gregoriana. No lo es menos escribir ahora estas palabras de presentación como obsequio, bien poco valioso, que trata de corresponder a la generosa ayuda que él me ha prestado y me presta, ahora en Barcelona y antes como profesor de teología en el Seminario de Astorga, tarea que yo le encomendé con esperanza que nunca fue defraudada.

Barcelona, Pascua de Resurrección, abril de 1970.

SIGNIFICADO DE LAS GUÍAS DIOCESANAS

Presentación de la «Guía de la Iglesia en la Archidiócesis de Barcelona», 1971.

Por tercera vez aparece, notablemente mejorada y puesta al día, la “Guía de la Iglesia en la Archidiócesis de Barcelona”.

Una guía es un compañero de viaje. Nos hace atisbar la perfección de toda obra bien realizada y nos introduce progresivamente en la valoración del conjunto artístico, documental o religioso –como el caso presente–, que nos muestra.

Eso quiere ser nuestra “Guía”. Índice, por una parte, de la vitalidad religiosa que se esconde bajo los nombres de las instituciones, que aquí se consignan y exponen, por otra, del celo pastoral que anima a las personas que se mencionan.

Agradezco el esfuerzo de quienes la han preparado con paciencia, en ocasiones puestas a prueba, y la colaboración de la Entidad que ha facilitado su publicación. La pongo confiadamente en manos de todos los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de Barcelona, deseoso de que “en el pueblo de Dios que pertenece a una misma diócesis se manifieste claramente la naturaleza de la Iglesia”, también por la “razonable distribución de los clérigos y de los recursos acomodada a las exigencias del apostolado”, tal como aparece en estas páginas.

Barcelona, domingo 1º de Adviento de 1971

EL MAGISTERIO DE PABLO VI

Carta-prólogo del libro del P. José María Pílon, S.I.,
titulado «Año Santo en Pablo VI», 1975.

Toledo, 16 enero 1975
R.P. José María Pílon, S.I.
Madrid.

Mucho le agradezco la atención, que ha tenido conmigo, al enviarme un ejemplar fotografiado de la interesante obra, que ha preparado, y que es tan oportuna y útil en estos momentos: *Año Santo en Pablo VI*.

Todo lo que sea desentrañar y ponderar, difundir y poner al alcance de los fieles las enseñanzas de nuestro Santo Padre es algo que sin duda merece las más sinceras alabanzas. Entre esas enseñanzas tienen evidentemente un atractivo particular las verdades en las famosas catequesis de los miércoles, dirigidas de una manera muy directa al Pueblo de Dios, y por tanto sencillas, asequibles, pero también riquísimas en su temática y en su contenido doctrinal. Vd., además, se ha fijado muy concretamente en las catequesis pontificias, que dicen relación con el Año Santo, que acabamos de celebrar en nuestras Iglesias locales, y que hace unas semanas ha sido abierto en Roma para toda la Iglesia universal. Son muchas, y en ellas Pablo VI nos revela claramente lo que quiere sea este Año Santo, y las grandes esperanzas que tiene en él cifradas. Efectivamente, la finalidad primaria de esta celebración espiritual y penitencial –nos dice en su recientísima Exhortación Apostólica *Paterna benevolentia*, del 8 de diciembre último– es “la reconciliación, que fundada sobre la conversión a Dios y sobre la renovación interior del hombre, logre sanar las rupturas y los desórdenes, que sufre hoy la humanidad y la misma comunidad eclesial”¹. Libros como el suyo contribuirán al conseguimiento de objetivo pastoral tan ambicioso, pero tan necesario el día de hoy, al descubrir a los fieles las intenciones del Papa, y al ofrecerles sus enseñanzas brevemente comentadas y hechas un cuerpo de doctrina, que todos pueden captar y saborear fácilmente.

Ciertamente que nuestro corazón rebosa de gratitud al Señor, cuando reflexionamos sobre los grandes Pontífices, que ha dado a su Iglesia en estos últimos tiempos.

Pío XI fue un Papa extraordinario, tanto por su clarividencia en tantas cosas, que se han demostrado transcendentales y fecundísimas, como por su celo y su fortaleza espiritual para defender la libertad de la Iglesia de los totalitarismo de su época.

Pío XII ha dejado un recuerdo, que se prolongará glorioso en los siglos, ha dicho su inmediato Sucesor en ocasión solemne. Y añadía la razón: “Su mérito es ante todo ese su anuncio tempestivo, apropiado y profundo de la verdad evangélica, a través de cuyos rayos Pío XII recogió todas las manifestaciones del ingenio humano, situándolas en el fulgor de la eterna verdad, que se resumen en

¹ *Ecclesia*, 4 de enero de 1975, p. 9.

Cristo”². Y en su Mensaje de Navidad, evocando los 19 radiomensajes del Pastor Angélico y los tesoros de sabiduría contenidos en los 20 volúmenes de sus discursos y documentos, no dudaba en afirmar: “Admirable actividad doctrinal y pastoral, que asegura el nombre de Pío XII en la posteridad. Aun por encima de toda declaración oficial, que todavía sería prematura, bien conviene a la memoria bendita del Pontífice de nuestra era afortunada el triple título de *Doctor optimus, Ecclesiae sanctae lumen, Divinae legis amator*, Doctor óptimo, Luz de la santa Iglesia, Amador de la ley divina”³.

Juan XXIII era recordado por el Papa Montini, en su primer mensaje al mundo, con una piedad agradecida y emocionada: “Ha sabido –decía– llegar al corazón de los hombres, incluso a los más alejados, por su incesante solicitud, su bondad sincera y activa y sobre todo para con los humildes, por el carácter eminentemente pastoral de su acción, cualidades estas a las que se añadía el encanto particular de los dones humanos de su gran corazón”⁴.

Con todo, Pablo VI, formado en la escuela de Pío XI, Pío XII y Juan XXIII, parece ser el Papa que necesitaba la Iglesia en este período difícil de su historia; y por ello, providencialmente, recoge quizás en su excepcional personalidad lo mejor de sus predecesores. Su indudable fortaleza de alma recuerda a Pío XI; su inteligencia próspero y su capacidad inexhausta de trabajo, al servicio de un celo ardiente, a Pío XII; su bondad, su sonrisa, sus actitudes abiertas, su vivo universalismo, su eficaz y profundo ecumenismo, a Juan XXIII.

Maravillosas esa síntesis y esa prodigiosa continuidad de tres pontificados, en las que estamos viviendo tan intensamente, a través de unos hechos de vida enormemente significativos, y de un Magisterio luminoso y densísimo, que nos abrumba por sus proporciones, pero que nos vitaliza por su calidad superior y por su aliento sobrenatural.

Llamar la atención sobre la figura espiritualizada de Pablo VI, y sobre ese su magnífico y generalísimo Magisterio; difundirlo ampliamente, ponerle al alcance de los fieles, ayudar a comprenderle, a gustarle, a vivirle, es algo sumamente meritorio, y que, insisto, no merece más que muy cordiales encomios. Vd., Padre, hace todo eso con su libro *Año Santo de Pablo VI*, y tiene los míos sinceros y entusiastas.

Sin embargo, a partir de la última catequesis del Papa, de que Vd. se hace eco, y en el desarrollo del Año Santo universal, que ya estamos celebrando, se han producido y se producirán sin cesar nuevas intervenciones y sumamente importantes de Pablo VI. Anímese a recogerlas y a ofrecérselas a los fieles de Madrid en una nueva serie de conferencias primero, y a los de toda España en un nuevo volumen, que amplíe el presente y nos dé a todos una idea completa del “Año Santo de Pablo VI”.

Quiera el Señor y su Bendita Madre hacer muy fructuoso su trabajo y darle una gran fecundidad apostólica. Yo, por mi parte, le bendigo a Vd. y a su benemérita labor muy de corazón.

² AAS 50 [1958] 917: Cf. *Ecclesia*, 6 de diciembre de 1968, p. 8.

³ AAS 51 [1959] 8: Cf. *Ecclesia*, 3 de enero de 1959, p. 6.

⁴ AAS 55 [1963] 5: Cf. *Ecclesia*, 29 de junio de 1963, p. 19.

HISTORIA Y SIGNIFICADO DEL PALIO

Prólogo para la obra del Dr. José Martí Bonet titulada «Roma y las Iglesias particulares en la concesión del palio a los obispos y arzobispos de Occidente», 1973.

Un trabajo de investigación histórica tan riguroso como el que aquí aparece, merecería ser presentado a la hora de hacerse público por la pluma de algún eminente especialista. No lo es quien escribe estas líneas. Pero tampoco le faltan títulos para aceptar complacido la invitación del autor a redactarla.

El Dr. Martí Bonet es un sacerdote de Barcelona, a quien yo aconsejé un día realizar estudios de historia en la Universidad Gregoriana de Roma. Me siento feliz de haber contribuido, con mi ruego, a la determinación que él tomó, de secundarlo con la fervorosa dedicación con que lo ha hecho.

He aquí un estudio, magistralmente efectuado, de un tema de suma importancia para todos aquellos que se interesan por las instituciones diversas de la historia, al fondo de las cuales se encuentran siempre las personas y las grandes ideas, que fueron capaces de moverlas en una determinada dirección.

El “palio”, aún hoy, es un símbolo de jurisdicción eclesiástica, que el Papa entrega a los arzobispos como señal de la misión que les confía. Esa blanca cinta de lana es recibida siempre con respeto y prolonga más allá de Roma la presencia de la suprema autoridad que la ha entregado.

Pero faltaba un estudio serio sobre la historia del “palio”. Desde ahora lo tenemos, referido al período de los seis siglos, que el autor de la tesis se ha propuesto investigar. Nadie hasta este momento –afirman los profesores que han juzgado la tesis– había acometido el estudio de este problema histórico con tal copia de argumentos y noticias para ilustrar la práctica de conferir el palio y la relación del hecho con el Primado Romano. Este estudio es mucho más que una tesis doctoral. El autor se acredita como un investigador profundo, de cuyo trabajo –al que esperamos sigan otros– se beneficiarán grandemente los estudiosos de la historia.

El tema investigado ilustra además aspectos notables de la colegialidad episcopal; y es una respuesta a la llamada que hacían los Padres del Concilio Vaticano II, cuando se lamentaban de la falta de estudios científicos, que presenten la fundamentación histórico-teológica en el ejercicio de la misma.

Si se compara la Iglesia occidental del siglo VI y la del XII, se observan cambios profundos. En aquélla, el régimen eclesial es más bien autóctono-metropolitano, sin que por ello dejen de existir los vínculos de Roma. La Cabeza de la Provincia ordena a sus sufragáneos, convoca y preside sínodos, recibe apelaciones. A partir del XII, en cambio, es mucho más acentuada la dependencia de cada Iglesia respecto a la Sede Romana. El Papa va reservándose muy visiblemente la facultad de constituir al arzobispo –previo juramento de fidelidad a la Santa Sede– con la concesión del palio como insignia honorífica y jurídica. Los derechos y funciones de los metropolitanos quedan cada vez más sometidos al Papa.

La sana y equilibrada historia razona estas mutaciones y no se escandaliza ante unos hechos, que en la mayoría de los casos –como en éste– encuentran justificación en las circunstancias del tiempo.

Esa “reforma gregoriana” de los siglos XI-XII representa una de las épocas más sublimes de la historia eclesial, puesto que ante el peligro de que las Iglesias particulares quedaran demasiado atadas a los caprichos de los señores feudales, los Papas reformadores defienden a la Iglesia, cuando centralizan y controlan el régimen metropolitano.

La historia es vida y constantemente evoluciona y se adapta. Y la Iglesia es esencialmente historia y vida; también se adapta sin perder el alma de su Tradición.

La colegialidad episcopal, por su parte, sólo puede escandalizar a quienes ignoran los datos de la teología y de la historia. Durante más de doce siglos, como se demuestra en esta tesis, se había vivido con dignidad y provecho.

Este es el fruto del estudio con que el autor nos regala. Es un sacerdote culto, que se distingue por su amor al Papa y a los obispos. Y no hay mejor amor, tratándose de estas cuestiones, que el que va unido con el conocimiento exacto de la realidad amada.

Sólo me resta pedir al Dr. Martí Bonet, hoy Archivero Diocesano del Arzobispado de Barcelona, que se esfuerce por seguir encontrando tiempo para ofrecernos nuevos trabajos tan ricos como éste. No le faltarán estímulos en una ciudad como Barcelona tan dotada para valorar y comprender las evoluciones de la historia.

Marzo de 1973

EL MISTERIO DE LA IGLESIA

Prólogo para la edición de 1976 de «Magisterio episcopale», publicada en Verona, Italia, con el contenido de numerosos documentos del episcopado católico de numerosos países.

En los años 1974-1975 la vida de la Iglesia, en su expresión más externa y visible, ha estado marcada por dos acontecimientos de magnitud universal: el Sínodo de los obispos en el primero y el Año Santo en el segundo.

En una consideración, en que predomina el amor por encima de los datos cronológicos, no se puede separar el uno del otro, aunque su inmediata sucesión haya sido debida únicamente al mecanismo de las fechas, que, previamente señaladas y sin haberlo pretendido nadie, permitieron establecer un vínculo entre la Jerarquía y la muchedumbre de los creyentes, de singular significación teológica y pastoral.

En efecto, acaso por primera vez en la historia nos haya sido dado contemplar casi simultáneamente, de modo bien visible, todos estos datos: un Papa que convoca a sus hijos en Roma para la renovación y reconciliación en el interior de la Iglesia, ofreciéndoles, junto al sepulcro de los Apóstoles, las gracias del perdón y de la misericordia divina; una esperanza mil veces proclamada por ese mismo Pontífice de que el rostro de la Iglesia, así purificado por la fe y por la gracia, contribuya con el fulgor de su belleza renovada a una mejor evangelización del mundo; una Jerarquía proveniente de todos los países de la tierra, que se reúne en Roma para hablar precisamente sobre la evangelización del mundo contemporáneo y ofrecer su responsable cooperación al Pastor supremo para la santificación de los hombres y su acercamiento al Evangelio; y por fin, la presencia de las gentes llegadas de los lugares y países más diversos, para afirmar su fe, para rezar, para confesar sus pecados y solicitar el ansiado perdón, para escuchar la palabra de vida, que el Papa predicaba día tras día incesantemente, nunca abatido por el cansancio manifiesto, siempre reconfortado por la confianza de los que en él buscan a Pedro.

¡Qué expresión tan cabal y tan lograda de lo que es el misterio de la Iglesia! Un Papa que llama para predicar a los hombres el misterio de la salvación, como los Apóstoles a partir de Pentecostés; con él, el Colegio Episcopal –digamos Apostólico–, que invita a la misma eterna novedad; un pueblo que se congrega y escucha para dejarse transformar en el interior de su corazón; y un mundo, al que su propia indiferencia no es capaz de tranquilizarle en su actitud de alejamiento de Dios, a quien busca sin saberlo. En la Iglesia, durante estos dos años, se ha hecho más visible su condición de *pueblo de Dios en marcha*. La convocatoria y la respuesta, al ser tan públicas y tan generosas en la proclamación de los motivos a que obedecían; la reflexión doctrinal y la revisión, por parte de los obispos del Sínodo, del ejercicio de su responsabilidad pastoral para evangelizar mejor; e inmediatamente después, las muchedumbres o los pequeños grupos de fieles, con sus pastores, que cantan, rezan, afirman, esperan, piden perdón y elevan sus miradas a Dios Padre por medio de Jesucristo, el Salvador, acompañados y fortalecidos por la palabra y los

sacramentos, participando en la Eucaristía, bebiendo de la Tradición, y sumergidos en los afanes creadores de la hora presente; atentos y obedientes, pero no pasivos, a lo que la Jerarquía señala y determina; todos unidos y tan diversos, de tan distintas razas, pero formando una sola familia... Todo esto ha sido tan hermoso y tan expresivo de la riqueza única de la Iglesia de Cristo, que cualquiera hubiera podido preguntar: ¿Quiénes son los evangelizadores y quiénes los evangelizados?

Y la respuesta más justa hubiera sido ésta: Todos, porque aquí está el Pueblo de Dios, en el que todos, con arreglo a su propia función, prestan su colaboración a la misión de la Iglesia.

Pues bien, dentro de este panorama, en que resaltan los dos acontecimientos aludidos, y alimentando a ese Pueblo de Dios con la doctrina de la Verdad y de la Vida, aparece, con el relieve que le corresponde, la enseñanza de los maestros de la fe, que tratan de cumplir con su misión de comunicar y de guiar. Esto es lo que nos ofrece una vez más *Magisterio Episcopale*, de Verona, con esta espléndida colección de documentos de obispos de tantas Iglesias del mundo, continuando la labor iniciada hace años.

El tema de la Renovación y la Reconciliación en el interior de la Iglesia brota sin cesar de la pluma de los obispos, haciéndose eco de la llamada del Papa, con dolor por las lacerantes divisiones, que han surgido en la Iglesia, y con la esperanza firme de que puedan ser superadas, al encontramos unos y otros en un amor más puro y más vivo a Dios, que facilite el amor entre nosotros.

La evangelización del mundo de hoy es también objeto primordial de la enseñanza de los diversos episcopados, ya sea de cara al Sínodo, que se va a celebrar, ya como comentario a lo que en el Sínodo se ha dicho, enseñanzas todas estas que alcanzarían plena culminación en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, uno de los mejores documentos del pontificado de Pablo VI.

También los agentes de la evangelización han merecido de los obispos, en estos dos años, la solicitud pastoral de sus reflexiones, como lo vemos en las que aparecen sobre el sacerdocio, los religiosos, las vocaciones sacerdotales, la familia, la escuela, las misiones...Particularmente importante es el tratamiento de temas teológicos, como la relación entre salvación y liberación humana, el Espíritu Santo, los carismas, la Tradición, la fe en Jesucristo, los sacramentos, la sagrada Liturgia... y los de moral católica, amenazada en nuestros días por la agresión de las costumbres e incluso de las leyes sobre el aborto, el desprecio a la vida y la permisividad pornográfica. Los enfermos y los ancianos son objeto de múltiples llamadas de atención llenas de amor y respeto. Como lo es la familia, sin la cual la Iglesia apenas sería nada. Abundante es también la reflexión sobre las Iglesias locales con sus problemas y preocupaciones propias..., sobre la paz, el trabajo, la caridad, la justicia, la dignidad del hombre, la educación, los emigrantes, el desarrollo económico, el campo y la industria, etc., etc. Son todos ellos aspectos más vivos y concretos del magisterio episcopal, siempre estimulado por el sentimiento del amor al hombre.

En suma, este nuevo volumen de *Magisterio Episcopale* nos muestra una vez más la vibración de la Iglesia, a través de la enseñanza pastoral y la reflexión teológica de sus obispos, estimulada y mantenida por su propia fe y por el calor

de su corazón. Se precisa cada vez mejor la acción del trabajo apostólico; se disipan sombras, que habían ido apareciendo estos años sobre la doctrina que hay que mantener para permanecer fieles; se señalan campos y tareas apostólicas nuevas, exigidas por la situación de los hombres en el mundo de hoy; se proclama abiertamente la necesidad de la oración y la vida interior para toda auténtica evangelización. Es hermoso contemplar un horizonte tan bello como el que estas páginas nos ofrecen. Los compiladores de las mismas merecen la más profunda gratitud.

LAS PIEDRAS DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Prólogo para la publicación del mapa «Sant Yago en el mundo», 1977.

Este mapa *Sant Yago en el mundo* despertará una emoción incontenible en todo aquel que lo contemple.

Las piedras de Santiago de Compostela no pueden morir, porque tiene dentro de sí el aliento de los siglos, que se encarga de mantenerlas vivas. En Compostela el pasado no se hunde en el silencio del olvido: está pasando siempre para enlazar con el futuro. Los millones de peregrinos de los Años Santos, y aun los de cualquiera de los años del calendario, recogen ese aliento y lo unen con el suyo propio, que se transforma en sopro de vida.

Pocas piedras hay tan amadas en el mundo y pocas torres son contempladas desde tan lejos con tanta admiración y esperanza.

Los peregrinos de antaño, como los de ahora también, llegaban desde todos los caminos de Europa. Lloraban, gemían, cantaban y rezaban. Y pedían perdón a Dios en todas las lenguas, que se hablaban en el continente. Pienso que algún día vendrán también a Compostela desde las lejanas tierras de África y de Asia, como vienen los de la remota y cercana América, donde tantas ciudades llevan el mismo nombre del Apóstol. El paganismo moderno no será capaz, como no lo fue el antiguo, de imponer silencio a un sepulcro glorioso.

Será un obispo, un soldado, un poeta, un hombre cualquiera...el que mueva a peregrinar, y despierte el deseo de la renovación del espíritu junto a esas piedras, que hablan el lenguaje eterno de la esperanza.

Sabemos que el primer peregrino extranjero, que vino a visitar el sepulcro del Apóstol en el año 950 fue el francés Gotescalco, obispo de Puy. Y para quien esto escribe es muy grato recordar que el obispo quiso poseer una copia del libro *De virginitate*, compuesto por san Ildefonso de Toledo. El monje que le facilitó la copia lo hace constar así en el prólogo. Sin duda, seguirá habiendo obispos y santos y cristianos, que vendrán a Santiago y volverán a sus países, no con la copia de ningún manuscrito, sino con el perfume de la fe y la piedad que brota de sus piedras seculares.

Abril 1977.

CÓMO ERA LA IGLESIA PRIMITIVA

Prólogo para la obra del P. José Antonio de Sobrino, S.I., titulada «Así era la Iglesia primitiva», 1986.

Está necesitado nuestro mundo, cada vez más, de escuchar la Palabra de Dios. De tal manera se multiplican y difunden las palabras humanas, frecuentemente parciales y aun a veces equivocadas, que se hace cada día más apremiante que los hombres, y en particular los cristianos, se acerquen a leer y escuchar la Palabra de Dios, que nos dijo, por boca de Jesús, que él mismo era el Camino, la Verdad y la Vida. Nos atreveríamos a decir que en la topografía humana hay una multitud tan confusa de direcciones, que cada vez se hace más difícil encontrar el camino de la paz y del amor.

El libro que hoy nos presenta el P. Sobrino es una aportación valiosa a la Verdad hecha Camino en *la vida primitiva de la Iglesia*. En medio de nuestro afán continuo de cambio y de novedades, se hace también necesario mirar al pasado de nuestros orígenes cristianos, porque en ellos se nos ofrecen verdades y experiencias muy valiosas. Porque nuestro mundo, que a veces paradójicamente se inmoviliza y avejenta, necesita el ejemplo de una Iglesia joven, que empezaba a caminar por el mundo, conducida por los Apóstoles, porque eran a la vez amigos de Jesús y portadores de su palabra.

Para los que hayan leído *Así fue Jesús* de este mismo autor, la presente obra es como una continuación de la primera, por tanto se mueve en la misma línea de invitar a la reflexión y proporcionar un rico material informativo, que nos acerca al mundo helenístico, donde se hallan algunas raíces de nuestra cultura. La lectura de sus páginas nos permite acompañar a una Iglesia que aprendía a dar sus primeros pasos por el mundo.

Los pastores nos alegramos de disponer de este libro, que no sólo será lectura provechosa para la familia, sino material homilético para la predicación. El libro, en una palabra, une “la fidelidad en el contenido con una expresión en el modo de pensar y de hablar de nuestro tiempo”, como decía el Santo Padre en su mensaje a los teólogos españoles en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Noble empeño, al que todos debemos servir sin fatiga en el necesario diálogo con la cultura y los hombres de hoy, que tantas veces buscan a Dios aun sin saberlo.

Mayo de 1986.

LA IGLESIA, GRAN MISTERIO

Prólogo de la obra del P Bernardo Monsegú titulada «La Iglesia que Cristo quiso», 1986.

Han pasado ya 21 años desde que se celebró el Concilio Vaticano II. Muchos de los Padres conciliares y de los teólogos y demás peritos, que les ayudaron con su asesoramiento, han desaparecido ya.

A poco del comienzo de las primeras sesiones de la primera etapa –la del año 1962– vimos con claridad que un tema central iba a ocupar la mayor parte de nuestras deliberaciones: el de la Iglesia, el misterio de la Iglesia considerada en sí misma, y el de su proyección pastoral sobre el mundo de hoy. El Cardenal Montini, entonces Arzobispo de Milán, se distinguió entre los que marcaron este rumbo a la nave, que se ponía en marcha.

Recuerdo al P. Monsegú entre los peritos del episcopado español. Constante en su servicio de ayuda y asesoramiento, lleno de discreción, con envidiable capacidad de discernimiento y de análisis, sin dejarse llevar nunca por los arrebatos de la novedad, señalando con precisión las consecuencias que podrían derivarse de la aceptación o del rechazo de tales o cuales afirmaciones, ponderando también con agudeza crítica la riqueza teológica y pastoral, que encerraba el nuevo horizonte de la eclesiología, tal como se iba precisando.

Es bien conocido por sus muchas publicaciones y escritos antes y después del concilio. Ahora nos ofrece este magnífico libro *La Iglesia que Cristo quiso*, fruto de muchas meditaciones y profundos estudios.

Tema inagotable y difícil, como afirmó en repetidas ocasiones Pablo VI, porque pese a lo dicho por Pío XII en la *Mystici corporis* antes del Concilio y por el mismo Concilio en la constitución *Lumen Gentium*, así como por cuantos lo han estudiado, “contemplando en el espejo de la divina Revelación su rostro misterioso”, lo que la Iglesia es sigue siendo un gran misterio.

Es el misterio revelado por Dios en su Cristo, según el designio trinitario de elevar al hombre a la participación de lo divino por la encarnación del Verbo, y eligiéndose en Él “un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, según dice el Vaticano II con palabras de san Cipriano¹. El designio trinitario se realiza en el tiempo en dependencia absoluta de Cristo, cuyo misterio y misión se perpetúan en el misterio de la Iglesia.

Que la Iglesia es Pueblo de Dios no es sólo una imagen o figura; es una auténtica realidad, la Iglesia es verdaderamente un *pueblo*; no es así, cuando se dice de ella que es la *viña*, o que el Reino de Dios es como un grano de mostaza. Realmente ni es viña, ni es grano. Pero sí que es realmente un *pueblo*.

Pero pueblo que nace en el misterio y del misterio. El misterio es Cristo mismo, del que la Iglesia es sacramento, como Cristo es sacramento de Dios. Sacramento de salvación Cristo, y sacramento de salvación la Iglesia, aunque

¹ *Lumen Gentium* 4.

de distinta manera. Lo de Cristo se presencializa y se perpetúa en la Iglesia, que con razón se dice Cuerpo Místico de Cristo.

Por eso, lo medular del misterio de Cristo, que la Iglesia perpetúa y prolonga, no está ni se descubre con lo que es y significa como Pueblo de Dios, muchedumbre congregada y que camina a través de la historia; sino en lo que es y significa como Cuerpo de Cristo, realidad sacramental de procedencia e institución divinas, que cierra el paso a todo comunitarismo democrático o de comunión puramente espiritual, porque edificada sobre el paradigma de la Divino-Humanidad, es espiritual y visible al mismo tiempo, es institución y comunión, y quien en ella marca el paso no es el hombre, sino Dios, no es el pueblo sino la Jerarquía.

Junto al principio de unidad interior, que es el Espíritu Santo, hay que poner también, porque así Cristo lo quiso, otro de unidad exterior, que es la Jerarquía en comunión sacramental, no precisamente sobre una base comunitaria, sino personal e instituida por el mismo Cristo. Ese principio es Pedro y así lo dice el Vaticano II en *Lumen Gentium*, n. 18.

Este es el tema que desarrolla ampliamente el autor en su precioso libro.

Toledo, septiembre 1986

EL SEMINARIO COMO ESCUELA SACERDOTAL

Carta-prólogo de la obra de Apolinar del Corral Martínez, titulada «Historia y pedagogía del Seminario de Astorga», 1992.

Toledo, 10 enero de 1992
D. Apolinar del Corral Martínez
Sacerdote
PONFERRADA

Querido Apolinar:

En las páginas del *Boletín Oficial del Obispado de Astorga*, correspondiente a los meses de mayo-junio del pasado año, presentas tú mismo la tesis doctoral *Historia y pedagogía del Seminario de Astorga: 1766-1966*, defendida poco antes en la UNED. Es interesante, para estudiosos y amigos como para cualquier otra persona interesada por la Institución, así la primera parte del trabajo – “Historia del Seminario de Astorga: 1766-1966”–, como la segunda, en que reflexionas y sacas conclusiones de dicho centro en la misma época.

Se trata de los primeros 200 años de vida del Seminario asturicense. Una época larga, que habla en su conjunto de logros y aciertos notables, a pesar de las dificultades y contingencias, propias también de la condición humana y de los tiempos que cambian.

Resultan igualmente evocadores los títulos de los diferentes capítulos. Y somos sin duda alguna muchos los que compartimos tu aspiración tan legítima: “Ojalá la presente tesis sobre el Seminario de Astorga, aún inédita, pueda ver la luz de la publicación...”

Me pides ahora unas palabras de presentación, porque este deseo tuyo va a ser realidad. Te las envío de buen grado.

Primero, porque también yo pude vivir unos años –los de mi servicio episcopal en Astorga– cobijado bajo sus muros y compartiendo con los superiores, profesores y alumnos de aquellos años el calor de la misma casa. Pude seguir entonces, muy de cerca y con todo empeño, los pasos de quienes iban acercándose al sacerdocio. Más aún, a un centenar de alumnos, que hoy trabajan en la Diócesis y en otros lugares de España y de Hispanoamérica, pude imponerles mis manos.

Fue entonces, cuando impulsado por la brisa renovadora del concilio Vaticano II, logré escribir en marzo de 1964: “Esto es lo mejor y más glorioso que Astorga tiene en su historia: haber sido capital de una Diócesis y centro cultural religioso de primer orden. Reconocedlo así, queridos astorganos. Dios no es un extraño para vosotros. Le amáis. Creéis en Él. Creéis también y amáis a Jesucristo y a su Iglesia. Y deseáis que vuestros hijos sigan creyendo y amando lo mismo que vosotros amáis y creéis hoy.

“Para ello es necesario que siga existiendo el servicio que nuestro sacerdocio ofrece. Ayudadnos a que podamos seguir ofreciéndolo. Ayudadnos a conseguir

que el Seminario Mayor, este Seminario vuestro, que conocéis todos y que tiene una historia tan limpia, alcance los objetivos que se ha propuesto”.

Respondo, en segundo lugar, a tu invitación, porque trato de animar a ti y a otros sacerdotes jóvenes a realizar nuevos trabajos de investigación y de estudio, que recuerden a todos las lecciones de vida, que otras épocas nos han ofrecido. Sólo así los esfuerzos de hoy, debidamente conjuntados, seguirán produciendo fruto y serán garantía y presagio de nuevos aciertos. La esperanza cristiana no defrauda jamás y en ella nos apoyamos.

Espero tener oportunidad de leer pronto tu libro y de hojear el apéndice documental de que me hablas. Tu agradecimiento sincero a los sacerdotes hermanos y concretamente a los que ya han fallecido, te honra. Al hacerse oración por ellos, quiero que también les acompañe la mía. En favor de los que han recibido la recompensa y de los que seguís en la brecha.

“El sacerdote es el hombre de Dios –nos ha recordado el Papa Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*–, el que pertenece a Dios y hace pensar en Dios... Los que se preparan para el sacerdocio deben comprender que todo el valor de su vida sacerdotal dependerá del don de sí mismos, que sepan hacer a Cristo y por medio de Cristo al Padre”.

¡La escuela, donde se aprende esta enseñanza, es el Seminario!

Con mi cordial bendición.

Liturgia

EN EL CAMINO HACIA DIOS

Prólogo a la obra del P. José Luis de Urrutia, S.I.,
«Devocionario. Guía de caminantes», 1974.

He examinado con particular atención este Devocionario. Guía de caminantes, compuesto por el P. José Luis de Urrutia, S.I., y no puedo menos de felicitar al autor por la idea que le ha movido a redactarlo y por el acierto con que lo ha hecho.

El libro está construido con materiales muy sólidos y sirve eficazísimamente para guiarnos en el camino de nuestra vida hacia Dios, según nuestra condición de cristianos hijos de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Precisamente lo que nos hace falta hoy, en medio de tantos intentos buenos y tan frecuentes y dolorosos fracasos, es eso que se ha llamado en llamar educación de la fe.

En este Devocionario hay doctrina que instruye, unción que eleva, armonía que ayuda a escuchar con gozo las llamadas que la Iglesia de la santidad hace desde la rica interioridad de su espíritu.

El pueblo cristiano –y de él formamos parte todos– necesita un libro como éste, incluso para poder vivir mejor las exigencias de la piedad litúrgica, en la que indudablemente se han conseguido notables progresos en los últimos años después del Concilio Vaticano II. Que nada se pierda de lo que esta renovación litúrgica puede y debe traernos. Pero que tampoco se olvide nada de lo que, como natural consecuencia de la contemplación del misterio, nos ofrece una devoción bien orientada, con sus prácticas, sus ritmos, sus tiempos, sus centros de atención. La devoción y la piedad son a la fe lo que el perfume a la rosa. Esa fragancia se percibe ciertamente en las acciones litúrgicas oficiales de la Iglesia por su propio valor, pedagogía y contenido. Pero precisamente por eso brota también de un libro como éste, que con sus reflexiones, sus prácticas de devoción y sus pasos, con los que trata de guiar los nuestros, nos sitúa dentro de la onda expansiva de la fe de la Iglesia, que ora, cree y proclama. La liturgia y el Credo a que la misma da expresión, están también aquí en este pequeño y hermoso libro. Están en forma de devoción y práctica piadosa, o en formulación doctrinal que instruye y clarifica, o en invitación seria y amorosa a la purificación ascética.

Una devoción sin fe se convierte en superstición y magia; una fe sin piedad y devoción vividas y manifestadas con la corrección que la Iglesia desea, ni se concibe siquiera en un hombre que quiera hablar con Dios desde la sencillez interior de su alma y buscar el patrocinio de la Virgen María, de los ángeles y

santos; o ayudarse en su oración y en su lucha contra el pecado, o penetrar cada vez más y mejor en el misterio de la Iglesia, que nos santifica sin cesar.

A todo ello contribuirá muy eficazmente este Devocionario, que recomiendo con el mayor interés.

Navidad de 1974

CANTORAL LITÚRGICO NACIONAL

Presentación de la edición oficial del «Cantoral Litúrgico Nacional», preparado por la Comisión Episcopal española de Liturgia, febrero de 1982.

La reforma litúrgica, fruto del Concilio Vaticano II, ha estado centrada en estos años, de modo principal, en la publicación de los nuevos libros litúrgicos. A la vez, y aparte otros esfuerzos y realizaciones con carácter de ayuda para la implantación de dicha reforma, ha dado lugar a la creación de textos y melodías al servicio del culto cristiano.

Por iniciativa particular, además, compositores y editores han ido suministrando durante esta etapa posconciliar una variada colección de cantos para poder cubrir las necesidades, que el pueblo cristiano y sus pastores sentían en esta materia.

La amplia oferta, que se ha hecho en lengua vernácula, no siempre ha sido acertada, y entre aquellos a quienes iba destinada no todos han sido capaces de discernir lo que era bueno y apto para cada momento de la celebración y para cada tipo de asamblea.

El Secretariado Nacional de nuestra Comisión Episcopal de Liturgia ha trabajado arduamente, durante los últimos años, en una selección de cantos, conforme a esta triple finalidad: 1) ayudar a los responsables de las celebraciones en la elección de los más apropiados; 2) presentar un elenco de los mismos que pueda contribuir a la fijación de un repertorio de base para las celebraciones en lengua castellana en la amplia geografía nacional (y, con las debidas adaptaciones, en los países hermanos de la América hispana, en la medida que esta aportación les sea útil); 3) favorecer la progresiva elevación en la cultura musical de nuestro pueblo.

Es importante en la celebración saber utilizar los elementos sonoros (cantos y música) para dar mayor significación a la acción litúrgica y ofrecer elementos de transparencia a la plenitud simbólica del misterio celebrado. La música y el canto son dos medios privilegiados para potenciar la participación activa y consciente de toda asamblea.

La Comisión Episcopal de Liturgia desea vivamente que este Cantoral Litúrgico Nacional, que por primera vez se publica, sirva para dignificar el culto y para mejorar la calidad de las celebraciones en los templos.

Madrid, 2 de febrero de 1982, fiesta de la Presentación del Señor.

DE LA ORACIÓN AL APOSTOLADO

Carta-prólogo dirigida a los Operarios del Reino de Cristo, presentando el «Oracional Río de Luz», 1982.

Queridos Operarios del Reino de Cristo:

Escribo estas palabras hoy, Jueves Santo de 1982, con el deseo de que sirvan de “prólogo” al *Oracional Río de Luz*, que me habéis presentado para su inmediata impresión y publicación. Pero, ¿acaso necesita de prólogo un libro, al que precede la preciosa introducción que lleva, tan sólidamente hecha y tan suficientemente explicativa?

ESPIRITUALIDAD

Vosotros me dais la respuesta, queridos Operarios del Reino de Cristo. Hace años que os recibí en nuestro Seminario de Toledo. Con el esfuerzo abnegado y generoso de todos, vais dando pasos que son bendecidos por Dios. Vuestra casa de Olías del Rey se ha convertido ya en Seminario propio, de donde vais y venís por los diversos lugares de la Diócesis, dando lo mucho que tenéis y recibiendo lo que podemos ofrecer. Os contemplo con esperanza y con gozo de mi corazón sacerdotal. Vuestra Obra está ya dando frutos y los dará cada vez con mayor abundancia.

Pero necesitáis de una espiritualidad robusta para vivir, como se necesita del oxígeno para respirar. Y no habrá espiritualidad sin oración. No puede haberla. Habría, a lo sumo, un espiritualismo frágil, una vaga e inconsistente aspiración a ciertos valores de la vida cristiana, un anhelo romántico de vida evangélica sin Evangelio y sin Cristo. La espiritualidad cristiana es asimilación del espíritu de Cristo, imitación de su vida y ejemplos, desarrollo gradual de las virtudes que Él nos enseñó y nos mandó practicar. No puede darse sin una fe, una esperanza y una caridad hacia Dios y el prójimo continuamente cultivadas con la oración.

ESPIRITUALIDAD PROPIA

Vosotros, además, constituís una Confraternidad inicialmente aprobada por la Iglesia, todavía a escala diocesana, que se propone realizar un trabajo sacerdotal singular y específico, con matices propios dentro de la inagotable riqueza de lo que es el don y la consagración sacerdotal. Así ha sido discernido y aprobado el carisma, que para el bien de toda la Iglesia os ha sido concedido. Los propósitos que os animan de servicio al Reino de Cristo en este mundo, son respuesta particular a una particular llamada. Es lo que ha sucedido siempre en el desarrollo histórico del Reino. La Iglesia santa se abre al soplo vivificador del Espíritu y ofrece cada día un poco más de la sangre y agua de su corazón, a imitación de Cristo en la cruz, para apagar la sed de verdad y de amor que sufren los hombres. Así han surgido tantas obras, instituciones y movimientos que, coincidiendo en lo fundamental, se diversifican en la dirección, el rumbo y el

estilo, contribuyendo todos a hacer más armoniosa la gran sinfonía, que canta sin cesar la Esposa de Cristo en la tierra.

Vuestra espiritualidad es “trinitaria, cristocéntrica, eclesial y mariana, simbolizada en la imagen bíblica de Templo vivo (*Lumen Gentium* 6d; 1P 2, 5), y contenida en el Mensaje de Santa María de Guadalupe” (De la Presentación que acompaña a este Oracional). Vuestro apostolado sacerdotal ha de realizarse mediante la vida en común. Vuestros campos de trabajo serán los que os confíen los obispos de la Iglesia, preferentemente los más pobres y sencillos.

Por lo mismo, necesitáis de una experiencia de oración, una práctica de oración, una vida de oración, en una palabra, íntima, profunda, fácil, abundante. La oración litúrgica, de la Iglesia, será lo primero que habéis de cuidar. Pero junto a ella, la oración personal, privada o comunitaria, debe merecer vuestra estimación fervorosa e ininterrumpida. Y junto a la oración mental, las oraciones vocales aprobadas por la Iglesia, tan llenas de luz y de estímulo, tan ricas y acomodadas a las necesidades del alma, tan aptas para la compenetración gozosa del Pastor y de la grey, tan fáciles para remediar la fatiga y el cansancio, tan provechosas para que no se consuma estérilmente el aceite de nuestra humilde lámpara, que ha de estar siempre encendida. He ahí por qué estimo *utilísimo* este elenco de oraciones que aparecen en vuestro *Oracional Río de Luz*.

Estoy deseando verlo editado, tenerlo sobre mi mesa y en mi capilla, utilizarlo, darlo a conocer.

DE LA ORACIÓN AL APOSTOLADO

Se edita este libro, cuando estamos celebrando el IV Centenario del año de la muerte de Santa Teresa de Jesús, maestra incomparable de oración. No puedo menos de referirme a este hecho de tanta significación. Porque vosotros formáis una Confraternidad para realizar del mejor modo posible un apostolado sacerdotal activo e incansable. Santa Teresa era un alma apostólica encendida y vibrante. Su trato de amistad con Cristo en la oración hizo que vivieran con intensidad creciente sus intereses, la gloria del Padre y la salvación de los hombres: “Que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia católica”¹. Así de sencillo y terminante. Es lo que vosotros afirmáis con otro lenguaje, cuando decís que queréis servir al Reino de Cristo.

Ya sabéis el camino. No hay otro. Para prestar con fidelidad y constancia ese servicio, hay que tratar mucho con Él, en oración de alabanza, de súplica y de contemplación. Entonces la amistad con Él se consolida y se fortalece cada vez más, y ya nada ni nadie nos separa de esa fuerza interior, que nos hará consumirnos en un apostolado incansable y auténtico.

El *Oracional Río de Luz* no lo es todo. Es un auxilio, un instrumento. Os ayudará a vivir en el amor a Dios. Y este amor crecerá. Y deseareis mayor unión. Y aumentará sin cesar, como en Santa Teresa, el ansia de que Cristo sea más conocido y más amado.

Toledo, Jueves Santo de 1982.

¹ *Moradas cuartas*, cap. 1, n. 7.

EL LIBRO DE LA SEDE

Presentación de la edición oficial del «Libro de la Sede»
para la celebración de la Misa, septiembre de 1983.

Después de las ediciones oficiales del Misal y de los Leccionarios, aparece ahora con carácter oficioso el LIBRO DE LA SEDE, que pretende completar la trilogía de libros litúrgicos, que se usan durante la misa en los tres polos de la celebración: altar, ambón y sede.

La finalidad del LIBRO DE LA SEDE es ayudar a mejorar la celebración de la Eucaristía, centro de toda la vida cristiana. Es un instrumento más que se ofrece para potenciar y subrayar algunos momentos de la acción litúrgica, con el fin de que la Palabra sea escuchada con paz, se ore convenientemente y se celebren con vida los ritos. Con la levadura de la sinceridad y de la verdad se podrán superar las formas llenas de rutina, que desvirtúan la fuerza de la liturgia.

El libro que presentamos, contiene principalmente moniciones y textos varios para aquellos momentos celebrativos, que permite la Ordenación general del Misal romano. Para la misa ofrece no sólo unos formularios para leer, sino sobre todo el espíritu de la celebración en un pequeño y concreto desarrollo temático, sacado principalmente de la riqueza de la liturgia de la Palabra.

En toda celebración concreta, cuando está presente una comunidad de fieles, se ha de procurar establecer con ellos una relación viva y fructuosa. Por esta razón no se puede pretender ni exigir a un libro, que encarne y precise los problemas de cada una de las comunidades. Desde esta perspectiva, el LIBRO DE LA SEDE ofrece materiales, ideas, planteamientos, pistas, esquemas, que pueden ser utilizados tal como van impresos, pero que no pretenden ser fórmulas invariablemente talladas y fijas.

Deseo vivamente que este libro, que ponemos en manos de los sacerdotes celebrantes en la sede o cátedra, ayude a que la liturgia de la Palabra y de la Eucaristía alcancen niveles auténticos de fe y celebración, y así expresen y transformen la vida del pueblo creyente.

Madrid, 8 de septiembre de 1983,
fiesta de la Natividad de Nuestra Señora.

EL REZO DEL ROSARIO

Prólogo de la obra del P. Edwin Gordon, titulada «Catecismo del santo Rosario», 1988.

Accedo gustosamente a prologar este libro de mi antiguo alumno del Colegio Inglés de Valladolid, el P. Edwin Gordon. Lo hago con la nostalgia de aquellos años y el recuerdo afectuoso de mis ya dispersos alumnos; afecto que, en la circunstancia personal del P. Gordon, se hace especialmente vivo.

Pero lo hago también con la convicción de que este librito será de gran utilidad para los católicos de habla inglesa. Porque no basta que exhortemos a los fieles a rezar el Rosario; hay que ayudar también a comprenderlo. Y pienso que el autor lo consigue con este *Catecismo del santo Rosario*: por su contenido doctrinal bien fundado bíblicamente; por su lenguaje asequible; por su presentación en forma de breve comentario a los quince misterios.

Son innumerables los testimonios del Magisterio a favor del Rosario desde San Pío V y sobre todo desde León XIII. Y también han sido muchos los grandes hombres fieles al Rosario: Francisco Suárez, Carlos V, Felipe II, Ozanan, el libertador García Moreno, el héroe irlandés O'Donnell, Miguel Ángel, Haydn, Bossuet, Lacordaire, Pasteur, Paul Claudel, los mariscales Foch y Liautey, y hasta nuestro Unamuno.

Pero “ha sido sobre todo la misma Madre del Señor la que en Lourdes y particularmente en Fátima ha invitado maternalmente a recitar cada día y de forma devota el santo Rosario”¹.

Rezamos en el Rosario el Padrenuestro y el Avemaría. La primera es la hermosa plegaria, que nos enseñó Jesucristo y que siempre se ha rezado en la Iglesia. La segunda no consta que se recitara antes del siglo XII. Es en la segunda mitad de este siglo, cuando se inicia, desarrollándose a lo largo del siglo XIII, siendo completada con la segunda parte ya en el siglo XV.

Precisamente en esta época –siglos XIII-XV– cristaliza el Rosario bajo el impulso de santo Domingo de Guzmán y sus dominicos, muy singularmente del Beato Alano de la Roche. Primero, se desarrolla como “guirnalda” de avemarías, adoptando el título de “Salterio de la Virgen”, cuando se estructura de forma parecida a la actual: 150 avemarías en 15 decenas, imitando los 150 salmos del Salterio. Muy pronto –quizá ya en el mismo siglo XIII– se asoció a estas oraciones la meditación de los misterios. En cuanto a las letanías de alabanza a María, las más antiguas parecen ser del siglo XII (códice de Maguncia). Pero desde finales del siglo XVI se adoptó las que se cantaban en Loreto, las letanías “lauretanas”.

Para los católicos de hoy no es pequeño estímulo a rezar el Rosario el ejemplo del Santo Padre. La imagen conmovedora del Papa orando con el rosario en la mano ha llegado a todo el mundo. Especialmente en la solemne inauguración del Año Mariano 87-88. Suyas son estas palabras: “La certeza de que Jesús está

¹ JUAN PABLO II, 25 IV 87.

con vosotros, mientras meditáis con el rosario, os debe dar coraje para pedirle, por intercesión de la Virgen, la paz y la justicia para la Iglesia y el mundo". Si la Virgen lo quiere, si la Iglesia lo pide y el mundo lo necesita, ¿lo rechazaremos nosotros?

Y no se diga que es monótona la reiteración de avemarías. Pues "el amor no tiene más que una palabra y, diciéndola siempre, no la repite nunca" (Lacordaire). O en palabras de Pío XI: "La piedad, lo mismo que el amor, no se cansa de repetir con frecuencia las mismas palabras; y el fuego de la caridad que las inflama, hace que siempre contengan algo nuevo".

Toledo, Fiesta de Nuestra Señora del Rosario 1988.

EL SENTIDO PASCUAL DE LA MUERTE CRISTIANA

Presentación de la nueva edición oficial del «Ordo exequiarum», publicado por la Conferencia Episcopal Española, 1989.

La muerte continúa siendo una dolorosa realidad frente a la que no tienen respuesta ni los esfuerzos de la técnica, ni el progreso de la ciencia. Sólo la Iglesia –y no por sí misma, sino en virtud de la luz que le viene de la Revelación divina– es capaz de pronunciar una palabra de consuelo, anunciando la alegre noticia de la resurrección y de la restauración universal de la humanidad, iniciada ya en Cristo, el primogénito de los que han resucitado de entre los muertos (Ap 1, 5).

Se comprende, pues, la importancia que tiene para la auténtica “evangelización” del hombre el que las celebraciones exequiales sean expresión clara de la fe de la Iglesia. Cuando los ritos de exequias se celebran con la debida expresividad litúrgica, los cristianos practicantes encuentran consuelo en su dolor, e incluso aquellos otros bautizados, que posiblemente se han ido alejando de la asidua y habitual participación en la plegaria de la fe, hallarán en más de una ocasión motivos de reflexión y acicate para un saludable despertar espiritual.

La importancia que reviste la celebración de las exequias fue advertida por el Concilio Vaticano II. Por ello, y ante el hecho de que con el correr de los tiempos se habían introducido en los ritos exequiales elementos que no respondían bien a la visión cristiana de lo que es el fin terreno del hombre (cf. *Sacrosanctum Concilium* 21), el concilio decretó que en el futuro las exequias “debían expresar más claramente el sentido pascual de la muerte cristiana” (Ibíd., 81). Así, en conformidad con esta determinación conciliar, la Sagrada Congregación para el Culto Divino promulgó un nuevo *Ordo exequiarum*, que debía sustituir al rito de las exequias, que figuraba en el Ritual Romano de Paulo IV. La Conferencia Episcopal Española, por su parte, promulgó poco después la correspondiente versión de este Ritual, que ha permitido mejorar nuestras celebraciones.

Pero hay que reconocer que no todo discurre aún como sería deseable. La experiencia de estos últimos años, en efecto, nos hace ver que se dan aún no pocas deficiencias en la celebración de las exequias, algunas de las cuales deben atribuirse incluso al mismo Ritual, sobre todo por su estructuración algún tanto complicada. Por ello, la Conferencia Episcopal Española promulga esta nueva edición del *Ordo exequiarum*, con la que se hace más expresiva y sobre todo más fácil la celebración de las exequias.

Los diversos elementos del *Ordo exequiarum* se han organizado y distribuido en esquemas completos, a la vez que se indican diferentes modos de celebración, según las posibilidades de cada comunidad; con ello, el libro “resulta más apto para las celebraciones” (Praenot. 21,6), por cuanto el que las preside no debe ir buscando cada parte celebrativa en un lugar distinto del Ritual. Además, teniendo presente que en los últimos años, sobre todo en las grandes ciudades, han desaparecido las procesiones de entierro, las tres estaciones de que consta habitualmente el rito exequial en España, se han adaptado a las diversas

posibilidades, que se dan entre nosotros, sea en los pueblos rurales, donde las procesiones conservan toda su vigencia y significado; sea en las ciudades, donde por lo general las tres estaciones deben celebrarse en la misma iglesia, en el pórtico la primera y la tercera, en el interior del edificio la segunda.

Es de notar también que, ante la dificultad para que el pueblo cante en la celebración de las exequias, se ofrece también en esquemas distintos la celebración del entierro sin cantos, con algunos textos que suplan, por lo menos en parte, el contenido fundamental de los cantos mayores de la celebración.

Por otra parte, de acuerdo con la directriz conciliar de que el rito exequial “expresé más claramente el sentido pascual de la muerte cristiana”, en esta nueva edición se ha revalorizado especialmente la presencia de las exequias de los salmos 113 y 117, que son sin duda los textos sálmicos mayores de la celebración de la muerte cristiana y los que dan a esta celebración su más claro sentido pascual.

Estos dos salmos constituyeron ya desde los orígenes el núcleo de la celebración de exequias, pero dejaron de usarse en casi todas partes en los siglos XIII y XIV, aunque en España se conservaron como los cantos típicos del entierro por lo menos hasta el siglo XVI. Ahora, pues, con el relieve que el Ritual restituye a estos dos salmos, por una parte se cumplirá la recomendación de los “Praenotanda” del Ritual, que exhortan a los pastores a que “procuren que los fieles comprendan por lo menos algunos salmos de la celebración exequias” (n. 12); y por otra, el Ritual se sitúa en línea de continuidad con una de las más expresivas tradiciones de nuestra Iglesia particular, más fiel en este detalle que muchas otras, que perdieron antes que nosotros esta importante expresión del sentido pascual de la muerte. Como por otra parte esto dos salmos, en la mayoría de los entierros no resultará posible cantarlos, han sido como parafraseados en una letanía, para que no falte su contenido ni en las celebraciones más simples.

Con el deseo y la esperanza de que esta nueva edición mejor estructurada y enriquecida además con numerosos textos, que antes no existían, ayude a los sacerdotes y a los diáconos a ejercer mejor su ministerio de presidir las exequias, y ofrezca al conjunto de los fieles una visión más clara de la victoria de Cristo sobre la muerte, tal como la celebra la Iglesia al despedir a sus difuntos, ofrecemos a nuestras comunidades este nuevo e importante instrumento de pastoral litúrgica.

Madrid 29 de junio de 1989,
Solemnidad de los Apóstoles san Pedro y san Pablo.

EL MISAL HISPANO-MOZÁRABE

Prólogo y presentación de la edición oficial del «Misal de los fieles hispano-mozárabe», 1989.

Las normas litúrgicas del Concilio Vaticano II se referían exclusivamente al Rito romano, si bien el nº 4 de la Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* sugería que los demás ritos se revisasen con criterios semejantes a los seguidos en la reforma del romano, unos principios que se podrían resumir en autenticidad, simplificación, participación de los fieles y consecuentemente uso de las lenguas vernáculas.

Atendiendo a esta sugerencia conciliar, el Cardenal Arzobispo de Toledo, don Marcelo González Martín convocó el 12 de julio de 1982 a una comisión de expertos dirigida por el R. Jordi Pinell, O.S.B., máximo especialista en este rito, cuyo trabajo, amparado por la Conferencia Episcopal Española, concluyó con la publicación de libros litúrgicos renovados para la celebración de la Santa Misa en el Rito Hispano-Mozárabe, a saber, los dos volúmenes del libro de altar: *Missale Hispano-Mozarabicum I* (1991), el año litúrgico; y *II* (1994), los santos y misas para diversas circunstancias, y los correspondientes leccionarios: *Liber commicus I* (1994) y *II* (1995), así como el Ordinario de la Misa en latín y castellano: *Liber Offerentium* (1991).

Los textos mencionados habían sido aprobados por las XLV y LV Asambleas plenarias de la Conferencia Episcopal Española de 17-22 de noviembre de 1986 y 18-23 de noviembre de 1991 respectivamente; y confirmados por la Congregación para el Culto Divino y para la Disciplina de los Sacramentos el Decreto *Hispaniae Dioecesium* (1988 y 1994). Así se disponía de una nueva edición típica después de haber utilizado durante siglos las ediciones impresas de Cisneros y de Lorenzana.

Si bien la lengua propia de la Liturgia Hispano-Mozárabe es la latina, la experiencia ha demostrado que la mayor parte de las celebraciones, que cada vez con mayor frecuencia se tienen fuera de la Capilla Mozárabe de la Catedral Primada, son en lengua vernácula, utilizando traducciones que exigen un gran esfuerzo particular y que se someten al examen de la Comisión de Seguimiento del Rito Hispano-Mozárabe. Además, el acceso a la lectura y estudio de los textos latinos, en la mayor parte de los casos, precisaba una traducción fiel al texto original, que sirviera de guía para quien deseara introducirse en esta liturgia. La misma Congregación para el Culto Divino y para la Disciplina de los Sacramentos animaba a esta tarea. Tras la admisión de la lengua vernácula en las otras dos liturgias latina, la romana y la ambrosiana, faltaba la versión castellana de la venerable Liturgia Hispano-Mozárabe. Por todo ello, se encomendó a la Comisión mencionada que se procediese a una traducción castellana de los textos del Misal Hispano-Mozárabe.

La presente traducción española, en dos volúmenes, desea fomentar la piedad de los fieles en general, que así podrán saborear mejor la riqueza de doctrina y de espiritualidad, que contiene esta Liturgia. La obra se presenta en forma de *misal mixto o plenario*, insertando las lecturas en su lugar correspondiente, para

facilitar el seguimiento de toda la celebración, sin que sea preciso buscar en otras partes del libro más de lo necesario.

Los criterios seguidos en la traducción son, en primer lugar, el de la autenticidad. La adaptación del rito se ha beneficiado de la buena conservación de las fuentes originales manuscritas e impresas, de modo que los cambios se han reducido a los indispensables. Abordar una traducción de estos textos no es tarea fácil, porque se trata de textos latinos de una liturgia compuesta especialmente en los siglos del período romano-visigótico, en el marco de un pensamiento teológico distante quizás de nuestros planteamientos actuales; pero precisamente en esto consiste la originalidad y su aportación concreta a la Iglesia contemporánea.

Para facilitar el acceso a la lengua latina propia de este rito, se ha elegido una versión que se acerque lo más posible al texto original, con la forma castellana más correcta posible, es decir, respetando escrupulosamente lo dicho por el texto latino, su especificidad lingüística, vertiendo en un castellano que sea correcto, pero que no *interprete* o *actualice* el texto latino, de forma que pueda descubrirse, debajo de las palabras españolas, el cañamazo de las frases latinas.

En los textos bíblicos se ha seguido, hasta donde ha sido posible, la traducción española del rito romano. En el resto se ha procurado ser fieles al texto bíblico latino de la liturgia hispano-mozárabe. En el caso de los cantos, cuando se trata de salmos citados literalmente, se ha podido transcribir el texto típico castellano a las circunstancias de cada misa, cambiando el género gramatical o el singular por el plural, estableciendo concordancias que parecían elididas, y otras adaptaciones.

La lectura de los textos litúrgicos hispánicos nos hace admirar la obra de sus autores, anónimos en la mayoría de los casos, que desearon al mismo tiempo glorificar a Dios e instruir a los fieles de la forma más completa posible. Ningún artificio o elegancia de lenguaje les pareció inútil, para crear textos que fomentasen la formación y la espiritualidad de los participantes.

Al elaborar esta obra, somos conscientes de que este venerable Rito no puede ser celebrado sin una formación previa, que inicie a los fieles en la mentalidad de nuestros Padres. De este modo, se producirá una admirable comunión, que haga sentir la fe con ellos en una misma tradición cristiana y eclesial. Los autores de esta versión no pretenden haber logrado una obra perfecta. Sí han procurado reflejar fielmente los textos y el espíritu que los anima. El tiempo y los lectores darán su veredicto.

UN NUEVO MISAL

Presentación del «Nuevo Misal del Vaticano II»,
preparado por Jaime Sancho y Gabriel Ramis, 1989.

Coincidiendo prácticamente con la publicación de la segunda edición oficial del Ordinario de la Misa y del Misal Romano, reformados según los decretos del Concilio Vaticano II y promulgados por el Papa Pablo VI, recibo la invitación de las editoriales Mensajero y Desclée de Brouwer, a través de los liturgistas Jaime Sancho y Gabriel Ramis, autores de las introducciones y comentarios, de prologar este *Nuevo Misal del Vaticano II*, digno sucesor del anterior *Misal del Vaticano II*, presentado por el prestigioso Pedro Jounel y publicado asimismo por ambas editoriales.

Me alegro mucho como Obispo y de modo particular como Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia en España, de poder comprobar la riqueza de publicaciones, como la de este misal de los fieles, que ayudarán a vivir de manera más profunda la Eucaristía, “centro y culmen de toda la vida de la Iglesia” (*Sacrosanctum Concilium* 10). Sean bienvenidas todas aquellas obras, que, teniendo como meta fomentar la vida cristiana alimentada con la liturgia de la Iglesia, faciliten a los fieles, mediante diversas ediciones, la necesaria y deseada formación.

La función, en concreto, de los misales manuales como el presente, sea para facilitar la labor pastoral de los sacerdotes, como para fomentar la piedad de los fieles y los trabajos de los equipos pastorales de liturgia, es digna de ser tenida en cuenta y valorarla en su justo término. Porque, como decía el Cardenal Arturo Tavera, de feliz memoria, entonces Prefecto de la Sagrada Congregación para el Culto Divino, en el prólogo del primer Misal del Vaticano II, y refiriéndose al seglar, “el misalito le ofrece un conjunto de lecturas y de oraciones, acompañadas de comentarios, que, fuera de la celebración eucarística, pueden alimentar sus reflexiones personales y su diálogo con el Señor. Le da ocasión también de preparar cuidadosamente su participación litúrgica y de sacar de ella un fruto continuado y duradero. Podrá ser el vademécum, que pueda servirle en la iglesia y en casa, para participar en la santa Misa y para prolongar la misma a lo largo del día”.

Este nuevo *Misal del Vaticano II*, en un solo tomo, sorprende por su fácil manejo. Su estructura está claramente definida y conduce a una utilización precisa, aun para aquellos fieles no excesivamente familiarizados con el uso del misal. Tanto el sumario de las primeras páginas, como el detallado índice de las últimas, favorecen una localización rápida de los textos litúrgicos buscados. Además, cada domingo y fiesta importante van precedidos de introducciones concisas y claras, que ayudan a comprender el sentido de los textos, especialmente de las lecturas establecidas por la Iglesia en tres sabias programaciones a lo largo de los tres ciclos litúrgicos (A, B y C) de los domingos y fiestas, así como la vertebración de los días comunes en dos grandes grupos de lecturas (años pares e impares). De este modo, el misal manual que presentamos, debe ser una pequeña “Guía del leccionario”, de gran utilidad para preparar las homilias y las mismas celebraciones por los sacerdotes y los equipos de liturgia sin perder de

vista el orden bíblico, teológico y pastoral, con que la Iglesia ha distribuido las lecturas en el Leccionario.

De igual modo hay que hacer mención de las introducciones al santoral litúrgico, que nos enmarcan histórica y vivencialmente a esos hombres y mujeres, que desde el Calendario Romano y de los propios de las Iglesias locales se nos presentan como intercesores y testigos del Dios vivo.

Al tratarse de un solo tomo por razones prácticas, las introducciones son necesariamente muy breves. También se ha logrado que las oraciones de cada misa enmarquen todas las lecturas previstas para cada día en los diferentes ciclos, evitando la dispersión de los textos.

Encuentro muy útil toda la parte final de este *Nuevo Misal del Vaticano II*, en la que se recogen los diversos sacramentos, con una selección de textos litúrgicos de cada uno, así como la novedad de incluir algunas bendiciones extraídas del nuevo Bendicional, con las variantes y circunstancias en las que un seglar puede impartirlas. Y, por último, los completos índices bíblicos remiten a las diferentes páginas, donde se hallan los textos, que en determinadas ocasiones queremos utilizar.

Es, pues, una obra que, sin pretender, por supuesto, sustituir a los leccionarios, los rituales, o al libro de altar oficiales, sí ayuda en la medida de su recta utilización a fomentar la piedad cristiana por un lado y también a la tarea pastoral de los sacerdotes en aquellos momentos, en que fuera del templo tengan celebraciones para grupos particulares.

En la presentación, que recoge este misal, del nuevo Ordinario de la Misa, subrayo la satisfacción de poder contar ya con un texto enriquecido y único para todos los países de habla española. Son casi trescientos millones de católicos los que rezarán un mismo Credo y un mismo Padrenuestro, así como las mismas plegarias eucarísticas. Este misal, que recoge también el santoral propio de América Latina, nos ayudará a “situarnos en unidad de fe y de palabra a quienes hablamos el mismo idioma, gozosos no sólo de haber podido conservar lo que la santa Iglesia nos enseñó a creer, sino de poder expresarlo con idénticas locuciones, como señal elocuente de que la unidad de texto entre las naciones de la misma lengua respeta la naturaleza inmutable de la fe y hace comprender a los fieles de un solo golpe y mejor que mil discursos la importancia de lo que se celebra y se proclama”.

Por medio de Santa María Virgen, Madre de la Iglesia, pido al Señor que este misal sirva para fomentar las virtudes cristianas de todos aquellos, que con la Eucaristía como centro de su vida, desean crecer en el conocimiento y estima del Dios del amor.

Toledo, 26 de marzo de 1989,
Domingo de la Resurrección del Señor.

LA IGLESIA VIVE DEL EVANGELIO

Prólogo para la obra de Juan Ordóñez Márquez titulada «El Evangelio en la vida de la Iglesia», Vol. I. Ciclo de Adviento y Pentecostés, Toledo 1989.

“Todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré” (Jn 14, 13). “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y un fruto que permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dará... y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque me habéis querido a mí y habéis creído que salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo y voy al Padre” (Jn 16, 23-26).

En la Revelación cristiana, en el misterio personal y mediador de Cristo y en la misión y el dinamismo original de su Iglesia, pocas cosas hay tan fundamentales y trascendentes como la auténtica oración evangélica. En la oración consciente es cuando el hombre se abre humilde y receptivamente a la unión y al diálogo con Dios, asumiendo así “la razón más alta de su dignidad personal”¹. Por la experiencia de la oración auténtica el creyente se va adentrando en el conocimiento interno de Cristo, “vigorosamente fortalecido por la acción de su Espíritu” y con una misteriosa conciencia de sentir que Cristo habita en su corazón (cf. Ef 3, 16-17). Nada puede existir tan esencial para alcanzar la conciencia responsable de pertenencia y comunión personal con la Iglesia, comunidad orante y Cuerpo Místico de Cristo, como el llegar a participar y a sintonizar coherentemente con la propia Iglesia, experimentando y actualizando permanentemente en el mundo la misteriosa mediación de Cristo “siempre vivo para interceder por los hombres” (Hb 7, 25)².

“Orar significa entrar en el misterio de la comunión con Dios, que se revela al alma en la riqueza de su amor infinito; significa entrar en el Corazón de Jesús para comprender sus sentimientos; significa también participar de alguna manera sobre esta tierra, en el misterio, la contemplación transfiguradora de Dios, que se hará visible más allá del tiempo en la eternidad... En la oración, el Espíritu de Dios nos conduce hacia el conocimiento de nuestra más profunda verdad interior y nos revela nuestra pertenencia al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia”³.

ORACIÓN EN NOMBRE DE CRISTO

Como actitud humana, la oración tiene también sus riesgos, sus limitaciones, y sus sucedáneos o caricaturas. Ni toda praxis de oración es realmente oración, ni toda oración real es automáticamente oración cristiana. Desde el convencionalismo irresponsable de una plegaria mecánica o teatral de un ateo o un ególatra, hasta la experiencia profunda de comunión con Cristo orante ante

¹ *Gaudium et spes* 19.

² *Sacrosanctum Concilium* 7.

³ JUAN PABLO II, Alocución del 22 de noviembre de 1984, 2-3.

el Padre, que puede alcanzar quien realmente se deja “conducir por el Espíritu de Cristo” (cf. Rm 8, 14; 16, 26), hay toda una gama de actitudes o de irresponsabilidades humanas, tan difíciles de catalogar como las propias conciencias, intenciones o sentimientos del ser racional o irracional de los hombres. Y en cuanto a la oración cristiana, tanto la experiencia como los datos objetivos de la revelación evangélica avalan un doble criterio de discernimiento y valoración: que no es posible la oración realmente cristiana sin la garantía insustituible de Cristo Mediador entre el Padre y los hombres; y que no es posible la existencia responsable y conscientemente cristiana sin una experiencia viva y personal, siquiera sea elemental, de Cristo, que sólo es posible por la oración.

Según la expresión realista y clásica de san Agustín, la oración es cristiana, cuando es el propio Jesucristo, Hijo de Dios, “el que ora por nosotros, ora en nosotros y al mismo tiempo es invocado por nosotros. Ora por nosotros como nuestro Sacerdote; ora en nosotros como Cabeza nuestra; recibe nuestra oración como nuestro Dios”⁴.

Cristo, que es al mismo tiempo la cercanía reveladora de Dios al hombre y el mayor dato comunicativo que el Padre ha podido hacernos, es a su vez la garantía definitiva, el camino exacto y el mediador integral, que hace posible el acercamiento filial, la unión vital y el diálogo comunicativo del hombre con Dios, Uno y Trino. Tales son las raíces de la oración cristiana en su dimensión ascendente y descendente.

Por una iniciativa de autocomunicación gratuita divina, “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea tenga vida eterna” (Jn 3, 16). La autorrevelación comunicativa divina llega en Él a su plenitud: “En estos últimos tiempos nos ha hablado Dios por medio del Hijo, a quien instituyó heredero de todo” (Hb 1, 2). El Enmanuel, Dios-entre-los-hombres (cf. Jn 1, 14; Mt 1, 23; Is 7, 14), “que estaba con el Padre y que se nos manifestó... para que estemos en comunión con el Padre y con su Hijo” (1Jn 1, 2-3), encarna para el hombre el designio gratuito de toda vocación e identidad cristiana: el hombre “predestinado a reproducir la imagen del Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8, 29). “Camino, verdad y vida... nadie va al Padre sino por él... El que le ha visto a Él, ha visto al Padre” (cf. Jn 14, 6.9).

La fuerza de su mediación ascendente y salvífica es infalible: “El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó por nuestros pecados, ¿cómo no nos dará graciosamente con Él todas las cosas?” (Rm 8, 32). Tal era la lógica profunda y la conciencia exacta con que el propio Jesús proclamaba en el Cenáculo el testamento infalible de su Mediación permanente: “Todo lo que pidáis en mi nombre yo lo haré” (Jn 14, 13); “yo os aseguro: lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará” (Jn 16, 23).

Desde lo más entrañable de su experiencia y vida orante, Juan Pablo II ha podido formular la más exacta exégesis de esta promesa testamentaria de la oración cristiana: “Jesús es nuestra oración. Sea este el primer pensamiento de fe, cuando queremos orar. Al hacerse hombre, el Verbo de Dios ha asumido nuestra humanidad para llevarla a Dios Padre, como criatura nueva capaz de dialogar con Él, de contemplarlo, de vivir con Dios una comunión sobrenatural de vida por

⁴ SAN AGUSTÍN, Comentario sobre el salmo 85, 1: CCL 39,1176.

medio de la gracia. La unión con el Padre, que Jesús manifiesta en su oración, es un signo para nosotros. Jesús nos asocia a su oración. Él es el modelo fundamental y la fuente del don de la oración, en la que Él como Cabeza envuelve a toda la Iglesia. Jesús continúa en nosotros el don de su oración, como pidiéndonos prestada nuestra mente, nuestro corazón y nuestros labios, a fin de que en el tiempo de los hombres continúe sobre la tierra la oración que Él comenzó al encarnarse y prosigue eternamente con su misma humanidad en el cielo”⁵.

Por ello, la Iglesia vive fundamentalmente de la oración “en nombre de Jesucristo”. Ella “sabe que una de sus tareas fundamentales está en comunicar al mundo su experiencia de oración... La Iglesia vive en la plegaria su vocación de convertirse en guía de cada una de las personas humanas, que ante el misterio de Dios se da cuenta de que está necesitada de iluminación y de apoyo, descubriéndose pobre y humilde, pero también sinceramente fascinada por el deseo de encontrarse con Dios para hablar con Él”⁶.

ORACIÓN DE LA IGLESIA POR CRISTO AL PADRE

La oración cristiana alcanza su máxima intensidad y eficacia salvífica o santificadora en el misterio integrador del Cuerpo Místico de Cristo. Es decir, como expresión y dinamismo de la Vida espiritual del propio Cristo-Cabeza, comunicada, participada y desarrollada en la comunión de sus miembros “como un pueblo reunido y orante en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”⁷.

Es la Liturgia, que, siendo al mismo tiempo acción cultual, pedagogía sacramental y eficacia santificadora, verifica en la Iglesia la obra de la redención y “contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia”⁸.

Por la Liturgia la Iglesia, en sus comunidades orantes, en, con y por Cristo, proclama, celebra y vivifica la eficacia de los misterios de la fe, evidencia conscientemente su esperanza y actualiza la comunión de amor de Dios trino a participar por los hombres y entre los hombres. Por ello la Liturgia es objetivamente y ante todo la misma vida espiritual de la Iglesia de Cristo en el mundo. Con diáfana precisión lo expresaba así Pablo VI: “El ritmo de la liturgia, o diversidad de períodos que se suceden en la vida espiritual de la Iglesia, nos educa para la oración y para la celebración de los ritos sagrados, que alimentan y expresan nuestra relación religiosa con Dios y el sentido comunitario de la Iglesia misma; asocia al desarrollo de un gran designio... teológico y moral, que se verifica en el tiempo... y que todos los años vuelve a celebrar con una conciencia nueva de su original actualidad y su inagotable profundidad; nos ofrece la posibilidad de participar... en la misteriosa renovación real de la historia

⁵ JUAN PABLO II, Alocución citada en la nota 5, n.4. Véase también Pío XII, *Mediator Dei*: AAS 39 (1947) 573.

⁶ *Ibid.*, n. 3.

⁷ *Lumen Gentium* 4. Cf. SAN CIPRIANO, *De oratione dominica* 23: PL 4,553; SAN AGUSTÍN, *Sermones* 7, 20, 33: PL 38, 463ss.

⁸ *Sacrosanctum Concilium* 2. Cf. Pío XII, *Mediator Dei*: AAS 39, 530ss.

perenne del diálogo inefable entre Dios y el mundo,... diálogo entre Cristo redentor y el hombre redimido”⁹.

En la medida en que cada miembro concreto de la Iglesia, el hombre creyente en Cristo en comunión vital con Él, alcanza a tener capacidad personal y coherencia responsable con esta misteriosa vida espiritual de la Iglesia, va asumiendo y desarrollando vitalmente su propia identidad cristiana, su madurez sobrenatural y su capacidad testifical y evangelizadora ante el mundo.

Al margen de esta “participación”, ni la mera concentración mental religiosa, ni la idea vaga y subjetiva sobre Dios, ni la reflexión personal sobre la Palabra de Dios o los textos bíblicos, alcanzarían la categoría real de oración cristiana; como tampoco será oración cristiana el mero análisis con finalidad modélica o moralizadora de un texto evangélico, aun verificado con intención sincera de perfeccionamiento personal o de “compromiso” testifical. Cosas estas que frecuentemente, bajo el nombre de oración mental o de meditación evangélica, se llegan a confundir con la verdadera oración cristiana e incluso se las presenta como “espiritualidad bíblica o litúrgica”. Sucedáneos de la oración cristiana, que ya fomentaba en su tiempo el pelagianismo histórico.

La actitud personal y la conciencia comunitaria del hombre comienzan a tener naturaleza y dimensiones reales de oración cristiana, cuando desde la conciencia humilde de la propia indigencia y de la necesidad de la gracia, el orante encarna la vivencia personal de la fe, esperanza y caridad dimanantes de la Revelación y de la acción salvífica de Cristo. Lo que a su vez acusa una conciencia siquiera sea subyacente de la Paternidad amorosa de Dios y de la moción interior del Espíritu de Cristo (cf. Gal 4, 4-7; Rm 8, 9.14).

Todo lo cual sería psicológicamente imposible sin una elemental conciencia personal de diálogo; y por lo mismo intransferible e insustituible desde el núcleo central de la persona humana. Para que haya oración realmente cristiana es imprescindible el cristiano orante; sea aquélla personal, comunitaria o litúrgica, mental u oral, pública o privada. Ni el método, ni las formas o expresiones oracionales, ni la propia interioridad reflexiva o sentimental de un sujeto carente de conciencia dialogante y de apertura receptiva o disponible a la relación interpersonal con Dios vivo, uno y trino, podrán jamás suplir o sustituir la naturaleza de la oración cristiana.

A esta actitud orante personal, la oración litúrgica añade la garantía profunda de la mediación directa de Cristo actuando misteriosamente en su Cuerpo Místico, la Iglesia, y actualizada en, con y por los miembros “que oran reunidos en Nombre de Cristo” (cf. Mt 18, 20; 20, 28). Pero sería aberrante suponer oración litúrgica o participación personal o comunitaria en ella, si ni siquiera existe actitud personal de orante cristiano.

⁹ PABLO VI, Alocución general del 27 de febrero de 1974: *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, Edit. Vatic. 1975, p. 31-32. Cf. Alocución del 20 de julio de 1966: *Eccllesia* 26 (1966), n. 1, 303, p. 7.

ORACIÓN PERSONAL Y ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA

Aunque “la liturgia es la cumbre, a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo fuente de donde dimana toda su fuerza...; y de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios”¹⁰, la participación en la sagrada liturgia no abarca toda la vida espiritual de la Iglesia. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe no obstante entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto (cf. Mc 6, 6); más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol (cf. 1Ts 5, 17). Y el mismo Apóstol nos exhorta a llevar siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo, para que también su vida se manifieste en nuestra carne mortal (cf. 2Cor 4, 10-11)¹¹.

La peculiar urgencia de esta línea de renovación integral del cristiano y de la Iglesia orantes, trazada por el Concilio Vaticano II, y que un “panliturgismo” formalista o antipastoral parece haber ignorado o menospreciado en el posconcilio, está en el origen e intención de la presente obra: *El Evangelio en la vida de la Iglesia. Oración y vida litúrgica*.

No se intenta ofrecer un “nuevo libro de meditación” según la terminología tradicional y hoy casi olvidada. Por más que aun eso nadie honestamente haya logrado todavía demostrar que hoy ya no es necesario.

Tampoco se trata de suplantar de algún modo o de suplir por el cultivo de la vida interior y la oración personal la insustituible participación personal y comunitaria en la vida litúrgica y en la oración permanente de la Iglesia.

Y aun en el orden práctico, tampoco cabe esperar que se recojan en sus páginas cada día todos los contenidos oracionales y la colosal riqueza litúrgica, bíblica, sacramental y santificadora, que ofrece la espiritualidad de la Iglesia, proclamando, celebrando y desplegando en su acción litúrgica cotidiana el misterio y la Mediación santificadora de Jesucristo al alcance de los fieles. Humana y teológicamente ello sería absolutamente imposible en un “prontuario” de vida práctica de oración cristiana y litúrgica.

Simplemente se trata de ofrecer, en sintonía con la misma vida espiritual de la Iglesia desplegada en la liturgia, un abanico de vivencias, sentimientos, verdades y urgencias evangélicas acordes con el latido profundo de la Iglesia en su celebración cotidiana del inagotable tesoro del Corazón de Cristo (cf. Ef 3, 8), “que excede todo conocimiento” (Ef 3, 19).

Sabido es que la oración cristiana no está en los libros; ni siquiera en los textos oficiales de la oración litúrgica. La oración cristiana no es posible más que en el corazón orante del cristiano. Mucho menos está en la metodología, que se insinúe o se desarrolle en un prontuario o guion para la oración personal o colectiva. “Qué es la oración, se aprende orando. El que conoce la dicha de orar,

¹⁰ *Sacrosanctum Concilium* 10.

¹¹ *Ibíd.*, 11.

sabe también que en esta experiencia hay algo de inefable, y que el único modo de captar su riqueza es vivirla”¹².

De la misma Liturgia de la Palabra, en que cotidianamente enmarca la Iglesia su profundo encuentro personal y dialogante, contemplativo y santificador, con Cristo en su plenitud permanente de la Eucaristía, se ha elegido simplemente el tesoro central del texto evangélico; “Testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador”¹³, pero al cual “debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, y a Dios escuchamos cuando leemos su palabras”¹⁴. Realmente “la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que trasmite dicha Revelación, resplandece en Cristo, Mediador y plenitud de toda la Revelación”¹⁵.

EL MÉTODO

Tratar de sintonizar la oración personal con el profundo cristocentrismo vital, con que la Iglesia actualiza litúrgica y sacramentalmente la Palabra de Dios y el Cuerpo de Cristo¹⁶ en la celebración eucarística de cada día, mientras desentraña a través del Año Litúrgico los contenidos salvíficos y santificadores de la Historia de la Salvación, es sin duda el empeño prioritario de una obra, que, como la presente, no intenta sino contrastar cada día en un clima de oración personal la identidad del cristiano con Cristo según la semblanza evangélica y la realidad eucarística con que a diario lo siente latir en su propio corazón su esposa la Iglesia. El texto evangélico es la clave insustituible para este cometido en la liturgia cotidiana.

La metodología exegética con que esta obra trata de ayudar a saborear personalmente este encuentro evangélico y eucarístico con Cristo vivo, es algo secundario. Pero se ha intentado que sea seriamente realista como impulso profundo para la oración responsable del cristiano.

Frente a una metodología psicológicamente utilitarista para el sociologismo activista y pastoralmente más propensa a fomentar unilateralmente la orto praxis en la formación de la conciencia cristiana –el método de “revisión de vida” mediante la encuesta–, el temple del verdadero creyente y su tensión dispositiva orante en Cristo, por Cristo y con Cristo, parece que debe situarse más directamente en la “metodología de la fe”.

Como lo hace casi visceralmente desde su profunda vida interior y su condición de intrépido testigo del misterio de Cristo ante el hombre de nuestro tiempo, Juan Pablo II: *revelación..., realidad..., responsabilidad*.

El verdadero creyente, en tensión de diálogo receptivo ante Dios y en disponibilidad para el conocimiento experimental de Cristo y para la moción reveladora de su Espíritu, deberá situarse inicialmente la revelación objetiva: el

¹² JUAN PABLO II, Alocución citada del 22 de noviembre de 1984, 2.

¹³ *Dei Verbum* 18.

¹⁴ *Ibid.*, 25. Cf. SAN AMBROSIO, *De officiis ministrorum* 1, 20, 88: PL 16, 50.

¹⁵ *Ibid.*, 2. Cf. Mt 11, 27; Jn 1, 14.17; 14, 6; 17, 1-3; 2Cor 3, 16; 4, 6; Ef 1, 3-14.

¹⁶ *Ibid.*, 21.

designio salvífico de Dios, con sus contenidos, verdades y criterios revelados. íntegramente asumidos con todo su realismo y sus dimensiones salvíficas trascendentes, iniciativa divina; Cristo mismo, como garantía y clave reveladora; Iglesia, como aval de autenticidad y marco sacramental de salvación. Es intencionalmente lo que, tras la lectura del texto evangélico, aporta el primer apartado de cada meditación. En él, el relato evangélico o las palabras de Cristo se contrastan y aclaran con los datos de la propia Escritura neotestamentaria, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia.

En un segundo momento, y partiendo de esta actitud fundamentalmente receptiva, se afronta la realidad humana: histórica, cristiana o aún no cristiana; acorde o en disonancia real con el designio salvífico de Dios. De esta forma se trata de detectar y valorar el contraste objetivo entre el plan divino de la salvación y la situación efectiva del hombre. Del propio cristiano orante y del entorno humano en que se encuentra inmerso; y que es preciso iluminar y redimir para Cristo. Esta visión de la realidad no aporta simplemente –como puede ocurrir en la encuesta sociológica o religiosa– una mera visión de la realidad a interpretar o a afrontar activísticamente. Sino que aparece ya iluminada y condicionada radicalmente desde la fe: El designio divino, prevalente sobre los postulados sociológicos, humanistas o relativistas de los hombres; la garantía sociológica de Cristo, al margen de los redencionismos o los irenismos humanos; la misión sobrenatural de la Iglesia y del propio cristiano responsable, más allá de las esperanzas inmanentes o conformistas de la humanidad.

Es innegable que semejante posición, además de hacer conciencia profunda de la urgencia y finalidad evangélica de la misma oración, constituye una vivencia responsable y coherente de la fe y de la propia identidad cristiana por encima de cualquier criteriología sociológica. Y es capaz de poner al creyente frente a una *auténtica responsabilidad cristiana*, abierta, o al menos indigente, ante la acción de la gracia, la necesidad de conversación humilde y operante, y la urgencia de autenticidad testifical en la propia conducta cristiana.

En este caso, bueno será insistir en que, si bien la metodología ni es la oración misma, ni la puede suplantar o sustituir, al menos puede provocarla, sostenerla y orientarla adecuadamente. Es lo que se intenta desde estas páginas.

Creo que el presente libro del Dr. Ordóñez, fruto de su intensa vida de oración, como sacerdote de Cristo, y de sus estudios de teología espiritual, bíblica y dogmática, será un instrumento valiosísimo para ayudar eficazmente a quienes lo utilicen, a la tarea más excelsa del espíritu humano: orar, hablar con Dios, adorarle, ofrecerle el obsequio de su alabanza, unirse con Cristo para conocer, amar y practicar la voluntad del Padre.

Deseo vivamente que el libro llegue a manos de tantos y tantos hijos de la Iglesia de hoy, sacerdotes, comunidades religiosas y seculares, que quieren encontrar en la liturgia y en la palabra del Señor, que la nutre y alimenta, la luz y el fuego que las almas orantes necesitan para contemplar y actuar.

LA RENOVACIÓN DE LA LITURGIA MOZÁRABE

Prólogo para la edición de la tesis del Dr. Ignacio Tomás, sobre la «Navidad en el rito hispano-mozárabe», 2001.

Recuerdo los años en que, al prepararnos para el sacerdocio ya próximo, nos llegaba alguna noticia de celebraciones en Rito Mozárabe, naturalmente en Toledo, único lugar en que existía una capilla mozárabe, un Cabildo del mismo Rito y libros suficientes para poder celebrar y consultar, llegado el momento, una determinada cuestión, que necesitase aclaración a la luz de lo que podría deducirse de los libros consultados. El Rito no estaba muerto, pero tampoco estaba vivo fuera del recinto de la Catedral primada y, en alguna ocasión, en Salamanca.

El Concilio había pedido que se revisara también el rito particular vigente, como obsequio a la fe y a la historia, en sitios determinados. En Toledo lo pidió expresamente el Cardenal Knox, Prefecto de la Congregación para el Culto Divino, refiriéndose al Rito de que hablamos, el Mozárabe, llamado también hispánico y a veces visigótico.

La Conferencia Episcopal tomó en serio el ruego y encomendó a la Comisión Episcopal de Liturgia el estudio necesario para una revisión a fondo del Rito. Durante más de diez años han estado trabajando un grupo de sacerdotes toledanos especialistas en el Rito y otros de diversos lugares de España, con algunos monjes benedictinos, y todos bajo la dirección del P. Pinell, de la Abadía de Montserrat, Profesor en San Anselmo, en Roma, hombre de reconocida autoridad en el análisis de los textos, para poder fijar lo que corresponde a la autenticidad que se buscaba.

La obra realizada ha sido espléndida a juzgar por las opiniones de los expertos. Ya se han escrito múltiples artículos en revistas especializadas y se han elaborado diversas tesis doctorales.

La que ahora nos ofrece el sacerdote don Ignacio Tomás, de la Diócesis de Tarazona, limitada a estudiar la teología de la celebración del tiempo de Navidad en la liturgia hispano-mozárabe, es una bella confirmación de lo que digo. Se percibe el encanto de la exposición que se va haciendo, del misterio que se conmemora, y de las súplicas que se elevan a Dios misericordioso, con la confianza que da al pueblo suplicante dirigir su plegaria a quien ha venido al mundo, naciendo humilde y pobre de la Virgen María.

Puede sentirse satisfecho el autor y del mismo modo el Dr. Gabriel Ramis, que ha dirigido la tesis con su habitual maestría.

Toledo, 31 de marzo de 2001

MISA Y OFICIO DE SANTA LEOCADIA

Presentación de los textos litúrgicos oficiales para la solemnidad de la Santa, Patrona de la ciudad de Toledo, 1993.

Aunque en alguna época se pretendió confirmar con datos legendarios el origen apostólico de la Diócesis de Toledo, hoy la historia eclesiástica prefiere la certeza de los datos verificables, y afirma la existencia de una iglesia local, organizada en la ciudad de Toledo, a inicios del siglo IV, cuando un obispo, llamado Melando, firma en las actas del Concilio de Elvira (cerca de la actual Granada), como prelado de Toledo.

Así pues, hemos de situar la evangelización de la zona central de la Península, significada en Toledo, en el siglo II de nuestra era. Lo cual coincide con los datos seguros sobre la evangelización de nuestras costas, tanto catalanas como andaluzas, en el siglo I, sea por apóstoles (Pablo, Santiago), sea por discípulos de éstos.

Toledo era, en aquella época, encrucijada de caminos. En la ciudad del Tajo se cruzaban las rutas de la Tarraconense y de la Bética, la evangelización de origen antioqueno-romano y la de origen norteafricano.

Muy pronto arraigó la fe en esta ciudad “edificada sobre roca” y pronto debió organizarse la primera comunidad de cristianos. Según esto, queremos destacar de qué modo la celebración de Santa Leocadia, como Patrona de la ciudad de Toledo, es una acción de gracias por el don de la fe y de la evangelización de la ciudad y de la Diócesis.

A finales del siglo III nace Leocadia. Parece ser una mujer de noble cuna, al menos de una familia conocida en Toledo. Esta doncella se había destacado entre la joven comunidad cristiana de la ciudad, por su consagración a Dios en el Orden de la Vírgenes y, como tal virgen, por su dedicación a la caridad y a la oración.

Llegando a Toledo la persecución de Diocleciano, el representante imperial procedió con el método típico de tal persecución: Buscar un cristiano conocido y presuntamente débil (mujer o niño) para hacerle abandonar públicamente la fe y sembrar confusión entre las nacientes comunidades cristianas de la Península.

En Toledo se escoge como víctima a Leocadia. Se piensa que su condición femenina y su juventud le harán presa fácil de las amenazas o de los halagos. Pero Leocadia confiesa valientemente su fe y se muestra inflexible ante el tirano. Se la maltrata y encarcela. Es precisamente en la cárcel donde, mientras oraba, muere el 9 de diciembre del 303.

Se la entierra en el cementerio que se hallaba al noroeste de la ciudad, junto al circo romano. Pronto los cristianos de la ciudad la veneran, aunque al no ser propiamente una mártir, su culto permanece por más tiempo limitado a la sola ciudad de Toledo.

Será tras la conversión de los visigodos, en el 589, cuando la Santa de Toledo salta las fronteras de la ciudad y ve expandirse su culto por toda la Península. Pronto se construye una Basílica sobre su tumba, donde hoy se alza la Iglesia del Cristo de la Vega. En ella se celebran varios Concilios, que vertebrarán la vida religiosa, litúrgica y política de la España visigoda. A esa Basílica y a esos Concilios se va asociando San Ildefonso, que aparece como el autor del Oficio y de la Misa de nuestra Santa en la Liturgia Hispano-Mozárabe. En tales textos litúrgicos se destaca el valor de la confesión de la fe de Santa Leocadia, que es presentada como modelo para la Iglesia orante, que celebra su fiesta. Al ponerse en primer plano el valor del testimonio orante de la Santa, se evoca una visión de la Liturgia, como expresión de la naturaleza y la misión de la Iglesia, pues recuerda la feliz expresión de San Leandro, en el III Concilio toledano, donde llamó a la Iglesia “casa de oración donde se reúnen todos los pueblos”.

Desde el siglo VIII, es difícil seguir con certeza la peripecia de los restos de Santa Leocadia. Ya en tiempos de Felipe II, la Catedral Toledana guarda en su precioso relicario (el Ochavo) los restos que, se cree, son de su Patrona.

En Toledo, varias iglesias recuerdan el paso de Santa Leocadia por la ciudad: La Parroquia que lleva su nombre, evoca su casa natal, según piadosa tradición; la Ermita del Cristo de la Vega, su primera sepultura; la Catedral, con el cofre de sus restos y una Capilla junto a la puerta de la Sacristía, su vínculo con San Ildefonso y el origen de la fe de la ciudad; y finalmente, el Seminario para Vocaciones de Adultos, que lleva su nombre, que quiere ser una llamada a todos para la tarea de evangelización, que Leocadia rubricó con la ofrenda de su vida.

Por todo esto hemos emprendido la tarea, confiada al Seminario de Santa Leocadia, en coordinación con la Delegación Diocesana de Liturgia, de ofrecer a la Diócesis y a la ciudad unos nuevos formularios propios, para el rito romano, que ayuden a conocer y a venerar de modo más elocuente a Santa Leocadia. Ahora podemos presentar tales textos aprobados por la Santa Sede.

Estos textos, propios para la Misa y el Oficio, han querido aprovechar, en la medida de lo posible, lo más genuino de la tradición mozárabe sobre nuestra primera Santa. Esperamos que la solemne celebración de su fiesta sirva para que todos los católicos de Toledo valoremos más el don de nuestra fe, y sepamos con valor confesarla en medio de nuestro mundo, tan necesitado de confesores, para que así brillo por sus frutos entre nosotros la Nueva Evangelización.

Toledo, 1 de noviembre de 1993.

MISA DE SANTA MARÍA

Presentación de la Misa de santa María para la solemnidad litúrgica de la Anunciación de Nuestra Señora en la liturgia mozárabe, 1993.

Santa María, la Virgen Madre de Dios, ocupa un puesto central en el misterio cristiano, pues gracias a ella y a su libre colaboración pudo realizarse el plan de Dios de salvar a los hombres: Dios Padre llegada la plenitud de los tiempos envió a su Hijo al seno de la Virgen Madre, y el Hijo se hizo hombre por obra del Espíritu Santo. Este Hijo, nuestro Señor Jesucristo, Dios verdadero como su Padre y hombre verdadero como nosotros, nos ha rescatado del pecado y nos ha hecho hijos de Dios para siempre.

Así ha vivido desde sus comienzos la comunidad cristiana, la Iglesia que prolonga en el tiempo el misterio de Cristo redentor del hombre. Y así nos lo han transmitido los autores cristianos, los Santos Padres y la liturgia de la Iglesia.

Entre las personas que más han contribuido a la explicación del misterio de María a la luz del misterio de Cristo para la redención del hombre, destaca san Ildefonso de Toledo (606-667), insigne defensor de la virginidad de María y de su maternidad divina. El es el más antiguo testigo de la devoción a María llamada “esclavitud mariana”, como nos recordaba Juan Pablo II en su primera visita a España (discurso en Zaragoza, 6.XI.1982), el Papa que, con su mote episcopal, prolonga hoy esa misma esclavitud mariana: *“Totus tuus”*.

La misa del 18 de diciembre, atribuida con fundamento histórico al mismo san Ildefonso, es una de las expresiones más bellas del misterio de María, Virgen y Madre, en el misterio de Cristo, verdadero Hijo de Dios, que la liturgia de la Iglesia vive y celebra en la multiplicidad de los distintos ritos que la enriquecen.

El rito hispano-mozárabe, recientemente renovado siguiendo las orientaciones del concilio Vaticano II, ha conocido uno de los momentos culminantes de su historia en la celebración que el Papa Juan Pablo II presidió en la basílica de san Pedro el 28 de mayo de 1992. La Santa Sede ha concedido a la Conferencia Episcopal Española que en todo España pueda emplearse de acuerdo con los prenotandos, que introducen el misal en su edición típica, y siempre con el permiso del Ordinario del lugar y la aprobación explícita del Arzobispo de Toledo, a quien la misma Santa Sede reconoce como Superior responsable de este rito. (Cfr. Prenotandos, n. 160).

Tengo sumo interés en que se celebre la eucaristía empleando este venerable rito alguna vez al año en todas las parroquias y comunidades de nuestra Diócesis de Toledo. Será una manera concreta de traer a la memoria la fe y la devoción de los que nos han precedido y nos han legado el testimonio creyente y gozoso de su vida cristiana celebrada en la liturgia. Pienso que esta fiesta de Santa María –18 de diciembre– puede ser una ocasión inmejorable para hacerlo.

Por eso presentamos este pequeño misal, como ayuda litúrgica, al que acompañan otras iniciativas encaminadas a capacitar a todos los sacerdotes para la celebración en este rito. Si explicamos de manera sencilla a nuestros

fieles de lo que se trata, ellos serán capaces de captar la riqueza espiritual que aquí se encierra, y concretamente con esta misa se prepararán debidamente a la celebración de la Navidad ya cercana.

Que Santa María, la Virgen Madre de Dios, nos alcance para nuestra Iglesia diocesana la pureza de la fe, la coherencia de un testimonio elocuente, el gozo de una esperanza, que sabe que Dios puede hacer lo que es imposible para los hombres, y la fecundidad desbordante de una caridad que sale al encuentro de cada hombre para brindarle la salvación, que nos ha venido por el fruto bendito del seno virginal de María.

Toledo, 25 de octubre
Solemnidad de la Dedicación de la S.I. Catedral Primada

Espiritualidad

EL SACERDOCIO DE NUESTRA ÉPOCA

Prólogo al libro del P Juan Carrascal, S.I., titulado «Sobre el sacerdocio», 1965.

Escribo estas líneas, cuando corren los últimos días de la tercera sesión del Concilio Vaticano II. Todas las mañanas acudimos los Padres Conciliares donde, entre alegrías y dolores, se están poniendo los cimientos para una nueva vida de la Iglesia. El sol no ha dejado de brillar, a pesar de estar muy avanzado el otoño, y una luz suave y finísima se filtra a través de los grandes ventanales del maravilloso Templo, como un obsequio que el cielo romano quisiera hacer a cuantos dentro del Aula Conciliar deliberan sobre los problemas de la Iglesia. Precisamente hoy, 16 de noviembre, es el segundo día que el concilio dedica a hablar de los seminarios.

Lo que se dice, juntamente con lo tratado en otros esquemas conciliares, aspira a señalar las líneas generales de la figura del sacerdote de nuestra época.

Será un sacerdote abierto al mundo, renovador, sincero, poseído de un ansia inmensa de evangelización, lleno de amor a la Iglesia santa de Dios, elevado sobre las estructuras humanas, en que el mundo se mueve, con su confianza puesta en la gracia y los dones divinos, dispuesto siempre a servir, nunca buscando ser servido. Es decir, lo que han sido siempre los santos de verdad en su entrega al ministerio apostólico.

Porque ésta es la manera de entender la adaptación que se busca. Nadie piense que se trata de una modernización consistente en condescendencias, al arbitrio de cada uno. El amor al hombre y al mundo, en que éste vive, no significa, para el sacerdote, la más mínima renuncia a lo que tiene de específico una vida sacerdotal: su unión con Jesucristo. En la medida en que esta unión se logre o se quebrante, se vivirá el sacerdocio con dignidad o sin ella. Ahora bien, no se puede estar unido con Jesucristo sin amar lo que Él amó.

Y es en el seminario, de ley ordinaria, donde esta unión se prepara con paciencia y humildad.

De ahí la utilidad inmensa que puede prestar este libro, que el autor pone en manos de los seminaristas. Una sabia conjunción de ascética clásica, de piedad litúrgica, de reflexiones, que facilitan la práctica de la meditación y del examen continuo sobre sí mismo y sobre las cosas que le rodean, abre ante los ojos del seminarista un horizonte amplísimo para la reflexión y la plegaria. El que siga su camino de mano de este libro, a través de las diversas etapas de la vida del seminario, tiene todas las garantías de acierto para lograr esa condición básica e indispensable, sin la cual es una temeridad acercarse al sacerdocio: la docilidad a la gracia, y la acción amorosa del Espíritu Santo.

La Iglesia pide y espera sacerdotes –y por consiguiente seminaristas– conscientes del valor sobrenatural ante todo y sobre todo; sacrificados y humildes; obedientes por amor y por convicción; pobres y amantes de la pobreza; cultos en las ciencias sagradas y suficientemente instruidos en las profanas.

Respetuosos de las sabias tradiciones y renovadores de cuanto deba ser renovado dentro del orden, la colaboración y la concordia. Sacerdotes, que de una vez para siempre se den cuenta de que para que su acción en el mundo sea eficazmente salvadora, conforme a la intención de Cristo, no hacen falta críticas amargas y destempladas, posturas modernistas y vacuas, activismos disipadores y mundanizantes.

El más avanzado misionero de vanguardia y el más tranquilo párroco de una comunidad cristiana de las piadosas tierras de España necesitan por igual de una cosa para que su ministerio sea lo que tiene que ser. Necesitan de una unión íntima y profunda con Jesucristo, para que su sacerdocio sea el sacerdocio de Cristo. Si no es así, no tienen nada que hacer en los campos del Señor; y mejor sería que se retirasen a tiempo. Con esto de base y sin perderlo de vista jamás, vengan después los intentos de renovación necesarios. Venga la crítica y la revisión, en unión con los demás y con su Obispo; vengan la autenticidad y el diálogo; la búsqueda incesante de nuevos métodos de evangelización; el deslinde noble y sincero entre lo que es accesorio y lo fundamental en todas las estructuras, por donde hemos de movernos para llevar a los hombres el Evangelio de Jesús.

Sin esa fundamentación, vivida hasta las últimas consecuencias, mucho me temo que la autenticidad se reduzca a palabrería vana; la crítica a nuevo afán de liberaciones egoístas; la lucha apostólica, a una miserable caricatura de lo que han hecho siempre los verdaderos apóstoles de Dios, siempre modernos sea cual sea el siglo en que vivieron.

Estoy convencido de que los seminarios españoles necesitan también de una profunda renovación en esta hora humilde y hermosa de la Iglesia, en que todo quiere ser renovado. Pero hay un punto de partida inmovible, sin el cual nada se puede hacer, y es éste: el seminarista, desde que entra en el seminario, tiene que esforzarse por dominar sus pasiones desordenadas y aspirar a un progreso continuo en el desarrollo de sus virtudes humanas y sobrenaturales.

Creo que el libro del P. Carrascal puede ser un valiosísimo instrumento para lograrlo. Se necesitarán, sin duda, otros libros y otros instrumentos, que desarrollen más ampliamente aspectos parciales de la formación espiritual y humana del seminarista, muchos de los cuales existen ya, mientras que otros seguirán apareciendo. Pero es necesario que antes de que el seminarista reflexione sobre esas perspectivas más particulares de la piedad y de la vida, se acostumbre a ver el panorama general de las virtudes y los peligros, del mundo y del seminario, del cuerpo y del alma, de la mañana y de la tarde, del sufrimiento y del gozo, de la oración y del trabajo, de la amistad y del esfuerzo aislado, es decir, de todo lo que constituye su vida hacia el sacerdocio.

De ahí la utilidad de este libro. Es sencillo, sólido, completo. Está dictado por la experiencia y el amor. Lo que dice y ofrece es como la columna vertebral para la

vida del espíritu, que más tarde el seminarista irá enriqueciendo y desarrollando progresivamente. Empecemos por ahí y después vendrá lo demás.

Los miles de alumnos, que en los seminarios de España juegan, rezan, y estudian juntos, tienen el mismo derecho que los demás a recibir lo que necesitan de renovación para su trabajo en el mundo que les espera; y también a pedirnos que sepamos cumplir con nuestro deber manteniendo lo que tiene valor permanente y seguro.

Roma, noviembre 1964

EL AÑO LITÚRGICO EN LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Prólogo para la obra de Juan Ordóñez Márquez «Teología y espiritualidad del Año litúrgico», 1978.

Esperaba este libro hace tiempo, porque, conociendo al autor y habiendo podido observar a través de diversos escritos y actuaciones suyas su entendimiento de la Liturgia y su profunda formación teológica, me dolía que no se decidiera a exponer de forma sistemática y ordenada sus reflexiones sobre el tema, de tan inagotable riqueza.

En España la formación litúrgica, impulsada por el concilio Vaticano II y por los documentos pontificios posteriores, encontró enseguida una buena acogida; y hoy comprobamos con gozo la participación del pueblo en el sacrificio eucarístico y en las acciones sacramentales, mucho más viva y consciente que hace años. A ello ha ayudado grandemente la labor del Secretariado Nacional de la Comisión Episcopal de Liturgia.

Se han escrito además innumerables artículos de divulgación en revistas, periódicos, hojas diocesanas y parroquiales, que han llegado a manos de los fieles por mil canales distintos.

Han faltado, sin embargo, libros serios y rigurosos, que ayudaran a profundizar, sobre todo a los sacerdotes y comunidades religiosas, lógicamente obligados a orientar y dirigir al pueblo. De ahí las informaciones amparadas bajo el nombre de creatividad, los inventos personalistas con el pretexto de lograr una exposición más auténtica, las extravagancias carentes del más mínimo respeto al misterio sagrado que la Liturgia nos presenta.

El libro del Dr. Ordóñez, *Teología y espiritualidad del Año litúrgico* viene a remediar muchas cosas para todo el que quiera moverse en este campo con conocimiento, con vida y con amor. Porque en él se trata no de impedir, sino de profundizar sobre lo que hacemos en el Año litúrgico, precisamente por lo que somos dentro de la historia de la salvación.

El plan de Dios no ha tenido otro designio que “instaurar todas las cosas en Cristo Jesús”. El alfa y omega de la creación, Primogénito de toda criatura, Dios, como “el Pedagogo” por antonomasia, fue preparando a la humanidad para entender la Revelación divina, para alcanzar en cierto modo la madurez necesaria, que le permitiera recibir a Cristo. Esta preparación es un hecho de nuestra historia de salvación, ya que Cristo viene al mundo en el momento en que esta preparación llega a su término: tiempo es para el cristiano, tiempo del Señor, “Año del Señor”. Cristo llamó así a su presencia redentora, al aplicarse las palabras del profeta Isaías referentes al anuncio del año de gracia del Señor: “Hoy se cumple esta Escritura, que acabáis de oír”.

La vida entera tiene un ritmo, una ley temporal, formada por el movimiento de la tierra en relación con el del sol y la luna. Surge así un sistema de fases y condiciones, en el que se ordena la realización de “lo vivo”: años y estaciones, meses y semanas, días y noches. La vida del cristiano tiene también un ritmo y proceso “natural” reiterativo, el Año del Señor, en el transcurso del cual se va

realizando en la Iglesia la obra salvadora. “El año eclesiástico va desarrollando este misterio, que alcanza plena realidad en la Pascua y en cada misa; y que se manifiesta y obra en diversos grados en los otros sacramentos y sacramentales, así como en los ritos y plegarias; y de manera muy especial en aquellos textos y oraciones, que en la misa acompañan al Santo Sacrificio y lo exponen”. En ellos se pretende revelar en lo posible la insondable profundidad del misterio; los textos no hacen sino exponer esta piedra preciosa a la luz del sol, con el fin de que surjan de ella mágicos e inesperados reflejos. En todos, empero, es el “único sol”, el *κύριος* Cristo, el Señor de la Iglesia quien resplandece” (Odo Casell).

La constitución del Vaticano II sobre la sagrada Liturgia presenta nítidamente su función: guiar al Pueblo de Dios en su peregrinar por la tierra. Ella comunica y realiza en los cristianos la obra de la redención. Toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, y su eficacia no es igualada por ninguna otra acción de la Iglesia. Es cumbre, a la que tiende la actividad eclesial, y fuente de donde mana toda su fuerza. Para asegurar esta plena eficacia es necesario poner el alma en consonancia con la voz y el gesto, y colaborar con la gracia divina para no recibirla en vano.

El centro de nuestra actitud ante Dios está en la adoración. Es el alma de toda acción litúrgica y raíz fundamental de la existencia humana. Por ella el hombre encuentra su centro propio, hace pie en él, y conoce la grandeza de Dios y la obra de su salvación. Por ella tiene una actitud fecundamente positiva de afirmación de lo que realmente “es”. Abre la inteligencia a la función y primacía del “sí”; dice “sí” a Dios, que es el abismo de gloria, de perfección, de misericordia, de plenitud; dice “sí” a la creación, que es buena y espera con dolores de parto su liberación de la esclavitud a la que está reducida por la idolatría y la impugnación radical”; dice “sí” a la Iglesia, comunidad de adoradores en espíritu y en verdad; dice “sí” a los sacramentos, núcleo central de la Liturgia, resonadores de la acción divina en el tiempo y en el espacio. Precisamente, cuando el ser humano adopta por la adoración esta actitud afirmativa, queda enraizado en lo real y sus acciones van dirigidas a lograr estructuras, que estén al servicio de la vocación auténtica del hombre y de su dignidad.

Teología y espiritualidad del Año litúrgico es una obra importante en el momento, en que nos encontramos de impugnación, de pérdida del sentido de lo sagrado, de vacío de adoración, de desviaciones y aberraciones extendidas bajo el pretexto de “renovación litúrgica”. La Iglesia, misterio de fe y acontecimiento salvífico, es comunidad de adoradores en espíritu y en verdad. El autor, tras una clara introducción, en la que analiza síntomas y realidades de la renovación litúrgica, estudia la Liturgia y la espiritualidad cristianas desde una firme y seria teología, en la que se percibe el palpar de la vivencia cristiana. La espiritualidad queda perfectamente definida desde un cristocentrismo vivo y operante en la Liturgia de la Iglesia de Cristo.

La segunda parte es la estructura fundamental del Año litúrgico y la espiritualidad de cada uno de los tiempos. Son esenciales todos los capítulos, porque son la exposición de ese ritmo y proceso reiterativo del Año del Señor. La acción sacramental se inscribe en los ritmos naturales, para hacerlos signos de la historia de la salvación. Me parece vital la valoración pastoral del domingo, día

del Señor, de la memoria de la Resurrección de Cristo; victoria del amor de Dios sobre el pecado y la muerte, victoria que es revelación de Quien “es” Dios. Todos los domingos son Pascua y Pascua es la fiesta cristiana por antonomasia. Es alegría por la venida del “nuevo cielo y la nueva tierra”, de que hablan el Apocalipsis y el capítulo octavo de la epístola a los Romanos.

El cristiano no sólo tiene que creer en Dios, sino también en lo que él mismo es a partir de la redención. Ante el peso y la oscuridad de la vida cotidiana, el domingo tiene que volver a consolidar y ahondar la certidumbre que tiene el cristiano de su auténtica existencia. El domingo es una pausa creadora esencial para la integridad del hombre; es “fiesta”, una situación de la vida, en que, como dice Romano Guardini en *El domingo, ayer, hoy y siempre*, se eleva a la altura de Dios y se libera de los hombres. Si desapareciera el domingo y en la manera en que desapareciera este sentido, representaría un paso fatal hacia el exteriorismo y la frivolidad de la vida.

En la obra se desenvuelven dos tesis fundamentales:

1ª. El desarrollo del Año cristológico en la acción litúrgica no es sino el desarrollo de la historia de la salvación, actualizada sacramentalmente en el tiempo y en el espacio en todos sus contenidos salvíficos, y al alcance de las personas y de las comunidades creyentes. En tal sentido, cada año el ciclo cristológico y “cristificante” viene a ser una miniatura sacramentalizada y eficaz de la historia de la salvación; con toda su enorme capacidad pedagógica –educadora de la fe– salvífica –instrumento de santificación– y eclesiógena –promotora de la vida sobrenatural de la Iglesia–.

2ª. Bastaría una pastoral, que promoviera una genuina participación “formal” –de interiorización y transformación bajo la acción de la gracia y los sacramentos– para alcanzar a lo largo de los ciclos litúrgicos la auténtica y más perfecta consecución de la identidad cristiana del creyente, cualquiera que sea su condición y misión en la Iglesia. Sobre esta doble tesis, que se desarrolla teológica y litúrgicamente, se analizan también las posibles desviaciones, frustraciones y aberraciones en esta materia.

Deseo que este libro se difunda ampliamente y encuentre la acogida que merece. No sólo entre sacerdotes y miembros de las comunidades religiosas, sino también entre seglares, cada vez más en número, que piden instrucción seria y análisis fundados de lo que hacemos y por qué lo hacemos allí donde el corazón de la Iglesia deja oír sus más íntimos latidos, los de su unión vital con Cristo, Fundador, de la que ella es sacramento y signo supremo. Y estoy plenamente identificado con el autor, al afirmar que, si se quiere una pastoral fecunda y de largo alcance, hay que cuidar este aspecto de la educación de nuestros fieles en la comprensión de las riquezas del Año litúrgico, con el mayor esmero.

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

Prólogo del libro «La adoración eucarística», de Salvador Muñoz Iglesias, 1978.

He aquí un libro actual, actualísimo. No con la actualidad efímera de las modas impuestas, sino con la que da la presentación acertada de un valor religioso de primer orden en nuestra fe católica: la adoración eucarística.

El autor es sobradamente conocido en España por su competencia científica en los estudios bíblicos y teológicos desde hace muchos años. Su nombre fue siempre una garantía de modernidad y de equilibrio ya antes del Concilio, cuando entre nosotros se podían contar con los dedos de la mano los que sabían hacer compatibles los avances de la reflexión con la fidelidad a la doctrina revelada.

Su condición de hombre de estudio se ve enriquecida por actividades pastorales prácticas, que son el más alto honor del sacerdote de Cristo. La ciencia y la piedad unidas. La cultura seria y profunda y el trabajo pastoral continuo al servicio de los grandes amores de los hijos de la Iglesia católica: la Virgen María y la Eucaristía.

Salvador Muñoz Iglesias es el Consiliario Nacional de la Adoración Nocturna Española. Y a todos los miles de hombres y mujeres, que en el silencio de la noche adoran a Dios en el Sacramento de la Eucaristía, y en general a cuantos quieran acercarse al Sagrario para meditar y adorar, les ofrece este pequeño libro, en que no se sabe qué admirar más, dentro de la originalidad que preside su concepción y su desarrollo literario, si las consideraciones que despiertan la piedad y el amor, o la erudición bíblica, tan sabrosa y detallada, sobre los lugares que invita a recorrer con las alas del espíritu.

El adorador de la Eucaristía, el que se acerca al Sagrario con fe y con amor, tiene en este libro una preciosa ayuda para la meditación silenciosa, para el coloquio con Cristo, para la reafirmación humilde de su creencia y sus propósitos de ser fiel a Aquél que nos amó hasta el extremo.

¡Qué feliz idea la de recorrer con la imaginación, igual que el autor ha hecho con sus pies, los lugares sagrados donde sucedieron los hechos inefables del Nuevo Testamento, y donde existen, suntuosos o pobres, erguidos o en ruinas, oratorios y templos que guardan el tesoro de la Eucaristía!

Con este libro en la mano, el adorador puede pasar diez, veinte minutos, una hora, contemplando, pidiendo, adorando, escuchando en el interior de su alma las resonancias cálidas de escenas y lugares evangélicos unidos para siempre a la vida de Jesús. La doctrina del Maestro, sus promesas cumplidas, sus llamadas a la fe y al amor, sus diálogos con los hombres y mujeres que se acercaron a Él, o a quienes Él buscó, precursores humildes de todo ser humano necesitado de pan, de verdad, de esperanza...

Y si además de adorar al Señor en nuestras iglesias de España, alguien tiene la oportunidad de hacerlo como peregrino en las de Tierra Santa, el libro será un instrumento valiosísimo para dejarse invadir por el gozo del recuerdo, facilitado

maravillosamente por quien ha escrito esta meditaciones en los mismos lugares bíblicos, en que el recuerdo se hace presencia renovada por la fe y por el amor.

Mayo, 1978.

UNA SÍNTEISIS DE LA ESPIRITUALIDAD CATÓLICA

Prólogo para la obra de José Rivera y José María Iraburu titulada «Espiritualidad católica», 1982.

Los autores de esta hermosa síntesis de la espiritualidad cristiana son José Rivera, sacerdote de Toledo, profesor y director espiritual en el Seminario, y José María Iraburu, sacerdote de Pamplona, profesor en Burgos, en la Facultad de Teología. Son colaboradores del Centro de Estudios de Teología Espiritual desde que lo iniciamos en 1975. De la amistosa colaboración de estos dos sacerdotes se han seguido varias publicaciones, como los recientes *Cuadernos de espiritualidad*, que son el precedente inmediato de la presente obra.

No es fácil, en verdad, describir el misterioso desarrollo de la vida cristiana, sobre todo, precisamente, cuando ésta es más genuina y plena, es decir, en su fase mística. “El Señor es Espíritu”, dice San Pablo, y los cristianos, “todos nosotros, con el rostro descubierto, reflejando la gloria del Señor, nos vamos transfigurando en su imagen, cada vez con más gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor” (2Cor 3, 17-18). ¿Cómo investigar, más aún, cómo expresar este inefable proceso, esta obra excelsa de la Trinidad santísima, que deifica progresivamente al hombre? La mente y la palabra de los hombres, sin la ayuda sobrenatural de Dios, desfallecen en el intento.

Por eso, los autores de este libro, conscientes de ello, se mantienen siempre próximos a la Revelación divina, se resisten a salir de su luminosidad, y procuran no alejarse –como hoy vanamente hacen tantos– de las categorías mentales y verbales de la misma Biblia (pecado, gracia, caridad, abnegación, penitencia, oración, carne, espíritu, demonio, mundo, ayuno, limosna, configuración a Cristo, docilidad al Espíritu, obediencia a la voluntad del Padre, etc.). Este libro sorprende por su claridad, y, a mi juicio, esta claridad procede en buena parte del uso constante que los autores hacen de la terminología bíblica y tradicional, actualizándola con los matices psicológicos propios de nuestro tiempo.

Los autores han querido expresar con toda su pureza el sentido que el Evangelio –siempre y en todas partes, desde Cristo hasta hoy– ha tenido en la Tradición, en el Magisterio eclesial, especialmente en la Liturgia, en la vida de los santos, en la enseñanza de los grandes teólogos y doctores de la Iglesia, sobre todo en Santo Tomás de Aquino, en Santa Teresa de Jesús y en San Juan de la Cruz.

Los autores, explícita o implícitamente, siempre afirman la eclesialidad de la espiritualidad cristiana: la vida cristiana la recibimos de la Santa Madre Iglesia, y en ella y para ella la vivimos. Por otra parte, no acentúan devociones concretas o espiritualidades peculiares –convenientemente, sin duda, al interior de la Iglesia–, sino que exponen –tratan de hacerlo, al menos– la espiritualidad “católica”, esto es, la espiritualidad universal, la esencial, la permanente. Y en este sentido, esta obra puede ser igualmente válida para sacerdotes, para religiosos y religiosas y para laicos. A todos les puede rendir el buen servicio de ayudarles a profundizar en las raíces mismas de la vida en Cristo. Por esta razón, y por las que más arriba he señalado, creo que este libro bien puede titularse *Espiritualidad católica*.

Sabemos que “el justo vive de la fe” (Rm 1, 17); y que toda espiritualidad cristiana debe derivarse de la misma fe. Pues bien, los autores de este libro no suelen partir de opiniones teológicas, –y las pocas veces que lo hacen, lo avisan–, sino que procuran fundamentar siempre los temas ascético-místicos en los fundamentos dogmáticos de la fe. Quizá alguno estime que las páginas que dedican a afirmar las premisas de la fe son a veces demasiadas, más, en todo caso, de lo que ha sido habitual en las obras clásicas de Teología Espiritual; pero la situación de la fe en el tiempo presente parece aconsejar tal método. ¿Cómo hablar, por ejemplo, de la espiritualidad providencia cuando hoy son tantos los que apenas creen en una Providencia divina universal, sobre lo grande y lo pequeño? ¿O cómo tratar de la ascética lucha contra el demonio, si muchos no creen en su existencia? Quizá en otro tiempo los autores espirituales pudieran dar por supuestas las grandes premisas de la fe, pero hoy no será prudente tal suposición.

Los autores de esta obra, además, no sólo afirman la verdad, sino que niegan también el error contrario. ((Entre dobles paréntesis encierran la breve descripción de ciertos errores hoy más actuales, quizá para que su influjo malo no llegue a afectar la verdad del texto)). Y este método le da, ciertamente, una gran viveza a la exposición. Así como los dibujantes, una vez trazada la figura, le dan relieve marcando las sombras –y sin éstas la figura quedaría plana y sin vida–; así los autores afirman en este libro la verdad, y luego la perfilan a veces más vivamente, negando los contrarios errores. El procedimiento es viejísimo, usado en todas las culturas. Lo emplearon los profetas, y también Jesucristo y los Apóstoles. Fue un sistema dialéctico usual en la Escuela cristiana clásica. Así, Santo Tomás, cuando se plantea una cuestión, no sólo la responde con un cuerpo de doctrina positiva, sino que expone también ciertos errores (“quidam dicunt...”), para rechazarlos desde la doctrina que establece. Sí, el procedimiento es muy antiguo, pero en esta obra casi parece original, pues en buena parte ha caído en desuso, quizá por un mal entendimiento de lo que debe ser la tolerancia y el pluralismo teológico.

Destacaré, por último, que en esta obra los autores manifiestan siempre un notable optimismo sobre la fuerza de la gracia de Cristo para santificar a los hombres de hoy. No se arredran ante los aspectos sombríos de la situación presente, –que ellos dan muestras de conocer bien–, sino que en todas las cuestiones que tratan, impulsan vigorosamente hacia la perfección evangélica. Y este es otro valor de la obra, que conviene señalar. Pareciera, a juicio de algunos, que la raza de los cristianos se va debilitando, y que ya no es prudente exhortarles a aquellos caminos de perfección, que los antiguos caminaban normalmente. En todas las épocas, con matices muy diversos, reaparece esta peregrina persuasión. Ya en el siglo IV, terminadas las persecuciones, decía el gran monje San Antonio: “Dios no permite que esta generación sea atacada como lo era la de los antiguos, porque sabe que los hombres actuales son débiles y no pueden sostener tales combates”. Y en el siglo XVI, por citar otro ejemplo, decía Santa Teresa al elogiar la santidad y penitencia de fray Pedro de Alcántara. “No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas y que no son los tiempos pasados”. A ella no le convencía esta opinión, pues concluye diciendo: Sin embargo, “este hombre de este tiempo era; y tenía grueso el espíritu como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los pies” (*Vida* 27, 16).

Termino ya, pues a un libro largo le conviene un prólogo corto. Que este libro sea un homenaje agradecido, que los autores y el C.E.T.E. dedican a Santa Teresa de Jesús en el IV centenario de su muerte. Que haga un buen servicio, a unos como manual de Teología Espiritual, a otros como esquemas de predicación, y a muchos como libro de meditación y de lectura espiritual. Así lo quiera Dios.

LAS VERDADES DE LA FE CATÓLICA

Prólogo de la obra del mismo título publicada en 1982 por el P. Antonio de Lugo.

He aquí un libro sencillo, como tantos, que a lo largo de los siglos han ido saliendo de la pluma de sacerdotes y religiosos, que han hablado y escrito de las verdades de la fe católica.

El P. Antonio de Lugo, monje del Monasterio Jerónimo de Yuste, es bien conocido por otras publicaciones de esta índole, por sus artículos en diversas revistas, de las que es asiduo colaborador, y por sus predicaciones en Ejercicios y retiros a numerosos grupos cristianos, que anhelan una vida seria profunda.

Sencillez no quiere decir aquí carencia de vigor o de exigencia teológica en el tratamiento de los temas. Por el contrario, una exposición tan rica y ordenada como ésta, de las verdades fundamentales del Credo católico, de los sacramentos, que como dones divinos nos dejó el Señor para asegurar y desarrollar nuestra unión con Él, y de las cumbres de la vida espiritual y moral, que nos incita a escalar el Sermón de la Montaña, supone siempre un esfuerzo de síntesis muy apretada y valiosa, que no es fácil hacer, si no se tienen muy amplios y asimilados conocimientos de la Sagrada Escritura, de la teología y de las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia.

La sencillez en este libro del P. Lugo equivale a que no hay en él pretensiones enredosas, ni aparatosidad científica, tantas veces estéril por estar alejada de la verdadera ciencia; ni concesiones al gusto de la época tan dada a la crítica superficial y petulante. Hay densidad, orden en el pensamiento, palabra adecuada, reflejo constante de la luz que brota de un Magisterio de valor perenne.

Y hay también otra cosa: fe y contemplación. Quien escribe así y de los valores nucleares de nuestra fe, es porque los vive hondamente en su alma. Son muchas horas y muchos años de trato con Dios y con lo que Él, en su infinita bondad, quiso revelarnos, los que a veces mueven con fuerza irresistible a hablar o escribir así. Este es el caso. El P. Lugo puede sentirse satisfecho de poder ofrecer al Pueblo de Dios, que tanto lo necesita, el alimento espiritual para su fe, a la vez que sus contenidos, expresados con la fidelidad que pide la Iglesia a los que aman a Aquél que nos ha sido dado para nuestra salvación.

Agosto de 1982

LA MEJOR ESPIRITUALIDAD CONFORME AL MAGISTERIO PONTIFICIO

Prólogo para la obra del P. Mariano Sevilla, S.I., titulada «La mejor espiritualidad conforme al Magisterio pontificio. Conferencias sobre el Sagrado Corazón», Madrid 1986.

Tengo una honda satisfacción pastoral al poder presentar este libro a los lectores, que serán cada vez más numerosos a medida que se vaya conociendo.

El autor es un benemérito jesuita, el P. Sevilla, que durante toda su vida ha vivido y predicado la devoción al Corazón de Jesús con inmenso fruto en su apostolado, sobre todo entre sacerdotes y seminaristas.

El libro tiene su mayor mérito en la exposición que se hace de esta devoción, de modo totalmente conforme al Magisterio pontificio.

No se trata de presentar una práctica meramente piadosa, ni tampoco de recomendar una espiritualidad particular; se pretende exponer la doctrina de los Papas en lo relativo al culto del Corazón divino: encíclicas y cartas apostólicas son la guía principal de la presente obra. Al mismo tiempo se quiere armonizar el culto al Corazón de Jesús con las legítimas exigencias de la vida moderna, para llegar a vivir cristianamente en el mundo de hoy.

Es un hecho lamentable que la devoción al Corazón de Jesús ha decaído entre los fieles en los últimos años. Ya Pablo VI decía el 6 de febrero de 1965, al tiempo que recomendaba esta excelente devoción: “Este plan nos parece el más apto para que el culto al Sagrado Corazón, que, con tristeza lo decimos, ha decaído en algunos, ya en adelante florezca más” (*Investigabiles divitias Christi* 8).

Nosotros creemos que este decaimiento se ha producido, porque se había dejado de instruir sólidamente al pueblo, y se había llegado en no pocos casos a una práctica rutinaria sin verdadero contenido bíblico-teológico, alejada de las necesidades evangélicas del mundo de hoy.

El medio más eficaz para salir al paso de la falta de instrucción del pueblo fiel es, sin duda, exponer la espiritualidad del Sagrado Corazón como lo hacen los Romanos Pontífices, que la fundamentan sólidamente en la Escritura y en la Tradición, sin despreciar los valiosos elementos que aportan los santos, pregoneros de esta devoción. Y todo ello en el contexto de la vida moderna tan necesitada de espiritualidad.

Por otra parte, creemos descubrir en la Iglesia de nuestros días una consoladora vuelta al culto del Corazón de Cristo. Sacerdotes y laicos rivalizan hoy, a lo menos en ciertos ambientes, por conseguir una crítica auténtica de esta espiritualidad. Pero ésta no se conseguirá sin una renovación de mentalidades y de costumbres, conforme a los deseos del Vaticano II; porque vivir la devoción no es solamente recitar unas preces piadosas, sino implantar un nuevo modo de vida con talante más evangélico y más adaptado a las necesidades de nuestro tiempo.

He aquí otro objetivo del presente libro: Aprovechar el movimiento, que se observa en ciertos ambientes, de vuelta a la devoción; pero evitando toda desorientación. Y fue precisamente Pablo VI el que en su Carta Apostólica *Disserti interpretes* (25 de mayo de 1965) dijo unas palabras orientadoras a este propósito: Exhortó a “difundir cada vez con más ardor el amor al Corazón de Jesús, y a que con sus palabras y con sus ejemplos muestren a todos que de esta devoción deben recibir su mayor aliento e impulso, tanto en la esperada renovación de mentalidades y costumbres como en la mayor eficacia y vigor de las instituciones eclesiales que pide el Vaticano II”.

El actual Pontífice ha hablado con gran estima y con mucha profundidad de la devoción que nos ocupa. El 4 de marzo de 1979, en su primera Carta encíclica, escribió una frase que pasará a la historia de la devoción: “La redención del mundo –ese misterio tremendo del amor, en el que la creación es renovada– es en su raíz más profunda la plenitud de la justicia en un corazón humano: el Corazón del Hijo Primogénito, para que pueda hacerse justicia en los corazones de muchos hombres, los cuales precisamente en el Hijo Primogénito han sido predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios y llamados a la gracia, llamados al amor”.

No fue casual tratar tan profundamente del Corazón de Cristo en la *Redemptor hominis*. Hacía escasamente tres meses que había expuesto, en lo que se había llamado una mini-encíclica, en la audiencia general del 20 de junio de 1979, todo lo referente al culto del Divino Corazón, “de aquel Corazón –son sus palabras–, que le había hablado desde su edad juvenil”. Hoy –podemos añadir nosotros– ese Corazón sigue siendo su encanto en la edad madura, pues decía el 25 de junio de 1982, también en una audiencia pública, en la Plaza de San Pedro: “Vuestro afán de dar a conocer y amar el Corazón de Jesús es hoy más preciso que nunca para la Iglesia. Y son de particular agrado del Padre”.

Pudiéramos citar innumerables textos de Juan Pablo II, puesto que es, a juicio de los expertos, el Papa que más veces ha hablado del Corazón de Jesús; pero baste para terminar, citar lo que dijo en la *Dives in misericordia*: “La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al Corazón de Cristo”. (Noviembre de 1980. Primer domingo de Adviento. Día 30).

También nosotros exhortamos vivamente a nuestros diocesanos a vivir esta devoción, y por eso les proponemos la lectura de este nuevo libro, en el que con claridad y profundidad se propone el culto al Divino Corazón.

Hemos de notar que, aunque la obra va dirigida a toda clase de fieles, se piensa a lo largo de toda ella, en la juventud de manera preferente. Antes de comenzarla, se acudió a un grupo de jóvenes entusiastas de esta espiritualidad y se les propuso una larga lista de temas relativos al Corazón de Jesús. Hasta 150 fueron los títulos de conferencias que se les propusieron, de los cuales deberían escoger solamente 25, sin convenirse previamente. El resultado fue maravilloso, pues coincidieron en muchos de ellos. A base de estos 25 temas se ha redactado todo el libro.

Toda la materia va repartida en cuatro partes. De las cuales la primera se ocupa de la definición de la devoción, que creemos queda perfectamente declarada, pues se resume en ella las 30 definiciones que en un principio se propusieron.

La segunda parte trata del Evangelio visto a la luz del misterio del Corazón de Cristo, según aquella frase feliz de la *Haurietis aquas*, que afirma ser el Corazón de Jesús “la mística escala para subir al abrazo de Dios nuestro Salvador”.

En la tercera parte se afirma que todas las estructuras del mundo de hoy pueden ser influidas y transformadas por la espiritualidad que nos ocupa.

Finalmente, se dedican varias conferencias a la vida consagrada bajo el influjo de esta espiritualidad.

Aunque como hemos indicado, no se desarrollaron los 150 temas propuestos en un principio, pero se ha procurado aludir a la mayor parte de ellos en el curso de toda la obra; y creemos que se llega fácilmente a la conclusión de que “la devoción al Corazón de Jesús es el resumen de toda la religión y la norma de vida más perfecta”, como afirmó Pío XI en la *Miserentissimus Redemptor*.

Los distintos capítulos se intitulan conferencias, pero la mente del autor es que lleguen a ser verdaderas vivencias. Por eso se recomienda que más que una serie de charlas, se organice un cursillo en el cual, a modo de unos Ejercicios Espirituales al estilo ignaciano, se medite toda la materia propuesta con la seriedad y la profundidad con que se procede en la experiencia de san Ignacio.

A primera vista, pudiera parecer que los temas no tienen una perfecta unidad, pues al ser escogidos entre otros muchos, se desconectan entre sí; pero la desarmonía es aparente, pues al terminar todo el curso, se saca una idea completa y en cierto modo exhaustiva de lo que es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que pudiéramos afirmar que es *el Evangelio vivido hoy en sus raíces más profundas a la luz del misterio de Cristo, tal como lo enseña y lo presenta la Iglesia en sus documentos oficiales*.

Vemos también en el libro una clara alusión a la Fraternidad Sacerdotal del Corazón de Cristo, recientemente erigida en nuestra Diócesis (11 de enero de 1985); y aparece en la obra el deseo de que estas ideas tan fecundas y tan actuales se usen como el ideario ascético-místico de estos sacerdotes diocesanos, que arden en ansias de caridad pastoral, y desean valerse de la espiritualidad del Sagrado Corazón, para hacer más fecundo su apostolado. Creemos que un grupo de sacerdotes bien formados en el Presbiterio Diocesano puede ejercer una gran influencia en orden a promover el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, que ojalá se vea florecer esplendorosamente en nuestra Diócesis, de manera especial entre los sacerdotes y seminaristas.

De poner en práctica todas las saludables recomendaciones, que de la devoción al Sagrado Corazón se hacen en la presente obra, conseguiremos, ayudados siempre de la divina gracia, un verdadero culto al amor divino-humano de Cristo, simbolizado en su Corazón, y una mayor eficacia en la caridad con nuestros hermanos los hombres.

Dijo Pío XII que “esta devoción no es otra cosa que la entrega afectuosísima a Cristo en toda su amplitud, desde su amor increado hasta las palpaciones de

su amor humano creado, que son como ondas patentes y visibles trasladadas a nosotros desde el mar inmenso de aquel amor". Y la oración después de la comunión, en la Festividad del Sacratísimo Corazón de Jesús, nos hace pedir al Señor que "este sacramento de su amor encienda en nosotros el fuego de la caridad, que nos mueva a unimos más a Cristo y a reconocerle presente en los hermanos".

Amor a Dios y a nuestros hermanos es la suma de la Ley, que se realiza de modo admirable en la práctica de la devoción al Corazón de Jesús, tal como la exponen los Sumos Pontífices en sus documentos oficiales.

El apóstol de Cristo, que quiera dar en el mundo testimonio de su fe y trabajar por el Reino de Dios en la tierra, encontrará en la devoción al Corazón de Jesús, bien de su alma, las más generosas decisiones.

EJERCICIOS PARA ORDENANDOS

Presentación de los Ejercicios Espirituales que don Marcelo dió a un grupo de seminaristas que iban a ser ordenados sacerdotes en la diócesis de Toledo, 2001.

Hace muy poco tiempo, tuve la satisfacción de predicar los Ejercicios Espirituales a los alumnos del Seminario de Toledo, que se preparaban para recibir el sacerdocio. No era nada nuevo para mí, pero siempre que he tratado de cumplir esta misión durante unos ocho días, me parece que lo nuevo es lo que experimento yo al exponer las principales meditaciones, siguiendo el libro de San Ignacio e incorporando la exposición de diversas pláticas sobre los temas fundamentales, a que nos lleva la contemplación del misterio de Cristo y de la Iglesia, sin omitir enseñanzas del Romano Pontífice.

Son los ejercitantes los que me hacen pensar en el tesoro de vida cristiana, que ellos asimilan, haciendo que brote en el caudal de los propios sentimientos, con los que han venido preparándose para la gran novedad de sus vidas, la riqueza insospechada de lo que tienen y de lo que van a tener y ser.

Cristo meditado con detenimiento y amor, el misterio de la Cruz en nuestras vidas, la fealdad de los pecados, el fulgor con que brilla la virtud, cuando se hace despertar en los que viven esclavos de sus vicios, y, por el contrario, las miserias que envuelven y sofocan a los que se hunden en el pecado. No hay nada comparable a la generosidad de un sacerdote joven, que se entrega del todo al Señor y derrama lo mejor de su corazón y su pensamiento, haciendo comprender a los que escuchan el Mensaje de la Redención.

Octubre 2001

AL SERVICIO DE LOS ANCIANOS DESVALIDOS

Prólogo al libro del P. Tomás de Bustos, O.P., titulado «Carisma y espiritualidad de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados», 2003.

Hace muchos años que conozco y trato a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. He tenido la dicha de conocerlas en las tres diócesis, en que he sido Obispo, Astorga, Barcelona y Toledo.

En Astorga pude bendecir su casa renovada después del incendio devastador, que había sufrido; en Barcelona –San Justo– hablé mucho de ellas con el Postulador de la Causa de Canonización de la Madre Fundadora, Mons. Pedro Altabella, Canónigo de la Basílica de San Pedro, en Roma, y patrocinador de todos los asuntos, que pudieran tener relación con el mejor servicio a la Iglesia de España; y en Toledo fui llamado por ellas a participar o celebrar diversos actos, solemnes unos y sencillos otros, en muy diversas ciudades, todo lo cual me permitió conocer cada vez más y mejor a esta Congregación religiosa, que no dudo en considerar como un honor insigne de la Iglesia, por su dedicación constante a un sector de la humanidad, el de los ancianos desvalidos, que en las Hermanitas encuentran amparo y protección, cuando les falta todo en los ambientes sociales y familiares en que han vivido.

¿Cuál es el secreto de la vida de estas mujeres consagradas, tan firmes e intrépidas, tan llenas de ternura y fortaleza, tan contentas y alegres siempre en medio de su trabajo y dedicación, tan poco atractivo humanamente hablando?

He aquí un libro que ofrece respuesta cabal a esta pregunta. El autor es un religioso dominico, que conoce como nadie la vida de la Congregación. El P. Tomás Bustos ha escrito diversos libros sobre la Santa Fundadora y su obra, entre los cuales hemos de citar *Santa Teresa de Jesús Journet. Profeta y testigo*; *Santa Teresa de Jesús Journet sembradora de amor*; *Santa Teresa de Jesús Journet, una historia de amor*. Son estudios biográficos, pero que no se detienen en la narración de los hechos externos, que rodean o brotan de la vida de la biografiada. Aunque rinden cuenta del desarrollo de la figura histórica estudiada, el P. Bustos se inclina siempre al examen de las motivaciones internas, y se recrea en el hallazgo de las riquezas espirituales, que como dones y frutos de la acción del Espíritu santo aparecen en las personas o hechos que analiza.

Así sucede en el que ahora escribe, *Carisma y espiritualidad de las hermanitas de los Ancianos Desamparados*. Es un libro precioso. Contiene un análisis profundo de la intimidad espiritual de la Congregación de las Hermanitas y de la propia Santa Fundadora. A primera vista podría decir alguien que el autor se empeña demasiado en querer analizar lo que la Santa deseó y pidió a sus hijas, como si ya hubiera tenido presentes muchas de las cosas, que decimos hoy como consecuencia de las reflexiones que hacemos a la luz de lo que el Vaticano II dijo y lo que se viene diciendo en medio de las crisis producidas con sus luces y sus cruces. Pues sí. Admito que el autor se empeña en conseguir esa especie de acomodación. Pero afirmo igualmente que no es artificiosa ni inventada, sino

fundada en la realidad de los hechos, tal como se van produciendo desde el momento inicial de la fundación.

En el Decreto *Perfectae caritatis*, del Concilio Vaticano II, la Iglesia señaló el retorno a las fuentes de cada congregación, como el mejor camino para superar las crisis y seguir adelante con fidelidad al carisma inicial, y procurando las acomodaciones necesarias a lo que la marcha de los tiempos va señalando. Jesucristo, el Evangelio y el carisma de la Madre Fundadora son las fuentes de la Congregación de las Hermanitas con un fin específico: “El servicio a los ancianos abandonados o desamparados de ayuda y protección”.

Todo cuanto se dice hoy para explicar mejor lo que se pretende vivir – espiritualidad de encarnación, atención personalizada, alegría en el trato, sencillez y pobreza en la propia vida, comunitariedad gozosa en la hermandad, aprecio creciente de lo que significa la cruz en nuestra vida, mansedumbre y prudencia en el trato de las Hermanitas entre sí y en la atención a los ancianos, sentir de Iglesia y concepto de ésta como lo que es, la madre que nos engendra y la luz que nos guía–, todo ello está en la vida de las Hermanitas desde que empezaron a existir.

Escribo estas líneas muy cerca del Noviciado de las Hermanitas, de Patencia, donde el autor fue prior de la Comunidad de padres dominicos y pudo por lo mismo tratar y conocer a fondo lo que eran estas Hermanas, las jóvenes y las mayores. Hoy son veinte novicias, que, unidas al Noviciado de Valencia, forman un grupo de unas cuarenta, españolas y americanas. La misma alegría, la misma austeridad, el mismo deseo de redimir a los ancianos pobres tanto en las de la ciudad del Turia como en las del Río Carrión. Lo mismo las de ayer que las de hoy. Llegan también a sus manos los escritos de la Santa Fundadora como los documentos y comentarios más valiosos que se producen hoy. No hay desviaciones. No hay temores. Sólo un deseo inmenso de hacer el bien.

PARA HACER EJERCICIOS DEL ALMA

Prólogo para el libro del P. Lázaro Fraile, de la Orden del Cister, titulado «Ejercicios espirituales», 1999.

Conozco hace mucho tiempo al Rvdo. P. Lázaro, cisterciense, autor de este libro. Y antes de conocerle y tratarle personalmente, oí hablar mucho de él y de su extraordinaria competencia en los cargos que ocupaba.

Este es un libro de Ejercicios Espirituales, lo cual quiere decir que el libro y el que lo use son o se hacen aptos para hacer Ejercicios del alma, del espíritu cristiano. El libro ayuda desde el silencio de sus páginas impresas, y el que lo usa se ejercita a sí mismo leyendo, meditando, aplicándose a sí mismo lo que ha leído y meditado para ver lo que encuentra como respuesta a las preguntas que se hace, según lo que medita o lee. El resultado normal es una transformación del sujeto ejercitante –el que se ejercita–, que es movido por la gracia de Dios a una auténtica conversión, en que la luz expulsa las tinieblas del pecado.

Es el libro de los Ejercicios Espirituales, de San Ignacio de Loyola, el que el P. Lázaro ha estudiado con profundidad. Expone diversos temas de los que San Ignacio nos ofrece y añade otros que merecen ser considerados en el silencio y el retiro de unos días de Ejercicios. Reflexiones dogmáticas muy claras, normas de vida moral cristiana, detalles de lo que da de sí la vida humana, meditaciones sobre el pecado, la confesión, el pecado venial y sus consecuencias para la vida espiritual, los misterios de la vida de Cristo, la fe... etc. Y todo presentado con un lenguaje accesible y acomodado al tema que está tratando, con breves narraciones históricas, que fijan la atención del lector, o versos que conmueven a quien los lee de diversos poetas como Lope de Vega, Pemán, Amado Nervo...

Merecen alabanza también los dibujos que presentan los temas, originales del notable pintor Lara Gallardo, tras los que se adivina un pincel finísimo que lleva consigo una perfecta adecuación entre el tema que se expone y la realización pictórica del mismo.

Felicito cordialmente al P. Lázaro y envidio el lugar de la Trapa de Jacona, a donde acuden tantos hombres y mujeres de esas comarcas de Michoacán (México). La voz del P. Lázaro resonará con fuerza en la capilla del Monasterio cisterciense de Ntra. Señora de Curutarán; y unas veces el gozo del amor a Dios, y, otras las lágrimas de quienes sienten el dolor del arrepentimiento, moverán a unos y a otros a presentar su vida y harán que afloren los más nobles sentimientos de quienes por encima de todo quieren servir a Dios y ser dignos ciudadanos de su patria.

Mártires de la persecución religiosa

LA LECCIÓN DE LOS MÁRTIRES

Prólogo de la obra «Mártires de 1936», del P. Antonio de Lugo, 1977.

He aquí un pequeño libro, escrito para mantener vivo un recuerdo, que merece el respeto de todos.

El autor, Fr. Antonio de Lugo, monje jerónimo, nos presenta hechos de muerte y de vida correspondientes a aquella Guerra nuestra, que tanto tuvo de cruzada y de simple guerra civil, de explosión enfurecida y de anhelo vivísimo de una España mejor.

Muchos de los que murieron son mártires de su fe, sin que empleemos esta palabra en el sentido teológico y canónico oficial, que tiene. Olvidarlos sería tanto como una injuria a ellos, una condenación de nosotros mismos. Y obrar así por cobardía o por miedo a hablar de su muerte ante las exigencias de la reconciliación nacional, sería todavía mayor ofensa. Porque los que se reconcilian lo hacen dándose la mano que tienen, no otra. Mutilada o completa, vieja o joven, con estas o aquellas señales, son las manos las que hay que estrechar, sin desfigurarlas con vergonzantes gestos, ni ocultarlas con guantes rebuscados. Hemos de reconciliarnos tal como somos y como hemos sido, con lo que tuvimos y con lo que perdimos, buscando entre todos, un futuro mejor.

Si nosotros nos olvidamos de los que murieron por Dios y por España, la historia nos pedirá cuentas y nos acusará de ultraje a su memoria.

Ellos, los que murieron en las circunstancias que evoca el autor, son los primeros reconciliados y reconciliadores. Perdonaron y pidieron perdón. Ofrecieron sus vidas para que nunca más se repitiera la tragedia que los llevó hasta la muerte, y con el deseo de que quedaran para siempre eliminadas las causas, que dieron lugar al conflicto.

El recuerdo de aquellos mártires es eso, recuerdo y lección. El Padre Lugo no pretende otra cosa al presentarnos en estas páginas la narración de aquellos hechos. La tarea de los políticos, de los educadores, de los sacerdotes, de todos los padres de familia es construir una España sin odios ni rechazos. Tan difícil como lograrlo, así es de hermoso intentarlo siempre.

Los que murieron interceden ante Dios por nosotros y por todos. Y los que estuvieron unidos a ellos por los lazos de la sangre, de la amistad, o de las afinidades de pensamiento y de conducta, han perdonado también, porque saben que, si no lo hicieran, sus mártires amados se lo reprobarían.

Aquella sangre y este recuerdo deben servir para que, madurados por el sufrimiento y el amor, nos respetemos tal como somos y luchemos sin violencia

por la defensa de esa fe, de la que ellos dieron testimonio, y por el engrandecimiento de nuestra Patria española. Otros lucharán también por otra fe y con otras aportaciones, que les dicte su amor a España. Estas divergencias, cuando son lícitas, cooperan al mismo fin. Pero una cosa hay a la que no podemos ser nunca indiferentes los que creemos en Cristo y en su Iglesia: es el valor del sentido cristiano de la vida en los individuos y en los pueblos. Los mártires, de quienes aquí se habla, fortalecen con su ejemplo esta convicción.

Febrero 1977

UN SACERDOTE MÁRTIR

Presentación del folleto «Un sacerdote mártir, Federico Martínez Uriarte», escrito por el P. Constantino Martínez, 1988.

He leído el folleto titulado *Un sacerdote mártir, Federico Martínez Uriarte*, escrito por el P. Constantino Martínez, O.P., en el que se contienen las notas biográficas, que hacen referencia al sacerdote de ese nombre, nacido en 1898 y muerto víctima de la persecución religiosa en 1936. Pienso que se trata de un sacerdote ejemplar, en el que brillaron grandes virtudes.

Se distinguió ya como seminarista por su piedad, obediencia y abnegación.

Ordenado sacerdote en 1928, cuando tenía 30 años, ejerció su ministerio sacerdotal en Repélagu (Portugaletu) Vizcaya, núcleo obrero muy dominado por las organizaciones marxistas. Trabajó con celo infatigable, siempre sacerdotalmente, libre de todo condicionamiento político, totalmente entregado a sus tareas pastorales en un trabajo continuo y agotador.

En aquel ambiente general tan áspero y difícil, en que tuvo que vivir desde 1929, fue a la vez muy querido por los fieles, rechazado, perseguido y odiado por los enemigos de la Religión, que no podían permanecer indiferentes ante la fecundidad de vida apostólica de aquel sacerdote. Él no quiso apartarse de su campo de acción pastoral; y cuando le hablaron del peligro a que se exponía con su comportamiento tan profundamente religioso, contestaba, como un día dijo a su madre: “No se apure, madre, si hay que dar la vida, la daremos”. Todo indica que en su interior iba arraigando cada vez más la idea del martirio, que podía llegar en cualquier momento y que él aceptaba.

Cuando por fin estalló la dolorosa guerra civil española, D. Federico fue detenido y encarcelado y así permaneció, ayudando y consolando a todos, y nunca pidiendo nada para sí mismo, hasta el día en que fue fusilado simplemente por ser sacerdote y sacerdote ejemplarísimo.

Recibió la muerte con toda dignidad, con humilde entrega a la voluntad de Dios, con total oblación de sí mismo.

Toledo, 6 de febrero de 1989.

MÁRTIRES DE LA DIÓCESIS DE ÁVILA

Prólogo de la obra de Andrés Sánchez Sánchez «Pasión y gloria de la Iglesia abulense», 1987.

Escribo estas líneas movido por sentimientos de veneración y respeto a la memoria de los sacerdotes de la diócesis de Ávila, que murieron por amor a Jesucristo y a la Iglesia en los trágicos días de 1936. Quince de ellos regentaban parroquias, que hoy pertenecen al Arzobispado de Toledo.

El autor del libro, don Andrés Sánchez, Canónigo Archivero de la catedral de Ávila, ha realizado un benemérito trabajo, que hemos de agradecer todos, por lo que tiene de servicio a la historia y de proclamación del heroísmo, con que dieron testimonio de su fe los que perdieron su vida por defenderla y propagarla. En su día recorrió los lugares donde ocurrieron los hechos que se narran, habló con quienes conocieron a las víctimas, y a veces a los asesinos, captó los sentimientos de las gentes del pueblo, que fueron testigos impotentes de la persecución desatada, y redactó después con pluma serena y dolorida la crónica conmovedora, que ahora sale a la luz.

Cuando estas parroquias de Ávila pasaron a pertenecer a la Diócesis de Toledo se sintieron unidas enseguida por los lazos de la fraternidad cristiana con las de nuestro Arzobispado, no sólo por la fe común y las costumbres, sino también por la sangre de los sacerdotes “mártires”, que se incorporaba a la que habían derramado más de trescientos ministros del Señor en tierras toledanas. Humanamente hablando, ¡qué espantosamente inútil carnicería y qué barbarie! Pero a la luz del misterio de la Iglesia, –signo de contradicción, como Jesucristo, en el mundo–, ¡qué torrente de energías del espíritu al servicio del Evangelio! Este libro, como los que en su día escribió don Juan Francisco Rivera sobre el martirologio de Toledo, servirá también para que los sacerdotes que hoy van destinados a aquellas o a estas parroquias, alimenten su capacidad de abnegación pastoral y sacrificio constante con el recuerdo no lejano de esos otros, que entonces murieron, cuyas firmas pueden encontrar en los libros parroquiales de aquellos años, si es que el vandalismo destructor se detuvo a las puertas de los modestos archivos que los guardaban.

La Guerra española tuvo mucho de cruzada en defensa de la fe, tanto por lo menos, como de enfrentamiento social y de odio político entre hermanos llevado hasta la desesperación. Los historiadores y los sociólogos han escrito infinidad de páginas sobre el gran drama, y se esfuerzan por explicar los acontecimientos según los criterios que adopten como fruto de sus análisis personales. ¡Qué cómodo es hacer esto años después, no obstante la dificultad que supone un estudio riguroso y documentado! Me refiero sobre todo a los que tratan de dar su versión inapelable, con sus enjuiciamientos e interpretaciones, en las que tantas veces se interfieren modos de pensar de hoy con los hechos que sucedieron ayer. Seguirán haciéndolo, sin duda, porque es vocación irreprimible de los hombres cultos reflexionar sobre la historia de sí mismos y de sus pueblos, y más de una vez, cuando se unen en el historiador la rectitud de espíritu con la competencia científica, podrán ofrecernos lecciones provechosas, extraídas de la amplia y fundada visión general por ellos alcanzada.

Admitido esto de buen grado, pienso que es absolutamente necesario acercarse a los hechos individualizados y concretos y narrarlos tal como sucedieron, para que no se pierda el valor de los mismos entre la fronda de las reflexiones subjetivas. Cuando se habla de los más de siete mil sacerdotes asesinados en nuestra Guerra, surgen enseguida referencias a la inadaptación de la Iglesia española a los tiempos, su beligerancia en el campo de la política, su separación de la clase obrera, la alianza con los ricos, etc., con lo cual se incurre en graves inexactitudes, en tópicos que impiden un juicio sereno, en parcialismos apasionados. Y se pierde valor de los hechos, que terminan por ser olvidados en fáciles consideraciones, a las que se inclina el gusto de quien escribe o habla.

La muerte violenta de tantos sacerdotes españoles, y aun de muchos seglares católicos en aquellos días, tiene características propias y singulares: el odio a la fe por parte de quienes mataron, y el testimonio espléndido en favor de esa fe por parte de quienes murieron. Aceptación humilde de la persecución, confianza en Dios, fortaleza ejemplar, perdón y amor a sus propios enemigos, fueron actitudes que brillaron con singular esplendor en aquellos buenos pastores del Pueblo de Dios a la hora de ser arrancados de su grey para condenarlos a muerte ignominiosa. Este es el valor de los hechos, que la Iglesia no puede olvidar, porque son el obsequio que ellos, hijos suyos, ofrecieron a Jesucristo, el primer mártir, a quien quisieron imitar con amor innegable.

De ahí el interés de un libro como este del Archivero de la Catedral de Ávila. A lo largo de estas páginas el autor nos invita, con frecuencia, al logro de una plena y sincera reconciliación entre todos los españoles. Para conseguir ese clima reconciliador sería tan injurioso como vano sepultar en el olvido las lecciones de vida, que con su muerte nos dieron los sacerdotes de tantas diócesis de España. El autor, en una admirable introducción al libro, fija los criterios que le han guiado: nada de polémicas, nada de consideraciones políticas, ningún ataque o impugnación a nadie; que hablen los hechos, esto basta.

Se podrá decir que no hubiera habido tantos “mártires”, si antes hubiera habido muchos más apóstoles de la Doctrina social de la Iglesia. Bien. ¡Se pueden decir tantas cosas con posterioridad a los hechos, y en relación con cualquier acontecimiento de la historia...!

Pero, ¿quién no inclinará su frente y cerrará sus ojos, cegado por tanta luz, cuando contempla la muerte de ese Párroco de Almendral de la Cañada, don José Sainz Rodríguez, de 35 años de edad, y cuando vea el comportamiento de sus hermanas con el que le asesinó? ¿O ante el sacrificio del Coadjutor de Oropesa, don Nicéforo Pérez Herráez, “lidiado” en el patio del castillo, que convirtieron en plaza de toros, y ultrajado en su cuerpo con saña infernal y de la manera más inverecunda imaginable? ¿O cuando don César Eusebio Martín, también de Oropesa, ordenado sacerdote sólo cinco años antes, se vuelve a los milicianos que iban a fusilarle, y exclama: Que Dios os perdone, como yo os perdono? De él dijo después su madre: “Mi hijo se pasaba aquellos días leyendo historias de mártires y rezando. Expresaba muy anhelantes deseos de ser uno de ellos. Por eso, no opuso resistencia alguna, cuando llegaron los milicianos a buscarle”.

Y así tantos otros, que nunca hicieron daño a nadie, que amaron a todos, que predicaron el Evangelio como mejor supieron y pudieron hacerlo, que creyeron

en Jesucristo hasta el final, que sirvieron a la Iglesia y a la sociedad, a esta suya y nuestra patria española de ayer y de hoy, tan fácil para olvidar, para cambiar, para acusar.

DIEZ DOMINICOS, MÁRTIRES DE LA FE

Prólogo a la obra del P. Felipe Castro, O.P., titulada «Diez testigos de la fe», 1991.

“No puedo definirlo yo. No tengo autoridad para ello. Es determinación que corresponde a la Santa Madre Iglesia, y al juicio de ella lo someto. Pero hay muchos hechos, que revelan paladinamente que nuestros religiosos, como los trece obispos, como miles de sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares fueron asesinados sólo y únicamente “*in odium fidei*”, por odio a la fe.

Con estas palabras inicia el capítulo preliminar de su obra *Diez testigos de la fe* el P. Felipe M^a Castro, O.P., vallisoletano de pura cepa, antiguo seminarista del Seminario diocesano de Palencia, y desde los 18 años dominico de cuerpo entero; y yo me sumo al trabajo con sumo gusto, haciendo la presentación del mismo. Pienso, como lo han interpretado los dos prestigiosos censores de la obra, que se trata de “un trabajo del mayor interés tanto por el tema en sí, como por la exposición que del mismo se hace”.

Se ha hablado mucho de lo ocurrido en aquellos años terribles de 1936 a 1939 en España. El mismo P. Felipe M^a Castro, a instancias del Provincial de los Dominicos entonces, M.R.P. Fr. Tomas Perancho O.P., terminó y publicó el libro *Mártires dominicos de la cruzada española*, que dejó sin acabar el famoso P. Luis Alonso Getino, O.P. Otros sacerdotes, religiosos y religiosas han publicado también estudios, relatándonos el horrible calvario vivido por hermanos suyos en religión.

Pero... ¿está todo dicho? Por supuesto que no. Queda mucha tarea por hacer y quedan muchas cosas por contar, como puede ser la de presentar a los cristianos de hoy, y a los que nos sigan, ejemplos vivos e incuestionables de firmeza en la fe y de fidelidad al amor al Evangelio. También hoy necesitamos verdaderas vivencias de fe y de religión, testimonios vivos de fidelidad a Cristo y a su Santa Iglesia, y ello lo tenemos inequívocamente, en los miles de personas, que sólo y únicamente por esta causa, dieron su vida en los años 1936 a 1939.

El P. Felipe M^a Castro O.P., convencido de ello, ha querido exponernos la ejemplaridad sobresaliente de alguno de sus hermanos en religión. Son 157 los dominicos, que fueron inmolados en aquel tremendo holocausto. De casi todos ellos ha llevado el Proceso de Beatificación y Canonización, como vicepostulador, el P. Felipe. Para esta obra que tengo el gusto de presentar, ha elegido los diez dominicos asesinados en Asturias. Es el primero de los procesos de esta persecución religiosa, que llevó la Orden de Predicadores a Roma; constituye el martirio de estos diez religiosos un hecho extraordinariamente conmovedor; y piensa el P. Felipe que vale la pena poner en conocimiento de todos cuanto antes estas páginas gloriosas de la historia de la Iglesia y de la Orden en España.

Nosotros nos felicitamos de esta aportación, una obra que, como ha dicho alguien, “está escrita con gran vigor narrativo”, “cuya lectura es deliciosa en contenido y en forma, produciendo un gozo inmenso tanta bondad y heroísmo

en estos mártires”; y en “la que se trasluce un contacto vivo con fuentes inmediatas a los hechos, que se narran, y a las personas que los protagonizan”.

Por todo ello, al tiempo que felicitamos al P. Felipe M^a Castro por tan encomiable trabajo, nos complace repetir las palabras de S.S. Pío XI, en la audiencia concedida a 500 españoles, el 14 de septiembre de 1936, y después de conocer el Papa las penalidades sufridas en zona roja: “Todo esto es un esplendor de virtudes cristianas y sacerdotales, de heroísmos y de martirios; *verdaderos martirios en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra*”.

A nadie se ofende por recordar estos testimonios. Al contrario, todos podemos aprender mucho en nuestro propio beneficio y de la sociedad española. A nosotros en la Iglesia nos asiste el derecho y nos urge el deber de procurar la gloria de los que murieron, porque eran discípulos de Cristo. Ellos ya hablaron y ahora no hacen otra cosa que alabar a Dios en el cielo. Sigue vivo el amor con que murieron. Nosotros no pensamos en el odio con que los mataron, aun cuando hayamos de narrar los hechos que sucedieron, para conocerlos y para meditar en los motivos que los produjeron.

24 de junio de 1991

EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA

Prólogo del libro «Mártires de Almería», de J. A. Bernabé, 1994.

Va quedando atrás la memoria de tantos hijos de España y de la Iglesia, que en los días turbulentos de la persecución religiosa de nuestra Guerra civil dieron su vida en testimonio de su fe. Mas no se perderá nunca del todo su recuerdo. Al menos, generalizado y global. La Iglesia, con las beatificaciones ya declaradas, ha recogido la ofrenda que ellos hicieron y la ha puesto junto a su corazón, como una madre dolorosa, que da cobijo con su amor agradecido a los que antes le dieron a ella el obsequio mayor, que podían poner en sus manos, para que ella lo elevase hasta el trono de Dios: su propia vida.

En el futuro, cuando en la acción litúrgica, en los catálogos de los beatificados, en las crónicas y santorales de la Iglesia de España se recuerde explícitamente a unos, habrá lugar para recordar implícitamente también a muchos otros, que fueron igualmente testigos. Y el pueblo cristiano, que siempre ha alimentado su espíritu venerando a sus mártires, al reflexionar sobre los que le son propuestos, venerará también a tantos y tantos otros de nombre desconocido, que cayeron sobre la tierra ensangrentada como granos de trigo que morían para dar vida y fecundar a otros.

Toledo fue una de las primeras diócesis de España en que, gracias al trabajo de D. Juan Francisco Rivera, se escribió la historia detallada de los sacerdotes mártires. Sumados a los de Toledo los que eran hermanos nuestros de Diócesis, aunque pertenecían a otras provincias, más los que ahora lo son, aunque entonces no lo fueran (zonas de Ávila), pasan de 500 los que murieron, perdonando a quienes tan cruelmente y tan ciegamente les arrancaron sus vidas. Ente ellos está el Párroco Arcipreste de Huéscar, D. Francisco Martínez Garrido, y su Coadjutor, D. Aquilino Rivera Tamargo.

¿Qué habían hecho ellos para ser llevados al holocausto? Nunca el mal, siempre el bien; nunca predicaron el odio, siempre la paz y la concordia; nunca dejaron de prestar su ayuda a los que más lo necesitaban, siempre tendieron su mano y abrieron su corazón a unos y otros, a ricos y a pobres, a practicantes y alejados, a niños y ancianos. La historia de este Párroco y este Coadjutor es semejante a la de tantos y tantos de los pueblos de España, en que juntos la serena madurez del Párroco experimentado y el brío juvenil del que comienza a recorrer su camino pastoral, unen su palabra, sus catequesis, sus visitas a enfermos, su administración de sacramentos, instruyendo, bendiciendo y amando.

He hablado y escrito en diversas ocasiones de nuestros mártires y espero que puedan ser honrados por la Iglesia con tal nombre un pequeño grupo de los que, pudiendo ser tantos, se reducirán por razones obvias a unos pocos, que algo llevarán consigo de todos los demás. Me alegro de presta mi humilde servicio al reconocimiento de la gloria que merecen los mártires de Almería, entre los cuales dieron testimonio de su fe y su amor a Cristo estos dos sacerdotes de Toledo.

Toledo, 15 de agosto de 1994
Solemnidad de la Asunción de la Virgen María.

Biografías

SAN JOSÉ

Prólogo al libro «San José, del gremio de la madera», publicado por Esteban Carro Celada y Rafael Palmero Ramos, 1972.

Por todas partes lo oímos: el cristiano no puede desinteresarse del mundo que habita. Es totalmente cierto. Y también lo es que sólo podrá cristianizarlo en la medida en que él mismo sea “justo”, porque la sal da sabor y la luz ilumina. Ser o no ser justo: he ahí la gran realidad y el gran problema. Porque hay una manera única de ser justo: siéndolo a los ojos de Dios. ¿Cuál sería la visión que tendrían los sabios, los fariseos, los escribas, de la actuación de José, el carpintero de Nazaret, si hubieran tratado de preparar al pueblo ante la venida del Mesías? ¿Cuál la opinión acerca de su oficio, de su trabajo y de su vida, como participación en la historia de la salvación del reino de Israel? Seguramente le habrían despreciado, considerándolo víctima de su ignorancia y de sus alienaciones. José, un pobre israelita sumergido en el denso y opaco silencio de lo desconocido... Pero Dios no pensaba así.

San José, del gremio de la madera, un verdadero testimonio de vida al alcance de todos. Esto es lo que nos han querido poner de relieve los autores de este trabajo con su estilo tan vivo y personal, muy de nuestro tiempo y del medio ambiente, en que nos movemos. Han querido como “tiranos” de las solapas de la chaqueta y hablar con nosotros, hacernos entender y reflexionar acerca de ese San José, que todos tenemos que ser en nuestro cada día –San José del día entero–, y de ese San José que podemos descubrir a nuestro alrededor, “en la taquilla del metro, pasado mañana picando su tarjeta en el reloj automático de una gran factoría, en octubre sembrando trigo, soportando en cualquier momento sobre sus hombros un armario que lleva a tu casa, o quizá en el fontanero que te arregla el grifo del agua o te revisa el del gas, y si no, en el tendero que no te engaña o en el honrado labrador con traje de fiesta, que te habló cuando viajabas en el tren de León a Zaragoza”. Lo hacen con gracia, con erudición, con profundidad.

El libro se sitúa en una perspectiva sencillamente humana y límpidamente religiosa. Parte de la definición espontánea, intuitiva, del hombre que ama a Dios, que le honra, que le adora, que hace su voluntad: el “hombre justo”, del que siempre se habla en el Antiguo Testamento, y que en el Nuevo vuelve a aparecer precisamente para describir a San José. Hombre justo. Esto es lo importante. Ser justo con Dios, consigo mismo, en familia, con la sociedad. Un cristiano no puede ser justo más que cuando es consecuente con las exigencias de su fe.

A través de los capítulos, vamos viendo el “ser justo de José”, un obrero, un artesano, que por saber “ser” a los ojos de Dios está tan cerca del núcleo de la

Redención. De “la larga sombra de luz de San José” sabe a Iglesia de todas las épocas: su silencio es un “silencio de mil voces...”

Quiero destacar tres puntos:

1º. Es este un libro, en el que se pone de manifiesto la actuación permanente de San José. Ha sido premiado por el Centro Josefino Español, de Valladolid, en el concurso convocado para conmemorar el centenario del Patrocinio de San José sobre la Iglesia. Aplaudo la iniciativa de este concurso, porque creo firmemente en la protección de San José a la Iglesia de Cristo, y porque ¡estamos muy necesitados de “santos José” en estos tiempos nuestros!

2º. El hombre moderno –joven o adulto– puede verse reflejado en la manera de ser y de actuar del esposo de María, padre de Jesús, que lucha decididamente y sabe superar dificultades como pocos. Vida sencilla la suya, fiel, humilde, silenciosa, pero, por lo mismo, trascendente.

3º. Un valor a destacar. El que estos dos sacerdotes jóvenes, autores ya de otros libros y trabajos, antiguos diocesanos míos en Astorga, que ahora ejercen su ministerio en Madrid y Toledo, y que me invitan a escribir estas líneas de presentación, se hayan decidido a preparar en colaboración amistosa este trabajo sobre un santo, del que sólo se puede hablar orando y reflexionando en la vida oculta de Nazaret y en la cotidiana sencillez de nuestra propia vida. Alabo la conjunción de sus esfuerzos y este testimonio escrito de su pensamiento religioso.

Al escribir estas palabras hoy, festividad del Corpus Christi, y en mi diócesis de Toledo, pienso cómo adoraría a Jesús-Eucaristía San José en estos días de 1972, si estuviera entre nosotros. ¡Sabe él tanto de la presencia real de nuestro Señor!

SANTA BEATRIZ DE SILVA

Prólogo para la biografía de la Santa escrita por el P. Enrique Gutiérrez, 1976.

En vísperas de su canonización, se reimprime ahora la vida de santa Beatriz de Silva, fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepción y ligada a la hagiografía tan rica de Toledo. En esta ciudad murió y fundó su Orden y en una de sus iglesias medievales, la actual de la Concepción, reposan sus restos.

El autor es el eminente religioso franciscano, P. Enrique Gutiérrez, conocido especialista en el estudio de la espiritualidad de la Orden y de sus diversas familias religiosas, sabio y paciente director de almas, que sabe unir, para el mejor discernimiento de espíritus, la bondad de corazón, la fe hondamente vivida y la profundidad de juicio.

Beatriz de Silva es una flor de exquisita fragancia, que, a pesar de su ensoñadora lejanía, continúa exhalando su perfume virtuoso de perenne ejemplaridad.

Su vida se desarrolla, primero en Ceuta, en el Norte de África, recién conquistada para la cristiandad en 1415 por el noble portugués don Pedro de Meneses en el reinado de Juan I, y en donde, entre fragores de guerra y cantares de gesta, la nieta del conquistador, Beatriz de Silva y Meneses abriera los ojos a la luz de este mundo por los años 1424; más tarde, en la villa alentejana de Campo Mayor, de la cual su padre, don Ruy Gómez de Silva, fue nombrado alcalde por el año 1434, donde la joven luciera los años de su primera juventud; y por fin en Castilla, a cuya Corte la trajo, como dama, Isabel de Portugal al casarse en segundas nupcias con don Juan II. En Castilla, ancha y larga, le tocó convivir y sortear los avatares de la nada sosegada Corte de aquellos tiempos.

La noble virgen, emparentada con las dinastías regias peninsulares, gozó más tarde de íntima amistad con la egregia reina doña Isabel la Católica, quien amaba a la que fuera dama de su madre “no tanto por ser parienta cuanto por su santidad”¹.

Mecida la cuna de santa Beatriz en hogar de profunda raigambre cristiana, aparece como una de las almas selladas por el dedo de Dios, y ya desde niña se distinguió por su virtud y por el amor acendrado a la Limpia Concepción de la Madre de Dios.

De su proverbial belleza escribe el cronista de Toledo Pedro de Alcocer que “en hermosura, galanía y dulce conversación sobrepujaba no sólo a las otras damas, mas a todas las de su tiempo; por lo cual y por la claridad de su linaje comenzó a ser festejada y requerida de todos cuantos grandes en la Corte había”². Con tan singulares prendas físicas y morales vino a ser en la Corte la figura destacada, donde convergían las miradas de la más alta nobleza; mas ella, mujer

¹ *Vida*, I, de Toledo, c. IV.

² *Historia de Toledo*, f. 108.

fuerte, supo valorar y anteponer, en la vida palaciega, la virtud a la beldad, la sencillez a la sagacidad, el recato a la fastuosidad.

Le sonreía en aquel ambiente un porvenir de soñada felicidad. El hecho, sin embargo, de ser tan festejada y pretendida por muchos en honesto matrimonio, fue ocasión de que hubiera entre los nobles pendencias y discordias. La misma honda división de los grandes del reino, partidarios unos del Rey y otros del príncipe don Enrique, contribuyó a crear el ambiente, primero desfavorable y luego hostil, hacia la virtuosa Beatriz, que prefirió mantenerse al margen de prometidos matrimonios de magnates y optó por conservar el encanto de su virginidad en una oblación de amor sobrenatural. Y la misma Reina, que tanto había distinguido a su dama en su amor y confianza, “como estas cosas procediesen adelante –sigue escribiendo Alcocer–, llegó a noticia de la Reina, creyendo que la dicha Beatriz tenía en ello alguna culpa, la mandó encerrar en una caja de madera que para ello mandó hacer, a donde la hizo estar tres días sin comer ni beber”³.

Los testigos del proceso de canonización aducen nuevo motivo de la predisposición recelosa de la Reina, cuando declaran que “viendo la gran estimación que todos hacían de la sierva de Dios, la Reina hubo celos de ella y del Rey su marido, y fueron tan grandes, que por quitarla de delante de sus ojos la encerró en un cofre”⁴. Durante la prisión –afirman los testigos del proceso– se le apareció la Reina del cielo vestida de blanco y azul y la consoló con su presencia, y tras de consolarla y anunciarle que sería liberada, le confió el mensaje de que fundara una Orden consagrada al culto y homenaje de su Inmaculada Concepción. Como reconocimiento a tales muestras de predilección, se consagró con voto de virginidad en honor de la que era Madre y Virgen, con firme propósito de cumplir el mensaje recibido. La escena tuvo lugar en el Palacio Real de Tordesillas, cerca de Valladolid.

A los tres días, la dama encarcelada fue liberada, gracias a las gestiones de uno de sus parientes. Pero ya, tras lo sucedido, su permanencia en la Corte resultaba imposible. Y empieza en la vida de santa Beatriz una etapa, que marca un recio contraste entre el ambiente cortesano, en que había vivido, y el nuevo género de vida, que generosamente iba a seguir, instruida por la misma Madre de Dios.

Envuelto personalmente el Rey en las mallas imaginarias de los celos de la Reina, trató de ayudar como parte inocente a que la dama Beatriz, injustamente perseguida, saliera del Palacio de Tordesillas y se dirigiera a la ciudad de Toledo. Don Juan II tenía en el monasterio de Santo Domingo el Real, de Toledo, una tía religiosa llamada doña Catalina, que por estos años de la huida de Beatriz de la Corte era priora del monasterio. Aquí se dirigió con paso firme Beatriz, acompañada de conveniente séquito; y tras escalonadas jornadas llegó a Toledo y entró en el monasterio de Santo Domingo el Real, donde doña Catalina, tía del Rey, y por tanto pariente también de la noble doncella, la acogió con muestras de reconocido afecto. No llegó a Toledo con ánimo de ser religiosa de la comunidad, sino de vivir como “señora de piso” y de prepararse con ahínco para llevar a efecto la misión encomendada por la Madre de Dios.

³ *Ibíd.*

⁴ Mariana de Luna, *Proceso*, preg. III.

En este oasis de espiritualidad quiere sepultar voluntaria y generosamente su gran hermosura y juventud, sólo atenta a su propia perfección moral. No lo hace amargada por el fracaso de una vida, que a los ojos mundanos aparece bruscamente truncada, sino altamente iluminada por luz sobrenatural. Quiere ser dócil instrumento en las manos de Dios y prepararse, en fructífero y activo silencio y en la oración perseverante, a dilucidar con claridad el camino que el Señor le había trazado por mediación de su Madre santísima. Quizá ni comprendió en todo su alcance el mensaje recibido en la prisión de Tordesillas. Lo iría aprendiendo en el Monte de la Soledad, en búsqueda permanente de la voluntad divina.

El fruto llegó a madurar en el reinado de la esclarecida Reina Doña Isabel la Católica. Instada de nuevo la Sierva de Dios por impulsos sobrenaturales y en comunicación con su incondicional amiga la Reina “concertaron entre ellas que doña Beatriz saliese de Santo Domingo el Real, para que todo se pudiese mejor hacer... y con este acuerdo salió de Santo Domingo y vino al monasterio, que ahora se dice de Santa Fe”⁵. Las dos estaban fervientemente empeñadas en el mismo alto ideal.

Inocencio VIII ante la solicitud presentada por Beatriz y la Reina “y en atención también a la Reina, que humildemente nos lo pide”, accedió a la petición y aprobó la obra mariana para culto y honor de la Concepción sin mancha de la Virgen, por bula del 30 de abril de 1489. Beatriz con sus compañeras de fundación saboreó a su gusto el contenido del mensaje que recibiera en Tordesillas y ahora realizado en Toledo. A este gozo, sin embargo, siguió de inmediato y con el regusto de la miel en los labios la llamada de la sierva de Dios a la otra vida, ya que el mismo día que profesó voló a la patria de los bienaventurados. Así se ponía más de manifiesto que la Obra iniciada era Obra de Dios, no de hombres. El arraigo y la propagación de la Orden se ha realizado con la filial adhesión a la de san Francisco y bajo su tutela.

A lo largo de las páginas de este libro, escrito con dedicación, acopio de documentación y con discernimiento entre lo histórico y lo legendario, se nos muestra en estilo llano y atractivo la figura de la noble y esforzada fundadora “Doña Beatriz de Silva”. Quien lo lea podrá apreciar los contrastes tan fuertes, a que, en los planes divinos, puede ser sometida un alma grande, escogida como instrumento para grandes empresas, y reconocerá la acción de la Providencia divina, que en tiempos en que tanto se discutía el misterio de la Inmaculada Concepción, dispuso que se implantara en la Iglesia una Orden consagrada a honor del mismo misterio.

Considero digno de la mayor atención el hecho de que una mujer, tan espléndidamente dotada, en plena juventud, socialmente tan encumbrada, supiera anteponer a todo su decisión de consagrarse a Dios para honrar a la Santísima Virgen María en el misterio de su Inmaculada Concepción. El caso evidentemente no es nuevo, ni único en la historia de la espiritualidad cristiana, sino más bien frecuente. Pero ello no impide que cuando lo contemplamos, nos sintamos movidos a pensar que es el Espíritu de Dios el que dispone a las almas para estas secretas determinaciones. En Beatriz de Silva su hermosura física tan admirada por todos, fue una ofrenda de amor a la belleza espiritual de la

⁵ *Vida I*, c. V.

Madre de Dios. Después vino todo lo demás: la Orden religiosa que extiende su influencia, propaga el culto a la Concepción Inmaculada de María, logra nuevas y continuas oblacones y enriquece el místico jardín del Reino de Cristo en la tierra silenciosa y humildemente.

Con su sacrificio y ocultamiento hizo un bien inmenso a las personas de la Corte y a la nobleza española, a las que movió en el interior de su conciencia más eficazmente que mil sermones de la época. Y así pueden ser aplicadas a ella las palabras que el Concilio Vaticano II dedica a las almas contemplativas, cuando afirma que “no se hacen extrañas a la humanidad o inútiles para la ciudad terrena, porque están presentes a sus coetáneos de un modo más profundo en las entrañas de Cristo y cooperan con ellos espiritualmente para que la edificación de la ciudad terrena se fundamente siempre en el Señor y se dirija a Él, no sea que trabajen en vano los que la edifican”⁶.

⁶ *Lumen Gentium* 46.

JUAN PABLO II

Prólogo para la edición en lengua castellana de la obra del Cardenal Karol Wojtyla «Signo de contradicción», 1978.

Guardo un recuerdo imborrable de la jornada del 21 de octubre en Roma.

Por las calles, sobre todo en las zonas próximas al Vaticano, se veían grupos de peregrinos, procedentes de muy diversas partes del mundo, que habían llegado a la Ciudad Eterna para asistir al día siguiente a la misa solemne, con que inauguraría su pontificado el nuevo Papa Juan Pablo II.

Llamaban mi atención sobre todo las religiosas y sacerdotes polacos, que se habían anticipado en su llegada y acompañaban a otros compatriotas suyos en los primeros recorridos por la Plaza de San Pedro.

Gozosos unos y otros, pero no vociferantes; visiblemente identificados en su porte exterior con la firmeza de sus convicciones tan lealmente servidas; satisfechos espiritual y humanamente de que su patria amada apareciese ahora representada nada menos que en la persona del nuevo Pontífice, pero a la vez como con cierto sufrimiento interior por las condiciones en que vive la Iglesia en Polonia.

Días antes había yo hablado con el Cardenal Wyszynski. Le presenté a unos sacerdotes españoles, que querían tener el honor de saludarle. Él les acogió paternalmente con frases de cariño a su sacerdocio y a España. Les decía inmediatamente que pidieran mucho por el nuevo Papa.

Es precisamente el Primado de Polonia quien hace la presentación de este libro en la edición italiana. Breves palabras las suyas, pero caracterizadas por dos o tres afirmaciones fundamentales referidas a Wojtyla, a la Iglesia, y –¿cómo no?– a esa nación que “tiene como norma decir 'sí' únicamente a Dios, a la Iglesia y a su Madre”.

Al pedirme el Director de la BAC que escribiese unas palabras como prólogo a la edición española, que ahora ve la luz, no he vacilado un instante. Porque es un honor y una satisfacción hacerlo. He pensado en las preguntas que muchos comenzaron a hacerse cuando conocieron la elección del Papa venido de Polonia: ¿Cómo es su vida interior, el don más precioso de un cristiano y por consiguiente también de un Papa? ¿Cuáles son los ejes de su espiritualidad personal, en torno a los cuales giran sus pensamientos, las vibraciones de su alma, su visión del misterio de Dios y de Cristo, de la Iglesia, del mundo, del hombre?

Mucho van diciendo ya sus homilias y discursos, sus gestos y actitudes, en estas primeras semanas de su pontificado. Se le puede conocer también por algunos libros y escritos suyos, que están siendo divulgados.

Pero he aquí que disponemos de un instrumento precioso. El libro que el lector tiene en sus manos, responde mejor que ningún otro a las preguntas anteriores.

Contiene las reflexiones que expuso el entonces Cardenal Wojtyla en los Ejercicios Espirituales, que predicó al Papa Pablo VI y a los prelados de la Curia romana en la Cuaresma de 1976. En una ocasión como esta ni se improvisa, ni se dice lo que uno no haya sido capaz de sentir y vivir como alimento de su alma.

Wojtyla oró mucho antes y durante los Ejercicios; abrió su mente y su corazón con confianza de sacerdote y con respeto de hijo y de hermano; y acertó a exponer ordenadamente una síntesis de pensamiento, doctrina y vida espiritual, que teniendo por destinatario inmediato al Pastor supremo de la Iglesia y a sus colaboradores, es a la vez una meditación sobre la Iglesia misma y su presencia en el mundo en la misión que ella tiene, de servirle amando y sufriendo. ¿Acaso un Papa puede santificarse, finalidad a la que ayudan unos Ejercicios espirituales de Cuaresma, si no es por este camino de servicio a la humanidad desde el centro mismo del Corazón de Cristo, sufriendo y amando como Él y como la Iglesia, siendo también en una palabra signo de contradicción?

La doctrina de este libro es densa y profunda, pero está expuesta con tanta piedad, con tanto amor a la Iglesia y al hombre, que se apodera fácilmente del alma del lector y le obliga con suavidad a pensar y contemplar. No hay aridez, ni sequedad, ni abstracción. En cada tema se percibe la vibración del corazón pastoral de un hombre entregado. Y no es el menor encanto de su lectura poder percibir la extraordinaria riqueza de pensamiento bíblica, litúrgica, filosófica, teológica, social, que fluye sin esfuerzo. Pocas meditaciones tan aptas como éstas para entender bien la pastoralidad del Vaticano II, ese concilio del que tantas veces se dice que ha sido eminentemente pastoral sin comprender lo que ello significa.

Tiene un secreto este libro, que no sé desvelar: Y es que ofreciendo reflexiones tan a propósito para el Papa que las escuchaba, sean éstas a la vez tan aptas para todo hijo de la Iglesia, para todo hombre o mujer, que viviendo en el mundo aman y quieren fortalecer su fe y su esperanza cristianas.

Quizá sea porque están todas ellas centradas en el misterio de Cristo y flanqueadas por la presencia de la Virgen María, referencia evangélica insoslayable también, cuando se habla del “signo de contradicción”. ¡Qué belleza espiritual cobra el paisaje, cuando, como aquí, se hace sentir tan profunda y piadosamente la presencia de María junto a Cristo y la Iglesia, en esos que llamamos misterios del Rosario!

Me contaba un día en Roma, durante el conclave, un Cardenal italiano, huésped durante una semana del Arzobispo de Cracovia en su palacio arzobispal hace unos años, que al entra en la capilla privada del palacio, vio una mesa con algunos objetos de escritorio. Pronto supo que ello se debía a que el cardenal Wojtyla tenía la costumbre, según le dijeron, de escribir los guiones de sus homilias y discursos religiosos precisamente en la capilla, en ambiente de oración. Conocemos también otro dato muy revelador, que apareció en un periódico de Roma en esas fechas de octubre, a que me he referido al principio. Un periodista entrevistaba a la mujer que durante años había cuidado de la vivienda privada del Cardenal Wojtyla desde antes de ser obispo. Pudimos verla

todos, cuando recibió la comunión de manos del Papa en la solemne ceremonia de la Plaza de san Pedro. “Rezaba mucho”, dijo a las preguntas del periodista. “Algunas veces le he visto postrado en tierra en su capilla, con el rostro pegado al suelo. Pasaba largos ratos allí, aun con el frío del invierno. Pero, ¿por qué digo yo estas cosas?” Y la buena mujer enmudeció como arrepentida de lo que podía parecer una indiscreción.

No lo era, ciertamente. Ni tampoco pretende nadie, y menos yo, al divulgar estos hechos, hacer un mito de la figura del Papa Wojtyla. No lo necesita él, ni lo necesita la Iglesia. Lo único que pasa es que nos gusta saber que el Papa es así. Seguramente algunas o muchas de estas meditaciones y conferencias están pensadas y escritas en la capilla, junto al Señor sacramentado, junto a alguna imagencita de la Virgen María de Czestochowa. No faltaría tampoco un ramo de flores frescas, que la humilde mujer ponía cada día en el altar. Las cultivaba el mismo Wojtyla –se nos ha dicho– en el jardín del Arzobispado.

Noviembre, 1978.

EL PENSAMIENTO DE JUAN PABLO II

Prólogo para la obra «Antología del pensamiento de Juan Pablo II», de José María Alsina, 1979.

No hay más remedio que plantearse en estos años, que estamos viviendo los hijos de la Iglesia católica, si queremos ser fieles o no a las enseñanzas, que como padre y maestro viene ofreciéndonos incesantemente el Papa. Ya lo hizo Pablo VI durante su pontificado, y después, en muy corto espacio de tiempo – pero con qué conmovedora capacidad de penetración– Juan Pablo I. Hablo de éstos por ser los más cercanos. Los anteriores, Juan XXIII, Pío XII... también hablaron y escribieron sobre la Iglesia y los problemas de su tiempo. La luz que derramaron unos y otros no se ha extinguido.

Ahora, sin embargo, está sucediendo algo muy singular. La palabra del actual Pontífice, Juan Pablo II, está siendo acompañada de una orquestación vital-pastoral tan poderosa, que arrastra a las muchedumbres y las hace sentirse como empujadas por un fuego de Pentecostés. La palabra de Juan Pablo II es un auténtico golpe al corazón y al pensamiento de quienes la escuchan y aun de los que simplemente la leen en los periódicos de cada mañana o cada tarde, en que es recogida.

Pues bien, es necesario que examinemos esa palabra alejados del fuego y del torrente, que la meditemos con serenidad para que no se nos vaya envuelta en el oleaje de sentimientos de gozo, de sorpresa, de entusiasmo, que despierta, cuando es pronunciada o leída bajo la presión del momento.

Tiempo, tiempo para meditar esa palabra, es lo que yo ofrecería, si pudiera, como el mejor regalo a los hombres de hoy, a los católicos, a los que no lo son, siendo cristianos, a los agnósticos también, es decir, a todos, porque todos estamos necesitados de la fe y la esperanza, que la palabra del Papa promueve con vigor increíble.

Esta compilación de textos, preparada por el Dr. Alsina, profesor de la Universidad de Barcelona, en el Departamento de Ética y Sociología, miembro activo de la “*Schola Cordis Iesu*” constituye un notable acierto, empezando por la división que hace del magisterio del Papa actual en cinco grandes bloques de la mayor importancia, sobre los cuales Juan Pablo II ha lanzado al espacio la luz de su enseñanza y la vibración calurosa de su vida apostólica.

Dios, el hombre y la historia, la Iglesia y la evangelización, el sacerdocio y la vida religiosa, familia y educación, María Madre de Dios y Madre de la Iglesia... son los temas que han merecido la atención del compilador.

Esto facilita grandemente la reflexión y la posibilidad de tener una síntesis ordenada y coherente de lo que el Papa viene repitiendo sobre aspectos tan fundamentales de nuestra vida de fe de hoy, en la Iglesia de hoy, en la sociedad de hoy.

Basta ya de interpretaciones abusivas y enfermizas del concilio Vaticano II, que tanto daño han hecho al Pueblo de Dios. Es urgente la respuesta clamorosa de

los hijos de la Iglesia católica a lo que nuestro Padre en la fe nos está diciendo. La Iglesia –escribe el Dr. Canals– que tenía una fe arrugada, contra la voluntad de su divino Esposo, ha recuperado la frescura de su vida desde los días de Juan Pablo I, el alegre y misterioso precursor; y cada día que pasa del pontificado de Juan Pablo II, ese frescor es cada vez más vivo y contagioso.

Estoy seguro de que la lectura sosegada de los documentos, que se recogen en este libro ayudará a disipar las tinieblas que aún quedan, y a que brille más intensa la luz de las nuevas auroras.

TERESA DE JESÚS, TESTIGO DEL AMOR DE DIOS

Prólogo del libro del P. Felipe M. Castro, O.P., titulado «Teresa de Jesús, testigo excepcional del amor de Dios», 1980.

Santa Teresa de Jesús ha llegado a ser universalmente querida y respetada. Todos encuentran en ella motivos suficientes para las alabanzas, que nacen del amor, y para la estimación admirativa, que dictan la devoción y el respeto a su figura incomparable. ¿Quién que conozca su vida o lea sus escritos dejará de sentirse prendado por el encanto inimitable de su estilo, por la simpatía de su carácter humano, por su tremenda veracidad y lealtad, por su maravilloso ser de mujer entregada y consagrada a Dios como Esposo y amor de su vida diaria? Sus cualidades humanas y la intensidad de su amor a Dios son un poderoso imán, que atrae a todos y en todas las épocas.

La autobiografía de Teresa de Jesús, todos sus escritos, su obra de fundadora y reformadora, sus actuaciones son la historia real y palpitante del enamoramiento de una mujer por Cristo y de la plenitud de su matrimonio espiritual. “Si una labradorcilla se casase con el rey y tuviese hijos, ¿ya no quedan de sangre real? Pues si a un alma Dios Nuestro Señor hace tanta merced, que tan sin división se junta con ella, ¡qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heroicas podrán hacer allí, si no fuera por su culpa!”¹. Y como por su culpa no quedó, Su Majestad nunca se cansó de darle, “porque no contento con tenerla hecha una cosa consigo –por haberla convertido en Sí–, comienza a regalarse con ella, a descubrirle secretos, a holgarse con que entienda lo que ha ganado, y que conozca algo de lo que tiene por dar”².

El autor de este libro ha querido acercarse a la verdad íntima de Teresa de Jesús, a través de la realidad objetiva, que puede biografiarse desde múltiples aspectos. Él ha escogido, con acierto, algunos de los más peculiares en esta gran hija de la Iglesia. El de fundadora y reformadora, porque “estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios, y quieren poner a su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia”³. Teresa reformadora y fundadora, porque daría mil vidas por salvar una sola de las muchas que se pierden.

O el de la gran riqueza de su capacidad intelectual, pues Teresa de Jesús es una de las grandes figuras de la literatura universal, creadora de metáforas y de imágenes de una penetración, belleza e intuición difícilmente igualables. Su pedagogía de la oración, que la ha convertido a lo largo de los siglos en madre espiritual de tantos hijos, y sólo por esto hubiera sido ya una figura excepcional en la Iglesia de Cristo. Su intrepidez y firmeza de espíritu, basadas en su conocida “determinada determinación”. La disciplina ascética de sí misma, por

¹ *Meditaciones sobre los Cantares*, cap. 3: en *Obras completas de santa Teresa*, BAC 1967.

² *Camino de perfección* 56, 1.

³ *Ibíd.*, 1, 5.

el deseo de vida realmente libre y valiosa, empleada en el servicio del Reino de Cristo. Su forma de vivir la realidad sagrada y divina de la Eucaristía, “*mysterium fidei*” para todo ser humano y plenitud infinita en ella, porque la captó con la fe y la vivió con las exigencias del amor. ¡Qué fuerza en sus descripciones de los deseos de recibir a Cristo, “pasaría por lanzas”⁴, y en sus éxtasis, después de haber recibido al Señor! ¡Lo que hizo, de hecho, Teresa de Jesús para que hubiera un sagrario más en el mundo!

El espíritu mariano de santa Teresa también es recogido por el autor como nota esencial de la verdad íntima de su espíritu, el amor a “la Madre”, porque quiso Dios que Ella cobijara a Jesús en lo más profundo de su ser durante toda la vida y en el momento de la muerte, en que, asociándola a su Pasión, se coloca a su lado y acepta la nueva maternidad universal. Y, por último, como motor y consecuencia de toda la vida de esta gran mujer, su condición de apóstol: “No me escogisteis vosotros a Mí, antes Yo os escogí a vosotros, y os destiné para que vayáis y llevéis fruto” (Jn 15, 16). Teresa de Jesús no habló en su propio nombre, relató la historia del amor de Dios hacia ella. No es su propia “ciencia” y “experiencia” las que le inspiran, estaba llena de Cristo, saturada de Él. Cristo era el contenido de su vida y ella lo daba, porque el Señor la escogió para ello.

Todos los que queremos a santa Teresa agradecemos al P. Castro esta obra sobre la gran santa española, y su nueva edición con motivo del IV centenario de su muerte. Con él también nuestro espíritu canta la gloria de Dios y como “el inteligente y fervoroso padre Fray Domingo Báñez decimos: en ella está Dios y yo le adoro”.

Nunca pasará de moda santa Teresa de Jesús. Ella ha sabido revelar los secretos del alma humana de todos los tiempos en su aspiración a poseer la verdad de Dios; y lo que hay de específico en su condición de religiosa, tanto en su vida como en sus escritos, está vivido y narrado por ella con tan prodigiosa sinceridad y poder de persuasión, que –es cierto– el que se acerca a ella se acerca a Dios.

Toledo, 8 de diciembre de 1980.

⁴ *Vida* 39, 20.

JUAN PABLO II, FE Y CONVICCIÓN HECHAS VIDA

Artículo de presentación de los folletos sobre Juan Pablo II, redactados por José María Javierre y publicados en Sevilla, 1981.

En el Papa Juan Pablo II veo ante todo un valor fundamental: Se ha propuesto, y en gran parte lo ha logrado, conseguir que renazca en la Iglesia el poder de su convicción interna, como fuerza de salvación del hombre en el mundo actual. Sin cruzadas de ningún tipo, la Iglesia está muy necesitada de que su vigor y energía interiores sean profundamente sentidas por quienes pertenecen a ella. Esto ya lo resumió el Papa en el primer mensaje, que dirigió al ser elegido sucesor de san Pedro, mensaje que muchos calificaron, con toda razón, como de la fidelidad.

En la misma idea ha insistido en sus dos grandes encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*, y en muchos discursos. ¿Cómo se devuelve a la Iglesia la fuerza de sus convicciones? Con la fidelidad, fermento insustituible. ¿Para qué está ante todo la Iglesia? Para transmitir la fe y ayudarnos a vivirla con gozo.

Aún recuerdo con profunda alegría las impresiones del cónclave, en que fue elegido Papa con el nombre de Juan Pablo II el que hasta el 16 de octubre de 1978 era Cardenal Carlos Wojtyla, Arzobispo de Cracovia. En el celebrado mes y medio antes, los Cardenales entramos con una visión muy clara sobre cómo debería ser el nuevo Papa, pero el resultado último y la convergencia de votos tan copiosa a favor del cardenal Luciani fueron una sorpresa llena de gozo.

Cuando entramos en el cónclave del 15 de octubre de 1978 la mayoría de los 111 cardenales no pensábamos en el Cardenal Wojtyla, aunque nadie lo excluía. Todos lamentábamos la desaparición prematura del Papa Luciani, de su estilo y de su talante. La noche última del cónclave, el Cardenal Bertoli me decía: “Esta mañana estábamos todos con las caras largas y confundidas y sin embargo cómo se ha hecho la luz durante el día”. “Son los caminos de Dios –contesté al hoy Cardenal Camarlengo– los que nos llevan por donde más conviene a la Iglesia”.

El Primado de Polonia, Cardenal Esteban Wyszynski, tuvo una emotiva alocución por los micrófonos de Radio Vaticana, al día siguiente de que fuera elegido Papa Juan Pablo II. Por la autoridad que dan a este Cardenal sus grandes méritos, contraídos por el largo y ejemplar servicio prestado a la Iglesia, así como por el trato íntimo que ha tenido muchos años con el que hoy es Sumo Pontífice, transcribo un párrafo de dicha alocución, que refleja muy bien el estado de ánimo del Colegio cardenalicio y el ambiente de aquellos días.

“Entre el grupo de cardenales se buscaba un hombre de fe viva, de plegaria ardiente, de pastoral dinámica; un hombre bueno, bondadoso, cordial, sensible, a través del cual se pudiera ofrecer al mundo el amor de Dios. Este deseo era tan general y tan fuerte, que ha superado la barrera de cuatro siglos y medio de tradición en la Iglesia; la barrera de la lengua y de la nacionalidad. Parecía difícil superarla, tanto para los cardenales como para el pueblo romano. Sin embargo, la elección del Cardenal Wojtyla para la Cátedra de Pedro ha resultado natural y

sencilla, del mismo modo que ha sido cordial y espontánea la acogida por parte de los romanos. Así se ha puesto de manifiesto el espíritu de viva fe y esperanza, que anima a la Iglesia, y que le ha hecho superar lo que parecía insuperable en estos tiempos de creciente nacionalismo”.

Antes de entrar en aquel cónclave, yo había buscado datos concretos sobre el cardenal Karol Wojtyla, a quien conocía personalmente y con quien yo había tratado en ocasiones diversas. Llevé conmigo al cónclave el libro *Signo de contradicción*, que contiene los Ejercicios espirituales que en 1977 el entonces Cardenal de Cracovia había dirigido a Pablo VI y a la Curia romana.

Inmediatamente después de que su autor fuera elegido Sumo Pontífice, este libro fue traducido por la BAC al español. Se me encargó que hiciera el prólogo a la edición española y en noviembre de 1978 escribí:

“En cada tema se observa la vibración del corazón de un hombre entregado. Y no es el menor encanto de su lectura poder percibir la extraordinaria riqueza de pensamiento bíblica, litúrgica, filosófica, teológica, social, que fluye sin esfuerzo. Pocas meditaciones tan aptas como éstas para entender bien la pastoralidad del Vaticano II, ese Concilio del que tantas veces se dice que ha sido eminentemente pastoral sin comprender lo que ello significa”.

“Tiene un secreto este libro, que no sé desvelar; y es que, ofreciendo reflexiones tan a propósito para el Papa que las escuchaba, sean éstas a la vez tan aptas para todo hijo de la Iglesia, para todo hombre o mujer, que, viviendo en el mundo, aman y quieren fortalecer su fe y su esperanza cristianas”.

“Quizá sean porque están todas ellas centradas en el misterio de Cristo y flanqueadas por la presencia de la Virgen María, referencia evangélica insoslayable también cuando se habla del ‘signo de contradicción’. ¡Qué belleza espiritual cobra el paisaje, cuando, como aquí, se hace sentir tan profunda y piadosamente la presencia de María junto a Cristo y a la Iglesia, en esos que llamamos misterios del Rosario!”.

Estas palabras, que escribí hace dos años largos, las vuelvo a firmar ahora muy gustoso. El mayor conocimiento que tengo, de la vida del Papa y el seguimiento asiduo de la doctrina, que viene predicando de forma incansable por todas las partes del mundo, han aumentado la admiración hacia su persona y la adhesión al Magisterio del Vicario de Cristo, a la vez que su ejemplo constituye un estímulo de servicio total a la Iglesia, la cual hoy como ayer, pero ahora de forma visible por medio de Juan Pablo II sigue siendo de modo admirable Madre y Maestra, y continúa cumpliendo con su misión de ser “sal de la tierra y luz del mundo”.

Febrero de 1981.

SAN JOSÉ, PATRIARCA DEL PUEBLO DE DIOS

Prólogo para el libro del Dr. Francisco Canals Vidal, titulado «José, esposo de María y protector del Pueblo de Dios», 1982.

Es un honor para mí y una satisfacción profunda prologar la obra que el Dr. Canals ha presentado en la Facultad de Teología de san Paciano, con el título de *José, esposo de María y Patriarca del Pueblo de Dios*.

Un honor, porque de todos es conocida la figura de este seglar benemérito, filósofo heredero de nuestra mejor tradición metafísica, que ha tenido siempre el acierto y, diríamos, el don de saber unir la piedad sencilla del Pueblo de Dios con el rigor de la investigación más depurada y exigente.

Y una satisfacción, porque siempre lo es para un Obispo, servidor y maestro del Pueblo de Dios en la fe, encontrar una obra de teología, que ha querido ser precisamente un servicio a la fe de la Iglesia, al *sensus fidei*, que en ella alienta. Ha sido un acierto, a mi modo de ver, partir de la fe que el Pueblo de Dios profesa a san José, para encontrar las raíces de esa misma fe en las fuentes teológicas. Diríamos que estamos de lleno en lo que se dio en llamar método regresivo: avanzar desde la fe actual de los creyentes, para buscar sus fundamentos en las fuentes de donde procede. ¡Qué lejos estamos aquí de la teología racionalista, que todo lo quiere dirimir con el análisis frío e implacable de la razón! Aquí se siente y se goza de la fe honda de la familia cristiana, a la vez que de la reflexión rigurosa y profunda. El primer mérito de esta obra es el de ser una teología al servicio de la fe del Pueblo de Dios.

Al examinarla, inmediatamente nos damos cuenta de la certera intuición que la ha inspirado. Siguiendo las huellas de santa Teresa y el pensamiento teológico de Suárez, el Dr. Canals trata de superar la visión de san José, que tiende a presentarlo simplemente como esposo de María en una acción respecto a Jesús, que podríamos calificar de mediata y pasiva. El Dr. Canals, en este caso, ha querido mostrar la función eminentemente positiva y directa, que san José ha ejercido en su solicitud paternal sobre Jesús; y que, según las declaraciones de los últimos Papas, sigue ejerciendo sobre la Iglesia, al igual que lo hizo sobre la familia santa de Nazaret.

En efecto, el enfoque que tiende a presentar a san José como mero esposo de María y simple observador mudo de los acontecimientos de nuestra salvación, olvida que san José encarna las promesas hechas a los patriarcas del Antiguo Testamento. No podemos silenciar que san José aparece en el Evangelio como “varón de la casa de David”, en cuyo entorno nace, crece y se desarrolla Nuestro Señor. La figura de san José aparece así como la culminación de las promesas de Dios a los patriarcas, heredero de Abrahán y de David, que arropa con su fe y su obediencia paternas, el nacimiento y la vida de Nuestro Señor. Es verdad que José no fue padre de Jesús como María fue la madre, pero su función paternal hay que ponerla en relación con el orden hipostático, es decir, como una función positiva respecto de la Encarnación y el cuidado de la vida de Jesús, llevada a cabo mediante la activa solicitud de un padre y una virginidad, que lejos

de ser pasiva es inseparable de la virginidad de María, ya que ambas nacen de un mismo deseo compartido en obediencia a los planes de Dios.

Si José no engendró carnalmente a Jesús, le engendró en el ejercicio de una solicitud paternal, en la que todo es servicio obediente y fe sacrificada. En José se realizan las promesas anteriores de Dios. Es la voz del Antiguo Testamento, la voz de los patriarcas, que prepara la llegada del Mesías; y es también la voz del Nuevo Testamento, que sirve al Mesías con un amor como el de un padre, y que vive del mismo Mesías por medio de la fe.

Ha sido también un acierto del Dr. Canals el haber examinado el cambio, que en este sentido ha experimentado la liturgia de san José en la nueva reforma. La liturgia, que es un *locus theologicus* privilegiado, ha pasado de la representación de san José como esposo de María a la visión de san José como aquel en quien se cumple lo que Dios venía prometiendo, y que recibe la misión de ejercer una función paternal singularísima.

La fe de los fieles, que saluda a san José como patriarca, y las declaraciones de los Papas, que ven en aquel que protegió y cuidó de la familia de Nazaret, el *Protector Ecclesiae*, ha encontrado en la liturgia su justa correspondencia, y en esta tesis del Dr. Canals la más adecuada y servicial fundamentación.

Quiera Dios que aparezcan cada vez más entre nosotros trabajos de este tipo, que vengan a servir a la fe del Pueblo de Dios; fe que cada uno de nosotros, desde nuestro puesto particular dentro del Cuerpo místico, tenemos que proclamar con vigor y devoción. Que el santo Protector de la comunidad cristiana, que fue presentado por Juan XXIII como guía seguro del Concilio Vaticano II, cuide y bendiga a nuestra Iglesia en esta hora tan delicada y tan llena de esperanza, si nos decidimos a vivirla con la fe y la docilidad, de que él nos dio ejemplo. Hacen falta teólogos que investiguen y que a la vez sean hombres que recen y acepten con gozo lo que hay de misterio y de luz en la humildad de un Dios encarnado, que podía llamar padre al carpintero de Nazaret.

Toledo, marzo 1982.

LA MADRE MARAVILLAS DE JESÚS

Prólogo para la obra «Por las sendas de la caridad de Jesús», preparada por JFM, 1984.

Hacía falta este libro, no obstante las diversas biografías que se han publicado sobre la M. Maravillas de Jesús. Necesitábamos ante todo verla a ella tal como era, no sólo tal como la han descrito los que la conocieron y la amaron, en cuyas obras se nota el esfuerzo hecho para reconstruir su figura, precisamente para no faltar a la verdad.

Aquí es más fácil todo. Se ve a la Carmelita Descalza en su convento con sus hermanas y sus hijas, en su oración y sus trabajos, en sus deseos más íntimos y en sus manifestaciones externas, aconsejando y dirigiendo, ofreciendo a Dios y a la Iglesia todo cuanto tenía, amando siempre, impulsada por la fuerza de una caridad inextinguible, que fue el secreto de su vida.

En este libro, si alguna vez se habla de las fundaciones de la M. Maravillas o de las delicadas atenciones de índole social para con el prójimo, a que la movía su amor a todos, es como de pasada, con lo cual el lector no se aparta de la contemplación del paisaje que se le quiere ofrecer: la rica interioridad de aquella alma privilegiada.

Esto es precisamente lo que buscábamos muchos. Queríamos saber cómo era la M. Maravillas en el normal y diario desarrollo de su existencia, en sus motivaciones interiores, en su fe y su piedad, en lo que daba y lo que pedía a sus hijas, en la salud y en la enfermedad, en sus preocupaciones, cuando las tuvo, y en su total y serena entrega a la voluntad de Dios.

Pues bien, en este libro vemos a la M. Maravillas hablar y actuar tal como era, o por decir mejor, la vemos sentir y vivir. Quien ha escrito este libro ha podido tener a la mano el abundantísimo epistolario de la Madre, a la que conoció y trató personalmente, y ha recogido de viva voz los testimonios de muchas religiosas que igualmente vivieron con ella.

El lector se ve envuelto poco a poco, casi sin darse cuenta, en la atmósfera vital de la biografiada, y percibe sus pensamientos y deseos, sus afanes y sus luchas, su ternura y su decisión, su desprendimiento y su capacidad de entrega, su claridad de juicio y su humildad, su seriedad de propósitos y su disponibilidad a las llamadas de Dios según iban manifestándose.

Lo que brilla en la vida de la M. Maravillas es una preciosa armonía entre su modo de pensar y su norma de actuar, entre el propósito inicial y el desarrollo posterior en su existencia de monja carmelita descalza. Da la impresión de que en ella no hay nada forzado ni yuxtapuesto, sino que todo es fruto de un inmenso amor a Dios y al misterio de su voluntad divina, que se va manifestando cada día un poco más en su existencia. No hay altibajos ni vacilaciones. Todo es una marcha continuada y progresiva hacia metas más altas en su oblación llena de amor a Dios, a la Iglesia y al Carmelo. Lo cual no quiere decir que no hay en ella un esfuerzo –¡cuántas veces heroico!– para conseguir ese ritmo inalterado en su vida de unión con Jesucristo, con “su Cristo”, como ella decía. Era sincera

cuando hablaba de lo lejos que estaba de vivir plenamente lo que Dios quería de ella, de que tenía que volver a empezar, de que carecía de valor alguno lo que había hecho o dado al Señor hasta entonces. Precisamente porque amaba tanto a Dios, advertía con creciente delicadeza la propia pequeñez, que la hacía sentirse siempre descontenta de sí misma. Era humilde y sólo la humildad permite verse pequeños y pobres a los verdaderamente grandes de espíritu y de corazón.

A través de los diversos capítulos de este libro se ve la grandeza de aquella Carmelita, que sin buscar jamás su satisfacción personal, simplemente dejándose llevar por lo que su afán de mayor perfección le dictaba, y siempre tras muchas consultas a quienes podían ayudarla con la luz de sus consejos, realizó una labor fecundísima en el Carmelo, que ha tenido provechosas consecuencias de toda índole.

Ella no hizo discursos ni publicó instrucciones. Pero puso su inteligencia preclara y las grandes dotes de su voluntad recta y enérgica al servicio del ideal que llenó su vida: fidelidad a Dios, a la Iglesia, al Carmelo, a santa Teresa.

Fundó nuevos conventos, orientó a muchas jóvenes en su vocación, derramó su caridad por todas partes, no se arredró ante ninguna dificultad, hizo compatibles en sus comunidades el rigor de la penitencia con la alegría de la oblación generosa, discurrió medios diversos y seguros para fortalecer la vida espiritual de las monjas, las atendió solícita en sus enfermedades y necesidades materiales, y sobre todo supo crear un estilo de vida profundamente teresiano, que hizo de los conventos de la Asociación de Santa Teresa de Jesús, aprobada por la Santa Sede, palomarcicos del siglo XX, que en nada desmerecieron de los que Teresa de Jesús había erigido en su tiempo.

De este modo, la M. Maravillas acertó, anticipándose en mucho, a llevar a la práctica lo que el Concilio Vaticano II pidió a las órdenes y congregaciones religiosas, y ayudó a vivir a sus hijas y hermanas las rectas orientaciones, que, en aplicación de los decretos conciliares, fueron apareciendo posteriormente.

Cuando estimó que en el ejercicio de la libertad que la Iglesia concede a sus hijos, debía manifestar su sentir respecto a determinadas disposiciones o sugerencias, lo hizo con dignidad y abiertamente a quien correspondía, siempre dispuesta a aceptar lo que la legítima autoridad quisiera al fin señalar. Y precisamente por su confianza en la Santa Sede y por la experiencia única que tenía, de lo que la vida religiosa estaba pidiendo en nuestro tiempo, oró y suplicó que se tuvieran en cuenta determinados aspectos de la misma y se permitiese entender la fidelidad a santa Teresa, expresada en normas y reglamentaciones de la propia santa, que seguían dando hoy tantos frutos como dieron ayer.

La M. Maravillas no se opuso jamás ni a los decretos del Concilio, ni a lo que se ha llamado después el espíritu conciliar rectamente entendido. Las grandes aspiraciones del Concilio en relación con la vida religiosa las asimiló profundamente y las vivió con toda decisión. Se negó, eso sí, —y ¡qué bien hizo!— a admitir como voluntad de la Iglesia del Vaticano II esa algarabía insufrible de juicios y criterios insensatos, que en los años posconciliares, derribando puertas y muros de monasterios y conventos, ha caído como un vendaval sobre las comunidades religiosas.

Diez años han pasado desde la muerte de la M. Maravillas de Jesús. Su fama de santidad sigue creciendo y se extiende por toda la Iglesia. Muchas religiosas, no sólo carmelitas descalzas, vuelven a ella sus ojos, buscando el ejemplo de vida, que ella nos dejó, la fuerza que necesitan para seguir adelante en su camino de consagración plena a Dios y de amor vivísimo a la Iglesia.

Creo que cuantos lean este libro, sea cual sea su estado de vida, van a sentir dentro de sí esa misma fuerza, que ayuda a captar y sentir el misterio de Dios, que llama a las puertas del corazón de cada uno.

Toledo, 15 de agosto de 1984.
Fiesta de la Virgen María a los cielos.

SANTA TERESA, PERIODISTA

Prólogo de la obra de Luis Moreno Nieto así titulada.
Octubre de 1984.

El título que Moreno Nieto ha dado a este ensayo no es tan caprichoso como podía parecer a primera vista.

Porque, en efecto, santa Teresa estuvo muchas veces pendiente de la noticia o noticias, que pudieran llegarle sobre múltiples asuntos, y siempre dispuesta a transmitir las con esa misteriosa facilidad, que tienen las mujeres para la comunicación, incluidas las monjas, aunque sean de clausura.

Concedamos, pues, gustosamente al autor de este ensayo, tan benemérito del periodismo y en concreto del que se relaciona con esta ciudad e Iglesia de Toledo, el derecho a buscar y encontrar no despreciable fundamento a su titulación en la realidad de la vida de aquella mujer, que escribió tantas cartas, dio y recibió tantos avisos, y redactó preciosos reportajes, –así lo dice el autor con disculpable licencia–, de sus fundaciones y sus experiencias espirituales.

Si en su época hubieran existido las revistas, que hoy circulan con tanta profusión, en cuyas páginas aparecen ahora memorias de famosos o famosas, es seguro que no hubiera faltado un director de talento, que se habría acercado a santa Teresa para pedirle que escribiera las suyas.

Y la santa habría accedido, si se lo hubieran aconsejado sus confesores, en la persuasión de que hacía algún bien a quienes las leyeren o a las empresas que traía entre manos.

Y, ¿quién sabe? A lo mejor hubiese respondido lo mismo que una célebre actriz americana, estrella de cine, mujer de gran sentido de la dignidad en medio de sus triunfos. Al preguntarle un periodista si se sentía embriagada de orgullo ante tantas alabanzas como le eran tributadas, contestó: “No, Dios no lee los periódicos”.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que el lector tiene en sus manos un estudio sumamente original de un aspecto de la personalidad literaria de santa Teresa, en que nadie se había fijado hasta ahora.

Felicito al autor por su “osadía”, por su intuición, y por su acierto. Él sí que es un gran periodista.

Toledo, 8 de octubre de 1984.

SAN ILDEFONSO DE TOLEDO

Prólogo del libro de don Juan Francisco Rivera Recio
«San Ildefonso», 1985.

Por fin podemos disponer de una biografía de san Ildefonso de Toledo, que nos permite conocer su figura, el ambiente cultural y religioso en que vivió, la influencia espiritual que ha ejercido, y el perenne frescor de su magisterio.

Desde que comencé mi pontificado en esta gloriosa y querida Diócesis, sentí el anhelo pastoral de dar a conocer mejor que hasta aquí, a quien veneramos como Patrono insigne de nuestra Iglesia.

Existían, eso sí, innumerables escritos dispersos en multitud de publicaciones, y breves apuntes biográficos en santorales y catálogos, artículos en diccionarios y revistas, comentarios teológicos o simplemente devotos referidos a sus enseñanzas y a sus ejemplos de vida santa y fervorosa. Pero no se había escrito el libro que nos presentase el cuadro completo de la figura, el ambiente y la época.

Ahora nos lo ofrece el Dr. Juan Francisco Rivera, benemérito investigador toledano bien conocido por los muchos estudios, que ha publicado a lo largo de su vida. Su libro obtuvo el primer premio a la mejor biografía de san Ildefonso, que se presentó al concurso abierto por nuestro Arzobispado en 1983.

Con gran maestría el autor nos sitúa en la época visigótica, a la que san Ildefonso pertenece dentro de aquel siglo VII, que fue para la Iglesia española un período de esplendor, sin rival en las naciones cristianas de su tiempo. Esta prosperidad fue obra sobre todo de magníficos obispos: san Leandro (+ 600) y san Isidoro (+ 636) en Sevilla; san Eugenio (+ 657), san Ildefonso (+ 667) y san Julián (+ 690) en Toledo; san Braulio (+651) y Tajón (+683) en Zaragoza.

Toledo, capital del Reino, era antes de la conversión del pueblo visigodo el bastión del arrianismo. Durante el siglo VI lógicamente los focos de vida espiritual y cultural están en la periferia peninsular. Basta recordar la ubicación geográfica de pastores y literatos. En Levante, Justo, Obispo de Urgel; sus hermanos, Justiniano, Nebidio y Elpidio, obispos de Valencia, Tarrasa y Huesca respectivamente; Eutropio, Obispo de Valencia; y san Donato, fundador del monasterio Servitano. En el Sur, Severo, Obispo de Málaga; Liciniano, Obispo de Cartagena; y san Leandro, Obispo de Sevilla. En el Oeste, Masona, Obispo de Mérida. En el Noroeste, san Martín, Obispo de Braga.

Pero un hecho histórico de enorme trascendencia va a trasladar de la periferia al centro el eje de la vida española. El 8 de mayo de 589, en el Concilio III de Toledo, se realiza la unidad católica de España. El heroico Masona, de Mérida, desterrado de su Diócesis en tiempos de Leovigildo a causa de la fe, preside la abjuración del arrianismo del Rey Recaredo, de la Reina y de gran multitud de nobles; y escucha la declaración de fe católica como la religión oficial del Reino. Esta presidencia de Masona parece el símbolo del florecimiento de Mérida en la segunda mitad del siglo VI. A Mérida sucede Sevilla, de la mano de san Leandro,

alma de la conversión del pueblo visigodo; y de san Isidoro, el hombre de mayor influjo en la nación.

A la muerte de san Isidoro (+ 636), la preeminencia de Sevilla pasa a Toledo. San Eugenio, san Ildefonso y san Julián, tres metropolitanos de Toledo, son hitos señeros del llamado “renacimiento isidoriano”. San Eugenio, teólogo, escriturario, músico e inspirado poeta, eleva a altas cotas el prestigio de la ciudad regia. Con san Ildefonso, la escuela toledana llega a su apogeo, continuado y aumentado unos años más por san Julián, padre de la escatología. El eminente servicio de los metropolitanos de Toledo a la nación española y a la Iglesia alcanza su cénit el año 681, cuando el canon 6 del Concilio XII otorga “al Obispo de Toledo consagrar prelados y elegir sucesores para los obispos difuntos en cualquier provincia” de España y de la Galia Narbonense.

San Ildefonso, como la mayoría de los obispos de la época visigoda, procede de la escuela monástica. Fue monje y estimado Abad del monasterio Agaliense, en los alrededores de Toledo. En calidad de tal, tomó parte en los concilios VIII (653) y IX (655), colaborando en aquellas magnas asambleas, que regularon la vida religiosa y fijaron la liturgia conocida más tarde con el nombre de mozárabe, y dictaron excelentes leyes sociales y políticas. Desde el año 589 al 694 se celebraron 26 concilios, dieciséis de ellos en nuestra ciudad, los llamados III al XVIII de Toledo. En el mismo período solamente puede señalarse uno en Italia, el de Milán; uno, en Inglaterra; y diez, en la Galia.

A fines del año 657 san Ildefonso es consagrado Obispo de Toledo.

El testimonio de su celo por la salvación de las almas encontró cauces de expresión en la enseñanza teológica sobre asuntos de mayor actualidad, entonces y hoy, en la liturgia y en los símbolos de la fe. De ahí el poderoso y benéfico influjo de su ciencia y su piedad en el pueblo cristiano.

El canon 8 del concilio VIII de Toledo, al que san Ildefonso asiste como Abad a la sazón del monasterio Agaliense, “establece y decreta con solicitud que ninguno en adelante reciba el grado de cualquier dignidad eclesiástica sin que sepa perfectamente la forma de administrar el bautismo”. Vive san Ildefonso estos afanes pastorales. Su rito son dos tratados sobre el bautismo: *Conocimiento del bautismo* y *Camino del desierto*, ambos de inestimable valor histórico y dogmático para conocer la doctrina, la liturgia y la espiritualidad del bautismo en la España visigoda. Dentro de esta literatura, *Conocimiento del bautismo* es el tratado teológico más importante sobre el tema. El misterio trinitario, tan cuidado en la liturgia mozárabe y en los símbolos de la fe, es estudiado ampliamente por san Ildefonso. Ligado al dogma trinitario desarrolla su pensamiento cristológico y en íntima unión con Cristo la doctrina sobre la Iglesia. La exposición del Credo le ocupa los capítulos 36 al 95.

Igualmente, otra preocupación pastoral le movió a escribir *La perpetua virginidad de María*. Contra tres infieles, contra los que se oponen a la doctrina de la virginidad perpetua de María empuña san Ildefonso la pluma. Es la obra cumbre del santo Arzobispo, muy leída en la Edad Media cristiana, la más difundida, la que le ha procurado mayor estima y aprecio dentro y fuera de nuestras fronteras.

La imagen de san Ildefonso recibe culto y veneración en innumerables templos de España y del mundo católico por su amor a María. Maestro de vida espiritual,

ha difundido por doquier la genuina devoción mañana en sus cuatro aspectos fundamentales de culto, amor, invocación e imitación. Jamás en la antigüedad se había exteriorizado con tanta efusión la realeza de María. Como a Reina y Señora, los cristianos, sus hijos, le rinden culto de servidumbre amorosa y filial. “Deseo para mi reparación hacerme esclavo de la Madre de mi Jesús. Para que su Hijo sea mi Señor, me propongo servirle” (cap. XII). Es san Ildefonso el primer mariólogo, que enseña y vive la esclavitud mariana.

Así lo afirmó el Papa Juan Pablo II en su discurso en el acto Mariano Nacional celebrado en Zaragoza el 6 de noviembre de 1982, con ocasión de su primera visita a España: “San Ildefonso de Toledo, el más antiguo testigo de esa forma de devoción, que se llama esclavitud mariana, justifica nuestra actitud de esclavos de María por la singular relación que Ella tiene con respecto a Cristo: 'Por eso soy tu esclavo, porque mi Señor es tu Hijo. Por eso tú eres mi Señora, porque tú eres la esclava de mi Señor. Por eso soy yo el esclavo de la esclava de mi Señor, porque tú has sido hecha la Madre de tu Señor. Por eso he sido yo hecho esclavo, porque tú has sido hecha la Madre de mi Hacedor’”¹.

Estamos seguros de que este libro ayudará a los hombres cultos y a todos los fieles católicos a conocer y valorar mejor, dentro de la historia de la Iglesia en España, una figura excelsa, que contribuyó como pocos a que el pueblo viviera la gozosa armonía de su fe.

Marzo, 1985.

¹ *De virginitate perpetua Sanctae Mariae*, 12: PL 96, 106.

MADRE CRISTINA DE ARTEAGA

Prólogo para el libro de Araceli Casans de Arteaga titulado «Cristina de Arteaga. Tras las huellas de san Jerónimo», 1986.

Escribo estas líneas en un antiguo y glorioso Monasterio de Jerónimos, el de Guadalupe, regido desde 1908 por los PP. Franciscanos de la Provincia Bética de España.

El monasterio, ya restaurado, permite al visitante de hoy admirar su grandiosidad arquitectónica, la belleza de sus claustros y jardines interiores, la armonía serena de su iglesia y sacristía incomparable. Tras la desamortización y la consiguiente dispersión de los monjes, había quedado abandonado y sometido a la depredación y la rapiña de manos avaras e ignorantes, que, junto con la acción devastadora del simple paso del tiempo y los accidentes atmosféricos, habían convertido el histórico monumento en un montón de ruinas.

El Arzobispado de Toledo, víctima también del despojo decretado o favorecido por las leyes, no pudo hacer otra cosa que conservar la iglesia y los objetos de culto, junto con la estancia en que vivieron como encargados de la Parroquia diversos eclesiásticos. Hasta que la Orden franciscana aceptó venir a vivir entre escombros, bien conscientes los frailes de que, siendo hijos de la pobreza, tendrían que ser los que allí habitasen más pobres todavía. ¡Cuántos y qué heroicos sacrificios, cuántos esfuerzos desinteresados y pacientes, qué perseverancia en las gestiones hechas llamando a todas las puertas, para impedir que nuevas ruinas cayeran sobre los restos que quedaban entre los muros enhiestos! ¡Cuánto amor a la Iglesia, a la historia de España y a la cultura para lograr lo que se ha conseguido!

¿Qué mejor evocación para escribir unas sencillas líneas de presentación de este libro, que nos ofrece la biografía de Sor Cristina de Arteaga, la M. Cristina?

Era muy necesario, porque no podemos dejar que se olvide a esta monja jerónima del siglo XX, de alma tan grande y generosa. La autora traza el perfil biográfico de la célebre religiosa con exactitud y abundancia de datos, para poder conocer sus itinerarios y sus empresas, sus amores y sus luchas, su entrega rendida a Dios y su servicio a la Iglesia, su capacidad ilimitada para atender a tantos requerimientos y a tantas esperanzas como fueron depositadas en ella. En un estilo depurado y sobrio se nos da a conocer, narrando unas veces y describiendo otras, el hermoso paisaje, en que se desarrolló la vida de Sor Cristina. La autora dice que no trata de entrar en el análisis de las profundidades interiores de aquella alma excepcional. Pero, ¿no es cierto que la interioridad se refleja también, inevitablemente, en el comportamiento exterior y en las manifestaciones visibles de una vida, cuando a ésta la rigen la sinceridad y el amor?

La M. Cristina de Arteaga dejó su alma en sus palabras habladas y escritas, en sus manos, en sus miradas, en sus pasos, en su incesante ir y venir por tantos caminos para restaurar, purificar, elevar, crear... Llegó un día en la vida de aquella universitaria, de tan ilustre apellido, para quien todo eran triunfos más

que promesas, en que, tras una ansiosa búsqueda de Dios, que tanto la hizo sufrir también físicamente, se decide a entrar en la Orden Jerónima. Lo hizo, siguiendo el consejo de quien con gran autoridad podía dárselo; y también consciente de que junto al amor de Dios y a Jesucristo, clave última de una vida consagrada, podrían ser satisfechos otros amores que bullían en su alma. Era una Orden de gran tradición española, que había prestado eminentes servicios a la Religión y a la patria; sus miembros se habían distinguido siempre por una espiritualidad centrada en la meditación de las Sagradas Escrituras y en la liturgia, por un amor grande al retiro silencioso e indispensable para la contemplación, y por una atención singular a las exigencias de la cultura antigua, y a la necesaria relación con los nobles empeños de la sociedad de su tiempo. En sus monasterios se cultivaron siempre las bellas artes, las humanidades y hasta la investigación científica.

No es extraño que Sor Cristina, tan ricamente provista de los conocimientos, que sus estudios le habían permitido alcanzar, y tan enamorada de Dios y de la Iglesia, se sintiera atraída por el ideal de vida y el amplio horizonte de posibles realizaciones, que se abría ante sus ojos, ahora simplemente presentidos por su rica sensibilidad, apenas entró en el monasterio de Santa Paula de Sevilla.

Después, años y años de entrega abnegada a la Orden, de trabajos sin fin para lograr la ansiada federación, de gestiones de toda índole para recuperar o reconstruir conventos, de viajes incesantes por toda España, de estrecha colaboración con lo que le sugerían o pedían desde la misma Santa Sede, de esfuerzos agotadores para elevar los niveles de formación y desarrollo intelectual y espiritual de las monjas, y el empeño particularísimo que puso en ayudar a la restauración de la Orden Jerónima en su rama masculina.

Sor Cristina se convirtió no sólo en la Madre de los conventos de la Federación, sino en la confidente y consejera y animadora de muchas religiosas de otras órdenes y congregaciones religiosas, que acudían a ella seguras de encontrar luz, consuelo y orientación. Oraba sin cesar, trabajaba sin descanso. Por su linaje aristocrático, del que nunca se envaneció, pues era encantadoramente sencilla y accesible a todos, por sus relaciones humanas y por su cultura, se le abrieron muchas puertas, que de otro modo hubiesen permanecido cerradas, y por todas entró para procurar el bien de los demás, olvidada de sí misma, y la gloria del Señor, como una santa Teresa del siglo XX, con quien tuvo tanto parecido.

Los últimos años de su vida, envejecido su cuerpo por enfermedades y dolencias, que con frecuencia ocultó, anhelaba ardientemente la paz silenciosa y los rayos de sol de su monasterio de Sevilla. No pudo lograrlo, porque de todas partes la llamaban. Y las cartas incesantes y las visitas y las consultas. Toda para todos.

Hasta que llegó el momento, en que ni siquiera podía escribir sus versos preciosos, que brotaron siempre de su finísima inspiración poética, como quejidos de amor al Esposo divino unas veces, como ráfagas llenas de luz sobre la grandeza y la miseria de las criaturas en otras ocasiones.

Era el ocaso. Se sentía fracasada, por no haber conseguido tanto como anheló. Pero no había tal fracaso. Atrás quedaba una vida llena de realizaciones y

merecimientos, llena de Dios, a cuyo encuentro se dirigía. Ese reproche, que se hacía a sí misma, era más bien, aunque ella no lo advirtiera, como una mística elevación de su espíritu, muy propia de los grandes seres humanos y particularmente de muchos santos, a la hora de morir. Todo les parece poco y pobre ante la cercanía del misterio de Dios que les espera.

El libro se lee con verdadera fruición. Felicito a la autora por haberlo escrito con tanta delicadeza y dignidad, sin ditirambos encomiásticos, simplemente con la justeza que pide la narración de los hechos. Se nos da a conocer la vida de una mujer extraordinaria y una religiosa, que dio a la Iglesia santa de Dios todo cuanto podía dar, que fue mucho. Sor Cristina supo sembrar y “sembrarse”. Realizó lo que había cantado con su propia lira en aquellos versos, en que habla del impulso más íntimo de su vida, versos que la juventud más limpia de España sabía de memoria en aquella época:

No quiero que sea triste mi palomar,
¡palomar vacío!
Ha de ser un río,
que al pasar, cantando, sepa fecundar
el huerto baldío.

Brindará la tierra su fruto en agraz,
otros segadores
cortarán las flores...
¡pero habré cumplido mi deber de paz,
Mi misión de amores!

Véalo el lector a través del libro.

Guadalupe, octubre 1986.

ENRIQUE DE OSSÓ, CATEQUISTA

Prólogo para el libro de Ángel Rubio Castro titulado «Pensamiento y obra catequética de Enrique de Ossó», 1992.

Han pasado ya muchos años desde que, en los de mi juventud sacerdotal, pude estudiar la figura del Beato Enrique de Ossó, fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. La estudié; y escribí su biografía en un libro que titulé *Don Enrique de Ossó o la fuerza del sacerdocio*.

Queriendo ser expresivo, pienso hoy que generalizaba demasiado al emplear términos que igual pueden ser aplicados a cualquier sacerdote, que se distinga en una determinada actividad, como él se distinguió en los trabajos apostólicos que supo realizar.

Quería yo indicar que el sacerdocio intensamente vivido, en un hombre bien dotado por la naturaleza y por la gracia para el apostolado activo, tiene tal fuerza de expansión y abarca tanto, que impulsa a quien lo ha recibido a trabajar en los más diversos campos, porque todo le parece poco para su afán evangelizador.

Esto es lo que hizo el Beato Ossó, que fue a la vez escritor, organizador, fundador de asociaciones y de una congregación religiosa como la Compañía de Santa Teresa de Jesús, predicador, director de almas... y en todo se distinguió y brilló con luz propia y espléndida.

Andando el tiempo, en la homilía pronunciada por el Papa Juan Pablo II en la misa de su beatificación, le llamó *catequista genial*. Con este título se podía escribir un libro, que permitiera fijar la mirada en un aspecto concreto de su vida, y penetrar profundamente en su alma para conocer bien al menos una de las muy ricas cualidades de que estuvo dotado.

Este libro se ha escrito ya y lo tiene el lector en sus manos. El título no es exactamente el que empleó el Papa, sino este otro: *Obra y pensamiento catequético de Enrique de Ossó en su Guía práctica del catequista*, por el Dr. D. Ángel Rubio Castro, sacerdote de la Diócesis de Toledo. Enseguida puede apreciarse que se trata de un estudio serio y riguroso sobre una obra del Beato Ossó, la Guía práctica del Catequista, con reflexiones adicionales sobre otros escritos suyos. Es una tesis doctoral, a mi juicio, oportunísima, porque se investiga algo, que no se había estudiado a fondo, porque es muy de actualidad, ahora que florece como nunca el interés por la catequesis, conocer una figura sobresaliente de nuestra Iglesia en el último siglo; y porque no se trata solamente de un teórico, sino de un organizador práctico de las catequesis en su ciudad natal, Tortosa, en una época en que se apreciaban las duras dificultades de un ambiente adverso, que penetraba en los hogares y podía causar un daño irreparable en los niños y juventud de aquella zona.

El Beato Ossó meditó, escribió y luchó. He tenido la suerte de conocer de cerca a otro catequista genial, que hizo lo mismo, escribir y actuar. Me refiero a D. Daniel Llorente, a quien pude tratar en mi ciudad, que era la suya, Valladolid. Todavía hoy se habla con admiración rendida de las catequesis de la Parroquia

de San Miguel, en que D. Daniel puso en práctica con maestría insuperable lo que había escrito en sus libros de pedagogía catequística.

Don Ángel Rubio es también un maestro de la catequesis teórica y práctica. Lleva casi 20 años trabajando incansablemente en este apostolado en nuestra Diócesis de Toledo. Ha recorrido sin cesar los territorios de la amplísima Diócesis Primada para animar y estimular a sacerdotes y seglares; y ha logrado fundar más de cincuenta escuelas de catequistas, en que, tras los estudios realizados durante tres años, salen anualmente promociones de jóvenes, que colaboran ejemplarmente con los sacerdotes en todas las parroquias.

El libro que aquí estudia nuestro autor, con el rigor analítico propio de estos trabajos, es una auténtica joya. Cuando fue escrito, no existía nada parecido en lengua española. La catequesis, su fundamento bíblico y magisterial, la referencia ilustrativa a los grandes catequistas y a los principales catecismos conocidos, el contenido de la catequesis, los métodos que se pueden y deben seguir, la manera de tratar a los niños, y más que nada las cualidades y formación de los catequistas, para que su labor sea fecunda y fructuosa, etc., son capítulos de la obra de Ossó, de los que el autor recoge y presenta las principales afirmaciones, que se leen con parecido deleite al que produce la lectura de la obra original. Y es que el Beato Ossó, aun en un libro como éste de la *Guía práctica*, fundamentalmente didáctico, no sabe, no puede prescindir del calor que se percibe en todos sus escritos. Es catequista siempre, aun cuando esté hablando de cómo debe ser la catequesis. Su pluma transmite siempre los latidos de un corazón lleno de unción y de amor. Aun cuando escriba cartas – tantas y tantas como escribió– se perciben las mismas vibraciones: ruega, exhorta, impulsa, anima, da la impresión de que todo tiene que ser fácil, si se hace lo que dice o lo que pide.

Felicito cordialmente a D. Ángel Rubio por el trabajo que ha realizado en medio de tan intensas y a veces agobiantes tareas, como las que pesan sobre él en su cargo de Vicario Episcopal de Enseñanza y Catequesis. No solamente ha escrito y defendido con éxito una muy notable tesis doctoral, sino que ha dado un ejemplo elocuente de ardorosa dedicación al ministerio pastoral, que se le ha confiado; ha procurado siempre perfeccionarse a sí mismo y ha movido a muchos sacerdotes y seglares catequistas a encontrar en su labor ese gozo inefable, que se siente al ver cómo los niños y los jóvenes se acercan al Señor Jesús, le conocen y le aman.

Toledo, diciembre 1991

PRÁXEDES FERNÁNDEZ GARCÍA

Prólogo de la obra del P. Enrique Llamas, titulada «La vida mariana de Práxedes Fernández García», dominica seglar, 1994.

He leído con mucho gusto el hermoso estudio, que el P. Enrique Llamas, O.C.D., ha hecho sobre la vida mañana de Práxedes Fernández García, dominica seglar, que vivió entre 1886 y 1936, en torno a Mieres, Asturias. En época y zona tan agitadas para la fe cristiana, su testimonio brilló como una luz espléndida de Cristo. Por eso Pablo VI, tan penetrante para las cosas de Dios, hizo augurios para que “esta bella figura de hija, esposa y madre de mineros fuera conocida por el Pueblo de Dios”.

De ella han escrito obispos, cardenales y estudiosos de España, de Italia, de Francia y de América, ponderando todos la ejemplaridad de su vida cristiana. Su causa de canonización se estudia ya en Roma.

En este escrito se resalta la calidad de su vida mariana, que tanto la ayudó a su configuración con Cristo. Todas sus afirmaciones están basadas en informes de primera mano, sobre todo en los de su hijo, el P. Enrique Fernández Fernández, O.P., misionero en América. Su devoción mariana es la de siempre, pero actualizada con tanta viveza, que sirve hoy para estimular a todos para ir por María a Jesús.

En este Año Internacional de la Familia conviene que se difunda el conocimiento de esta humilde y generosa mujer española, que supo hacer de su familia una verdadera “iglesia doméstica”, trasunto de la de Nazaret. Por ella han de venir muchas bendiciones para las familias que la imiten y la invoquen.

Toledo, 31 de mayo de 1994
Fiesta de la Visitación de la Stma. Virgen María.

OBRA Y RECUERDO DE LA MADRE MARAVILLAS

Prólogo de la obra de Alberto J. González Chaves titulada «Beata Maravillas de Jesús. Destellos de su vida», 2002.

Invito al lector a que lea íntegramente el libro que tiene en sus manos. Es ameno, breve, muy bien escrito, nos da una imagen de la Beata M. Maravillas llena de humanidad, totalmente entregada a Dios, viviendo las grandes decisiones de los santos, que ella había hecho suyas, completamente suyas. En el libro se pueden apreciar no pequeños episodios o anécdotas más amplias, desconectadas unas de otras. No se trata de una colección encadenada de pequeños sucesos en el claustro de este o aquel Carmelo, por donde ella pasó o que hizo construir.

Siendo tan distintos los hechos que se narran, se percibe, al leer, como una conexión invisible entre unos y otros, que nace de que sea la misma la que los refiere o a la que se refieren como a protagonista principal.

A lo largo de todo el libro es la misma persona la que actúa, la que ora, los motivos por los que ora, la que vive sumergida en la pobreza, la que se desprende de todo, la que mortifica su cuerpo sin piedad, la que quiere conventos pequeños y pobres, la que incorpora casi literalmente a la Comunidad a los porteros, a los rústicos hortelanos, que trabajan para el convento, o goza como si se tratase de la familia, cuando hace la primera comunión un niño o niña, hijos de los pobres empleados.

Toda la Comunidad, y ella la primera, participa en la liturgia, se asocia a la fiesta y canta con fervor desde el coro, si el acto se celebra en la capilla, o desde el locutorio, mezcladas las voces y las lágrimas de emoción de las monjas y de los rudos labriegos trabajadores de la casa, y amigos o parientes que han venido a participar en el acto con alegría inefable. Las monjas con la Beata M. Maravillas han procurado con suficiente anticipación obsequiar a los comulgantes con trajecitos preciosos, que nunca pudieron ellos imaginar que algún día podrían vestir.

A través de estas narraciones se percibe la identidad entre la Beata Maravillas, convertida en una labriega del campo castellano, y la aristócrata, que puede tratar con la más alta clase social española, dentro de la sencillez y grandeza, que le corresponden. Era sencilla, sencilla, pobre, nada ostentosa, en nada presumida, portadora siempre de una auténtica cruz sobre alguna parte de su cuerpo, hecha a dormir en el suelo año tras año. Cuando murió, las que más habían tratado con ella, calcularon que llevaba cuarenta años durmiendo en el suelo, y solamente tres horas cada noche. “No hay nada comparable a mi suelo encantador”, decía.

Pero lo que más brilla en el paisaje de su vida, entre los afanes de las fundaciones nuevas, o en el sosiego de las ya existentes, y de las que podía disfrutar con más tranquilidad, era la vibración de su alma enamorada de Cristo. Sus consejos y reflexiones de la más profunda espiritualidad, su alegría insuperable, nacida y vuelta a renacer al considerar que vivía dándose toda

cuanto era y podía, comunicándose en la total donación de sí misma, desprendida del mundo.

Cuando tomaba la palabra, urgida por el ruego que la hacían, para que dijera o explicara algo que merecía un comentario suyo, inevitablemente su alma rompía toda otra evasión posible y hablaba de Cristo, de la felicidad de ser esposa suya, de la dicha incomparable, que para ellas estaba reservada en su camino hacia el cielo, donde el único trono era el amor y Cristo el único Rey.

Por último, es digna de observación la frecuencia, con que en los conventos pertenecientes a la Asociación de Santa Teresa, presidida por la M. Maravillas, se coincidía en narrar los mismos episodios, comunicarse los mismos sucesos, sentir iguales motivos de alegría o de evangélica preocupación. El autor de este libro nos dice a este propósito: “La M. Maravillas supo infundir entre sus conventos una firmísima unión. Era tal la caridad que reinaba en ellos, que casi, casi, no se consideraban más que una sola comunidad. Indiscutiblemente, el alma de todos era la M. Maravilla, a la que de manera espontánea todas, prioras y súbditas, acudían en sus necesidades. Cada convento que iba fundando, era como una chispita salida de la hoguera de su corazón. Se comunicaban incesantemente y se unían en las fiestas, se contaban sus avatares en cartas que iban y venían, se intercambiaban regalos, tan sencillos como cuajados de cariño, en esos paquetes primorosos, que sólo el amor de las carmelitas sabe preparar.”

Solamente añadiría yo que esta intercomunicación no era nunca un medio de perder el tiempo, no. Era el caudal del amor fraterno que se manifestaba así. La psicología femenina hacía lo demás.

EL BEATO ALONSO DE OROZCO

Carta de presentación de la «Biografía del Beato Alonso de Orozco», escrita por el P. Luciano Rubio, O.S.A., 1992.

Queridos sacerdotes:

Tengo mucho gusto en obsequiaros con la Biografía del Beato Alonso de Orozco, muy recientemente escrita por el P. Fr. Luciano Rubio, O.S.A. Es un libro muy documentado y muy bien hecho, como podía esperarse del autor, antiguo Superior General de la Orden de San Agustín.

Se trata de un “santo” toledano, que debe ser conocido por todos vosotros, para que lo sea también de los fieles. Es una figura extraordinaria por su vida ascética y su entrega a Dios, por sus trabajos apostólicos y su caridad ardiente, incluso por su estilo literario, que le hace ser uno de los grandes autores del Siglo de Oro español.

Para adquirir el libro y difundirlo he empleado las generosas aportaciones, que me fueron ofrecidas con motivo de mis Bodas sacerdotales.

Os bendigo afectuosamente

Marcelo González Martín,
Cardenal Arzobispo de Toledo
Primado de España
Febrero de 1992

SAN JUAN DE LA CRUZ Y SANTA TERESA DE JESÚS

Prólogo para la obra publicada por Jesús Martí Ballester con el mismo título, 1997.

Difícil trabajo, pero utilísimo, el que se ha impuesto este gran sacerdote, que es D. Jesús Martí Ballester, que está dedicado desde años a la fecunda labor de enriquecer a la santa Iglesia con almas, que nutran su espíritu en el hontanar de san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús. Conozco su obra de cerca y espero de ella una renovación, en profundidad, que ha de dar mucha gloria a Dios en su Iglesia, ya que intenta expandir por el mundo cenáculos de contemplación, que la faciliten y la pongan al día en lo accidental.

No es ningún secreto afirmar que estamos atravesando una de las más hondas crisis, que ha conocido la historia. Yo diría que nos hallamos en el punto medio entre dos eras; una, que se despide pugnando por mantener firmes sus normas, sus tradiciones seculares; y otra, que quiere abrirse paso a toda costa, renovando estructuras, cambiando costumbres y hasta, en algunos sectores, intentando poner en duda los dogmas más fundamentales. En este brusco choque entre ambas, me complace comprobar el equilibrio de la *Obra Amor y Cruz*, que en su adaptación a los tiempos actuales mantiene lo sustancial y necesario. Parece que ha intuido lo que dijo Pablo VI en septiembre de 1968 y resulta la mejor defensa de la vida contemplativa, que se ha podido dar en la situación actual.

Decía el Papa a los contemplativos: “Vuestra vocación no es anacrónica; vosotros no ocupáis en la Iglesia un puesto inútil, ¡Más bien se os es debido! Somos Nos los que tomamos vuestra defensa, los que os hacemos la apología, es la misma Iglesia la que se pone de vuestra parte. Os lo repetimos con todo el corazón: la Iglesia os estima, la Iglesia os ama, la Iglesia os guarda a vosotros... Vuestra vocación es por lo mismo tan hermosa en el concierto de alabanza, que la Iglesia eleva a Dios y a Jesucristo, su Señor y Salvador, que si antes de ahora no existiera, debería crearla, debería inventarla”.

Repetidas veces he estimulado a D. Jesús, de palabra y por escrito, en su paciente e incomprensible labor, pero indispensable para la santa Iglesia, que no logrará una renovación que valga un ochavo, si no une sus manos con estas almas, que, como san Juan de la Cruz, han poseído una mirada tan clarividente para ver y decir lo único necesario; y por lo mismo, tan hondo surco han abierto en la Iglesia y se han convertido en ella en surtidor de agua cristalina que la fertiliza.

El soplo del Espíritu Santo ha movido a D. Jesús Martí en esta línea a doblar a san Juan de la Cruz hoy. Lo hace, presentándonos de momento el *Cántico Espiritual*, maravilla de doctrina y poesía. San Juan de la Cruz fue un gran incomprensido en su tiempo y sigue siendo poco conocido en el nuestro. Esto es lo que duele al autor de este libro y no se queda en lamentos, sino que aporta su esfuerzo para ayudar a que salga del olvido y pueda ejercer un influjo mayor, que clarifique la fe de las almas.

El Doctor de las nadas es exigente. Así se le ha presentado, pero creo que es menos conocido como Doctor del Amor. Pocas obras como el *Cántico Espiritual*, que hunde sus raíces en el *Cantar de los Cantares* y en *Garcilaso*, celebran con tan sublimes acentos el amor de Dios.

La vida cristiana del Pueblo de Dios debe fundamentarse en una fe más sólida, que sepa prescindir de las apoyaturas sensibles. San Juan de la Cruz aporta materiales firmes, cimentados sobre roca, para forjar hombres de temple. La teología moderna ha de contar más con el Doctor del Carmelo, tan sagaz conocedor de los senderos rumbo a la cumbre del monte, y guía insustituible a la salida del laberinto de los apetitos hasta llegar a la unión con Dios.

Él enseña a los hombres los caminos de la contemplación: Por donde no sabes has de ir a donde no sabes. Caminos de oración, que hay que escalar con ánimo esforzado y perseverante, sin desfallecimientos, y con el decidido propósito de dejarlo todo para llegar a poseerlo todo.

Me pregunto si hay algún apostolado hoy más necesario en la Iglesia que despertar a los hombres a que adoren al Padre es espíritu y verdad. No hay otro más necesario, ni otro por otra parte, más preterido. Pero, sobre todo encarecimiento, el de promocionar a las almas ya entregadas y a Dios consagradas, a fin de que consigan esas altas cumbres de la unión mística, que las conviertan en depósito escondido en el corazón de la montaña, que alimenta sin cesar corrientes secretas que fecundan la geografía del Cuerpo Místico y enriquecen su apostolado.

El mundo de hoy acostumbra a medir el valor de las personas con el rasero de los frutos visibles, que aportan a la sociedad. En este sentido habría que pensar que los treinta primeros años de la vida del Señor no sirvieron para nada. Error funesto. Estos años de Jesús ejercieron en las almas la misma influencia santificadora que los dedicados a la vida activa. Su intensa y continua oración, unida al sacrificio de cada día, fueron raudales de gracia, que inundaron el mundo y le prepararon a la siembra de la semilla evangélica.

También la Santísima Virgen fue la gran contemplativa, que pasó su vida oculta, sin aparecer en público, dedicada a guardar en su Corazón purísimo las palabras brotadas de su divino Hijo. La oración y el sacrificio de su existencia no pudieron menos de atraer torrentes de gracia sobre las almas. Nadie habrá que se atreva a negar el fecundo apostolado de una vida toda de Dios consumida en el silencio y en la oración.

San José siguió las huellas de la Santísima Virgen, llevando intensa vida de contemplativo. Jamás apareció en público para ejercer ministerio alguno, cuando tanta necesidad había de predicación. Antes vivió oculto en el anonimato, trabajando intensamente en la obra que le confiara el Padre, sin escatimar sacrificio alguno, ofreciendo todo con corazón generoso y enamorado de Dios en beneficio de las almas.

Estos modelos son suficientes para explicar la fecundidad de la vida contemplativa, también en apariencia inútil, pero a los ojos de Dios de una trascendencia incomparable. Urge, pues, la llamada divina de despertar deseos de beber aguas claras de contemplación amorosa y sabiduría. Es urgente el deber de esforzarnos por conseguir que sean muchas en número las almas que

lleguen a la estabilidad de paz y bien inmutable, que canta admirablemente san Juan de la Cruz en sus bellísimas estrofas. Sin olvidar que a esta paz y bien no se llega sin entrar más adentro, en la espesura de los dolores y tribulaciones. “¿Ojalá todos comprendieran –diré con san Juan de la Cruz– que es imposible llegar a la espesura y sabiduría de las riquezas de Dios, que son de muchas maneras, sin entrar en la espesura del padecer de muchas maneras!”.

Bienvenido, pues, este libro nuevo de san Juan de la Cruz, que despierta ansias de desprendimiento y de deseos de los goces supremos de lo único necesario. Libro nuevo, verdadera creación, que mantiene el armazón intelectual de san Juan, conjugándolo con el aire nuevo de un soplo de inspiración actual. Sólo un corazón y una pluma, si no gemelos a los de san Juan de la Cruz, llenos al menos de amor teologal, de sensibilidad y poesía, son capaces de llevar a cabo una empresa como la que inicia D. Jesús Martí Ballester. Y estas dos cualidades se ensamblan en él, pues el autor a quien presento, tiene sensibilidad de poeta y alma de gran delicadeza. Está providencialmente preparado para realizar esta obra, que él ha emprendido con tan noble empeño, cuyas metas él mismo nos expone en su Introducción, luminosamente esclarecedora y que Dios con toda seguridad tiene que bendecir. Avalado, además este nuevo autor del Cántico Espiritual por serios estudios y formación intelectual en Valencia y Salamanca, un tiempo profesor, y con una larga experiencia pastoral desde su juventud, Arcipreste de una importante parroquia a los veintisiete años, ha seguido en ininterrumpido trabajo personal y ministerial de sacerdote. En las varias parroquias que ha regentado, su paso ha dejado no sólo iglesias reconstruidas con abnegado celo, sino sobre todo revitalización y nuevos impulsos de vida cristiana con florecimiento de vocaciones religiosas y sacerdotales.

Director de innumerables tandas de Ejercicios espirituales en las diócesis de Valencia, Barcelona. Madrid, Salamanca, Tortosa, Segorbe, Cuenca, Murcia y Albacete, posee un largo conocimiento de conductor de almas. Sabe por experiencia el gran provecho que el estudio del gran santo Carmelita ha causado en tantas almas. Y su ardiente pluma, que ha colaborado en múltiples revistas religiosas, ha encontrado tiempo, en medio de su actividad apostólica, para esta feliz, oportuna y prometedora actualización del sumo Doctor castellano. Doctor, a quien –¡ojalá lo consiga este libro!– tendrían que acudir tantos espíritus de hoy, que viven el misterio de su fe y de su apostolado entre tantas sacudidas y sutiles asedios, para que se animaran a llegar a la primavera, a la libertad filial y al amplio horizonte de la alegría espiritual. Para que se prepararan a caminar a la vida eterna.

Espléndida meta la que deseo para este libro: Que colabore a realizar con el Espíritu Santo almas consumadas en el amor cristiano, que aceleren la llegada del Reino y lleven a plenitud el ideal, que Dios trazó para el hombre, pues para este fin de amor lo creó.

Toledo, mayo de 1977.

LA MADRE DOLORES DOMINGO

Prólogo para la obra de la H. Dolores García Yagüe titulada «La valentía de la fe. M. Dolores Domingo», 1998.

Yo no sabía que la M. Dolores era así. Hablé varias veces con ella con cierto detenimiento, mucho más con sus hijas las Misioneras, y pude conocer el espíritu que alentaba en una y en otras, al gestionar con éxito la venida de una Comunidad de la Congregación a trabajar en Valladolid en unas barriadas de suburbios, conocidas con el nombre de “San Pedro Regalado” y “Barrio de España”.

La primera era una barriada nueva, que fue surgiendo en los años 50, merced al esfuerzo de los Hombres de A.C.; y la segunda, con nombre tan resonante como inadecuado, estaba formada por unas chabolas, donde toda miseria y deshumanización tenían su asiento.

Durante diez años viví intensamente todo cuanto allí se hizo para ayudar a solucionar los innumerables problemas existentes y hacer pasar de las tinieblas a la luz a hombres y mujeres, pequeños y mayores, que no habían conocido otra cosa que la degradación y la suciedad física y muchas veces moral, como consecuencia de su desamparo.

¿Qué hacían allí las Misioneras? Muchas cosas, porque eran incansables. Hablar con todos, sonreír a todos, entrar en todos los lugares, llevando auxilios alimenticios ocultos en la capa de su hábito, poner inyecciones, limpiar cuerpos y suelos, rezar cuando era posible, llorar también, que muchas veces las lágrimas, que se deslizan sobre un rostro demacrado y encuentran un beso de amor en el de aquel con quien se habla, son la mejor medicina para aliviar el dolor de los que sufren sin esperanza. Desde luego, todavía no se conocía el sida, ni circulaba la droga fuera de ciertos ambientes muy reducidos. Pero había hambre, mucha hambre, mucho frío en invierno, mucho calor en verano, y mucho miedo.

La M. Dolores había sabido infundir a sus hijas una gran fortaleza espiritual, una honda convicción de que lo que estaban llamadas a hacer tenía suma importancia en aquellos años. Ellas no pedían nada, no obligaban a nadie a rezar o a adoptar actitudes, que pudieran fomentar falsos sentimientos de una fingida religiosidad, para aprovecharse mejor de la previsible generosidad de las Misioneras. Por donde iban éstas, iban también el consuelo y la pacificación de los espíritus.

Aquella sonrisa incesante venía de muy lejos. Dolores era la cuarta hija de una familia numerosa de tierras de Zaragoza, admirablemente educada, perteneciente a los cuadros de la Acción Católica femenina, que no vaciló en entregarse a Dios, viviendo la mística del servicio a la Iglesia en medio del mundo.

Desde que se inició su juventud, fue constante en el examen de su vida con el afán de progresar más en la virtud y en la oblación de sí misma, ejerciendo sobre otras jóvenes una suave influencia espiritual, que reclamaba entrega, amor y

sacrificio. Vivió algún tiempo en Zaragoza, donde se había trasladado su familia, y gozó de las ilusiones y alegrías que proporcionan la juventud, las honestas diversiones y el amor incipiente, que, como un brisa limpia y pura, acarició su frente sin llegar a abrirse camino.

El ambiente era ya preocupante en el orden social. Son los años de la República, de un anticlericalismo feroz: Zaragoza era una ciudad muy trabajada por los grupos anarquistas; las algaradas revolucionarias eran constantes; se vivía en una tensión de continuas amenazas, desde que años atrás había sido asesinado el Cardenal Soldevila. Hasta que por fin estalló el dolorosísimo conflicto, que durante tres años tuvo sometida a España al dolor inenarrable de una guerra fratricida.

Lolita Domingo tenía 23 años. Su alma vivía ya el ardor del fuego apostólico como catequista, como joven de A.C., como enfermera en un hospital de sangre durante la guerra, como infatigable luchadora contra tantos sufrimientos, que la guerra había dejado tras de sí. La ciudad de Zaragoza se mantuvo durante el conflicto muy cerca de la línea del frente; y en ella más que en otras se vivió con particular intensidad el noble afán patriótico y religioso, que aspiraba a lograr una España nueva, en que la paz y la justicia fuesen patrimonio común de los españoles.

Lolita fue una de aquellas espléndidas mujeres –¡tantas y tantas!–, que orientaron su vida en esta dirección. Pronto llegó a ver con claridad que para actuar con eficacia era necesaria la unión de personas y medios en una especie de Fundación, que permitiría trabajar a cuantos quisieran unirse para llevar el amor de Cristo a los barrios más pobres y humildes, con el testimonio de sus vidas consagradas y con una acción apostólica bien programada, que con los hechos más que con las palabras hiciera sentir el abrazo de la fraternidad cristiana a quienes tanto sufrían.

Con ella se trasladaron a Madrid un grupo muy numeroso de jóvenes de Zaragoza y, tras diversas vicisitudes y superadas ciertas crisis muy dolorosas, de las que se da cuenta en este libro, surgió en 1944 debidamente aprobada por el Obispado de Madrid la Asociación de Misioneras de Jesús, María y José. La Directora General fue Dolores Domingo. Once años más tarde, lo que ahora era una Pía Unión pasó a ser congregación religiosa de derecho diocesano, con la aprobación de Roma. La M. Dolores seguía siendo Superiora General.

Desde esta fecha hasta su muerte en agosto de 1984 la vida de la M. Dolores fue un precioso canto de alabanza a Dios nuestro Padre y un abrazo constante de amor a los pobres, los pobres de los suburbios en concreto, sin miedo ninguno a la indiferencia o a la hostilidad de los ambientes. Su tesoro fue la cruz, porque tuvo que sufrir mucho siempre, de dolores físicos y preocupaciones humanas.

La obra emprendida era muy difícil. Sus religiosas eran mujeres jóvenes, expuestas a toda clase de peligros, necesitadas de orientaciones claras y firmes. Los dramas humanos, que tenían que contemplar constantemente y tratar de remediar en lo posible, exigían de ellas una mezcla de intrepidez y de equilibrio solamente alcanzables mediante una espiritualidad muy fuerte y cultivada.

La M. Dolores se cultivó a sí misma siempre con su oración constante, con su confianza en Dios, con sus mortificaciones, con la consulta a sacerdotes y

religiosos prudentes, con su fe y su obediencia a la Iglesia, leyendo y meditando las enseñanzas del Papa y de los obispos. Y así cultivada, vivía entregada, además de a tantos trabajos de viajes y fundaciones, a lo que su delicada conciencia le pedía para cuidar bien de sus hijas. A partir del Concilio Vaticano II brotó incontenible en la Iglesia española un movimiento reformista muy explicable, si se quiere ser benigno; y alocado, si se atiende al misterio de lo que es la Iglesia; muy horizontalista, si se quería ser “progre” y moderno; muy lamentable, en gran parte, por las consecuencias dolorosas que produjo.

Las Misioneras, por su juventud, por su contacto con los alejados de la Iglesia, por la tentación que podría hacerlas sucumbir a apostolados más radicales, estuvieron expuestas más que nadie a dejarse llevar por los nuevos hallazgos, aunque ellas mismas se perdieran. No fue así. Y en términos generales hemos de decir que la Congregación se mantuvo con toda dignidad fiel a sus compromisos, sin que las facilidades para desviarse sumieran a sus hijas en la perplejidad y la vacilación. Surgieron nuevas vocaciones y se multiplicaron las fundaciones en España, en África, en América. Hemos de reconocer que ello fue posible, en gran parte, gracias a la profundidad de espíritu y la capacidad de dirección de la M. Dolores, compatibles con su sencillez y su humilde, pero ardiente amor a Jesucristo.

No se puede olvidar tampoco la atención que prestaron a las Misioneras hombres ilustres de la Iglesia de Madrid, empezando por el Obispo Mons. Eijo y Garay, y sus colaboradores de Curia más cercanos, sobre todo de Mons. Bueno Monreal, que se prolongó durante los años en que fue Cardenal Arzobispo de Sevilla.

Aun así y después de que en 1967 la Congregación pasó a ser de derecho pontificio, no pudo librarse totalmente de los desórdenes de pensamiento y de actuación apostólica, como doloroso tributo que tuvo que pagar a los años atormentados del post-concilio. Ello hizo sufrir mucho a la M. Dolores, que, además, tuvo que padecer constantemente a lo largo de su vida enfermedades físicas, que se traducían en insomnios y jaquecas frecuentes.

En 1984 llegó al fin la llamada de Dios. Un cáncer implacable fue devorando su rostro y garganta en medio de atroces sufrimientos. Ella lo ofrecía todo a Dios y pedía a sus hijas que fueran fieles. En la fase última de su enfermedad ningún día dejó de celebrarse la misa en la capilla de la casa, para que ella pudiera seguirla. En la tarde del 21 de agosto, hacia las 8:20, mientras se celebraba el sacrificio eucarístico, la M. Dolores con su rostro tumefacto y medio deshecho, la que tanto había amado y sufrido, como otro Cristo que entregaba su espíritu al Padre, dejó de existir.

Al terminar mi reflexión para el prólogo, que me ha sido pedido, vuelvo a decir: Yo no sabía que la M. Dolores era así. Es decir, su encantadora sencillez y su humildad ocultaban las virtudes que poseía y no dejaban conocer fácilmente el inmenso bien que hizo en su vida y la grandeza de alma, con que Dios quiso adornarla. El lector de este precioso libro, lleno de testimonios elocuentes, sencillo también, pero admirablemente escrito y ordenado, podrá comprobarlo.

Noviembre de 1997

SAN JOSÉ, EN LA POESÍA ESPAÑOLA

Prólogo a la obra de don Laurentino Herrón titulado «San José en la poesía española», 1999.

Para escribir un libro como este, se necesita tener mucho amor a la Iglesia, al pueblo cristiano, a la piedad de los que tienen fe y, por supuesto, a san José y a los santos que se han distinguido por su amor a san José, como santa Teresa, san Bernardino de Siena, y a los poetas como Lope de Vega, Valdivielso, Gómez Manrique, Verdaguer...

Si el autor hubiera querido hacer una antología de poesía josefina sin más, le hubiera bastado hacer una recopilación de textos, seguidos unos de otros, cuyos autores hablasen de san José al dictado de su fantasía; y lograría, gracias a ese método, una presentación copiosa y muy llena de cuanto los poetas españoles podían ofrecernos como obsequio a nuestro deseo de conocer la belleza de su inspiración.

Pero el Dr. Herrán no ha optado por ese procedimiento. Él se ha imaginado que va a escribir la vida de san José y señala los diversos capítulos, de que se compone esa vida, y en cada uno de ellos vierte lo que los poetas han dicho sobre el bendito Patriarca a propósito de lo que allí se trata, o simplemente lo que aparece como dicho con referencia al mismo.

Los capítulos de lo que sería esa vida aparecen simplemente como una exigencia del orden de la redacción, que el autor trata de seguir, para dar claridad a la prolongada exposición, que va a hacer, de lo que los poetas han dicho sobre san José, desde sus oscuros orígenes hasta las excelencias que le hacen brillar con luz propia y ser declarado Patrono de la Iglesia universal.

Tome el lector las páginas que dedica a hablar de la “Adoración de los pastores” y sentirá el encanto de los versos, que van cayendo de la pluma de Lope de Vega, como perlas desgranadas de un collar.

Pastores, ¿no dirá siquiera alguno
de su esposo José alguna cosa
en tiempo de loar tan oportuno?
Cuando alabáis de Jericó la rosa,
¿es mucho que digáis que esta doncella
Es del casto José Virgen esposa?
Cuando decís que es pura, intacta y bella,
decir que Dios escoge un hombre puro,
que sirva de ángel para estar con ella.

Y así continuamente, a lo largo de toda la obra, van brotando como de un surtidor oculto las alegrías y las esperanzas, que se convertirán en gozos inefables, según avanza la realización de las promesas y el fluir de los años, durante los cuales se mueven las figuras de José y María en los distintos tramos de su vida.

De Lope de Vega es también lo que uno de los pastores dice dirigiéndose a san José:

Y vos, divino José,
viejo santo venerable,
padre de Dios putativo,
ayo de este tierno infante;
virgen, cuya gran pureza
fue digna de que la Madre
del mismo Dios se le fíe
y que la regale y guarde.
Plega a Dios que le veáis
gran letrado y estudiante,
maestro y legislador
de una ley, que todos guarden.
Supuesto que ya lo es
el Niño desde el instante
de su pura concepción,
y lo mismo que Dios sabe;
que podrá ser que algún día
buscándole por las calles
le halléis entre los doctores
maestros en las sacras artes.
Presentes pobres traemos,
niño Dios en pobre traje;
mas bien sabemos de Dios
lo que estima voluntades.

No puedo dejar de referirme, siguiera sea brevemente, al capítulo introductorio, muy interesante para percibir lo que se ha escrito sobre san José, antes de que aparezca en la poesía el tema josefino.

El *humus* de la gran poesía josefina en España

La palabra *humus* quiere decir superficie, que cubre la tierra como polvo vegetal, donde pueden caer semillas que germinarán sin duda.

Escritos breves y más amplios, alusiones, alabanzas y ponderaciones de san José, de autores como san Jerónimo, san Beda y san Bernardo, san Agustín, las consideraciones sobre san José del Canciller de la Sorbona, Gerson, la vida de la Sacratísima Virgen María, del Caballero valenciano Miguel Pérez (1488), la *Vita Christi*, de Fr. Hernando de Talavera, el que fue Arzobispo de Granada (1428-1507), la *Vita Christi*, del cartujano, etc., etc., son libros que unidos con otros de los que habla el autor, referidos más directamente a Cristo o a la Virgen María, facilitan a los que vendrán después, convertir en poesía y poesía josefina lo que los primeros habían escrito en prosa.

El libro, como el lector puede apreciar, está escrito con suma corrección literaria. El autor tiene fama bien ganada de su capacidad para escribir, pues lo ha hecho constantemente. Todavía hoy se habla, en el Seminario de Palencia, de sus años

de profesor de literatura, en que sus alumnos se distinguían de los de otros seminarios por su dominio de la lengua y el conocimiento de autores clásicos y modernos. Solía decirse que con D. Laurentino Herrán como profesor no se editaba en España ningún libro, que no fuese pronto conocido y juzgado por lo que suponía su aportación a la producción literaria del momento. Mucho me alegraría yo hoy de que sucediera lo mismo con éste sobre san José, y que muchos padres de familia que llevan su nombre, y muchos hombres de Iglesia que así se llaman, se gozasen en conocer lo que de san José han dicho los mejores poetas de España.

22 de agosto de 1999

RUFINO VILLALOBOS, EJEMPLAR SACERDOTE

Prólogo para la biografía «Don Rufino Villalobos, escritor y orador sagrado», original de don Joaquín Jiménez García, 2000.

Cuando Rufino Villalobos llegó a Comillas, procedente del Seminario de Plasencia, yo estaba en mi última etapa de preparación para el sacerdocio, que ya veía al alcance de la mano. La frase puede pasar únicamente para significar un corto espacio de tiempo, que mediaba entre lo que se deseaba y lo que se veía venir, uno o dos años como máximo. Cualquiera otra significación que se le diera sería inadecuada, porque ¿quién podía tener al alcance de su mano, tan pequeña, un don personal tan grande como el que con el sacerdocio se recibía?

Pero éramos felices en aquel bendito Seminario de Comillas. Felices, porque éramos conscientes de que progresábamos, recorriendo un camino, que cada vez no situaba más cerca de Jesucristo; y con ayuda de hombres como el P. Nieto, el P. Delgado, el P. Quevedo, etc., nos sumergíamos cada año más en la profundidad de un misterio sagrado, que nos atraía con fuerza, ante el que nos rendíamos por amor. La sangre de nuestra juventud hervía con generosa donación intencional, pero no derramaba sus ricas energías con un inútil esfuerzo, que desperdiciase el anhelo de aprovechar más y más lo que se nos ofrecía.

Rufino Villalobos dejó de pasar inadvertido enseguida. No tenía afán ninguno de presumir de nada; tampoco de ocultar lo que era y sentía, porque sabía lo que es ser corregido para ser mejor, o lo que puede merecer laudable aprobación, aunque no se le diga nada.

Era regordete, más bien pequeño de estatura, rostro abierto y simpático, amigo del silencio a su tiempo, y aún más de la conversación fácil y variada, generoso, colaborador de todos en todo lo que nos proponía para mayor perfeccionamiento de la vida de comunidad. Su voz aguda y atenorada era perfectamente audible desde lejos, y enseguida se sabía, aun sin mirar, que allí estaba Rufino, o no estaba, si no se oía su voz. Tenía un gracejo natural, muy propio de su tierra extremeña, y con la agudeza de su ingenio y la extraordinaria memoria que tenía, era capaz de recitar tiradas muy amplias de versos clásicos o modernos, o párrafos largos de una prosa, en que la retórica brillaba y se imponía sin contemplaciones al texto de lo que estuviera escrito, hasta degenerar en cierto barroquismo, que no acababa de gustar al sentido crítico de sus discípulos.

Un día hube de ir a su habitación a llevarle un recado del P. Prefecto. Me correspondía marcar las horas, en que se distribuía la jornada, para pasar de una ocupación a otra. Llamé a su puerta, dando un pequeño golpe con los nudillos de mi mano, y al instante oí la respuesta: “Cuélese sin reparo”. Al entrar yo y reconocerme, atento únicamente a lo que tenía de extrañeza una visita mía en aquel momento, pudo más su sorpresa que mi sonrisa, y se levantó rapidísimo de su asiento, pronunciando algunas frases con las que quería disculparse y pedir perdón. No hacía falta. Él no había ofendido a nadie. Era sencillamente un momento de buen humor, como tantos que tenía al paso de los días y las horas.

Supé de él más tarde, cuando ya sacerdote, fue canónigo de la catedral de Sevilla y predicador de fama. Siempre correcto, piadoso, finamente educado, sólido en la exposición de la doctrina, deseoso de cumplir con su deber de dar luz y dejarla encendida por donde pasaba, complacía a todos, sin desviarse un ápice de su camino recto. Los que trataban con él, quedaban prendados de su sentido humano y de su cautivadora ejemplaridad sacerdotal.

Murió muy pronto, cuando su vida, ya madura, prometía una fecundidad abundante y de copiosos frutos. A él no le arrastraron los progresismos baratos, sonoros y vacíos como un tambor. La solidez de su formación teológica y espiritual le permitió avanzar siempre, dando de sí cuanto tenía al servicio de una tarea de evangelización auténtica y gozosa. El Señor le llevó pronto junto a sí para darle el abrazo de su misericordia.

Noviembre de 2000

JUAN PABLO II, PREGONERO DE LA VERDAD

Prólogo para la obra de Eusebio Ferrer titulada «Juan Pablo II, pregonero de la verdad», 2000.

EN LA CUMBRE

El lector no se sentirá defraudado ante lo que este libro va a mostrarle. En sus páginas se percibe el calor de quien ha ido conociendo con estimación profunda las diversas trayectorias de la vida de Juan Pablo II y las describe con maestría y comprensión exacta.

Si alguien me preguntara quiénes son los cinco primeros Papas de la historia, diría que no lo sé, pero no tendría dificultad en reconocer que entre los cinco más extraordinarios, uno de ellos sería Juan Pablo II, el actual Pontífice, que nos llegó de tierras de Polonia.

Estuve en el cónclave en que fue elegido, le vi con su rostro enrojecido y la cabeza entre las manos, cuando contestó sí a la pregunta ritual, que le fue hecha, pidiéndole dijera si aceptaba; presencié al igual que los demás cardenales su gesto conmovedor, cuando al recibir en la Capilla Sixtina a los cardenales, que nos acercamos uno a uno a ofrecer nuestra obediencia, al darse cuenta de que el que se arrodillaba era el Cardenal Wyszynski, se levantó de su trono y ayudó a levantarse al que se había arrodillado. Ambos se fundieron en un abrazo de emoción, mientras las lágrimas humedecían sus rostros y nosotros aplaudíamos con el dolor y el gozo, que producía aquel encuentro solemne. Dolor también, porque sentíamos como propio el sufrimiento, que habían padecido aquellos dos gigantes del espíritu en su Polonia natal; y porque con el gozo sobrenatural ahora, no se suprimiría para el Cardenal Wojtyla la cruz que habría de llevar al aceptar la misión que le era confiada. Iba a estar muy cerca de Cristo y al que se acerca al Señor, la cruz se le hace inseparable compañera de camino.

Pero él estaba acostumbrado a no rechazar las cruces que aparecían en su vida.

Eusebio Ferrer ha sabido compaginar la amenidad con el rigor, e igualmente entrelazar el profundo conocimiento de Juan Pablo II con su azarosa vida. Con objetividad, agudeza y agilidad periodística nos ofrece el retrato del Papa del siglo XX, que más años ha ocupado la Sede de san Pedro, el que a través de encíclicas, documentos, escritos, entrevistas, viajes... cumple su misión de Apóstol y es fiel guardián de la doctrina, como tan bien define el título de esta biografía: "Pregonero de la Verdad".

Aseguro a los lectores de este libro que no van a quedar defraudados en cuanto al deseo de conocer al Papa Wojtyla en las diversas dimensiones de su persona y existencia. Wojtyla, el niño pequeño y pronto huérfano, el joven vigoroso y lleno de éxito, el obrero de las canteras y de la fábrica Solvay, el estudiante de filología polaca y de filosofía en la Universidad. Una juventud atormentada por sufrimientos de índole familia y social, pero a la vez serena y confiada. Vivió primeramente bajo la dominación alemana, expuesto a los rigores del nazismo y

viendo la persecución que sufrían los judíos, a los cuales quería como si fueran hermanos mayores; y más tarde bajo la opresión del poderío soviético.

El autor ha captado y nos ha transmitido la imagen del estudiante universitario, que se reúne con sus condiscípulos para una actuación teatral, o del obrero que trabaja en las canteras y a la vez estudia y reza, arrancando el significado de los textos, que le permitirían manejar las claves para entender la filosofía moderna, o la razonabilidad, o la teología dogmática.

En 1946 es ordenado sacerdote, después de realizar los estudios eclesiásticos en régimen de clandestinidad. Su vida en las parroquias que regentó, llena de éxito en sus trabajos pastorales y gozosa para él y para los fieles, que respondían entusiasmados a su penetrante acción apostólica. De obispo, prudente, intrépido, nunca acobardado, siempre justo, alimentando sin cesar el espíritu generoso de los sacerdotes y comunidades religiosas, al tiempo que daba consuelo y esperanza a las familias, que mantenían sus ideales con rigor; de cardenal más tarde y de Papa, por último.

Esta parte de su vida es más conocida por lo mucho que se ha dicho y escrito de Juan Pablo II. Además, ¿quién no le ha visto o escuchado a través de los medios de comunicación? Lo que quizás no ha sido captado suficientemente por muchos, que le admiran y quieren, es el ritmo de la armoniosa y hasta lógica continuidad, que hay en su vida de hombre de la Iglesia, como se desprende de este libro, vivo, propio del escritor que se ha compenetrado con el tema, pero sin renunciar nunca a la respetuosa sobriedad, que merece el biografiado, sobre todo cuando se describe y se da a conocer la trayectoria última de su vida: la de Pontífice Supremo de la Iglesia universal.

Llegó al sacerdocio tras unos años de fuertes experiencias en el dolor y en la esperanza. Meditaba y oraba en medio de sus amistades y trabajos. Leyó y estudió sin cesar durante años. No existía el seminario. Cada tres seminaristas eran atendidos por un sacerdote, que trataba continuamente con ellos. En esta etapa adquirió fortaleza física y moral para resistir el acoso de todo lo que podía desviarle del propósito de consagrarse al servicio de su pueblo, para ayudarle a salir de la esclavitud en que estaba sumido.

Una vez que vio con claridad que la mejor ayuda que podía ofrecer, era la propia del sacerdote de Cristo, se entregó a la preparación que ello exigía y, cuando lo consiguió, se volcó en el ejercicio de su misión sacerdotal y más tarde episcopal. Esta etapa de párroco, de profesor, de obispo y cardenal, que culmina en su participación muy notable en el concilio Vaticano II, de santidad de vida, pastor incansable, amor viviente a Cristo y a la Virgen María, entusiasmo en el deber, confianza en la Gracia de Dios que asiste a los que anhelan, atención al hombre concreto, al hombre de Polonia, que es su patria, al hombre de cualquier lugar del mundo, a la humanidad, porque como diría después más de una vez, “el camino de la Iglesia pasa por el hombre”.

Elegido Papa, como se recoge en las páginas siguientes, cambia el decorado exterior, pero sigue el mismo espíritu y el mismo ritmo: fortaleza, oración constante, fe y confianza en Dios, serenidad en medio de las alteraciones a que es sometido, intrepidez en el combate. Sólo que ahora la atención es al mundo entero, la cruz que ha de soportar es más dolorosa, las visitas que hace o recibe

al servicio del hombre más continuas, los viajes apostólicos inacabables. ¿A quién ha hecho daño el Papa? ¿A quién no ha perdonado? ¿Qué derecho de los seres humanos o de los pueblos en que habitan, no ha defendido?

Le han escuchado con respeto los políticos de la ONU, los sabios en las academias y universidades; los jóvenes en Compostela, en París o Manila; los peregrinos de todo el mundo en Roma, y porciones muy notables del Pueblo de Dios, así llamado en tantas y tantas naciones, cuya tierra, húmeda o reseca, ha besado con amor.

Tampoco faltan en el libro gestos personales, que nos dan a conocer las vibraciones humanas de su corazón, como, por ejemplo, el encuentro con el judío amigo de la infancia y de la juventud, a quien obsequia con un abrazo, que también él recibe y que estremece de emoción a quienes lo contemplan. Eusebio Ferrer no se contenta con noticias adquiridas de sus investigaciones personales. Ha ido a Polonia y ha permanecido allí el tiempo suficiente para hablar con muchos de los que convivieron con el Papa en su juventud; o cuando su vida corrió el peligro de la persecución nazi o estalinista; ha visto su casa, en la que convivió con su padre hasta que éste murió repentinamente; ha asimilado las impresiones que quedaron grabadas en tantas y tantas personas, a las que llegó el calor de su espíritu.

Ha publicado encíclicas varias con todo el valor que tienen como doctrina católica; ha pronunciado tantos discursos y enviado tantos mensajes a tantos grupos humanos, instituciones y personas, que juntos formarían una voluminosa literatura; ha avanzado en el campo del ecumenismo, siguiendo el camino trazado por el concilio Vaticano II y por el Papa Pablo VI, logrando acercamientos que un día darán su fruto. Ha cantado las alabanzas de Dios en las plazas públicas, unido con el pueblo, y ha sufrido atentados y dificultades físicas diversas, que le pusieron al borde de la muerte; no ha querido condenar, sino extremar la caridad, esperando que los enemigos de la Iglesia, los de dentro y los de fuera, vuelvan a la casa paterna o al hogar, que les está esperando sin que ellos quieran acercarse; ha aclarado siempre los puntos oscuros y que lo son, o por su propia dificultad, o porque obedecen al apasionamiento con que son presentados o defendidos por sus defensores equivocados; en suma, ha estado siempre al servicio de la verdad.

Está convencido, y así lo vive, de que toda verdad, incluso parcial, si es realmente verdad, debe serlo para siempre y para todos. Su sólida formación filosófica y teológica y las experiencias que ha vivido bajo regímenes políticos tan radicales en su negación de Dios y en la destrucción del hombre, como magníficamente se relata en esta biografía, han dado una reciedumbre a su pensamiento, a sus criterios, a sus actitudes y a su acción pastoral, que podemos aplicarle lo que afirma en su encíclica *Fides et ratio*: que no ha evitado la verdad, porque nunca ha temido sus exigencias. Por eso ha hecho de su pontificado una evangelización valiosa para dar sentido a la existencia.

En la *Veritatis splendor* insiste en la necesidad urgente de construir la existencia personal o social sobre auténticos puntos de referencia, que nos devuelven la confianza en nuestras capacidades y en la necesidad de distinguir lo efímero de los valores, que realmente posibilitan nuestra propia realización y felicidad. La verdad existencial expresada en la Redención de Cristo nos orienta en este

mundo de luces y de sombras, que siempre es nuestro caminar humano, y nos ensancha las estrecheces de la lógica tecnócrata. La civilización técnica no sólo no tiene que excluir la religión, sino que la religión cristiana será lo único que hará de esta civilización una “gran civilización”, o quedará angustiosamente prisionera de sus propias redes. Cuanto más se desarrolle el ser humano, más reconocerá la primacía de la trascendencia, porque un humanismo sin Dios mutila al hombre y le priva de una parte substancial de sí mismo.

El autor de este libro ha tenido el acierto, entre otros muchos, de reproducir, cuando narra los diversos viajes apostólicos del Papa, algunas de sus frases y párrafos completos, en los que se perciben fácilmente pensamientos, que están en armonía con lo que acabo de escribir.

Juan Pablo II, el infatigable ecumenista, el misionero de todos los lugares de la tierra, el evangelizador, el escritor, el catequista, nos dice que si a la persona humana se le quita la verdad, porque no se proclama, o se oscurece con el libertinaje y el subjetivismo de la pasión, es pura ilusión tratar de que viva en libertad. Verdad y libertad o van juntas o juntas perecen.

Un poco de reflexión serena nos permite –nos hace– estar ya de vuelta de expresiones “ateísticas”, que resultan trasnochadas, como que el hombre no es plenamente hombre hasta que es capaz de prescindir de Dios; de la misma manera que el niño no llega a ser adulto hasta que es capaz de liberarse del yugo de sus padres y dispone por su cuenta de sí mismo.

La mayor garantía de la libertad, dice el Cardenal Daniélou, está en saber que todos los amos, que decantan los poderes humanos, no son sino criaturas que serán juzgadas según sus obras. El hecho de poder apelar a ese juicio es lo único que garantiza la libertad.

Nuestro actual Papa siempre ha sentido sobre sí mismo la urgencia de que la Iglesia es responsable de la verdad, que salva al ser humano. Por eso, Eusebio Ferrer, con estilo conciso, lejos de cualquier retórica, nos muestra de un modo vivo cómo habla, escribe, predica, viaja, visita enfermos, llama a obispos y sacerdotes, pide coherencia a los sacerdotes, exhorta a las familias y nos recuerda una y otra vez bajo expresiones diversas que somos partícipes de la misión de Cristo Profeta, en virtud de la cual y junto con Él, servimos bajo su luz a la verdad. Anhela que esa verdad sea cada vez cercana en toda su fuerza salvadora, en su esplendor, en su profundidad y en su sencillez asimilable. Siempre ha querido y propuesto una verdad existencial y dinámica, que comprometa toda nuestra vida.

Nos hemos olvidado de que es Cristo el que dijo de sí mismo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”, y así “el hombre moderno también se ha olvidado de quién es ante esta apostasía moral en que se encuentra”, como dijo en la Universidad de Coímbra.

El pensamiento científico impregna cada día más nuestra existencia. Pero el peligro está en admitir que lo que piensan y organizan los científicos es la única y verdadera certeza. Y no es así. Hay muchos planos en la realidad, todos ellos correspondientes a la verdad del hombre, y en cada uno de ellos se generan y brotan determinadas certezas.

Ya Pascal dijo admirablemente aquello de que “existe el espíritu de geometría para conocer las cosas del cuerpo, el espíritu de delicadeza para conocer las cosas del corazón, y el espíritu de profecía para conocer las realidades últimas del destino humano”. Con los medios de la ciencia no se llega jamás a las certezas del corazón.

Desde luego, la certeza sobre cuestiones esenciales de la existencia no depende de la confianza en nuestros métodos científicos.

Sería absurdo pensar que todo lo que acontece a la persona humana y a su ámbito y lo mismo que exige la sociedad, se puede descubrir tras una demostración matemática, un análisis de laboratorio, o una exploración cósmica. Admito, en cambio, la afirmación de Teilhard de Chardin, cuando escribió que “cuanto más hombre llega a ser el hombre, más sentirá la necesidad de adorar”. El hombre del siglo XXI será un adorador tanto más grande cuanto mayor sea su amplitud de pensamiento y cuanto más haya avanzado en el conocimiento de la verdad. Se está repitiendo últimamente la frase de Malraux de que “el siglo XXI será religioso o no será”. No dice que será cristiano, sino religioso, aunque se podría añadir que avanzará hacia donde más brille la luz de Cristo. El Papa dice que la razón no puede vaciar el misterio de amor, que la creación, la cruz y la resurrección de Cristo representan, mientras que sí puede dar razón a la última respuesta que buscamos.

Esta es nuestra gran tarea, como quería san Pablo, cooperar a la acción del Espíritu Santo, construir la verdad desde todos los campos y siempre inspirada en el amor. Porque la verdad sin amor está muerta y porque la verdad ni se dice, ni se hace en un espacio vacío. Esto no existe. El que habla y actúa lo hace siempre hacia el otro, y por eso tiene que sentir lo que causa con lo que dice. El joven Wojtyła, obrero, estudiante, pensador, actor teatral, buscó la Verdad y la amó en medio del dolor. Y más tarde, el Papa Wojtyła, ya en la cumbre, con amor universal, a todos, a todos los hombres y mujeres del planeta fue predicando esta Verdad por todo el mundo.

En resumen, el libro se lee con deleite y con gozo, al encontrar en sus páginas la explicación suave y armoniosa de lo que podríamos llamar el secreto de la fortaleza y perseverancia del Papa Wojtyła en su lucha, en todos los niveles, al servicio del Bien y de la Verdad.

EL HERMANO RAFAEL M^a. ARNAIZ

Prólogo para la biografía del Hermano Rafael Arnaiz, redactada por don Francisco Cerro con el título de «Silencio en los labios, cantares en el corazón. Vida y espiritualidad del Hermano Rafael», B.A.C., Madrid 2000.

Cuando el Hermano Rafael se decidió a dar el primer paso serio hacia la Trapa de San Isidro de Dueñas, escribió una carta al Padre Abad, pidiendo respetuosamente le concediera una audiencia o entrevista para exponer su propósito y poder tomar la resolución pertinente.

El Padre Abad encargó al Padre Maestro de novicios que le contestase, y así lo hizo éste en carta muy amable de noviembre de 1933. Le dice, por ejemplo, “no quiero dejar de advertirle que en la hospedería no tenemos calefacción, y, por tanto, que ha de pasar frío, si quiere venir enseguida, pero usted manda y usted ha de señalar el día de su venida y la hora, para estar sobre aviso”. Y añade: “Para todas las órdenes se necesita una verdadera vocación, pero en particular es necesaria para la Orden Cisterciense, cuyas características son la oración, el trabajo y el *silencio*”.

Unas semanas después, en carta que Rafael escribió al Maestro de novicios, el 1 de enero de 1934, escribía: “El Monasterio va a ser para mí dos cosas; primero, un rincón del mundo, donde sin trabas pueda alabar a Dios día y noche; y segundo, un purgatorio en la tierra, donde pueda purificarme, perfeccionarme y llegar a ser santo,... quiero ser santo, delante de Dios y no de los hombres: una santidad que se desarrolle en el coro y en el trabajo, una santidad que se desarrolle en *el silencio*, y que sólo Dios la sepa y ni aún yo mismo me dé cuenta, pues entonces ya no sería verdadera santidad”.

Llama la atención cómo, desde el primer momento, tanto en la carta del Maestro de novicios como en la de Rafael aparece ya, como referencia fundamental para lo que va a ser su próxima y nueva vida, *el silencio*.

Él nunca fue un joven taciturno, que rehuyera el trato y la conversación animada, incluso la alegre ingeniosidad, que despertaba la alegría de familiares y amigos. Los que le conocieron y trataron, le buscaban después atraídos por su simpatía y su locuacidad contagiosa, que para todos tenía amable respeto si eran mayores, amistad cordial con los de su edad, facilidad para la sabrosa tertulia en los ratos libres, y comunicabilidad fácil, en una palabra, con cuantos se acercaban a él, fuesen o no de su clase y condición.

Pues siendo así, desde que empieza a pensar en la Trapa empieza a pensar en el silencio.

El estudio sobre el Hermano Rafael, que el autor de este libro ha logrado elaborar, nos da a conocer la personalidad y el proceso de su santificación con un análisis certero de su vida y sus escritos, y poniendo de relieve su estimación del silencio de la Trapa. Yo lo he experimentado y vivido. Mientras estuve en Valladolid, mi Diócesis, pasaba el último día del año sumergido en ese silencio denso de la Trapa, donde vivió y murió el Hermano Rafael; y en alguna ocasión

practicando Ejercicios Espirituales, y pude percibir qué grata compañía ofrece el silencio, cuando se busca a Dios.

Y es que la sociedad, para que merezca ese nombre, tiene que estar integrada por personas, no por cerebros electrónicos ni por ruidosos mecanismos. Ser persona implica una interioridad, en la que el hombre descubre su propia realidad, la del otro y la del mundo que habita. No podemos perder la excelsa y exclusiva capacidad de contemplar, admirar, adorar. El autor de este libro ha sabido descubrirnos esa rica interioridad del Beato Hermano Rafael, tan rica, que necesitaba el silencio para poder desplegarse hacia el infinito de Dios, sin sufrir perturbación exterior alguna.

Hace ya muchos años, en 1973, en el V Congreso de la Asociación de San Benito, Patrono de Europa, pronuncié la conferencia de clausura: “La contemplación, alma de la civilización del mañana”. O sea, la contemplación, alma ya del “hoy”. Y pienso en el Hermano Rafael, el estudiante de arquitectura, joven culto y conocedor del mundo, de alma limpia, que rechaza el ruido, que aturde, y busca el silencio en que contempla y adora.

Somos muchos los que nos hemos admirado y nos hemos alimentado con sus escritos, con su ejemplo, su mirada sobre el mundo, su serenidad, que a nosotros nos ha enriquecido y sosegado. Estoy convencido de que estamos necesitados de volver nuestra mirada a él y a personas como él. Este libro puede ayudarnos mucho.

La contemplación, el silencio, la interioridad dan fuerza y potencia a la vida humana y aseguran su raíz y fundamento. Nuestra civilización necesita contar con hombres íntegros, que nos hagan avanzar más y más en todos los órdenes, porque todo lo que es progreso tiene que estar cimentado en la verdad.

Los hombres, al asumir la responsabilidad de orientar nuestras vidas, abrazamos con mirada inquieta nuestras posibilidades, cuya realización y logro constituyen el drama de nuestra libertad. Sólo la contemplación silenciosa de Dios, oculto pero real, nos impedirá abdicar de nuestra condición humana y de nuestra vocación a la grandeza. Toda acción es un interrogante sobre nuestra propia responsabilidad. Los hombres luchan, se afanan, mueren, ¿por qué? ¿En nombre de qué el esfuerzo, la técnica, el trabajo, la política, el frenesí de poseer, la diversión, el placer? ¿No es la primera ley la de defender la dignidad humana, la integridad del hombre, su felicidad eterna? ¿Por qué sus actos? ¿Le fundamentan, le destrozan, le realizan? La respuesta a la acción última sólo puede venir de la dimensión fundamental del hombre, de su estructura esencial, de su condición esencial de ser religado a Dios, que nos viene de Él y va a Él.

El silencio del trapense, tan serio, tan nutrido de resonancias interiores, tan acompañado siempre del examen de sí mismo, de la oración corta o larga, va clavando poco a poco al monje que lo practica en la estructura vital de la esencialidad, del desasimiento, de la estimación profunda y radical de lo que verdaderamente es valioso y digno. Es un silencio, además, que viene acompañado de muchos siglos de experiencia en esos espacios, claustros, salas, y templos que a su modo hablan también, porque por esos lugares se han movido hombres muy santos, que han sufrido y amado, que han vencido tentaciones, que se han sumergido en meditaciones siempre nuevas, aunque

parezcan antiguas. Las abadías cistercienses, en las que alguna vez nos es dado entrar a nosotros para acercarnos a la vida de sus moradores, tienen el valor de una cátedra, en que aprendemos siempre algo sin que nadie pretenda enseñarnos nada. Hablan la figura del monje que pasa, el salmo que recitan suavemente en el coro, la aguda voz del joven novicio, el gesto de humillación amorosa del que permanece arrodillado junto a una columna, como si no le importase morir en ese mismo instante para postrarse definitivamente ante su Dios amado.

Para el ilustre pensador Josef Pieper hay un mundo contemplativo de ver el mundo. Sólo así se ve lo que entraña y esconde. La contemplación silenciosa implica serenidad, y la serenidad marca lo luminoso frente a lo atormentado y oscuro. La serenidad siempre está iluminada con la luz del espíritu. Tenemos que amar serenamente nuestra vida, y no es posible amarla de verdad sin oración, sin contemplar cómo Dios nos ama. Lo que impide que todo esto se manifieste es nuestra ceguera interior. El silencio, la contemplación, la interioridad son estructura fundamental de nuestro ser, la base de nuestra trascendencia, la plataforma desde la que saltamos al conocimiento de Dios, de los hombres y del mundo.

Se acaba de publicar traducida la obra póstuma de Saint-Exupéry, el autor del conocido libro *Le petit prince*. En ésta, que ahora nos ofrece nuestro idioma Citadelle, encontramos pensamientos como estos. La soledad, que el hombre siente, es una “extensión” que hay que llenar. Porque se siente la soledad, se siente el espíritu, una presencia más densa. La soledad del hombre es su responsabilidad ante Dios. El mundo tiene sus sitios, su jerarquía, su ceremonial, y esto sólo se puede leer a través del silencio. El hombre no puede encontrar a otro hombre más que en *el silencio*. Se goza en la obra de arte teniendo ambos, objeto contemplado y hombre, como medida común, el silencio. La perfección, la belleza, se logran, cuando la espontaneidad del silencio de la naturaleza y la del espíritu se encuentran y unifican en la “creación”. El silencio es la base natural de la extensión del espíritu. Es fértil como el grano de trigo, que se pudre en la tierra.

¡Pobre Hermano Rafael! ¿Pobre? Lo digo únicamente para referirme a lo mucho que tuvo que sufrir con sus enfermedades, con su anhelo de vivir abrazado a la cruz, con sus salidas de la Trapa y su retorno repetido como el del ciervo sediento que busca las aguas de la fuente, aunque no pueda beberlas para mayor sufrimiento. Sólo algún que otro gemido se le oye en medio de su sed abrasadora. Sed de Dios, de paz, de poder vivir la vida de la Trapa amada como los demás. Él, que había renunciado a tanto para poseer tan poco. ¿Poco? No. Era mucho lo que intuía su alma privilegiada, cuando pensaba en una observancia fiel y amorosa de lo que en la Trapa podía tener. Vea el lector la diferencia que hay entre lo que escribe sobre el silencio en el año 34, que he citado más arriba, y lo que escribe ahora, tres años más tarde en otra carta:

“Y en cuanto al silencio ¿qué te diré? Es el silencio del que ama tanto a Dios, que al pensar en Él, una de dos: o grita como un loco por plazas y calles... o se calla. Es el silencio del que tanto espera allá en el cielo, que todo lo que sea tierra y palabras de hombres y consuelos humanos, los da de lado como inútiles... y a veces es el silencio del que tanto sufre, que por no llenar de quejas y angustias la atmósfera,

que le rodea, y entristecer a los demás, calla sus penas y solamente abre su boca para consolar al que llora y alegrar al triste, pero no para hablar de si mismo y de su cruz”.

¡Cuánto ha ganado en profundidad y entrega a Dios desde que inició su camino!

El libro que ha escrito el Dr. Francisco Cerro, va ofreciéndonos el proceso doloroso de una vida joven y hermosa, pero humanamente destrozada por una enfermedad implacable. El Hermano Rafael era además de un monje, un artista, lleno de sensibilidad, muy dotado para captar la belleza de la vida. Captó la suya también en medio de tantos dolores y privaciones. El autor ha sabido ofrecernos la imagen real de quien tanto supo sufrir y amar. Y nos presenta, como conclusión de su estudio, una síntesis de su espiritualidad, que él llama mirada de conjunto espléndidamente sugeridora y rica en sus reflexiones. Invito al lector a comprobarlo por sí mismo.

Obispos españoles

EL CARDENAL CIRIACO MARÍA SANCHA

Prólogo para la biografía «El Cardenal don Ciriaco María Sancha», redactada por Francisco Moreno, 1980.

“Al iniciador de los Congresos Católicos; propagador de los Centros Obreros e incansable apóstol de las doctrinas del Romano Pontífice”, dedicaba el pueblo toledano un arco triunfal con esa leyenda, a la entrada de la plaza de Zocodover, el 5 de junio de 1898, con motivo de la llegada de su nuevo Arzobispo, Cardenal don Ciriaco María Sancha y Hervás.

Era el comienzo de un pontificado de once años, cuyo estilo aparece resumido en la lauda sepulcral a la entrada de la sacristía de la Catedral Primada: “Haciéndose todo para todos y ardiendo en caridad y celo, vivió siempre pobre y paupérrimo. Murió en Toledo el día 25 de febrero del año del Señor 1909”.

He aceptado con sumo gusto la invitación del autor de este libro, Rvdo. D. Francisco Moreno, y escribo estas líneas a manera de prólogo, no sólo por tratarse de un antecesor mío en la silla de San Ildefonso, sino también por satisfacer el legítimo deseo de las “Hermanas de la Caridad del Cardenal Sancha”, quienes han recurrido a este Arzobispado para tratar de introducir la causa de Beatificación de su Padre Fundador.

Este libro, escrito con sobriedad y elegancia, después de un estudio de investigación rigurosa, ayuda a percibir el aroma de santidad de una vida consagrada principalmente al servicio de la Santa Madre Iglesia, con particular atención a los más necesitados: los pobres y los niños. El cuidado de estos indigentes, que el Cardenal Sancha sigue prodigando a través de sus “Hermanas de la Caridad”, brotó de su alma generosa, que, en alas de la fe, la esperanza y la caridad, conoció la necesidad del sacrificio personal, institucionalizándolo en una Congregación religiosa. Es una exigencia para hacer la obra de Dios: una fe firme, que se manifiesta en una fidelidad absoluta a la Iglesia de Cristo; una gran fortaleza en el empeño, por la seguridad de las promesas en la divina asistencia; y un amor ardiente a las criaturas del Señor, originado en la caridad, amor sobre todas las cosas, al Señor de las criaturas.

El ambiente social, en el que le tocó vivir al Cardenal Sancha no era especialmente favorable. Nace en el año de la muerte de Fernando VII, 1833, triste periodo para la Iglesia de España y sus colonias de ultramar. A pesar del Manifiesto de su viuda, Doña María Cristina de Borbón, de respeto y protección a la religión, el Gobierno maltrata al clero de hecho y de palabra. Son los años de la matanza de los frailes en Madrid y otras capitales, de la Revolución del 68, de la primera República, de la guerra civil... Mas todo es Providencia de Dios, que quería hacer pasar por el crisol del dolor a Ciriaco María, que con motivo del “Cisma de Cuba” es encarcelado durante diez meses por no reconocer al obispo

cismático. Escribe a sus religiosas: “Ténganme envidia, porque estoy preso por la Religión... Sigo muy contento en la cárcel... Únicamente quiero que se cumpla en mí la voluntad de Dios”.

¡La voluntad de Dios! Su cumplimiento hace los santos. El Canónigo Penitenciario Sancha quiere cumplirla, y por lo mismo acepta la designación para Obispo Auxiliar de Toledo, con residencia en Madrid, y después, de Ávila, en donde tuvo que soportar muchas privaciones por amor de Dios; recorriendo muchas leguas en caballería, predicando constantemente en las visitas pastorales, administrando por millares las confirmaciones en agotadoras jornadas pastorales. A sus trapenses de Triñosillos les hace una petición, que es indicio de cómo se va acendrando su alma, al solicitar que rueguen para que “se fortifique mi espíritu, se despegue de la tierra, y viva en adelante para el cielo”.

Sobre sus enfermedades nos dejó escrito con un sentido claro del dolor y del sufrimiento: “Sea Dios bendito por la gracia señalada, que nos hace, de estar cerca de nosotros dándonos cruz y ayudándonos también a llevarla”.

Fue el Cardenal Sancha y Hervás pródigo en obras apostólicas y culturales, de carácter emprendedor, y gran organizador, porque lleva dentro un fuego de amor, como fuerza estimulante, que le hace buscar la promoción humana y social del hombre. Ya quedan nombradas la Congregación de Hermanas de la Caridad, del Cardenal Sancha, y la primera Trapa femenina en España, la de Triñosillos. Él organizó el Congreso Nacional Social, el primer Congreso Eucarístico Nacional, en Valencia, siendo Arzobispo de esta Sede, fundador del Monte Pío de Valencia, y de Toledo en favor de los sacerdotes. “Tengo más de cien sacerdotes sin colocación, que se mueren de hambre... y, además, he tenido que negar la licencia a doscientos estudiantes, para que se matriculasen en el Seminario, porque hay exceso de personal en los estudios eclesiásticos”. Así escribe a una de sus monjas trapenses el 9 de diciembre de 1898. Hay que atender a ambas necesidades. De aquí el Monte Pío y las reformas materiales y culturales en el Seminario.

Otra faceta muy destacable del Cardenal Sancha fue su preocupación por los problemas sociales, lo cual le mereció el título de Obispo de los obreros; y no sólo por la peregrinación obrera, que llevó a Roma, para testimoniar a León XIII su agradecimiento por la Encíclica *Rerum novarum*, sino porque su gran corazón le impulsaba a la ayuda material, y a prodigar con sus palabras las enseñanzas de la Iglesia en asambleas y círculos católicos de obreros, que proliferaron en sus tiempos y a los que él prestó toda la ayuda que le fue posible.

Junto a los obreros, como clase social, hay que poner, en la preocupación y atención del Cardenal, los pobres. En Toledo se conserva, en nuestros días, la memoria de la prodigalidad, con la que socorría a los necesitados; cargando su coche con mantas, vestidos y comestibles, recorría las casas de los humildes, entregando junto con la limosna el corazón de padre y, por ello, se puede decir que entregó la vida, pues socorriendo a los pobres encontró la causa de su muerte.

De su amor y obediencia al Papa son buena prueba estas palabras de su testamento: “Declara... estar hasta el último suspiro, unido de corazón y espíritu

al Romano Pontífice, amándole como Vice-Dios en la tierra y recibiendo y creyendo todas sus enseñanzas”.

¡Que nuestro Venerable Cardenal ayude a conseguir que los católicos de hoy vivan este ideal; y su vida, revelada por esta biografía, sea, sancionada por el infalible juicio de la Iglesia, para mayor gloria de Dios, honor de la Sede toledana y provecho de las almas!

Toledo, 23 de enero de 1980,
Fiesta de san Ildefonso

El recuerdo que ha dejado el Cardenal Sancha de los años de su pontificado en Toledo –1898-1909– no se extingue con el paso del tiempo. Brilla hoy el fulgor de sus virtudes, que nos alientan e iluminan a la distancia de los sesenta y dos años, que han transcurrido desde la fecha de su muerte.

Las religiosas de la Congregación, que él fundó –*Hermanas de la Caridad del Cardenal Sancha*– trabajan ahora por dar a conocer, con el rigor de una investigación seria y consiguiente divulgación de los resultados de su estudio, la fisionomía eclesial y humana de aquel insigne hijo y pastor de la Iglesia. Fue un hombre de Dios y de su época, amó siempre a los más pobres, luchó intrépidamente por la fe católica, se distinguió por su celo apostólico, sufrió persecución, devolvió bien por mal, vivió y murió como un santo. Su ejemplo sigue teniendo hoy esa singular actualidad, que acompaña a los que han vivido inmersos en el tiempo y los problemas de los hombres, pero anclados en los eternos valores de la unión con Dios por encima de todo.

Como Arzobispo de Toledo hoy y sucesor suyo en esta Sede Primada de España, bendigo a la Congregación de *Hermanas de la Caridad* y agradezco cuanto están haciendo y se disponen a hacer para gloria de Dios en el conocimiento y estimación de la vida ejemplar del Cardenal Sancha.

Toledo, 24 de septiembre de 1981

EL CARDENAL PAYÁ Y RICO

Prólogo para la obra de Pilar Tormo Martín de Vidales, titulada «El Cardenal Payó y Rico», 1992.

Me alegro mucho de poder ofrecer el obsequio de estas líneas a la memoria del Cardenal Payá, y en atención a la autora de este libro, Pilar Tormo Martín de Vidales.

La figura del Cardenal Payá es sobresaliente entre los Arzobispos de Toledo del siglo XIX. Estuvo adornado de un conjunto tal de cualidades y desempeñó sus tareas pastorales con tanta dignidad y acierto, que merece ser recordado con admiración y gratitud por nuestra Archidiócesis de Toledo y por toda la Iglesia española. Esto es lo que yo deseo subrayar, porque pienso que es un deber honroso en el actual momento de la Iglesia recordar el pasado, el inmediato o el más lejano, para encontrarnos con los manantiales de donde ha brotado siempre en la Iglesia el agua limpia, que ha servido de cauce a la fe de las generaciones y los pueblos.

Tratándose de la Iglesia, el pasado no es meramente historia, sino también riqueza acumulada y viva. El Dr. Payá, tanto en la Diócesis de Valencia donde ejerció su sacerdocio, como después en las de Cuenca, Santiago de Compostela y Toledo, donde se desarrolló su Pontificado, fue siempre una figura señera por muchos conceptos. Se distinguió siempre por su caridad inteligente y activa para atacar las causas de la pobreza o remediar la enfermedad y el dolor; cultivó las relaciones entre la teología y las ciencias experimentales; defendió los derechos de la Iglesia sin caer nunca en extremismos desconocedores de lo que a la sociedad civil correspondía; y se entregó con ardor pastoral, incluso en su ancianidad, a las muchas tareas que hubo de atender.

La autora, Pilar Tormo, ha realizado un trabajo de investigación y redacción que merece el más vivo aplauso y reconocimiento. No ha escrito una biografía en el sentido riguroso de la palabra, pero presenta, con extraordinario sentido de lo que debía seleccionar, los principales jalones de la existencia del Cardenal, de sus trabajos apostólicos y sus realizaciones. Reflexiona, además, sobre la situación de España y de la Iglesia en aquel tiempo; y nos ofrece documentos olvidados, que ha logrado reunir tras muy notable esfuerzo de consulta y recopilación en archivos y boletines eclesiásticos.

Señalo como particularmente dignos de estimación en la vida del ilustre Prelado, entre tantas otras actividades, su intervención en el Concilio Vaticano I, defendiendo la infalibilidad del Romano Pontífice; y su postura decididamente abolicionista de la esclavitud en las colonias españolas de ultramar, en contra de la reticencia o pasividad de otros. El Cardenal Payá se hizo eco, muy vigorosamente, de las enseñanzas del Papa León XIII en su encíclica *Libertas*. Igualmente notable fue su impulso a las obras de exploración arqueológica hechas en Santiago de Compostela, que permitieron descubrir la urna en que se veneran los restos del Apóstol.

Felicito a la autora por el magnífico trabajo realizado y pienso en el honor que representaría para la Diócesis de Toledo el que algunos sacerdotes y seglares se animaran a hacer algo parecido estudiando las principales figuras del Episcopologio toledano. El resultado sería una espléndida lección de lo que es y significa el servicio a la Iglesia y a la cultura.

DON JOSÉ GUERRA CAMPOS

Prólogo para el libro que con este título escribí, y no fue publicado, el Dr. don Domingo Muelas Alcocer, 2000.

Con la muerte, no esperada, del Obispo don José Guerra Campos la Iglesia española quedó sin duda empobrecida. Digo simplemente empobrecida, porque siguió entregada a sus tareas de evangelización trabajando y luchando por llevar a todos los ambientes el nombre, la palabra y la vida de Cristo.

Pero con Mons. Guerra Campos murió también el que estaba mejor dotado para el análisis profundo de los temas y cuestiones, que se nos proponían desde Roma; o bien las consecuencias, que podrían derivarse de una ley o una disposición de los gobiernos regionales o nacional de España; y con los análisis la expresión literaria, ese precioso estilo, de los comentarios, que fácilmente surgían de su lucidez o capacidad crítica.

En este libro del Dr. Domingo Muelas Alcocer, Canónigo Penitenciario y Párroco de Cuenca, se nos ofrecen algunos testimonios de lo que digo, cuando el autor, en confirmación de lo que va exponiendo, aduce textos literales del Obispo Guerra Campos. Así, por ejemplo, en la respuesta a la revista "Interviú", que le había calumniado; o en lo que el autor titula "Por qué dejo de asistir a la Conferencia"; o en lo que Don José escribió en el Boletín de la Diócesis, dando la versión completa de su juicio sobre el Concilio, como él lo expuso a petición del periódico ABC, pero que éste publicó mutilado. Igualmente es interesante, en relación con lo que estamos diciendo, la valoración que don José hace de la Asamblea Conjunta a diez años de haberse celebrado.

El libro es, pues, como una crónica diocesana del Pontificado de Mons. Guerra en Cuenca, no muy ordenado ni pormenorizado, pero suficiente para suscitar el más vivo interés del lector por conocer y saber más y más de lo que hizo y dejó escrito el Obispo de quien se trata.

No es un estudio a fondo de sus escritos en las diversas funciones que desempeñó durante su vida episcopal. Por ejemplo, sería del mayor interés la documentación que el Obispo poseyera como propia, en relación con los documentos de la Conferencia durante el tiempo, en que fue Secretario de la misma. Estoy seguro de que él no retuvo documentos de la Conferencia o a la misma dirigidos, pero lo que sí tendría serían comentarios, juicios críticos de unos y de otros, que fueron surgiendo y que consideró conveniente conservar.

En relación con todos estos hechos, que tuvieron relación con Mons. Guerra Campos y que dieron lugar a tanto y a veces indigno tratamiento de su persona y sus cualidades, puedo revelar algo de singular interés. En uno de mis viajes a Roma, que solían durar siempre una semana, me llamó Mons. Benelli, Sustituto de la Secretaría de Estado, y me rogó que una vez en España hablase a Mons. Guerra, como amigo y como Metropolitano suyo que yo era, y le dijese que él – Mons. Benelli– deseaba hablar con Mons. Guerra, después que fuese a Roma, tan pronto como pudiese; que le estimaba y quería mucho desde los tiempos de estudiante en la Gregoriana, que sabía lo mucho que valía , etc... Francamente

daba a entender que sería una entrevista muy grata y tendente a eliminar obstáculos para una inteligencia mutua y un comportamiento sucesivo que sería muy provechoso.

Cuando llegué a España, llamé enseguida a Mons. Guerra y le expuse lo que se me había dicho. Recibió la comunicación con ánimo tranquilo, sin darle mayor importancia; y al poco tiempo fue a Roma. Pero la fatalidad hizo que Mons. Benelli no estuviera. Le dijeron que había tenido que acudir a una Diócesis del Sur de Italia, donde había un conflicto muy serio y no había dejado recado ninguno para su visitante. Esperó tres o cuatro días; y, sin más, se volvió a España. Probablemente de haberse producido la entrevista, habrían cambiado muchas cosas.

Mons. Guerra volvió a su Diócesis y siguió trabajando en jornadas agotadoras, recibiendo a sacerdotes a veces hasta las cuatro de la tarde, comiendo pobremente, asistido por una prima suya progresivamente enferma, visitando parroquias, haciéndose presente en las fiestas de los pueblos grandes y pequeños, recuperando con laborioso esfuerzo el patrimonio artístico de la Diócesis, fomentando la creatividad en museos y escuelas, atendiendo a la formación de los seglares en una Escuela de Teología instituida *ad hoc*, intentó establecer lazos culturales de Cuenca con América, concretamente con la República de Santo Domingo, dio a conocer la joya cultural y pastoral del Catecismo Trilingüe, viajó a América y asistió a la Canonización del P. Juan del Castillo, conquense, en Paraguay martirizado en 1626 con otros jesuitas, y conmovió al Papa hasta moverle a decir: “¡Cuenca, ¡bendita!”.

Don José siguió su curso, cada vez más pobre de recursos y más rico en virtudes. Una de sus últimas obras, pensando siempre en la ayuda del clero diocesano, fue la construcción de la Casa Sacerdotal de la Diócesis.

Al cumplir los 75 años, le fue aceptada la renuncia, que más de una vez había presentado, y el que calificaron de intelectual etéreo, que se movía en el campo de las abstracciones, dejó recuperados para la Diócesis monumentos notables, dio vigor a la Cáritas Diocesana, y realizó obras de restauración y conservación en 337 templos parroquiales, ermitas, conventos y monasterios.

Felicito al autor de este libro por el esfuerzo que ha hecho para recopilar datos, que de otro modo podrían olvidarse, y ofrecernos una magnífica síntesis de trabajo y vida de un Obispo extraordinario.

Noviembre de 2000

SPÍNOLA, EL CARDENAL DE SEVILLA

Prólogo para la biografía «El Beato Marcelo Spínola», redactada por Alberto González Chaves, 2004.

El libro que el lector tiene en sus manos, es de los que despiertan vivo amor a la Iglesia y hacen sufrir de tanto como hacen amar. Sí. Desde que comienza la lectura hasta que se llega al final, va aumentando la admiración hacia aquel prodigio de hijo de la Iglesia; y la pena de ver que se apaga su vida, hace sentir el dolor de su desaparición. Hay momentos en que el sufrimiento se impone y se llega a sentir algo así como la necesidad de levantar los ojos al cielo y preguntar al Señor: ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué tenía que desaparecer un hombre que hacía tanto bien en la tierra en que vivió?

Perteneciente a una familia aristocrática, no ingresó nunca en el seminario, ni fue sometido a pruebas especiales, para disipar cualquier posible duda sobre su vocación. Hizo los estudios medios y los universitarios en la Facultad de Derecho de Valencia. Se matriculó como abogado en Huelva; y aquí residió por algún tiempo. En su propia casa se mantuvo y cursó los estudios eclesiásticos bajo la dirección de algunos sacerdotes. Su recogimiento y la vida interior que llenaba su alma, junto con unas prácticas piadosas ejemplares, fueron suficientes para adquirir una densa capacitación, que le permitió recibir las órdenes sagradas en la mejor disposición espiritual posible. El 3 de junio de 1864 celebró su primera Misa.

Conozco al autor del libro desde hace años. Le conocí en el seminario de Toledo, donde se preparaba para el sacerdocio; he seguido tratándole en su vida sacerdotal y he podido apreciar en él una inclinación fervorosa hacia el estudio de los santos, profundamente santos; hacia santos de altar y hacia santos en el concepto más asimilable de la vida de los más entregados a Dios. Es un enamorado de Santa Teresa, y hace años que me lo encuentro yo en la fiesta de la Transverberación, del 26 de agosto, en el Monasterio de la Encarnación, de Ávila. Ha escrito las biografías de santa Maravillas de Jesús, San José María Rubio, Santa Genoveva Torres, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, el Cardenal Merry del Val... y artículos para diversas publicaciones, en que aparece una madurez de juicio y de expresión literaria muy notable.

En relación con ésta del santo Cardenal Spínola, el método que sigue es ir descubriendo y deteniéndose en el análisis de cada entrega de su vida a la misión, que le fue señalada por quienes podían hacerlo. Y así el lector va viendo, como en sucesivos cuadros del autor, lo que se puede ver y decir ordenadamente y sin romper la unidad del conjunto. Spínola, coadjutor; Spínola, confesor, canónigo, fundador, obispo de Coria, de Málaga, arzobispo de Sevilla, cardenal, senador. Y tiene el acierto de intercalar en los episodios fragmentos de escritos suyos, de sermones, de pensamientos sobre los horizontes, que corresponden a cada cuadro, cuando el que lo pinta es él, el sacerdote Spínola, el arzobispo Spínola, el cardenal Spínola. Son las mismas manos, los mismos ojos, la misma humildad bella como una violeta, la misma reciedumbre firme como el pinar enhiesto en los campos infinitos.

Si se trata de desempeñar el ministerio parroquial, como coadjutor o como párroco en San Lorenzo hay días que predica cinco veces y pasa tres horas en el confesionario, todos quieren confesarse con él, todos quieren escuchar una palabra suya, todos recibir una sonrisa o una mirada, nadie le encuentra enojado, todos esperan encontrar a Dios, cuando le encuentran a él. Para él no hay límite de horario, mientras haya horario sin límite, es decir que a cualquier hora del día, y si es preciso, de la noche, entra, sale, asiste a un moribundo, habla a unos jóvenes, o vuelve a entrar en la iglesia a clavarse de rodillas en el santo suelo, porque le falta un rato para cumplir las dos horas de adoración, de oración reparadora, de súplica penitente y dolorosa por los pecadores o por alguien de cuyos labios ha salido esta mañana una frase seca próxima a la blasfemia.

Si se trata de monjas contemplativas, visitó las comunidades existentes con la misma asiduidad que lo hizo a las parroquias, para instruir las, exhortarlas y proponerles caminos de perfección. Para él eran auxiliares eficacísimas de su apostolado activo y las hacía sentir los grandes problemas y necesidades de la Iglesia, para que, conociéndolos con mente limpia y generosa, se sintieran más llamadas por Dios Padre a cuidar con esmero del género de vida, que su Hijo divino, Cristo, el Corazón de Jesús, quiso llevar a la tierra.

Y si se trataba de tener que intervenir en el Senado, eran temibles sus intervenciones por la férrea lógica, con que hacía brotar las consecuencias de los principios, que la sana doctrina católica había establecido. Su cuerpo era menudo y frágil. No ambicionaba éxitos humanos. No le importaba levantar su voz hasta donde hubiera que llegar, con tal de rebatir adecuadamente lo que la mentalidad liberal de aquellos tiempos, aun llamándose católica, trataba de introducir, para quedarse con un catolicismo ramplón, tibio, complaciente con todo y con todos. Ya se ha escrito mucho sobre esto y sobre el choque y posterior abrazo de los dos Cardenales, Spínola, de Sevilla, y Sancha, de Toledo.

Estoy seguro de que la lectura de este libro hará un bien muy grande a quienes quieran leerlo. Es, además, sobrio, y en él deliberadamente el autor ha frenado la marcha de la pluma.

El cardenal Spínola sembró el bien a manos llenas. Hizo obras grandes. Construyó edificios, templos, viviendas, fue varias veces a Roma, sirvió al Papa ejemplarmente. También se ocupó de la catequesis de los niños. En el año del cincuentenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, Sevilla entera derramó lo mejor de sus amores en obsequio a María. Hubo una peregrinación. En acto especial reunió a los niños en la Catedral. Eran diez mil niños, que ofrecieron como un óbolo al Papa por valor de cien pesetas sesenta y un céntimos, o sea, un centimito por niño. Gestos para pequeños, llenos de ternura paternal. O para mayores, en aquella situación dramática de Sevilla en 1905, con los pobres hambrientos cayéndose por la calle sin rumbo ni sentido, con temperaturas de 50 grados. ¡Situación terrible! El Arzobispo se lanzó a la vía pública y estuvo varios días tendiendo la mano y pidiendo una limosna, como un mendigo más.

Este libro nos enseña lo que puede hacer un santo, cuando lo es de verdad.

Abril de 2004

Toledo

LA IGLESIA EN TOLEDO

Prólogo para la obra de Luis Moreno Nieto titulada «Guía de la Iglesia en Toledo», 1974.

He aquí una guía de la Archidiócesis de Toledo. Es a la vez noticia, evocación, recuerdo, instrumento de trabajo. El que recorra sus páginas percibirá la vibración del pasado y algo de la realidad presente. No de otra manera pueden concebirse estas documentadas relaciones, que al ser puestas en manos de los sacerdotes y de los fieles, tratan de dar a conocer lo que somos hoy sin dejar de pensar en lo que fuimos ayer.

Pero, ¡atención!, al hablar del ayer en una guía de la Iglesia diocesana, no es nuestro propósito evocar glorias pasadas, ni siquiera simplemente “el pasado”. ¡Hay tantas circunstancias extrínsecas, que contribuyen a la aparición de esas glorias! A los sacerdotes de Toledo, hoy, empezando por su Arzobispo, no les entusiasma demasiado volver los ojos atrás y detenerse a contemplar piedras, cruces, archivos, lápidas, nombres grabados en tantos y tantos monumentos. Somos hijos de una época, en que la Iglesia prefiere, por encima de todo, presentar con humildad el único tesoro que tiene: sus anhelos pastorales de evangelización en el mundo de hoy, en el que tantas cosas han dejado de ser cristianas. Miramos más hacia delante, deseosos de que las nuevas generaciones tengan una fe responsable y exigente, que transforme las conciencias y se proyecte en la sociedad contemporánea a la que pertenecen.

Ahora bien, conocer y amar lo que de bueno se hizo ayer no es ningún género de evasión estéril o de triunfalismo anacrónico. Nuestra condición de sacerdotes o de miembros seculares de la comunidad católica no nos hace perder lo que tenemos de hijos de España o de Toledo, también por lo que se refiere a la Iglesia, que aquí se encarnó.

Y ser hijos es llevar en las venas la sangre de los padres. No podemos amar el “hoy” sin amar también el “ayer”.

Esas parroquias y conventos, esa Catedral Primada, esas instituciones, cofradías y “consuetas”, esas costumbres y tradiciones no son mera arqueología, son también vida y ejemplo estimulante.

La publicación de la Guía, que hoy os ofrecemos, abre un camino que quiere ser ayuda, orientación y conocimiento comprensivo y amoroso. Sucesivas ediciones irán perfeccionándola hasta que de verdad pueda ser lo que pretendemos: crónica del momento actual, que se convertirá mañana en historia; testimonio de fidelidad y coherencia con el tiempo y la vida de ayer y de hoy; y siempre impulso

hacia delante para servir al pueblo desde la realidad vital de una misma Iglesia, que cambia sin perder su identidad.

Damos las gracias a nuestro Vicario General, Ilustrísimo señor don Rafael Palmero Ramos, que ha marcado la concepción y líneas generales del trabajo; al autor, don Luis Moreno Nieto, a cuya infatigable labor tanto deben la Diócesis y la Provincia; y a la Caja de Ahorros Provincial de Toledo, por la generosidad con que se ha dignado aceptar bajo su patrocinio la presente edición de la obra.

Noviembre de 1974

LA IGLESIA DE TOLEDO, CREADORA DE CULTURA

Presentación de la obra de Juan Antonio Méndez Aparicio, titulada «Catálogo de dibujos del Archivo de Obra y Fábrica de la catedral de Toledo», 1975.

Es una verdadera satisfacción para el espíritu examinar este valioso trabajo del investigador Méndez Aparicio, *Catálogo de dibujos del Archivo de Obra y Fábrica de la catedral de Toledo*.

Y creo que merece el más sincero aplauso su perseverante labor en los archivos de nuestra Catedral Primada, tan ricos en datos para la historia en general, para la historia del arte en particular, y para la del Templo-Madre de nuestra Archidiócesis. Los resultados del empeño me parecen realmente espléndidos. Me han llamado de modo especial la atención esos ciento sesenta y tantos proyectos arquitectónicos, que abarcan casi cuatro siglos de fecundas iniciativas por parte de Purpurados y Capitulares, que puestos al frente de la Iglesia toledana cuidaron de su vida espiritual y religiosa y supieron lograr el marco material, que merecía por su antigüedad venerable, por su historia densísima y por su indiscutible primacía moral y jurídica. Los proyectos que se refieren a la construcción del Ocho y de la capilla de la Virgen del Sagrario cobran singular interés hoy, cuando intentamos intensificar el culto a la excelsa Patrona de Toledo, y llevados de nuestro amor hacia Ella nos complacemos en conocer su imagen, que resulta preciosa y riquísima, y cuanto constituye su magnífico escabel.

Al pie de los proyectos y dibujos, algunos relativos a construcciones de tipo civil en un tiempo dependientes del Cabildo toledano, constan los autores firmantes de los mismos; algunos de ellos han pasado a la historia de la arquitectura como figuras de primera categoría: un Narciso Tomé, por ejemplo, que se sintió tan atraído por la obra del Transparente; un Ventura Rodríguez, que tan perfectamente supo interpretar las inquietudes artísticas del gran Cardenal Lorenzana. No dudo del interés que tendrán los dibujos para bordados y tejidos, que pienso han de constituir una excelente aportación al estudio de estas especialidades.

A través de tantos y tan significativos datos concretos, admiro la importancia de nuestra Catedral, que no es sólo un acervo único de tesoros estupendos, sino centro vital, siempre en plenitud de actividad cultural y de creatividad artística. Y la magnanimidad de nuestros ilustres Predecesores y de sus cabildos, que, cuando por las circunstancias históricas y el ambiente sociológico de su época, contaron con medios abundantes, interpretaron la fe profunda del pueblo y su devoción a la Eucaristía y a la Virgen Santa María, levantando estas obras artísticas monumentales, que son hoy orgullo nuestro y admiración del mundo civilizado. Es más, extendieron su generoso influjo a otras iglesias de la ciudad y de la diócesis, e incluso a fincas, dehesas y casas de labor, donde aún se conservan huellas de tan fecundo mecenazgo.

Pero la páginas que el autor nos proporciona, excitan más y más nuestra admiración hacia la misma Iglesia católica. Ésta, divina por su Fundador y su

misión, siempre ha sabido encarnarse en el mundo y entre los hombres, y llena de fe y de amor ha ofrecido al Señor unas moradas visibles espléndidas, dignas en lo posible de la misma divinidad, a fin de que sean un lugar privilegiado para el encuentro santificador entre un Dios Amor que busca al hombre, y el hombre que respondiendo al Amor busca a su Dios. Así se manifiesta y se realiza de manera admirable el misterio de la comunicación del Creador con su criatura: ésta construye y extiende por toda la tierra templos materiales, embellecidos con todos los recursos y todas las posibilidades, que le inspiran su amor y su fe; y el Señor va en ellos edificando constantemente con su gracia aquellos templos vivos del Espíritu, que somos nosotros. Y así la Iglesia “crece, como Cuerpo de Cristo, hasta llegar a ser la nueva Jerusalén, verdadera visión de paz” (*Misa/ Romano*, misa en la Dedicación de una iglesia).

El tema es sugestivo y tiene un luminoso desarrollo en la liturgia. El autor nos lo sugiere con su trabajo, que agradezco en nombre propio y de todos nuestros Capitulares, porque nos habla de la ingente obra humana, cultural y espiritual, llevada a cabo a través de los siglos por la Iglesia y por nuestra Catedral Primada, para bien de los hombres y gloria de Dios.

Toledo, 15 de agosto de 1975.
Festividad de la Santísima Virgen del Sagrario.

UNA INSTITUCIÓN ECLESIAL BENEMÉRITA

Prólogo de la obra de Lucio Hidalgo Lucero titulada «El Colegio de Doncellas», 1979.

El Colegio de Doncellas Nobles de Ntra. Sra. de los Remedios es una institución benemérita de la Iglesia Primada de Toledo. Su fundador, el cardenal Silíceo, de extraordinaria cultura y sensibilidad humana, hizo patentes sus grandes dotes de educador en los reglamentos y constituciones, que dictó para que por ellas se rigiera el Colegio durante siglos.

Principios religiosos y morales claramente señalados, protección generosa, incorporación activa de las alumnas a la vida colegial, responsabilidad compartida... son aspectos característicos de esta obra singular, digna de ser tenida en cuenta junto a tantas creaciones de la época gloriosa de nuestro Siglo de Oro. Sin duda, el cardenal, antiguo profesor de las universidades de París y Salamanca, y alumno y rector de alguno de sus Colegios Mayores, tuvo presente su experiencia, para trasladarla a esta obra de Toledo, en que él se proponía atender a la formación de la mujer, tan escasamente favorecida entonces.

El paciente y extraordinario trabajo que ha realizado en el Archivo del Colegio el M. I. Sr. D. Lucio Hidalgo Lucero, del Cabildo de Reyes de nuestra Catedral, nos permite conocer la marcha del Colegio a través del tiempo, su fundación, los bienes con que fue dotado, la biografía resumida de los administradores del mismo y de las Srtas. Rectoras, y multitud de datos interesantes, que no deben ser olvidados.

Felicito cordialmente al autor por la minuciosa y exacta investigación hecha y me es muy grato señalar el ejemplo que nos ofrece. Otras muchas instituciones toledanas están esperando que alguien nos las dé a conocer con el detalle, con que don Lucio lo ha hecho en ésta, verdadero honor de la Iglesia y de la Patria.

Toledo, junio de 1979

LA GRAN RESERVA ESPIRITUAL DE LA IGLESIA EN TOLEDO

Prólogo a la obra «Toledo, castillo interior», de Balbina Martínez Caviro, 1990.

Hacía falta. Muchas veces había yo pensado en la necesidad de sacar a la luz, para edificación de nuestra Iglesia toledana, la historia de esa reserva espiritual existente en los 35 conventos de clausura sembrados en el paisaje urbanístico, que configura nuestra ciudad.

Necesitábamos una persona experta y de pluma ágil, que se entregara a ese estudio e investigación.

Y surgió la profesora Martínez Caviro, quien con constancia benedictina, intuición certera y mano femenina a la vez, ha sabido tejer en el cañamazo de la historia, el abigarrado tapiz, donde se conjugan la religión, la espiritualidad, el arte y la vida de la sociedad toledana.

La autora de este libro nos cuenta el hacer cotidiano de las distintas órdenes religiosas, con sus rezos, horarios y reglas monacales, el “*ora et labora*”, generador de una espiritualidad fecunda. “La Tebaida en poblado”, donde el alma se retira para su total unión con Dios. Con arrobos y visiones místicas, que sacan al alma de esta tierra. A la vez el rastro que quedó de los turbulentos amoríos de reyes y príncipes, que darán origen a santos, místicos y fundadores. Es el dedo de Dios, que escribe derecho con renglones torcidos.

Aquí podemos estudiar la sociedad toledana en blasones, escudos heráldicos y laudas sepulcrales existentes en capillas funerarias. Los Mendoza, los Silva, los Ayala, los Manrique, etc. Árboles genealógicos de la nobleza ilustran la obra.

Ella nos muestra un Toledo oculto en el recatado hábitat del monasterio, donde los elementos mudéjares toledanos, con añadidos moriscos, se alternan en alfarjes y celosías, que compiten con nervaduras góticas y grutescos platerescos.

Los nombres de Juan Bautista Monegro, Alonso de Encinas o Miguel Urresti marcan sus piedras seculares. Diego de Aguilar, el Greco, Sánchez Cotán, Maino adornan los refectorios y templos. Las artes suntuarias enjoyan sus relicarios.

Estas mujeres, que un día entregaron su vida a Dios en el retiro del claustro, son la reserva espiritual y las guardianas de gran parte del patrimonio histórico y artístico de nuestra Iglesia toledana. A ellas y a la autora de este libro, –que quedará como testimonio de espiritualidad y de arte–, mi admiración, mi agradecimiento y mi bendición paternal.

Octubre de 1990

EL CONCILIO III DE TOLEDO

Prólogo para la obra colectiva «El Concilio III de Toledo. Centenario 589-1989», publicada con la colaboración de Caja Toledo, 1991.

Al celebrar este acontecimiento de la historia de la Iglesia y de España, el XIV Centenario del Concilio III de Toledo, queremos sumarnos espiritualmente y con gozo a aquella magna asamblea, que reunió en la Basílica de Santa María, en la capital del Reino visigodo, *Toletum*, a más de setenta obispos de Hispania y de la Galia Narbonense, y recitar con el mismo fervor el Credo de los Apóstoles, y así testimoniar a las generaciones presentes y futuras la firmeza inquebrantable de la fe de la Iglesia.

Nuestra Iglesia de España, de origen apostólico, en medio de avatares, persecuciones, herejías, etapas de florecimiento y momentos sujetos a actuaciones deficientes, como propias de la condición humana, se acerca al cumplimiento de su segundo milenio de vida; en este año 1989-1990, la Jerarquía y el pueblo fiel han celebrado su fe; y conscientes de los momentos difíciles por que atraviesa nuestra sociedad, quieren asirse fuertemente a la roca, Pedro, para no sucumbir y para mirar con esperanza cristiana el año dos mil, que ha de ser como aquel 589 una primavera pletórica de frutos, un nuevo Pentecostés para la Iglesia y el mundo.

En efecto, durante el año 1989-1990, hemos celebrado el XIV Centenario de este Concilio III de Toledo, que sin duda fue el más importante de los celebrados. En él, el Rey Recaredo hizo pública su abjuración de la herejía arriana y su adhesión a la fe de la Iglesia, que había abrazado dos años antes; tras él, la Reina Bado y varios obispos arrianos hicieron lo mismo, seguidos de los nobles visigodos.

El pueblo hispano-romano había acogido ya el Evangelio íntegro y en su inmensa mayoría era católico. Este pueblo de temple martirial, formado y animado por sus obispos, cuyos nombres nos son conocidos, evangelizó al pueblo visigodo que ostentaba el poder, y logró, no sin sacrificios y trabajos, este prodigio de la conversión de los visigodos y de la unidad de todos en la verdadera fe católica.

No fueron vanos los sufrimientos heroicos de aquellos mártires de Tarraco en el año 259, Fructuoso, Augurio, Eulogio; ni los de Marcelo, centurión que sufrió un doble proceso en el año 289, que concluyó con su decapitación. En Híspalis (Sevilla), las vendedoras de cerámica Justa y Rufina fueron torturadas con garfios por orden de Diogeniano, al no querer dar culto a Salambó, un ídolo pagano. El diácono Vicente, víctima de la persecución de Daciano, es de los más populares en la Tarraconense, como lo es también el diácono de la Iglesia romana, Lorenzo, que probablemente nació en Osca. Justo y Pastor, aún niños, merecen por su fe y amor a Cristo la palma del martirio en Complutum, en los años de Daciano. Eulalia, de Mérida y de Barcelona, y los innumerables mártires de Zaragoza. En el siglo IV, ya después del Edicto de Milán, Hispania sigue dando testigos cualificados de su fe: Dámaso, Paciano, Gregorio de Elvira. Mártires, confesores, vírgenes, y también ascetas, eremitas y monjes, como

Félix y Millán de la Cogolla, son sólo una muestra de la vitalidad de la Iglesia en aquellos primeros siglos. Y más próximo al acontecimiento conmemorado, Hermenegildo, el propio hijo del rey Leovigildo, también mártir de la fe católica, a juicio de muchos investigadores.

Esa incontable legión de confesores, mártires, vírgenes y ascetas fueron los artífices de esa conversión del pueblo visigodo; fueron tierra fecunda, en que pudieron engendrarse hombres de talla universal como Leandro, Isidoro, Eugenio, Braulio, Ildefonso, Julián y los miles de cristianos mozárabes en los casi ochocientos años de Reconquista. Posteriormente, y ya de forma ininterrumpida, incontables han sido los hombres y mujeres que, con su vida y obra, han dado testimonio de la verdad de Cristo y de la Iglesia.

Por ello, cuanto más nos alejamos en el tiempo, rememorando hechos próximos a la Encarnación de Cristo y primeros siglos cristianos, clave de la historia de la humanidad y de cada hombre, nos sentimos rejuvenecer, al poder beber aguas más limpias y refrigerantes; y nos parece que es aquí, en la frescura de la primitiva Iglesia, donde encontramos la savia vivificante para nuestra sociedad de hoy y de siempre.

Unas palabras para presentar someramente el contenido del libro y así orientar al lector sobre las diversas partes que lo componen:

1. En primer lugar, va el texto crítico del Concilio III de Toledo; trabajo muy insigne y muy logrado del P. Félix Rodríguez, S.I., profesor de la Facultad de teología de Burgos.
2. Los documentos episcopales constituyen la segunda parte del libro. El Santo Padre Juan Pablo II fue el primero y más interesado en esta celebración. La Comisión Permanente del Episcopado y varios prelados han hablado o escrito sobre el tema, y hemos querido recoger estos valiosos documentos, aunque es posible que no todos.
3. A) La crónica de los actos conmemorativos, realizados durante el año 1989 y 1990, que va en tercer lugar, nos ofrece una visión panorámica del alcance de esta conmemoración.
B) Se incluyen artículos de fondo aparecidos en prensa, que por sí mismos podrían constituir otro apartado.
4. La parte más voluminosa del libro es la cuarta: la dedicada al Congreso Internacional celebrado en Toledo desde el 10 al 14 de mayo del año 1989. En el Congreso participaron los profesores e investigadores más entendido en la materia, de las universidades del mundo entero, y también jóvenes profesores, que ofrecieron comunicaciones muy valiosas. Una nota de particular interés para todos fue la numerosa participación de profesores jóvenes y de alumnos universitarios de la Facultades de Historia, Derecho y Filología Latina.

Con el deseo de que este acontecimiento, la celebración del XIV Centenario del Concilio III de Toledo, sirva para entroncar una vez más con el fervor del cristianismo primitivo, que nos engendró y educó en la fe, hemos abordado los diversos actos de este año y la edición del libro. Pido a Dios que éste contribuya a la tarea que a todos nos urge, la nueva evangelización de Europa, de América y del mundo. Nueva en sus evangelizadores, nueva en su fervor, en sus métodos

y formas, como quiere el Santo Padre; nueva y original como lo fue aquella primera evangelización, que dio tan espléndidos frutos.

Con mi Bendición apostólica.

En Toledo,
festividad de san Pedro y san Pablo de 1991.

LA IGLESIA Y EL ARTE

Texto de presentación de la Exposición «Piedras vivas»
en la Catedral Primada de Toledo, 1992.

Merece aplauso la iniciativa del Cabildo de la Catedral de montar una Exposición en torno a las figuras de los Cardenales don Pedro González de Mendoza y fray Francisco Jiménez de Cisneros, cuyos pontificados se desarrollaron en torno a la fecha aproximada, cuyo centenario conmemoramos: la de 1492.

La proliferación de iniciativas de esta índole en el conjunto de la Iglesia española, que se suman de este modo a las que han surgido por impulso de instituciones oficiales o de fundaciones culturales, no podía dejar de tener alguna expresión adecuada en Toledo.

Alabo la orientación y contenido de esta Exposición desde el punto de vista de la fe, del arte y de la cultura. Los objetos que se exponen, permiten conocer una época muy creadora de la historia de la Catedral de Toledo.

La Exposición lleva el nombre de *Piedras vivas*, lo cual es un acierto, porque si estas nobles piedras catedralicias han surgido de la fe y del entusiasmo colectivo de un pueblo, y han visto pasar junto a ellas tanta vida de nuestros antepasados, necesitan seguir estando vivas y hablantes a las nuevas generaciones, como un ideal de hermosos proyectos realizables, que den sentido a tantas existencias humanas hoy vacías.

La Iglesia y el arte han sido siempre naturales aliados. El lenguaje del arte, bajo el impulso de la fe, ha interpretado como ningún otro medio los contenidos de la Revelación cristiana. Muchas de las más grandes creaciones artísticas, que nos han legado las generaciones anteriores, no hubieran alcanzado las cotas de suprema belleza que poseen, si no hubieran estado inspiradas por artistas deseosos de plasmar en sus obras sus hondos sentimientos religiosos.

Deseo que continúen en nuestra Catedral Primada estas manifestaciones. Y aún sería de desear que, dentro de sus posibilidades, la Iglesia mantenga un diálogo fructífero con el mundo de los artistas actuales, hoy a veces tan distantes de nosotros. Pienso que la reanudación de este diálogo será provechosa para la Iglesia y para los propios artistas, porque la Iglesia necesita hablar a la gente de hoy con el lenguaje de hoy y los verdaderos están en posesión de ese lenguaje.

Quiero manifestar mi más vivo agradecimiento a cuantos han colaborado en la Exposición *Piedras vivas*, personas e instituciones. Y que sirva para acrecentar el conocimiento de un pasado, del que todos nos sentimos orgullosos.

Quienes la visiten sentirán el gozo de ver que, al aumentar el conocimiento del pasado, se acrecienta también el deseo de mirar al futuro con idénticos afanes creativos como los que tuvieron nuestros mayores.

Los Cabildos de las catedrales tienen hoy como misión fundamental dar culto a Dios con toda perfección en las acciones litúrgicas y servir a todo ordenadamente, del modo que aconsejen las motivaciones pastorales.

Julio de 1992

CON TOLEDO AL FONDO

Prólogo para la obra de Juan Sánchez Sánchez, publicada en Toledo 1995, con el título de «Soy un hombre libre. Confesiones de un espectador, con Toledo al fondo».

En su último viaje a España, el Papa Juan Pablo II insistió en la necesidad de que la Iglesia sea en nuestro tiempo fermento del Evangelio para la animación y la transformación de las realidades temporales, expresando sus deseos de que, en una sociedad pluralista como la española, la presencia católica, individual y asociada, en los diversos campos de la vida pública sea mayor y más incisiva. El Papa fue tajante, cuando afirmó que es inaceptable “la pretensión de reducir la religión al ámbito de lo estrictamente privado, olvidando paradójicamente la dimensión esencialmente pública y social de la persona humana”. Era el día 15 de junio de 1993, en la homilía pronunciada en la Dedicación de la Catedral madrileña de Nuestra Señora de la Almudena. Fueron palabras muy precisas, como todas las que pronuncia o escribe el Papa. Pero ese día hubo un grito del Papa, una invitación muy fuerte a todos los cristianos españoles: “¡Salid, pues, a la calle, vivid vuestra fe con alegría, aportad a los hombres la salvación de Cristo, que debe penetrar en la familia, en la escuela, en la cultura y en la vida política!...”¹

Apenas veinte días antes, exactamente el 23 de mayo de 1993, un creyente toledano iniciaba, en la edición toledana del diario *Ya*, una colaboración semanal que tenía por título genérico *Lo que pasa en la calle*, título prestado por Antonio Machado en su libro *Juan de Mairena*. Era Juan Sánchez Sánchez, que, según confiesa en su introducción al libro que tengo el gusto de prologar, se había decidido a esa forma de presencia pública tras un período de reflexión.

Conocí a Juan Sánchez siendo él responsable seglar de la 1ª Comunidad Neocatecumenal de la parroquia de Santiago el Mayor. Luego participó activamente en el XXV Sínodo Diocesano y le nombré miembro del equipo redactor final de las *Constituciones Sinodales* y, después, de la *Comisión Diocesana para la aplicación del Sínodo*. Ha tenido, además, otras responsabilidades en la vida pastoral de nuestra Iglesia, que siempre ha intentado cumplir consciente de que se trataba de una misión que debía ejercer como respuesta al Amor de Cristo experimentado en su propia vida.

Pero Juan no es un hombre sólo de *templo*. Me consta que desde hace bastantes años ha tenido como verdadera preocupación intentar responder, como *hombre en camino*, a la misión de todo bautizado. Probablemente, el Señor se ha encargado de dirigirle por distintos campos de la vida pública, y sé que a veces ha aceptado cargos públicos sólo para mostrar la disponibilidad a Dios y para

¹ *Juan Pablo II en España. Año 1993*, texto completo de todos sus discursos, Madrid, EDICE, 1993. p. 59.

intentar servir a la sociedad en la medida de sus posibilidades. Don Ramón González, archivero de la Catedral Primada, ha trazado las primeras notas biográficas sobre Juan Sánchez en el *Discurso de contestación* que siguió a su *Discurso de ingreso*² en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo el 29 de noviembre de 1992. No voy a transcribir sus palabras, pero aludo a ellas porque en ese texto se percibe la gran actividad pública —en la cultura, en los medios de comunicación, en la Administración Autonómica...— desplegada por Juan Sánchez. Y es cierto que si no ha aceptado mayores responsabilidades en la vida política ha sido por mantenerse fiel a sus principios

El documento de la Conferencia Episcopal Española *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, recordando un párrafo de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, nos reitera que el campo propio, aunque no exclusivo, de la actividad evangelizadora de los laicos es la vida pública: “el dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los órganos de comunicación social; y también de otras realidades particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento,...”.

Muchas veces los obispos nos hemos quejado, de que, comparada con la importancia cuantitativa del número de católicos en nuestro país, la presencia pública en los medios de comunicación, en la actividad política o sindical y en otros importantes sectores de la vida social es pequeña. Por ello, vemos con muy buenos ojos que haya cristianos que, incluso en medio de sus limitaciones, intentan dar testimonio de sus creencias religiosas y de sus convicciones éticas. Y lo hacen sin pedir nada a cambio: simplemente desean cumplir con su deber de cristianos. Dar gratis lo que todos recibimos también gratuitamente.

Cuando ha llegado a mis manos el original mecanografiado de este libro, me ha sorprendido el título: *Soy un hombre libre*. Estoy seguro de que no nace esa frase desde una actitud de vanidad, sino de una certeza: Dios nos ha hecho libres. La cuestión es utilizar esa libertad. El problema es ser fiel a la propia libertad, incluso cuando se está envuelto en los miedos que a veces nos embargan a las personas. Esto lo tenían muy claro los primitivos cristianos, que decían: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch 5, 29). Pero me parece que no es sólo el título: en realidad el tema de la libertad está en buena parte de las páginas del libro, casi como telón de fondo. En concreto, en muchos artículos aparece una de las cuestiones que estos días envuelven la vida política y social de nuestro país: la libertad de expresión.

Hay, además, aspectos, que se ve le preocupan más profundamente al autor: la solidaridad, los sectores marginados de la sociedad, la regeneración ética de la vida política, la Administración como servicio público, las actitudes cívicas, la vida de la Iglesia, las pequeñas notas de la vida cotidiana sobre las que a veces no queremos reparar... Por su actual actividad profesional, Juan Sánchez ha incluido en la primera parte del libro algunos de sus artículos referidos a la problemática de las bibliotecas públicas. Es lógica la preocupación que siente por un sector que conoce y ama, y máxime teniendo en cuenta la importancia

² *Toletum*, 30 (1993), p. 9-55.

que tiene para el cristiano el intentar cumplir las obligaciones profesionales con la mayor entrega y responsabilidad.

Sin duda, esta recopilación de artículos periodísticos tiene como génesis y como punto en común el hecho de que han sido escritos como resultado del descubrimiento de una misión: la necesidad de todo cristiano de participar activamente en la vida pública. Esto no tiene más méritos que otros carismas en la vida de la Iglesia, pero, desde luego, es una tarea que no podemos olvidar. Sí quiero agradecer, en concreto, la sinceridad que este libro rezuma: como expresa el subtítulo de la obra, estos artículos son “confesiones de un espectador”, confesiones en las que, en buena parte de los artículos aparece como marco la ciudad de Toledo, en la que vive el autor. Pero, aunque casi siempre, la crónica se refiera a acontecimientos de la vida toledana, me parece que los mensajes que se lanzan desde estas páginas pueden servir a otros caminantes cristianos, con independencia del espacio geográfico.

No hay en ellos nada de acritud ni intemperancia. No ofenden a nadie. Se adivina, al leerlos, que el autor dice las cosas como se dicen las verdades: con convicción, con serenidad, con ganas de ayudar, alguna vez con suave ironía. Antes de escribir, el autor ha observado, ha reflexionado hondamente, ha dado forma a su pensamiento y ha expresado por fin lo que siente, haciéndolo con elevación, con elegancia, con sencillez, para que lo entiendan todos, y con el deseo clarísimo de contribuir a poner luz donde hay oscuridad, a corregir lo defectuoso, a despertar de su somnolencia a los que están dormidos o intoxicados por su pereza o su egoísmo, llamando a todos para contribuir a mejorar la vida de esta ciudad de Toledo, cuya grandeza ha sido también obra de todos.

Escribo con mucho gusto estas palabras de presentación, pero lo que de verdad deseo es que quienes se enfrenten con las páginas de esta obra, palpen la esperanza que, también como fondo general, empapa unos artículos que ayudan a construir.

Toledo, 23 de enero de 1995,
Solemnidad de San Ildefonso de Toledo

EL SEMINARIO CONCILIAR DE TOLEDO

Prólogo para la obra de José Ramón Díaz Sánchez-Cid titulada «El Seminario Conciliar de Toledo. Cien años de historia (1889-1989)», 1991

Nos hallamos ante una obra conmemorativa, una obra que quiere festejar los cien años de una institución tan importante para la Diócesis cual es el Seminario. Porque –como decía en mi exhortación Pastoral “Un seminario nuevo y libre”– “el porvenir religioso de una diócesis depende en gran parte del seminario diocesano”. Y hablar aquí del Seminario es aludir al sacerdocio de Cristo, perpetuado en los hombres elegidos por Dios y facultado para transmitir a la humanidad la redención salvífica. El Seminario es una realidad –“institución, lugar, tiempo, método”– que de un modo u otro tendrá que existir siempre si queremos que haya sacerdotes, porque éstos no nacen ni se improvisan, se han de preparar y se preparan debidamente. Luego, tendremos que formarlos como la Iglesia quiere y dispone.

Nuestro edificio del Seminario Conciliar de San Ildefonso ha cumplido un siglo (1889-1989). ¿Hay mejor manera de celebrar semejante efemérides que sacar a la luz pública un libro con lo más destacado de su historia? Porque nuestro Seminario, como toda institución humana, tiene también su historia y ha de hacer memoria de sí mismo, no para contemplarse narcisistamente en el espejo de sus propias glorias o para echarse en cara sus errores y carencias con una actitud de enfermiza autocensura, sino para valorar los méritos y trabajos de tantas personas sencillas y generosas que, con sus inevitables deficiencias humanas, han empleado sus energías y tiempo en tan laudable tarea. Este libro pretende ser un homenaje –póstumo en muchos casos– a todos aquellos –hombres y mujeres– que han dejado jirones de su corazón entre las piedras de este edificio, cuyo centenario acabamos de celebrar.

Habría que citar, en primer lugar, a los doce Cardenales-Arzobispos –a comenzar por D. Miguel Payá y Rico, que inauguró el actual edificio– que, a lo largo de estos cien años, hemos pastoreado la Archidiócesis de Toledo, haciendo del Seminario objeto de nuestra predilección y nuestros desvelos. Y con nosotros los quince Obispos que nos han auxiliado en esta tarea pastoral.

Dieciocho fueron los rectores del Seminario durante este periodo, de ellos, catorce, miembros de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, que se encargaron de la dirección del Centro, a partir de 1898, con Don Remigio Albiol como primer Rector Operario. Al momento de su inauguración ocupaba la rectoría Don Antonio Pinet. El que estuvo más años en el cargo –desde 1951 hasta 1970– fue Don José Estupiñá. Uno de ellos, Don Santiago Martínez Acebes, fue hallado digno del episcopal.

Y con los rectores colaboraron otros muchos –superiores y profesores– que recibieron también la misión de formar a los futuros sacerdotes de la Iglesia. Unos se ocuparon de la disciplina, otros de la administración; los más de la instrucción académica y algunos, de modo específico, de la vida espiritual de los seminaristas ¡Cuánto hemos de estimar la labor abnegada de estos superiores,

que han consagrado su tiempo y su vida a tan hermosa tarea! ¡Qué inmenso el trabajo educativo llevado a cabo por tantos profesores competentes, profesores que han preparado con rigor sus clases, que se han esforzado por encontrar el mejor método pedagógico para sus explicaciones, que han enseñado con humildad y discreción a discernir entre la verdad y el error o la ambigüedad, que han sabido armonizar las nuevas adquisiciones del saber con el núcleo sustantivo de las enseñanzas perennes de la Iglesia, sin sucumbir al ídolo efímero de lo novedoso! ¡Cuánto entusiasmo, ardor y vibración espiritual el derrochado en sus clases de Filosofía, de Teología, de Derecho Canónico, de Historia y de Sagrada Escritura! Todos ellos merecen nuestro agradecido recuerdo. Son muchos y grandes los esfuerzos desplegados y las energías gastadas por unos y otros en esta descomunal e insoslayable tarea eclesial, para que puedan pasarnos desapercibidas.

Tenemos que referirnos también a los miles de jóvenes que se han sentido llamados por Cristo a seguir el hermoso camino del sacerdocio, que han ingresado en el Seminario, teniendo que superar con frecuencia serias dificultades, que han frecuentado sus aulas, han paseado por sus patios y claustros, han rezado fervientemente en sus capillas, han trabajado con ahínco en sus salas de estudio y en sus propias habitaciones y han compartido preocupaciones, gozos, pesares y aspiraciones en su recinto.

De esta ingente multitud de jóvenes seminaristas, alrededor de 1.419 alcanzaron la cima del sacerdocio. Algunos llegaron a ser obispos de diócesis españolas como Sigüenza, Plasencia, Jaca, Lérida, Zamora, Salamanca, Murcia, Albacete, Palencia, Guadix, Oviedo, Cádiz y Ciudad Real. Muchos han ejercido y ejercen todavía en importantes y variados campos de la pastoral y de la cultura. Entre ellos se cuentan misioneros, profesores, periodistas, capellanes castrenses, párrocos, etc. Algunos de los que llegaron al sacerdocio han destacado en el mundo de la política, el periodismo y la cultura. Otros, por desgracia, abandonaron el ministerio orientando sus vidas por derroteros varios.

Hay que destacar también, especialmente en estos últimos años, la presencia en el Seminario de alumnos de las más diversas nacionalidades: chinos, alemanes, irlandeses, polacos, mexicanos, venezolanos, puertorriqueños, argentinos, guineanos... También ellos han contribuido a enriquecer y potenciar la vitalidad de nuestro Seminario.

Próximos al centenar han sido los discursos inaugurales, que se han pronunciado con ocasión de la apertura del Curso Académico. El primero de ello llevaba por título *"De ortu et progressu Seminariorum Hispanorum praesertim"* y fue leído en 1889 por un sacerdote sonsecano, el Dr. Don Saturnino Martín-Bendinos y Marín, párroco de santa Leocadia y profesor de Teología Moral en el Seminario. Pero los actos culturales celebrados durante estos cien años han sido innumerables y algunos de gran valor. Unos se han desarrollado en el ámbito interno del Centro; otros han tenido mayor proyección al exterior: A aquellos pertenecen las Academias públicas; entre estos pueden citarse veladas literario-musicales, obras de teatro, conciertos, viajes culturales y de apostolado, conferencias, semanas vocacionales, pastorales o teológicas, publicaciones de revistas y libros, congresos, cursillos, visitas de importantes personalidades del mundo eclesial y cultural, etc. Por su relevancia cabría destacar la Semana pro-Seminario de 1935, las Conversaciones de Toledo (desde 1973 hasta 1981), las

Semanas de Teología Espiritual organizadas por el C.E.T.E (ininterrumpidas desde 1975), los Congresos Internacionales de Estudios Mozárabes, las visitas del Papa Juan Pablo II y la Madre Teresa de Calcuta –con carácter privado–, las Jornadas de Derecho Canónico y el Encuentro de Patrólogos, viajes de peregrinación y cultura a Italia, Tierra Santa, Francia y Alemania, etc.

Factor importante en la vida del Seminario ha sido siempre el Reglamento: una ordenación clara y precisa de la vida interior y académica del Centro. No hay institución humana que no disponga de una reglamentación clara y precisa, de una cierta reglamentación, que dé a conocer las metas, el sendero y el ritmo por las que han de regirse las conductas de sus miembros. Es ese conjunto de normas que determinan los derechos y deberes de unos y otros, y los de la propia institución, de modo que puedan servir al bien de todo y al de la Iglesia que la hace suya. Carecer de tales reglamentaciones, más que síntoma de madurez y de progreso –como se ha dicho– es en realidad un peligroso indicio de falta de compromiso y de servicio. Porque los reglamentos no esclavizan ni ahogan, cuando los llamados a cumplirlos y a hacerlos cumplir son hombres maduros, con personalidad, con ideales, con el sincero deseo de que el bien comunitario triunfe sobre el larvado individualismo.

Los seis reglamentos promulgados –en 1891, 1893, 1924, 1947 y 1989– durante estos cien años dan buena cuenta de la vida disciplinar y académica, que han regido siempre, con más o menos acierto, en el Seminario. Todo lo que contribuye o pueda contribuir a la formación del futuro sacerdote –oración privada y litúrgica, estudio, clases, deporte, convivencia, trato con los superiores, recreación, paseos, excursiones, viajes, etc.– ha tenido su espacio y su tiempo en la vida diaria de este centro educativo. En él muchos jóvenes aprendieron a conocer a Dios, a tratarle en la intimidad, a doblegarse a su voluntad, a mortificar sus pasiones, a asimilar virtudes ocultas, a abrirse a los dones del Espíritu, a renunciar a ciertos amores legítimos por el Amor, a respetar y compadecerse de los hombres con misericordia evangélica, a introducir en los hombres la esperanza en la vida eterna, a vivir la fuerza redentora del dolor. Es esta religiosidad profunda, centrada en Jesucristo, fundada en la Eucaristía, enternecida por los rasgos maternales de la Virgen, asimilada en el silencio de la meditación y de la oración personal de cada día, y modelada por la penitencia y la mortificación, la que ha infundido esa fuerza insospechada, esa luz y equilibrio fecundos y armónicos que hemos visto resplandecer en tantos sacerdotes.

Los horarios, acreditados por la tradición y la práctica misma, son la expresión más palpable de esta configuración del tiempo con vistas a la educación del seminarista.

Es verdad que en determinadas épocas los reglamentos o la aplicación de la normativa contenida en ellos han podido pecar de rigidez y uniformismo disciplinar, fomentar una especie de aislamiento artificial en relación con el mundo, o favorecer una cierta despersonalización en un régimen de comunidad masiva. Con todo, no tenemos motivos para ser tan exacerbadamente críticos con lo nuestro. También en esos seminarios de antaño se formaron innumerables jóvenes que más tarde llegaron a ser sacerdotes excelentes; más aún, heroicos hasta el martirio cruento. Es cierto, además, que a aquellos momentos sucedieron otros de relajación disciplinar y desestima de todo lo que

mostrase apariencia de reglamento. El seminario, como toda institución humana, ha tenido, tiene y tendrá sus deberes propios. Lo importante es que dispongamos de sensibilidad e inteligencia suficientes para captarlos y nos empeñemos con todas nuestras fuerzas, cada uno desde el lugar que le corresponda, en subsanarlos. Pero ¿qué obispo no ha tenido en su mente una idea de seminarista libre en sus opciones, maduramente responsable, dispuesto a participar en la marcha del Seminario, dotado de sentido crítico, hombre de fe y de recto amor al mundo, capaz de iniciativas generosas, no alejado de los hombres y, a la vez, centrado en Dios y con un profundo amor a la Iglesia? Hoy, al menos, aquellas acusaciones de aislamiento artificial y deshumanizante no son en modo alguno sostenibles. La relación continua de los seminaristas con sus familias y amigos, la facilidad que existe para viajar y comunicarse con otros, los periodos nada cortos de vacaciones escolares, las lecturas y medios de comunicación social al alcance de todos, no permiten lanzar con honradez semejante reproche.

A la sombra del Seminario Conciliar de San Ildefonso han nacido en nuestra diócesis otros Seminarios: el Mayor de Santa Leocadia, para la formación de adultos; el Seminario de Misiones de Operarios del Reino de Cristo, y el de Nuestra Señora de la Oliva de los Cruzados de Cristo Rey. ¡Bienvenidas sean todas las iniciativas que tengan por objeto el crecimiento armónico de la Iglesia! Contarán siempre con mi estímulo y respaldo episcopal.

No hay mayor alegría para el Pastor de una diócesis que contemplar el continuo florecer y madurar de las vocaciones sacerdotales bajo la siembra de su palabra y con la generosa colaboración de su presbiterio diocesano. Porque el sacerdote fiel es “el hombre que por su ministerio puede señalar con objetividad la grandeza del destino humano, mover a la práctica del bien, fundamentar en un amor puro las relaciones humanas, hacer entender el sentido del dolor y de la muerte, y mantener irrompible el hilo de la comunicación de los hombres con Dios concretada en la esperanza cristiana”. Ningún hecho religioso, signo sagrado, institución o agente evangelizador proclama con tanta fuerza como el sacerdote la acción redentora de Cristo entre los hombres. Nadie como él cuida, hace fructificar y sirve ese inestimable capital constituido por la palabra de Dios, los sacramentos, la liturgia, la capacidad transformadora del amor cristiano, la gracia, el Espíritu Santo que mueve los corazones, la Virgen María, el Señor Jesús, la vida de Dios para el hombre.

Por ello habría que decir que si no hubiera sacerdotes habría que inventarlos. El Seminario no los inventa, pero los configura según el modelo de Cristo y de su Iglesia. La actuación ministerial del sacerdote exige, pues, una formación adecuada que, normalmente, sólo se adquiere en el seminario. “Cultura eclesiástica y profana en grado suficiente, santidad de vida, virtudes sobrenaturales y desarrollo de una equilibrada capacitación humana, aceptación gozosa de sacrificios y renunciaciones por amor a Cristo y para mejor servicio de los hombres, obediencia a la Iglesia cuando nos la pide, fe ardiente, oración y contemplación del misterio de Dios Revelado, firmeza frente a las tentaciones del mundo, caridad con todos, fidelidad a las promesas libremente hechas, a la verdad de que la Iglesia es depositaria por voluntad del Señor, al código moral que Cristo promulgó en la Nueva alianza”. Y cuando se educa en la fidelidad a Cristo, a la Iglesia y a la propia vocación y misión, se obtienen resultados.

Era este resurgir de las vocaciones sacerdotales en nuestro Seminario de Toledo el que me permitía, hace tan solo unos años, escribir: “La hora de los Seminarios vuelve. Silenciosamente más bien. Vuelve porque tiene que volver. Porque Dios sigue llamando por medio de su Espíritu; porque el sacerdocio es ineludiblemente necesario para ayudar al hombre en su salvación; porque la Iglesia posee una ardiente hermosura que seguirá despertando el deseo de entregarse, totalmente, al sagrado ministerio que ella nos propone; porque la necesidad que experimenta el corazón humano es hoy más viva que nunca; porque hay muchos jóvenes dispuestos a dejarlo todo y seguir a Jesucristo”.

+Marcelo González Martín, Cardenal
Arzobispo de Toledo- Primado de España
Año 1991

Varios

LA CÁRITAS ESPAÑOLA, SERVICIO DE LA IGLESIA

Presentación de la memoria anual de la “Caridad de la Iglesia en Barcelona”, 1967.

He aquí, una vez más, la Memoria de la “Caridad de la Iglesia en Barcelona”. La de ahora corresponde al año 1966. Hay cifras y datos abundantes para quienes quieran examinarlos con detenimiento y reflexión.

Quisiera hacer constar tres cosas:

Primera: Mi gratitud profunda y sincerísima a quienes colaboran en estos organismos de la Iglesia, la Cáritas diocesana, las parroquiales, las instituciones filiales y adheridas. A quienes organizan, promueven, dan de su tiempo y su dinero, ayudan con su trabajo y sus ideas; a todos, gracias en nombre del Señor.

Segunda: Un ruego encarecido y fervoroso: el de que en todas las parroquias de la Diócesis se constituya la Cáritas con el adecuado sistema de organización y normas que regulan su vida, con socios suscriptores fijos, con programas de acción concretos y actuales, con una junta directiva viva y dinámica. Y que con la Cáritas parroquial en las parroquias y con la diocesana en la Diócesis se coordinen y se unan, sin perder su personalidad, las demás instituciones de Caridad que trabajan en este campo.

Tercera: Que se estudie, por parte de todos, con seriedad y eficacia, lo que es Cáritas como servicio de Iglesia a los hombres. Servicio de amor, de comunión, de hermandad, de afán desinteresado y nobilísimo de ayuda de unos a otros en el sufrimiento y la desgracia. No sólo para remediarlas, sino para prevenirlas. Cáritas es también promoción, elevación del hombre y de las comunidades, creación de ambiente y actitudes propicios para el fomento de todo cuanto puede contribuir a la evangelización, en el sentido más rigurosamente pastoral de la palabra. Si los sacerdotes y fieles lo entendiéramos así, podríamos prestar un inmenso servicio a la comunidad cristiana y humana de Barcelona.

Julio, 1967

LA CAMPAÑA MUNDIAL DEL ABORTO

Prólogo al libro del Dr. Soroa sobre la propagación intensiva en pro del aborto, 1973.

Este libro del ilustre Dr. Soroa no es una lamentación estéril, ni un gesto de protesta indiscriminado. Es la voz de un hombre de ciencia, lleno de humanidad y de sentido cristiano, profesional de la medicina con muy larga y fecunda experiencia, que se alza para proclamar la verdad y el amor a la vida, que Dios ha puesto en manos de los hombres. Esta sí que es la voz de los que no tienen voz. Los que aquí son defendidos son seres humanos, que han empezado a vivir.

Asistimos en nuestros días, cada vez menos confusos, porque estamos ya instalados en la confusión, en una campaña mundial, que trata de extender y aun legalizar el aborto. De hecho, ya se ha legalizado en varios países. Y en ese “caos de libertades”, de que ha hablado recientemente el Cardenal Daniélou, encuentran acogida y clima propicio para su desarrollo la pasión y el frenesí de quienes quieren hacer legítima la facultad de matar, para asegurarse la tranquila posesión de su placer, su comodidad y su idolatría.

No es únicamente el médico, el moralista, el sacerdote, quienes deben sentirse preocupados ante esta invasión del radical desorden. Es el hombre, simplemente por ser hombre, el que debería reaccionar ante la crueldad de que está siendo víctima por parte de quienes postulan el amparo de la ley precisamente para matar al hombre.

Se invoca la facultad que cada uno tiene para tomar sus propias determinaciones. Sí, pero nunca para el mal. Y aquí se trata del mal. ¿Nos damos cuenta del grado de desintegración, a que llegará nuestra cultura, si admitimos que un hombre, una mujer, un país, pueden un día cualquiera dar cauce legal a su decisión de apagar la vida de un ser humano, misteriosamente encerrado en el pequeño núcleo que le protege dentro del seno materno? El círculo se cerrará inexorablemente y no lo dudemos, irán apareciendo cada vez más frecuentes, en nuestra sociedad permisiva, motivos que podrán invocarse siempre para la supresión de otras vidas o para la ejecución de otros delitos.

Los episcopados de América, de Europa, de África han hablado en estos últimos meses y siguen hablando, para proclamar la ley de Dios y la doctrina de la Iglesia. Ésta es clara y terminante. El Papa Pablo VI se dirige una y otra vez a la conciencia de la humanidad, angustiado por el desenfreno moral, que invade nuestras costumbres. Es la Iglesia que habla y defiende la vida, porque ella misma ha nacido de la vida infinita de Dios.

Que no se quede sola proclamando la verdad. Esperamos, más bien, y lo esperamos para España, que surjan voces, como la del insigne autor de este libro, que, defendiendo esa verdad, defiendan también al hombre.

DOS AYUDAS PARA LA CATEQUESIS

Prólogo a dos obras del Dr. Benjamín Martín Sánchez tituladas «Breve teología» y «La religión católica», 1977.

Una de las necesidades más fuertemente sentidas en nuestro tiempo es la de una instrucción religiosa sólida, coherente, bien fundada.

No basta hablar de religión, de Cristo, del cristianismo. Es necesario conocer el contenido de la Revelación y saber dar razón del mismo, con exactitud proporcionada a la cultura de cada uno. Para lograrlo se están haciendo esfuerzos notables por pedagogos catequistas de nuestros días, no siempre con acierto.

Creemos que estos libros *Breve teología* y *La religión católica*, escritos por el benemérito y culto sacerdote, M. I. Sr. D. Benjamín Martín Sánchez, pueden ayudar mucho a alcanzar esa formación tan deseada. En ellos hay conceptos claros y ordenados, fórmulas fáciles de retener, fundamentación bíblica y adecuada explicación teológica, iluminación suficiente del Magisterio de la Iglesia, siguiendo el Credo del Pueblo de Dios.

Sin duda serán muy provechosos en manos de alumnos y educadores de la fe para el trabajo en escuelas y catequesis.

Toledo, junio 1977

LA FAMILIA CRISTIANA

Prólogo para el libro de Carmen y Luis Riesgo «Ideario de la familia cristiana», 1977.

Pienso en la familia cristiana, para la cual ha sido escrito este libro, aun cuando la lectura del mismo resultará sumamente provechosa también a las demás.

Entendíamos por familia cristiana aquella en que, santificado el amor por un sacramento, un hombre y una mujer unían sus cuerpos y sus almas para propagar la vida, como don de Dios, para ayudarse a alcanzar su plenitud humana, para educar a los hijos en la fe, en la dignidad, en el trabajo, y en el servicio a la sociedad. Una familia cristiana era, según la conocida frase de san Agustín, recogida por el Concilio Vaticano II, una pequeña iglesia doméstica. Sufría y gozaba, alcanzaba o no sus propósitos, luchaba para seguir adelante, no estaba exenta de la adversidad y el infortunio en los diversos aspectos en que éste se presenta; pero era consciente de que todo tenía un sentido. Dios estaba presente con su amor y su misterio en aquellas vidas enlazadas del esposo y de la esposa, de los padres y de los hijos.

Sería injusto decir que, en la actualidad, este tipo de familia haya dejado de existir. Por el contrario, se dan en gran número en cualquier parte del mundo, donde la Iglesia ejerce su misión. Es más, creemos que hoy, más que nunca, existe una conciencia muy viva de la espiritualidad del sacramento del matrimonio, que ha permitido a muchos esposos entender mejor que antes la unión conyugal y el ejercicio de la paternidad como camino de santificación. Los escritos de muchos teólogos, ya anteriores al Concilio, las asociaciones de matrimonios, que surgieron y han ido desarrollándose en todas partes; las reflexiones sobre el valor integrador de la sexualidad, el amor personal, la fidelidad mutua, la educación de los hijos en la fe y en la libertad bien entendida, etc., etc., han ayudado notablemente a enriquecer el depósito de los valores cristianos de muchos hogares, que antes vivían sus alegrías y sus penas menos abiertos al grandioso horizonte –grandioso, no obstante la vulgaridad repetida de los hechos–, que se descubre al contemplar la suma de esfuerzos, que exige el matrimonio para vivirlo bien, y la capacidad de perfeccionamiento que encierra.

Reconocido este hecho, que es motivo de gozo para todo el que ama la extensión del Reino de Dios en la tierra, veo, sin embargo, un peligro gravísimo para la familia cristiana, fuera de estos ámbitos reducidos, en que florece la espiritualidad del gran sacramento.

Es el que nace del lamentable fenómeno de la confusión dentro de los ambientes eclesiales. La antropología va sustituyendo a la fe; el culturalismo a las afirmaciones dogmáticas; la fácil condescendencia con los criterios materialistas al testimonio humilde y vigoroso; los planteamientos audaces y aparentemente sabios al Magisterio de la Iglesia cada vez menos respetado.

De ahí el extraordinario valor de este libro del matrimonio Riesgo. Es la primera parte de un comentario al *Ideario de la familia cristiana* elaborado por la Comisión

de Valores Morales de la Confederación Nacional de Padres de Familia. Es sencillo, riguroso, serio. Es un libro que ayuda a conocer y ahondar en el plan sublime de Dios al crear al hombre y la mujer para la fecunda unión del amor, que alcanzaría con Jesucristo expresión sacramental destinada a colaborar en su acción redentora. El mérito principal de este libro consiste en que ayuda a entender y conservar *la identidad de la familia cristiana*.

Del mismo modo que las peores consecuencias del peligro, antes anunciado, se manifiestan precisamente en ese fenómeno lacerante de la pérdida de la identidad de la familia construida sobre una entrega y una misión –la del matrimonio–, que Cristo elevó a sacramento.

Hacen falta ideas claras, no sombras ni dudas; confianza en el Misterio, no reducción de sus exigencias a nuestros precarios intelectualismos; respeto, no frivolidad; limpia honestidad en las costumbres, no reproches al Evangelio, como si éste tuviera la culpa de lo que no es más que resultado de nuestras torpezas y nuestro desprecio de la ley moral.

Bendigo a los autores, Carmen y Luis, por su labor constante, por su ejemplo de servicio a la Iglesia y a la sociedad, por su testimonio escrito tan limpio y tan sin arrogancia.

Son hijos de la Iglesia y de su tiempo. No ocultan su fe. Creen en la luz del Magisterio. Encenderán también la luz en sus hermanos, los hombres y mujeres que quieran leer estas páginas.

Navidad 1977

“EN BUSCA DE TI”. ORAR CON JÓVENES

Prólogo a la obra del mismo título de Francisco Cerro Chaves, Ávila 1986.

Nuestro mundo está necesitado de personas orantes. Solamente los que han “saboreado” a Dios podrán transmitir a los jóvenes y a todas las gentes cómo sabe Dios.

Cada día son más los que descubren la necesidad de orar para vivir. Gracias a Dios se vuelve a potenciar la oración como diálogo necesario para llegar a la intimidad con Cristo. El hombre, el joven, no pueden vivir de cine, frigoríficos y vídeos. Su vacío, su protesta es un grito a nuestras conciencias, reclamando un encuentro personal con Cristo “Camino, Verdad y Vida”.

El Papa Juan Pablo II decía a los jóvenes argentinos en Córdoba: “Cristo debe ser para cada uno de vosotros la razón de vivir: no temáis a Cristo; abridlos a Él, entregaos a Él con generosidad; que Él ocupe el centro de vuestra vida, porque Cristo es la esperanza ante la angustia del mundo que nos rodea”. ¿Acaso este Cristo no quiere encontrarse con cada joven en la oración? En el fondo, los problemas y crisis de los jóvenes ¿no están demostrando su lejanía de Jesús por falta de oración?

Vivimos una sociedad que nos engaña. Nos sentimos atrapados por la civilización del consumismo. La angustia refleja mucha “agua turbia” recibida en los corazones que pedían “Agua viva”.

Ante un mundo así ¡qué responsabilidad la nuestra! Necesitamos maestros de oración, testigos del Dios vivo. No podemos defraudar a una juventud que desea a Cristo, que “devora” a los hombres seducidos por el Corazón de Cristo.

No nos engañemos, no seamos ingenuos. Nadie puede dar lo que no tiene.

Trasmiten a Cristo, no los que más saben, sino los que más lo viven. Si no oramos, estamos condenados a hablar de Cristo como alguien lejano, sin sentimientos. Los jóvenes enseguida se dan cuenta cuándo uno vive lo que dice, o cuándo lo que está diciendo sólo lo sabe, pero no lo ha saboreado.

El cristiano está llamado a ser transparencia del Amor de Cristo. Cuando uno ora mucho se hace como María, transparencia. Los hombres que oran dejan entrar como un rayo de luz que, sin ellos darse cuenta, reflejan en todas sus acciones.

Tienen un “no se qué” que les hace ser como ventana por donde se asoma Dios. Es imposible optar por los pobres y marginados, desde el Evangelio, sin un alma esponjada por la oración. Contemplar ratos largos a Jesús Eucaristía es empezar a contemplarlo “abandonado” en los hombres necesitados de todo, sobre todo de amor.

Ser contemplativo en el mundo es ofrecer a la gente cansada e insatisfecha, a Jesús “manso y humilde de corazón”, que nos dice “venid a mí todos lo que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré”.

En este Año Internacional de la Paz, este libro pretende ser una pequeña aportación a la paz del mundo. ¿Puede existir paz en nuestra tierra si Cristo no vive en el corazón de los hombres? Cuando uno ha contemplado a Jesús, “Príncipe de la paz, ¿se puede potenciar la violencia?

Este planeta lleno de divisiones, terrorismo, guerras, misiles... necesita un ejército de contemplativos, almas de oración que pongan a Jesús en medio. Las heridas de nuestro mundo las cura el amor de Cristo. La “enfermedad” del mundo tiene curación desde Jesús, viviendo en hombres y mujeres de oración.

Orar es buscar en Cristo, nuestra paz; es escuchar en el silencio, lenguaje de Dios: “mi paz os dejo, mi paz os doy”.

Este libro pretende ayudar a los jóvenes a orar, a tener deseos de orar más para hacerlo mejor. Su pequeña pretensión es transmitir un deseo de amar a Cristo, que nos busca para revelarnos los secretos de su Corazón. Jesús nos enseñó a orar. La oración va dirigida al Padre por medio de Cristo. El Espíritu Santo, “Señor y dador de vida”, es quien ora en nosotros con “gemidos inenarrables”.

La Virgen María, maestra y modelo de oración, ayude a los jóvenes a descubrir el camino hacia la paz. Ella que, creyendo que “para Dios nada hay imposible”, vivió en la paz, como mujer orante, con un “Sí” permanente a la voluntad del Padre.

LA ALMUDENA

Prólogo para la obra de José Sánchez Roda «La Almudena» 1993.

La devoción de España a la Virgen María ha sido una constante desde los primeros momentos de su cristianización y ha tratado de extenderla por todo el mundo, apoyando cuanto se refería a la construcción de templos en su honor y a la veneración de sus imágenes.

Las precedentes palabras, afirmadas por los autores, y que hacemos nuestras, se confirman plenamente, en lo que a Madrid se refiere, tras la lectura del libro, que ahora se nos ofrece. En efecto, a través de una densa narración, fruto de rigurosas investigaciones, se pone de manifiesto sin lugar a dudas que la historia de la Villa y Corte está desde sus comienzos hasta nuestros días entrañablemente unida a la devoción a María. Y ciertamente, hay que convenir también que este fervor madrileño es trasunto o un exponente más del cariño especial, que por Nuestra Señora reside en lo más profunda del alma de la inmensa mayoría de los españoles, como constituye prueba irrefutable esa antedicha constelación de advocaciones marianas, que con extraordinaria profusión se hallan dispersas por toda la geografía española. Pocos serán, si es que hay alguno, los pueblos de España que no veneren una imagen mariana, también unida entrañablemente a la historia local, como fuente de toda clase de mercedes, y de tal suerte que, a las ermitas y santuarios ubicados en ciudades y villas, en montes y riberas, en yermos y tierras de pan llevar, acuden todos, ilustres e ignorantes, menestrales o labriegos, poderosos o indigentes, artistas o guerreros, en demanda de su maternal protección.

La devoción a Santa María, en lo que respecta a los primeros cristianos madrileños, es afirmada por la tradición, con referencia a las épocas romana y visigótica; una devoción, y nos complace evocarlo desde este Sede, compartida con los demás fieles de la Diócesis toledana, dentro de la cual estuvo circunscrita la zona madrileña, y que se hizo notar muy especialmente tras la predicación de san Ildefonso de uno de los inmarcesibles dones de la Madre de Dios: el misterio de su virginidad perpetua.

La tradición también nos enseña que Madrid tuvo una pequeña y pobre iglesia de traza rudimentaria, cuando en esa época preislámica no pasaba de ser un pequeño villorrio, un relicario de una también sencilla imagen, que con el tiempo habría de ser su Patrona. Y sea cual hubiere sido la suerte de los cristianos madrileños y de esta imagen, después de que en las aguas del Guadalete se perdiera la corona de Ataulfo y con él España, es bien seguro que el culto a Santa María resurge con renovado fervor, cuando se recobran las tierras dominadas por los sarracenos: la Cruz cristiana y los evangelios sustituyen al Corán y la Media Luna; y la imagen de Santa María se entroniza en el viejo templo situado en la Almudayna, antigua ciudadela militar de los árabes.

Con la consolidación definitiva de la reconquista de la Villa, la devoción a la imagen de la Virgen situada en la Almudayna adquiere pronto reconocimiento oficial y público de primer rango, como así se desprende del hecho de que el

templo de Santa María ocupara ya en el Fuero de Madrid (año 1202) el primer lugar entre todas las demás parroquias de la Villa. Y también desde el primer momento, Santa María se manifiesta protectora de los madrileños frente a los asaltos reiterados de los infieles, como habrían de cantar en estrofas emotivas y brillantes Calderón de la Barca y Lope de Vega, entre otros cultivadores egregios de la poesía castellana, que cantan las gracias y favores concedidos al pueblo por la intercesión de la Virgen.

Fervientes devotos fueron, en los primeros años del Madrid reconquistado, san Isidro y santa María de la Cabeza, y más tarde, con el transcurso de los siglos, sobre todo en el período en que Madrid llegó a ser la capital del mayor imperio conocido, lo fueron los monarcas, la nobleza y muy especialmente el pueblo llano. Devoción que se materializó en la concesión a la Almudena de privilegios y donaciones regias, así como limosnas y otras ayudas por parte de la nobleza y el pueblo, hasta alcanzar, en la época de su máximo esplendor, en el siglo XVII, un considerable patrimonio, especialmente en ornamentos, joyas y alhajas.

Los autores nos dan cuenta de los pormenores citados y otros numerosos en la historia de la Almudena, algunos de singular interés; así, además de los actos solemnes de culto, especialmente eucarísticos, y formulación de votos públicos de agradecimiento por la protección y mercedes recibidas, el templo de Santa María es sede de reuniones del máximo nivel, como son las Cortes de Castilla y León en 1462, o la reunión de los procuradores de las iglesias metropolitanas y catedrales de ambos reinos en 1572. También destacan costumbres de gran resonancia y brillantez: la salida y regreso de la procesión del Corpus, o la tradicional (“cumpliendo una muy religiosa y muy santa costumbre de los Reyes de España”, decía López de Hoyos en 1569) visita de los Monarcas a Santa María de la Almudena con motivo de la entrada oficial en la Corte.

El libro recoge algunos de los milagros más conocidos, remitiéndose en este particular a otros trabajos, en los que se hace una considerable relación de estas mercedes; gracias innumerables, por cuanto que en ellas habría que incluir y con no menos valor, como advierten los autores, conversiones y curaciones del alma.

No faltan tampoco en la narración algunos sucesos menos brillantes e incluso dolorosos, como el de la demolición del Templo de Santa María, que, si nunca destacó por su magnificencia arquitectónica, tenía una significación y valor incalculable desde el punto de vista religioso, afectivo, cultural e histórico; episodio nunca documentado con tan precisión y detalle, como aparece en esta historia. Una decisión de gobierno, no justificable por simples criterios de ensanche, ordenación y embellecimiento urbano –medidas tan aconsejables por lo común– y sólo explicable por móviles sectarios, que sin embargo, Dios escribe con renglones torcidos, propiciaría no mucho después el inicio de las obras de la Catedral, que ahora se inaugura.

En todo el trabajo brilla un deseo de rendir culto a la verdad histórica, como se pone de manifiesto en el rigor y minuciosidad en la verificación de los datos que se ofrecen; fruto, como expresan los autores en la introducción, de sus propias investigaciones, o apoyándose en ocasiones en los pocos estudios ajenos, que han dedicado atención al tema.

De entre las múltiples cuestiones abordadas, dos atrajeron especialmente nuestra atención: los antecedentes e historia del Templo derribado, y la identificación histórica de Nuestra Señora de la Almudena y las vicisitudes de la imagen de la Flor de Lis.

Los autores han sido conscientes en todo momento de la dificultad para aclarar tales cuestiones; y aunque han realizado un considerable esfuerzo con este fin, no han podido ofrecer conclusiones plenamente satisfactorias. Pero también es de hacer notar, como en forma categórica advierten, que la falta de apoyo documental o de otro tipo para determinar la fecha y el autor de la imagen de la Almudena no invalida un hecho irrefutable: la secular devoción del pueblo madrileño a su Patrona.

El Papa Pablo VI, reconociendo su antigüedad y la amplitud e intensidad de esta devoción por la comarca madrileña, extendió este patronazgo a toda la Diócesis de Madrid-Alcalá por el Breve Pontificio de 1 de junio de 1977.

Han pensado también los autores que alguna de sus conclusiones pudiera herir la susceptibilidad religiosa o afectar la piedad ingenua de algún devoto de la Almudena; y en prevención de tal contingencia y sin perjuicio de someter sus puntos de vista a otros mejor fundados, consideran en concreto y por lo que se refiere a las imágenes, que lo importante es la devoción a la Madre de Dios, representada en el “simulacro” (término empleado por los antiguos historiadores), que por su carácter representativo puede ser cambiado en cualquier momento por motivos razonables, y entre ellos el deterioro natural por el transcurso del tiempo, o desaparecer por otras causas lamentables (robo, destrucción, etc.), aunque ciertamente no debe olvidarse también que la antigüedad puede contribuir emotivamente a reforzar la piedad de los devotos.

Nos encontramos ante una narración histórica, que puede considerarse amplia, minuciosa y plenamente documentada, por cuanto desciende a detalles y pormenores ordinariamente olvidados en trabajos de esta índole; y los datos que se ofrecen, han sido deducidos o contrastados con fuentes bibliográficas dignas de crédito.

En cuanto a la investigación personal y estudio de las fuentes documentales originales, nos satisface comprobar que una vez más los archivos de esta Diócesis toledana y de su Catedral han proporcionado no pocos datos, y precisamente los más antiguos, sobre los hechos que se narran.

En definitiva, nos hallamos ante un trabajo riguroso, ajeno a cualquier sentimentalismo pietista, aunque a lo largo de toda su exposición manifiesta respeto y veneración a Santa María. El trabajo aboca a unas conclusiones, que si en algunos casos no pueden ser consideradas irrefutables, podrá servir, como desean sus autores, para estimular futuras investigaciones, que contribuyan a descifrar los enigmas surgidos y hasta ahora irresueltos.

Los autores confían, por último, en que dada la condición “*sui generis*” de su estudio, en razón al heterogéneo elenco de cuestiones que lo componen (historia, tradición, leyenda, religión, arquitectura y otros), podrán beneficiarse de la comprensión e indulgencia de los lectores, y que en conjunto pueda ser valorado como una aportación útil para conocer un aspecto importante de la historia de Madrid.

Añado, además, que deseo felicitar especialmente a los autores. El Arzobispo de Toledo de hoy no puede olvidar que el Madrid de ayer pertenecía a nuestra Diócesis. Muchas veces, cuando el Arzobispo estaba en Madrid, fue a visitar a la Virgen de la Almudena para postrarse ante ella y solicitar su protección maternal. También lo hace hoy confiado en que los antiguos lazos de familia espirituales no se han roto.

SAN JOSÉ, EL PRIMER CARMELO TERESIANO

Prólogo del libro «San José, Casa Madre del Carmelo teresiano», de Baldomero Jiménez Duque, 1994.

He aquí un libro sin pretensiones, pero muy rico en su contenido. El autor se ha acercado una vez más, ahora con su alma y su pluma, al Monasterio de san José, de Ávila, para contemplarlo y escribir algo de su historia. Digo una vez más, porque lo conoce muy bien desde hace muchos años. Y lo que ha visto y contemplado nos lo entrega a nosotros, para que podamos gozar con la imagen que él ha captado.

Es un libro breve, sencillo, fruto de no pocas lecturas y consultas, en que se nos narra el origen y desarrollo del primer convento de la Reforma teresiana. Dentro de su brevedad, el libro contiene muchos datos concretos y pormenorizados, que se leen con interés y complacencia. Los diecisiete capítulos, que se nos ofrecen, son cortos, pero muy bien definidos, muy aptos para el fin que el autor se propone. Según vamos leyéndolos, fácilmente se nos ocurre decir que efectivamente deseábamos saber algo sobre lo que se nos dice. La narración es sobria, ajustada a los hechos, no de exaltación ditirámica, nada retórica ni exagerada, casi notarial algunas veces.

Santa Teresa de Jesús... Santa Teresa..., tan humana, tan digna, tan evangélicamente audaz, tan generosa y desprendida de sí misma, tan ¡santa! Cómo empezó su obra de reformación, en qué casa y condiciones materiales, cómo lo juzgaron las personas de la Iglesia de Ávila, qué monjas se unieron a ella, qué decían los frailes y superiores de la Orden...

¿Qué constituciones y qué regla se observaban? ¿Por qué había tanta alegría en la vida comunitaria y tanto gozo en la obediencia? ¿Cómo eran las comidas, las celdas, los silencios, las recreaciones...? El pequeño monasterio fue desde el primer momento un testimonio y un mensaje. Un testimonio de amor y de reverencia a lo que se sabía de la regla primitiva y a los nobles afanes de santidad de quienes, habiéndolo dejado todo, quieren seguir a Jesucristo con una entrega total y absoluta. Y un mensaje, a saber, que se podía lograr en la España del XVI una reforma de algo tan importante para la Iglesia como la vida religiosa y consagrada, sin caer en las viciadas modificaciones, que con tanta acritud y violencia de espíritu propugnó Lutero.

Ya habían iniciado su marcha hacia el ideal nunca olvidado otras órdenes religiosas, por ejemplo, los franciscanos, también con casas pequeñas, comunidades sencillas, austeridad y pobreza sumas, mortificación rigurosa.

Lo que ahora aparece como original en la Orden del Carmen, fue capacidad de decisión y fortaleza de espíritu de una mujer, Teresa de Jesús, que tuvo que vencer innumerables dificultades para lograr su propósito. Desde San José irradió más tarde a España y después a todo el mundo el espíritu de santa Teresa. Aunque en los demás Carmelos se viva igualmente ese espíritu, pero aquí en San José su recuerdo y “su presencia” hablan con elocuencia insuperable. Hasta las paredes y el pavimento y los vestigios que quedan de las

edificaciones primeras obligan dulcemente a quienes tanto aman, a caminar en la dirección señalada por la Santa. Por eso, hace muy bien el Monasterio de San José en defender intrépidamente el patrimonio espiritual que ha recibido, para poder ofrecerlo a quienes quieren encontrarlo. Se trata, como se trató entonces, de mantener vivo el ideal teresiano. “Si se enturbiara el espíritu –diremos con el autor de este libro–, si el estilo de vida fuese otro, si las observancias cambiasen su estructura fundamental y sus estructuras accidentales válidas, (no las que no lo fueran), entonces San José sería otra cosa, pero no la obra de la santa Madre Teresa de Jesús” (capítulo XVII).

Enero 1994

IDENTIDAD Y MISIÓN DEL SACERDOCIO MINISTERIAL

Prólogo a la edición española de la obra del P. Pierre Galot, S.I., «Sacerdote en nombre de Cristo», 1990.

He aquí una obra reciamente teológica, densamente bíblica y luminosamente eclesial, que por su autor y su contenido hacen superflua su presentación. Cualquier prólogo orientador podrá contribuir a empobrecerla.

El Centro de Estudios de Teología Espiritual (CETE), que se honra con su edición en lengua castellana, enriqueciendo con ello su colección *Pensamiento católico*, quiere dejar constancia de su satisfacción y de la honda gratitud a cuantos la han hecho posible.

Al preclaro magisterio de su autor, que tanta luz viene a poner sobre un tema, en que especialmente en los años del posconcilio, tantas ligerezas e incertidumbres se han venido acumulando en torno a un hecho tan consubstancial en la Iglesia, cual el de la identidad y la misión insustituible del sacerdocio ministerial.

En este punto, la primera y no la única conclusión, que de la presente obra se desprende, es la enorme superficialidad pseudo-teológica, con que frecuentemente se construyen o se divulgan “pretendidas relecturas” del sacerdocio de Cristo y de su permanente verificación ministerial en la estructura y misión de la Iglesia. Por contraste, esclarecer y recuperar el *sensus Ecclesiae*, es decir, el *sensus fidei* sobre el carisma permanente del sacerdocio cristiforme en la estructura irrenunciable de la Iglesia, constituye la más segura aportación de esta obra, magisterial teológica.

Nuestra gratitud al autor por su magisterio se convierte en gozosa satisfacción por el proceso que se ha seguido en el logro de esta versión castellana. Un equipo de sacerdotes jóvenes de la Archidiócesis de Toledo, que completa su formación en la Universidad Gregoriana de Roma, supo descubrir el gran valor de esta obra teológica sobre el sacerdocio en su edición original, y entusiasmarse con la ilusión de verla divulgada en nuestra lengua para el clero y los seminarios españoles. Asumió la responsabilidad y el enorme trabajo de su traducción, y llegó a entusiasmar y conseguir generosamente de su autor la licencia para esta edición castellana. Todo un gesto, que evidencia el talante y la valía junto con el serio empeño, con que nuestros jóvenes sacerdotes toledanos aprovechan el esperanzado esfuerzo de la Archidiócesis por su formación más completa y cualificada. Un gesto que evidentemente proporciona una honda satisfacción a su Prelado y a esta institución diocesana, el C.E.T.E, a la que se ha encomendado su publicación en España.

Se trata además de una obra teológica seria en una especial coyuntura eclesial. Meses atrás, promovido por la Conferencia Episcopal Española y organizado por su Comisión del Clero (septiembre, 1989) se celebró el Congreso sobre Espiritualidad Sacerdotal, de ámbito nacional, precedido de una intensa labor de orientación y preparación en las distintas diócesis. Por su parte, la Universidad de Navarra, en el mes de abril del presente año, desarrolló intensamente su XI

Simposio Internacional de Teología sobre “la formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales”. Ambos acontecimientos constituían una seria aportación teológica y de espiritualidad, preparatoria y ambientadora para el Sínodo de Obispos, que precisamente en estos días, en que se ofrece esta publicación, se está celebrando en Roma sobre el tema de la formación y vida de los sacerdotes.

Los dos acontecimientos previos, anteriormente mencionados, han contribuido a enriquecer la literatura sacerdotal –teológica y pastoral– con sendos volúmenes de enorme actualidad por sus contenidos doctrinales y su dimensión espiritual y vivencial sobre el sacerdocio. A ello se unirá bien pronto el fruto mismo del Sínodo y la consiguiente Exhortación Apostólica, con que normalmente se coronan los trabajos sinodales.

Un estudio teológicamente tan serio, conciso y profundo como la presente obra, en versión castellana, del profesor Jean Galot puede representar –así lo esperamos y estamos convencidos de ello– un verdadero y noble servicio de la teología al magisterio sinodal de la Iglesia, al mismo tiempo que a la formación y espiritualidad de los propios sacerdotes, a la hora de asumir en la vida de la Iglesia los resultados y frutos de tan intensa preocupación sobre la identidad y el ministerio sacerdotal. En tal sentido, nuestra Iglesia diocesana se honra al poder realizar esta aportación al momento actual de la Iglesia.

No es nuestro cometido analizar detenidamente el rico contenido doctrinal de esta obra. Pero no podemos dejar de subrayar ciertos valores teológicos que la caracterizan y enriquecen.

Ante todo, su enorme riqueza bíblico-exegética en el análisis del Sacerdocio fontal de Cristo a la luz de las fuentes de la Revelación. A ello se une lógicamente el enriquecedor cristocentrismo, que configura la identidad y el dinamismo pastoral del sacerdocio ministerial, con que el propio Cristo quiso enriquecer perpetuamente la estructura sacramental de su Iglesia. De aquí también la diáfana “eclesialidad operante”, que configura y enriquece el ministerio sacerdotal en lo que de fundamental e irrenunciable tiene en todos los tiempos.

Junto a estos valores teológicos substanciales, tan exhaustiva y certeramente analizados en las fuentes bíblicas y en la Tradición eclesial, la labor del gran teólogo, que es el P. Galot, ha sabido integrar en su análisis propiamente teológico la propia identidad específica de ministerio sacerdotal con su triple dimensión sacramental –profetismo, santificación, realeza– en la identificación participativa de la identidad sacerdotal de Cristo, Buen Pastor. En tal sentido, no dudamos en señalar la trascendencia teológica del capítulo VII de esta obra, sobre “la naturaleza del ministerio sacerdotal”.

En coherencia con esta radicalidad pastoral, el capítulo X –“el ser sacerdotal”– plantea y analiza una visión más profunda y enriquecedora de la tradicional doctrina teológica sobre “el carácter” sacerdotal, en Cristo y en el ministerio. Ambos capítulos, acertadamente fundamentados en el estudio previo de la identidad sacerdotal de Cristo, de su explícita elección y constitución de una Jerarquía eclesial sacerdotal para el ministerio, y del coherente análisis teológico de las fuentes de la Revelación cristiana sobre ambos acontecimientos, constituyen en la obra que prologamos, lo más original al par que lo más

enriquecedor en esta presentación integradora de la teología del sacerdocio ministerial.

Pero no se trata de especulaciones teológicas, sino de una verdadera “teología vivencial” –teología “arrodillada” la llamaríamos con toda justicia–, en la que se entrecruzan y desde la que se plantean y analizan certeramente tanto la identidad existencial del auténtico sacerdocio ministerial en la Iglesia, como las posibles desviaciones, empobrecimientos o deformaciones, que la historia y la actualidad podrían originar en torno a la identidad y misión del sacerdocio ministerial.

En tal sentido, la mejor síntesis del contenido de esta obra la formula ya de entrada el propio autor con estas palabras: “¿Qué es el sacerdote? Es hombre y lo debe ser plenamente. Pero hay en él algo que sobrepasa lo humano, algo que hace de él el hombre de Dios. Es por esto, por lo que fracasan todos los intentos de explicarlo únicamente por lo humano, de reducirlo a lo humano. Estos intentos no dejan de reproducirse en nuestra época en proporciones y formas diversas. Poniendo en cuestión la doctrina tradicional del sacerdocio en la Iglesia católica, nos provocan una reflexión más profunda. Se trata de volver al origen primero del sacerdocio ministerial para aclarar su significado”.

Es exactamente lo que esta obra realiza con admirable acierto.

LO PROCESAL EN LAS CAUSAS MATRIMONIALES

Presentación de la obra del Dr. Félix López Zarzuelo, titulada «Práctica procesal canónica de las causas matrimoniales», Barcelona 2002.

El Papa Juan Pablo II, en la Constitución Apostólica *Sacrae disciplinae leges*, promulgó el Código de Derecho Canónico como absolutamente necesario para la Iglesia, y resaltó la importancia de las normas en la misma: “Puesto que ella está constituida como un cuerpo social y visible, tiene también necesidad de normas, para que su estructura jerárquica y orgánica resulte visible; para que el ejercicio de las funciones, que le han sido confiadas divinamente, sobre todo la de la sagrada potestad y la de la administración de los sacramentos, se lleve a cabo de forma adecuada; para que se promuevan las relaciones mutuas de los fieles con justicia y caridad, y garantice y defina los derechos de cada uno; y finalmente para que las iniciativas comunes, en orden a una vida cristiana cada vez más perfecta, se apoyen, refuercen y promuevan por medio de las normas canónicas”.

Pero no es suficiente tener un cuerpo legal muy elaborado, sino que han de existir normas procesales para una correcta aplicación de la norma canónica, para tutelar los derechos de los fieles, para que, a través de las funciones judicial y ejecutiva, se llegue a una justicia substancial.

Es frecuente hoy, entre los que van poco a poco entronizando “la diosa libertad” en su vida y mantienen lo que ellos consideran su sentido cristiano de la vida, alardear de que les parece bien no olvidarse de ciertas presencias de Cristo en la vida, que permiten mayor o menor aproximación a lo que fluye de su inagotable respeto y amor al hombre, con lo cual un estudioso o profesional, culto y respetuoso con el anhelo de justicia, trata de evitar los obstáculos en que puede incidir al caminar a solas por los tortuosos caminos, que se originan con la ambición de los hombres. Cristo sí, vienen a decir, lo eclesiástico no. Pero ni el Cristo, que quieren conservar, es el que “vale”; ni lo eclesiástico que rechazan, libra de las caídas, más penosas que el avance, a veces tan fatigoso, por donde hay que avanzar hasta llegar a la cumbre empinada del final de un proceso en busca de la justicia.

El Papa nos lo ha recordado a obispos, jueces, abogados, etc., especialmente a través de sus discursos a los miembros del Tribunal de la Rota Romana.

Ha hablado el Papa, en primer lugar, clara y contundentemente sobre la importancia de la ley canónica y de su aplicación correcta, sobre todo en cuestiones fundamentales y difíciles. “Cuando surjan dudas en torno a la conformidad de un acto (por ejemplo, en el caso específico de un matrimonio) con la norma objetiva y consecuentemente sea cuestionada la legitimidad o también la misma validez de dicho acto, debe buscarse la referencia en el juicio correctamente formulado por la autoridad legítima (cf. C. 135, 3); y en cambio, no en un pretendido juicio privado, y mucho menos en un convencimiento arbitrario de la persona. Este principio, defendido incluso por la ley canónica, establece: “Aun cuando el matrimonio anterior sea nulo o haya sido disuelto por

cualquier causa, no por eso es lícito contraer otro antes de que conste legítimamente y con certeza la nulidad o disolución del precedente” (c. 1085, 2). Se situaría al margen del Magisterio eclesiástico, y más aún en posición antitética con el auténtico Magisterio eclesiástico, quien pretendiera quebrantar disposiciones legislativas concernientes a la declaración de nulidad del matrimonio. Dicho principio vale no sólo con respecto al derecho substancial, sino también a la *legislación de índole procesal*”.

Y de ahí que concluya su discurso Juan Pablo II con una advertencia tan seria como ésta: “Esto, sobre todo, deben tener en cuenta aquellos pastores que sintieran eventualmente la tentación de distanciarse substancialmente de los procedimientos establecidos y confirmados por el Código. A todos debe recordarse el principio según el cual, a pesar de ser concedida al Obispo diocesano la facultad de dispensar, bajo determinadas condiciones, de las leyes disciplinarias, no le es permitido, sin embargo, dispensar 'en las leyes procesales'” (c. 87, 1)¹.

En segundo lugar, tampoco han faltado en los discursos del Papa referencias expresas al *derecho a la defensa, que tienen los fieles en los juicios eclesiásticos*, sobre todo en los matrimoniales, y lo que este derecho conlleva: conocer las pruebas, publicación de la sentencia, exención de responder en juicio, secreto bajo juramento... A este respecto ha manifestado: “El derecho a la defensa de cada parte... debe ser ejercido obviamente de acuerdo con las justas disposiciones de la ley positiva, cuya finalidad es no eliminar el ejercicio del derecho a la defensa, sino de regularlo de suerte que no pueda degenerar en abuso y obstruccionismo, y de garantizar al mismo tiempo la concreta posibilidad de ejercerlo. La fiel observancia de la normativa positiva al respecto constituye por ello una grave obligación para los operadores de la justicia en la Iglesia”².

Su Santidad el Papa Juan Pablo II, finalmente, se ha referido también al derecho de las partes a un proceso justo y que a esto contribuye mucho la observancia de las leyes procesales: “El proceso justo es objeto de un derecho de los fieles (c. 221, 1) y constituye al mismo tiempo una exigencia del bien público de la Iglesia. Las normas canónicas procesales, por tanto, deben observarse por todos los protagonistas de los procesos como otras tantas manifestaciones de aquella justicia instrumental, que conduce a la justicia substancial”³.

Con el fin de secundar los deseos del Papa y prestar un servicio de orientación a todos los interesados –futuros ordinarios del lugar, jueces, promotores de la justicia, defensores del vínculo, abogados, notarios eclesiásticos y procuradores– en el desarrollo de los procesos, desde la presentación de la demanda hasta la sentencia definitiva y apelación..., sale a la luz la obra *Práctica procesal canónica de las causas matrimoniales*.

El estudio comprende dos secciones:

¹ *Ecclesia*, marzo 1995, discurso del Papa a los auditores, oficiales y abogados del Tribunal de la Rota Romana (10-2-1995), n.º. 2726.

² *Ecclesia*, abril 1989, discurso a los mismos (26 -1- 1989), n.º. 2419.

³ *Ecclesia*, febrero 1990, discurso a los mismos (18-1-1990), n.º. 2462.

1ª. Práctica con formularios, que consta de seis partes distribuidas en capítulos. Los formularios suelen ir precedidos de una breve introducción doctrinal.

2ª. Legislación canónica y civil aplicable a estos procesos. Este apéndice es un servicio de gran valor para conocer y aplicar desde estos documentos el derecho vigente. Se trata, según ha manifestado el autor en la introducción, de una obra eminentemente práctica.

Avalan al autor de la obra sus ponencias en congresos de la especialidad, su doble condición de Profesor titular de Derecho Eclesiástico del Estado, en la Facultad de Derecho de Valladolid, y de Vicario Judicial de la Archidiócesis vallisoletana, así como de Canónigo Doctoral de la Catedral.

Entre sus publicaciones sobresalen el *Proceso canónico de matrimonio rato y no consumado* y *Nuevas causas de nulidad matrimonial: Anorexia, bulimia y ludopatía*. Esta última es el discurso de su ingreso como Académico de número en la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia de Valladolid.

Esta obra no es una mera plasmación de escritos, como solicitudes, decretos, sentencias, etc., sino que presenta un *iter* procesal o secuencial de cada uno de los procesos matrimoniales desde le principio hasta el final. Además, el autor plantea los supuestos que pueden darse, y aplica la norma con soltura y facilidad.

Viene a llenar este libro una importante laguna en la práctica procesal canónica según la legislación de 1983.

Las leyes procesales, bien medidas, bien expresadas, bien explicadas, son ayuda y luz, templanza intelectual y evitación de frívolas presunciones.

Porque es así, felicito al autor de este libro por su conocimiento del tema, su estilo diáfano y sobrio, su defensa de lo que debe ser defendido.

Palabra de Vida

En esta extensa Sección se incluyen los comentarios que don Marcelo escribió en los años 1996 y 1997 sobre las lecturas de los domingos del Año litúrgico, y fueron publicados en la edición dominical del diario madrileño ABC. En cada comentario se indica la fecha de su publicación.

Ciclo A

LA LEY DE LA MUÑECA

Comentario al evangelio del XXX domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 30 de octubre de 1994.

Se acercaban ya los días de la Pasión y muerte de Jesús. Sólo Él conocía su destino próximo, la muerte “voluntariamente aceptada”. Y subió a Jerusalén como quien tiene prisa por ofrecer las últimas enseñanzas, aun sabiendo que daría lugar al enojo y la irritación de muchos de sus oyentes. Se presentía ya el final del drama, que venía preparándose.

Un escriba, un hombre de recta conciencia, a pesar de pertenecer al gran gremio de los que merecieron la dura repulsa de Jesús, al ver lo bien que había respondido a los que estaban preguntándole sobre otras cuestiones, se acercó a Él y dijo: ¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? Jesús respondió: El primero es “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser. El segundo es este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

El escriba alabó la respuesta y fue repitiendo una por una las palabras de Jesús, como quien se complace en lo que va diciendo y se recrea en rumiarlo y saborearlo para sí mismo.

Es uno de los pasajes del Evangelio, en que un hombre de limpio corazón, aunque sin ninguna relación con Jesús, se rinde ante el Maestro, acogiendo con gozo su enseñanza. Que, por otra parte, es la de la ley antigua, la de Moisés, libre ya de aquellas redundancias de expresión, que aparecen en el Deuteronomio, cuando se dice que hay que llevar esa ley en la memoria y hablar de ella, acostado y levantado, en casa y yendo de camino, atada a la muñeca como un signo, grabada en la frente como una señal, puesta en las jambas de tu casa y en los portales.

Jesús añadiría algo más, cuando expusiera en la noche última de su vida, cuál era su mandamiento, y reclamaría todas las riquezas del corazón para derramarlas por los cauces de un amor sin límites incluso a los enemigos, en un estilo más simple y sencillo, sin imágenes, que quizá eran necesarias para dirigirse a un pueblo olvidadizo y duro de cerviz.

El hecho es que aquí se nos presenta por parte de Jesús, como ley que viene dada, ley suprema, el amor a Dios, realidad cumbre de nuestra vida, frente a todas las torpezas y miserias de nuestra existencia cotidiana. Amor a Dios y amor al prójimo. No se confunden, ni se mezclan los dos amores. Pero no puede vivir el uno sin el otro. En el cristianismo vemos a Jesús muriendo en la cruz por los hombres, pero también podemos contemplarle retirándose por la noche a orar y alabar a su Padre Dios en la soledad de los desiertos. Sin este doble amor todo es mediocre, egoísta e incluso rastrero; con él, en el mundo germina y se desarrolla la buena semilla, que es fecunda siempre y extiende ampliamente sus raíces.

El amor a Dios, junto con el amor al hombre y al mundo, no impide el progreso, pero sí que los hombres tengan como único afán enriquecerse y explotar a los demás. Cuando este doble amor ilumina la vida y se convierte en norma para nuestra existencia, cambia totalmente el paisaje, porque cambia también la mirada con que nuestros ojos lo contemplan.

Será así por siempre y para siempre. Las grandes potencias económicas y los insaciables poseedores de las riquezas y placeres de la tierra se morirán de sed, sed del espíritu, porque no aman, cuando podían vivir del agua que riega toda la tierra. Cuando falta ese amor, lo suplen amores pequeños, torpes, luces de candilejas, fognazos que ciegan, en lugar del sereno resplandor de una conciencia limpia y pura.

El escriba preguntó a Jesús y obtuvo respuesta. Lo que no podía sospechar es que Aquel que le respondía, diciéndole “no estás lejos del Reino de Dios”, era el sacerdote que permanece para siempre y tiene el sacerdocio que no pasa; de ahí que pueda salvar definitivamente a los que por medio de Él se acercan a Dios, porque vive siempre para interceder en su favor, es decir, para hacer posible que permanezca el doble amor de la ley en las justas proporciones en que debe existir.

ESTAD PREPARADOS

Comentario al evangelio del I domingo de Adviento. ABC,
17 de diciembre de 1995.

Comienza hoy el Año Litúrgico, es decir, un nuevo período de tiempo, en que la Iglesia nos presenta la vida de Jesús, a lo largo de la cual van haciendo acto de presencia misterios y personas relacionados con Él.

Su nacimiento, cantado por los ángeles rodeados de las estrellas del cielo, su Pasión larga y dolorosa, su Corazón lleno de amor, su Espíritu Santo, María Santísima, José, los santos, tantos santos... La Iglesia nos ofrece una lección magistral, capaz, con la belleza de su pedagogía hecha vida, de despertar en nuestro corazón la esperanza de la salvación.

Eso es el Adviento: un tiempo de esperanza, que temple el espíritu del cristiano y le hace confiar en que sabrá superar las dificultades, si quiere, con la ayuda del que va a venir y al que el mundo y los hombres esperan incesantemente.

No se opone a esta esperanza la advertencia, tan seria y tan dramática, de Cristo sobre el triste final del que se olvida de Dios. Si se olvida y es culpable, él es el que se pierde. En tiempo de Noé, el diluvio arrastró a los que se quedaron fuera del arca; cuando llegue el Hijo del Hombre, también sucederá lo mismo a los que han querido vivir lejos de Él.

Cada día sucede esto con cada uno de los que mueren así. Y sucederá con el género humano al final de los tiempos a todos los que rechazaron su mensaje, en cuanto tenía de aviso y advertencia, "Estad preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre". Para que su llegada no nos prive de la esperanza de un encuentro feliz con Él, el Cristo de la luz y de la vida, san Pablo nos recuerda, en este primer domingo de Adviento, lo que debe ser nuestra conducta para recibirle dignamente, o ahora cuando va a venir en su nacimiento, o después a la hora de la muerte.

"Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujuria ni desenfreno, nada de riñas ni pendencias. Vestíos del Señor Jesucristo y que el cuidado de vuestro cuerpo no fomente los malos deseos". Es lo que cantaba aquel desconocido niño, con voz que atravesó como un dardo el corazón de san Agustín, empujándole suavemente hacia la luz entre sollozos y plegarias. Era un buscador de Dios. ¿Qué somos hoy nosotros?

CAMINOS DEL SEÑOR

Comentario al evangelio del II domingo de Adviento. ABC,
10 de diciembre de 1995.

La liturgia da un paso más en este segundo domingo de Adviento, y quiere hacernos sentir que la paz y la alegría están cerca. Cuando llegue la noche de Navidad, habrán pasado estas semanas, durante las cuales la voz del profeta Isaías nos avisa de que ya se siente el calor de un nuevo sol y una nueva tierra. El que va a nacer viene revestido de justicia y de amor.

La esperanza va a ser como la brisa serena, que refresca constantemente nuestra frente cansada. Nuestra vida no será nunca un cuento narrado por un idiota, según la vieja frase del desesperado Macbeth. Todo sonríe, todo cambia para el bien. El lobo habitará con el cordero, el león correrá junto al buey, el niño meterá su mano inocente en el escondrijo de la serpiente y no le pasará nada. Son imágenes propias del estilo oriental. El que las lee y las medita traslada su significado literario al de los símbolos y ve en ellas eso, el lenguaje simbólico referido a la paz deliciosa, que la venida de Cristo va a traer al mundo.

Pero dado lo que es la naturaleza del hombre y su inclinación al mal, no puede faltar la llamada a la conversión, al esfuerzo continuo por mantenernos en la relación amorosa con Cristo, el Salvador, que nos acoge a todos y es fundamento, con su resurrección, de nuestra esperanza.

Figura clave del ambiente, que aparece hoy con todo su relieve, es Juan el Bautista. Él es la denuncia implacable contra el fariseísmo, la llamada a preparar los caminos del Señor, la voz que desde el desierto predicaba la universalidad de la salvación, de la acogida por parte de Cristo a judíos y gentiles. Esto es la conversión, el estar alerta, la responsabilidad religiosa, no solamente ética, la realización de nuestros mejores deseos, el levantar constantemente la bandera de las ilusiones nobles, el mantener el entusiasmo para que a nuestro alrededor haya más amor, más alegría, más bondad, más solidaridad, más acogida a los que sufren. Siempre más de todo lo bueno. Esto es vivir con esperanza y creyendo en Cristo, que viene a salvarnos.

Él no quiere hacer otra cosa que llamar con fuerza a la conversión. Con fuerza y con dureza. Desde el desierto. El Bautista bautiza sólo con agua, para que “os convirtáis”. El que ha de venir y del que no es digno de desatar su sandalia, bautizará con Espíritu Santo y fuego que purifique a quien lo recibe. Entonces nace la esperanza de vivir. Es una esperanza de vecindad, de amor. Se asienta, en definitiva, sobre la resurrección; así es y así ha sido a lo largo de la historia del cristianismo. Los hombres y las mujeres de esperanza transforman el mundo. “Entre nuestra paciencia y el consuelo que dan las Escrituras, dice san Pablo, mantengamos la esperanza”. Ser cristiano es esperar activa y confiadamente en la fuerza y resurrección de Cristo. La piedra de toque de nuestra esperanza es sentir, confiados, que la resurrección es nuestra gran realidad. Esto nos lleva a vivir intensamente cada momento de nuestra vida, cada etapa, cada edad. Todo el Año Litúrgico –también Navidad– gira en torno a la Resurrección. Ese es el sentimiento de la celebración del domingo, el día del Señor, que viene a iluminar

nuestro caminar cotidiano. Los domingos tendrán que ser los grandes oasis de nuestra vida.

LA ALEGRÍA DE VIVIR

Comentario al evangelio del III domingo de Adviento.
ABC, 17 de diciembre de 1995.

El Bautista había estado ya en la cárcel. Del desierto había sido traído a la prisión, porque sus predicaciones molestaban. Pero allí tenía él su observatorio y hasta él habían llegado noticias de aquel nazareno misterioso y de las obras prodigiosas que hacía. Por lo cual envió a dos de sus discípulos para preguntarle: “¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?”. Es la eterna pregunta que hacemos los hombres a los sabios de este mundo, a los políticos de brillantes programas, a los ricos y poderosos que prometen las soluciones fáciles del dinero fácil y de las maniobras oscuras.

La respuesta de Jesús es desconcertante para los que quieren triunfar como sea; pero no para el Bautista, que creía en lo que los profetas habían anunciado: “Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los paralíticos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los mudos hablan, y a los pobres se les anuncia la Buena Nueva. Y dichoso el que no se sienta defraudado por mí”.

O sea, que efectivamente ese es el que esperan el Bautista y sus discípulos. Resulta que son los pobres, los lisiados, los que forman esa masa triste y despreciada del mundo, esos son los que van a ser visitados y favorecidos. Y añade una frase tremenda, que vale para ricos y pobres: ¡Dichoso el que no se siente defraudado por mí! ¡Ay, los defraudados por Cristo! ¡Los que le dejan por treinta monedas, los que hablan de Él como de un pobre personaje de la vieja e inútil cultura judía, los que se han olvidado de que ya no hay salvación más que en Él!

A nosotros, que somos tan pobres y lo reconocemos así, las palabras de Jesús nos consuelan y confortan. Las imágenes de Isaías nos alientan en el camino. Desierto, páramo, estepa, todo se llenará de vida. Nuestras manos débiles, nuestras rodillas vacilantes, nuestros ojos ciegos, nuestra lengua muda, todo se transformará. Alguien nos predicará la Buena Nueva y aprenderemos nuevos conceptos, que cambian el corazón y el alma. “No hay mayor pobreza que la falta de amor”, acaba de decir la Madre Teresa de Calcuta en un periódico nacional. Con el amor empieza a reinar Dios en nuestras vidas y brota la limpia y refrescante alegría de los corazones nuevos. ¡Cuántos millones de hombres y mujeres, incluso no cristianos, han levantado los ojos al cielo, dando gracias, o se han arrodillado, pidiendo perdón y han sentido después la paz inefable de la bendición de Dios!

Hay que saber tener paciencia, nos dice hoy el Apóstol Santiago, como el labrador que aguarda el fruto de la tierra, mientras recibe la lluvia temprana o tardía. La vida cristiana es un acto de paciencia continuada. El cumplir los mandamientos, el perdonar las ofensas, el amar al desvalido, el mantener puro y limpio el corazón, es vivir de la paciencia que sabe esperar. Poco a poco el alma se robustece y las lágrimas dan paso a esa alegría de los espíritus nobles, que sonríen y siguen adelante haciendo el bien, pase lo que pase. Esperar

siempre los frutos, que han de venir, esta es la consigna del cristiano. Aparte los milagros físicos, que Jesús realizaba como señales mesiánicas de su advenimiento a la tierra, están los milagros morales, que por el favor de su gracia están produciéndose siempre. Milagros de la vida son las conversiones de los que se rinden a Él agradecidos, la bondad de los que perdonan, los ojos que saben ver y despiertan las capacidades ocultas, que hay en los demás, el compartir los bienes que se poseen con los demás, tantos y tantos más pobres que nosotros.

Este programa social, que nace de la fe, arreglaría los problemas del mundo mejor y más pronto que los programas de los políticos y de los economistas. Con esa paciencia y fortaleza, verdaderos valores evangélicos, abandonamos la ley de la jungla, apta solamente para los poderosos de la tierra, y vamos a un mundo en que nace la convivencia pacífica, se valora y acepta a los demás, se vive la profesión como un servicio; si así actuamos, nuestras vidas, desierto, yermo, páramo, estepa, florecerán sin duda. Estaremos gozosos y alegres. Como nos dice el Evangelio que pasó con Zaqueo, la Samaritana, Mateo el recaudador, la Magdalena y tantas familias, pequeñas iglesias domésticas, y tantos sacerdotes y familias, que ponen su vida y su profesión al servicio de hombres y pueblos necesitados.

NOCHEBUENA

Comentario al evangelio del IV domingo de Adviento.
ABC, 24 de diciembre de 1995.

No dejéis de usar esa palabra en vuestro lenguaje. Durante el año es una referencia, y en los días que rodean a la fiesta, que el vocablo designa, es un suspiro, un sollozo, un recuerdo añorante, un anhelo de felicidad. Pero no dejéis de decir algo o de recordaros al menos, sobre la realidad del Misterio que se celebra. Decid una palabra sobre el nacimiento de Cristo. No temáis. No tengáis respeto humano. Aunque no cantéis villancicos, ni hayáis tenido humor para poner el Belén: si los cantáis y lo ponéis junto con vuestros hijos, mejor. Y no importa que los hijos sean mayores. Esa noche todos debéis hacer os un poco niños.

Es evidente que la Nochebuena se ha convertido para muchos en una fiesta de familia y nada más. Por añadidura, una fiesta de excesos gastronómicos, de estómagos saturados, de semi paganos despilfarros. Duele hondamente entrar esa noche en un hogar cristiano y comprobar en qué triste lejanía se halla todo lo que recuerda el Misterio. Pero, aun así, no seré yo el que condene. Los hombres somos tan pobres, que estamos deseosos que llegue una ocasión, por motivos religiosos o de otra índole, para engañarnos saboreando las falsas delicias de la vida; y aun siendo creyentes somos capaces de querer hacer compatibles la pobreza de Cristo en su nacimiento con nuestros torpes excesos al celebrarla.

Pero no todo es así. Yo saludo desde esta columna a los miles y miles de familias españolas, que esta noche rezan juntos un Padrenuestro, o cantan una canción que tantas veces ha resonado junto a los muros de la casa, y brindan y beben, o quizá, sin dejar de hacer algo de esto, recuerdan a los que se fueron para siempre, o a los que se han perdido en los caminos de la vida, y lloran en silencio ocultándose en la tristeza de un sentimiento inconsolable.

Para todos ha nacido Cristo. Para todos es esa Nochebuena, en que los ángeles cantaron el himno "Gloria a Dios en el cielo". Para todos el Niño y la Virgen y san José han mostrado su pobreza y su fortaleza, su generosidad y su actitud humilde y confiada en medio de la soledad y carencia, en que se encontraron.

El profeta Isaías había anunciado que el Señor daría una señal, a saber: que una virgen estaría encinta y daría a luz un hijo, que se llamaría Emmanuel. Ahora se cumple la promesa pregonada. El que ha nacido esta noche, nos dice san Pablo que es del que han hablado los profetas y en el que se encuentra la plenitud. Es un don de Dios, el mayor don, porque es el que Él eligió para venir al mundo, incorporándose a él de manera mucho más íntima que con su acción creadora precedente.

Caben diversas posturas y actitudes frente a la Nochebuena, si se quiere conservar algo más que la palabra, que ya es algo. Primera: la adoración, la suprema manifestación de reconocimiento de la grandeza y del honor a Dios por parte del hombre. Segunda: respetuosa admiración no exenta de ternura; es

propia de los que, sin rendirse ante Él como Hijo de Dios, admiten que de Él ha brotado eso que se llama la civilización del amor, y que puede seguir brotando. Y tercera: la indiferencia del peregrino de la vida, que no se conmueve ni ante la encarnación del Hijo de Dios, ni ante el prodigio de la doncella de Nazaret que habló con Dios, ni ante la honradez y capacidad de servicio de José, que se puso en camino en diversas direcciones, dando siempre lo mejor que tenía, que era su vida misma. Esta tercera actitud ya no es algo más que la palabra. Es negación, olvido, inmersión en las tinieblas. En cambio, otra vez san Pablo es el que nos dice que todos hemos sido llamados a formar parte de su pueblo santo. Para eso viene Jesús al mundo.

EN LA FAMILIA NACEMOS

Comentario a las lecturas de la festividad de la Sagrada Familia, domingo siguiente de la Navidad. ABC, 31 de diciembre de 1995.

La liturgia de estos días nos ha presentado ya, para que podamos adorar, a Jesús recién nacido. También a María, la Madre. Pero esta gran escuela de la sucesiva presentación del misterio, que es el Año Litúrgico, no puede limitarse a señalar figuras aisladas, independientes unas de otras. Como en la Trinidad el amor cubre a las tres divinas Personas en el cielo, así en la tierra aparece la trinidad de Jesús, María y José viviendo juntos su relación y construyendo una familia sagrada.

Son una familia, en un hogar, trabajando en un oficio, en un pueblo que se llama Nazaret. Antes de venir aquí han conocido la amargura del destierro y tuvieron que huir a Egipto para librarse del miedo persecutorio de Herodes.

Merece que nos detengamos ante ellos y, reflexionando con humildad y con amor, captemos la enorme importancia que tiene ese núcleo. Es la primera familia cristiana que ha existido en el mundo, y de ahí, como ejemplo sublime, y del sacramento del matrimonio, que un día habría de instituir Jesús, el Señor, han ido brotando caudales inextinguibles de gracia, que han dado un nuevo rostro a la civilización humana. Cuando un hombre y una mujer se entregan a sí mismos su corazón y su destino, y juntos deciden formar una familia, acontece algo que se aproxima al misterio creador del amor de Dios. La gracia fortalece y hace nueva la vida y la embellece cada día, si hay empeño en conservarla.

Esta empresa de la familia cristiana no tiene límites, aspira a lograr lo mejor para cada miembro de ella. Requiere esfuerzo y exige que cada uno aporte lo más noble y lo más grande que tenga. José, según se nos dice en el Evangelio, no piensa en las dificultades de la huida a Egipto, en lo duro que resultará sacar a los suyos adelante en un país extranjero. Mejor dicho, lo piensa como todo ser humano responsable, pero no se deja amilanar. Solo importa el bien de su hijo y de su esposa.

Después, vuelta a Nazaret, el pequeño pueblo “de donde se duda que pueda salir algo bueno”. De esa humilde familia podemos aprender algo tan sencillo y tan profundo como el desgranarse silencioso de los días y los años en un ambiente, en que “se crece en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres”. Como tantos que han crecido así en tantas familias, que han sido templos de Dios en el mundo.

En la familia se aprende y se vive la mística de lo diario, de la grandeza de la vida cristiana. La familia es el lugar idóneo, natural, para vivir el amor auténtico, permanente, confiado, desinteresado, que hace que se desarrolle lo mejor de uno.

En la familia han de esforzarse padres e hijos para aprender lo que es la tolerancia, para tener buena voluntad, para corregirse, cuando es necesario, para desarrollar sentimientos de gratitud, para alegrarse con las cualidades y

valores de los otros, para compartir y sacrificarse, para sentir la responsabilidad de uno mismo y de los demás, para comprender que el pequeño núcleo, al que se pertenece, será lo que sea cada uno de sus miembros. Y que la sociedad será lo que sean las familias, que se dan la mano para convivir y crear paz y progreso.

En el hogar cristiano es donde se percibe el don de sentirse padre, madre, hijo, hermano; donde es normal sentirse a gusto en la vida y donde brotan con toda naturalidad sentimientos de ternura, de admiración, de compasión hacia los más débiles, pues en la familia se nace y se muere.

La familia es donde se aprende a llamar a Dios Padre y a rezar el Padre nuestro. A llamar a María Madre y a rezar el Ave María. Que nadie sustituya a los padres y madres en el gozo de enseñar a los hijos a rezar, de abrirles su corazón a la confianza en Dios, de que aprendan a sentirse herederos de todo lo bueno que ven en sus padres y que Dios ha creado para ellos. ¡Cómo cambiarían para bien muchas familias, si, juntos todos, leyeran las lecturas de este domingo! ¡Abuelos, padres, hijos, nietos, escuchando lo que se nos dice en el Eclesiástico!: “El que honra a su padre expía sus pecados, el que respeta a su madre acumula tesoros”; y después, la carta de San Pablo a los corintios, ponderando las actitudes que hemos de tener: Misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión. Sobrellevándonos, perdonándonos, siendo agradecidos. ¿Qué hemos hecho de la familia, para que nos encontremos tan alejados de esta mística de lo cotidiano, que podría cambiar el mundo?

JESÚS, HIJO AMADO DE DIOS

Comentario a las lecturas del domingo del Bautismo del Señor. ABC, 6 de enero de 1996.

Nuestra reflexión se centra hoy en Jesús de Nazaret. “Me refiero –dice san Pedro en los Hechos– a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él”.

Es un pórtico maravilloso para el comienzo de la grandiosa epopeya, que se va a narrar; mejor dicho, hay en las lecturas de hoy un triple pórtico de gloria: Isaías, los Hechos y el mismo Evangelio. Suprema sencillez en las narraciones y sublime elevación en lo que se afirma. Los tres textos nos abren a la enorme e inmensa realidad de quien es Señor de la Historia, Alfa y Omega de la creación. Jesús de Nazaret, el ungido de Dios, el Mesías, el amado y elegido, sobre quien está el Espíritu de Dios, porque es su Espíritu como lo es del Padre. Este Jesús es el Señor de todos, el que ha hecho posible que millones de hombres y mujeres hayan vivido y hayan muerto creyendo en Él, seguros de que, porque Él resucitó, también a ellos les alcanzará la resurrección.

Acudió como un pobre israelita más a recibir el bautismo de Juan. Este bautismo no perdonaba los pecados por sí mismo, sino por la profesión de fe, que se hacía en el Mesías futuro, a la que Juan apelaba constantemente. Además, ¿qué pecados le iban a ser perdonados a Jesús, que no tenía pecado? ¿A Jesús, que era el anti-pecado? Inmediatamente aparecía la gran señal anunciadora de quién era el bautizado y por qué había acudido a bautizarse. “Apenas se bautizó Jesús y salió del agua, se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre Él, y vino una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo, el amado, el predilecto”. Cristo, que nace, muere, resucita y se bautiza por nosotros, para que empiece a cumplirse todo lo que Dios quiere de Él. No es un rito sin importancia, es el comienzo de la nueva etapa de su vida.

Jesús nos enseña, porque es el Hermano primogénito, el Maestro único, que tenemos que renacer del agua y del Espíritu. Más adelante, se lo dirá abiertamente a un doctor de la ley, Nicodemo. La revelación de Dios en este momento de la vida de Jesús es trascendental en la historia. Comienza la gran familia cristiana.

Cristo no hace propaganda, no manipula, no grita por las calles. No es su misión. Pero sí que lo es no quebrar la caña cascada, no apagar el pábilo que aún humea. Promueve los derechos de los hombres, la justicia y la verdad, y libera de las cadenas del pecado que los hacen esclavos del mal. Proclama a quienes son felices y bienaventurados. Pasará haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal.

En el bautismo de Jesucristo y gracias a las palabras del Padre sobre Él, vemos en la entera vida de Jesús, en sus palabras y acciones, en la Iglesia que fundó y en los sacramentos que instituyó, la voluntad salvadora de Dios. Jesús asumió nuestro pecado en el bautismo y nos prometió su gracia para que vivamos como

Él. En nuestro bautismo nos da todo lo que el Padre le dio: filiación, el Espíritu Santo, la vida eterna. El bautismo de Jesús en el Jordán significa una venida, una vocación, un acercamiento a cada uno de nosotros en nuestra debilidad y pequeñez; pero también el comienzo de una misión: promover el Evangelio, el bien, el derecho, la justicia, la esperanza, porque Dios está con nosotros.

LUZ DE LAS NACIONES

Comentario a las lecturas del II domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 13 de enero de 1996.

San Juan es el único de los cuatro evangelistas, que no narra en directo el bautismo del Señor, sobre el que reflexionamos la semana pasada, pero lo hace de modo indirecto, cuando nos presenta al Bautista pronunciando ante todos los que quieren oírle aquellas palabras sublimes sobre Cristo: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. ¡El Cordero de Dios! Aparece así la primera alusión al sacrificio. Ese Cordero será una víctima, que se ofrecerá en su pasión “voluntariamente aceptada” para quitar el pecado, para suprimir las tinieblas, que ciegan al hombre, para ser luz del mundo. Es el precioso universalismo de la religión cristiana, que, por voluntad de Cristo, ha de ser predicada a todas las gentes, no para ejercer ningún dominio opresor, sino para ofrecer a todos la posibilidad de la comunión en los mismos amores y esperanzas. Por todo ello el Concilio Vaticano II no vacilará en comenzar su texto con estas palabras tan vigorosamente afirmativas: “Cristo es la luz de los pueblos”, y desea que esa luz resplandezca sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a toda criatura.

¿Un Dios producto mental nuestro, lejano, filosófico, abstracto, ajeno a nuestra condición humana? No. Como lo ha dicho Rahner, “es el Dios de mi Señor Jesucristo”. Dios cercano, que se manifiesta, que me ama, que se interesa hasta tal punto por mí, que asume mi propio destino humano. Dios del amor, de la magnanimidad, de la comprensión, del perdón, de la justicia. Esta manifestación de Dios tiene que iluminar nuestras sombras y calmar nuestras desesperanzas. No estamos sin norte en nuestra vida. Él ha venido a salvarnos.

Cristo es la luz de las naciones, es decir, de la sociedad, luz en la orientación de las leyes, en las relaciones de hombre y mujer, en el dolor, en el uso que hacemos de los bienes, en el ejercicio de la profesión, en cada momento de la vida. Porque es en nuestra vida diaria donde tenemos que dejarnos iluminar por Cristo. ¿A qué vino si no? Ser cristiano no es una teoría, sino una forma de vida. Sólo se es cristiano viviendo el ser cristiano.

Deseamos que haya paz, serenidad, amor, que se acaben las guerras, que la solidaridad se acreciente, que el diálogo fluya paciente y comprensivo entre nosotros hasta lograr la anhelada solución. Pero actuamos como si pudiéramos lograr todo ello por no sé qué extraño procedimiento, encargándolo o comprándolo a otros. Somos cada uno de nosotros los que tenemos que hacer germinar todas esas semillas, que Dios ha puesto en nuestras manos, que se moverán impulsadas por el amor de Jesucristo. Lo bueno se multiplica, aunque sea de una manera silenciosa y no espectacular. “Las buenas obras –dice Unamuno– jamás descansan; pasan de unos espíritus a otros, reposan un momento en cada uno de ellos, para recobrar su fuerza y seguir adelante”.

Al terminar la espantosa catástrofe mundial de la última guerra, fueron hombres cristianos como Schumann, De Gásperi, Adenauer, los que levantaron la luz en medio de las tinieblas y empezaron a construir la nueva Europa, y hoy es otro

hombre, Juan Pablo II, el que casi físicamente está siendo luz de las naciones, llevando a todas partes, como no lo ha hecho nadie, el mensaje del amor cristiano.

PESCADORES DE HOMBRES

Comentario al evangelio del III domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 21 de enero de 1996.

Comenzamos este domingo a leer el Evangelio de san Mateo. En él se nos presenta a Jesús como el esperado, el maestro al que hay que seguir.

Al saber que Juan había sido encarcelado, Jesús se dirigió a Galilea a predicar a los gentiles, que habitaban en tinieblas y vieron así una luz grande. Lo había profetizado Isaías con estas mismas palabras. Fue a librarlos de toda opresión y a enriquecerles, como se dice en el salmo, con su luz y su salvación. A partir de entonces, los que le conocen empiezan a decir y casi a gritar. “Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por todos los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplar su templo. El Señor es mi luz y mi salvación”. Es el grito jubiloso y conmovido de todo el que encuentra a Dios, del convertido, de todo el que experimenta el gozo de verse libre de las tinieblas y vuelve como el hijo pródigo, a recibir el abrazo del padre.

Jesús predica el Reino de Dios. Desde este momento inicial hasta que muera en la cruz, toda su acción va encaminada a lograr que el Reino de Dios se establezca en nuestras vidas. “Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos”. Convertirnos a Él y seguirle con todas las consecuencias. Lo importante, lo más importante para todo hombre es el evangelio que Él predica. Su invitación resonó en el contexto de su época y así tiene que resonar en la nuestra. Cambio, conversión desde la raíz.

Es importante que pensemos en qué es lo que verdaderamente reina en nosotros, porque así descubrimos en qué y de qué somos esclavos. No nos engañemos pensando únicamente en los males de la sociedad, del mundo contemporáneo, del ambiente en que vivimos. Si no pasamos de ahí, nos quedaremos en la cómoda actitud del que no se compromete, del que se refugia en su egoísmo, contribuyendo así, por acción o por omisión, a la desgraciada situación que lamentamos.

Empecemos por nosotros mismos. ¿Qué reina en nosotros? ¿Qué es lo que nos gobierna? ¿Bajo qué dirección caminamos? Es muy importante, también desde el punto de vista social y comunitario, que seamos sinceros con nosotros mismos y conscientes de lo que nos domina, de lo que deseamos de verdad, de lo que nos envuelve en las sombras de nuestras propias pasiones desordenadas. *Convertíos*, es la palabra de Cristo. Conversión continua como consigna suprema de nuestra vida. Esto es lo que nos pide el Señor. Este es el fundamento sobre el que se levanta su Reino. He aquí una reflexión sumamente sana y saludable al comienzo del año.

Y después, un segundo paso para preguntarnos. Si Dios reinara en mí, ¿qué me ocurriría? ¿Cómo sería mi vida? ¿Mis relaciones con los demás, con mi trabajo, con mi familia? ¿Qué uso haría de mis cualidades, de mis bienes? ¿Cómo serían mis tiempos de ocio, de descanso, de diversiones?

Que el lector no se extrañe. Si ha de haber conversión, ha de haber esas preguntas. Y si no hay conversión, la fe en Cristo se apaga. Después, naturalmente, el cristianismo queda como un recuerdo bello o como un vestigio apenas operante. Esta actitud de conversión, que nos hace mirar a Cristo como luz de nuestra vida, reclama de nosotros, los cristianos, una unidad fundamental, que haga de nosotros una familia. Nada de divisiones entre los hijos de la Iglesia, que siempre hacen daño. Nada de pluralismos separadores en nombre de Dios. ¡Qué absurdo querer ser de Apolo, de Pablo, de Pedro! No, somos de Cristo. Y en Cristo es donde se construye su Reino. No lo construyen los tradicionales, ni los progresistas, los jóvenes o los mayores.

Si Dios reina en nosotros, seremos verdaderos anunciadores de su Reino. Nadie ha muerto por nosotros más que Cristo. Tiene que haber en la Iglesia, que es lugar del Reino en el mundo, una mano que mantenga sin desviaciones la unidad necesaria. El que anuncie el Evangelio tiene que anunciar a Cristo tal como es, no como cada uno quiera inventarle.

Por último, en este anuncio del Reino y como manifestación más elevada de la conversión y del deseo de Cristo, está la llamada individual a cada uno. De ello habla el evangelio del día en esa página deliciosa, en que Jesús, junto al lago de Galilea, llama a Pedro y Andrés para hacer de ellos “pescadores de hombres”. Después a Santiago y a Juan, y estos a otros. Empezó así la historia del seguimiento de Cristo por parte de los hombres de buena voluntad, aunque fueran rudos y sencillos. Todo lo dejaron para seguirle a Él. Para ellos, Jesús fue más real que sus redes y su barca. Su palabra y su amor se extendieron por el mundo predicando la conversión.

LAS BIENAVENTURANZAS

Comentario a las lecturas del IV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 28 de enero de 1996.

Todas nuestras expectativas giran en torno a la felicidad. Su búsqueda es el afán supremo de la vida humana. Todo lo que hacemos es porque estamos necesitados de esa plenitud, que nos proporciona –así lo imaginamos– ser felices. Dios nos creó anhelosos de felicidad, con capacidad para lograrla y nuestro fin es la bienaventuranza eterna.

Nuestra vida puede ser magnífica, pero la adulteramos y la convertimos en un ídolo, “la vida”, al que sacrificamos nuestra existencia. Y estamos dormidos o enajenados por falsos dioses, y vivimos de manera que se nos oculta la realidad auténtica. Somos ciegos y sordos o pobres videntes, que escuchamos y tratamos de atisbar raquíticas promesas. Quizá de vez en cuando, una vibrante llamada, una rica experiencia, un chispazo de amor auténtico nos sacude. Pero la rutina, las diversiones, la propaganda, los programas de placer y bienestar, los dolores inesperados, los fracasos nos despistan, nos desilusionan, nos llenan de congoja.

Jesucristo, en los albores del tercer milenio, proclama, como ayer, la vigencia de las bienaventuranzas y de todo cuanto pronunció en el Sermón de la Montaña. A nosotros, ricos en tantos maravillosos logros del esfuerzo humano, sumergidos también en tantas angustias, violencias y decepcionantes fracasos, nos ofrece una nueva existencia, a la que cada uno de nosotros hemos de aspirar. Ahí está nuestra responsabilidad y el ejercicio de nuestra libertad. Nuestras acciones no sólo tienen que ser libres, sino generadoras de libertades para nosotros y para los demás.

Y seremos bienaventurados en tanto en cuanto aprendamos a caminar en esa dirección. Ello nos exigirá a veces nadar contra corriente. Habrá que hacerlo. Y lo han hecho millones de discípulos seguidores de Jesús, que han dado la vuelta a sus vidas, situándolos en la cumbre de la grandeza humana.

El cristianismo no es una serie de rígidas fórmulas morales. El Nuevo Testamento, el Evangelio, el Sermón de la Montaña quiere hacernos comprender el sentido mismo de nuestra vida, que ha de entenderse desde su raíz en función del amor de Dios Padre, de nosotros hacia Él como hijos, y de hermanos entre nosotros con Jesucristo.

“El Sermón de la montaña –dice Papini– es el título más grande de la existencia de los hombres. De la presencia de los hombres en el infinito universo. La justificación de nuestro vivir. La patente de nuestra dignidad de seres provistos de alma. La prenda de que podemos elevarnos sobre nosotros mismos y ser más que hombres. La promesa de esta posibilidad suprema, de esta esperanza: de nuestra ascensión sobre la bestia”.

En realidad, las bienaventuranzas desmontan los ídolos, los falsos dioses, las falsas felicidades, la idolatría del dinero, de la avaricia, del afán de poseer, del egoísmo, de la injusticia, de la esclavitud de la carne, del orgullo, del respeto

humano que impide confesar a Cristo, de la venganza. Las bienaventuranzas son locura a los ojos de cierta sabiduría humana, pero hace felices en esta vida a los que las practican; y ayudan a construir una sociedad sana y vigorosa. Porque son felices los que están disponibles en su alma y abiertos para caminar junto al hermano hacia Dios. Los que no viven atados y temerosos de perder sus posesiones y sus cosas. Los humildes, los sencillos, los de corazón bueno capaz de comprender, de amar, de perdonar, los que no se dejan llevar por la envidia ni las dobles intenciones, los que tienen hambre y sed de justicia y ponen su alma al servicio de todas las causas nobles, los que padecen persecuciones, pero saben que éstas no son la última palabra de la vida. Las bienaventuranzas son “sabiduría, justicia, santificación y redención”, son la vida de Cristo, como dice san Pablo en la carta a los corintios. Dios se nos ofreció en Jesucristo humildemente y ese es el motivo de su dignidad.

LUZ Y SAL DE LA TIERRA

Comentario al evangelio del V domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 4 de febrero de 1996.

He aquí al supremo Maestro haciendo un elogio desmesurado a sus discípulos: “Vosotros sois la sal de la tierra, la luz del mundo”. Quiere decir: “vais a ser”, “tenéis que ser”. Porque en el momento en que les habla, ¿qué eran aquellos pobres hombres? No sólo los del pequeño grupo invitado a seguirle, sino todos los que escuchaban al que hablaba desde lo alto del montículo, en que se había colocado. No eran nada, se disponían a serlo.

En sus almas había prendido ya la llama, que se convertiría en un incendio poco tiempo después. Luz y sal. Dos imágenes muy ricas, vitales, concretas, llenas de un sabor experiencial de cómo tenemos que ser los que nos profesamos cristianos. Sal de la tierra y luz del mundo. Conservación de lo que nos alimenta, energía, vida, sabor, claridad, difusión, irradiación. Son muy gráficas y comprensibles la realidad y la eficacia de la sal y la luz en la vida humana.

Las dos imágenes implican radicalidad y sinceridad en lo bueno, sin escamoteos ni evasiones. Y también su fuerza expansiva. Si la sal se vuelve sosa, ¿para qué sirve? Y la luz, cuando hay luz, alumbra a todo y a todos. No hay vuelta de hoja.

Ser luz y sal es estar vivo y hacer vivir, amar y enseñar a amar, crecer y ayudar a crecer. La luz y la sal lo inundan todo, lo penetran todo, lo invaden todo y a todo dan color y sabor. Las imágenes de Isaías, como es peculiar en él, también nos ayudan. Nos brotará la carne sana, se abrirá camino la justicia y detrás la gloria del Señor. Esto es vivir con una fuerza que dinamiza la propia vida y estimula a los demás. Significa vivir de la fuerza interior, de la capacidad de disfrutar de cosas cotidianas y sencillas, vivir al amparo y abrigo de la verdad, no depender de los estados de ánimo del prójimo, de las diversiones externas, de la suerte o del éxito. No hay condiciones. Jesús nos exige actuar confiando en Él. Dios nos da ayuda para hacer surgir en su momento un mundo nuevo, con unas relaciones nuevas, como acontece a diario en la vida.

Lo que sucede es que se presta más atención al mal que al bien. El tipo de convivencia social, que hemos creado con un continuo abuso de las libertades que podríamos disfrutar con dignidad, está frecuentemente envilecido, sucio, devastadoramente corrompido y corruptor. Cree este pobre hombre de hoy que tantas cosas sabe, que tiene derecho a todo sin asumir ningún deber. Hay muchas cátedras de escribas y fariseos, que no disipan las tinieblas, ni muestran la luz, y así los discípulos se quedan sosos y ciegos para alimentar e iluminar a los demás.

A pesar de todo, es un hecho que la bondad divina se manifiesta a los hombres, que se entregan a ella. Somos nosotros los que tenemos que dar testimonio de la bondad de Dios, hacerla patente y manifestarla a los demás. El mensaje de Jesús exige nuestra propia transformación. No hay que esperar. Hay que ser ya luz y sal, carne sana y gloria de Dios. O dicho con palabras más directas: hay que evangelizar, tomar parte en las tareas del Evangelio.

Este es, a mi juicio, el más grave problema, que padece el cristianismo hoy. Siglos atrás sirvieron muchos al Evangelio, o con la espada o con los regímenes políticos confesionales. Hoy vemos con claridad que no es este el servicio de evangelización, que se nos pide. Es otra actitud, la de la palabra y el testimonio, la de hablar de Cristo y de su honor, de su muerte y resurrección, de su Corazón y su pensamiento, de su herencia y sus enseñanzas. El día que tengamos muchos hombres y mujeres así dispuestos, se verá cómo los cristianos somos sal de la tierra y luz del mundo.

Para ello, no hace falta, como nos dice san Pablo, ningún género de sublime elocuencia, sino solamente presentar y vivir a Jesucristo y éste crucificado. La predicación de san Pablo es la manifestación del poder del Espíritu; nuestra confianza se apoya en el poder de Dios, que nos creó y nos redimió. Él responde de lo que ha hecho, de la historia de la humanidad, y de la vida de cada uno de nosotros. A pesar de que nos parezca lo contrario, no llevamos más carga de la que podemos llevar. Dios está con nosotros. Jesucristo es real y su amor lo hace todo posible.

LIBERTAD MORAL

Comentario al evangelio del VI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 11 de febrero de 1996.

“Ante ti están puestos fuego y alma; echa mano a lo que quieras. Delante del hombre están muerte y vida; le darán lo que él escoja”, dice el libro del Eclesiástico. Todos tenemos que optar, escoger. Son momentos críticos los que atravesamos, sobre todo para los que tienen menos formación y menos sabiduría de la vida.

Me refiero a la sociedad, en que vivimos, a los juicios de valor, que se hacen sobre la vida, la familia, el poder, el dinero, el placer, las diversiones, los criterios y normas de moralidad; en una palabra, todo lo que da a entender el sentido de la vida, que tiene cada cual. Muchos carecen de una visión global, ordenada y recta; y otros muchos dan la impresión de haberla perdido. Ni moral, ni religión. Entusiasmos alocados e incertidumbres tenebrosas. Se experimenta mucho desconcierto, mucha soledad de espíritu y de corazón, mucha decepción y desconfianza. No sirven las técnicas de liberación, que se anuncian. Cuanto más pretenden liberar, más esclavizan.

Sabemos perfectamente que nos es dada la capacidad de elegir y decidir, pero eso solo no es suficiente. Se trata de alcanzar la libertad moral, la libertad que nos perfecciona, la libertad responsable, la que construye cada uno de nosotros dentro de sí mismo por el ejercicio de las propias acciones. Esa es la que puede hacernos progresar.

A esa libertad es a la que se refiere Jesucristo, cuando nos dice: “Habéis oído que se dijo, pero yo os digo: No es suficiente no matar, tampoco es lícito insultar; antes de llevar la ofrenda a Dios, ve a reconciliarte con tu hermano; cometer un adulterio es un delito, pero también lo es mirar a una mujer, que no es la tuya, con ojos de lascivia”.

Es tan alta la exigencia y tan elevada la meta que se nos presenta, que no debemos extrañarnos de que muchos abandonen el camino, como el joven rico, que un día quiso seguir a Jesús y se alejó tristemente, porque le pareció que era demasiado lo que se le pedía. Mas Jesús no cedió. Siguió y seguirá llamando. Y muchos, muchísimos, irán tras Él en todas edades. No hay libertad mayor, ni más auténtica que esa.

No podemos consentir que invada nuestro corazón y nuestro pensamiento la deslealtad, la infidelidad, la ambición egoísta. Él no ha venido a abolir la ley antigua –la promulgada por Dios–, sino a darle plenitud; y a hacernos comprender la grandeza de la vida humana en su raíz, en su crecer y en su florecer.

Este programa tiene por sí mismo tal dignidad; y, practicado, tal capacidad de elevación del ser humano en su vida personal y en el conjunto de su vida social, que le hacen merecedor siempre de la adhesión fervorosa de todos los espíritus nobles de la tierra, aunque su debilidad les impida avanzar. Otras veces superan los obstáculos y triunfan. Las vidas de los santos, aun cuando no sean

canonizados por ningún tribunal romano, tantos y tantas como hay en las circunstancias más inverosímiles, lo certifican, y nos hacen recordar lo que dijo el mismo Jesús, precisamente al exponer su doctrina: “Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse hasta la última tilde de la ley”. ¿De qué ley, si no es la suya, la ley de Dios? Libremente, para ser santos; y libremente, para perder la vida por amor a Él.

QUE NADIE SE ENGAÑE

Comentario a las lecturas del VII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 18 de febrero de 1996.

Las tres lecturas del domingo séptimo son de una grandeza incomparable. Moisés habla de los hijos de Israel y les dice de parte de Dios: “Sed santos, porque yo, vuestro Dios, soy santo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. San Pablo utiliza otro lenguaje, porque ya ha conocido la revelación de Jesucristo: “¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros”. La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios. Lo verdaderamente importante es ser de Cristo, como Cristo es de Dios.

¿Se puede alcanzar esto en la tierra? ¿Ser de Cristo hasta ese grado? Sí, se puede. Y de eso se trata, de facilitar una formación cristiana tan rica y profunda, que vivamos persuadidos de ser templo del Espíritu. Santa Teresa en el libro de Las Moradas nos revela la hermosura y la capacidad del ser humano para poder albergar al Rey que viene hasta él.

Que nadie nos engañe con otros proyectos de hombre. Es vital creer que Dios puede realizar una gran obra en nosotros. El Espíritu de Dios nos hace caminar, ascender, abrirnos al horizonte infinito de su hermosura y su verdad.

Lo que nos pide Jesús es diáfano, lo entendemos bien, encierra una exigencia sublime, sí, pero llena de vida y de amor. No hagas frente al que te agravia. Busca en tu interior la fuerza que disuelva toda violencia. Cuando te hieran, abre el corazón, perdona.

Escribió un día el eminente humanista Dr. Marañón que “el generoso no tiene necesidad de perdonar, porque siempre está dispuesto a comprenderlo todo y es inaccesible a las ofensas”. Ama a tu enemigo, haz el bien al que te aborrece, reza por el que te persigue y calumnia. Y tras esto, la apelación a Dios, la necesidad de unirse con Dios como lo que somos, templos de su Espíritu, de que hablaba antes. “Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos”.

Este es el espíritu de familia del verdadero cristianismo, apartarnos de las sombras que oscurecen nuestra vida, para las que creemos tener tantos motivos de justificación, y dejarnos iluminar el corazón por esa luz superior de la caridad. Si amamos sólo a los que nos aman, si perdonamos solamente a los que nos perdonan, ¿dónde está nuestro cristianismo? ¿Dónde nuestra imitación de Cristo? Amar como vuestro Padre, nos dice el Señor. Ciertamente aquí, en estas llamadas de Cristo a nuestro espíritu hay algo más que una moral y unas normas externas por muy autorizadas que estén. Se trata de creer y confiar en Dios, que da la gracia a manos llenas para devolver bien por mal, amistad por indiferencia, respeto por desprecio, amor por odio.

Los que así obran engendran un orden nuevo, manifiestan a los demás quién es Dios Padre y cuál es su voluntad. Su conducta mueve los corazones y les hace

comprender –volvemos a la santa de *Las Moradas* y el castillo interior– la gran hermosura del alma y su capacidad.

Que nadie nos engañe. Todo cambia radicalmente desde el momento en que nos reconocemos a nosotros mismos amados por Dios, sabiendo que todo es nuestro, nosotros de Cristo, y Cristo de Dios.

CUARESMA

Comentario a las lecturas del I domingo de Cuaresma.
ABC, 25 de febrero de 1996.

Con el Miércoles de Ceniza ha comenzado el tiempo cuaresmal, tiempo de conversión, de purificación, de retorno a la casa paterna de todos los que se han alejado. Desde los primeros tiempos del cristianismo, las pequeñas comunidades, que vivían de la fe en el Resucitado, tenían dos celebraciones fundamentales: una, semanal, el domingo; otra, anual, la Pascua, que pronto vino a ser el triduo pascual. El domingo era el día del Señor, victorioso y resucitado; el triduo pascual, la celebración de la muerte y resurrección de Jesús, que se iba convirtiendo en el centro de su vida y de sus esperanzas. ¿Cómo no prepararse debidamente para la renovación sacramental de aquellos acontecimientos sagrados, que permitían incorporarse a la pasión, muerte y resurrección de su Redentor?

Hoy la Cuaresma es un periodo de tiempo perfectamente definido, que dura desde el Miércoles de Ceniza hasta la tarde del Jueves Santo, en que empieza el triduo pascual. La Iglesia ha cuidado y cuida este tiempo con esmero exquisito. Lecturas bíblicas, ascética de las privaciones voluntarias, ayunos, actos litúrgicos, ejercicios de piedad personales y comunitarios y, al fondo de todo ello, la figura de Jesús ofendido que nos perdona, que nos protege; de Jesús muerto, que nos da vida; de Jesús resucitado, que llena nuestra capacidad de amar. ¿Por qué no cuidar todos los que creemos en el Evangelio que se note el que también nos preparamos para la Pascua? ¿Por qué no ser un poco más cristianos? ¿Quién habla de cuaresmas sombrías y masoquistas, de tenebrosos horizontes de pecado y maldición de un Dios justiciero y vengativo? La Cuaresma es vida, recuerdo emocionado, llanto purificador, paz, resurrección.

Las lecturas de este primer domingo de Cuaresma son extraordinariamente iluminadoras. En la primera, aparece la grandiosidad de la creación. En la segunda, san Pablo contempla el misterio del mundo “y por el pecado, de la muerte”. Pero aparece Jesucristo, que con su gracia ofrece el don de la redención a todos. Y en la tercera leemos el pasaje impresionante de las tentaciones de Jesús en el desierto.

Lleva allí cuarenta días de oración y ayuno. Se le aparece el tentador, el eterno enemigo del hombre. Y a las tres tentadoras sugerencias, las que hacen sucumbir al hombre todos los días, vienen las tres respuestas del Hijo de Dios, llenas de luz, programáticas, precursoras de tantas enseñanzas como van a venir a lo largo de su predicación evangélica. La obediencia a Dios, “no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”; la prohibición del orgullo, “no tentarás al Señor, tu Dios”; y el rechazo de todas las idolatrías, “adorarás al Señor, tu Dios y a Él solo darás culto”.

Estos textos son un espejo, en que se refleja nuestra historia. Dios nos creó a su imagen y semejanza, para que en nuestra mente y en nuestro corazón Dios sea Dios. Comprendemos en Él y realizarnos en Él. El pecado es la rebeldía y el alejamiento de Dios, peor aún, la ruptura de toda relación beneficiosa de la

criatura con el Creador, del hombre con la mujer, del morador de la tierra con la naturaleza. El pecado es el gran fracaso del hombre, aunque no lo parezca.

ACOMPAÑADOS POR JESÚS

Comentario al evangelio del II domingo de Cuaresma.
ABC, 3 de marzo de 1996.

Lo escribo así, más bien que acompañando a Jesús nosotros, porque Él es quien tomó la iniciativa, por la voluntad del Padre. Se transfiguró delante de Pedro, Santiago y Juan, los mismos que estarán también muy cerca de Él la noche negra de Getsemaní. Pedro, años después aún conmovido por el recuerdo de este día de gloria, se dirige a sus destinatarios, afirmando que él y otros oyeron la voz que decía: “Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias”. Fue como si de repente quisiera el Señor que percibieran por la vista y el oído el fulgor de su divinidad.

Jesús resplandecía como el sol y sus vestidos eran blancos como la luz. Con Él estaban Moisés, representante de la ley, y Elías, de los profetas. La continuidad en la historia de la salvación de la humanidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre Israel y el Reino de Cristo.

La narración de san Mateo es un consuelo para nuestro espíritu, un alivio en nuestro caminar, un gozo profundo, porque es un anticipo de la Resurrección y de la Ascensión. Necesitamos leerlo y saborearlo para que se inunde nuestro interior de ese resplandor del sol y de esa blancura de la luz de Cristo. La liturgia es muy sabia al ofrecernos hoy esta lectura, en que se contempla un monte tan resplandeciente, después de habernos situado el primer domingo de Cuaresma junto al monte sombrío de las tentaciones. Caminamos hacia la Pascua, hacia la Resurrección de Jesús y la nuestra.

La luz que sale de Jesús le pertenece como algo propio. Él es la luz del mundo, y esta luz inunda a Moisés y a Elías, con los que está conversando. Grandiosa escena en que la sencilla espontaneidad de Pedro nos hace sonreír y sentir una cálida simpatía hacia su intervención, ¡qué bien que se está aquí!

Tanta plenitud le invade, que su corazón se ensancha y se olvida de sí mismo, de sus compañeros, de todo; iba a decir que hasta se olvida de lo que diría el sentido común: “hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés, otra para Elías”. Es el gozo inefable de estar junto a Cristo, que han experimentado todos los espíritus nobles apenas han comenzado a sentir, con el auxilio de la gracia de Dios y de la pureza de sus vidas, la cercanía de lo divino y, más aún, del mismo Hijo de Dios.

Las exigencias de la vida, unidas a nuestra propia flaqueza, nos debilitan; y la experiencia nos dice que no podemos encontrar apoyo solamente en nuestras fuerzas, seguridades y pertenencias. San Pablo, en el fragmento que hemos leído hoy, nos pide más, algo más que salir de nosotros mismos y de nuestra comodidad doméstica. Nos pide tomar parte en los duros trabajos del Evangelio, según las fuerzas que Dios nos dé.

Nosotros tenemos que ser también evangelizadores. Tenemos que hablar de Cristo, defender a Cristo, dar a conocer y mover a amar a Cristo. Nos esperan muchos hombres y mujeres, que sufren, que no tienen fe, que buscan erróneas

evasiones en el alcohol, en la droga, en el placer egoísta, en el sucio dinero y ambición. Necesitan el sol de la transfiguración. Nadie se salva solo. Nadie es feliz solo. Tenemos que dar a conocer a Jesucristo.

LA SAMARITANA

Comentario al evangelio del III domingo de Cuaresma.
ABC, 10 de marzo de 1996.

En este tercer domingo de Cuaresma el fragmento evangélico que leemos, es de san Juan. Se trata del diálogo de Jesús con la Samaritana, la mujer pecadora, hacia la que nadie que haya leído la narración evangélica completa, habrá dejado de sentir simpatía. Hay en ella una mezcla de desenvoltura, de sincera humildad, de actitud femenina deseosa de saber, más bien que frívolamente curiosa, de religiosidad a pesar de su vida manchada, que conmueven.

Cuando le dice al Señor: ¿cómo tú siendo judío, me pides a mí que te dé de beber, a mí que soy samaritana?, no hay en ello ninguna negativa o rechazo; de sobra se ve que le va a ofrecer el cántaro o la vasija de agua fresca que ella ha sacado del pozo. La pregunta es referida a un hecho social, que está ahí, en medio de ellos, la separación radical entre samaritanos y judíos, que llega hasta ese extremo. El hecho social, que tantas veces se interpone entre los hombres o los pueblos, y estorba todo intento de acercamiento hasta hacer imposible la convivencia fraterna.

Aquí era la tradicional enemistad entre samaritanos y judíos. Pero Jesús no permitió que el diálogo derivase hacia tan mezquinas referencias. Clavó sus palabras directamente en el corazón de aquella mujer, que no era mala. “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, le pedirías tú y Él te daría agua viva”. Ya está inquieta la mujer. Va desapareciendo de ella toda sombra de arrogancia o de ligereza. Jesús sigue hablando del agua viva, que Él puede dar, que salta hasta la vida eterna. “Señor, le dijo ella, dame de esa agua para no tener más sed, ni tener que venir aquí a buscarla”. ¡Cuántas veces un grito o un susurro parecido, que apenas se ha hecho sentir en la oscuridad silenciosa de muchos templos, ha servido para que alguien se acerque a un pobre confesionario y se libere de la pesada carga de la carne, que le tenía esclavizado! ¡Dichoso si en ese momento encuentra a un sacerdote “fatigado junto al pozo”, pero que sabe hablar sin reñir, y ofrece un poco de agua fresca a los labios del penitente!

Ella pone su alma al desnudo ante el suave impulso de la gracia, que llega a ella en forma de invitación: “Anda y llama a tu marido y vuelve”. Y al decir “no tengo marido”, Jesús rompe definitivamente la suave coraza, con que ella se protege acogida a un pudor, que aún no ha perdido y contestó: “Bien dices, porque has tenido cinco maridos y el que tienes ahora no es tuyo”. Todo lo demás aparece ya tocado por la gracia de la conversión.

La Samaritana va corriendo al pueblo y grita a unos y a otros: “Venid a ver un hombre que me dicho todo lo que he hecho”. ¿Qué le importa a ella que los demás piensen de su vida lo que quieran? Lo que en el fondo de su corazón anhela es saciarse del agua viva, que el desconocido ofrece. Tenemos derecho a suponer que, si samaritanos y judíos se hubieran reconciliado, esta mujer habría sido una de las que siguieron a Jesús hasta el Calvario. No fue así. Pero logró que muchos creyeran en Él. La pecadora se transformó en apóstol del

Señor. Y cuando el paso de los años la dejó oprimida por sus dolencias, no nos la imaginamos abatida y triste por su vejez, sino gozando del recuerdo imborrable de aquel que la había dicho palabras tan hermosas.

CREO, SEÑOR

Comentario al evangelio del IV domingo de Cuaresma.
ABC, 17 de marzo de 1996.

Lo que los hombres han rechazado, con mayor obstinación, del mensaje cristiano –escribe Mauriac– es que el valor de la fe sea igual en todos los hombres y en todas las razas. Es valioso el óbolo de la viuda pobre, porque da con fe todo lo que tiene; y lo son la actitud del centurión, la de Zaqueo, la de la cananea, la del buen ladrón, porque ponen de manifiesto su fe. Como lo es la entrega total de la Samaritana, que comentábamos el domingo anterior, entrega reflexiva, no alocada y calenturienta, movida por un corazón bueno y arrepentido, deseoso de abandonar tantos amores extraviados. Como valiosa es también la fe del pobre ciego, del que nos habla el evangelio de hoy. Para Jesús no hay acepción de personas.

Las lecturas de hoy son una nueva confirmación de lo que digo. Es el domingo de la luz. La cada vez más próxima Pascua, con el esplendor de la Resurrección, hace que la liturgia esté ya como traspasada por reflexiones y hechos, que simbolizan o afirman la cercanía del que es la luz en las tinieblas.

Contra toda apariencia, porque Dios ve con ojos distintos de los nuestros y con una luz que no es de este mundo, es ungido David, rey de Israel. El más pequeño para la empresa más grande. Tenemos que estar atentos a Dios y a los caminos por donde quiera llevarnos. Que sí se conocen, si queremos.

San Pablo, con su carta a los efesios, nos dice que cuando vivíamos apartados de los caminos del Señor, éramos tinieblas. Pero ahora somos luz en el Señor y hemos de caminar como hijos de la luz, portadores de toda bondad, justicia y verdad, que son el fruto de la luz, y buscando siempre lo que agrada al Señor.

A los que prefieren no hacer caso y seguir en la esterilidad tenebrosa de su lejanía les recuerda san Pablo las palabras de un himno litúrgico, que se cantaba en las reuniones de los cristianos, cuando podían celebrarlas sin peligro. “Despierta, tú, que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz”. Otra vez la luz. Y para completar la enseñanza, que la liturgia nos ofrece con las lecturas de este domingo de la luz, se nos presenta la narración evangélica de la curación de un ciego de nacimiento.

Es una página literariamente de las más bellas del Evangelio. El dramatismo que encierra, no es suficiente para borrar la hermosa simbología, que encierra la forma de actuar de Jesús: saliva en el polvo, barro humedecido, aplicación a los ojos, lavatorio en la piscina de Siloé... ¿no es todo ello algo así como acudir a la pila bautismal para pasar de las tinieblas a la luz? Porque fue todo un proceso el que quiso seguir Jesús para curarle. Nosotros también tenemos que reconocer nuestra ceguera, sentir la necesidad de ser salvados por Él, valorar el poder de la gracia de Dios. Tenemos que escuchar sus palabras y abrir nuestro corazón a la luz y a la esperanza. Ponernos en las manos de Jesús, aunque de momento nos parece que sólo sentimos el barro en los ojos. Lavarnos, purificarnos,

confesarnos, creer en los sacramentos como signos reales de la salvación, del amor de Dios, de la cercanía de su misericordia.

JESÚS SE ECHÓ A LLORAR

Comentario a las lecturas del V domingo de Cuaresma.
ABC, 24 de marzo de 1996.

Es el domingo de la resurrección de Lázaro. Nuestros mayores, en muchos pueblos de Castilla, recitaban en verso los evangelios de la Samaritana, del ciego de nacimiento, de Lázaro resucitado. Eran como romances populares, fáciles de aprender y retener, que se transmitían de padres a hijos.

Nuestra resurrección. Esta es la gran realidad, en que se nos invita a pensar en este quinto domingo de Cuaresma. Esta tiene que ser la fe que alimenta nuestro duro camino diario. Dios es un Dios de vivos. ¿Cómo va a ser Dios, Amor y Padre, un Dios de muertos?

Pero no nos interesa lo que sucederá o sucedió históricamente con un reino terrestre. Al hombre que duda o que cree, que se interroga a sí mismo con dolor profundo sobre lo que va a ser de él después de su muerte, o que alimenta dentro de su alma una esperanza, aunque sea vacilante, lo que le importa es su drama personal. Yo, yo, ¿qué va a ser de mí? ¿Termina todo en esas cenizas arrojadas al viento o en esos despojos putrefactos del sepulcro? San Pablo sale al paso de nuestras vacilaciones. “El que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús, vivificará también vuestros cuerpos mortales”. El Señor es la resurrección y la vida y el que cree en Él no morirá para siempre.

Pero es el momento de hablar de lo que el evangelio de hoy nos ofrece. En Betania residían aquellos tres amigos, –Lázaro, Marta y María–, a cuya casa iba Jesús alguna vez a descansar y a gozar –¿cómo no, si era tan humano?– de la dulce compañía de una amistad tan generosa. Lázaro murió y Jesús retrasó intencionadamente caminar hacia Betania, cuando lo supo, con el fin de que creyeran cuando vieran todos los que iba a suceder.

Nos conmueven los sentimientos que el evangelista describe en unos y otros. Es la ternura de la amistad y de la bondad de corazón la que se pone de manifiesto. Marta y María le hicieron llegar la noticia dolorosa: “Señor, tu amigo está enfermo”. Muchos judíos, una vez que Lázaro murió, fueron a consolar a las hermanas.

Los discípulos de Jesús, que no entendían lo que estaba pasando ni lo que Jesús iba diciendo, temiendo que los judíos intentasen apedrearle, como habían amenazado, dijeron por boca de Tomás: “Vamos a morir con Él”. Los tres kilómetros que hay de Jerusalén a Betania los recorrió Jesús rápidamente. Marta salió a su encuentro y le dijo con humilde resignación: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará. Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muerto, vivirá”. Llamaron a su hermana María. Se acercaron al sepulcro. Y Jesús se echó a llorar. Lázaro, llamado por la palabra omnipotente de Jesús, volvió a la vida.

Ante el terrible dolor, que nos causa la muerte, cuando nuestras preguntas se quedan sin respuesta, me acojo a esa preciosa relación de confianza, de escucha, de respeto, de amor y fe, que aparece entre Jesús y las dos hermanas.

El amor siempre cree y espera. Creo y amo a Jesucristo. Creo que es la resurrección y la vida: también la mía. También mi resurrección. Yo tampoco quiero morir.

DOMINGO DE RAMOS

Comentario al evangelio del Domingo de Ramos. ABC, 31 de marzo de 1996.

Nos disponemos a celebrar solemnemente el misterio pascual. Empieza la semana cumbre, nuestra Semana Santa. Vamos a asistir a celebraciones populares y a profundos oficios litúrgicos, a leer una y otra vez la Pasión del Señor, todo ello para penetrar en el gran misterio de amor del Dios a los hombres, centrado en la institución de la Eucaristía y del sacerdocio, en la llamada de Jesús al amor fraterno, en su mensaje de la Última Cena, en su Pasión, Muerte y Resurrección.

Los contrastes y paradojas, que acompañan la vida de Jesús, tienen su máxima expresión en esta semana que iniciamos con la celebración del Domingo de Ramos. Cristo, Rey, Profeta, Mesías, sencillo, pobre, humilde, aclamado por el pueblo y por los niños; que pasa haciendo el bien, que predica y muestra el camino, la libertad, el amor, y que, por contraste, es víctima de injusticias y crueldades insufribles. Cristo, que cura, sana, bendice, acaricia y consuela a los que más lo necesitan, y Cristo que es sometido a las más acerbas críticas, mal interpretado, rechazado, perseguido hasta la muerte más ignominiosa.

En esa jornada de camino a Jerusalén, la multitud le aclama: “Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor”, pero ese mismo día los grupos más influyentes del pueblo judío están tramando, en conciliábulos secretos, el modo de eliminar a aquel que con la grandeza de sus virtudes tanto les humilla.

Jesús, envuelto en esa atmósfera de tantas contradicciones, es un anticipo de lo que va a ser a través de los siglos frente a la humanidad. Nunca dejará de ser amado y adorado; nunca dejará de ser menospreciado y perseguido. ¿Por qué este misterio? En este que llamamos *Domingo de Ramos* leemos algo del poema del Siervo de Yahvé, de Isaías, que nos lleva a contemplar la figura del Mesías, que sufre y se entrega en una inmolación sublime. En la segunda lectura se nos invita a reflexionar sobre el anonadamiento de Jesús, el Hijo de Dios, con un texto de la carta de san Pablo a los filipenses conmovedor. El cristiano que lo lee o lo escucha, sentirá en su interior una llamada al arrepentimiento, que le libera de toda clase de orgullo y arrogancia para mejor imitar a su Maestro querido.

Se recita también la Pasión del Señor según san Mateo. Vemos a Cristo que padece, muere y resucita. Pasión y resurrección son la culminación y resumen de todo lo que precede. Todo converge aquí. Él apuró hasta las heces del cáliz de la culpabilidad. Nosotros somos más pequeños que nuestro pecado que ofende a Dios. ¡Qué mal podemos medir la importancia del mal que hacemos! Solo Dios es capaz de penetrarlo, pensarlo y juzgarlo.

Esta es la Pasión y muerte de Jesús. Se sometió por amor, con plena conciencia, con entera libertad. Nadie ha padecido como Jesucristo, porque Él es la misma vida. Nadie ha caído tan hondo en la soledad, dolor y desamparo, en la angustia y quebrantamiento. “Me muero de tristeza”. “Si es posible, que pase de mí este

cáliz". "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado". Sólo en la medida en que vayamos aprendiendo a amar a Cristo, empezaremos a comprender.

NUEVA CREACIÓN

Comentario a las lecturas del Domingo de Resurrección.
ABC, 7 de abril de 1996.

Como dice san Pablo, si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe. Pero ha resucitado. Y con Él, triunfador de la muerte, ha comenzado la “nueva creación”. Cristo vive. Cristo es real hoy, en nuestra vida. Nos da paz y esperanza. Por eso la liturgia estalla de gozo. Es el Domingo de Resurrección y ya siempre el domingo será el día del Señor. Día de la resurrección y de la proclamación de la vida.

En el libro de los Hechos aparece Pedro manifestándose como testigo y apóstol del Señor resucitado. ¿Quién da fuerza y elocuencia a este rudo pescador para hablar así? Afirma que él y otros han sido compañeros de Jesús de Nazaret, el Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu, que pasó haciendo el bien. Sabe que tiene que dar testimonio de que Jesús es el Señor de la vida y de la historia. Se siente mensajero de la Buena Nueva. Anuncia que ellos han comido y bebido con Él después de resucitar, que les ha encargado predicar al pueblo, y que Dios le ha nombrado juez de vivos y muertos.

Así un día y otro día, predicando lo mismo, hablando sin cesar de Jesús, su Señor. Aquel hombre acobardado, que negó a Jesús en la noche triste de la Pasión, ha pasado a ser el evangelizador sin descanso, consciente de que se le ha dado una autoridad, más aún, una potestad, que le llevará hasta Roma, donde será capaz, inmolando su vida, de cambiar el corazón de los mismos Césares dueños del Imperio.

Todo empezó en el momento en que, acompañado de Juan, avisados por las mujeres, hallaron el sepulcro vacío y se llenaron para siempre de la experiencia de Cristo Resucitado. Días después, obedientes a la consigna dada por el mismo Jesús, reunidos en el cenáculo, recibieron la luz y el fuego de Pentecostés, que les marcó para siempre.

Las mujeres, María Magdalena y otras, cuando aún no había amanecido, fueron al sepulcro para ungir el cuerpo del Señor. Ya el Viernes Santo con sus manos llenas de ternura, habían volcado su cariño arreglando, limpiando y preparando el cuerpo muerto del Señor, lleno de sucio sudor, polvo y sangre.

Son valientes, decididas, sin temor a los soldados, ni a los judíos. Merecerían ser las primeras en recibir la gran noticia. Recibida la cual, María Magdalena vuelve rápida al lugar en que estaba Pedro y Juan para decirles que el Señor no está en el sepulcro. Ciertamente, para ella no existe nada fuera de Jesús: Él es el eje y el centro de su vida. Se le ha perdonado mucho, porque ha amado mucho.

El cristianismo tiene sentido y trascendencia según se admita o no la Resurrección de Cristo. No es un acontecimiento marginal de la fe, no es algo incorporado al cristianismo posteriormente, es el núcleo esencial de la fe cristiana. Pascua, como lo dice Karl Rahner, no es un acontecimiento del pasado, sino el comienzo de un acontecimiento, que está en marcha. La

Resurrección de Cristo nos dice que la gloria ha comenzado ya. El futuro definitivo. Por eso los cristianos creemos que la historia y nuestra historia personal tienen un sentido propiamente victorioso sobre todas las oscuridades de la agonía y de la muerte. La historia de la humanidad ha llegado en su representante excelso, que es el Hijo del Hombre, en su Alfa y Omega, a su plenitud, a su eternidad. Ese principio del fin consumado se llama Jesús de Nazaret, que fue crucificado y resucitó.

PAZ A VOSOTROS

Comentario a las lecturas del II domingo de Pascua. ABC, 14 de abril de 1996.

Las primeras comunidades cristianas, tal como se nos dice en el libro de los Hechos de los Apóstoles, compartían entre sí todo lo que tenían, vivían unidos en la oración, en la fracción del pan, en la recepción de las enseñanzas de los Apóstoles, en la ayuda material de unos a otros. El “amaos los unos a los otros como Yo os he amado” era un espíritu y un modo de ser y de vivir, no una normativa literalmente aplicable a la real existencia de las familias creyentes.

De hecho, no duró mucho tiempo esa entrega de unos y otros al nuevo horizonte, que se había abierto a sus ojos. Y quedó lo que tenía que quedar: el entusiasmo ardoroso por saberse discípulos de Aquél que había resucitado de entre los muertos, la experiencia gratísima de un modo de vivir nuevo por las virtudes individuales y sociales que practicaban, la fe que les hacía nacer para una esperanza viva, como afirma san Pedro, para una herencia incorruptible. Me llaman la atención esas palabras, esos adjetivos, la esperanza “viva” y la herencia “incorruptible”. Ciertamente, si no es viva, no es esperanza; y sólo una herencia imperecedera merece el esfuerzo y la entrega de la vida.

En la carta del Apóstol se nos dice lo que tiene que ser la Pascua para nosotros: vida nueva iluminada y fortalecida con esperanza y fe viva, que se robustecen en las pruebas y dificultades. La resurrección de Jesucristo nos abre cada día el camino en medio de las tinieblas. El presente es difícil. Tenemos que sufrir pruebas diversas, pero eso nos purifica, nos hace humildes y comprensivos, nos da el sentido de lo esencial, de lo que de verdad merece la pena.

Sin necesidad de sentirnos apremiados por una equivocada expectación del próximo fin del mundo, en la serena manifestación del misterio de Cristo y del Evangelio, llegamos fácilmente a comprender la horrible monotonía del pecado, la insaciable repetición hasta la náusea, siglo tras siglo, año tras año, día tras día, de los mismos sucios desórdenes, violencia, carnalidad, avaricia, odio, envidia. Y, por el contrario, un esfuerzo sincero por pedir perdón al Señor, para buscar amparo a nuestra debilidad en su misericordia, para meditar en la belleza de los sentimientos y palabras, que brotaron de sus labios, dirigidas a los hombres, sus hermanos, es suficiente para sentir la dulce amistad de Aquél que vino a buscar a los pecadores, porque “son los enfermos los que necesitan de médico, no los que están sanos”.

Jesús resucitado, en su primera aparición, inunda de paz a los suyos. A sus discípulos, asustados y llenos de miedo, les transforma en hombres llenos de alegría, porque les da su paz.

Hay dos momentos en la narración evangélica, que leídos y meditados al calor de nuestra fe, conmueven el alma del creyente y la sitúan en la cumbre del agradecimiento y del amor a Jesús. Uno, cuando confía a los Apóstoles la misión más grande, que puede tener un hombre en la tierra. “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envió Yo. A quien les perdonéis los

pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos”. La misión del sacerdote, el hombre de la paz y el perdón.

El otro es cuando vuelve a aparecerse a los Apóstoles, buscando a alguien que no cree, a Tomás, que no había estado, cuando Jesús se hizo presente, y había dicho: “si no veo, si no toco, no creo. Y al verlo ahora, se arroja a sus pies diciendo: “¡Señor mío y Dios mío!”. Millones de hombres y mujeres han ido repitiendo a lo largo de la historia esa exclamación, casi cuando empezaron sus primeros balbuceos, porque sus madres cristianas les enseñaron a decirlo. Y Jesús añadió: “Bienaventurados los que no vieron y creyeron”.

QUÉDATE CON NOSOTROS

Comentario al evangelio del III domingo de Pascua. ABC, 21 de abril de 1996.

El Evangelio del día nos ofrece la bella narración de los discípulos que iban tristes y desilusionados a Emaús, comentando sus frustradas esperanzas por lo que había sucedido en Jerusalén esos días. Frustradas, sí, porque lo que esperaban era un triunfo terrestre de Jesús, que liberaría a Israel de sus enemigos. Siempre lo mismo. Esperar lo que nunca se nos ha prometido, pero que es lo que creemos torpemente que puede saciar nuestros anhelos inmediatos de aquí abajo.

Y mientras iban de camino, otro caminante, desconocido, les dio alcance, se unió a su paso, y comenzó a participar en la conversación. La muerte de Jesús, aquel profeta poderoso en obras y palabras, que había muerto hacía dos días –decían ellos– y nada había sucedido que confirmase sus anhelos, a no ser lo que decían algunas mujeres, que habían visto el sepulcro vacío y “también algunos de los nuestros”.

Jesús tomó la palabra y empezó la más bella catequesis que podría servir de modelo a todas las que nosotros impartimos. Les explicó las Escrituras empezando por Moisés y siguiendo por los profetas. Les hizo ver que era necesario que el Mesías padeciera tales tormentos para entrar en su gloria. Ellos no veían, estaban ciegos. Les llama necios y torpes para creer. Ellos admiten el reproche humildemente, porque estaban tristes y como en tinieblas. La oscuridad produce tristeza, mientras que la luz hace brotar la alegría.

Según avanzaban por el camino, la palabra de Jesús fue abriendo su corazón y les fue haciendo pasar de la desesperanza a la admiración y el amor, de la tristeza a la alegría interior. Cerca ya de Emaús, adonde se dirigían, Él hizo ademán de seguir adelante, separándose de ellos que iban a entrar en la aldea. Y es entonces, cuando se produce un corto diálogo, que se ha repetido millones de veces, quizá sin palabras, motivado, más que por la cortesía oriental, por el ansia de luz de los que quieren ver y saber, los que quieren creer, y la generosidad del Corazón de Cristo, que no niega el encuentro con los que le buscan. “Quédate con nosotros, Señor, porque anochece y el día va de caída”.

Jesús se quedó. Comenzaron a cenar. Sentado a la mesa, Jesús tomó el pan, pronunció la bendición y se lo dio. Muchos opinan que era el primer pan eucarístico, que se ofrecía después de la Última Cena. Y cuando ellos, por fin, le reconocen y se dan cuenta de quién es y de lo que está pasando, desapareció. Todo así. Humilde y pobre como un grano de trigo. Para nacer, un pesebre en una cueva ignorada. Para crecer, el taller de un artesano pobre. Hace milagros y prohíbe que se divulguen. Para formar escuela, unos pescadores ignorantes. Para establecer la Iglesia, unas palabras dirigidas a Pedro, que este no acaba de entender. Para consumir su carrera, una cruz entre ladrones. Y ahora, para disipar la tristeza y ofrecer seguridades, explicar la Escritura en el camino, aceptar una invitación y, en lugar de comer, bendecir el pan y darlo a los suyos como pan de vida.

Pero otra cosa había dejado. El texto evangélico dice que mientras caminaban y escuchaban, a los discípulos les ardía el corazón.

EL BUEN PASTOR

Comentario al evangelio del IV domingo de Pascua. ABC, 28 de abril de 1996.

Con esas palabras se definió a sí mismo Jesús, nuestro Redentor. Es una imagen preciosa para conocer a Jesucristo y comprender su misión. El buen pastor se distingue por su prudencia, fortaleza, generosidad, entrega, desvelo, protección, defensa, ayuda. El pastor que vive junto a sus ovejas, las conoce una por una, y las cuida con amor. Las lleva a los mejores pastos, las cura cuando están enfermas o heridas, las defiende de fieras y ladrones. Lo que distingue al verdadero pastor del falso es que este, como simple asalariado, las utiliza, no las ama como el verdadero. Es fácil engañarlas, aprovecharse de ellas y luego dejarlas a merced de los peligros, que se presentan.

Los judíos, cuando en la sinagoga recitaban el salmo 22, lloraban de emoción, porque sentían que las palabras del mismo describían anticipadamente la figura del Mesías esperado: “El Señor es mi pastor, nada me falta”. Jesús es el Pastor, que hace buenos a todos los demás pastores. Hay que aprender en la escuela de Jesús, en su vida, en sus gestos, en sus actividades, en sus enseñanzas.

Cristo ha venido para llevarnos a la plenitud de la vida, para que tengamos vida y vida abundante. Nos conoce hasta en lo más íntimo, con conocimiento que nace del amor, más estrechamente que el que existe entre creador y criatura, porque es entre Redentor y redimido. Le importamos mucho, porque somos suyos, unidos en el vivir, morir y resucitar.

También la imagen del pastor aparece en la carta del Apóstol san Pedro. Cristo es el Pastor y guardián de nuestras vidas. Durante todas estas semanas de Pascua estalla vigoroso el testimonio y la predicación de san Pedro, porque Pedro es el primer papa, la roca firme sobre la que empezó a construirse la Iglesia. Nos exhorta y nos anima a luchar, haciéndonos una descripción de Cristo inocente, que no cometió pecado y se entregó por nosotros. Cristo paciente, que no devuelve insulto, ni profiere amenazas. Cristo silencioso, lleno de misericordia, solidario con todos y redentor de todos. Sus heridas nos han curado. Todo lo hizo por nosotros y no hay otro pastor ni otra puerta para entrar en el redil.

En el libro de los Hechos, de donde está tomada la primera lectura de hoy, se nos narra que las palabras de san Pedro el día de Pentecostés, al proclamar a Cristo Señor y Mesías, traspasaron el corazón de los oyentes y preguntaron: “¿Qué tenemos que hacer, hermanos?”. Pedro contestó: “Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo”.

Aquel día se les agregaron unos tres mil. Era el Pastor bueno que atraía ovejas y les ofrecía los pastos de su vida, de su doctrina, de su sacrificio redentor. En adelante, los Apóstoles se lanzaron por los caminos del mundo a predicar lo mismo que predica Pedro, y fueron apareciendo comunidades desde “donde sale el sol hasta el ocaso”.

Como hoy hace el Papa. Recorre el mundo. Es el Pastor que llama a todos, porque a todos ha de llegar el amor de Cristo. Precisamente hoy es el día de las vocaciones. Necesitamos sacerdotes, religiosos, laicos, que se consagren a Dios.

PIEDRA VIVA Y PRECIOSA

Comentario a las lecturas del V domingo de Pascua. ABC, 5 de mayo de 1996.

Los textos de la liturgia de hoy nos presentan la forma y estilo de vida del cristiano. Es esencial vivir unidos con Cristo y en Él con todos los demás como hermanos. Cristo es la piedra angular y nosotros en Él piedras vivas de esa gran comunidad, que es la Iglesia. Estamos en relación vital unos con otros en Cristo. La Iglesia no es nada sin los hombres, y los cristianos tampoco son nada sin ella.

Nuestra vida tiene sentido, si la transformamos poco a poco como se transforma y enriquece la piedra al darse totalmente para construir la gran catedral. Revela mucha mezquindad y pobreza de espíritu tratar de evadirse de esta constante aspiración a vivir en Cristo y contentarnos con decir que esas alturas son inaccesibles, y que sólo unos pocos son aptos para alcanzarlas. Eso es sencillamente cobardía moral, renuncia torpe a una victoria que nos está esperando, abdicación de nuestra capacidad de lucha, que nos hace perder de vista el horizonte, que Cristo nos ha abierto, en el cual ha de moverse el que por el bautismo se incorpora a su misma vida.

Dichosos los que encuentran junto a sí el ejemplo de una de esas vidas que han tomado en serio el combate por alcanzar el ideal de las bienaventuranzas, es decir, el deseo de parecerse a Jesucristo y amarle como un Francisco de Asís, como una Teresa de Jesús.

Lo que se pedía a las primeras comunidades cristianas era sencillamente eso: transformación, cambio, asimilación de una vida nueva, colaboración, servicio, ayuda a los demás empezando por los más necesitados. Lo que se pide hoy es lo mismo. Hombres y mujeres cristianos que, por Cristo, con Cristo y en Cristo, pero poniendo todo su esfuerzo, talento, bienes, oración, lucha espiritual, van haciendo que la sociedad mejore cada día. Promotores del cambio más audaz y radical, sin odiar a nadie, sin violencia, sin querer que Cristo sea como nosotros queramos que sea, sino queriendo nosotros ser como Él quiso que fuéramos.

La acción de Jesucristo en el mundo no puede ser comparada a ninguna acción terrena. Él es el camino, la verdad y la vida, dijo Él mismo en su respuesta a las preguntas de Tomás. Su mensaje es Él mismo. Es creer y saber que no es un recuerdo; que está entre nosotros, a nuestro lado, con nosotros.

Nuestra tarea es la suya: crear fraternidad, filiación, conciencia de ser hijos de Dios, herederos de su reino, dispuestos a cambiar toda opresión e injusticia, y puesto que fácilmente sucumbimos a nuestros egoísmos y debilidades, rezar más, y mantener la confianza, que nos permita siempre volver a empezar, aunque parezca que todo falla.

Él es el camino, la verdad y la vida. Nadie va a Dios Padre y nadie se encontrará a sí mismo más que a través de Jesucristo. Nunca sabremos lo que somos sino a la luz del que nos hizo ser. Hombres como Sócrates, Platón, Cicerón hablaron de la dignidad del ser humano. Pero jamás se habían oído en el mundo, hasta

que llegó la revelación cristiana, palabras como las que escribió san Pedro en su primera carta: sois raza elegida, sacerdocio real, nación consagrada.

NO ESTAMOS DESAMPARADOS

Comentario a las lecturas del VI domingo de Pascua.
ABC, 12 de mayo de 1996.

Van transcurriendo los días de Pascua y cada vez con más insistencia se nos pide que de nuestra fe y nuestra esperanza vivas broten las actitudes, que hemos de tener, si de verdad creemos en la resurrección de Jesucristo y en la nuestra. La liturgia nos presenta hoy un fragmento del Evangelio de san Juan, en el que Jesucristo nos habla abiertamente de la necesidad que tenemos de la fuerza, de la luz y del consuelo del Espíritu.

Felipe, uno de los siete diáconos de los que se nos habla en el capítulo 6 del libro de los Hechos, va a Samaría, precisamente a Samaría, lo que era inconcebible un poco antes para un judío. Pero en el plan de Dios había sonado ya la hora de la expansión de la Iglesia. Felipe se dedicaba a evangelizar, hasta el punto de que en el capítulo 21 se le llamase “evangelista”. En el camino se encontró con un empleado de la reina de Etiopía y después de un corto diálogo, le administró el bautismo; y hasta un mago, llamado Simón, que se dedicaba a sus brujerías abusando de la gente, se arrepintió y fue también bautizado.

Pero lo más significativo es que Felipe no se detuvo, sino que, expuestas las convenientes catequesis, siguió rápido a Samaría. Es lo primero que hace Jesús o quiere que hagamos en su nombre: unir, hacernos sentir todos hermanos, como hijos del mismo Padre. La ciudad se llena de alegría con la paz que ha dejado Felipe. Allí estaría también la Samaritana, que no podía ya olvidar al que le pidió de beber junto al pozo. Los cristianos tienen que distinguirse por acoger, cuidar, dar lo mejor de ellos mismos. Creer en Jesús, fuente de misericordia y de paz, que se acerca siempre a los que más lo necesitan. No es posible ser creyente, creer en Cristo y no vivirlo y comunicarlo.

San Pedro, en su primera carta, nos invita a glorificar a Dios, a dar razón de nuestra esperanza, incluso en las persecuciones, y hacerlo con mansedumbre, con respeto, con buena conciencia, y también con valentía y confianza. Es el tipo de hombre nuevo, que va a surgir en las comunidades cristianas. Soportar las dificultades, que conlleva el proclamarse cristiano, aunque nos desprecien y denigren sin motivo. La fe se fortalece propagándola, ha dicho Juan Pablo II. El amor y la mansedumbre –podríamos añadir– vencen siempre, más tarde o más temprano, todos los odios y rechazos. Mejor es padecer haciendo el bien que padecer, si tal es la voluntad de Dios, haciendo el mal. O incluso que gozar odiando y persiguiendo. Y todo ello en la seguridad de que Cristo murió para llevarnos a Dios. Murió, pero volvió a la vida por el Espíritu. El testimonio de Pedro es constante, porque es consciente de la necesidad que tenemos de creer que Cristo vive y que, en Él, por la fuerza de su Espíritu, resucitaremos.

En el evangelio se nos va preparando para la gran celebración de la venida del Espíritu Santo. Jesús lo comunica a los suyos en el momento solemne de su despedida. No nos deja desamparados; Dios nos dará su Espíritu. Él hace brillar la verdad de Cristo en nuestra mente y en nuestro corazón. Porque la paz no se

establece por decreto, sino que brota de lo más íntimo de nuestros buenos sentimientos.

De esa interioridad limpia y humilde brota lo que podemos dar en nombre de Cristo, porque antes nos lo ha dado Él: hacer el bien, amar a todos, buscar la justicia, perdonar, ayudar siempre. Le veremos, le veremos en nuestro interior, y llegaremos a alcanzar un conocimiento sabroso que nos impulse a la acción y a la vida. Y podremos guardar sus mandamientos, que son como el grano de mostaza, que va creciendo en el corazón y se hace fuerte y firme en el transcurso del vivir por la acción del Espíritu Santo. “El que acepta mis mandamientos y los guarda –dice Jesús– ese me ama. Al que me ama lo amaré mi Padre y yo también le amaré y me revelaré a él”.

LA ASCENSIÓN

Comentario a las lecturas del domingo de la Ascensión del Señor. ABC, 19 de mayo de 1996.

Los Evangelios nos han mostrado a Jesús sometido a las condiciones de una vida humana. Le han acompañado siempre, es cierto, el misterio, la grandeza del infinito, el milagro, otros signos mesiánicos. Por los Evangelios sabemos cómo fue su nacimiento, su infancia, su adolescencia, su vida pública y, sobre todo, cómo fue su sacrificio redentor, su muerte en la cruz, su resurrección y enseguida sus apariciones tan reales, tan vivas, que comió con los Apóstoles y dejó que éstos tocaran su cuerpo bendito, con sus llagas luminosas en sus manos y en su costado alanceado y abierto.

Por fin, Marcos y Lucas y, sobre todo, el libro de los Hechos, nos describen el momento en que, obedientes, los Apóstoles, a lo que el Señor les había indicado, han acudido a Galilea a un monte conocido, donde se les aparece Jesús. Ellos, postrados en el suelo, como si quisieran disponerse a recibir la ordenación sagrada, escucharon temblorosos las palabras eternas. “Se me ha dado toda potestad..., id y enseñad a todas las gentes, yo estaré siempre con vosotros hasta la consumación del mundo”.

Y ascendió a los cielos. Iba a hacerse presente ante Dios Padre, nuestro Sacerdote eterno, nuestra gloria cierta, nuestra esperanza. Salía de su historia humana para entrar en el dominio de lo eterno, donde no hay devenir, sólo vida, el amor, Dios. Es el amén solemne de la vida de Cristo.

Dice Romano Guardini que el misterio es exceso de verdad. Y por eso, define el cielo como la intimidad sagrada del Dios Santo, la manera de ser de Dios. San Pablo lo llama “luz inaccesible”. Pues en esta intimidad entra el Señor resucitado en su realidad humana. Y el hombre ya redimido está en esa humanidad divina de Jesús. Sí, para nosotros esto es grandioso, sublime. Como lo es Dios y toda su obra.

Porque nos hemos acostumbrado a la luz, a las flores, a las noches estrelladas, al mar, a las montañas, a los valles, al agua, a la nieve, al rocío, a las estaciones del año, a la explosión de las galaxias, a la naturaleza toda. Dios es así y su amor hace cosas así. No hagamos a Dios a nuestra medida. No nos acostumbremos a juzgarle según nuestros criterios y, menos según nuestras costumbres.

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

Comentario a las lecturas del domingo de Pentecostés.
ABC, 26 de mayo de 1966.

Celebramos, llenos de confianza, la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, reunidos con María en oración.

En la Misa de la Vigilia se nos pone de manifiesto que la biografía del Espíritu ocupa en realidad toda la Biblia. Desde el Espíritu que actúa en el comienzo del Génesis hasta el Nuevo Testamento. “El Espíritu y la esposa (la Iglesia) dicen ‘¡Ven!’ Y el que tenga sed, que se acerque; y el que quiera, reciba gratis agua de vida. Que la gracia del Señor Jesús sea con todos. Amén” (Final del Apocalipsis).

El agua de la vida, de que habla san Juan, no es más que el calor y la fuerza del Espíritu, que sostiene a los mártires, ayuda a las familias, invita a rezar, nos aparta de ambiciones, codicias o lujurias, mantiene el amor a la pureza, enciende la fe, sostiene la esperanza en lo más hondo de las dificultades, aclara las dudas, hace sentir el gozo de la cercanía de Dios, insta a recibir los sacramentos, ayuda a la Jerarquía de la Iglesia, acompaña al Papa y a los obispos y cubre con su sombra protectora al entero Pueblo de Dios, para que no se desvíe del camino recto.

A veces bastará una voz, que se levantará en la asamblea, para proclamar la verdad, y hará enmudecer el griterío torpe de los que defienden la mentira. El Espíritu es a Jesús lo que Jesús fue al Padre. Es decir, hoy es el Espíritu Santo quien nos revela a Jesús, como Jesús por la fuerza del mismo Espíritu, reveló al Padre.

Hemos de reconocer que hemos incurrido en un fallo tremendo y doloroso, al no educar al pueblo cristiano en la fe, la devoción y el amor al Espíritu Santo. Esta ausencia supone una desertización de la Iglesia. No podemos vivir sin el Espíritu, sin hablar con Él, sin invocarle silenciosa y confiadamente, con lenguaje de enamorados. “Cuando venga el Espíritu –dijo Jesús y así consta en el evangelio de san Juan– os guiará hacia la verdad completa”. Lo cual no significa que lo que nos había revelado era incompleto, sino que de la revelación hecha irían brotando, por la asistencia del Espíritu, luces, energías, claridades, que disiparían la oscuridad, atenciones que no habíamos prestado, frutos que llenarían las almas de vigor y coherencia cristiana, una riqueza interior, que nos capacitaría para luchar con alegría de hijos fieles contra la perversión del mundo.

Nos hemos quedado, al hablar del Espíritu, en la repetición de lo sucedido en Pentecostés y en la referencia de lo que nos ilumina a la Iglesia para elegir Papa, para la acción silenciosa de los obispos, etc. Es mucho más. “Nadie puede decir ni siquiera Jesús es el Señor, si no es bajo la acción del Espíritu Santo”, dice san Pablo. Él es todo en la Iglesia, ni un solo acto de fe, ni un servicio de amor, ni la luz de la esperanza es posible sin el Espíritu Santo. Él siempre está realizando la obra de la nueva creación. Él hace surgir constantemente en el mundo

envejecido movimientos, carismas, formas nuevas de espiritualidad, que transforman la faz de la tierra.

El Espíritu Santo es la savia de la Iglesia, mantiene la unidad, hace desearla, cuando se rompe, con su fuerza vence al mundo. Él tiene que poseernos como poseyó a Cristo, viviendo en nosotros y nosotros en Él.

DIOS NO ESTÁ LEJOS

Comentario a las lecturas del domingo de la Santísima Trinidad. ABC, 2 de junio de 1996.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Este es nuestro comienzo para todo, este es nuestro caminar en la vida, y este será nuestro amén final. En el nombre de Dios que es Padre, y del Hijo que el Padre ha enviado para salvarnos, y del Espíritu Santo que mantiene la fe, la esperanza y el amor y nos introduce en la verdad plena de Cristo.

En nuestro mundo, tan secularizado y tan pobre, sentimos respeto y gozo cuando vemos, por ejemplo, un futbolista que se santigua al saltar al campo. Como nos conmueve dolorosamente, pero nos produce paz, cuando vemos que ese hombre o esa mujer, cuya vida se apaga, auxiliado por alguien que le quiere, levanta su mano vacilante y la lleva hasta su frente y su pecho, pronunciando esas palabras, que tantas veces salieron de sus labios, mientras vivió en este mundo.

La liturgia de la Eucaristía, la misa, es siempre, y hoy nos detenemos a contemplarlo, adorarlo y vivirlo, alabanza, acción de gracias y gloria a la Santísima Trinidad, la ofrecemos al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo.

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su único Hijo, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna”, dice Jesús a Nicodemo en el fragmento del Evangelio que hoy leemos. En Cristo se nos ha manifestado la hondura de la vida escondida de Dios. Por Cristo, con Cristo y en Cristo aparece la realidad del Padre en su omnipotencia y bondad, el Hijo en su amor redentor, y el Espíritu Santo en su creación, amor y comunicación. La Trinidad no ha de ser algo abstracto y lejano. Lo que expresa en relación con nosotros, es de una riquísima vitalidad, puesto que somos hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, discípulos amados del Espíritu Santo, que siendo la fuente de esa vida, es nuestro amigo y maestro interior.

El lenguaje de los teólogos, cuando nos habla de una sola naturaleza y tres Personas distintas es eso, lenguaje, lógica del pensamiento, que se acerca al gran misterio revelado, recoge los datos que en la Revelación se nos ofrecen, y trata de expresarlo como tiene que hacerlo: con la claridad posible y, no obstante, con la oscuridad inevitable. Pero es un lenguaje que merece el respeto de los que comprenden qué difícil es explicar con palabras, que pertenecen a una determinada cultura, algo, por poco que sea, del misterio de Dios.

La Trinidad es la síntesis de nuestra fe, misterio de amor, donación y entrega. Si leemos con el corazón y con la vida los textos de hoy, veremos que nos hablan de Dios, de su intimidad. No es inútil hablar de ese misterio trinitario, aunque apenas entendamos casi nada. En la relación existente entre las tres divinas Personas, se percibe en ellas la grandeza, que invita a orar; en nosotros, la humildad que sitúa al hombre en su sitio. Nuestra mente se pierde, pero nuestro corazón encuentra. Escribía Dámaso Alonso al final de una carta a Dios: “Dios, no sé quién eres, pero te amo. No sé si existes. Tuyo. Te amo”.

La primera lectura nos descubre el deseo ardiente de Moisés de conocer a Dios. Sube al monte con la Ley entre sus manos. Está abierto a lo que Dios quiera comunicarle. Y Dios le da una respuesta, que nos conmueve. Baja con él, es cercano, compasivo, misericordioso, leal. Y san Pablo, en la carta a los corintios, nos invita a la alegría y el buen ánimo. A tener un mismo sentir, porque el Dios de la paz y del amor está con nosotros. Se despide con la profunda fórmula trinitaria. “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros”.

CORPUS, FIESTA DEL AMOR

Comentario a las lecturas de la solemnidad del Corpus Christi. ABC, 9 de mayo de 1996.

Durante veinticuatro años seguidos he vivido una experiencia religiosa de alta categoría y, como ocurre con todo lo grande y noble en la vida, cada vez esta experiencia ha sido más profunda y enriquecedora. Me refiero a la celebración del Corpus Christi en Toledo. Ha sido un don de Dios, vivir primero la Misa en la grandiosa catedral, oír miles de voces juntas que cantan y adoran, afirmar que allí está todo —el sacrificio, la víctima y el mandamiento del amor—, y que de allí brota, como el agua de la fuente, como el arroyo del río, la procesión gozosa, que recorre las calles y plazas toledanas, únicas en el mundo, que esperan desde los días gloriosos de la fe de España el paso de la custodia, insuperable, joya de la cristiandad, nunca censurable por indebida ostentación, siempre hermosa y llena de majestad por lo que tiene de ofrenda al Rey de los Reyes.

El Corpus es la fiesta, en que vivimos de manera pública lo que diariamente hacemos en la silenciosa paz de nuestras catedrales, parroquias, capillas y oratorios. Es la afirmación de nuestra fe católica, que cree en la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y del vino, porque así lo dijo Él, y así lo proclamamos, frente a las negaciones heréticas que se produjeron. Es la gratitud, que sentimos los hombres, cuando el favor recibido sobrepasa todo lo que podíamos esperar.

El día del Cuerpo de Cristo celebramos el sacramento, que el mismo Cristo dejó en su Iglesia y para su Iglesia, como signo y realidad de su amor, y es que, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo.

Hay que salir a la calle, llevando la Eucaristía en nuestras manos. Hay que gritar diciendo que sí, que creemos, que queremos creer, que amamos, que queremos amar, que tiene que seguir componiendo himnos el mejor teólogo de todos los siglos, santo Tomás de Aquino, para que sigamos cantándolos como si fueran nuevos. Jesús no atenuó el vigor de sus palabras, al prometer la Eucaristía, cuando los judíos la rechazaban, diciendo ¿cómo puede darnos a comer su carne? Por el contrario, las subrayó con más fuerza. “Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”. Los judíos se escandalizaron y se quedaron con su escándalo en lugar de aceptar las palabras de Jesús, como portadoras de la señal mesiánica que pedían.

Hoy también se escandalizan muchos y no creen. Hay que dejarse llevar por lo que Dios es y hace. Dios expresa su amor y su vida como quiere y establece la medida y la forma de cumplir ese amor hasta el extremo y de dar su propia vida.

El Corpus es también el día de la caridad, del amor universal, de la caridad generosa, entregada, servicial, magnánima, paciente. Cuanto más das, más tienes. Solo nos enriquece lo que damos. El egoísmo es realmente contradictorio, nos encierra y nos ahoga. “Déjate llenar para que reboses luego. Doy cuanto tengo, dice el generoso. Doy cuando valgo, dice el abnegado. Doy

cuanto soy, dice el héroe. Me doy a mí mismo, dice el santo, y di tú con él, y al darte: doy conmigo el universo entero” (Unamuno).

LA VERDADERA LIBERACIÓN

Comentario a las lecturas del XI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 16 de junio de 1996.

En la Revelación judeo-cristiana constantemente se manifiesta la actitud salvadora de Dios con gestos y acciones liberadores. La presencia de Dios y el encuentro con Él son siempre plenitud y libertad: su ausencia lleva al vacío y la esclavitud.

Dios instruye a Moisés para que haga entender al pueblo que eso es lo que busca y eso es lo que está dispuesto a concederles, si permanecen fieles a lo que Él les pide. Es mucho lo que les reclama, pero es más lo que les da. Ese pueblo va a ser su propiedad personal, su familia, su gozo y su delicia, en cuyo rostro se refleja la misma belleza que quiere salvarlos.

Hecha esta consideración sobre cómo se ha manifestado la voluntad de Dios sobre el pueblo que Él eligió, la liturgia de la palabra en la misa de hoy nos hace pasar a lo que fue inmensamente superior. Estamos en la Nueva Alianza. Es Cristo el que nos busca, no Moisés el que nos habla. Decir que Dios nos da la mano para llevarnos hacia Él, no es nada en comparación con lo que ha hecho el Hijo, el Salvador, el que ha muerto por nosotros, Jesús, cuyo amor no tiene fronteras. En Cristo Jesús queda soldada toda enemistad, toda injusticia. Su muerte nos reconcilia con el Padre. Esta es nuestra liberación.

Pero el que nos redimió sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Sólo a través de nuestra decisión libre podremos convertirnos en hijos suyos. Hay que ser fieles. Y más. Si siendo pecadores, Cristo murió por nosotros; con cuanta más razón, justificados ahora por su sangre, seremos por Él salvos de la cólera. Estamos reconciliados, seremos salvados. Somos propiedad de Cristo. Él nos ha rescatado del hambre, de la sed, de la muerte. Se nos da Él mismo en alimento y nos llama a que formemos parte del grupo de apóstoles, que ha de proclamar que el Reino está cerca.

El mundo de hoy, más que nunca, está y camina como un rebaño sin pastor. Es necesario moverse más y ayudar al hermano. Se nos pide que, si tenemos fe, un poco de fe, obremos en consecuencia, y hagamos que brote el amor en la vida profesional, social, donde quiera que hayamos de movernos. La mies es mucha y los trabajadores pocos.

NO TENGÁIS MIEDO

Comentario a las lecturas del XII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 23 de junio de 1996.

Vivimos en medio de entusiasmos locos e incertidumbres perturbadoras. Se propone como libertad lo que cada uno anhela, en la apertura a lo novedoso, a lo que salga, sea como sea.

Para muchos, lo que importa es una vida libre de toda norma, de toda exigencia, de toda verdad. Hay profusión de técnicas de liberación, y a los jóvenes se les propone que cada uno invente y viva el mundo a su manera. Se nota la ausencia de toda jerarquía de valores, de criterios firmes, de un punto central sobre el que puede descansar la vida, de un fundamento sólido sobre el que construir.

Por supuesto, se critica fuertemente a la Iglesia, se dan toda clase de juicios negativos sobre el Papa, los obispos, los sacerdotes. El pilar de la sociedad, que es la familia, está fuertemente socavado. No se cree en la fidelidad. No se aceptan compromisos fuertes y duraderos.

Como el profeta Jeremías, en la primera lectura que se hace este domingo, el justo, es decir, el cristiano de hoy, oye el cuchicheo de la gente y se siente pavor en torno suyo. No hay más remedio que acudir a Dios y, como un soldado solitario en medio del campo enemigo, erguirse con todo coraje y valentía y seguir con toda decisión, porque Dios está con nosotros. El enemigo principal, que era el pecado y con el pecado la muerte, que pasó a todos los hombres, ha sido vencido. Gracias a Jesucristo, la benevolencia y el don de Dios se han derramado sobre todos, según nos dice san Pablo en su carta a los romanos.

Pero hay que luchar. ¡No tengáis miedo! ¡Cuántas veces ya hemos oído este grito de combate al hombre más pacífico de la tierra, Juan Pablo II! Desde el primer día de su pontificado, en la homilía que pronunció en la plaza de San Pedro, ¡cuántas veces nos ha saludado con esta expresión! Porque es un saludo, no un desafío. Un saludo para entablar una amistad, que nos permita seguir y vencer, haciendo siempre el bien.

Dios mira el interior del corazón y el creyente humilde y confiado se deja guiar después por las manos de la generosidad divina. De manera que no se trata de dejarnos abatir ante las dificultades, incomprensiones y conflictos.

Dios no es un escudo, un pararrayos o un refugio. No. Dios está con nosotros dentro. Y la fe y la esperanza combaten y vencen. Lo que importa es que la lucha y los conflictos y sufrimientos sean por el Evangelio, por causas justas, que busquen siempre el bien de los necesitados, por los pobres, nunca por egoísmos personales, obstinaciones inconfesables, trampas, mentiras. La buena intención produce buenos sentimientos y estos a su vez producen paz, alegría, fraternidad, gozo.

Para nosotros, nuestra luz, nuestro norte es Cristo, el nuevo Adán. Y con Él viene a nuestro interior la gracia, la luz, la fortaleza. Cada uno de nosotros ha de estar

persuadido de que él es para Dios el centro del universo, aunque nos cueste creerlo.

Jesús nos ha revelado a un Dios, que no se limita a crear, sino que nos pide creer y confiar.

UN VASO DE AGUA FRESCA

Comentario a las lecturas del XIII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 30 de junio de 1996.

Crear, realmente creer, es tener la firmeza para obrar conforme a lo que creemos. En el segundo libro de los Reyes, la fe de la sunamita en el profeta, el hombre de Dios, la lleva a poner su casa y sus bienes a su servicio y Dios la bendice en lo que más desea: tener un hijo. “El que recibe a un profeta, porque es profeta, tendrá paga de profeta”.

En el Nuevo Testamento, la fe se nos presenta claramente como opción radical de vida por Cristo Jesús. La novedad de la vida cristiana exige que nos consideremos muertos al pecado y vivos para Dios. De ahí que hayamos de ser conscientes de cuál es nuestro pecado, nuestro fallo, nuestra debilidad. Cuanto más profundamente queramos ser cristianos, tanto más nos diferenciaremos de los que no quieren serlo. Esta diferencia, como dice Jesús en el evangelio de hoy, puede hacer surgir separación entre padres e hijos, entre amigos, entre compañeros de trabajo y profesión.

Si la exigencia de vivir nuestra fe en Jesucristo y en su palabra, por encima de nuestras conveniencias egoístas, orienta y rige nuestras vidas, perderemos a los ojos de muchos lo más placentero de nuestra existencia; nos criticarán sin piedad, nos ridiculizarán, pero nos acompañará la alegría más pura. Un cristianismo a bajo precio, una forma de vida que busca privilegios, aplausos, favoritismos, tiene muy poco que ver con Cristo.

“El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí”. El cristianismo y la cruz son inseparables. La cruz marca la vida de todo el que quiera ser cristiano. Pero nuestra civilización se ha alejado de Dios, y hablar de la cruz tal como lo hizo el Hijo enviado al mundo para salvarnos, es considerado como propio de débiles mentales, que viven en permanente agonía por su incapacidad para abrir sus labios a la sonrisa y el placer. Nos hemos quedado con vestigios cristianos, que aparecen en nuestras costumbres; o apelamos a ciertos principios morales, más o menos realizables para determinadas épocas y momentos.

Pero es necesario decir a estos conformistas de nuestro tiempo que nuestra vida no es cristiana porque hagamos algunas cosas aisladas y, por ejemplo, vayamos a misa los domingos. Jesús es el Redentor, que inaugura un mundo nuevo. Sus palabras hablan de renunciar a la vida para recuperarla. Hablan de fe y de seguirle a Él. Exigen tener la audacia de admitir que Él es la verdad y debemos imitarle. Se nos pide que renunciemos a nuestras falsas seguridades naturales, a nuestros criterios materialistas, a nuestro amor propio, a nuestra equivocada persuasión de que nuestro juicio es el que vale. Exige tomar nuestra cruz, el sacrificio diario de nuestros compromisos y fidelidades a costa de lo que sea, la aceptación de la enfermedad imprevista, la valentía de vivir según lo que es realmente la moral cristiana, procurando ayudar a quienes padecen más que nosotros y esperan un gesto de fraternidad, silencioso o público.

Todo lo cual no es cómodo, no es “novedoso”, aunque es permanentemente nuevo. No se trata, pues, de defender una actitud masoquista, ni de caminar en la vida como en un cementerio. La cruz no es equivalente a tristeza, ni se opone al legítimo progreso personal o social, económico o científico. Lo que Cristo nos pide es que con nuestro esfuerzo y nuestra rectitud moral hagamos lo posible por crear condiciones de vida, que nos permitan progresar y ayudar a progresar a los demás.

El empeño del cristiano, y más en nuestro tiempo, en que unos y otros vivimos ya tan cerca y con tanta capacidad de influir sobre los demás para bien o para mal, ha de ser evitar el dolor en cuanto podamos y hacer la vida amable, pero no hacer el mal que se nos prohíbe, para huir de la cruz. Ayudar, ayudar, amar siempre, aunque sea simplemente –dice Jesús– dando un vaso de agua fresca a un discípulo suyo. Y todos los hombres somos sus discípulos.

LOS QUE ESTÁIS CANSADOS

Comentario a las lecturas del domingo XIV del Tiempo Ordinario. ABC, 7 de julio de 1996.

La narración del Profeta Zacarías es una anticipación de lo que ha de suceder el Domingo de Ramos. El Rey de Israel, justo y victorioso, pero lleno de modestia, entra en Jerusalén cabalgando en un asnillo. Viene a servir a todas las naciones y a establecer un orden de paz y de justicia: de ahí la imagen que da, de humildad y sencillez montando en un borrico. Es el Mesías de todos y para todos los tiempos. Esta primera lectura es el prólogo clarísimo a las breves y densas líneas, tanto de la carta de san Pablo a los romanos como del fragmento del Evangelio según san Mateo. Si seguimos a Cristo, este seguimiento lleva consigo la modestia, la apertura, la escucha, la humildad, la sencillez, con lo cual nos libraremos de todas las esclavitudes de ostentación, fuerza, poder, violencia, afán de triunfo, posesión y lucro, que es a lo que conduce el vivir según la carne. Esta palabra significa aquí seguir las apetencias desordenadas del corazón humano.

Pero si vivimos según el espíritu de Cristo, no hay desorden, ni oscuras torpezas, ni soberbia engañosa, porque ese espíritu que habitará en nosotros es de bondad, mansedumbre, paz, amor comprensivo hacia todos. Para ello, tenemos que asistir a la escucha del único y verdadero maestro, donde aprenden las gentes sencillas de alma, no los tan entendidos y razonadores, que se lo saben todo y están de vuelta de todo. Tenemos que dejar resonar en nuestro corazón una y otra vez las palabras de Jesús: “Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla”.

Hombres y mujeres de corazón sencillo los hay en todas partes: pueden ser un rey, un obrero, un científico o un deportista, un universitario o un monje, un catedrático o un periodista. He dicho un rey, y bien cercano está el ejemplo que nos ha dado a todos el que fue rey de los belgas, un hombre del que su director espiritual, el cardenal Suenens, escribió que el secreto de su vida fue su sencilla, leal, sin vuelta de hoja.

En el libro *Balduino, el secreto del Rey* escribió él mismo: “Cuando abro los ojos y veo a mi alrededor, descubro de nuevo el amor que Dios siente por mí y por toda la humanidad. Me doy cuenta de que cuando las personas intentan vivir el Evangelio como Jesús nos lo enseña, es decir, amando como Él nos ha amado, las cosas empiezan a cambiar: la agresividad, la angustia, la tristeza se transforman en paz y alegría” (del libro citado, pág. 36). “Quiere que le lleves a todas partes, donde tú vayas. Acepta que Él sea todo para ti hasta el punto de que descubran los rasgos de Jesús a través de los tuyos. Déjate llevar por Él y en Él” (ibíd., pág. 79).

Todo el camino espiritual del Rey Balduino está en esa línea de confianza y sencillez de quien vive las palabras de Cristo: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de

mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”.

La gente sencilla está abierta a creer y confiar en Dios, a construir un mundo en que haya amor. Tiene capacidad de ver lo esencial, porque no vive de artificios, ni de cinismos y sarcasmos ante los valores espirituales, ante la fidelidad y el sacrificio. Ser sencillo es ser un fervoroso creyente en la paternidad de Dios.

EL SEMBRADOR

Comentario a las lecturas del XV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 14 de julio de 1996.

Las parábolas del Reino de los cielos van a centrar nuestra atención durante tres domingos. En la predicación del Señor el Reino de los cielos informaba por completo su actividad. Era el centro de su pensar, de su obrar y de su destino. Se servía de parábolas propias de la vida cotidiana, que le rodeaba. ¡Pero qué terrible y conmovedora es la lección, que se encierra en cada una de esas sencillas narraciones!

Este domingo, el Evangelio según san Mateo nos ofrece la parábola del sembrador y al mismo tiempo su interpretación. Nosotros somos el terreno, y la semilla siempre es la misma: el mensaje del Reino. Ante esas semillas, que son lanzadas a nuestro campo por el divino sembrador, podemos ser terreno pedregoso, zarza apretada y asfixiante, borde del camino, o tierra buena, que dará fruto abundante.

La palabra es enviada por Dios, nos dice Isaías, y baja del cielo como la lluvia y la nieve, que empapan la tierra y la hacen germinar. Los profetas en el Antiguo Testamento habían anunciado ya el Reino de Dios, pero ni ellos mismos podían comprender toda la realidad que significa este Reino.

La vida pública de Jesús empieza con la predicación de que está cerca el Reino de Dios. Este Reino no es un orden establecido, es algo vital, que tiene que acontecer, germinar, crecer en cada uno de nosotros, en nuestra familia, en nuestra sociedad. A través de la predicación de Jesús se ve lo que es el Reino, que no es otra cosa que su misma vida.

Es la misma semilla la que se reparte y se siembra en todos. ¡Pero qué distinto es el fruto! Jesús sabe que a los sembradores de su palabra en todas las épocas les sucederá lo mismo. Sabe, como ocurría entonces, que hay muchos que no quieren oír ni entender. Y por eso, sus palabras son de paz y de riqueza celestial para los que quieren conocer los secretos del Reino de Dios; y de inquietud e intranquilidad para los que miran sin ver y oyen sin escuchar.

Jesús recurre a todo para animarnos, para enseñarnos lo importante que es nuestra actitud ante las semillas, que primero Él y después todos los demás sembradores han ido dejando en el seno fecundo de la tierra, que es la vida. El poder de Dios actúa y siempre la semilla puede dar fruto.

Pero hemos creado una civilización sin capacidad receptiva. Las ambiciones nos aplastan. Son pocos los que quieren escuchar. No ha habido nunca un predicador tan infatigable como el Papa actual. Nadie ha recorrido tantos campos por la mañana y por la tarde. Nadie ha arrojado la semilla tan abundante y tan madura. No puede ser que no den fruto.

Creo que podemos esperar con confianza, con tal de seguir trabajando. Las fatigas de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. La creación entera espera la plena manifestación de los hijos de Dios, dice san

Pablo. Dios es la gran realidad, que el hombre desconoce, pero que está siempre presente para que cada uno lo descubra. En la medida en que nos manifestemos como seres superficiales, descreídos, arrogantes, ensoberbecidos, materializados, la creación entera paga las consecuencias.

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

Comentario a las lecturas del XVI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 21 de julio de 1996.

Jesús añade a la parábola del sembrador, que siembra buena simiente, la de la cizaña mezclada con el trigo. En la vida siempre van mezclados el trigo y la cizaña, el mal y el bien. Nosotros mismos somos campo de trigo bueno en el que crece la cizaña de un modo o de otro. Arrancar el trigo y tirarlo, nunca. Desesperarse, desconfiar, desilusionarnos ante nuestros errores y fallos, o ante las injusticias que vemos fuera de nosotros, nunca, aunque a veces parezca que la cizaña va a poder con el trigo.

Hay que creer siempre en la fuerza del bien, a pesar de las apariencias en contra; no es inalcanzable, solamente requiere constancia y paciencia para cultivar la buena semilla. El saber que hay o que habrá cizaña no es más que un comienzo para saber cómo hay que proceder en cada momento, según sean las condiciones climáticas o las hierbas, que apuntan.

Se dibuja en esta parábola algo sumamente importante en nuestra vida, la lucha constante entre el bien y el mal, la libertad serena y a veces dolorosa, que se esfuerza en practicar lo que nos pide el Evangelio, a pesar de todos los obstáculos y de todas las sombras.

Esta lucha se da no sólo en los hombres, en cada uno de nosotros, sino en la creación entera. Algo hay en la matriz creadora de cuanto aparece a nuestros ojos en el mundo visible, que lo hace hermoso y atractivo, pero también enfermizo y débil, como si alguna fuerza oculta oprimiese a todo lo creado y lo sometiera a la oscura tiranía de un poder extraño, que hace desfallecer y a veces morir a lo que quería y parecía destinado a vivir siempre. Todo aspira a la plena manifestación de los hijos de Dios. “La creación entera –nos dice san Pablo con palabras que aturden de tan significativas que son– está gimiendo como con dolores de parto”. Llegará el nuevo nacimiento cuando todo sea purificado.

Mientras tanto, por lo que a nosotros los hombres se refiere, el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad. Por eso san Pablo nos invita a descubrir en nosotros el Espíritu de Dios, que nos puede regir y dirigir. No podemos caminar separados de Dios, que con su Espíritu nos llena. En el interior del hombre habita la verdad, escribió san Agustín. Hemos de admitir que a veces no sabemos, por nuestras impaciencias, ni hacer ni pedir lo que nos conviene. El Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables.

Todavía el evangelio de hoy nos expone otras dos parábolas, que salieron de labios de Jesús: la del grano de mostaza, que nos hace entender cómo crece el Reino de los Cielos; y la de la levadura, que en muy escasa cantidad hace fermentar toda la masa. La semilla de mostaza es tan diminuta, que resulta despreciable, pero crece y llega a ser un arbusto frondoso, en cuyas ramas anidan los pájaros.

Frente al brillo de las propagandas y las novedades aparece la fuerza sencilla de tantos hombres y mujeres, que hacen que la vida y la sociedad sean más

humanas, más solidarias, más acogedoras. Ninguna empresa apostólica apoyada en el orgullo, en el dinero, en el poder, trae a Dios. Porque eso no es lo que predicó Jesús. La riqueza, la violencia, la astucia, no son medios evangélicos.

LA PERLA ESCONDIDA

Comentario a las lecturas del XVII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 27 de julio de 1996.

Siguen las parábolas sobre el Reino de los cielos, es decir, sobre la vida cristiana. Ese Reino, del que tan insistentemente habla el Señor, se parece a un tesoro escondido, a un comerciante en perlas finas, a una red, que capta toda clase de peces para después escoger y quedarse con los buenos y tirar fuera los malos.

Nuestra actitud ha de ser, ante el Reino de Dios, seguir a Cristo sin condiciones, vender todo para comprar el campo donde sabemos que está escondido el tesoro o la perla preciosa, vivir en lo posible las bienaventuranzas, extender el bien, perdonar, amar, ayudar a todos, seguirle a Él, dar gloria a nuestro Padre que está en los cielos, vivir desprendidos de los bienes terrenales, mantener un corazón puro y limpio, luchar con denuedo para que las ambiciones terrestres no nos dominen. El Maestro atrae con estas parábolas la atención de los discípulos a lo esencial, a lo que de verdad merece la pena; y quiere que en función de ello vivan libres y no sometidos a la esclavitud de las pasiones. El Reino de Dios es el don por excelencia, el tesoro, la perla, la red en que se entra, pero exige una disposición de alma. Darlo todo para conseguirlo.

Los bienes de este mundo son para poder crear otros y distribuirlos mejor en la vida social y personal de los hombres. Nuestras manos y nuestro entendimiento deben seguir siendo capaces de fabricar los mejores aviones para viajar por los aires y los mejores microscopios para analizar; pero el corazón, es decir, el alma, el ser del hombre ha de permanecer limpio para adorar a Dios, incluso aún cuando perdamos las manos en un accidente doloroso. Dios me lo dio. Dios me lo quitó, hemos de saber exclamar como el santo Job.

El tesoro, la perla, la red, ponen de relieve la grandeza de lo que está en juego: el sentido de nuestra vida y nuestro destino. El labrador, el comerciante, se sienten movidos a venderlo todo, pero es para comprar algo de valor inmensamente superior. La red del Reino de los cielos se lanza por los mares de la vida para recoger a todos los hombres sin excepción, pero hay quienes huyen y no quieren entrar. De ahí viene el fracaso de tantos. Es muy torpe no escuchar la voz del Maestro y dejarse seducir por otros pregoneros o entrar en otras redes, que nos asfixian.

Cuando uno se entrega a Cristo —no se trata, ya hemos dicho de huir del mundo— no se pierde nada, se encuentra todo. El desprendimiento es sólo el primer paso; la alegría y la plenitud de la nueva posesión vienen después. Los santos no dan importancia a lo que dejan. La fuerza del amor, como dice santa Teresa, allana cosas, que parecen imposibles. Hay que elegir entre el placer engañoso de los débiles y la esperanza de los fuertes. La salvación o la condenación son un problema de responsabilidad personal.

Hoy hay muchos hombres y mujeres, que confunden el bienestar con el vicio. Mal camino. En la primera lectura se nos ofrece la figura de Salomón, que al

ofrecimiento de Dios de darle lo que desee para gobernar bien, pidió únicamente el don de discernir entre el bien y el mal. Poder conocer y practicar el bien quería que fuese su perla preciosa.

DADLES VOSOTROS DE COMER

Comentario a las lecturas del XVIII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 3 de agosto de 1996.

Agua para los sedientos, alimentos varios para los que tienen hambre, bienes para los pobres. Así proclama Isaías el don y la cercanía de Dios a los hombres. “Venid a mí –dice el Señor–, escuchadme y viviréis y sellaré con vosotros alianza perpetua”.

El problema está en que hay muchos que buscan lo que no puede satisfacerles, y no buscan lo que verdaderamente necesitan. No podemos pedir, ni buscar en otros y en otras cosas lo que únicamente puede darnos Dios. Y también están los satisfechos, los que gozan con su hartazgo de cosas naturales, los que no sienten la inquietud de pedir, ni de extender las manos a Dios para recibir.

Pobres los que ni siquiera son capaces de recitar un Padrenuestro, porque “ya lo tienen todo”. Una mujer de nuestro tiempo, la hija de Onassis, escribió un día estas palabras, antes de su desgraciada muerte: “La tragedia mía ha sido no poder desear nada, porque lo tenía todo”. Le faltó añadir: todo lo que este mundo puede dar, que siempre es poco. Una vez más las palabras de san Agustín: “Nos has hecho, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”.

En el Evangelio se nos narra que Jesús siente compasión de aquella multitud, que le sigue, hambrienta y en gran número enferma. Cuando los Apóstoles se le acercan para decirle que es muy tarde y que conviene despedir a los que allí están, y puedan así ir a las aldeas próximas y comprar algún alimento, les dice “Dadles vosotros de comer”. Era anunciar un cambio de mentalidad. En el futuro, cuando el Evangelio hubiese arraigado y el cristianismo fuese la nueva religión de los creyentes en Cristo, el individualismo, que nos hace mirarnos unos a otros con indiferencia, tendría que desaparecer.

La presencia de Cristo en el hombre es la interioridad cristiana. Este mismo Cristo que vive en mí vive en el otro y en el otro, en todos cuantos creen en Él. Los que creen forman la nueva comunidad. De ello resulta una comunidad de vida. Estamos fraternalmente unidos, formamos la familia de los hijos de Dios. Eucaristía y amor hacen la Iglesia. Y no solo con los que creen; también con todos los que están llamados a creer, es decir, con todos los hombres, pues todos son imagen de Dios. En lugar del odio que nos separa y desata guerras, el amor, que nos pide respeto y ayuda a los demás.

Seguir con el ansia de riquezas, cuando se tiene tanto y tanto en casa, y hay tantos hambrientos y enfermos, que arrastran consigo mismo su hambre y su enfermedad, es un delito. La Iglesia de Cristo es la nueva Alianza, la nueva cercanía de Dios con los hombres. Es la realización concreta de las promesas del Reino, la familia de los hijos de Dios reunidos en Cristo, alimentados por el mismo pan y vivificados por el mismo amor.

En cada época histórica y en cada uno de nosotros tiene una presentación distinta, pero por Cristo y el Espíritu que la vivifica es la misma siempre. La

Iglesia, por Cristo, por el Espíritu Santo, por la comunión de los santos, es la plenitud, que obra en la historia, la Madre que engendra hijos continuamente. Es una realidad de fe, que solo puede captarse y vivirse con amor. Ese “dadles vosotros de comer” indica que podemos ser responsables del hambre de los demás.

El cristiano es todo lo contrario a un egoísta desentendido de los problemas del mundo. Es justo que al menos por la vía de los impuestos y leyes fiscales se procure una mayor igualdad entre los hombres. Como es injusto que por la vía de la corrupción y el robo se generen riquezas, que merecen el peor de los castigos.

MÁNDAME IR A TI

Comentario a las lecturas del XIX domingo del
Tiempo Ordinario. ABC, 10 de agosto de 1996.

En el pequeño fragmento del libro de los Reyes aparece una corriente de intimidad entre Dios y el profeta Elías. Hay silencio, serenidad, paz. Como después en el Evangelio, al llegar Jesús. Elías escucha una voz que le dice: “sal y aguarda al Señor, que el Señor va a pasar”. No es en el viento huracanado, ni en el terremoto, ni en el fuego ardiente. Sí en la brisa suave, como un susurro acariciador.

Aguardar y ver al Señor en la vida de todos los días, en este desfile de hechos innumerables, en que se dan cita los sucesos más dispares, que producen en nosotros toda clase de sentimientos. Ahí, ahí es donde se requiere la actitud de Elías. Escuchar y ver con ánimo sereno, vislumbrar desde el interior la imagen de Dios, que pasa entre nosotros. Toda la fuerza del hombre está en su interioridad. Desde esa gruta de nuestro monte Horeb hay que salir enriquecidos con el silencio de nuestra fe para escuchar a Dios en medio de este gran mercado de nuestro mundo, en el que parece que todo se compra y se vende.

El evangelio de san Mateo nos relata el miedo de los discípulos, durante la noche, cuando van en la barquilla y empieza ésta a ser sacudida por las olas agitadas por viento contrario. Están tan asustados y llenos de pavor, que al ver a Jesús acercarse a ellos, piensan que es un fantasma. Nos pasa a todos, cuando atravesamos malos momentos. Todo se nos vuelve negra oscuridad y hasta confundimos lo que puede ser luz y esperanza.

¡Cuánto necesitamos escuchar, como el rumor de una suave brisa, que en el fondo de nuestro corazón nos dice: “Animo, soy yo, no tengáis miedo”! Como el Apóstol Pedro, hemos de tener la valentía de decir en esos momentos difíciles y duros de nuestra vida: “Señor, si eres tú en este dolor, en este fracaso, en esta dificultad, en esta incomprensión, en esta persecución, en esta enfermedad o muerte, mándame ir a Ti”.

Avivar la fe y poner nuestra vida, como Pedro, en manos de Jesús, buscando humildemente el sosiego y la paz, que puede traer a nuestras almas un beso al frío metal de un crucifijo. Y al sentir la fuerza de nuestra debilidad que nos sacude y nos hace vacilar, subir y bajar, que eso es nuestra vida muchas veces, volver una y otra vez la mirada a Jesús diciéndole: “Señor, sálvame”.

La razón tiene un límite. Y lo que ha de imponerse en nuestra conciencia, en nuestro interior, es la rectitud del Dios santo, vivo y revelado en Jesucristo. Y exclamar desde el fondo de nuestro corazón en medio de las tempestades, que nos agitan: “Realmente Tú eres el Hijo de Dios”. Sólo el vivir de la fe irá transformando nuestra visión de la realidad, porque llegaremos a poder mirar, unida nuestra mirada con la misma del Espíritu Santo.

Por eso, en la segunda lectura afirma san Pablo que su conciencia iluminada por el Espíritu Santo le asegura que no miente. Que sufre por el bien de sus

hermanos, los de su raza, que no quieren ver la presencia de Dios en Jesucristo. San Pablo siente la urgencia del servicio de la fe y llega a afirmar lo que sería un escándalo, si no fuera sencillamente un arrebatado de amor: que por el bien de sus hermanos quisiera ser incluso un proscrito lejos de Cristo.

LA CANANEA ADMIRABLE

Comentario a las lecturas del XX domingo del Tiempo Ordinario. 18 de agosto de 1996. No se publicó en ABC por error de Redacción.

Un Dios que mira y salva. Un Dios, el único Dios de todos y para todos, que es verdad y amor, y quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El texto de Isaías, el deseo de san Pablo y el del evangelio de hoy nos hacen llegar este mismo mensaje.

Guardad el derecho, practicad la justicia, nos recuerda Isaías. Y a todos los que con esta rectitud y bondad de corazón sirven a Dios, aun sin saberlo, Él los atraerá hacia sí. Por su parte, san Pablo se siente misionero de los gentiles. Incluso espera que la conversión de los romanos sea un estímulo para los que pertenecen a su pueblo judío.

Pero lo que atrae hoy de manera especial nuestros sentimientos y despierta nuestra admiración es el famoso y conocido relato de la cananea, la mujer que venció, con su humildad y su capacidad para pedir, toda la resistencia de Cristo.

Salió ella al encuentro de Jesús en el país de Tiro y de Sidón, fuera ya de los límites de Palestina. Había ido allí el Maestro en busca de algunos judíos, que residían en esa zona. Hasta ellos y hasta la cananea había llegado la fama de las curaciones milagrosas, que hacía Jesús, y pensó enseguida ésta que podría curar a su hija enferma. Se lo pidió así y al menos de momento creyó que iba a ser atendida. Pero, por el contrario, tuvo que escuchar de Jesús las palabras, que nos parecen más duras y extrañas, que incluso hieren más en el contexto de las otras lecturas.

La mujer suplica y grita. Mujer, y como mujer que es, insiste. Maravillosa insistencia femenina, aunque a los discípulos no les parezca así y digan a Jesús que la atienda, al menos para que les deje en paz. "Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel", dijo Jesús. Pero ella les sigue sin desmayo y suplica una y otra vez.

La belleza de la escena está precisamente en esta actitud casi agresiva y de rechazo por parte de los Apóstoles y de aparente dureza por parte de Jesús, y la fe profunda de esta mujer, que no cree cuando su hija ya ha sido curada, sino que la hija se cura por la fe de su madre. Es generosa, humilde, confiada. No le molesta la enojosa comparación que utiliza Jesús: "No está bien echar a los perros el pan de los hijos".

¿Ella entre los perros, aunque sólo sea en sentido metafórico? Pero, ¿el que así habla puede ser llamado el profeta de la misericordia? Mas no se detuvo a decir una palabra de rechazo. Aparece la gran intuición femenina, la singular sabiduría de madre, de esposa abnegada, de mujer de nobles sentimientos y luz en el corazón para entender, para saber ver, escuchar; sabia incluso para devolver al Señor su misma imagen y sus mismas palabras: "Tienes razón, pero también los perros se comen las migajas, que caen de la mesa de los amos".

El rostro de Jesús se ilumina, sus ojos llenos de luz se cruzaron con la mirada de aquella espléndida madre, que desde su corazón ha entendido. Jesús siente el gozo y aun el entusiasmo de verse comprendido; todo lo contrario que en otras ocasiones aun con sus mismos discípulos. “Mujer, ¡qué grande es tu fe! ¡Que se cumpla lo que deseas!”. Y en aquel instante quedó curada su hija.

Cristo no deja de ser el Mesías que viene a salvar al que sufre; la cananea supo enviar desde la gentilidad una brisa de humildad y de amor a los judíos, que acompañaban a Jesús. Así tiene que ser nuestra oración, nuestra actitud ante Cristo. Su mismo Espíritu inspiraba a aquella mujer la fe de la que brotó la curación. Por lo que dijo y por cómo lo dijo, Jesús la amó y se apiadó de ella. Es difícil encontrar una serenidad tan noble ante una majestad tan grande. Jesús era el poder, la mujer era la petición humilde. ¿No se nos está diciendo aquí cómo tiene que ser nuestra oración?

¿QUIÉN DECÍS QUE SOY YO?

Comentario a las lecturas del XXI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 25 de agosto de 1996.

No era una vana curiosidad la que movía a Jesucristo a hacer esa pregunta. Ni lo que pensarán los hombres, ni lo que juzgaran los Apóstoles sobre Él le serviría de pretexto. No lo necesitaba. Ese día, en que tuvieron esta conversación, fue un día grande y privilegiado. Pedro habló y confesó lo que sentía: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”.

Dicho esto, Jesús tomó la palabra y pronunció unas afirmaciones solemnes y desacostumbradas, en las que se percibía la majestad de alguien que no es de este mundo. “Dichosos tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre, que está en el cielo. Ahora te digo yo: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los Cielos. Lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo”.

Siempre hemos utilizado este texto en el valor apologético, que tiene, aun cuando el protestantismo liberal se haya empeñado inútilmente en decir que quizá sea una interpolación posterior a la fecha en que se escribieron los Evangelios. Pedro y sus sucesores para regir la Iglesia en nombre de Cristo; la Iglesia, una familia, una sociedad contra la que no prevalecerán las puertas del infierno.

Pero hay algo más en lo que debemos insistir. Cristo instituye la Iglesia, su obra, como una familia, como el Pueblo de Dios, que decimos ahora, en que nunca va a faltar Él; que, por Él, Dios será como un Padre, y por ser nuestro redentor será como un hermano que nos ayuda y nos perdona, y por ofrecernos su Espíritu tendremos siempre el consuelo de la esperanza y la luz de la verdad. Esto es la Iglesia de Cristo.

En esta gran familia, el hombre está llamado a colaborar con Dios en su obra, tanto en la creación como en la redención. La autoridad que se le concede en el Antiguo y en el Nuevo Testamento es gloria de Dios en el servicio a los demás. La misma imagen en Isaías y en san Mateo, aunque con la diferencia, que implica la venida del Mesías.

En Isaías, el Mayordomo de palacio, Sobná, era un hombre ambicioso, solamente atento a su propio poder. Fue destituido y las llaves pasaron a Eliazín, que también fallaría. En la alianza con Dios la autoridad solo puede ser amor y servicio. Nadie puede ejercer su cargo como algo absoluto, ni condicionado en beneficio y provecho propio. La colaboración con la autoridad y poder de Dios implica unas exigencias fuertes de bondad y rectitud.

En Jesucristo Dios es un Dios personal, que se encarna, que se hace Palabra y responde al diálogo del hombre. Dios con nosotros, el Mesías, el Hijo de Dios vivo, como confiesa Pedro. La imagen de las llaves, como decía, es la misma, pero el sentido que tiene en el Evangelio es nuevo, porque funda la Iglesia, la

nueva familia, una gran comunión con su representante en la tierra, Pedro. Es un hecho, Cristo confía a Pedro el servicio de ser fundamento de su Iglesia y el poder de atar y desatar. Él ha querido asociarnos así a la gran realización de la obra de salvación.

A través de manos humanas y pobres sigue pasando el chorro de agua, que quita para siempre la sed. La verdadera riqueza de la Iglesia es ser Iglesia de Cristo. Ella no significa nada, si no es signo eficaz de Cristo. Y esta es la gran responsabilidad del Papa y de todos unidos con él. Precisamente cuando Pedro, no porque se lo ha dicho nadie de carne y hueso, sino el Padre que está en los cielos, proclama: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo", Cristo le da toda la autoridad de su Iglesia.

A nosotros, los que nos decimos cristianos, la pregunta es también: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" A Pedro la respuesta le complicó ya para siempre su vida.

ME HAS SEDUCIDO, SEÑOR

Comentario a las lecturas del XXII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 1 de septiembre de 1996.

Los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos. Jesús nos lo dice hoy en el Evangelio, cuando reconviene a Pedro: tú piensas como los hombres, no como Dios. ¿Qué es y qué significa pensar como Dios? Entender su palabra: el que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Dos hombres, Jeremías y Pedro, nos dan ejemplo y nos ilustran sobre cuál ha de ser nuestra conducta.

El profeta Jeremías se halla en unos momentos de honda crisis espiritual, porque quiere ser fiel a su vocación. Y siente la dificultad de seguir adelante, porque la palabra de Dios se hace dura y exigente. Pero Dios le ha seducido, a pesar de todo, y no puede resistirse a su exigencia. Él es ya su vocación y su destino. Aunque de parte de los hombres no reciba más que oposición y desprecio, porque se ha convertido en oprobio de las gentes. ¡Cuántos héroes anónimos en los caminos de la fidelidad a Dios hasta la muerte!

Y Pedro, que se dejó inspirar por el Padre y proclamó abiertamente, como veíamos el domingo pasado, quién es para él Jesús, se olvida de lo que afirmó con tanta decisión y termina pensando igual que los demás. Su lógica es la humana, la nuestra, rechazar la cruz, el dolor, la muerte. Todavía Pedro no ha caído en la cuenta de que nuestros programas personales, nuestros cálculos, nuestras previsiones humanas no son las de Jesús. ¿Cómo van a entrar en los planes del pescador de Galilea la muerte y la ignominia?

El perder o ganar la vida, el tomar la cruz y seguirle empieza en nuestro quehacer diario, en nuestras relaciones con los demás. Tanto en la vida de trabajo como en la vida familiar, Jesús nos enseña cómo hemos de vivir, cuál ha de ser nuestro horizonte y nuestra aspiración, y nos prepara para la lucha y la dificultad, que hemos de aceptar sin escamoteos. Pero supo seguir a Jesús y no continuar pensando a su estilo. Nuestro peligro es creer que seguimos a Jesús, porque conservamos ciertas prácticas cristianas, y permanecer anclados en nuestras ideas y nuestros gustos.

En la vida cristiana de España no ha faltado el respeto a la cruz y la decisión de tomarla y llevarla con amor en las horas de la aflicción y la desgracia. Todos hemos conocido un estilo de vida en muchísimas familias, en que el santo temor de Dios ayudaba a apartarse del pecado y a fomentar una educación de los hijos, en que los diez mandamientos eran luz y guía. Ha sido en estos últimos años, cuando se ha producido un derrumbamiento de orden moral, sobre todo en dos aspectos de la moralidad pública y privada: la lujuria (fornicación, divorcio, adulterio, aborto, promiscuidad sexual) y la codicia (robo en sus diversas formas, ansia desmedida de poseer, tráfico de influencias, corrupción por parte de gobernantes y gobernados).

Querer desconocer esta tenebrosa realidad, o lo que es peor, no conceder importancia a la gravedad social, que tiene, es además de un delito, una

estupidez colectiva, que traerá las peores consecuencias: familias deshechas, enfermedades nuevas, cárceles en lugar de hoteles de lujo, quiebras espantosas, burlas y desprecios de los que terminan vengándose unos de otros.

VIVIMOS PARA AMAR

Comentario a las lecturas del XXIII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 8 de septiembre de 1996.

La lectura del profeta Ezequiel y la del evangelio de hoy son una apremiante invitación a corregir las faltas, errores y equivocaciones nuestras y de los demás. Nuestras también, porque si no empezamos por nuestra conversión, ¿cómo vamos a ayudar a los demás a un cambio saludable de conducta? Hay que recuperar al hermano y hacer todo lo posible para atraerle al camino del bien, lo cual requiere una extraordinaria grandeza de alma y desde luego mucho amor, porque la verdad, la sola verdad sin amor, está muerta. Estamos ante una de las páginas más radicalmente nuevas del cristianismo.

Corregir, corregirnos todos unos a otros por y con amor. ¿Nos damos cuenta de lo que significaba esto en una sociedad dominada por la esclavitud, el odio, el desprecio? El cambio social, que esto suponía, era una revolución, que modificaba las bases de la convivencia conocida. La raíz de las relaciones humanas tenía que ser en adelante el amor. De ahí tenía que arrancar todo lo demás en el trato de unos con otros. A nadie le debáis nada más que amor, dice san Pablo. Esta deuda del amor, que tenemos de por vida, tiene que ser la explicación y la razón de nuestras actuaciones. No cometer adulterio, no hacer daño, no robar, no envidiar... queda grandiosamente iluminado, si vamos por la vida sintiendo que a otros les debemos amor. No deber de obligación, sino deber de deuda. Esto supone una actitud de humildad y gratitud, porque tenemos esa deuda, ya que Dios nos amó primero y somos perpetuamente deudores.

Tenemos que velar por el bien de los que nos rodean y preocuparnos por todo lo que les atañe. Así tiene pleno sentido la lectura de Ezequiel. "El malvado morirá por su culpa, pero a ti te pediré cuenta de su sangre". Es decir, si habiendo podido hablar, no hablaste; si habiendo podido corregir, no corregiste; si habiendo podido ayudar, no ayudaste, tú también eres culpable. Las conductas malas nos tienen que doler, pero como le dolían a Cristo, y de ese amor que duele, brotarán reflexiones y acciones para que cambie la conducta el que la tiene desordenada. Avisar al que obra mal exige mucha luz en el corazón, mucho amor y, por tanto, comprensión, misericordia y respeto. Un clima así es la garantía de la presencia eficaz de Cristo, y en la medida en que se propaga ese modo de obrar, cambian las personas y la sociedad.

No existirá una capacidad de evangelización auténtica, si no tenemos ese noble afán que nos libre de nuestra inoperancia egoísta respecto a cómo es nuestro prójimo, pudiendo ser como Cristo desea. Ahora bien, si de verdad tenemos preocupación por salvar, tenemos que poner la confianza en Cristo, y de nuestra oración sacaremos el espíritu de mansedumbre, paz y serenidad para hablar y actuar. Hemos de orar juntos, porque dice el Señor que donde hay dos o tres reunidos en su nombre, allí está Él. Nos falta practicar con fe muchas de las enseñanzas de Cristo. Si lo hiciéramos, sentiríamos el gozo de su presencia y la fuerza de su Espíritu, que es lo que nos hace ser mejores y hacer mejores a los demás.

HIJOS DEL PERDÓN

Comentario a las lecturas del XXIV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 15 de septiembre de 1996.

Todavía Pedro no conoce a Jesús. Todavía no ha entrado de lleno en la dinámica cristiana, ni sabe lo que es realmente el amor de Dios Padre. Por eso tampoco sabe cuál tiene que ser su actitud con el prójimo, cuando de éste ha recibido alguna ofensa. “Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?”

El perdón. El perdón no como algo excepcional ni reducido a número, sino como actitud, que se integra sólidamente en nuestra vida y es normal expresión del sentimiento de unos hacia otros, precisamente cuando nos consideremos injuriados, ofendidos u odiados. Las tres lecturas de este domingo están centradas en esta actitud tan básica y necesaria en nuestra vida.

El libro del Eclesiástico nos enseña una lección clara y precisa de la verdadera sabiduría. La alianza con el Señor exige y condiciona nuestra relación con los demás; hay que saber perdonar y no andar recordando siempre los agravios recibidos. A nosotros tampoco nos gusta que Dios haga esto con nosotros. En cada párrafo la referencia es del Señor. “Del vengativo llevará Dios estrecha cuenta. Si perdonas, también serás perdonado. Piensa en tu fin y cesa en tu enojo. Piensa en tu muerte y guarda los mandamientos”. Debemos escuchar a Dios en nuestro interior para recibir la calma y la paz: “Él también tendrá compasión de nosotros, cesará en su enojo y nos guardará”.

Impresiona este lenguaje, en que tan claramente se nos manifiesta que seremos perdonados por Dios en la medida en que nosotros perdonemos a nuestro prójimo.

No vivimos para nosotros, ni morimos para nosotros. Es san Pablo el que proclama que, en virtud de la nueva Alianza, en la vida y en la muerte somos del Señor. Al hacernos cristianos recibimos esta nueva vida. En cada uno de nosotros Cristo vive su vida siempre de nuevo. Hemos de creer en lo que la fe nos dice que somos, a pesar de nuestras pobres experiencias y caídas. Nuestro vivir tiene que ser e ir siendo progresivamente Cristo. Él ama a través de nuestro corazón, se entrega por medio de nuestro esfuerzo, perdona en nuestro perdón. Por eso esta actitud es tan fundamental en nuestra vida. Cristo muere por nosotros y en todos nosotros vive. Su muerte en la cruz fue también para perdonar y así lo manifestó con palabras que aún hoy mismo nos conmueven: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. ¿Lo sabe bien, acaso, el que nos ofende a nosotros? Para que nos sea más fácil perdonar, hemos de despojarnos del sentimiento de que estamos ante el enemigo. Hay que renunciar a ciegas actitudes defensivas y a todo deseo de venganza. Perdonar es no querer humillar a quienes nos han ofendido. Ni siquiera el afán de justicia debe eliminar de nuestra alma la hermosa inclinación a perdonar.

Estamos en lo más profundo de la salvación. El perdón de Dios es una expiación. Dice Romano Guardini que no podemos ser redimidos sin que el espíritu de la

redención actúe en nosotros. Pedro tuvo ocasión de comprobarlo: fue perdonado con generosidad sin límite. Y él también perdonó a sus enemigos.

DIOS NOS AMA A CADA UNO

Comentario a las lecturas del XXV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 22 de septiembre de 1996.

Los planes de Dios sobre nosotros son mucho más ventajosos y más elevados que los nuestros. Nos acercamos a Jesucristo y a sus planes sobre nosotros, cuando llevamos una vida, que se esmera en ser digna del Evangelio. La luz del Señor tiene que inundar nuestros criterios y nuestra vida toda. Para nosotros todo se compra y todo se vende. En las personas, en las profesiones y trabajos sólo buscamos eficacia y rendimiento. Dios, en cambio, actúa para nosotros de manera difícil de entender hasta que su gracia nos llena: lo hace con criterios de amor gratuito.

Nos produce cierta molestia la parábola de los viñadores. El dueño de la viña sale a contratar jornaleros a diversas horas del día, incluso a la última, cuando ya cae la tarde. Al presentarse a cobrar, todos reciben lo mismo, un denario, que es la cantidad, en que se han ajustado unos y otros. Lo cual provoca la protesta de los que han estado trabajando todo el día, pero él rechaza sus quejas y les recuerda que está dando a todos la cantidad en que habían convenido. ¿De qué se quejan, pues? ¿Es que él no puede ser bueno? Es decir, ¿acaso no puede utilizar criterios de bondad generosa, sin limitarse a lo que los hombres entienden por estricta justicia?

Los fariseos, que oyeron la parábola y se consideraban más santos que todos los demás, se sentirían agraviados, porque de sobra entendían que se refería Jesús a ellos, hinchados de orgullo y presunción; porque eran, así lo creían, los de la primera hora, los que siempre habían estado trabajando en la Alianza antigua. Pero el amo no había defraudado a nadie.

No debemos olvidar esto nunca: que Dios nos quiere uno a uno. Lo que tanto repiten la antropología y la psicología, que somos únicos e insustituibles, nos lo dice el Señor en esta expresión de pequeñez, hipocresía o raquitismo psicológico o moral. Surgen de la mano creadora y amorosa de Dios y sirven a sus criaturas. Son una fuerza viva y rica que viene de arriba abajo y luego por medio de nosotros ha de volver hacia arriba.

Por eso, dice san Pablo que los cristianos han de estar unidos en un mismo amor y en un mismo sentir. No obrar por envidia, ni por ostentación, ni vivir encerrados en los propios intereses. Por el contrario, la humildad ha de ser el guía de nuestras acciones, esa humildad que favorece y capta la gran belleza, que hay en el trato sencillo, respetuoso, admirativo de las posibilidades de los demás.

Sin esta humildad no puede haber diálogo sincero, y es bien sabido que, en el orden político, para resolver los conflictos entre los pueblos, y en el simplemente humano, para lograr la pacificación entre los hombres, si no hay diálogo no puede haber paz.

No es cuestión de palabras, sino de hechos y de vida. Los publicanos y las prostitutas, de los que habla Cristo, pueden precedernos en el Reino de los cielos, porque vieron, creyeron y obraron en consecuencia. La Iglesia necesita

miembros vivos, unidos al sarmiento, y que den fruto, no hijos que dicen fácilmente sí a todo, pero que con su vida hablan otro lenguaje.

SÓLO PALABRAS, NO

Comentario a las lecturas del XXVI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 29 de septiembre de 1996.

Son nuestras propias acciones las que nos configuran. El desorden moral nos arruina personal y socialmente. Las obras buenas nos dignifican y subliman por encima de nuestras debilidades. No es lícito descargar nuestra responsabilidad en el conjunto social, en las circunstancias adversas. La palabra de Dios es una llamada continua a la reflexión sobre la propia vida, y a la oración, para pedir luz, fuerza y discernimiento en un trato de amistad con Cristo.

Un hombre –dijo Jesús– tenía dos hijos. Pidió al primero que fuese a trabajar en la viña y contestó que no quería ir. Pero se arrepintió pronto de haber dicho que no, y fue. Pidió lo mismo al segundo y dijo éste: “Voy, Señor”. Pero no fue. ¿Quién es el que obró como quería el padre? Y contestaron los oyentes: el primero. Fue entonces cuando Jesús pronunció durísimas palabras contra los fariseos y levantó la esperanza del pecador a lo más elevado del cielo. “Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os precederán en el camino del Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros, enseñándoos el camino de la justicia, y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las prostitutas le creyeron. Y aún después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis, ni le creísteis”.

San Pablo nos traza el plan que hemos de seguir, en su carta a los filipenses. Tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús. Él se despojó de su rango y pasó por uno de tantos; y actuando como un hombre cualquiera, se sometió incluso a la muerte y muerte de cruz. La humildad divina es de inmensa trascendencia para entender la obra de Dios Padre. Todo cuanto hace Jesús es criticado y aún rechazado. Muere a consecuencia de un proceso entablado contra Él por las autoridades religiosas, pero después se levantó sobre todo nombre y Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.

Dios es ya en la historia de la humanidad un Dios hecho hombre. Dios ha rebasado las formas convencionales. Es un gran misterio de humildad divina; pero esta es la verdadera humildad, que el grande se incline respetuosa y amorosamente sobre el pequeño.

Dios, el creador, el providente, el amor, es humilde, el que ama humildemente. De ninguna manera la humildad y la caridad son virtudes propias de los débiles, y, por lo mismo, rechazables, como se las ha presentado muchas veces. No medir con cálculos humanos su misericordia y su bondad.

De esto saben bastante los padres buenos, los amigos de corazón, que dan más al hijo y al amigo que necesita más; los hombres y las mujeres entregados al servicio de los más pobres. La revelación de Dios en Jesucristo no deja nunca de sorprendernos. No es cuestión de merecer o no merecer y de pagar lo que corresponde. Es cuestión de salvación y redención, para lo cual nuestras medidas humanas no cuentan. Lo concreto, pues, no es pensar en lo mucho que nosotros hemos dado a Dios, sino en procurar amar como Cristo nos amó. Dios

es mucho más que un empresario justo. Dios es Dios, y ama y salva a cada uno en particular. La seguridad no está en nuestros años de servicio, sino en su amor.

LA VIÑA SIN RACIMOS

Comentario a las lecturas del XXVII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 6 de octubre de 1996.

Las lecturas de este domingo son una llamada a la responsabilidad personal: al comenzar una nueva etapa, como parece que siempre supone la vuelta del verano, un aldabonazo fuerte resuena en nuestra conciencia. Nuestra existencia va discurriendo rápidamente. Tenemos una viña de la que hay que cuidar. ¿Qué hacemos con nuestra viña? ¿Damos uvas o agrazones? ¿Se nos quitará el Reino de los cielos y se les dará a otros, que produzcan más frutos? Cuando el labrador en sus fincas puede apreciar los frutos de la próxima cosecha, se llena de esperanza, pero si se trata de una viña frondosa y con brillantes y jugosos racimos, el gozo alegra el corazón y el viñador contempla y acaricia las tiernas uvas de los racimos como la más pura delicia de la tierra.

Más cuando no hay fruto, aparta su vista de aquel follaje estéril y mueve su cabeza en señal de torpe fracaso, triste y lamentable. Esto es lo que ocurrió a Israel, la viña más querida de Dios, plantada por Él mismo y cultivada con tanto esmero. Los grandes profetas, los jueces, los reyes, lloraron amargamente muchas veces al comprobar la viña devastada por las maldades de los que habían sido llamados por Dios a gozar de sus frutos y sólo tuvieron agrazones.

Somos seres libres, respondemos de nuestros actos y decisiones. Cada uno tenemos nuestra manera de amar, de trabajar, de encajar los problemas y superar las dificultades. Así es como se manifiesta nuestra personalidad. Somos capaces de todas las virtudes y de todos los vicios, porque todos podemos decir la famosa sentencia: "Somos hombres y nada que sea humano nos es ajeno".

Hay tantos modos de ser felices o desgraciados como hombres habitamos en la tierra. Y cada uno tenemos nuestro tipo de bondad o maldad característica, que vamos logrando poco a poco, porque cuando Dios nos creó, nos dio el regalo de la libertad para que pudiéramos obrar por nosotros mismos. Y esta es nuestra gran vocación: lograr la soberana libertad de los hijos de Dios, de la cual algún día hemos de rendir cuentas.

Con la imagen de la viña, Isaías nos ejemplifica el compromiso de Dios con cada uno de nosotros, y nuestra responsabilidad para con Él. Espera de todos los hombres, de cada uno en particular, el derecho y la justicia. Hoy apenas se habla de esta espera de Dios. No se habla de ese juicio, al que hemos de someternos todos para ser examinados de nuestras acciones y omisiones. Vivimos una hora triste en el mundo de hoy, triste, porque se ha apoderado de los hombres de nuestro tiempo una insolente frivolidad de pensamiento, que nos hace olvidar el juicio de Dios, que ha de llegar ineludiblemente.

En las lecturas del Nuevo Testamento de este domingo se plantea el mismo tema, pero ya desde la fe en Jesucristo como piedra angular de toda construcción, de toda tarea, de todo proyecto, de toda realización. Él nos ha regalado otra vida, que pone en nuestras manos. Es la vida de fe, que, al iluminar nuestros pasos diarios, nos dará fecundidad y paz. La vida de la fe tiene que

dinamizar nuestra existencia. Nuestro empeño ha de ser conocer qué necesitamos para iluminar esa fe y producir frutos: “Lo verdadero, lo noble, lo justo, lo amable, lo laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta”. Como dice san Pablo. No es creíble una vida cristiana sin que dé frutos cristianos. Leed la parábola que nos ofrece hoy san Mateo, dirigida a los que tienen autoridad. Esta no es sinónimo de poder, sino de servicio. El Reino de los cielos, ya aquí en la tierra, es para quienes producen frutos. No podemos ir al otro mundo con las manos vacías.

EL VESTIDO DE BODA

Comentario a las lecturas del XXVIII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 13 de octubre de 1996.

Estamos acostumbrados a oírlo los creyentes, y los ateos ni se lo plantean, pero lo realmente importante es que Dios quiere que todos los hombres nos salvemos y lleguemos a la felicidad. Hemos sido creados para el amor y el gozo eterno. Pero hemos de poner en juego toda nuestra capacidad para lograrlo. Este es el misterio de nuestra vida, presente, fugaz, que se nos escapa sin sentirlo, futuro eterno, compromiso humano, gracia divina. Todo ello se entremezcla en las lecturas de la palabra de Dios de este domingo.

Tanto en Isaías como en el evangelio de san Mateo se nos ofrece la imagen bíblica del gran banquete, que expresa nuestra esperanza en un futuro de total plenitud.

Son los tiempos mesiánicos cada vez más cercanos. Y están invitados todos los pueblos, todos. Es el universalismo de la redención. En Isaías está la descripción maravillosa de lo que Dios ha creado y preparado para que lo disfrutemos todos, aunque no olvida la referencia particular al pueblo escogido, Israel, el pueblo a quien más quiere. Le libraré del oprobio, que le mancha, la idolatría, y le dará capacidad interior en su alma para no dejarse seducir por la falsa belleza de dioses extranjeros. Y precisamente se lo presenta a ese pueblo en un momento crítico, ya que está viviendo en circunstancias angustiosas y sin recursos. Dios enjugará las lágrimas, alejará el oprobio, aniquilará el dolor y la muerte. Esta es la salvación, este es el misterioso y gratuito amor de Dios.

En el evangelio, la parábola va también dirigida, como la del domingo pasado, a los sumos sacerdotes y senadores del pueblo. Describe a un rey, que quiso celebrar espléndidamente la boda de su hijo y llamó a los invitados. Pero estos rechazaron la invitación e incluso dieron muerte a los que iban a invitarles. Tenían otras cosas más importantes que hacer y consideraban más merecedores de atención otros intereses. Jesús quiere hacer ver a aquellos fariseos y letrados que obran muy mal al pensar con orgullo en que ellos son los que hacen bien las cosas y explican rectamente la ley. Quiere mostrarles lo ciegos que están al rechazar el verdadero vínculo de unión con Dios y de los hombres entre sí. Sus miras personales les impiden responder a la llamada de Dios a todos sus hijos y se hunden en el absurdo de un legalismo, que ahoga el corazón y mata la religiosidad.

El plan de Dios no fracasa y la sala del banquete se llenará. Porque el rey dijo a sus criados que salieran por los caminos y trajesen a todos los que encontrasen, a participar en el festín. Y así se hizo. Mas entonces sucedió algo doloroso. Uno de aquellos improvisados comensales no tenía vestido de boda por su propia incuria y el rey mandó que lo expulsasen de la sala del banquete.

Es lo de siempre, a toda llamada de Dios hay que dar digna respuesta. No se puede ser cristiano y no cambiar la propia conducta. Cristo hace una llamada a la seriedad del compromiso de cada uno. No se puede entrar sin “vestido de

boda". Hay que asistir con la dignidad que reclama la categoría del que invita. A las invitaciones de Cristo –tantas como nos hace en la vida– hay que responder como merece el que nos llama. Nunca la indiferencia, la desidia, la desgana, ni el vestido sucio. Siempre el decoro y la limpieza del corazón.

MISIONEROS SIEMPRE

Comentario a las lecturas del XXIX domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 19 de octubre de 1996.

Domingo Mundial de la Propagación de la Fe. Domingo que celebra la Resurrección del Señor y nuestra resurrección en el mundo entero y así quiere proclamarlo. Querer que todos los hombres celebren la Resurrección de Cristo es desear la resurrección de todos ya desde ahora. Grande es el Señor. Aclamad la gloria y el poder del Señor. Decid a los pueblos: el Señor es rey, Él gobierna a los pueblos rectamente, cantamos en el salmo.

Se trata de despertar nuestra conciencia evangelizadora, la responsabilidad que tenemos de comunicar a los demás la Buena Nueva de la redención, y nuestra unión, junto con lo que implica, con todos los que directamente trabajan como misioneros de la fe en Cristo. La fe en Cristo como alfa y omega de la creación, como Señor de la historia, como Primogénito de toda la humanidad, como Redentor, no para unos determinados hombres, ni para una determinada cultura o una época ya pasada, sino para todos los hombres sin excepción. No podemos admitir que el Verbo de Dios, precisamente por serlo, omnipotente y amor increado, no haya querido encarnarse en quienes dentro de otras religiones y culturas sean también portadores de una luz, que por venir de quien viene, aunque sea india, china o afgana, pongo por caso, ya no es de este mundo.

Es la hora de volver a leer las grandes encíclicas misioneras de los últimos papas, los tratados de Misionología, que hemos estudiado, el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia en el Concilio Vaticano II, y de rendir de nuevo el tributo de nuestra admiración conmovida a hombres como monseñor Sagarmínaga y su labor en toda España, Joaquín Goiburu y Javier Echenique; al padre Segundo Llorente con sus artículos desde el país de los eternos hielos en "El Siglo de las Misiones", y tantos sacerdotes, religiosos y religiosas de España, que, dejándolo todo, siguieron a Cristo por todos los caminos del mundo.

En muchísimos hogares españoles aparecía y era mostrada con orgullo la fotografía del hijo o la hija misioneros, que hacía ya tantos años que salieron de casa y no habían vuelto más que con sus cartas llenas de amor, o quizá habían muerto en países africanos y asiáticos, no sin dejar las huellas intrépidas de su trabajo y su entrega.

Nunca como ahora hemos tenido en España una orientación y un impulso misionero tan luminosos como los que nos brinda la Comisión Episcopal de Misiones. Nunca el clero diocesano ha podido añadir una colaboración tan generosa a la obra de las misiones en América como la que se viene ofreciendo por medio de la O.C.S.H.A.

Nuestro sentido católico, es decir, universal, a la llamada de Dios, se pone de manifiesto en Isaías y en el salmo responsorial. Ciro, un no creyente, es llevado por la mano de Dios. El profeta le ensalza y le llama ungido, porque permitió al pueblo de Israel que regresara de su cautividad. Leyendo a Isaías sentimos la

presencia de Dios en el mundo, al Señor que reina con la grandeza, que rebasa todos los límites. “Te pongo la insignia, aunque no me conoces, para que sepan de Oriente y Occidente que no hay otro Señor fuera de mí”.

AMA Y HAZ LO QUE QUIERAS

Comentario a las lecturas del XXX domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 29 de octubre de 1996.

No se trata de discutir sobre la dimensión vertical y horizontal del amor, Dios y los hombres. Se trata del amor, que lo abraza todo. El amor a Dios incluye el amor al prójimo, y el amor al prójimo es fruto del amor a Dios. ¿Cómo podríamos ser hermanos, cómo hablar de fraternidad y solidaridad, si no fuéramos hijos? ¡Se ha abusado tanto en nuestro tiempo de este lenguaje de la doble dimensión del amor, para acusarnos unos a otros!

El libro del Éxodo expresa la exigencia con el prójimo del Dios de la Alianza. Son consejos prácticos para orientar el comportamiento dentro de la relación, que el Señor ha establecido con los hombres, pero limitados al pueblo de Israel: no oprimir, no vejar a los emigrantes, no explotar a los débiles, no enriquecerse a costa del otro. Y la advertencia firme de que Dios es siempre defensor de los que invocan su protección, porque se encuentran en desamparo.

En el evangelio, Jesús simplifica los dos preceptos y normas y nos da el mandamiento, que tan maravillosamente entendió san Agustín, cuando escribió: “Ama y haz lo que quieras”. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser: este es el primer mandamiento”. El segundo es semejante a él: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Es una misma relación vital: paternidad-fraternidad. No hay separación.

Jesucristo quiere enraizar en nuestro corazón lo que es esencial, y hacernos sentir lo que vale y permanece, lo que tiene que guiar la historia de la humanidad, si no quiere ésta hundirse en la tenebrosidad del odio y de la guerra. Todos los mandamientos reducidos al amor, toda la ley y todos los profetas del Antiguo Testamento, ¡se dice pronto!, resumidos en el amor.

Porque realmente los mandamientos y preceptos solamente no sostienen nuestra vida, sino el amor. Porque, como dice san Ignacio de Loyola, el puro amor es el puro servicio, la entrega completa, la máxima colaboración, la mejor ayuda, que se puede prestar al otro. No se puede decir: “Amo a Dios e intento amar al prójimo”. Con solo intentar, tampoco se ama a Dios. Cristo soldó para siempre estos dos mandamientos. No son dos que se yuxtaponen, sino que se implican en una unidad, expresión clara de lo que es la vida cristiana.

El Reino de Dios va llegando a cada uno de nosotros en la misma medida en que vivimos estos mandamientos. Si así, fundidos y fusionados, iluminan nuestro actuar en la vida, en los grupos a los que pertenecemos, en las empresas, en las familias, en los momentos festivos y en los trabajos que emprendemos, podremos ser luz del mundo y sal de la tierra.

Dios es amor y el amor rebasa las medidas comunes, que suelen llamarse razonables. El amor siempre inicia y crea, porque es fuerte y joven. En el amor al prójimo, Dios mismo es amado. Las buenas obras –dice Unamuno– jamás descansan. Pasan de unos espíritus a otros, reposando un momento en cada

uno de ellos, para restaurarse y cobrar fuerzas, que permitan seguir adelante. El amor y la fe en Dios no pueden tenerse escondidos, hacen hablar.

UNO SOLO ES NUESTRO MAESTRO

Comentario a las lecturas del XXXI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 3 de noviembre de 1996.

El texto de Malaquías y el evangelio son una denuncia de las actitudes y situaciones de mentira, incoherencias, faltas de honradez, tergiversaciones del mensaje sobre el Reino de los cielos, falta de seriedad en su proclamación, y burda separación entre lo que decimos creer y lo que hacemos.

Tienen ambos un profundo sentido moral práctico y concreto para nuestra vida, aunque la denuncia vaya dirigida a los sacerdotes, fariseos, letrados, a los que tienen alguna autoridad para proclamar el mensaje y la voluntad de Dios sobre los hombres, a los que lo tergiversan y mezclan todo con sus intereses y ambiciones, y exigen a los demás lo que ellos no quieren vivir sinceramente. Ahí está siempre el problema, en la falta de un testimonio y servicio auténtico, que todos entenderían. Muchas palabras ampulosas, barrocas, vagas, pero nada de un serio y cristiano vivir. La vanidad, las ostentaciones, el ansia desmedida de triunfar destruyen incluso las cosas más o menos buenas, que puedan decirse, porque todo suena a falso o a rutinaria palabrería.

Todo ello ilumina nuestra vida para el quehacer diario, y nos exige la sinceridad constante, la coherencia entre lo que decimos y hacemos, entre lo que decimos creer y lo que realmente configura nuestra existencia. No hay nada más anticristiano que la hipocresía farisaica y mendaz. Nos destruye el no guardar los caminos del Señor, fijarnos en las personas para aplicar la ley de distintas maneras, según nuestro trato con ellas, olvidarnos de los lazos de fraternidad, que unen a todos los hombres, no prestar nuestra ayuda desinteresada para aliviar el peso, que soportan los demás, dejar pasar ante nosotros, sin mover un dedo, las necesidades y sufrimientos de los demás. Así nuestra vida cristiana se hace pobre y sin fuerza para despertar el noble deseo de imitarla. Lo que conmueve, inquieta y estimula son las actitudes sinceras y el testimonio, que damos con nuestra actuación. Obras son amores y no buenas razones. El cristianismo es sublime por lo que tiene de Cristo, pero nosotros los cristianos sucumbimos a nuestras propias miserias y perdemos la capacidad de ser testigos de Cristo en la sociedad, en que vivimos.

Uno solo es nuestro Maestro y todos nosotros somos hermanos. El lenguaje de Cristo es claro y terminante: el primero entre vosotros será vuestro servidor. La vida, la vida diaria como servicio, como transparencia de lo que creemos, que Dios es nuestro Padre, y nosotros tenemos que vivir la fraternidad aquí en esta vida. Cristo nos pide insistentemente luchar contra la falsedad en nuestro actuar, y vivir en verdad y en humildad. Esa verdad y humildad fuertes, sin vacilaciones ni ocultaciones, propias de los espíritus grandes y generosos, que son los que transforman la convivencia social.

La sinceridad en la práctica del bien hace posible la verdadera justicia y le confiere plenitud. Pero estamos muy inclinados a engañarnos a nosotros mismos, y por eso necesitamos dejarnos iluminar por nuestro único Maestro y los que viven en conformidad con Él. Si así obramos, seremos capaces de

derramar luz también nosotros, no sólo de recibirla, y, viviendo cada uno en su propio estado y condición, contribuimos a mejorar un poco cada día el ambiente, en que vivimos. Hay que leer el Evangelio todos los días y dejar que Cristo nos interroge y examine como Maestro y como Padre.

DE LA TIERRA A LA ETERNIDAD

Comentario a las lecturas del XXXII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 10 de noviembre de 1996.

En estos dos últimos domingos del Año litúrgico, antes de celebrar la fiesta de Cristo Rey, se nos hace una llamada a lo que es el sentido de nuestra vida, y cómo éste tiene que orientar nuestra marcha diaria: el juicio de Dios sobre nuestras acciones y omisiones. Ser fieles a la tierra, en que vivimos, no equivale a terminar en el vacío, sino en el encuentro con Jesucristo para estar siempre con el Señor. En medio de nuestra debilidad, que nos hace sentir la proximidad del final, podemos fortalecernos unos a otros con esta realidad del encuentro con nuestro Salvador.

El Señor, que todo lo sabe, que nos sondea y conoce hasta lo más profundo de nuestro ser, que ve nuestra debilidad y nuestra torpeza, será nuestro juez. El juicio será para cada uno de nosotros el último acto de Dios en lo referente a esta vida, que pasa, y servirá para decidir en qué sentido se completará en nosotros la redención, que Él nos ofreció. El Señor es el Señor de la gracia. Nos inclinamos ante Él llenos de confianza en su misericordia, pero con conciencia de nuestra libertad y responsabilidad. Dios quiere salvarnos. Nosotros tenemos que desear ser salvados, y es ahora, en el discurrir del tiempo, cuando día tras día labramos nuestro destino final.

Por eso necesitamos la sabiduría de la vida: Esa sabiduría que es un ofrecimiento de Dios. Un saber que salva, que conforta, que en cada momento nos ilumina, que sale al encuentro de los que le buscan en cada circunstancia. Ella pone al descubierto muchas necesidades, nos hace vivir el tiempo y medirlo como momentos únicos, que el poder infinito de Dios nos ofrece. Solamente en la reflexión, en la intimidad de cada uno, en esa conjunción entre comprensión y amor, entre inteligencia y sentimiento, entre lo que señala la conciencia inundada de fe y lo que encontramos en la vida, se da como resultado la sabiduría, de la que habla la Biblia. La necesitamos, porque se trata de cómo debe vivirse la vida humana.

En el evangelio de hoy, por medio de la parábola de las jóvenes sensatas y de las necias, Jesús nos enseña cuál ha de ser nuestra actitud ante la vida, la muerte y el juicio: atentos, preparados, vigilantes, llenos de esperanza y seguridad en su venida. Es decir, vivir lo que en cada circunstancia es exigible, vivir en plenitud en cada momento.

Peguntáronle un día a san Carlos Borromeo qué haría si le avisaran que dentro de una hora había de morir; y contestó que seguiría haciendo lo que hacía, esmerándose en hacerlo del mejor modo posible. Eso es encararse con la eternidad, hacer sencillamente lo que tenemos que hacer. No es cuestión de estar siempre rezando, o vivir angustiados con la espera. Todas las jóvenes durmieron, mientras esperaban al esposo, pero las sensatas y prudentes iban provistas de aceite en sus lámparas. No se dejaron aprisionar por el presente, de manera que perdieran de vista el futuro. Hemos de vivir, como dice Unamuno, al día, en las olas del tiempo, pero asentados sobre la roca viva, dentro del mar

de la eternidad, el día en la eternidad. Somos hijos de esta tierra, pero lo que tenemos que descubrir es el eterno resplandor de lo terreno. Jesucristo vino e hizo suyo el destino de cada uno de nosotros.

NO PODEMOS RESERVAR NOS NADA

Comentario a las lecturas del XXXIII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 17 de noviembre de 1996.

Seguimos en la misma línea del comentario del domingo anterior. Tanto san Pablo, en la carta a la comunidad de Tesalónica, como Jesús, en el evangelio, se pronuncian sobre el último fin del hombre y del mundo. Los textos de hoy subrayan aún de manera más enérgica nuestra responsabilidad personal en el quehacer diario, como decisivo para nuestro destino eterno.

En la lectura del libro de los Proverbios se nos ilumina el corazón ante la sencilla, pero exigente vida de la mujer hacendosa. Vida de trabajo al servicio de la familia y de los necesitados. Es alabada por el éxito de su laboriosidad, por su actitud en el hogar, y por su generosidad para con los pobres. Mujer de auténticos valores y de riqueza interior, que se consolida con el tiempo, aunque pase la belleza de la juventud. Escueto y sencillo el texto que, no obstante, refleja todo un estilo de vida, que proporciona felicidad en su entorno, que renuncia al brillo fugaz y superficial de los éxitos mundanos, y valora ante todo el obsequio a Dios, la armoniosa y abnegada vida de familia y la ayuda a los demás. Una vida así se ensalza por sí misma, y sirve de ejemplo por su dignidad y su señorío. Muchas mujeres de nuestro tiempo se distinguen también por ese encanto de su juventud y su belleza, pero tienen las manos vacías, la cabeza vacía, y el corazón vacío, y cuando llegan a la edad, que las hace merecedoras de estimación y de respeto por el noble sacrificio, que las acompañó toda su vida, aparecen empequeñecidas y pobres, cuando podían mostrar con legítimo orgullo el tesoro de sus virtudes. No hay rostro hermoso, cuando la fealdad del egoísmo mancha las almas.

Dichoso quien teme al Señor, porque ese temor le llevará a vivir del fruto del propio trabajo y no del fraude y del engaño. La mujer será como parra fecunda y los hijos como renuevos de olivo alrededor de la mesa. Formar un verdadero hogar es hoy una empresa de la más alta categoría humana y social. La sociedad opulenta, a la que sobra todo, tiene los días contados, si sigue olvidándose de los que no tienen ni pan, ni trabajo. Se producirán reclamaciones violentísimas, porque están cada vez más cerca los que conocen todo, aunque les falte todo.

La certeza de la venida del Señor nos debe llevar a una actitud de vigilancia y vida honrada, tal como san Pablo nos lo recuerda insistentemente. Pero no solamente honrada; ha de ser también cristiana, porque es lo que Cristo nos pidió, cuando se nos mostró como camino, verdad y vida. La idea del juicio está cimentando el fragmento del evangelio de san Mateo, que leemos hoy. Somos colaboradores de Dios, cooperadores con Él no sólo en cuanto atañe a lo moral profesional y a las responsabilidades, que hemos de asumir en la sociedad, en que vivimos. El cristiano es el hombre nuevo, que tiene que propagar su fe, poner en pie con su esperanza a los decaídos y desesperados, y amar como Cristo nos amó.

No podemos guardar nada para evitar que se nos pierda. Hay que administrar bien según Dios todo lo recibido. La fidelidad a lo recibido ha de traducirse en

coraje, generosidad y entrega. Aquel hombre, que recibió cinco talentos y negoció con ellos hasta lograr otros cinco es el modelo. Tenemos en esta parábola el modelo del cristiano, el luchador por la causa de Cristo, el misionero constante dentro de su vida sencilla y normal. Un hombre o una mujer cristianos no pueden ser indiferentes ante el olvido de Dios, en que hoy naufragan tantos seres humanos, tantos amigos, tantos hijos y familias suyos. Hemos de abrir nuestro corazón a Dios para ver todo lo que exige de cada uno de nosotros en relación con lo que se nos ha dado. Seremos juzgados por Jesús en lo que constituye nuestro cotidiano vivir.

SEREMOS JUZGADOS

Comentario a las lecturas de la solemnidad litúrgica de Cristo Rey. ABC, 24 de noviembre de 1996.

La conciencia que Cristo tiene de sí mismo nos asombra y nos admira: Camino, Verdad, Luz, enviado de Dios que obra y habla por Él. Todas sus afirmaciones ponen constantemente de manifiesto su conciencia eterna de Hijo de Dios, que viene a salvarnos, a devolver a Dios Padre su Reino. La fiesta de hoy nos invita a sentirlo así, a vivir a Cristo como centro de la historia y de nuestra vida.

Cuando decimos que Cristo es Rey, no tratamos de vindicar una sociedad teocrática como la de la Antigua Alianza, ni queremos que Cristo ejerza un dominio temporal sobre las cosas de la tierra. Éstas tienen su autonomía y su orden propio. Pero todas tienen una norma para su constitución y su desarrollo justo, y una finalidad, que es procurar el bien de los hombres: y ahí, en todo eso debe estar Cristo, como referencia última y como inspiración original.

En el libro del profeta Ezequiel aparece la imagen de lo que Dios es para nosotros. Cristo lo repetirá muchas veces. El Señor guía personalmente a su pueblo, ha venido para regir a todos los hombres, para alimentarlos con su mensaje, para conducirlos a la felicidad eterna. La historia de cada uno es la historia de Dios, que busca al hombre. Dios, dejando su grandeza, baja a la tierra con su misericordia a buscar al hombre. Cristo tendrá siempre enemigos, pero al fin serán aniquilados y se convertirán en estrado de sus pies. Ruego al lector que saboree con humildad el salmo responsorial de hoy, el salmo 22, que lo aprenda de memoria, que lo recite con frecuencia en su oración personal. Notará enseguida la cercanía amorosa de Cristo, buen Pastor, Rey de su vida.

Por fin, en una festividad en que se nos invita a meditar en el misterio de Cristo Rey, se nos presenta la escena del juicio final, el juicio como intervención en la historia personal de cada uno de nosotros, que será la última de sus acciones. Después sólo su Reino: plenitud, verdad, amor, paz, justicia, sentencia. Ese encuentro último con Cristo, o es para el gozo de una eternidad feliz, o para el misterioso sufrimiento de una ausencia de Dios.

Será el mismo Cristo el que llame y sentencie. De ahí que sea tan importante el tener amistad con Cristo en este mundo. ¿Cómo no se va a esperar de Él el abrazo de la dicha infinita, si no quiso más que amarnos? Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me disteis hospedaje, estuve desnudo y me vestisteis, en la cárcel y vinisteis a verme. Amor al prójimo, en el que brilla el rostro de Cristo y desde Cristo, que es mucho más exigente.

No es tan solo el que mide y juzga, sino la misma medida, que nos da a nosotros y a nuestras obras la verdadera valoración ante Dios para toda la eternidad. “Cuanto hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis”. Si tomamos en serio el cristianismo, siempre tenemos que habérnoslas con el Dios, que se hizo hombre, y que unió su destino al de todos los hombres. Sólo si

comprendemos y vivimos que hay de hecho una unidad última entre el amor a Dios y al prójimo, entenderemos en qué consiste ser cristiano.

Ciclo B

ÉL SIEMPRE NOS BUSCA

Comentario a las lecturas del I domingo de Adviento. ABC,
1 de diciembre de 1996.

Un nuevo Adviento. Un nuevo tiempo de abrirnos a la esperanza, de dejarnos iluminar por lo que supone la venida del Señor a nuestra historia. Otra vez toda nuestra debilidad y todas nuestras vacilaciones nos hacen gritar: ¡Ven Señor!, ven a cada uno de nosotros, ven a nuestra sociedad, ven a nuestras familias, ven a nuestros jóvenes y a nuestros niños, ven a hacer fecundos nuestros esfuerzos por extender tu Evangelio, de manera que te conozcan y sepan que les estás buscando con tu amor y que eres nuestro Padre, como afirma el profeta Isaías.

Por todas partes se va extendiendo la costumbre germánica de la “corona de Adviento”. La corona de ramas de abeto con cuatro velas rojas. Es todo un símbolo de la próxima llegada del Señor, que silenciosamente nos exhorta a prepararnos para esa venida. Todo simbólico: cuatro velas, cuatro domingos, cuatro misterios de expectación. Cada domingo se enciende una vela, y cuando llega la Navidad arden las cuatro. La plenitud expresada en la iluminación plena: llegó.

Pero necesitamos sentir que ha llegado para cada uno de nosotros y que nos ha estado buscando a cada uno. Un nuevo Adviento. Esta es siempre nuestra vida, esperar la llegada de Dios, aunque por nuestras torpezas nos dejemos llevar por dioses falsos. En realidad, ya ha venido y ha puesto su tienda entre nosotros y ha participado de nuestra vida con sus alegrías y tristezas, con sus rutinas, sus desarraigos, sus incomprensiones y su amargo final. ¿Puede acercarse más?

Porque esta palabra nos sale continuamente del corazón y sobre todo en nuestros momentos más íntimos: Ven, Señor. Ven, Señor, a mi trabajo, a mi soledad, a mi dolor. ¿No es siempre Adviento en nuestra vida? El Evangelio nos dice que Dios viene continuamente a nosotros, aunque no creamos que sea así, y nos insta a estar en vela para que se produzca el encuentro.

Necesitamos renovar nuestros sentimientos de esperanza en su cercanía, fomentando en nosotros actitudes de humildad, sencillez y misericordia. Nuestra salvación descansa en su venida hasta nosotros desde el misterio de la libertad y el amor de Dios. Y necesitamos hacerlo carne y sangre en nuestra vida.

Cada uno de nosotros tiene que darse cuenta de lo que nos dice san Pablo: por Él hemos sido enriquecidos en todo, no carecemos de ningún don los que esperamos en Jesucristo. Él nos mantendrá firmes hasta el final y nos llama a participar en su vida.

En la lectura del profeta Isaías se nos describe la dramática situación del pueblo de Israel, al que se nos presenta como exhalando un grito colectivo de angustia, buscando en Dios el remedio, que no encuentra en el mundo. ¿Por qué nos extravías de tus caminos y endureces nuestro corazón, para que no tema? Es como decir: ¿por qué nos haces libres para cometer el mal? Ven, eres nuestro Padre, nuestro Redentor. Vuélvete a nosotros, míranos. Nosotros somos la arcilla y tú el alfarero: somos todos obra de tus manos.

El salmo está penetrado de esta misma confianza: Míranos, ¡que tu mano nos proteja! El olvido de Dios, la lejanía de Él lleva a los hombres a las peores situaciones. Sin Él todo es posible y todo está permitido, hasta los peores crímenes.

Por eso, es tan fuerte el grito de Adviento: ¡Ven, Señor! Siempre la añoranza, el deseo ardiente de lo bueno, de lo noble, de lo digno, de la paz. El Señor nos dice: Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad! ¿Cuál es nuestro plan de vida de Adviento? ¿Cómo vivirlo? Porque, como dice san Agustín, hay que oír con el corazón y ya no será posible dudar, y esto nos llevará a actuar.

LA ESTRELLA DEL ADVIENTO

Comentario a las lecturas del II domingo de Adviento.
ABC, 8 de diciembre de 1996.

En el firmamento litúrgico brilla hoy una estrella. Es la Virgen María, purísima, inmaculada, sin pecado. Tan arraigada está esta fiesta en el corazón y en el sentimiento de los españoles, que los obispos hemos pedido al Papa que nos autorizara a celebrar, no la liturgia del segundo domingo de Adviento, sino la del 8 de diciembre, la de María Santísima concebida sin pecado original, radiante en su hermosura, limpia de toda mancha, por estar destinada a ser la Madre del Redentor. Y así lo ha concedido, con la única condición de que una de las lecturas sea de las designadas para el citado domingo.

Fiesta del principio santo, llama Karl Rahner, a la fiesta de la Inmaculada Concepción. María entra en la voluntad creadora de Dios Padre en orden a la Encarnación de su Hijo. No tiene pecado, porque va a ser Madre del que ha vencido al pecado. Es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Y en previsión anticipada del Hijo, que va a venir, aplicándose a ella la eficacia redentora del Hijo Salvador del mundo, el pecado o la mancha, que entra en todos, en ella no podía entrar y no entró. Así lo afirma nuestra fe, así lo ha definido la Iglesia en sus documentos solemnes. Así lo ha cantado delicadamente nuestro teatro del Siglo de oro en sus autos sacramentales, como, por ejemplo, en el "Hidalga del Valle". El principio de María es el principio puro, sencillo, transparente, mera gracia.

Dios amó a María con absoluto amor como principio sobre el que iba a asentar la semilla del Verbo, destinada a nacer hecha niño la noche de Navidad. Por eso María es la estrella del Adviento. "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre todas las mujeres. No temas porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu seno inmaculado y darás a luz al Hijo del Altísimo".

María es la Madre en la historia de la salvación y, por tanto, en la historia de cada uno de nosotros. Su Inmaculada Concepción es el pórtico de gloria de lo grandioso y extraordinario, que después se iba a proponer. Se le pidió una confianza ciega y ella la ofreció con la sencilla grandeza con que la mujer sabe hacer las cosas. Todo su destino está modelado sobre el de su Hijo: encarnación, Belén, Egipto, Nazaret, salida al templo, muerte y Resurrección. Bienaventurada, porque escuchó la palabra de Dios y la puso en práctica.

María es la primera gran figura del Adviento. Le esperó ya de una manera inmediata durante nueve meses, modelo de madre en la espera del hijo, y estuvo siempre junto a Jesús. Vivió todo lo que concernía a Jesús, porque era su propia vida. Ella le dio todo su corazón, su sangre, su honor, su capacidad de amar, su entrega, su sacrificio abnegado y silencioso. La grandeza de María, dice Romano Guardini, está en que dio con su fe los mismos pasos, que el Señor iba dando para llegar a su destino divino. "Dichosa tú, porque has creído".

El segundo domingo de Adviento es la presentación del camino que hay que seguir. Se nos concreta la tarea con las palabras de Isaías y la figura de Juan el

Bautista. Abrir nuevos caminos –pide el Profeta–, lo torcido y lo escabroso ha de allanarse y enderezarse. Con Cristo todo ha de ser nuevo, y con la vida de Cristo en nosotros más nuevo aún. Es una llamada a la conversión, al cambio de mentalidades, de corazón y de actitudes; hay que sepultar nuestras ambiciones torcidas, nuestro egoísmo sucio y nuestro desinterés por los demás. Y aunque no nos guste oírlo, es una llamada a la austeridad de vida como imperativo de nuestra conciencia y como verdadera exigencia social, si queremos construir la paz.

María es la criatura que tiene una relación y cooperación más íntima con el misterio de la redención. Ella nos enseña a vivir este tiempo de esperanza, de alegría, de acogida, de contemplación. Su “Fiat”, su disposición ante el Señor, está penetrado de un silencio profundo, de perseverancia, de actuación constante y generosa, de servicio para el bien de todos.

NO APAGUÉIS EL ESPÍRITU

Comentario a las lecturas del III domingo de Adviento.
ABC, 15 de diciembre de 1996.

El Bautista es una cima en el tiempo de Adviento. Él otea el horizonte y nos ofrece todo lo que se extiende a su vista. Es lo que nosotros tenemos que ser en el Adviento de toda nuestra vida. No cañas que se agitan empujadas por el viento. Creer a pesar de todo. Juan es el mensajero, que prepara el camino a Dios, sobre todo en la propia vida y en el propio corazón. Por eso sabe lo que tiene que decir: “Yo soy la voz que grita en el desierto. En medio de vosotros hay uno que no acabáis de conocer y al que yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia”. Hombre humilde y fiel, que cree, a pesar de todo. A él tampoco le fue nada fácil, y está bien tenerlo en cuenta, si creemos que sólo para nosotros es difícil.

La Iglesia es también como Juan Bautista, y cada uno de sus miembros lo somos, la voz que grita en el desierto, la voz que anuncia lo definitivo. El que nos ha llamado es fiel y su Espíritu nos envía a proclamar la buena noticia. Ni podemos dejar de oír esta voz, porque viene de hombres, ni dejar a su vez de vivirla y proclamarla nosotros mismos. Todos estamos en Adviento, esperando al que ha de venir en el resplandor de su divinidad.

Con un arma tan humilde como la voz que transmite palabras de perdón, de amor y de esperanza, la Iglesia sigue predicando en el desierto, pero muchas veces hace del desierto un vergel florido.

El mensaje del Bautista es claro: Conversión a la luz de la palabra de Dios y adecuación de nuestros criterios a los del Señor, actitud de sencillez y sobriedad en la vida, sinceridad y autenticidad con frutos concretos de conversión. Y todo ello nos lleva a la paz y serenidad, al equilibrio, a saber de dónde venimos, qué tenemos que hacer y por dónde hemos de caminar, aunque no lo diga ningún “slogan”, ni se hagan campañas publicitarias para ello y nos miren extrañados. ¡Después de 2000 años sigue siendo nuevo!

Con fuerza se nos invita a la alegría, tanto por parte de Isaías, otra gran figura del Adviento, como de san Pablo. Desbordo gozo con el Señor y me alegro con mi Dios. Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace crecer sus semillas, así haremos brotar la justicia y la paz, si somos realmente mensajeros del Evangelio. No apaguemos el Espíritu, examinémoslo todo y quedémonos con lo bueno. Guardémonos de toda forma de maldad. Nuestro espíritu se alegrará en Dios nuestro Salvador. Nos llamarán bienaventurados las generaciones. Es el himno de la alegría, –no el único–, que brota de la pluma de san Pablo en su carta a los fieles de Tesalónica, a los cuales ama entrañablemente por su fidelidad.

Es vital que caigamos en la cuenta de esa gran noticia, que anuncia el Adviento: la venida de Cristo. Es el tiempo de la preparación para la solemnidad del Nacimiento en la noche, en que se recuerda la primera venida del Hijo de Dios al mundo. Los que se acercan a nuestras celebraciones tendrían que llevarse la

impresión de que estamos viviendo un tiempo de gozo y esperanza inefables. Nuestros días tendrían que transcurrir preñados de fe y de amor a todos.

Por supuesto, que sufrimos y lloramos como todo el mundo, porque tenemos dificultades y problemas, pero sabemos que todo ello forma parte de la dura cuesta del camino, en cuyo recorrido se abren heridas en nuestros pies y a veces en nuestras manos. Pero el camino está iluminado por la luz del que viene a nosotros como uno más, y nos ofrece su compañía para marchar juntos. Estas no son figuras retóricas. Es la realidad de la vida cristiana. No podemos responder en solitario a la llamada del Adviento. Caminamos en comunión unos con otros y unidos con Cristo.

EL NIÑO QUE NACE

Comentario a las lecturas del IV domingo de Adviento.
ABC, 22 de diciembre de 1996.

Estamos ya en el umbral de la Navidad. Todo nos invita a vivir la gran alegría, que se nos viene anunciando. La liturgia de este domingo es como un estallido del amor de Dios al hombre. El misterio de su amor. Hemos de reunirnos con nuestros mejores sentimientos ante Dios, que tan incomprensiblemente nos amó, que se introduce en nuestra carne y nuestra sangre y hará habitar allí su divinidad. El Santo, que va a nacer, se llamará Hijo de Dios. Reinará para siempre; su Reino no tendrá fin, porque para Dios nada hay imposible. Viene a participar de nuestra condición humana con todas sus limitaciones. Verdaderamente tiene que merecer la pena ser hombre ante todo lo que ha hecho Dios por nosotros. Pensémoslo mucho. Alimentemos nuestro interior con esta realidad y seamos consecuentes con ella. Esto es lo verdaderamente importante; lo demás es circunstancial.

El hecho de que Dios haya salido de la eternidad para entrar en lo temporal y pasajero, que haya cruzado el umbral de la historia para caminar por ella, ¿qué mente humana lo puede comprender, razonar, imaginar? Solamente podemos pensar que Dios nos hizo capaces de recibir su Revelación y admirar, adorar y sentir conmovidos el misterio de su amor inmenso y gratuito. Cuando Dios es el que ama, cuando Dios es el que proyecta, ¿qué hemos de hacer? ¿Cuál puede ser nuestra respuesta? Abrirle de par en par nuestro corazón y con toda sencillez y humildad de un niño para con su padre pedirle que nos haga capaces de recibir un amor así, vivir una misión así. Ser hijos suyos y hermanos de Jesús.

Por lo demás, las tres lecturas están como impregnadas del sabor de una promesa, que está a punto de cumplirse.

En primer lugar, la del profeta Natán a David, cuando sabe que éste se dispone a construir una casa digna para que en ella habite el Arca de la Alianza. El profeta le dice de parte de Dios que el Señor cuidará de él y le libraré de sus enemigos; y Él, el Señor, será quien dará a David una casa, una estirpe de la que nacerá el Mesías, casa y Reino que durarán por siempre. Léase el salmo, que nos hace cantar eternamente las misericordias del Señor. Es el Reino nuevo, el Reino mesiánico, la Iglesia que se adivina en lontananza a través de las promesas.

En segundo lugar, aparece san Pablo, que escribe a los romanos y les habla de que él predica a Cristo Jesús, en quien se manifiesta el secreto mantenido durante siglos y siglos, para que todas las naciones ofrezcan el homenaje de la obediencia de la fe al Dios, único sabio, es decir, la gloria por Jesucristo por los siglos de los siglos.

Por último, el arcángel Gabriel enviado a María, aquí ya todo es luz y lenguaje transparente. Es el momento cumbre, en que la tierra virginal de su seno tiembla de emoción al escuchar las palabras, que vienen del cielo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Es el evangelio de la encarnación del Verbo de Dios. No falta ni el momento de silencio, en que María se turba, porque no

entiende qué clase de saludo era aquel. María va a ser el nuevo templo, la nueva casa, en la que Dios se encierra.

Cristo, como dice san Pablo, descorre el velo del misterio de Dios, es el Dios con nosotros, su amor es el amor de Dios. Su profundidad y su poder son los que elevan al hombre a la altura inaccesible de eso que llamamos la gracia, la divinización del hombre, la esperanza colmada, el cumplimiento de todo lo que se nos había prometido, el gozo pleno de un encuentro con Dios, anunciado desde todos los siglos, el germen fecundo de la transformación de la familia y la sociedad.

¿De qué no es capaz el amor de Dios derramado sobre el hombre a manos llenas? Es tan sublime que puede parecer locura, absurdo, escándalo a todo aquel, que no tome como punto de partida el insondable amor de Dios. María aceptó el mensaje y se sumergió en ese océano de amor, que hacía de ella la Madre de Cristo y de la Iglesia, sin dejar de ser la purísima Virgen de Nazaret.

LA FAMILIA

Comentario a las lecturas del domingo de la Sagrada Familia. ABC, 29 de diciembre de 1996.

En estos días de Navidad nuestra contemplación se detiene ante el Niño que ha nacido, pasa a fijarse en la Madre, María de Nazaret; y después no puede evitar el detenerse algún momento en la figura más activa y de menos relevancia, José, el hombre servidor de los planes de Dios. Pero, ¿es así como hemos de contemplarlos? ¿Aislados uno de otro? ¿No es necesario reconocer que los tres unidos forman una familia? Esta es la razón de que la liturgia de la Iglesia nos llame a celebrar hoy, en este domingo, la fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José.

El protagonismo corresponde hoy a ese núcleo familiar, tan sencillo, que nadie se fijó en ellos, y tan extraordinario, que ilumina con su luz a todas las familias cristianas del mundo de todos los tiempos. Nos damos cuenta de que estas fiestas tienen un sentido profundo, entrañable, familiar, en una palabra, aunque el griterío de la publicidad y la propaganda de las frivolidades la socavan y la roban su significación más íntima.

Este domingo debería ayudarnos a reflexionar sobre nuestra propia familia a la luz de la fe. Es mucho ese Niño, a quien adoramos recién nacido. Tras su nacimiento, Belén, Egipto y luego el sencillo transcurrir de los días y los años en Nazaret. Años de silencio en el corazón de tres moradores de aquella humilde casa, en que trabaja un artesano para ganar el pan de cada día. El Evangelio sólo nos ofrece unos breves rasgos. En el de hoy la presentación del Niño en el templo, como lo hacían todas las familias piadosas. La alegría del anciano Simeón es un himno de gratitud a Dios, porque sus ojos han visto en ese Niño al Salvador, luz que alumbrará a todas las naciones. Pero desde el primer momento, la contradicción: será como una bandera discutida. Una sencilla ceremonia, grandiosa para los padres, para Simeón y para la profetisa Ana.

Sus ojos transparentan la fe de su corazón y sus palabras la alegría de sus sentimientos. Y luego un largo tiempo de silencio. El Niño vivía sometido a ellos y crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres. Es un desarrollo íntimo, familiar, profundo, sencillo, cotidiano, envuelto en el amor de la mejor Madre, del mejor padre y del mejor de los hijos. Pero en una familia así, ¿no está todo resuelto de antemano? Si Dios está allí, ¿qué problema puede haber, que no tenga solución? Pues no. “Cristo –afirma san Pablo en su carta a los filipenses– se anonadó, tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres, menos en el pecado”.

En aquella familia hay trabajo, hay dolor físico y moral, hay carencias, que hace sufrir, hay esfuerzo espiritual, que estimula y mueve a cumplir la voluntad del Señor, hay ayuda recíproca en su convivencia de cada día, hay trato de amistad con los vecinos y de atención a las exigencias del parentesco, hay obediencia a la ley civil con las molestias, que podía causar una situación de sumisión colonial a las autoridades romanas, hay en ellos conciencia de que son elegidos para mucho y realidad tan pobre, que no parecen nada. Pero hay fe y esperanza.

María guardaba todas las cosas en su corazón. No desconfiaba de Dios. Y así mantenía su fortaleza con una ejemplaridad admirable. Cuando llegó el momento de salir al camino y Jesús empezó a predicar el Evangelio, María le acompañó y no le abandonó jamás. Siendo la apariencia tan débil, fue la mujer fuerte a la que podemos acudir todos en nuestras debilidades.

¿Qué valores enriquecen nuestras familias de hoy? No se trata de ir pasando año tras año sin dar vida a cada uno de los años. Es necesaria la reacción vigorosa de las familias cristianas, si no se quiere ver convertida en escombros la realidad familiar, de la que depende el porvenir de la sociedad. En todas partes es hoy atacada sin piedad. Mientras los padres sufren, juzgando irremediable la situación creada en muchos ambientes, los hijos se entregan a las más locas aventuras de una libertad desenfrenada, de la que ellos mismos serán víctimas prematuras, sin posibilidad de encontrar una mano salvadora.

LA CERCANÍA DE DIOS

Comentario a las lecturas del II domingo después de Navidad. ABC, 4 de enero de 1997.

Las dos primeras lecturas de este domingo confluyen en el evangelio, que no es sino el maravilloso prólogo, con que san Juan inicia la redacción del suyo. En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Es como un canto a la eternidad del Hijo de Dios, a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, a la sabiduría y revelación de Dios, al Verbo y la Palabra creadora de Dios, conforme a la que se han hecho todas las cosas, porque ese Verbo es la imagen invisible de todo lo que ha venido de la nada a la existencia.

Ese Verbo es pensamiento y acción, energía divina, que supera todos los obstáculos, lo mismo para aparecer los mares que para encarnarse en el seno de una Virgen llamada María. Se le llama Palabra, porque este vocablo es la expresión externa y audible de lo que va a hacer: va a revelar, a hablar, a manifestar la fuerza divina del amor increado. La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

El libro del Eclesiástico –primera lectura– nos dice que la sabiduría de Dios habitó en el pueblo escogido, premonición de que la Palabra eterna y personal de Dios se encarnará en nuestro mundo.

San Pablo, en la carta a los Efesios, afirma que Dios nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo. La salvación, que Dios nos trae, es puro amor gratuito, y sólo con el espíritu de sabiduría y revelación podremos comprender la esperanza a la que somos llamados, y cuál es la riqueza de gloria, que se nos promete.

Que Dios ilumine nuestro corazón y que nosotros nos dejemos iluminar sin pensar en nuestras propias medidas, porque es gracia, supera los límites de nuestra condición.

En la Palabra había vida y la vida era la luz de los hombres, la luz que ilumina al ser humano de cualquier época, porque la Palabra se hizo carne. El mensaje es claro. Dios se ha hecho hombre, no ha tomado un disfraz, sino que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Un hombre como nosotros, excepto en el pecado, y que acepta ser hombre para que nosotros llamemos Padre a Dios, para que sintamos su cercanía, su misericordia y la grandeza de nuestra vocación. Porque los hombres estamos llamados a participar de la vida divina.

Dios viene a los suyos; y a los que le reciben, les da el poder de llegar a ser hijos de Dios. Una fuerza misteriosa nos empuja a buscar los caminos por donde podamos llegar al conocimiento de la verdad y ser felices. Y el Dios, o los dioses a quienes adoramos, son los que creemos capaces de situarnos en la posesión de la verdad y en el disfrute de un amor que equivale a la felicidad.

Hoy tendríamos que dejar de lado lo accesorio y externo de todas estas fiestas, y centrarnos profundamente en el tremendo misterio que celebramos: Dios ha puesto su tienda entre nosotros. Esta es la raíz y la verdadera alegría y de la

esperanza firme. Encontrarnos con Dios en Jesucristo, en su Revelación, nos hace superar nuestras dudas, nuestras debilidades y limitaciones.

EL BAUTISMO DEL SEÑOR

Comentario a las lecturas del domingo posterior a la Epifanía del Señor. ABC, 12 de enero de 1997.

Apenas sabemos nada de la vida oculta del Señor. Los Evangelios nos hablan de que un día Juan estaba bautizando en el Jordán, predicando la conversión, y de pronto Jesús se presentó a él como uno más, para ser también bautizado. Así empezó su actividad mesiánica.

Detrás quedaba una profunda experiencia de infancia y juventud, de vida sencilla y familiar en Nazaret, de largos años de “crecimiento en sabiduría, edad y gracia”.

Juan, nos dice el evangelio de hoy, anunciaba que detrás de él vendría alguien que podía mucho más y a quien no merecía ni agacharse para desatarle la sandalia. Él bautizaba con agua, pero Jesús bautizaba con Espíritu Santo. Por eso leemos en el profeta Isaías lo que, a nosotros, a la luz del Nuevo Testamento, nos parece tan claro. Jesús es el elegido, el anunciado siervo de Dios. El que promoverá el derecho y la justicia y no apagará el pabilo de luz vacilante. Su vida será abrir los ojos a los ciegos, sacar a los cautivos de la prisión, y de las mazmorras a los que habitan en tinieblas. Él iluminará la historia y la vida de cada hombre.

El bautismo de Jesús fue la revelación del Padre sobre quién era aquel que realmente se dejaba bautizar por Juan: su Hijo amado, el Primogénito, por el que todos seríamos hijos suyos y renaceríamos a la vida de Dios por el nuevo bautismo. El nuestro tiene un sentido muy distinto del que tuvo el de Cristo. Nuestro bautismo, que hoy debemos recordar, valorar, agradecer, revivir, y que significa morir a lo que nos hace daño espiritual y vivir como hombres nuevos.

Cada día tendríamos que ser un poco más cristianos; cada día tendríamos que ir renaciendo a la vida según el Evangelio de Jesús. Tenemos que continuar siempre adelante, a pesar de nuestros fallos. Para ayudarnos a ello está el sacramento de la Penitencia, que nos devuelve la amistad con Cristo, mediante el reconocimiento humilde de nuestras caídas, el arrepentimiento sincero, y la actitud confiada y agradecida por el perdón que renueva nuestro ánimo, y da alegría profunda a nuestra vida. No hay dicha comparable a la del pecador atormentado por sus propios delitos, que un día, como el hijo pródigo que volvió a su casa, vuelve también arrepentido a los brazos de su padre, y encuentra en ellos el calor de la misericordia y del perdón.

Hay que procurar con todas nuestras fuerzas pasar haciendo el bien; librarnos de lo que nos angustia; provocar con nuestras actuaciones que se haga realidad la bondad, que todo hombre lleva dentro de sí. Cuando se lleva la paz de Dios en el corazón, vemos el mundo mucho más noble y hermoso.

El bautismo cristiano significa muerte a la infecundidad, al pecado, a la desesperación. Es vida, resurrección, dicha, libertad y amor. No basta el bautismo de los párvulos, aunque tenga las capacidades y valores, que encierra para hacer al que se bautiza hijo de Dios. Tendría que haber en la adolescencia

o la juventud una fiesta para hacer renovar el significado y las promesas del bautismo, que permitiera captar toda la grandiosidad de la nueva filiación, la que permite llamar Padre a Dios.

MAESTRO, ¿DÓNDE HABITAS?

Comentario a las lecturas del II domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 19 de enero de 1997.

Las lecturas de este domingo nos invitan a una reflexión sobre la llamada del Señor. Llamada personal a cada uno, que exige de nuestra parte actitud de apertura, de escucha, de seguimiento. Creo que no hay ningún ser humano, que no haya recibido una llamada de Dios, consistente al menos, en una invitación a ser mejor, que nos llega por medio de otras personas o como un requiebro del Espíritu Santo, dulce huésped del alma.

En el Antiguo Testamento la vocación del pequeño Samuel nos conmueve. Es un relato vivo y lleno de sentimiento. La apertura de Samuel con Elí, de total confianza y disponibilidad a lo que cree ser su llamada una y otra vez, le ha preparado para oír la voz del Señor. Y emociona escuchar la respuesta en boca de Samuel niño: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”. Nosotros aprendemos humildemente de ese niño a orar, y podemos responder al Padre con una variante: “Habla, Señor, que tu hijo escucha”. Tu hijo, porque Cristo nos enseñó que éramos hijos, no siervos. Para hacerlo así, con sinceridad de corazón, tenemos que buscar tiempo de estar con Dios. La oración como diálogo de amistad con quien sabemos nos ama, según dice santa Teresa de Jesús, es fundamental en nuestra vida, y nos servirá de gran consuelo y de luz interior.

Para adquirir hábito de oración, que nos ayude en nuestra debilidad, se levanta hoy la voz de san Pablo en su primera carta a los corintios, avisándonos contra el vicio de la fornicación. Nada hay tan eficaz para aborrecer toda llamada de Dios, y para hundirnos en las tinieblas de una vida sin sentido, como el manchar nuestro cuerpo, que habría de ser templo del Espíritu Santo, con la sucia torpeza de la lujuria. Muchas, muchísimas crisis de indiferencia religiosa, de olvido de Dios, de huida de cuanto pueda llevarnos a Él, tienen su raíz y desarrollo en la esclavitud de tantos y tantas, que sucumben a la pobre tiranía de los vicios de la carne.

En el fragmento del Evangelio, que leemos este día, nos encontramos con una página encantadora. Un día, estando Juan el Bautista con dos de sus discípulos, Andrés y Juan, vieron pasar a Jesús. El Bautista clavó en Él su mirada y dijo: “¡He aquí el Cordero de Dios!”. Fue suficiente para que se produjera el primer seguimiento de Jesús en toda la historia. Al ver Jesús que le seguían, se volvió y dijo: “¿Qué buscáis?”. A lo que ellos contestaron con otra pregunta, que iba mucho más allá de lo que el desconocido esperaba que respondiesen. “¡Maestro! ¿Dónde moras?”. Era el ansia de saber de Él más viva que la de escuchar lo que Él les dijera. Jesús les contestó: “Venid y lo veréis”. Fueron, vieron donde moraba y se quedaron con Él todo el día. ¡Qué hubiéramos dado por poseer hoy una transcripción de lo que se habló allí, en aquella jornada inolvidable! Era la Iglesia la que empezaba a existir. La Iglesia de Jesús. La Iglesia con Jesús y con Pedro también. Porque cuando le vio Jesús al día siguiente, le miró fijamente y le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro”.

Maestro, ¿dónde habitas? Si hiciéramos esa pregunta humildemente, estaríamos seguros de que el Señor nos respondería, para indicarnos el lugar donde podríamos encontrarle con certeza.

ENSÉÑANOS TUS CAMINOS

Comentario a las lecturas del III domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 26 de enero de 1997.

Nuestra vida ha de ser una conversión continua, para que pueda ser un continuo crecer y madurar en nuestra fe y en nuestra esperanza en Jesús, como Maestro y Redentor. Los textos de hoy son una invitación a ello, a tomar conciencia de la necesidad, que siempre tenemos, de poner orden en nuestra vida, de convertirnos y creer en la Buena Nueva.

Tenemos tendencia a instalarnos en los pequeños y engañosos logros, que nos proporcionan comodidad y bienestar, y los consideramos como definitivos y permanentes, olvidándonos de lo que Dios nos pide para acercarnos a Él y vivir una conversión incesante, que nos traería la paz y el gozo de una vida, cada vez más nueva y más atenta a las invitaciones divinas, que nos llegan.

La lectura del libro de Jonás nos pone de manifiesto que la conversión tiene que ser real, y traducirse en acciones concretas de la vida de cada uno en su propia existencia. “Los ninivitas creyeron en Dios, proclamaron un ayuno, y se vistieron de sayal grandes y pequeños”. Nadie nos pide que utilicemos hoy el sayal y la ceniza, pero sí que hagamos oración para fomentar nuestro trato con Dios; que practiquemos la mortificación de nuestros sentidos, nuestro cuerpo y nuestro espíritu; que entremos a fondo en las zonas oscuras de nuestra sensualidad, nuestra avaricia, nuestra soberbia, para purificar ese interior, tan limpio por fuera y tan manchado por dentro, a pesar de las apariencias en contra.

La liturgia de hoy nos invita a leer este libro del profeta Jonás, que habla tan claramente de la necesidad de la conversión, porque también el evangelio nos presenta a Jesús llamando a sus discípulos, para que vayan con Él, y comenzar la predicación de la Buena Nueva, que pide también arrepentimiento y conversión.

El salmo podría servir, para que durante toda la semana lo recitáramos en encuentros de oración. ¡Qué bien habla de los humildes! Y, ¡qué humildad tan digna y tan provechosa la que nos invita a decir: “Señor, instrúyeme en tus caminos, haz que yo los siga con lealtad! Y como tu ternura y tu misericordia son eternas, acompáñanos en nuestro caminar y que sintamos así tu bondad”. ¿Cómo se puede decir que el fomentar una religiosidad así sirve para generar pusilánimes y cobardes ante la vida?

Nuestra sociedad consumista, ansiosa de placeres sea como sea, hace nacer seres débiles y cobardes, incapaces de buscar el equilibrio en el uso y disfrute de lo que la vida nos ofrece, ese equilibrio que llega a las más altas cumbres del humanismo cristiano en las palabras de san Pablo, que leemos en la carta a los corintios. Son palabras para formar hombres libres, no esclavos. “Los que lloran, como si no llorasen; los que están alegres, como si no lo estuvieran; los que compran, como si no poseyeran”.

Siglos más tarde, un genio de la espiritualidad católica, san Ignacio de Loyola, nos hablaría, en la meditación del Principio y Fundamento, sobre el famoso

“tanto cuanto”. “Todas las cosas de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es creado. El hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ello le impidan”.

Por lo demás, todo cuanto vengo diciendo sobre la conversión, de que nos hablan las lecturas de hoy, alcanza su máximo vigor en el fragmento evangélico de san Marcos. En él se nos dice que Jesús empezó a predicar el mensaje que traía a los hombres. Y ¿cuáles fueron sus primeras palabras? No otras sino estas: “Se ha cumplido el plazo. Está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio”. Los tres textos, el del profeta Jonás, el de san Pablo y el de san Marcos, son breves y concisos. Hay que convertirse ya, saber utilizar desde la fe todas las cosas de la vida. Esto no es una fuga irreal del mundo, sino creer en el Evangelio. Los primeros a quienes habló, dejaron las redes y le siguieron. Todos estamos atados por algo. Hay que dejar lo que nos ata y seguirle más de cerca.

LUZ DE LAS NACIONES

Comentario a las lecturas del IV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 2 de febrero de 1997.

La fiesta de la Presentación del Señor se celebra este año en este domingo, y es hermoso que toda la comunidad de creyentes podamos participar, como miembros de la gran familia cristiana, en el acto de la profunda piedad que realizaron María y José al presentar al Niño Dios a quien amaban, cumpliendo como buenos israelitas lo que la Ley mandaba. Puede ser muy rica esta experiencia.

Todos los hermanos unidos, sintiéndole a Él en brazos de María como luz de las naciones. Él, que aparece como el Hermano Primogénito, tendiendo a todos sus manos salvadoras. Es una fiesta entrañable. Los hijos de una familia son todos de la misma carne y de la misma sangre. Jesús es nuestro Hermano, el primero en todo. Él ha pasado por todas las pruebas y desde su nacimiento es ofrecido al Padre.

Qué bien si a la Misa asistieran todas las familias, las familias completas, conscientes de que están acompañando a Jesús niño, a María y a José, al anciano Simeón y a la profetisa Ana. Escuchamos las palabras de Simeón, epitafio solemne de una vida de esperanza, que se va a extinguir ya: "Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: Luz para alumbrar las naciones y gloria de tu pueblo Israel". José y María estaban admirados; y Ana, la anciana que pasaba su vida en el templo, daba gracias a Dios, y hablaba del Niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel.

Es un cuadro delicioso. El Niño, humilde como si fuera uno de tantos, en brazos de María; ésta, la Madre, ofreciéndole al Padre, sumergida en unos sentimientos de obediencia y amor sólo superados por la hermosura de su mirada. José atento, vigilante, protector. Los dos ancianos, como enlaces del Antiguo Testamento con la Alianza Nueva, que ahora iba a comenzar. Malaquías había anunciado que el mensajero de la Alianza entrará en el santuario para establecer un nuevo pacto. Ahora se está realizando la profecía. El que entra es el Señor, a quien todos buscamos, el mensajero de la Alianza que deseamos. Nos refinará como refina la plata y el oro, y agradaremos al Señor.

¿Por qué nuestras familias no leen y comentan en el hogar los textos de la Misa de cada domingo, juntos padres e hijos? ¿Por qué no han de tener un poco, un poco más de cultura bíblica, para gustar mejor el rico manjar de la Palabra de Dios, y un poco más de formación litúrgica para acompañar y entender lo que cada domingo y cada fiesta va haciendo la Iglesia? ¿Qué hemos hecho o dejado de hacer para que tanta riqueza y tanta esperanza se nos pierdan en el camino y lleguemos a la ancianidad sin energía para ir al encuentro de Dios y sin fe para contemplar el horizonte, que Dios nos invita a otear?

A Simeón le vemos en esta escena como centinela, a cuyos ojos Dios ayuda para que pueda vigilar la aparición de la luz. En ese Niño pobre, traído por unos

padres sencillos, que no pueden dar más que dos tórtolas, descubre la palabra, la luz, la vida del mundo. Es un anciano de corazón grande y generoso, que mira hacia adelante, al futuro de todos los hombres. Un anciano que habla de la aurora, que se abre, y que ve, en el atardecer de su vida, todo el nuevo horizonte que ya llega. Él ve la salvación. Su himno es un canto de adoración, de esperanza y de aceptación de lo que Dios da. También sabe de exigencia y de la espada que separará lo bueno de lo malo.

Sobre Cristo sólo puede haber un sí o un no, aceptarle o rechazarle. “El que no está conmigo está contra mí”. A María le anuncia que será Madre dolorosa. Una madre sin sufrimiento junto al hombre que viene a redimir al mundo, no sería madre de amor. Una espada le traspasará el alma. Pero no temamos, como decía la Beata Genoveva Torres, Dios nos ayuda.

TODO EL MUNDO TE BUSCA

Comentario a las lecturas del V domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 9 de febrero de 1997.

Desde luego que ser cristiano no es compatible con una cómoda instalación en nuestros egoísmos. Sabemos que no es moneda corriente en el mundo la generosidad, la entrega desinteresada, el sacrificio, el esfuerzo costoso en beneficio de los demás. Nos contentamos, más bien, con un cierto respeto de unos a otros, o con el reconocimiento de ciertos derechos y nada más. De ahí a hacer lo que pide san Pablo, que es anunciar, como Cristo, la Buena Nueva de que somos hermanos e hijos de Dios, haciéndonos todo a todos por el Evangelio para vivir de su verdad, hay mucho camino que recorrer.

Cuando nos encerramos en nosotros mismos y contemplamos como único horizonte de nuestros afanes lo que puede traernos una utilidad inmediata o los placeres engañosos, de que quisiéramos gozar siempre, nos exponemos a vivir llenos de tristeza y amargura. Es la actitud de Job antes de abrirse al diálogo con Dios: "Mis días corren más que la lanzadera y se consumen sin esperanza". "Recuerdo que mi vida es un soplo y que mis ojos no verán más la dicha". En esta noche sin luz consumen su vida muchos hombres y mujeres de nuestro mundo. Incluso a aquellos que creen gozar, pronto les llega la desilusión y el dolor. Hace pocos años la prensa de todo el mundo nos anunciaba la muerte de la hija de Onassis, cuyas últimas palabras fueron: "El drama mío consiste en que no he podido desear nada, porque lo tenía todo". Le faltaba lo principal, que era Dios, y se sentía vacía.

La Palabra que se comunica no es nuestra, como dice san Pablo, sino de Dios. Y el anunciar el Evangelio con palabras oportunas o con nuestra conducta cristiana no es fanatismo, ni deshumanización. ¡Ay de nosotros, los que nos decimos creyentes y no hablamos de lo que el Señor nos dejó como su testamento! San Marcos avala lo dicho con la predicación y la acción del Señor, que es inseparable del servicio, de la entrega y solicitud por los que le necesitan. "La población entera se agolpaba a la puerta", sobre todo los más pobres y necesitados. La cercanía de Dios a los hombres no tiene sólo unas miras sociales e inmediatas, sino que sus auxilios y curaciones son una revelación del Dios viviente.

Es una llamada a colocarnos en las manos de Dios, alentados por la fe. De manera que no se puede reducir la dimensión de la vida cristiana ni la predicación del Evangelio a repartir bienes materiales o sociales, por muy necesarios que sean. Cristo estuvo más cerca que nadie de los más pobres y necesitados. A muchos les curó o aplacó su hambre y su sed, pero siempre trató de elevarles a una situación de fe y de amor al Padre. "Todo el mundo te busca", le dicen Simón y sus compañeros. Las palabras "Venid a mí todos, que yo os aliviaré" fueron realizadas por Él antes de ser pronunciadas. Jesús siente nuestro sufrimiento. Hace suyo el agobio y la misericordia y los convierte en formas de redención. Toda la actividad de Jesús es una revelación de Dios y conduce al hombre hacia Él. Eso es lo que ocurre con los santos, con los que de verdad creen. Jesús lo que mira ante todo es la fe. La ve como obsequio del hombre a

Dios, como valor primordial, como atención suprema en la criatura con relación a Dios.

CAMINO HACIA LA PASCUA

Comentario a las lecturas del I domingo de Cuaresma.
ABC, 16 de febrero de 1997.

Los creyentes nos disponemos a iniciar el camino hacia la Pascua, que es duro y difícil. La Pascua no es un acontecimiento que aparece de pronto y como de repente en el curso de los días, como un recuerdo fugaz de algo religioso. A la Pascua se llega, se sube, se asciende. Ciertamente la vida es siempre un caminar a nuestra propia pascua de resurrección. Todos caminamos hacia el encuentro con Cristo en el momento de morir, unos un poco antes, otros un poco después.

Pero este tiempo de Cuaresma, los que creemos y amamos al Señor, debemos vivirlo como tiempo de conversión, como renovación ascética de nuestra vida, como invitación del comienzo de nuestra vida pública. Bendito sea Dios, que con su misericordia nos llama cada año durante unas semanas a un diálogo de amistad y de amor a Él, para purificarnos y caminar con su Hijo divino hacia la cumbre, en que siempre nos espera.

Jesús inició su marcha hacia la Pascua impulsado por el Espíritu Santo, que le lleva al desierto, donde se somete a un prolongado ayuno y a tentaciones, que intentan desviarle de su camino. El desierto en la Biblia ofrece una doble perspectiva: experiencia de intimidad con Dios y lugar de prueba, donde se pone al descubierto lo que hay en el fondo del corazón.

El pequeño fragmento del Evangelio de san Marcos está lleno de sugerencias, que relacionan a Jesús con la experiencia del Éxodo: desierto, ayuno, tentaciones superadas que expresan la intimidad de Cristo con el Padre y la nueva Alianza, que ya se manifiesta en la vida humana de Jesús. Terminada la prueba, inmediatamente marcha el Señor a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. ¡Convertíos y creed en el Evangelio!

Al anunciarnos la cercanía del Reino de Dios nos pide superar el pecado y entrar en una amistad confiada con Dios. La Cuaresma es una llamada urgente a actualizar esta alianza. La Palabra de Dios nos invita a ello. Es necesario que nos descubramos pecadores, que necesitamos salvación, y sólo así se despertará en nosotros la esperanza en Dios, que se nos entrega como nuestro Salvador.

Lo peor es que la Cuaresma ha perdido en muchos creyentes vigor expresivo y fuerza restauradora del espíritu. Por muchos motivos, de los cuales el más lamentable es que hemos perdido el sentido del pecado. Estamos insatisfechos, no tenemos paz interior, pero no nos reconocemos pecadores. Llega a parecer anacrónico incluso el grito del Señor: ¡Convertíos y creed en el Evangelio! Pensamos mucho en cambio de estructuras, pero no de corazones, de todo lo que de verdad nos aplasta, oprime y aliena. Todo pecado nos daña a nosotros al cometerlo, pero daña también a los demás: es la piedra que, arrojada a la orilla del mar, según decía Pascal, mueve a todo el océano. Y el superarlo no solo nos hace bien a nosotros en el ámbito individualizado de nuestra

conciencia, sino que repercute en los demás, en las familias, en el ambiente de la profesión y del trabajo, en el grupo a que pertenecemos por un motivo o por otro.

Nos hemos olvidado de cultivar dentro de nosotros actitudes tan serias y tan profundas como las de conversión, mortificación, sacrificio, renuncia, silencio... Deberíamos hacer un esfuerzo para recobrar la fe en esta noble ascética del vivir cristiano, y convencernos de que ello no va contra la alegría, ni contra la esperanza: es sencillamente el camino hacia la Pascua.

DIOS NOS HABLA

Comentario a las lecturas del II domingo de Cuaresma.
ABC, 23 de febrero de 1997.

Apenas iniciada la Cuaresma, se nos invita en este domingo a leer el pasaje de san Marcos sobre la transfiguración de Jesús en el Tabor. Resplandeciente como el sol, poderoso en su majestad, bellissimo en su rostro y figura. No es extraño que Pedro dijese sin poder reprimirse: “Señor, ¡qué bien se está aquí!”

Pero no había llegado la hora del descanso, ni mucho menos la del gozo de la presencia divina. Era un alto en el camino y, sobre todo, una preparación para los días tristes, que habían de venir. Cuando llegasen, al menos estos tres, Pedro, Santiago y Juan, testigos ahora de aquella transfiguración gloriosa, podrían recordar el momento en que habían percibido el resplandor de la divinidad. Y habían escuchado las palabras del Padre que decía: “Éste es mi Hijo amado, escuchadle”.

También a nosotros Dios nos habla y se nos revela. Tenemos que percibir su voz en los acontecimientos diversos, escucharle en su Palabra. Él siempre está viniendo a nosotros. El presente siempre está lleno de Él para los que saben verle. Nuestras estrecheces se ensanchan, cuando Él las penetra. La cruz que llevamos se nos vuelve signo de vida, de resurrección y de victoria. Dios está con nosotros en el dolor, en la alegría, en el triunfo, en el fracaso. Un cristiano sincero es también un hombre transfigurado. “El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él?”.

Se nos habla también de Abrahán, que es paradigma de fe, esperanza y confianza en nuestro peregrinaje. Abandonó todo y se puso en camino ante la llamada de Dios. Dejó tierra y familia. Y todavía el Señor le pidió lo mejor de la promesa que le había hecho: su propio hijo.

Siempre el mismo dinamismo pascual, desprendimiento de lo que se tiene, para lograr lo que se espera. Fe, esperanza y confianza, que desafían todos los riesgos y son ejemplo para nosotros, que necesitamos vivir esas actitudes de Abraham. No debemos dejarnos llevar por una pobre confianza en nuestros esquemas y fuerzas, sino por la fe en Cristo que murió, resucitó e intercede por nosotros. Es lo que corrientemente ha quedado como un tópico de nuestro lenguaje, “la fe de Abraham”. Pero lo que no tiene que ser un tópico es la fe a prueba de todas las pruebas y la confianza en Dios, pase lo que pase y suframos lo que suframos. Dios es bueno siempre, aunque tardemos en verlo con nuestros ojos pobres.

El relato de la transfiguración nos tiene que confortar. El Señor llevó al monte consigo a los tres Apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, para que vieran lo que iba a suceder, pero aún a ellos les encarga que guarden silencio, que no digan a nadie lo que han visto y oído. Sólo después de que Él resucite de entre los muertos podrán hablar. Es decir, hay que pasar la noche oscura, sufrir la pasión, hay que llevar sobre los hombros la cruz dolorosa. Nos espera una gloria inmortal.

En Cristo había algo, que rebasaba la vida y la muerte, lo que no le impidió vivir plenamente nuestra vida. La realidad de Cristo transforma nuestra vida y nuestra muerte. La transfiguración es como el relampagueo luminoso de la resurrección del Señor. Nuestra propia garantía. Ser salvados significa participar en la vida de Jesucristo. También nosotros resucitaremos. En Jesús sabemos que podemos ser transformados. Necesitamos momentos como los que vivieron Pedro, Santiago y Juan. Pero tenemos que saber retirarnos, para verle y escuchar la palabra del Padre. ¿Silencio de Dios? No, Dios nos habla.

“Este es mi Hijo, escuchadle”. ¿Cuál puede ser nuestra montaña de la transfiguración? No lo sé, pero existe. Una lectura seria del Evangelio, una Eucaristía vivida intensamente, un dolor aceptado con confianza en Dios, una vida de piedad sencilla pero cotidiana, que culmina en un momento de luz, paz, alegría interior, una frecuencia en los sacramentos que abre nuestro corazón. ¡Tantas cosas pueden ser nuestro monte Tabor!

LA VERDAD NOS HACE LIBRES

Comentario a las lecturas del III domingo de Cuaresma.
ABC, 2 de marzo de 1997.

Nuestra relación con Dios no puede limitarse a actos de culto exterior, por muy frecuentes que sean, ni a moralismos pobretones, que encogen el alma. Las lecturas de hoy son una llamada a vivir en verdad, con lealtad, a vivir el auténtico culto a Dios, aceptando sus normas y preceptos como fundamento y principio de la mejor y más rica fecundidad. Solo la verdad nos hará libres. Y esa verdad descansa en Dios y de Dios llega a nosotros por la Revelación y sobre todo por la gracia, que su Hijo divino nos hace llegar.

La primera lectura es del Decálogo, que es una rica y positiva ley natural fundamental para la convivencia humana. La ley de Dios, bien entendida, aparece como fuente de libertad, la mía y la de los demás, es decir, como lo que exige nuestra condición de personas creadas a imagen y semejanza de Dios. No a los ídolos. No a las falsas imágenes de Dios y del hombre.

La historia de la salvación es una historia de libertad, de conversión continua, de perfeccionamiento progresivo, que hace caminar hacia adelante, rompiendo cada día los muros, que se oponen a penetrar cada vez más en el misterio del amor, que cambia al hombre como individuo y ser social. De la vida de un hombre o una mujer esclavos de lo que el mundo regala, a la de un san Francisco de Asís o santa Clara en el uso de la libertad, hay una distancia sideral.

La ley del Señor es descanso del alma, instruye al ignorante, alegra el corazón, da luz a los ojos. Ofrece una existencia nueva. Por lo cual, entender el Decálogo como un legalismo opresor es una inmensa torpeza, que rompe el equilibrio de la condición humana.

Sobre la ley del Decálogo viene el mensaje cristiano, mucho más elevado en su contenido y aspiraciones. Ya no basta con no matar. Es necesario perdonar incluso a los enemigos, y no una vez sino setenta veces siete. Los que se escandalizan del Sermón de la montaña no son los únicos que lo interpretan mal, sino también los que reflexionan poco, los que lo aceptan sin vivirlo, o los mediocres, o los que encubren su debilidad ridiculizando sus exigencias.

Por esta sabiduría y por esta fuerza somos renovados y enriquecidos con una vida que hunde sus raíces en Dios mismo. La locura de Cristo, su sabiduría y su fuerza se manifiestan en su invitación a ser una misma cosa con Él. Esta realidad puede ser mía y tuya, lector, si somos suficientemente valientes para ser tal como Jesucristo nos indica. Tenemos que ser humildes, pero no timoratos en nuestras aspiraciones espirituales. Es el mismo Cristo el que nos marca la cima.

Jesús, el verdadero templo de Dios, nos hace entender que nuestro culto ha de ser en espíritu y en verdad, no en acciones meramente ritualistas. Él se enfrentó a todo ese mercado en que convertimos la casa del Señor. La actuación de Jesús frente a los mercaderes es una llamada a nuestro interior para decimos que no basta llenar su casa, ni cumplir un precepto. El templo ha de ser un lugar de encuentro con Dios y los hombres para vivir una vida nueva.

DIOS NO PUEDE ABANDONARNOS

Comentario a las lecturas del IV domingo de Cuaresma.
ABC, 9 de marzo de 1997.

Nos deslumbra el poder del hombre, su capacidad de investigar, de aprovechar los recursos de la naturaleza, de transformarlos, de penetrar las leyes del cosmos y descubrir sus secretos. Ciertamente la ciencia, el arte, la cultura, ponen de manifiesto el singular puesto del hombre en el mundo, como afirmó Max Scheler en su célebre libro.

El esfuerzo humano va venciendo dificultades cada vez mayores y los pasos dados en los campos científicos y técnicos nos llenan de asombro. Y tendríamos que sentirnos llenos de reverente admiración hacia Dios, que ha creado así al hombre; y sin embargo perdemos el sentido de la orientación, nos alejamos de Él y confiamos únicamente en las posibilidades humanas. Lo que vamos logrando no es capaz de salvarnos. Es lo que decía Malraux: Hemos llegado a la luna, ya estamos allí, ¿será para suicidarnos mejor y más tranquilamente? Es decir, aun con todos los progresos alcanzados, seguimos sintiendo hambre y sed de salvación, hambre y sed de lo que verdaderamente estamos llamados a ser y podría facilitarnos la felicidad que buscamos. Como lo sentía el Pueblo de Dios.

Su historia es también historia de alejamientos, desconfianza en el poder salvador de Yahvé, sufrimiento, súplica de perdón y nuevo acercamiento. Puede una madre olvidar al hijo de sus entrañas, pero Dios no puede. A los israelitas, desterrados y necesitados de liberación, les pone, en medio de sus angustias, a Ciro, Rey de Persia, un pagano, que les devuelve a su tierra amada. Y la vida de un pueblo humilde y purificado es de nuevo posible en Jerusalén.

Dios nos ama, he aquí la gran verdad. Dios, rico en misericordia, nos perdona siempre a nosotros, autosuficientes y desconfiados, y nos invita a recapacitar sobre el origen de nuestros talentos, a vivir con Cristo y a resucitar con Él. Dios muestra en todos los tiempos la inmensa riqueza de su gracia y de su bondad. Sólo hacen falta corazones capaces de recibir con humildad ese don precioso. Cuando la humildad nos acompaña, la paz y la alegría se hacen sentir incluso a la hora de la muerte, cuando todo se desvanece. Somos obra de sus manos y lo que poseemos es don suyo. Nuestra singularidad viene a ser responsabilidad para que nos dediquemos a las buenas obras, que se determinó que practicásemos, como dice san Pablo en su carta a los efesios.

Hemos de vivir con sentimientos de gratitud permanente ante Dios, nunca de orgullosa altanería, y ciertamente vivirlo así, ya es una riqueza. Como dice santa Teresa, si no conocemos a quien recibimos, no nos despertaremos a amar. El progreso humano en todos los órdenes y el esfuerzo del hombre para alcanzarlo merecen nuestra admiración y nuestro deseo de que todos se beneficien, y no haya tan dolorosas divisiones entre el norte y el sur, entre el primero y el tercer mundo.

Indica una pobreza mental verdaderamente deplorable dejarse desconcertar por el ateísmo y la indiferencia religiosa, o por tantas proclamas de que el hombre

se basta a sí mismo. Desgraciadamente no es así. La enfermedad nos desgasta y la decrepitud final va reduciendo nuestro organismo físico y nuestras energías psíquicas a un nivel cada vez más pobre. ¿Dónde está el hombre que se basta a sí mismo? ¿Acaso en la práctica de la eutanasia?

Tenemos una cumbre hacia donde dirigir nuestras miradas: la cruz de Cristo, que llena la historia. Él es el único que salva. Dios no mandó a su Hijo para condenar, sino para salvar. No quiere las tinieblas, sino la luz. La Iglesia, a través de cada uno de nosotros, a través de cualquier germen de Cristo, dondequiera que se encuentre, ha de ser lugar de salvación y de reconocimiento de Cristo. La ciencia, la técnica, el poder tienen que estar al servicio de todos los hombres iluminados por la luz, que nos llega desde la cruz de Cristo.

ATRAERÉ A TODOS A MÍ

Comentario a las lecturas del V domingo de Cuaresma.
ABC, 16 de marzo de 1997.

A punto de comenzar las solemnes celebraciones de la gran semana cristiana, se presenta a nuestra reflexión, por medio del profeta Jeremías, la nueva Alianza entre Dios y el pueblo: “Haré una Alianza nueva, yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”. Cristo es la nueva Alianza. Él, a pesar de ser Hijo, dice san Pablo, aprendió sufriendo; y llevado a la consumación del dolor y de la angustia, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de la salvación eterna.

Lo importante es Cristo. Las palabras que pronuncia, las obras que realiza, las directrices que da son Él mismo. La relación entre Dios y el hombre pasa necesariamente por nuestro Mediador y Redentor. Por Él se nos otorga el perdón y la salvación. Vivió sólo para la gloria del Padre y la liberación de sus hermanos los hombres. Dios sufrió en Jesús. Su entrega fue total, pero se estremeció, como hombre que era, ante la dureza y crueldad del dolor. Dice textualmente san Pablo: “Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte”.

Dios no es un mito, que genere cansancio o tedio a fuerza de repetir la palabra y el concepto, que manifestamos. Dios es amor y vida. Como Jesucristo no es una teoría dogmática y moral, que ahoga. Es nuestra verdad, nuestra vida, nuestro camino a seguir. Vivió, murió y resucitó para unir en Él a todos los hombres; en Él morimos y adquirimos el don de la vida. “Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí. Esto lo decía –añade san Juan– dando a entender la muerte de que iba a morir”.

Jesús fue un sí total y confiado al Padre. “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre”, pero el Hijo aprendió sufriendo a obedecer. La educación de la cruz es dolorosa, pero necesaria, insustituible. Las paradojas evangélicas suenan con fuerza en el texto de san Juan. Morir es fructificar. “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto”. Perder la vida es ganar; el que se ama a sí mismo se pierde. El que sabe vencerse y sufrir se guarda para la vida eterna. Seguir a Cristo es servicio, pero en este servicio están el señorío y el premio.

No es fácil la renovación que Cristo pide en su Alianza. El dolor es escándalo que hace sufrir. Hay que vivir a contracorriente de nuestro mundo. Los cristianos hemos de convencernos, o al menos de luchar, para ir convenciéndonos de que nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra verdad es vivir el amor que procede de la cruz de Cristo y que en ello está el camino salvador. Toda renovación, toda conversión es morir un poco para que se realice la obra de Dios en nosotros. Lo que hace falta es transformar los sufrimientos en peldaños, que nos ayudan a subir hacia la cruz de Cristo para abrazarnos a Él, a su pecho, cuyos latidos escuchamos, a su costado herido, besando también su frente y su cabeza coronada de espinas, y fundiendo nuestra mirada en la suya, porque “donde estoy yo, allí también estará mi servidor”.

Caminar gregariamente uncidos al yugo de las modas o del indiferentismo de tantos y tantos, sumergirse plácidamente en prácticas religiosas rutinarias y cómodas, rezar y rezar sin querer cambiarse a sí mismo y a los demás buscando un nivel de vida espiritual más alto, esto no es entender ni amar a Jesucristo. Él nos enseña a hacer de nuestro dolor un ofrecimiento. Cristo no entró nunca en el camino del dolor y el sufrimiento imperturbable. Su cáliz le resultó amargo y así lo manifestó en el huerto de los olivos. Pero lo eligió y lo aceptó libremente. Lo que no quería, lo que le repugnaba. Se sumergió de lleno en el dolor y el sacrificio y vino como consecuencia la redención para nosotros y la glorificación para Él.

POR LA CRUZ A LA GLORIA

Comentario a las lecturas del Domingo de Ramos. ABC,
23 de marzo de 1997.

Los caminos estaban llenos de peregrinos, que acudían a Jerusalén para la gran fiesta de la Pascua. La ciudad rebosaba de gente, porque faltaban ya solamente seis días. El pueblo había oído hablar del último y portentoso milagro-signo de Jesús, la resurrección de Lázaro. San Juan nos dice que los curiosos iban incesantemente a Betania para ver al resucitado. Este es el ambiente en que se produce la entrada de Jesús en la Ciudad Santa. La muchedumbre extendía sus mantos y algunos cortaban ramos de los árboles para alfombrar el camino. ¡Viva, bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el Reino que llega! ¡El de nuestro padre David! ¡Viva el Altísimo!

Así se inician los últimos días de la vida del Señor. Él sabe hacia dónde camina en medio de aquellas aclamaciones. Ese pueblo que le acompaña, esos discípulos que le siguen en el momento del triunfo clamoroso, estarán lejos de Él en las horas de la Pasión. “¿Qué hago con el que llamáis Rey de los judíos?”, preguntará Pilatos. “Crucifícalo”, será la airada respuesta. Ha llegado su hora, para la que vino a este mundo. Hoy, el relato de la Pasión según san Marcos nos tiene que servir de oración intensa para entrar de lleno en la celebración del Misterio Pascual.

Una lectura sosegada y reflexiva, que vaya haciendo calar en nuestro interior toda esa sucesión de acontecimientos intensos, como son la institución de la Eucaristía, la agonía en Getsemaní, la traición de Judas, el prendimiento, el juicio que hace de Él el sumo sacerdote, la negación de Pedro, las burlas y bromas sucias de los soldados y la plebe, los azotes, su camino del calvario, sus palabras en la cruz, su sentirse abandonado de Dios Padre, su muerte ante la mirada tristísima de su Madre y de aquel grupito de personas fieles. Y la actitud del centurión romano, que estaba frente a Él y, al ver cómo habían sido sus últimos instantes y sus últimas palabras, no pudo menos de exclamar: realmente este era el Hijo de Dios.

El comportamiento de Cristo lo expresó san Pablo en su carta a los filipenses: Cristo, a pesar de su condición divina, se despojó de su rango, se sometió a la muerte y una muerte de cruz.

Los hombres durante siglos hemos leído y rezado con la Pasión del Señor. Dice san Francisco de Sales que el amor que no dimana de ella es frívolo. En esta lectura y en esta oración no entraremos, si no vemos y reconocemos que nuestro pecado, el pecado de todos los hombres, es el que ha llevado a nuestro Señor Jesucristo a su Pasión y muerte, y a soportar sus sufrimientos tan terribles. Odios, calumnias, robos, injusticias, violaciones, rebeldías... todo ha sido asumido por Él y vivido hasta sus últimas consecuencias para que todo pueda ser perdonado, si el hombre, arrepentido, busca el camino por donde la misericordia divina pueda llegar a él.

El amor de Jesucristo es seguro. Por Él sabemos a ciencia cierta que Dios nos ama y nos perdona. Tenemos seguridad de que es así por Cristo, porque apuró, hasta las heces, el cáliz de nuestra culpabilidad. Nadie ha muerto como Cristo, porque era la misma vida. La misión de Jesús fue regenerarnos a lo divino, tomando sobre sí, en su pensamiento, en su cuerpo, en su corazón, en su vida y en su muerte, el mal que los hombres han causado. De este abismo de humillación y aniquilamiento podemos surgir nosotros como hombres nuevos. Esta es nuestra vida, y esta es nuestra tarea en la vida. De todo podemos librarnos, siguiendo los pasos de Cristo con la fuerza de su Espíritu.

El Domingo de Ramos nos coloca ante un Jesús, que afronta con dolor, con humildad y con valentía el camino de la cruz, que es el camino de la gloria.

DE LA TRISTEZA AL GOZO

Comentario a las lecturas del domingo de la Pascua de Resurrección. ABC, 30 de marzo de 1997.

Lo sabemos, pero por desgracia no lo vivimos. La Resurrección de Jesús es el centro de nuestra vida cristiana, el fundamento de nuestra fe y la fuerza de nuestra espera.

Tendría que suceder en nosotros lo que sucedió a los discípulos de Jesús y a las mujeres, que con tanta solicitud querían embalsamar su cadáver. El Maestro les habló de su Pasión y su resurrección, pero nunca le entendieron, ni se les ocurrió que esto fuera posible. Y una vez vivido el proceso de su Pasión y muerte, quedaron destrozados. Lo primero que pensó Magdalena ante el sepulcro vacío, es que habían robado el cuerpo del Señor. Durante estos tres días incompletos, en aquellos corazones angustiados sólo había una profundísima tristeza. La resurrección era algo que nunca esperaban, a pesar de lo que habían oído al Maestro. Nosotros tenemos que pasar también, como ellos, un proceso purificador.

Jesús de Nazaret, el Maestro del pequeño rebaño, a quien algunos habían proclamado Mesías y sus enemigos ajusticiaron, vuelve a vivir. Nuestros sentimientos más íntimos protestan ante lo que nuestra fe proclama y exige sea admitido. Aceptar su resurrección es admitir la nuestra. Y esto supone un cambio radical en el horizonte de nuestra vida con consecuencias prácticas, que todo lo transmutan, mundo nuevo, renovación interior, búsqueda de los bienes que merecen la pena, aspiración a lo de arriba, no a lo de la tierra, ser masa nueva, levadura de verdad y de justicia.

El hecho de la Resurrección es difícil de admitir naturalmente, y por lo mismo ha sido impugnado del modo más diverso y con toda clase de razonamientos. Se ha dicho que los discípulos creían con toda el alma en el mesianismo de Jesús y ante el dolor de ver que su amado había muerto, se forjaron como una necesidad imprescindible la loca convicción de pensar: Él vive. O que las primeras comunidades dieron vida a Jesús como ser sobrenatural. Y tantas otras hipótesis de los racionalistas de todos los tiempos, consecuencia de una lógica humana al servicio de su pasión negadora o cerrada y empequeñecida ante la gran manifestación de Dios en Cristo muerto y resucitado. La creación es una manifestación de la gloria de Dios. Jesucristo es una nueva recreación, que se manifiesta a nosotros. Dios nos ama hasta el punto de asumir nuestra vida y nuestra muerte, y quiere asumir con ello nuestra resurrección. Nos constituye en hijos suyos, hermanos de Jesús y herederos de su gloria. Esta es nuestra fe.

Pedro, el hombre que muerto de miedo le negó tres veces en la noche de la Pasión, afirmó después valientemente ante todo el que quisiera oírle, que él era testigo de todo lo que había hecho en Judea y en Jerusalén, que lo colgaron de un madero, que Dios lo resucitó y se lo hizo ver a él y a otros testigos, a los que encomendó dar este solemne testimonio de parte de Dios. Con lo fácil que hubiera sido hacerle callar con solo decirle: Mentira, lo habéis robado del sepulcro, habéis ocultado su cadáver en tal o cual sitio.

Ciertamente el cristianismo y la vida cristiana existen o desaparecen según se admita o no la Resurrección del Señor, porque no es un acontecimiento marginal de la fe, sino el núcleo esencial en que descansa toda la fuerza del mensaje cristiano. Como dice Romano Guardini: “Ya no diremos: ni existe en el mundo la resurrección de un muerto y por tanto el mensaje de la Resurrección es un mito; sino que diremos: Cristo ha resucitado; por tanto, la Resurrección es el fundamento del mundo verdadero”.

DICHOSOS LOS QUE CREEN

Comentario a las lecturas del II domingo de Pascua. ABC, 6 de abril de 1997.

Año tras año, el segundo domingo de Pascua leemos el mismo fragmento del evangelio de san Juan, que narra dos encuentros de Jesús resucitado con sus discípulos muy fundamentales. Tenían éstos miedo y permanecían ocultos en una habitación con las puertas cerradas, y Jesús apareció en medio de ellos.

La última vez que estuvieron juntos fue en la cena pascual. Luego la huida a la desbandada y el terror ante la muerte en la cruz. Por eso ahora, las primeras palabras del Señor fueron: la paz sea con vosotros. La paz de Dios, el gozo de saber que Él es realmente el Hijo de Dios, el Señor que ha vencido a la muerte y ha resucitado.

Y luego, la gran misión, a la que antaño se había referido al hablar con ellos, y ahora les es comunicada como un mandato, que viene de lo alto. “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”. Por eso, les comunica su Espíritu, y les da el poder de perdonar los pecados.

La Resurrección es la garantía de que el pecado podrá ser perdonado, de que nos espera la salvación y alcanzaremos la vida eterna. No se refiere únicamente a una transformación espiritual, sino a la realidad de nuestra vida, tal como es, con su cuerpo y su alma, en la que se operará una definitiva superación de nosotros mismos. Estamos en camino de alcanzar ese fin, que no es utópico, sino un hecho ya presente en el Señor resucitado.

A continuación nos narra san Juan un nuevo encuentro de Cristo con los suyos, que tuvo lugar ocho días después. En la ocasión anterior no estuvo presente Tomás, uno del grupo. Cuando le contaron todo lo sucedido, se negó a admitirlo. Tenía que verle él mismo para creerlo, y meter sus manos y sus dedos en las heridas del cuerpo, que decían haber visto.

San Juan, que es el evangelista que más categóricamente ha afirmado la divinidad de Jesús, es el que presenta, con más fuerza, los rasgos vivientes y concretos del cuerpo resucitado de Jesús. Y Tomás da la impresión de ser un hombre noblote, pero muy elemental y obstinado. Cuando Jesús les anunció que iba a Jerusalén, porque su amigo Lázaro había muerto, es el que dijo: “Vayamos todos y muramos con Él”.

Estaban, pues, reunidos como en la ocasión anterior, y ahora sí se hallaba Tomás con ellos, y de nuevo se les apareció Jesús con el mismo saludo: Paz a vosotros. Y enseguida, se dirigió a Tomás diciéndole: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente”. Y respondió Tomás, exclamando: “¡Señor mío y Dios mío!”. Palabras preciosas, como un grito humilde de adoración y de fe, maravillosa afirmación que se ha convertido, para tantos, en profunda adoración ante el Señor en la cruz, en la Eucaristía, en las horas de dolor, o en los momentos de alegría, cuando quisiéramos abrazar a Jesús, pidiéndole perdón, y dispuestos –ahora sí– a vivir o morir con Él. Pocos cristianos han dejado de pronunciar alguna vez esa

exclamación tan corta y tan rica, que llena de placer espiritual el alma de quien se rinde al proclamarla.

Y para todos nosotros, la gran bienaventuranza: Dichosos los que sin haber visto, como tú, Tomás, han creído. Porque esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe. Quien realmente vence al mundo, como dice san Juan, es el que cree que Jesús es el Hijo de Dios. Así creyeron los de las primeras comunidades, de quienes nos hablan los Hechos de los Apóstoles. Pensaban y sentían lo mismo. Porque la fe engendra comunión y participación. Daban testimonio de la Resurrección con mucho valor. Esto es amor, un solo corazón. Eran comunidad misionera. Como tienen que ser nuestras parroquias, nuestros grupos de apostolado, nuestras obras sociales. La Iglesia toda ha de ser una comunidad misionera de la paz y del amor del Señor.

SIN MIEDO Y CON ESPERANZA

Comentario a las lecturas del III domingo de Pascua. ABC,
13 de abril de 1997.

Estaban los discípulos hablando de lo sucedido a los dos de Emaús, y de cómo éstos le reconocieron al partir el pan. Lo comentaban con los demás, llenos de miedo y de sorpresa. Y de repente se apareció Jesús en medio de ellos, dirigiéndoles el saludo pascual: "Paz a vosotros". Pero creían que era un fantasma. Y es que, así como la muerte en la cruz les había hecho caer víctimas del mayor desamparo, así la alegría de los dos de Emaús les desconcertó y les hizo desconfiar de lo que contaban. Tenían miedo de confiar demasiado y de que la excesiva credulidad, según ellos, se desvaneciera y les dejase sumidos en una mayor tristeza.

También nosotros necesitamos una gran dosis de alegría, de confianza, de resolución para creer en Él y sacudir nuestras dudas por encima de todo lo que pueda acontecer. Hay que tener coraje cristiano para seguirle, tanto en el camino de la cruz como en el de la resurrección. Cuando surjan las dudas en nuestro interior, hay que luchar contra ellas y levantar nuestros ojos hacia Dios, revelado en Cristo como Camino, Verdad y Vida.

No tengamos miedo a esperar demasiado del Señor, que es lo que pasó a los discípulos. Tenían miedo a esperar, porque si después no se producía lo que esperaban, la frustración sería mayor. Es lo que nos pasa a nosotros. No nos atrevemos a tener una fe animosa y fuerte en Cristo resucitado, no sea que después las cosas no sean así. Nuestras dudas son producidas por nuestro corazón pequeño, que no se abre a la inmensidad del amor y misericordia del Señor. ¿Es posible realmente la fe sin esperanza gozosa? La esperanza nos hace cristianos abiertos, comunicativos, serenos. Como decía Bernanos, un cristiano triste es un triste cristiano.

Jesús resucitado proclama el mensaje de conversión y perdón de los pecados, como lo hizo al comentar su predicación. En plena alegría pascual, nos insiste el Señor, en lo que ciertamente es el pan nuestro de cada día. Porque nuestra esperanza en Cristo no puede ser un sentimiento frívolo y superficial, como si nos estuviera permitido jugar con lo que se nos manda y se nos prohíbe. La verdadera esperanza va siempre acompañada del esfuerzo diario para lograr la superación anhelada. Nos redimió sin nosotros, pero no nos salvará sin que aportemos nuestro esfuerzo, para seguirle en su camino. Por eso, comentó san Juan que quien dice conocer a Cristo, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está con él. El discurso misionero de Pedro, provocado por la curación del ciego de nacimiento, tiene el mismo sentido. Dios ha glorificado a Jesús, en Él se cumplió lo que habían anunciado los profetas: por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados.

La resurrección de Cristo es la piedra angular de nuestra vida cristiana. Cristo glorificado, igual que el Cristo de Belén, de Nazaret, de su vida pública, de su Pasión y muerte, sigue siendo solidario de toda la humanidad. Tenemos al que aboga por nosotros ante el Padre: Jesucristo, el Justo. Nuestra vocación

crisiana es caminar en la luz de la resurrección, por caminos de purificación, de esfuerzo, de observancia de los mandatos del Señor, de conversión continua. Llenos de esperanza y alegría, porque Su Majestad hará que vayamos pudiendo cada día más y más, sin cansarnos, dado lo poco que en realidad dura esta vida, ofreciendo al Señor el sacrificio diario, que se nos presenta, y Dios lo juntará con el que hizo Jesucristo por nosotros, como dice deliciosamente santa Teresa de Jesús.

CRISTO, PASTOR BUENO

Comentario a las lecturas del IV domingo de Pascua.
ABC, 20 de abril de 1997.

No se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos que el de Jesucristo. Él es nuestro guía y nuestro pastor. Nada tenemos que temer, porque Él va con nosotros. Nos conduce hacia fuentes tranquilas y repara nuestras fuerzas. Pero no basta con leer y repetir textos de la Escritura como los de ese salmo anterior. Hay que descubrir el misterio actual de Cristo, que nos guía y salva hoy, precisamente en nuestro tiempo.

Lo importante para nosotros es la actualidad de la acción salvadora de Jesús. La fe nos dice que el mundo está en manos de Dios, y su poder nos salva: Él es el Señor y su relación con cada uno de nosotros es absolutamente personal. “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre, para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos”.

Jesús en el evangelio insiste en este hecho y presenta al mundo entero en función del destino humano. Él es el Buen Pastor, que entrega su vida por sus ovejas, para recuperar a todas y hacer una sola gran familia. Gracias al amor del Salvador, el corazón humano puede encontrar siempre la plenitud que anhela. En las palabras de la Escritura de hoy resaltan fuertemente estos sentimientos. Jesús revela a un Dios cuyas intenciones y obras están inspiradas por el amor a los hombres.

Es verdad que vemos morir llenos de dolor a seres queridos, que lloramos la ausencia de nuestros amigos, que nos angustiamos ante el sufrimiento de personas cercanas, a las que quisiéramos ayudar y no podemos, que sufrimos indeciblemente por enfermedades físicas y psíquicas, que en el mundo se padecen tremendas injusticias. Pero a pesar de todo, tenemos que comprender este mundo, aceptando con actitud creyente, las palabras de Jesús. Dios nos mira a cada uno de nosotros como hijos queridos, y nuestro corazón y nuestra suerte son para Él como la obra más amada, que salió de sus manos, aun cuando tengamos que sufrir, como su Hijo era uno con Él, aun cuando fue traicionado, abandonado y muerto en la cruz.

Él nos conoce. Dejémonos penetrar plenamente de esta idea. Son muy profundas las palabras de este Maestro querido de la vida. Nos conoce como el Padre le conoce a Él y Él conoce al Padre. Lo que existe entre el Padre y Él se parece a lo que existe entre Él y nosotros. Es su conciencia de Salvador lo que le hace hablar así: con una fuerza y energía inquebrantables dice que nadie nos ama y da su vida por nosotros como Él. Nadie está tan profundamente enraizado en lo que es la humanidad, lo que es la persona humana, como Él; nadie, por tanto, puede acercarse como Él a nosotros, a cada uno de nosotros en particular. Por eso podemos confiar plenamente en las palabras de Cristo más que en las de la persona más amada y querida. Cristo no muere nunca; los que nos aman en la tierra, sí, se mueren y desaparecen.

Hoy es un día especial para pedir vocaciones de entrega a la Iglesia de Cristo, porque la Iglesia ha sido instituida para derramar su luz y su vida en los diversos acontecimientos, realizaciones y anhelos de este mundo.

Donde haya hombres, allí habrá posibilidad de progreso auténtico o de falsa libertad. Y la Iglesia, depositaria de la doctrina y sacramentos del Señor, está llamada a dar lo que tiene para ayudar al hombre. La Iglesia se acredita por sus obras, por sus santos, por los que en su nombre sirven a los demás y les ayudan como hermanos. No hemos de soñar con servicios irrealizables en tal o cual circunstancia, sino normalmente en la situación concreta en que vivimos.

Las familias deben ser generosas en la entrega de los hijos, llamados a ser sacerdotes, religiosos, religiosas, miembros de las diversas formas de apostolado. Una sociedad sin hombres ni mujeres, que nos llamen a vivir la vida de Dios, se convierte pronto en un cementerio. Vosotros, los jóvenes, sed valientes y generosos. Cristo quiere seguir siendo el Buen Pastor a través de vuestras manos, de vuestro corazón, de vuestra inteligencia, de vuestro servicio, de vuestra vida entera.

IGLESIA Y FIDELIDAD A CRISTO

Comentario a las lecturas del V domingo de Pascua. ABC, 27 de abril de 1997.

El cristianismo no es para vivirlo en soledad individual y egoísta de cada uno. Pide vivir en familia, en comunión, hermanados unos con otros. Y todos, unidos con Dios. Para facilitar una y otra cosa está Cristo.

La Iglesia se construye y progresa en la fidelidad al Señor, a su Señor y se multiplica impulsada por la fuerza del Espíritu Santo. Es como un árbol, cuya savia y raíces son el amor y la confianza de que todo lo recibimos de Dios. Él es mayor que nuestra conciencia, y lo conoce todo. En su inmensidad infinita todo se hace leve por mucho que pese. Es el Creador, la Vida, la Gracia. Lo sabe todo y nos sitúa en la plena verdad de nuestra existencia.

Así lo sintió y vivió san Pablo en su conversión, cuando Dios lo hizo cambiar radicalmente de vida en el camino de Damasco. Su experiencia personal de Cristo no le impulsó a permanecer aislado, en una especie de autocontemplación gozosa de lo que estaba viviendo, sino que le llevó a buscar y adherirse a la primera comunidad cristiana de Jerusalén. La inmediata reacción de esta fue de temor y de recelo, por lo que sabía de él, pero enseguida se sobrepusieron el amor y la solicitud por salvar al que había sido perseguidor de los cristianos. La Iglesia se edifica sobre la fidelidad a Cristo, y sólo así llega a ser arca de salvación para los hombres.

La comunidad se cimienta sobre el amor con obras y según la verdad, dice san Juan. Su carta es oportunísima. Padecemos una verdadera inflación de palabras, frases, debates, análisis, todo lo cual ha hecho que, en muchos sectores, la Iglesia aparezca llena de ambigüedad y confusión. Y a la vez, se observa también una falta de interés positivo y serio por conocer y reflexionar sobre los documentos del Magisterio pontificio, nunca tan abundante y tan al alcance de todos.

Lo cual hace que no se conozca bien la enseñanza auténtica de la Iglesia en mil cuestiones de actualidad. Nuestra caridad es muchas veces vacía y sin consistencia, y en nuestras reuniones, asambleas, comunidades, grupos apostólicos, etc., abundan las divisiones, envidias, rivalidades, rencores, ansia de éxitos humanos, subjetivismos que lo esterilizan todo. Los años que han seguido al Concilio Vaticano II han sido tan perturbadores que han causado daños gravísimos en las comunidades cristianas, y todavía las aguas no han vuelto a su cauce.

Conocemos que somos de verdad discípulos de Cristo si amamos desinteresadamente. Sólo si comprendemos que hay una unidad íntima entre el amor de Dios y el del prójimo, guardaremos su mandamiento, permaneceremos en Él y seremos su Iglesia. Esta es la unión que Cristo proclama como necesaria en el evangelio. "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos, el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada". La unión con Cristo y con los hermanos es condición para la eficacia y para lograr

frutos. La Iglesia no es monolito uniforme y rígido, es un cuerpo vivo, una diversidad vital, pero ordenada y comprensiva de las variantes que aparecen en su orgánica estructura.

Cristo es creador de vida, que, como Hombre-Dios la hace llegar a todos los que creemos en Él. La otra, la que surge de nuestro egoísmo y busca nuestros intereses, separada de Dios, conduce a la muerte, se precipita en la nada. En los países más poderosos de la tierra los hombres se mueren igual que en los más pobres. Es innegable que el progreso científico y el técnico ayudan al hombre y a los pueblos a conseguir mayores bienes, pero sería mejor que tales progresos se pusieran al servicio de un mayor número, para que los frutos los percibieran todos.

Es fundamental vivir nuestra inserción en la comunidad eclesial. La Iglesia no es nada sin el hombre, ni el hombre es gran cosa sin la Iglesia, tal como la concibió Cristo. Tenemos que salir de nosotros mismos, de nuestro egoísmo, y reconocer a los demás y darnos. En la Iglesia de Cristo todos somos responsables de todos, y todos de cada uno. Sarmientos unidos con la vid, sí; falsos dioses del dinero, el poder, los placeres, no.

SIEMPRE EL AMOR

Comentario a las lecturas del VI domingo de Pascua.
ABC, 4 de mayo de 1997.

Nacidos para amar. Esta es la gran realidad de la vida, cuando se la contempla desde la fe en el Dios de la Revelación cristiana. El mensaje pascual de este domingo es el amor. Dios es amor y es auténtico, porque su voluntad es la redención universal. Dios es el Señor de todos, no tiene preferencias por estos o aquellos grupos, por estas o aquellas razas. Todos los hombres pueden recibir su Espíritu.

Como el Padre ama a Cristo, así nos ama Él. Quien no ama, no puede conocer a Dios. Amor de Dios a los hombres y de los hombres a Dios. Y por ello amor de los hombres unos para con otros. Esto es lo que viene a decirnos san Juan, como nos lo acaba de decir Juan Pablo II en Sarajevo. ¡Cuándo llegará el día en que los hombres nos amemos de verdad!

Se oye la risa sarcástica de los que se burlan de estos anhelos, porque, según ellos, no son más que místicos afanes de seres débiles e infelices. Se oye también el suave rumor de los que pisan la tierra con cuidado para no hacer daño a nadie, los que se buscan para reconciliarse, los que perdonan para ser perdonados, los que son buenos y quieren seguir siéndolo. ¡Cuántos hay en el cristianismo y en otras religiones, en estas y aquellas razas! ¡Qué bien hace Juan Pablo II, predicando incesantemente el amor con palabras, que envuelven el corazón de los hombres como si fuera un cálido abrazo de padre, que lo sabe todo y a todos quiere abrigar, mientras cae la nieve alrededor!

Que le acompañen centenares, miles, millones de hombres influyentes en la sociedad y predicando el amor... No solo predicándolo, viviéndolo, ayudando a vivirlo, y llegará un día en que los niños y los grandes, en los foros nacionales e internacionales, se insistirá en que el hombre, el hombre europeo y el americano, el de África, Asia, Oceanía, ha nacido para amar y tiene que amarse. Que empiecen a decirlo los jóvenes de la Universidad, los que trabajan en los campos, los talleres y las oficinas, los adultos, los ancianos, todos cuantos puedan hablar, y que la Iglesia sepa educar a todos en ese nuevo lenguaje, el del amor hasta la muerte.

No un amor despojado de la carga y el gozo personal, que el corazón lleva consigo, en cuanto a afectos, sentimientos, simpatías, relaciones, comprensión, respeto, donación, servicio, porque de lo contrario sería una abstracción más. Todos defendemos y queremos el amor, pero el peligro está en que inconscientemente lo aplicamos sólo en la medida en que ese amor nos sirve a nosotros.

La Iglesia, comunidad de fe, de esperanza y de amor, no es un monopolio particular, en el que se puedan manipular los dones del Espíritu a gusto y servicio de la propia espiritualidad o de la propia línea de pensamiento y de acción. Por eso es necesaria siempre la intervención de la Jerarquía incluso en relación con

los carismas del Espíritu, para evitar tendenciosidades y exclusiones, a las que siempre es proclive la condición humana.

Fomentar la separación entre buenos y malos, entre integristas y progresistas, entre antiguos y modernos, entre amigos y enemigos es, cuando menos, artificial y farisaico. Digo fomentar en el sentido de que demos lugar a comportarnos de manera, que surjan esas divisiones tan nocivas entre unos y otros. Con lo cual no quiero decir que todo nos dé igual. Quiero decir que lo importante es amarnos los hombres unos a otros, y con este amor como base y fundamento, aprender unos de otros e ir buscando en todo momento la verdad, que nos hace libres.

La fuerza de la vida cristiana sólo progresa en la medida en que se desarrolla en nosotros el sentido de la amistad con Dios y la fraternidad con los hombres.

UN DESTINO COMÚN

Comentario a las lecturas de la solemnidad de la Ascensión del Señor. ABC, 12 de mayo de 1997.

La Ascensión del Señor a los cielos suscita en mi interior dos fuertes sentimientos: la certeza de nuestra plenitud y glorificación, y la necesidad de comunicar esta alegría a todo el mundo.

Una y otra vez hemos de insistir en lo mismo ante los grandes acontecimientos, que celebramos. No pensar en Dios a imagen y semejanza nuestra, sino en nosotros a imagen y semejanza de Dios. Él ha tomado nuestra existencia en sus manos y en su corazón. Él tiene que hacer brillar la verdad en nuestro interior. Roguémosle que se incline hacia nosotros, que nos deje conocer quién es, sentir en nuestro corazón todo lo sagrado que viene de Él, la soberanía que resplandece en su redención. Y así podrá ser nuestra vida cada día mejor y cada día se ensanchará más nuestro horizonte y nuestra confianza en todo lo que es la nueva creación.

Cristo está en Dios, pero está con nosotros y nosotros con Él. Está en la eternidad, pero al mismo tiempo, de manera nueva, en el seno de nuestra historia. El cielo es la intimidad de Dios. En esta intimidad ha sido acogido el Señor resucitado con su realidad viviente. Este es el misterio de la Ascensión. El amor redentor de Dios no se dirige sólo al espíritu, sino a toda la realidad humana. El hombre redimido está asentado en la humanidad divina de Jesús. Lo que se inició en la Encarnación del Verbo de Dios se consuma en la Ascensión: Cristo, hombre-Dios ha penetrado en la vida íntima de Dios. Como dice Romano Guardini, el misterio es exceso de verdad para el ser humano.

Todo es libre regalo suyo. En su redención comenzó una nueva obra, el Hombre nuevo, del que tanto habla san Pablo. Su amor y santidad fluyen y salen a nuestro encuentro. Nosotros no podemos imaginar con nuestras fuerzas nada semejante, pero nuestra fe en Él nos sostiene contra nuestras dudas e insuficiencia. Cuando nuestro corazón humilde y admirado se abre ante esa grandeza del Señor, Él penetra nuestra existencia. El Dios de nuestro Señor Jesucristo nos dé espíritu de sabiduría e ilumine nuestra mente para que comprendamos cuál es la esperanza y cuál la riqueza de gloria que nos da en herencia. Toda esa fuerza, que desplegó en Cristo y contemplamos gozosos en su Ascensión.

“Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación”. No se trata, pues, de vivir nuestra vida cristiana como en una contemplación pasiva y un disfrute egoísta de lo que puede causarnos gozo, sino de toda una acción dinámica de comunicación, de entrega, de difusión gozosa de la Buena Nueva, de la que tan necesitado está nuestro mundo. Esa frase: “Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación”, no la puede decir más que el Hijo de Dios o un loco.

El Evangelio está destinado a todos los hombres, porque a todos redimió Cristo y todos tienen derecho a recibir la Palabra que engendra vida, supuesta la

voluntad redentora de Cristo. Los que la hemos recibido tenemos la obligación de seguir proclamándola. Ya a la salida de nuestros templos, después de celebrada la Eucaristía, tendría que notarse en nosotros y tendrían que advertirlo nuestros amigos y vecinos lo que acabamos de celebrar.

Somos una comunidad de creyentes, tenemos un destino común, nos congrega Cristo y nos alimenta y vivifica por su Iglesia. Él está en el cielo, pero también está en la tierra.

SIN EL ESPÍRITU SANTO NO HAY IGLESIA

Comentario a las lecturas del domingo de Pentecostés.
ABC, 18 de mayo de 1997.

La fiesta del Espíritu Santo es la gran fiesta de la Iglesia, como comunidad de creyentes, porque pone de manifiesto el proyecto de Dios sobre toda la humanidad, haciendo el fantástico despliegue de la creación, en la que coloca al hombre modelado a su imagen y semejanza. Y como donde abundó el pecado sobreabundó la gracia, todo culminó con la nueva creación fundada por Jesucristo, con Cristo y en Cristo. Nadie puede decir siquiera “Jesús es el Señor”, si no es bajo la acción del Espíritu Santo.

Celebramos su venida sobre el Colegio Apostólico reunido en oración de espera y así lo leemos en el libro de los Hechos: “Se llenaron de Espíritu Santo”, y en el Evangelio de san Juan: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos”. Es decir, Cristo había prometido varias veces que enviaría el Espíritu Santo, que convenía que Él se fuera, para que viniera el que daría plenitud de gracia y de misericordia, de luz y de consuelo, de paz y de vigor celestial.

Y llegó el día de Pentecostés y se produjo el fenómeno inenarrable: lenguas de fuego, ruido de viento fuerte, locución en lenguas extranjeras. ¿Qué significaba todo esto, sino el universalismo de la Redención que quema y abrasa, multiplica energías, elimina obstáculos, arrastra lo que encuentra a su paso como lo hace el viento, que no sabes de dónde viene ni adonde va?

Pero como todo lo que acontece en la Iglesia de Cristo, esto no es únicamente un hecho histórico, que se ofrece desde que sucedió a nuestra contemplación. Es vida y realidad actual de la Iglesia, que recibe un día y otro al Espíritu Santo, su fuerza de interiorización personal y su expansión comunitaria. Unos celebrarán la liturgia de la vigilia y otros la cálida efusión de la fiesta de mañana.

Las comunidades cristianas adultas con un profundo sentido de unidad vivirán las dos Eucaristías: una vigilia de preparación y la consoladora efusión de la mañana. Es una fiesta para que podamos enviar un abrazo de paz y de hermandad a las comunidades de la Renovación Carismática, que en tantos lugares del mundo realizan una espléndida labor apostólica. Este domingo está impregnado de una profunda y solemne profesión de fe en el Espíritu Santo, que acentúa el clima comunitario, pues el Espíritu Santo es la auténtica causa de la unidad de la Iglesia. “Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos”.

El Espíritu Santo no cesa de actuar en la Iglesia. En cada uno se manifiesta para bien de todos. ¿Quién puede controlar y manipular el Espíritu de Dios, que sopla donde quiere con absoluta libertad? Pero toda diversidad se unifica en el mismo Espíritu. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, como dice san Pablo, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. ¡Ay del que rompa esa unidad! Será arrancado y tirado fuera como un sarmiento seco, que ya no pertenece a la vid.

Pentecostés es el comienzo ininterrumpido de la presencia del Espíritu en su Iglesia, que sin Él sería un cuerpo sin alma. Todo lo que en la Iglesia separa, desune, disgrega, es un pecado contra el Espíritu, contra la comunidad, contra la fraternidad, contra la gran familia de Dios. Todo lo que mate la caridad o fomente los mutuos rechazos equivale a ahogar y condenar la vida de la Iglesia que corre por cada uno de sus miembros.

Si queremos que actúe el Espíritu, tendremos que poner nuestros dones, bienes, talentos, posibilidades, al servicio de la común utilidad.

LA TRINIDAD, CERCANÍA DE DIOS

Comentario a las lecturas del domingo de la Santísima Trinidad. ABC, 25 de mayo de 1997.

Cristo nos ha revelado el misterio de la vida divina en su hondura inabarcable. Su palabra, su obra, su vida, muerte y resurrección están llenas de realidad sagrada de Dios.

Él nos ha mostrado al Padre en su omnipotencia y bondad, en su amor creador, en su plenitud única por la que tiene un Hijo igual a sí mismo. “Si me conocéis a mí, conoceréis a mi Padre”. El Hijo es la Palabra pronunciada por su boca creadora. Padre e Hijo, un solo Dios verdadero y entre ambos, la realidad que hace posible esa existencia, el Espíritu. Por Él y en Él, el Padre y el Hijo tienen todo en común. En el Espíritu el Hijo revela la verdad y el ser de su Padre. “Os he dicho estas cosas, mientras permanezco entre vosotros; pero el abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ese os lo enseñará todo y os traerá a la memoria lo que yo os he dicho”. “Cuando venga el abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de Verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí”.

El lector no debe pensar que estos son juegos de palabras, producto de imaginación religiosa, no. Ni que los que hacemos comentarios como este, nos creemos tan sabios que tocamos con la mano el misterio de la Santísima Trinidad. Sencillamente estamos repitiendo algo que Cristo nos dijo, cuando habló de la vida de Dios. A través de estas palabras se percibe incluso la historia de la Iglesia, en la que el Cristo Bendito nos ha dado la posibilidad de ser como Él, y el Espíritu la ha sostenido en medio de dificultades y persecuciones y la ha mantenido en el amor al Padre.

No estamos inventando nada. Sabemos muy poco, pero lo que sabemos de Dios porque lo creemos, lo afirmamos con gozo. Para las cosas humanas, su lenguaje; para las de Dios, el suyo. No intentamos explicar nada, sino ayudar a comprender que es lógico orar y adorar la grandeza infinita de Dios. Hacemos un acto de fe en la naturaleza de Dios uno y trino. Por Cristo creemos en ese misterio, que cobija su verdad divina. Por Cristo sabemos que somos hijos del Padre, hermanos del Hijo de Dios Jesucristo y que el Espíritu Santo es nuestro amigo, maestro, guía y consolador. Esta es la vida eterna que nos ha prometido el Señor y que venimos contemplando durante todo el año. Quisiéramos saber más, cómo es esa vida, esa felicidad eterna, esa salvación, ese cielo en que habita Dios. No nos es posible. Basta ahora creer y esperar.

El Dios revelado en Jesús es infinitamente más cercano a nosotros que cualquier divinidad de esta o aquella religión. Las breves líneas del apóstol san Pablo nos ayudan a comprender el misterio de la Trinidad en su proyección sobre nuestra vida. Se concreta en que somos libres y esta liberación que nos saca de la esclavitud, nos hace herederos con Cristo de los bienes de la resurrección.

Esta integración familiar en la vida de Dios no es un hecho inoperante. Nos responsabiliza en nuestra conducta. En la libertad, dignidad y responsabilidad

del cristiano está Jesucristo. “Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”. En el cristiano tiene que hacerse realidad la expresión paulina: “No vivo yo, es Cristo quien vive en mí”.

EL CORPUS, NUEVA ALIANZA

Comentario a las lecturas de la solemnidad del Corpus Christi. ABC, 1 de junio de 1997.

Los creyentes celebramos hoy la fiesta del Corpus, en la cual hacemos pública y solemnemente lo que a diario vivimos muchos, cuando adoramos y sumimos al Santísimo Cuerpo y la Sangre de Cristo. La fiesta se instituyó en la Edad Media para combatir las herejías que negaban la presencia real de Cristo en las especies consagradas.

Se trata de la Eucaristía, del culto al Dios vivo, de la Nueva Alianza, la fiesta del Pan Vivo bajado del cielo. El sacrificio eucarístico y el Señor, presente en nuestros altares y sagrarios, o llevado en la custodia por las calles en un día como éste, es el vínculo de unidad que hace de los cristianos una familia. La comunidad vive gracias a la Eucaristía.

Leemos el libro del Éxodo, porque se nos narra la Alianza establecida entre Dios y su pueblo al pie del monte Sinaí. Moisés comunica al pueblo la voluntad de Dios y el pueblo manifiesta su compromiso de hacer todo lo que diga el Señor. Esta Alianza se ratifica en el marco de una liturgia, que se describe con todo detalle en el texto. Moisés pone por escrito todas las palabras del Señor; se levanta temprano, edifica un altar y doce estelas, por las doce tribus. Manda a grupos de jóvenes a ofrecer holocaustos al Señor. Rocía al pueblo, diciendo que es la sangre de la Alianza, que hace Dios con ellos. Esa sangre, que simboliza el pacto nuevo y eterno, realizado por Cristo en la cruz, del que podemos participar nosotros todos los días, como todos los días tomamos el alimento para nuestro cuerpo conforme a las leyes de la naturaleza.

Cristo es el Sumo Sacerdote de los bienes definitivos. Es el mediador entre Dios y los hombres, y su sangre, en virtud del Espíritu, purifica nuestra conciencia de las obras muertas y nos lleva al culto del Dios vivo. La Eucaristía no es un invento nuestro, es de Cristo, como nos lo narra hoy el evangelio de san Mateo: "Tomad, esto es mi cuerpo. Bebed, esta es mi sangre".

La Eucaristía es el sacramento del sacrificio de Cristo. En ese sacrificio entramos en comunión con Cristo y con todos los demás humanos. Celebrar el sacrificio de Cristo y, en su medida, adorar al Santísimo Sacramento, es una acción, que nos compromete para que nos sacrifiquemos por los demás. En torno a la mesa eucarística nace y vive la Iglesia. La unión fraterna y la caridad son el fruto específico de este sacramento.

Estamos aún de camino, somos peregrinos, nos fatigamos, nos sentimos inestables y débiles, por todo lo cual necesitamos de la Eucaristía. Dios se hace diariamente el contradicho con nosotros, si queremos, para ayudarnos, sustentarnos y animarnos. La eternidad se prepara en el tiempo y la vamos logrando, bajo signos sencillos de terrena cotidianeidad como son el pan y el vino transformados en el cuerpo y la sangre del Señor.

¡Qué gran amor del Hijo y qué gran amor del Padre! ¿Cómo el Padre Eterno consiente ver en manos y corazones tan ruines a su Hijo?, se pregunta admirada

santa Teresa de Jesús. Leed en el “Camino de Perfección” sus comentarios al Padrenuestro, y en concreto los capítulos 57 al 61. Son pura delicia de un alma, que, al escribir, parece estar gozando ya de la visión de Dios.

¿POR QUÉ EL MAL?

Comentario a las lecturas del X domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 8 de junio de 1997.

Acabamos de celebrar la fiesta del Corazón de Jesús. Todos sabemos que, en la mayor parte de las culturas, el corazón simboliza el centro de la personalidad, de sus cualidades y sentimientos.

Esta solemnidad nos invita a celebrar el amor que Jesús nos ha tenido hasta llegar a dar su vida por nosotros. Y al leer los textos de este domingo, pecado y salvación, vuelvo a sentir fuertemente lo que la fiesta del Corazón de Jesús quería ofrecernos. Porque la liturgia de hoy nos habla del mal y de la redención, y todo eso es lo que representa el Corazón de Cristo, traspasado por nuestros pecados –el mal–, principio y fin de todas las bondades, y de todos los perdones –la redención–. Todo lo demás, que en la vida cristiana esperamos, gira en torno a Jesucristo, alfa y omega. Y todo es gracias a Él. ¡Cuántas veces en nuestra mente no habrá surgido el doloroso interrogante de por qué el comienzo del mal en el mundo!

El pueblo de Israel también se lo preguntaba y la lectura del libro del Génesis nos lo explica. La causa de los males no está en Dios, que hizo todas las cosas buenas, sino en nosotros, que rompemos y rechazamos la bondad y el amor de Dios. El lenguaje del Génesis, de manera sencilla y popular, quiere expresarnos que no es el ser humano el que puede absolutizarse y convertirse en norma de discernimiento entre lo que está bien y lo que está mal. Tiene que abrir su mente y su corazón a la voluntad y a la ley de Dios. Un empirista famoso, Locke, en su carta sobre la tolerancia, decía que todo se podía tolerar menos la no existencia de Dios. Se pierde el punto clave, con relación al cual se sabe qué es lo bueno y qué es lo malo.

El problema no está en el poder que nos ha concedido Dios, sino en cómo lo utilizamos y cuáles son nuestras normas de orientación. Marginado Dios, nos hacemos responsables de nuestra propia destrucción; introducimos la desarmonía en nuestras relaciones, y aparece el verdadero drama humano: el pecado. Pero el punto final de nuestra historia es, si queremos, la salvación y la vida, porque del Señor vienen la misericordia y la redención.

Es verdad que la vida está tejida de dolor y alegría, de fracasos y éxitos. Y todo es para nuestro bien, todo contribuye al bien de los que sirven a Dios. Por eso no podemos desanimarnos: aunque nuestro hombre exterior se vaya deshaciendo, nuestro interior se renueva día a día. Si mantenemos nuestra fe y esperanza, todo se nos convierte en tesoro de gloria.

Cristo vino a vencer el mal y el imperio de la muerte. A los que somos de Él, nos invita a hacer el bien. Ser cristiano no es una excusa para evadirnos de las situaciones, en que nos vemos envueltos, sino una forma de estar en ellas y de afrontarlas. “Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana, mi madre”. Tenemos que contar con la incompreensión y aun con la oposición de los más próximos y cercanos a

nosotros. Ya nos advirtió Jesús en más de una ocasión que correríamos este riesgo. Somos una familia protegida por su mirada y por las manos de la Madre.

Pocas veces aparece María en el Evangelio. Esta es una de ellas. Le avisan que su Madre está fuera y le busca. Él pronunció palabras incomprensibles. María se refugió en el silencio. Un silencio grandioso y maternal, en que, como escribió Romano Guardini, ella sobrellevó el misterio de su Hijo. Y todos los misterios de la vida, que se cruzaron en su camino. Ella está a nuestro lado con la misma sencillez, grandeza y saber estar que tuvo con Cristo. Fue y es bienaventurada, y así la llamamos. Pero ¡cuánto tuvo que sufrir!

UNA VEJEZ FECUNDA

Comentario a las lecturas del XI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 15 de junio de 1997.

Dos expresiones del salmo 91 nos ayudan a formular el comentario a las lecturas del día. “El justo crecerá como la palmera y en la vejez seguirá dando frutos”. Son dos imágenes muy significativas y oportunas, descritas con el lenguaje de las cosas sencillas y simples, como es el de la primera lectura, del libro de Ezequiel. “Arrancaré una rama del alto cedro y la plantaré para que eche brotes y dé frutos. Anidarán aves de toda pluma y se verá claro quién es el Señor que humilla y enaltece, que seca el orgullo y hace florecer la sencillez”. Por eso, al hombre justo el Señor le hará crecer de tal manera que su vida dará fruto con tal fuerza y vitalidad, que su vejez será fecunda. De los pequeños y sencillos el poder de Dios hará brotar árboles frondosos.

La idea del Reino de Dios como una pequeña semilla, que ha de florecer aparece ya en el Antiguo Testamento, y Jesucristo recurre a ella con frecuencia. La encontramos en este fragmento de Ezequiel y en las dos parábolas del evangelio de san Marcos, la del labrador, que hecha simiente en su tierra, y la del grano de mostaza, la semilla más pequeña, que después se hace más alta que las demás hortalizas, echa grandes ramas y los pájaros se cobijan en ellas.

La fuerza de la semilla que así crece, sólo puede estar en la vida de los hombres, que con su dedicación y su sacrificio hacen avanzar la cultura y la civilización de los pueblos. Pero desde el punto de vista cristiano, no es el poder y la fuerza lo que hacen crecer el árbol, sino la fidelidad al Evangelio, la modestia, la sencillez, la confianza en Dios, la constancia, la entrega diaria.

La Iglesia será cada día más joven y vigorosa en el corazón de cada hombre y cada mujer, que sirvan mejor a los demás, que amen a todos, que sean más desprendidos, generosos y magnánimos, que favorezcan a los más necesitados, que no intenten en su orgullo ser protagonistas salvadores de la humanidad, sino cauces llenos de confianza en el poder del Señor, por los que pase el mensaje de Cristo. Hombres y mujeres, que trabajan y se afanan por mejorar las condiciones de vida de los demás pero conscientes de que lo importante llega sin que ellos lo sepan, y caminan sin verlo, pero guiados por la fe, como dice san Pablo. Viven junto al Señor, aunque a veces parezca que les falta apoyo bajo los pies y que no tienen respuesta para tantos porqués, que atormentan a los demás. Ellos no se atormentan, en destierro o en patria se esfuerzan por agradecer a Dios y cumplir la ley.

La Iglesia no puede renunciar nunca a su misión. El Señor nos juzgará por lo que hagamos en pro o contra de la verdad del Evangelio. Él nos invita a actitudes de perseverancia y humildad. Hemos de ser como los agricultores que siembran con esmero y sacrificio, y como ellos esperamos pacientes los frutos que se alzarán “como cedros del Líbano”.

Medios pequeños y pobres pueden facilitar resultados maravillosos; las apariencias ostentosas y las fatuidades no cuentan. Deberíamos preguntarnos

constantemente cómo prestamos nuestra ayuda personal a la Iglesia, para que en las ramas de los árboles se cobijen cada vez más las aves del cielo que vuelan sobre la tierra.

¿POR QUÉ SOIS TAN COBARDES?

Comentario a las lecturas del XII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 22 de junio de 1997.

La pregunta más apremiante que nos hace la vida no es la de cómo podremos dominar mejor el mundo y avanzar en el camino de las soluciones técnicas, sino en saber al servicio de qué concepción del hombre se van a poner todos los recursos de que podemos disponer. En realidad, todo depende de la actitud que se adopte con respecto al problema de Dios.

En cada época aparecen nuevos cambios y nuevas perspectivas en sintonía con el momento socio-cultural, que se está viviendo. Pero la relación con Dios es constitutiva de la naturaleza humana, y hoy como ayer, solamente en la medida en que nos abramos a Él, sabremos plenamente quiénes y qué somos y qué podemos hacer con nuestro poder, sea este grande o pequeño. Esta relación es fundamental en toda auténtica cultura. No hay antagonismo entre desarrollo científico y fe religiosa. La teoría de la doble verdad fue siempre algo trasnochado y sin horizonte de posibilidad.

Pascal dijo genialmente que existe el espíritu de geometría para conocer las cosas: son principios palpables, demostrativos, que una vez vistos no pueden desaparecer. El espíritu de finura, que cultiva los principios que son de uso común; no hay que hacerse violencia para verlos, pero hay que tener buena vista y buen corazón. Y, por último, el espíritu de profecía, para conocer las verdades últimas del destino humano del hombre. Con los medios de la ciencia jamás alcanzaremos la certeza del corazón, y la persona humana seguirá siendo un abismo inaccesible a la pura investigación científica. Podremos descubrir lo que somos y descubrir a Dios en la medida en que Él se nos comunique en una revelación, que tiene su fuente en el amor.

El Señor nos ha hablado primero desde su creación. Todo hace señales a nuestro espíritu a ir hacia arriba, hacia algo más alto, y deja presentir un poderío y una fuerza que no vienen de nosotros. Esa es la lección del libro de Job. El Señor habló a Job desde la tormenta. “¿Quien cerró el mar con una puerta, cuando salía impetuoso desde el seno materno... y le dijo: hasta aquí llegarás y no pasarás..., aquí se romperá la arrogancia de tus olas?” ¿Qué más da narrarlo de forma poética que hablar de protones, neutrones, materia y antimateria? Los físicos son los poetas de la naturaleza con su propia obra científica. Pero todo cuanto existe es obra de Dios, que no se aconsejó de nadie para crearlo. Él nos ha regalado otra vida, que es la de la fe, de la cual nos habla la segunda carta de san Pablo a los corintios.

Con Cristo ha comenzado lo nuevo, la nueva creación, y todo lo creado suspira con el deseo de poseerle a Él en la plenitud de la vida, a que está destinado. Todo en Cristo anuncia a Dios, porque es Dios. Él se hizo hombre y ahora está entre nosotros la viva Revelación de Dios. Muchas veces el silencio de Cristo nos inquieta como les pasó a los discípulos, asustados por la fuerza del huracán y de las olas, que rompían contra la barca y temieron el naufragio. Y Jesús, mientras tanto, dormía.

Es clásica la imagen de la Iglesia como una barca y la presencia de Dios en medio de la tempestad. ¿No te importa, Señor, que nos hundamos? También hoy sale de nuestro corazón este grito angustiado y la respuesta es idéntica. ¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe? Siempre hay galernas, que agitan la barca de Pedro y nos hacen temer a los que vamos en ella. Pero la palabra del Señor es nuestra fuerza y nos conduce a puerto seguro.

SAN PEDRO Y SAN PABLO

Comentario a las lecturas de la solemnidad litúrgica de san Pedro y san Pablo. ABC, 29 de junio de 1997.

La Iglesia rinde culto a san Pedro y san Pablo y les ofrece el obsequio de su fe y de su amor, gozosa de verlos incorporados ya al reino de Dios, del que tantas veces oyeron hablar a Jesús, su maestro querido, su redentor. La fuerza de estos grandes Apóstoles permanece viva, real y verdadera en la Iglesia. El Nuevo Testamento nos lo hace patente en el Evangelio, en las cartas de uno y otro, en el libro de los Hechos.

Son columnas de la Iglesia, heraldos del Evangelio, que, por caminos diversos, como dice el prefacio de la Misa, congregaron la única Iglesia de Cristo; y a los dos, coronados por el martirio, celebramos hoy todo el pueblo de Dios con júbilo y veneración. Anunciaron su Reino de paz, de justicia, de vida y de verdad. Su Reino, que nos acoge a nosotros, aunque no es de este mundo, pero que ya ha comenzado, desde luego, aunque sufre violencia, pero no tendrá fin.

En los trabajos por la expansión del Reino, Pedro y Pablo nos dan la gran lección: ni la Iglesia, ni por tanto los cristianos, podemos detenernos ni acobardarnos atemorizados por el riesgo del cambio y de las adaptaciones; pero tampoco dejarnos llevar por imprudencias temerarias, ni esnobismos estúpidos. El progresismo por sistema, sin ver qué ganamos ni qué perdemos, es empeño de necios, que edifican sobre arena. Pero sí que somos responsables de poner los medios para renovarnos ante tantos y tantos cambios, que se suceden sin cesar, y esforzarnos en descubrir, en el puesto que ocupamos en la sociedad, la originalidad de la fe para nuestro momento concreto, como han sabido hacerlo los verdaderos apóstoles de todos los tiempos.

Nuestra fe ha de apoyarse siempre en las bases sólidas y no ocultarse con miedos y temores. Si creemos, es porque Dios nos ayuda a creer, y porque tenemos motivos razonables para prestar la adhesión de nuestro espíritu a las verdades reveladas, particularmente a las que la autoridad de la Iglesia nos presta como tales.

Estamos convencidos de que nos encontramos hoy luchando como nunca para liberarnos de muchas servidumbres, materiales y sociológicas. Nuestro tiempo es el de las grandes promociones humanas, como ya expuso admirablemente Juan XXIII. Pero lo que hace que un hombre sea verdaderamente libre es que en último término habrá de rendir cuenta sólo a Dios, quien juzgará a los súbditos y a los presidentes de las naciones. Por eso dice san Pablo: "El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su Reino del cielo".

La Iglesia sentía necesidad de la presencia de Pedro, oraba insistentemente a Dios por él, cuando estaba encadenado, y el Señor escuchó su oración. ¡Qué gozo ver cómo el ángel de Dios bajó a liberar a Pedro y le sacó de la tenebrosa cárcel en que se encontraba! También hoy le libra al Papa de muchos peligros, y a ello contribuyen nuestras oraciones por él, como las que ofrecía entonces

toda la Iglesia por Pedro. También Pablo sentía toda la ayuda del Señor en circunstancias muy difíciles de su trabajo apostólico.

Son los momentos iniciales de la vida de la Iglesia en la tierra, tal como los vemos descritos en los libros del Nuevo Testamento. Al leerlos, sentimos el temblor emocionado de la oración confiada de los primeros cristianos, de la fe vivísima en Cristo, de la autoridad siempre humilde de Pedro, del combate incesante de Pablo hasta caer medio muerto en el camino varias veces.

Y todavía un momento último, el que aparece en el evangelio de hoy. Cristo pregunta; “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo de Dios?”. Y Pedro contestó: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Cristo no solamente aprobó la respuesta que recibía, sino que le llamó dichoso, porque había merecido de Dios que se la revelase.

¿NO ES ESTE EL CARPINTERO?

Comentario a las lecturas del XIV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 6 de julio de 1997.

Nos conmueve leer en el evangelio de hoy esta pregunta que equivale a una afirmación. Anuncia claramente el estilo de vida y de trabajo de Jesús, durante años y conforme al plan de salvación de Dios para los hombres. El Mesías, por largo tiempo, no fue más que un pobre carpintero, el oficio que tenía José, su padre, entre los pobres moradores del lugar. Un pueblo tan pequeño e insignificante, que los mismos judíos se preguntaban si de Nazaret podría salir alguien que les pudiera enseñar algo.

Creían que le conocían, que sabían algo de Él por las apariencias, el hijo de María, pariente de Santiago, Judas, José, Simón. Y les resultaba escandaloso y rechazable que un hombre de tan baja extracción familiar y tan humilde oficio se atreviese a enseñar en la sinagoga. ¿No nos sucede a nosotros lo mismo? Nos hemos acostumbrado de tal manera a oírlo o leerlo que no somos verdaderamente conscientes de lo que supone en los planes de Dios la humildad, la sencillez, el trabajo diario, la falta de medios, las limitaciones de diversa índole.

Las lecturas resaltan que la fuerza se realiza en la debilidad. Ezequiel vive la ruina de su patria y el comienzo de la dominación de Babilonia. Es testigo y profeta de una renovación religiosa, que ni él mismo sabe adonde conducirá. Chocó con su pueblo, pero su mensaje valió la pena. “Te hagan caso o no te hagan caso, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos”. La misión que Dios le confió era difícil. Denunciar las culpas del pasado y las del presente. Quiere levantar al pueblo por encima de su corta visión de la historia y hacerles sentir que lo que importa es el corazón del hombre, su espíritu, y que con la generosidad y rectitud de cada uno se abren horizontes de salvación en una situación desesperada.

Estaba en una actitud de lucha consigo mismo, y era un pueblo que no quería escuchar. Por eso, el profeta no puede menos de sentir su impaciencia. Los medios con que cuenta son pobres para presentar la salvación a ese pueblo rebelde y obstinado. Pero él siguió adelante y habló. Sin poder decir más que las palabras que el Espíritu puso en su boca. ¡Con la importancia que damos hoy a los medios! Hay veces que incluso estos nos hacen olvidar el mensaje. Hay una desproporción manifiesta entre lo que tratamos con Dios y lo que confiamos en el mundo. No puede ser así. Tenemos una Iglesia anémica y pobre.

San Pablo nos lo hace sentir también vivamente. En la comunidad de Corinto había muchos jactanciosos y con aire de superioridad, y frente a ellos pone él de relieve la acción de Dios en la debilidad de su ministerio. Nos basta la gracia de Dios. La fuerza de nuestro mensaje está en Cristo. Nuestros ojos están en el Señor, de Él esperamos la misericordia. Por eso, hemos de vivir contentos en medio de nuestras debilidades, insultos y persecuciones sufridas por amor a Cristo. No somos fuertes por nuestros medios, por nuestras posibilidades e iniciativas, sino porque el Espíritu del Señor está con nosotros. No importa el

sarcasmo de los satisfechos, ni el desprecio de los orgullosos. Ni tampoco la aparente inutilidad de nuestros esfuerzos.

A un Cura de Ars le hubiera importado un bledo que al día siguiente de entrar en su parroquia le hubieran mostrado una encuesta sociológica, según la cual sólo el tres por ciento de sus feligreses cumplía con el precepto. Él habría empezado a orar y trabajar el primer día como si fuese el último que Dios le brindaba. Y tampoco hemos de alterarnos, si no vemos resultados inmediatos. Ya vendrán, cuando Dios quiera. De Jesús, sus parientes esperaban obras ostentosas y gestos espectaculares. Todo el pequeño y cicatero mundo interior de aquellos hombres y mujeres les impidió reconocer la acción de Dios en Él y ver que realmente era Cristo.

También nosotros padecemos muchas veces esa ceguera, pero es por culpa nuestra. Preferimos creer en nuestras propias fuerzas y medios más que en el poder de Dios.

SÓLO UN BASTÓN

Comentario a las lecturas del XV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 13 de julio de 1997.

Vive el pueblo de Israel tiempo de prosperidad. En religión se guardan las formas. Hay pobres, incluso marginados. Pero, como siempre ocurre, muchos se encogen de hombros. Taras de la sociedad... siempre habrá pobres... Y se quedaban, y nos quedamos, tan tranquilos.

Un sencillo y humilde campesino, cultivador de higos, que viene del sur, región mísera –siempre la diferencia entre norte y sur–, se levanta contra la situación y denuncia el mal y la perversión del sentido religioso, a que se ha llegado. La palabra molesta a los sacerdotes y poderosos. Vete –le dicen– y refúgiate en tierra de Judá, profetiza allí. Amós tiene conciencia de su pobreza y de su pequeñez. No es profeta, ni hijo de profeta. Pero el Señor le ha sacado, le ha arrancado de su tierra y le ha enviado precisamente a Israel. Es un testigo del juicio de Dios sobre la conducta humana. Él no es funcionario, ni político, ni religioso, no está a las órdenes de nadie, ni de nada. Su alimento es profetizar y su paga es dar testimonio.

Dios anuncia siempre la paz, su salvación está siempre cerca de los fieles. Ningún profeta, ningún testigo cristiano, ningún discípulo de Cristo tiene que anunciar un juicio de condenación de Dios para el hombre y el mundo que Él mismo creó. Él nos eligió en la persona de Cristo por pura iniciativa suya. Su plan es la elevación de todos los seres humanos y de todas las realidades terrenas hasta su plenitud. Lo que san Pablo llama recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra. Este fragmento de la carta del apóstol san Pablo a los efesios se ha convertido en un maravilloso cántico de la oración litúrgica de las horas. Lo rezamos, si lo hacemos bien, conmovidos, gozosos, esperanzados.

La liturgia de la Iglesia lo ha considerado tan importante, que lo rezamos los lunes en vísperas y en las fiestas de la Santísima Trinidad, de los Apóstoles, Pastores, Vírgenes, Santos, témporas de acción de gracias y de petición. Enumero toda esta normativa, porque me parece muy significativa y merecedora de ser tenida en cuenta por los que no rezan las horas litúrgicas.

Quiere esto decir que es como un canto de alabanza al Padre, que ojalá leyéramos y orásemos con frecuencia por su extraordinaria riqueza. Con ardorosa elocuencia describe san Pablo el plan que Dios tiene sobre cada uno de nosotros. Nos ha destinado a ser sus hijos. El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia ha sido un derroche para con nosotros. Los que esperamos en Cristo, seremos alabanza de su gloria. Los que escuchamos el evangelio seremos salvados por Cristo con el Espíritu Santo y coherederos con Él.

Es un lenguaje nuevo, la Sagrada Escritura, la Palabra de Dios que nos llega con fuerza y calor. Es una desdicha que a los hombres y mujeres de nuestras comunidades cristianas se les haya privado de asimilar lecturas como éstas, y durante siglos hayan estado alimentando su fe con oraciones insípidas, llenas de insoportables superlativos o ternuristas exclamaciones. Se nos dirá que la

falta de cultura de nuestros fieles exigía ese tipo de reflexión facilota y rutinaria. No, la falta de cultura lo que estaba reclamando es que nosotros se la facilitáramos, para que pudieran saborear lo que para ellos nos habían dicho el Señor y los Apóstoles.

Jesús nos envía hoy a predicar su Evangelio como envió a sus Apóstoles en su nombre y con muy pocos medios naturales. Un bastón y nada más. Radicalidad en el mensaje y servicio generoso donde nos necesiten. No imponer nada por la fuerza y el poder. Buscar de verdad el bien de los demás. Curar a los enfermos. ¡Qué programa, Dios mío!, y ¡qué exigencias para el apóstol de verdad!

OVEJAS SIN PASTOR

Comentario a las lecturas del XVI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 20 de julio de 1997.

En plena Pascua de Resurrección celebrábamos el domingo del Buen Pastor. La llamada de la liturgia de hoy es muy parecida. Es muy frecuente la imagen bíblica del pastor y muy lógico y natural en un pueblo de pastores.

“Yo mismo reuniré a mis ovejas para que crezcan y se multipliquen, les pondré pastores que las pastoreen y ninguna se perderá. Porque el que es el nuevo Pastor, el Señor, nuestra justicia, se apiadará de su pueblo”. Es el profeta Jeremías el que así profetiza. Maldice a los malos pastores, que no saben guardar las ovejas, y anuncia, como vemos, que Él mismo será el pastor. Anuncia a Jesucristo, que conducirá a los suyos a sitios tranquilos, en los que descansar; a Jesucristo, que siente lástima de las multitudes que caminan como ovejas sin pastor; a Jesucristo, que invitará y hará que surjan pastores, que, como Él, entreguen su vida por sus ovejas y sean buenos guías.

Jesucristo mismo es el Pastor que une y reconcilia. Él es nuestra paz. Derriba la muralla del odio y todos los muros, que nos separan; en nuestra mano está ya el seguirle, porque Él nos reconcilia a todos los hombres con Dios y nos une en un solo cuerpo al ofrecernos el suyo en la cruz y en la Eucaristía. Nos trae la noticia de la paz, al anunciarnos que podemos acercarnos al Padre todos con un mismo Espíritu.

Cristo no quiere pastores que actúen por su cuenta, que interpreten a su aire la misión recibida. Los Apóstoles volvían a reunirse con Él, y le contaban todo lo que habían hecho y enseñado. Él aprobaba o rectificaba, y así iban formándose junto al Divino Maestro.

Nadie en la Iglesia, fuera de los que la han recibido del mismo Cristo, por la vía de la Tradición apostólica, puede ejercer su autoridad, estableciendo por su cuenta cómo se debe actuar, orar y en el fondo, hasta casi pensar. Nadie tiene un cheque en blanco para estampar su propia firma; están por medio las ovejas, y el Pastor las cuida con la máxima solicitud.

Jesucristo no es monopolio de nadie. Tenemos el peligro de proyectar nuestros intereses, nuestros deseos, nuestras líneas de acción sobre la misión de Jesús, buscando que Él se acomode a nuestros gustos, en lugar de seguirle nosotros a Él con humilde fidelidad. Jesús nos invita a descansar con Él en un sitio tranquilo a reposar ideas bajo la luz de su presencia. Y no siempre coinciden las nuestras con las suyas. Él se compadece de nosotros y nos alienta a seguir la marcha de la vida, aunque tengamos distintos pensamientos. Unos días en Ejercicios Espirituales, de meditación, ayudados por un buen director espiritual, pueden cambiar nuestra vida y hacernos ver con claridad que la verdad de Cristo no siempre coincide con la nuestra. Hay que aceptarlo, hay que cambiar, hay que nacer de nuevo, como dijo a Nicodemo.

El Evangelio nos dice que, a pesar de la invitación a descansar hecha por Jesús, no pudieron hacerlo, “porque eran tantos los que iban y venían, que no tenían

tiempo ni para comer”. No pudieron quedarse solos los Apóstoles con Él. Venían de todas partes grupos que le buscaban; y andaban como ovejas sin pastor. Y se puso a enseñarles con calma. Su Corazón le llevó una vez más a saciar el hambre de Dios que tenían.

Sintonicemos con ese Corazón suyo. El corazón no es la sensibilidad, sino el ser humano en su profundidad más honda. Es aquello que hace decir a san Agustín: nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Él. O aquello de Péguy, cuando dice del pecador, que está lejos del hogar, lejos del corazón: ¡Cuántos hombres y mujeres de nuestro tiempo están sin hogar!

Existe la verdad, existe el Evangelio, pero no somos nosotros los que podemos decretar lo que es verdadero y lo que es falso, lo que es bueno y lo que no lo es.

CARTA DESDE LA CÁRCEL

Comentario a las lecturas del XVII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 27 de julio de 1997.

Eliseo –nos dicen los estudiosos de la Biblia– forma parte de un grupo de profetas, de los que se recordaban anécdotas llenas de vigor y colorido, que al contarlas de unos a otros las enriquecían aún más. Y así compusieron una especie de “floreillas”, no muy diferentes de las que contaban los primeros seguidores de Francisco de Asís. Una vez alimentaba de manera prodigiosa a unos necesitados; otra, hizo un milagro en favor de la mujer de Sunem; o satisfacía el hambre de la comunidad de Guilgalet. Me centro en la multiplicación de los panes, el pequeño fragmento de la lectura de hoy, que preludia la otra con la que Jesús alimentó a la multitud, y que leemos este domingo en el evangelio.

El profeta Eliseo y su criado remedian con veinte panes de cebada y grano reciente la necesidad de alimento de cien personas, de manera que todos comieran y “sobró, como había dicho el Señor”.

Se nos presenta al profeta Eliseo y su criado como hombres solidarios que siempre atienden al pobre y necesitado. Nosotros no podemos hacer todo el bien a todo el mundo, decía Merry del Val, pero hay un bien que nosotros podemos hacer. Con pequeños pasos dados por cada uno se puede hacer una humanidad mejor y, desde luego, un entorno nuestro mucho más cristiano.

Es lo que nos pide san Pablo en la lectura de hoy. Muchos lectores estarán de vacaciones, pero no para las actitudes que los cristianos, mirando a la tierra, tenemos que vivir: ser humildes, amables, compasivos, sobrellevándonos mutuamente con amor, esforzándonos por mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz.

Cuando san Pablo escribe esta carta, está preso y sus consejos son, por tanto, los de un hombre perseguido y condenado. Y, como podemos comprobar, son una invitación a la paz, la comprensión, el perdón, la esperanza. Hasta la cárcel le han llegado noticias de los problemas, tensiones y molestias, que han surgido en Éfeso, y por eso escribe así. Y lo que sintetiza todo, su petición y ruego más vehementes, es que se mantenga la unidad de los cristianos. Igual que lo pidió Jesucristo tantas veces. Como lo seguimos pidiendo ahora, avergonzados y entristecidos al ver que tarda tanto en producir los frutos deseados el anhelo ecuménico, en que estamos empeñados. Que tengamos siempre un solo Señor, una misma fe, un Dios y Padre que conoce y penetra todo.

El fragmento del evangelio de san Juan nos relata con su precisión habitual la multiplicación de los panes y los peces. Jesús realiza este milagro en el momento en que la multitud se apiña en torno a Él. Su lectura nos va a servir de pórtico para entrar en el discurso eucarístico, que escucharemos los próximos cuatro domingos. Las gentes están profundamente impresionadas por todo lo que acaban de vivir. Y san Juan, el evangelista que con más claridad pone de relieve la divinidad de Jesús, nos hace ver cómo todos veían en ello una señal mesiánica

y querían elevar a Jesús, pretendiendo hacerle rey para que estableciese ya el reino que venía anunciando.

Pero Jesús conoce perfectamente el corazón de los hombres y sabe muy bien que esa “fe mesiánica” no era más que el ansia nacionalista de siempre. No se deja instrumentalizar, no es un político vulgar; viene a salvar de verdad a los hombres derramando hasta la última gota de sangre. Y se retiró a la montaña. A orar. A comunicar con el Padre. ¡Él se daba, no daba a los hombres lo que éstos querían!

DANOS SIEMPRE DE ESE PAN

Comentario a las lecturas del XVIII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 3 de agosto de 1997.

Comienza la conmemoración del discurso eucarístico de Jesús, como anuncié el domingo pasado. La referencia a la historia del maná está presente en este comienzo. Los oyentes de Jesús, aunque nos parezca extraño, pues acababan de vivir la multiplicación de los panes y los peces, le piden un signo similar al maná que comieron en el desierto sus antepasados.

Es desconcertante que le recuerden la historia del maná, pues acababan de vivir una experiencia extraordinaria de amor de Dios hacia ellos. Por manos de Moisés los libró de la esclavitud de los egipcios. Pero por el duro esfuerzo que suponía el peregrinaje a través del desierto, se quejaban y añoraban las inseguridades que tenían, aunque estaban ligadas a su condición de esclavos del faraón.

“Nos sentábamos junto a la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos”. Murmuraban contra Dios, contra Moisés, contra Aarón. Hubiesen preferido morir en Egipto, deshumanizados, esclavizados, a pasar por la prueba que ahora permitía el Señor. Nos parece extraño y nos desconcierta, pero en nuestra historia personal hacemos quizá muchas veces lo mismo. Cada uno tenemos que atravesar nuestro propio desierto. Queremos seguridades y poder saciarnos. Pedimos a Dios lo signos que a nosotros nos parece le hacen cercano y providente. Y lo que nos sucede lo juzgamos más duro y peor que lo que acontece a los demás.

Pero, nuevamente, como ocurre con nosotros, si tenemos capacidad de ver, Dios mostró a su pueblo lo que más tarde dijo Jesús: sin mí nada podéis hacer. Y volvió a enseñarles cómo un padre quiere a su hijo y que Él es quien le alimenta y le cuida. Cada día les daba lo necesario con el maná y así tenían el mismo alimento para todo el pueblo de Dios en marcha. Y hacia el crepúsculo vespertino comían carne, pues bandadas de codornices cubrían todo el campamento.

Los que ahora seguían a Cristo también querían señales poderosas, que abrieran su corazón a la solicitud de Dios, como si no se las hubiera dado ya en la multiplicación de los panes y los peces. Jesús quiso ocultarse para descansar un poco, pero la gente le encontró en la otra orilla del lago. Le buscaban, porque querían seguir saciándose de lo que Él les diera, y así se lo dijo Jesús, reprochándoles su ambición puramente terrena. “Buscad no el alimento que perece, sino el que perdura para la vida eterna”. “Y, ¿qué hemos de hacer para trabajar en lo que Dios quiere?”, preguntaron ellos. A lo que Cristo contestó: “Que creáis en el que Dios ha enviado”. Así empezó lo que sería uno de los pasajes más extraordinarios del Evangelio: el discurso eucarístico. Quiso suscitar en ellos preguntas que, sin que se dieran cuenta, brotaban de su necesidad espiritual más íntima.

“No fue Moisés el que os dio pan del cielo, sino mi Padre”. A lo que ellos respondieron: “Señor, danos siempre de ese pan”. Jesús contestó: “Yo soy el

pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre y el que cree en mí no pasará sed”.

Cristo nos espera en la Eucaristía, la Eucaristía. Como sacrificio que se celebra, y como presencia que nos ayuda a amarle. Él nos alimenta y da sentido al caminar de cada día. Se ha convertido en alimento constante de nuestro peregrinar en esta vida. La Eucaristía es la culminación de nuestra experiencia de Cristo y nos fortalece cuando la recibimos con espíritu de adoración, de gratitud, de servicio, de amor, de fraternidad. Vidas limpias que se alimentan con el cuerpo de Cristo, que adoran a Cristo en el silencio de una visita al Sagrario, llena de amor y de oblación.

LA VIDA Y EL PAN

Comentario a las lecturas del XIX domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 10 de agosto de 1997.

Elías tiene miedo de la muerte que el mensajero de Jezabel le anuncia. Y huye para salvar la vida. Camina por el desierto una jornada y se sienta bajo una retama, ya sin fuerzas, cansado de luchar, y lo que es peor, cansado de vivir. Piensa que todo su esfuerzo es inútil frente a la idolatría: “Basta, Señor, quítame la vida”. Solo, fracasado, desea que llegue la muerte. El gran profeta del Carmelo está intimidado, hundido por la amenaza de una mujer. El que ha afrontado tantos peligros está ahora lleno de angustia. Piensa que su vida no tiene sentido alguno. Su misión no le dice nada.

Y Dios interviene, como siempre, precisamente en esos momentos de humillación, de rendición total, como es posible que nos haya ocurrido en nuestra vida a nosotros mismos, cuando nuestra alma parece sumergida en las tinieblas. “Levántate y come, que el camino es superior a tus fuerzas”. Y con el auxilio del Señor camina hasta el monte Horeb, el monte de Dios que “derriba a los potentados y ensalza a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos”.

Dios interviene en nuestra vida de una manera manifiesta cuando vivimos situaciones como la de Elías. “Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha y saca de sus angustias”. Las crisis y dificultades son ocasión para revisar seriamente nuestra vida, para descubrir lo que hay de verdadero y de falso, para distinguir el oro del oropel. Desterremos la amargura y la ira. No desconfiemos de la fuerza del espíritu de Dios. Nuestro problema como cristianos es que no contamos con ese Espíritu, ni para nuestras alegrías ni para nuestras tristezas. Ahí está la clave: no creemos, y por lo mismo no confiamos ni amamos. Pero, como dice san Pablo en la lectura de hoy, Él sella nuestra vida, es base y consolidación de nuestro cristianismo, de nuestra aceptación de la cruz, de nuestra generosidad, de nuestra disposición para ser luz y sal de la tierra, de nuestra docilidad para mantenernos serenos en las adversidades y dejarnos llevar por Él como hijos queridos de Dios.

Cristo nos amó y se entregó hasta poder decir con toda verdad: yo soy el pan de vida, el que cree en mí tiene vida eterna. El que come de este pan vivirá para siempre. Gustemos y veamos qué bueno es el Señor. Dichosos seremos si nos acercamos a Él en la Eucaristía. La gran opción es dejarnos guiar por su palabra, alimentarnos de Él en los sacramentos. Robustecidos por la fuerza que baja del cielo, sentiremos que nuestra fe y nuestra esperanza se irán vigorizando día a día y viviremos en el amor de unos con otros, de manera que podamos construir una sociedad mejor.

Nos ha llegado el don de Dios, el mismo Cristo, el que nos resucitará el último día. “Yo soy el pan que bajó del cielo”. Los judíos murmuraban, porque había dicho esto, y decían: “¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿Cómo dice ‘yo he bajado del cielo’?”

Como nosotros también, que tantas veces nos dejamos llevar por el “sentido común” que duda e incluso niega el gran misterio de fe. Este pan del cielo es la nueva alianza, alimento y garantía de una nueva vida que vendrá. Es Jesucristo mismo, que viene de Dios y quiere así dar vida al mundo. La multiplicación de los panes y todos los signos, que hizo Jesús, fueron anuncio de una profunda y radical realidad: la del amor de Dios que se une a nuestras vidas, para darnos fuerza, cuando estamos a punto de gritar como Elías: ¡No puedo más! Pues sí, con Cristo siempre podemos más.

¿ADÓNDE VAMOS TAN DEPRISA?

Comentario a las lecturas del XX domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 17 de agosto de 1997.

El fragmento del discurso eucarístico de Jesús en el Evangelio de san Juan es el centro de nuestra reflexión de este domingo.

¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Es la pregunta hecha a Jesús el Salvador, de tejas abajo, con miras egoístas y calculadoras. La pregunta sin horizonte, que brota de una inteligencia que cree que se las sabe todas, que todo lo tiene bajo control y nada se escapa a su perspicacia y buen criterio. Pregunta que espera como en las cuestiones objetivas, demostrables, humanas, la razón primera, la segunda, etc.

Jesús nos habla de un Dios único en amor y entrega. De una comunidad entre Él y el Padre, a la que quiere que nos incorporemos por medio de este pan divino. El diálogo y comunidad de vida entre el Padre y el Hijo es nuestro lugar eterno, nuestra raíz y la seguridad de nuestra existencia terrena. Todo ello es lo que significan esas extraordinarias afirmaciones: “Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”.

Los profetas anunciaron que seríamos instruidos por Dios. Ha llegado ese momento. Dios instruye y da vida a todo el que quiera recibirle. Quien es humilde y tiene buena voluntad comprende y acepta, y va a Él. En la primera lectura, la sabiduría, identificada con el mismo Dios, ha preparado un banquete y hace sabios a los pobres y humildes que en él comen. Participar en el banquete es llenarse de bien y de amor.

Nuestra sabiduría y nuestro pan es Cristo; en Él todos encontramos acogida. Ninguno de nosotros está en relación inmediata con el Padre. Solo se manifiesta la existencia del Hijo. Cuando habla Jesucristo, Dios habla a través de Él. El que cree tiene la vida eterna. Lo importante es abrirnos a la fuera transformadora del Pan de Vida.

Tendríamos que esforzarnos para recibir más hondamente la realidad que se nos transmite en el Evangelio. ¿Por qué no tenemos tiempo?

¿Adónde vamos tan deprisa? ¿Por qué no experimentar el verdadero descanso del espíritu? ¿Es para nosotros la Eucaristía un alimento común y una práctica frecuente? Si es así, ¿cuándo y cómo vamos a acercarnos al Pan de Vida? “El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive en mí me ha enviado y yo vivo en el Padre; del mismo modo, el que come vivirá por mí”.

Vivir la vida de Jesús es una afirmación muy fuerte. Vivir cristianamente es vivir al revés de como vive la mayoría. Pero estar esclavo de pensamientos y propósitos de lo que haga la mayoría en cuestiones de conducta moral, hoy, no puede ser un criterio válido, dado el subjetivismo imperante.

Todavía hay una tristeza mayor, inmensa, que es reunirse en torno a un pan que no se come. Ir a misa, cuando se va, como por una obligación enojosa, sin apenas participar en el sacrificio eucarístico, que allí se realiza. Jesús dice que hay que comer de este pan de vida para no convertirse en cadáveres ambulantes. No nos es lícito reinventar la forma de vivir cristiana, la manera de ir siendo cristianos. Hemos de despojarnos de todo lo que impide la verdadera libertad, como dice san Pablo, y llenar nuestro corazón de acción de gracias a Dios, que eso es la Eucaristía.

¿DE QUIÉN PODEMOS FIARNOS?

Comentario a las lecturas del XXI domingo del Tiempo ordinario. ABC, 24 de agosto de 1997.

La opción personal y la fidelidad son los núcleos centrales de las lecturas de hoy. Al final del discurso eucarístico se trata de tomar una decisión. Como algunos murmuraban contra el lenguaje tan inaudito, que había empleado, y empezaron a alejarse en señal de distanciamiento, Jesús, dirigiéndose a sus discípulos, les preguntó: “¿También vosotros queréis ir?” Y Josué –leemos en la primera lectura– exigió una determinación clara a los ancianos de Israel, a los cabezas de familia, a los jueces y algunos alguaciles: “si no os parece bien escoger al Señor, escoged a quién queréis servir”. Había que optar, elegir, manifestar un compromiso.

En el evangelio se oye la palabra firme y decisiva de san Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna. Tú eres el Santo consagrado por Dios”. Y en respuesta a Josué, el pueblo manifestó con gozo y confianza: Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros. El señor es nuestro Dios. A él serviremos.

Siempre ha sido, es y será un riesgo creer. Creer –y bien que lo sabemos– no es un sí a un sistema de ideas abstractas, sino un seguimiento, por encima de todo y de todos, a Aquél que puede y quiere salvarnos. Si le seguimos, nos salvaremos; si no le seguimos, nos perderemos. Dios no es un ser más o menos lejano, y más o menos acomodado a nuestras previsiones. Creer en Jesucristo exige concreciones en la vida. Exige el sí o el no. Hoy, por ejemplo, las lecturas nos iluminan sobre la fe en la Eucaristía y las exigencias del matrimonio cristiano, este gran misterio, que el Apóstol compara a la entrega de Cristo a su Iglesia. Va muy unida la vivencia de la familia cristiana y la celebración del banquete eucarístico. La familia ha de compartir la vida, el amor y la fe.

Las exigencias de la fe son tan difíciles ahora como lo fueron para los judíos. “Esta manera de hablar es inaceptable. ¿Quién puede hacerle caso?”. No dieron crédito a lo que oían: ¡Comer su carne y beber su sangre...! Se rebelaron contra aquellas locas expresiones. Y algunos fariseos, en el fondo, sentían una malsana alegría, al oír lo que les sonaba a disparatadas expresiones de un pobre anormal.

Pero incluso entre algunos discípulos de Jesús se entabló alguna molesta discusión, porque les parecían muy duras aquellas palabras. Las críticas de los fariseos habían hecho mella en sus espíritus. Jesús sabía lo que se traían entre ellos y les preguntó directamente: “¿Esto os escandaliza? Las palabras que os he dicho, son espíritu y vida”. ¿Sois mis discípulos o no? ¿Queréis aprender de mí o juzgarme con vuestro pobre entendimiento?

Desde entonces muchos se echaron atrás. Quizá a algunos pueda parecerles lógico. O, por el contrario, nos puede resultar evidente que después de todo lo que habían visto y oído, deberían haber creído en Él, haberse dejado convencer por Él, haber presentido y vislumbrado en Él una grandeza inefable, y haberle

suplicado al Señor: No te comprendemos, pero confiamos en que abras nuestro corazón y que en él entre tu luz para que podamos ver.

Jesús se dirigió a los Doce y les preguntó: “¿Queréis ir también vosotros?” Ya hemos comentado la respuesta de Pedro, la que debe ser la nuestra. Como fue también la del Pueblo de Dios, pueblo nómada, en aquel momento, al que une su fe común en el Dios del desierto y el sí dado a la Alianza. Él les había sacado a ellos y a sus padres de la esclavitud de Egipto, hizo grandes signos, les protegió en el camino del desierto. Por eso, serviremos al Señor, es nuestro Dios.

NO AÑADIR NI SUPRIMIR NADA

Comentario a las lecturas del XXII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 31 de agosto de 1997.

“El cielo estrellado por encima de mí y la ley moral en mí son objetos de admiración y de veneración siempre nuevos y crecientes, a medida que la reflexión se aplica a ellos”. Es la conclusión de la “Crítica de la razón pura” de Kant y epitafio de su tumba en Königsberg. Son palabras que iluminan, porque el gran pensador acabó convencido de que sólo el progreso de las ciencias y de las artes no conseguirá hacer que los seres humanos sean mejores, ni más dichosos.

Ante los criterios humanos, que se absolutizan, ante las directrices, ideológicas que ahogan, ante las “posesiones” de la verdad, que tiranizan, ante los progresismos vacíos y fatuos, ante los formalismos religiosos e insustanciales, resuenan en el interior las palabras del Señor en el evangelio de san Marcos, como una crítica fuerte y una llamada a la libertad interior y al valor de la propia conciencia iluminada por Dios.

Los tres textos de las lecturas de hoy convergen en la interioridad, responsabilidad y libertad de la persona humana, tal como Dios la ha creado. El auténtico sentido moral cristiano es esencialmente fuente de riqueza personal y de independencia. Toda nuestra grandeza nos viene de esta responsabilidad, de esta capacidad de desarrollo y expansión. “Todo beneficio y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de los astros, en el cual no hay fases ni períodos de sombra. Por propia iniciativa, con la Palabra de la verdad nos engendró, para que seamos como primicia de sus criaturas” (Carta de Santiago). Estas palabras extrañas aluden a la fuerza creadora de Dios, que toca la interioridad del hombre.

La moral cristiana, como dice Le Senne de toda moral, se nutre de los demás valores en el sentido de que se realiza en la totalidad de la vida humana: es decir, se realiza en valores intelectuales, afectivos, económicos, políticos, sociales. Por eso todo sistema que trate de manipular al hombre manchándole, desviándole de su fin, rompiendo la armonía que le ennoblece, es el crimen de los crímenes. Destruir a un ser humano equivale destruir lo mejor de la creación. Es toda la vida humana la que es moral o inmoral, cristiana o no, no hay compartimentos.

Los textos de hoy consideran la realidad de nuestra vida, de nuestro obrar, atendiendo al fin último, a que estamos destinados. Por medio de nosotros se expresa el mundo creado por Dios y le responde. Como dice Jacques Leclercq, por nosotros, por nuestra libertad, por nuestra capacidad de acción y decisión, el mundo, que viene de Dios y expresa la voluntad divina, vuelve a Dios y le ofrece el testimonio de su respuesta y veneración. Si faltase el hombre del mundo, éste perdería su sentir. De ahí la importancia de su obrar, de su conciencia, de la que nacen sus obras.

El texto del Deuteronomio es magnífico. “No añadáis nada, ni suprimáis nada de lo que os mando. Ponedlo todo por obra”. La cercanía de Dios se hace

comprensible en sus preceptos. Nuestra tentación constante, como ocurrió con los judíos, es el camuflaje de la palabra de Dios, los formalismos que ahogan la libertad humana. Suprimimos los dogmas contenidos en la Palabra de Dios, y hacemos dogmas nuevos de nuestros relativismos personales o de grupo. Quitamos lo esencial para dar importancia a lo accidental. Cristo rechazó el culto vacío y las normas puramente externas y sin alma. No es lo de fuera lo que mancha al hombre, sino lo que sale de dentro. De corazones contaminados brota un manantial de maldad.

UN NUEVO HIMNO DE ALEGRÍA

Comentario a las lecturas del XXIII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 7 de septiembre de 1997.

El fragmento de Isaías parte del libro de la consolación. El pueblo de Israel en el destierro sufre todos los males y el profeta de la liberación quiere darle ánimos, abrirle a la esperanza y anunciarle la intervención salvadora de Dios. Tardará más o menos en llegar, pero llegará.

Isaías lo proclama así con palabras, que han sido llamadas el “himno de la alegría del Antiguo Testamento” y han sido recogidas por Händel en su conocido oratorio “El Mesías”. Todo se sanará a su contacto. Como imagen de esta liberación se alude a lo que para el pueblo judío era la mayor expresión de júbilo personal y social: el agua. Aguas en el desierto, torrentes en la estepa, el páramo desolado se convertirá en estanque, lo pedregoso será un manantial vivo.

Esta liberación tiene que producirse en nuestra vida personal e invadirlo todo: dolor, duda, fracaso, profesión, ánimo caído, desilusión, desesperanza. Jesús es el Mesías y llega a todas las situaciones en que nos encontremos. La auténtica fe en Él es desde luego fecundidad de vida y progreso humano también. Pero la liberación verdadera llegará a nosotros en tanto en cuanto nos despojemos de nuestros esquemas egoístas y lo centremos todo en Él. Hay que dejar de lado “nuestra justicia”, que tantas veces no es más que nuestro orgullo. Si le dejamos a Él ser agente de nuestra biografía, y esto siempre sin avergonzarnos de Él nunca, brotará en nuestro interior esa paz indefinible, que sienten los limpios de corazón.

Todo lo que fue anunciado se cumple en Jesús. El relato de san Marcos lo narra así. La salvación prometida se realiza en la curación de un sordomudo en un país pagano. “Effetá”, esto es, “abríos”, en la lengua aramea de Jesús. La expresión y el gesto del Señor para curar al sordomudo se conservan en la liturgia bautismal de la Iglesia. El sacerdote toca los labios y oídos del que se bautiza y pide que se abran para escuchar la Palabra de Dios y los labios pronuncien sus alabanzas.

Esta tarea de liberación tiene mucho que ver con nuestra condición cristiana. Desde luego no es cristiano el que reduce su fe a un creer teórico o a una escucha infecunda de la Palabra de Dios. La fe tiene que mostrarse con obras y nuestras eucaristías tienen que hacerse compromisos en la vida. Este es el cambio que se opera en nuestra existencia, cuando la Palabra, escuchada y admitida en el interior de nuestro corazón, nos hace hombres nuevos. Esos compromisos de que hablo, certifican nuestra fidelidad al Evangelio, pero han de ser lo que Cristo quiere y entienden todos los demás.

El Apóstol Santiago, en el texto que se nos ofrece hoy, es clarísimo: No juntéis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con el favoritismo en nuestras relaciones humanas, ni mucho menos en nuestra acción evangelizadora. Hemos de escuchar la lógica de Cristo: Dios ha escogido a los pobres del Evangelio para hacerlos ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman.

¿Quiénes son para nosotros las personas importantes? ¿Acaso los que se someten a los valores del dinero, del poder, de la ambición? Dios, en cambio, proclama los valores de la sencillez, del desprendimiento, del servicio, de la disponibilidad, de la fidelidad a la liberación, que Él vino a ofrecer.

Cristo es el centro de la liberación plena, para unos y para otros, porque ha vencido la raíz de toda opresión, que es el pecado, sea bajo la forma de vanidad, envidia, odio, venganza, o de avaricia, lujuria, mentira, etc. El cristiano nunca puede dejar fuera la vida. Fe y vida van unidas; de lo contrario, no tienen sentido.

LA SERPIENTE Y LA CRUZ

Comentario a las lecturas del XXIV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 14 de septiembre de 1997.

En este domingo celebramos la fiesta de la Exaltación de la Cruz. Toda la liturgia de hoy se centra en el misterio de la cruz.

En la Sagrada Escritura, la palabra “misterio” no alude a una doctrina o afirmación oscura que supera nuestra capacidad de comprensión, sino a la eterna decisión salvadora de Dios, inescrutable para nosotros y revelada por Él. Jesucristo experimentó en su humanidad el insondable misterio de Dios y su voluntad salvífica. En la carta de san Pablo a los filipenses se nos presenta a Jesús, sometido a este doble proceso, de cruz hasta la muerte y de glorificación divina. “Cristo, a pesar de su condición divina, se despojó de su rango, se rebajó hasta entregarse incluso a la muerte y a una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo, y toda lengua le proclame Señor”.

La teología del sufrimiento aparece clarísima en el Antiguo Testamento, aplicada al siervo de Dios. Pero el judaísmo jamás aplicó estas afirmaciones del sufrimiento al Mesías esperado. Le parecía inaceptable ver sufriendo, anonadado, a quien había de ser un rey temporal más poderoso que cualquier otro de la tierra. Pero Jesús sí se aplicó precisamente a sí mismo todos los rasgos del siervo de Yahvé, para hacer más intuitiva su misión redentora. La cruz de Cristo fue la llave que abrió la interpretación del Antiguo Testamento a ese horizonte de la purificación mediante el dolor que redime y nos acerca a Dios.

San Pablo constantemente desarrolla y abunda en estos pensamientos. Y Jesús, en el evangelio de hoy, habla de que tiene que ser puesto en lo alto –en cruz–, “para que todo el que crea en Él, tenga vida eterna”. Y trae a colación el episodio de los israelitas en el desierto, que protestan airados contra Dios porque se sentían extenuados, y Dios los castiga duramente permitiendo que muchos mueran por la picadura de serpientes venenosas.

Pero enseguida la misericordia: También hizo Dios que se levantase un mástil, y sobre él una serpiente de bronce, y que dirigieran a ella su mirada, se curasen de las heridas causadas por el veneno. Era el símbolo de la cruz redentora, que levantada en alto y sobre ella el cuerpo sacratísimo del Redentor, traería al mundo el fruto de la Redención.

La paradoja de la cruz es reveladora del amor de Dios que supera toda comprensión. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito. Jesucristo, clavado en la cruz, es la radicalización del mensaje de amor, que transforma el mundo. Es el amor que reconcilia, que une, que es comunión con todo el dolor y sufrimiento de cada persona que quiere unirse a Él.

Desde la cruz de Cristo oímos palabras, que pueden orientar definitivamente nuestra vida y llenarnos de consuelo. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. El Sacerdote eterno que nos bendice y perdona. Asistimos también a la primera canonización, la de un ladrón crucificado que le mira, se arrepiente

y cree en Él. “Acuérdate de mí cuando estés en tu reino”. “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Y a la formación de la familia de los cristianos en el mundo, en la que invocamos a Dios como Padre, a Cristo como Hermano mayor que a todos nos ofrece la salvación, y a María nuestra Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo; hijo, ahí tienes a tu madre”.

Nos enseña, en fin, a vivir y a morir. “Padre, en tus manos estoy, a tus manos entrego y encomiendo mi espíritu”. La cruz de Cristo expresa su sabiduría para con nosotros, pues como dice san Pablo, habiendo Él sufrido tanto, puede comprendernos y ayudarnos. Su cruz no es un absurdo, ni una ignominia, sino resolución y voluntad del Hijo de Dios. En ella se manifiesta de modo definitivo quién es Dios amando al ser humano y lo que es el mundo que le crucificó.

COMO NIÑOS

Comentario a las lecturas del XXV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 21 de septiembre de 1997.

Volvemos sobre el tema del domingo pasado, el misterio de la cruz. El mesianismo de Jesús se pone de manifiesto en las palabras del evangelio de san Marcos, que leemos hoy: “El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres y lo matarán, y después de muerto, a los tres días resucitará”.

En este evangelio nos emociona la descripción de la vida cristiana de sus discípulos al lado de Jesús. Él les instruía según iban de camino. ¡Cuántas enseñanzas brotaron de sus labios en los momentos en que estuvieron solos, libres de la presencia afanosa y un tanto egoísta de los que pedían beneficios y favores! Ni siquiera los discípulos le entendían y, según dice el evangelista, les daba miedo preguntar. La frase vale por todo un tratado de psicología. Ansiaban saber y les daba miedo preguntar. Pero es porque, como todos los judíos, pensaban que el reino de Jesús era político y que liberaría a Israel del dominio de los romanos. Esto es lo que ellos pensaban y, sin embargo, le oían hablar cada vez más de la cruz, del grano de trigo enterrado, etc.

Ellos, sin embargo, discutían sobre quién sería más importante en el reino que había de venir. Lo de siempre, según lo que la naturaleza humana, tan egoísta y mezquina, da de sí. ¿De qué hablamos y a qué aspiramos nosotros hoy? Superioridades, grandezas, poder, dinero, competitividad, críticas resentidas y envidiosas, afanes de prepotencia.

Ante las pretensiones de una lógica de la vida natural, tan natural como es la ambición humana, Jesucristo les proponía constantemente un cambio total, una conversión radical en su actitud: su muerte sería el último servicio que haría al Padre y a los hombres, sus hermanos, a quienes vino a liberar. Y en este ambiente de los escasos días que podía tener de vida sencilla, libre de los numerosos seguidores, Jesús, sentándose, llamó a los Doce y les expuso una de sus más características enseñanzas: Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Lo cual vale para cuantos nos llamamos y queremos ser cristianos. Se puede pertenecer al reino de Dios y ser interiormente el último y el más pobre y ocupar un puesto distinguido en la cátedra, en la investigación, en la política. El Reino de Dios no tiene nada que ver con lo que en este mundo se entiende por reinar.

Siguió hablándoles y les sorprendió con una imagen viva, muy apta para la mente semita que gusta más de la imagen que de la palabra, pero que en este caso debió de dejarles sorprendidos, porque parecía demasiado. Colocando un niño en medio de ellos, lo abrazó y dijo: “El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino a Aquél que me ha enviado”. Un niño, ese pequeño ser venía a presentarse como modelo de las conductas de aquellos que querían ser tanto y de tanta categoría. Un niño... En muchas partes del mundo antiguo el niño era muy poco importante, no se le reconocía todavía para ser tomado en serio, ni como motivo de cariño y de esperanza muy propio de nuestra cultura. Era como decirles: vosotros no

acogéis a quien no es capaz de imponerse, de defenderse, de rivalizar en habilidad o experiencia. Pero yo estoy donde no prevalece la astucia, el engreimiento, la fuerza, el orgullo, sino la sencillez, la confianza, la humildad. Yo soy garante del débil, de los que consideráis insignificantes y pobres.

Las otras dos lecturas de este domingo son también espléndidas. La del libro de la Sabiduría nos presenta a los impíos con su concepto hedonista de la vida. No hay que hacer caso –dicen– de los justos, porque nos estorban y nos impiden gozar. Hay que echarles de nuestro lado y que su Dios les libre de penas y dolores, incluso de la muerte que nosotros les podemos infligir. Y el Apóstol Santiago, en cambio, nos recomienda la sabiduría que viene de arriba y por lo mismo es amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante, sincera.

AUN LOS QUE NO SON DE LOS NUESTROS

Comentario a las lecturas del XXVI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 28 de septiembre de 1997.

El Espíritu del Señor, su amor y su luz viene sobre todos nosotros, sin que sea patrimonio exclusivo de nadie. Y nosotros, empleando bien nuestras capacidades y riquezas, sean las que sean, evitando, por encima de todo, el escándalo, que hace más difícil la vida propia y la de los demás, a quienes hacemos daño con nuestra actitud soberbia y altanera. Creo que así se puede sintetizar el mensaje de las lecturas de este domingo.

En el Antiguo Testamento, en el libro de los Números, vemos que el pueblo se opone a que el Espíritu del Señor se derrame sobre los setenta ancianos escogidos y piden a Moisés que les impida profetizar, es decir, hablar y ponderar lo que Dios les inspira con sus leyes. Pero Moisés se niega y dice que ojalá todos recibieran ese espíritu y pudieran profetizar. Y en el Nuevo, en el Evangelio, se nos muestra al Apóstol Juan informando a Jesús de que han tratado de impedir que un desconocido echara demonios de los posesos, porque “no era de los nuestros”. Jesús le corrigió y dijo abiertamente: “No se lo impidáis. El que hace milagros en mi nombre, no puede hablar mal de mí. El que no está contra nosotros, está a favor nuestro”.

Son expresiones que indican la inevitable tendencia a colaborar con los que nos caen bien, los que nos son simpáticos, los que hablan, actúan y programan de acuerdo con nuestros gustos e inclinaciones. Hablamos de comunión, de espíritu eclesial, de universalidad, pero en realidad predominan los personalismos y las mentalidades estrechas y apasionadas. ¿Quién es de los nuestros y quién no? ¿Quién está dentro y quién fuera? ¿Quién es fiable y quién no lo es? Con demasiada frecuencia, aparece un cierto afán de apropiarse de la autoridad y del carisma ajenos, desconociendo que todo debe estar y ponerse al servicio de la unidad, del amor, sin preferencias interesadas, sin derechos en exclusiva.

Se mantienen a ultranza grupos, cuyo origen se pone en Dios, pero cuyo fin es mantener o defender posturas personalistas, iniciativas más o menos interesadas. Los profetismos particulares, que actúan al margen o en contra del Magisterio de la Iglesia terminan en la más vacía esterilidad. El don del Espíritu de Dios no es posesión, ni privilegio de nadie. Se recibe cuando se merece; y se merece cuando el cristiano es humilde y suplica con fervor que Dios quiera ayudarle con su luz. En la pedagogía del Maestro Divino, es primordial curar a los discípulos de toda mezquindad, de toda estrechez de miras, de visiones restringidas, de cerrados y torpes particularismos. Hemos de esforzarnos por descubrir, aún en aquellos “que no son de los nuestros”, las huellas de la luz del Espíritu. Si se hubiera tenido presente esto, habríamos facilitado mejor el camino para un sano ecumenismo y evitado muchas condenaciones *a priori*, que han fomentado odios insalvables.

El texto de san Marcos subraya la responsabilidad que tenemos ante nosotros mismos, ante Dios y ante los demás, en nuestras conductas, para que no se conviertan en escándalo de los demás, sobre todo de los pequeños, de los

débiles, de los sencillos. El escandaloso, el que quebranta las leyes divinas y ensucia la conciencia de los demás, tendrá que dar estrecha cuenta a Dios.

La carta de Santiago se comenta por sí misma. Habla del escándalo de las riquezas injustas. No rechaza la ganancia lícita, ni defiende la miseria, pero emplea palabras durísimas contra los que oprimen al pobre y sólo buscan su provecho.

MATRIMONIO INDISOLUBLE

Comentario a las lecturas del XXVII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 5 de octubre de 1997.

La liturgia de la Palabra presenta hoy a nuestra reflexión el fundamento de la vida matrimonial y la indisolubilidad del matrimonio. El matrimonio como una nueva realidad de la maravilla de la creación, como coronación y plenitud de la vida humana. Como clave de bóveda de una sociedad sólida, que cree en el ser humano, en su capacidad de amor, de entrega, de mutua ayuda. “Al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso, abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre”.

¡Qué estilo tan vigoroso para expresar una realidad tan fuerte! Una sola carne. ¿Y por qué no un solo espíritu, si hay un verdadero amor? Estas palabras del Señor han iluminado la existencia humana desde hace dos mil años, y siguen siendo normativas y eficientes, a pesar de que hoy aparezcan tantos matrimonios reducidos a escombros.

Existe y seguirá siendo reconocido el matrimonio como institución divina. Dios creó al ser humano, hombre y mujer, para que se complementasen y formaran una familia estable, en que se pueda alcanzar un desarrollo armónico de cuanto encierra la unión conyugal, un amor que lo supera todo. Este es el comienzo. Nadie niega las dificultades de la vida en común, pero todos conocemos familias que, a pesar de todo, se mantienen felices, fieles y firmes ante las exigencias y sacrificios del amor.

Luchan, porque hay que luchar; se dominan antes de querer dominar al otro; no buscan la comodidad y el placer del egoísmo, sino que se ofrecen día tras día para recorrer juntos el camino con dolor, cuando es la hora del dolor; con gozo, cuando la felicidad se hace sentir en el hogar. El sacramento del matrimonio para el creyente es indisoluble por propia naturaleza. Han de amarse los esposos como Cristo amó a la Iglesia.

Por eso la enseñanza de Jesús va mucho más allá del compromiso civil e incluso jurídico. No se contentó con el hecho de que el matrimonio fuera ya algo sagrado desde que Dios lo instituyó en el paraíso, sino que lo elevó a la condición de sacramento. Si el nacimiento de un nuevo ser es llamado a la vida sobrenatural por un sacramento, el bautismo, también la unión del hombre y la mujer, para engendrar la vida, ha sido elevada a la condición de sacramento, como explica el Catecismo del Concilio de Trento. Y con un sacramento no se puede jugar. El ideal del Evangelio es la indisolubilidad del matrimonio por encima de toda la legislación civil. Existe en la legislación canónica la separación conyugal e incluso la anulación del vínculo sagrado en casos determinados. Pero son excepciones, que no quebrantan lo sustancial de la unión, que un día quedó bendecida para siempre.

La casuística puede ser muy variada. También los adversarios de Cristo le presentaron eso, un caso concreto y determinado. Pero Jesús, con un gesto único y profundo, se colocó por encima de las reclamaciones, que pueden presentar unos u otros, y se situó en un plano distinto: los esposos forman una unidad en Dios tan íntima, que no son más que “una carne”, y lo que atañe a uno es vital para el otro. Estaba poniendo los cimientos de una sociedad auténticamente humana, rica, fecunda, cálida, en la que poder confiar, creer, esperar, realizarse como hombres y mujeres que se aman. Eran también los cimientos de una civilización nueva: la civilización cristiana, que dio origen a la familia, a las pequeñas o grandes ciudades de Europa, en las que la cruz tuvo algo que decir en nombre del que había muerto en ella para santificar la vida.

Hay sufrimientos y cruces en el matrimonio, pero también hay gracia de Dios, amor puro y gozo compartido. Como sacramento, es fruto de la gracia, de la penitencia, y resurge siempre del sacrificio. ¿Por qué no se procura una preparación mejor para el matrimonio? ¿Por qué los esposos no saben perdonarse y seguir? ¿Por qué todo ha de ser tentación, carnalidad, placer, materialismo? El matrimonio y la familia son la escuela de las grandes vivencias y de los mejores valores. Desde aquí mi felicitación más efusiva a esos matrimonios, que celebran con gozo sus 25, 50, 70, o más años de amor y felicidad.

EL CIENTO POR UNO

Comentario a las lecturas del XXVIII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 12 de octubre de 1997.

Mi reflexión sobre los textos de este domingo, 12 de octubre, no puede olvidar, como español que soy, a nuestra Señora, la Virgen del Pilar. Hace siglos que como una madre amantísima viene acogiendo a muchos españoles, que reclinan su frente sobre ella y ven correr las aguas del Ebro en Zaragoza, que la saludan cantando el Ave María.

La Virgen es pilar de nuestra vida cotidiana, no sólo de seguimiento de la voluntad de Dios y posteriormente de Cristo, esclava del Señor que, con su “hágase en mí según tu palabra”, se convirtió en Madre de la Iglesia, que iba a nacer de su corazón, merced a la acción del Espíritu Santo.

María expresa como nadie en su vida la radicalidad, que Cristo nos pide en su seguimiento. Ante la llamada del Señor no frunció el ceño, no dudó, no huyó pesarosa, no puso confianza en sí misma. Entregó su vida, acogió a Cristo en su seno, y dio con Él sus mismos pasos: ella con su fe, su esperanza y su amor. Todo en ella —o sabía— era don de Dios y contenía espléndidas posibilidades. A nosotros también se nos han dado cualidades y bienes de diversa índole, pero no sabemos “tenerlos”, porque enseguida que poseemos algo —influencia, dinero, poder— nuestras actitudes dejan de ser evangélicas. He ahí el joven del evangelio de hoy, a quien Cristo se le quedó mirando con cariño. Se alejó cuando Jesús le dijo lo que tenía que hacer para alcanzar la vida eterna. Y se alejó, porque era muy rico, y no supo tener una actitud evangélica frente a las riquezas que poseía.

Os invito a los padres de familia, que podéis leer esta columna, a que viváis con gozo la llamada del Señor a vuestros hijos, a un seguimiento radical en la vida sacerdotal o religiosa. Y a vosotros, jóvenes, a que os preguntéis si no os lo está pidiendo ya. Con todos mis fallos y aciertos a lo largo de mi vida os digo que merece la pena seguirle; y si para seguirle hay que dejarlo todo, estad seguros de que encontraréis “el ciento por uno”.

Las palabras y la mirada del Señor nos hacen caer en la cuenta de nuestros vacíos y ausencias. Vacíos llenos de diversiones sin sentido, de banalidades, falsos placeres, frivolidades. Su palabra, viva y eficaz, más tajante que espada de dos filos, como dice la Carta a los hebreos, penetra nuestros deseos e intenciones. Nada escapa a su mirada. Dichosos nosotros, si nos despierta y nos hace tomar conciencia de nuestra responsabilidad.

Nada hay más triste que ese tipo de hombre o mujer atolondrados, tan frecuente hoy, que buscan placeres engañosos y siguen sin cesar en el engaño hasta que, la amargura del fracaso y una vejez temblorosa, empiezan a avisar de la proximidad del fin. El cristiano no puede reducir su fe a especulaciones subjetivas o moralismos etéreos. La Palabra de Dios está ahí y nos juzga. Todo está patente y descubierto a los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuentas.

La sabiduría del corazón es una gracia. Pidámosla y nos será concedida. Con ella nos vendrán todos los bienes. Sólo se ve bien con esta sabiduría del corazón. Para Salomón era preferible a todas las riquezas y poderes. Para nosotros, la sabiduría humana según la voluntad de Dios, como muchos, quizás diariamente hacen al recitar el Padrenuestro, tiene que ser nuestro compromiso de vida. El Evangelio de hoy nos habla de lo imposible que es entrar en el Reino de Dios con la sabiduría del rico, que pone su confianza en el dinero. Aquel joven, que se alejó de Cristo, parece un fugitivo de sí mismo. Porque no era malo, no. Era sencillamente esclavo de sus posesiones. Él creía poseer, pero eran las cosas de este mundo las que le poseían a él.

Una reflexión serena y honda debería modificar nuestras actitudes a la luz de la sabiduría de la Palabra de Dios, que se proclama en nuestras celebraciones eucarísticas. Pero, ¡a cuántos se les pasa la vida sin leer un libro religioso serio, sin escuchar una exposición detenida de la Palabra de Dios, sin preocuparse de cumplirla, si por casualidad la han oído! Dios siempre nos dirá su palabra y nos corresponde dar respuesta a la misma.

CRISTO, LUZ DE NUESTRA VIDA

Comentario a las lecturas del XXIX domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 19 de octubre de 1997.

La vida que Cristo presenta a los que quieran seguirle es, dicho con palabras muy de Ortega y Gasset, un “quehacer” continuado, una constante superación de egoísmos, una misión exigente y comprometida, que, desde luego, trasciende nuestros intereses individuales e implica toda la dimensión social de la que el ser humano es capaz.

No puede esperarse ningún fruto auténtico de vida cristiana que nazca del poder, del dinero, de las influencias de los mejor situados. Y desde luego, jamás se podrá reivindicar en nombre de Cristo, privilegios, favores, recompensas, tratos de excepción. Cuando la Iglesia se ha apoyado en esta clase de recursos, tarde o temprano ha perdido su pureza y se ha debilitado interiormente hasta perder capacidad evangelizadora. Nunca será más fácil transformar la sociedad y convertir los corazones, apoyándonos en influencias humanas, olvidándonos del ejemplo y de la palabra de Cristo pobre, despreciado y puesto en la cruz. Las palabras del Señor son claras: “Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos”. El modelo, la norma a seguir, no es lo que la sociedad, y mucho menos la moda, quieran dictarnos, sino Cristo, el único y eterno Sacerdote, que para ello ha atravesado el cielo, para alcanzar la misericordia y la gracia que nos auxilie oportunamente. Así lo hemos visto y leído en multitud de biografías de todos los tiempos.

Las tres lecturas de hoy contienen la misma enseñanza. Jesús se presenta bajo la figura de siervo, el Siervo doliente de Yahvé. No revestido de poderes humanos. Es el sumo Sacerdote, que ama y se entrega. Camina entre los hombres como uno más. Vive en humildad y servicio. Frente a los sacrificios del Antiguo Testamento, el sacrificio de Jesús es la donación de sí mismo. Nos enseña las enormes posibilidades de generosidad, que se encierran en nuestra condición humana.

No es cuestión de sentarse a la derecha o a la izquierda, sino de beber el cáliz como Él lo bebió, y bautizarse en el bautismo en que Él se bautizó con su oblación. En muchos momentos esto es ir contra corriente. La convivencia se hace difícil ante el afán desmesurado de poder y de dinero. Nos atropellamos unos a otros y parece como si pensáramos que el fin justifica los medios. Admitimos lo que sea con tal de conseguir lo que, desde nuestro punto de vista, es lo mejor para nosotros. Todo es objeto de compraventa.

Tendríamos que releer una y otra vez las palabras de Jesús, si queremos tener luz suficiente en nuestros ojos, para adoptar las actitudes de abnegación de nosotros mismos y de servicio a la sociedad, en que vivimos. Por nuestra falta de oración y de reflexión sincera sobre las enseñanzas de Cristo, es muy fácil incurrir en extravíos y olvidarnos de lo que Él nos ha pedido.

Y, sin embargo, el Crucifijo preside en nuestras iglesias, despachos, habitaciones, aulas, y hasta lo llevamos sobre el pecho. Por qué no preguntamos a quien desde la cruz nos mira y no ama: Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna? Lo que Jesús pretendía estaba en profunda contradicción con lo que creían y esperaban del Mesías los judíos de su tiempo, llevados de su mezquino nacionalismo. Jesús se nos presenta con la conciencia clara y precisa de una vocación y una misión: predicar la Buena Nueva de que Dios ama a los hombres y quiere su felicidad. Con Él, la eternidad entraba en el tiempo, y la Redención cambiaría el curso de las cosas. No podemos entender a Jesús sino a la luz deslumbradora de sus palabras: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo. Yo y el Padre somos uno”.

TEN COMPASIÓN DE MÍ

Comentario a las lecturas del XXX domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 26 de octubre de 1997.

Anhelamos la felicidad, la paz, el bien, como el ciego anhela ver, como los desterrados desean volver a la patria. La liturgia de hoy es de cantos gozosos, porque se cree y se espera la curación y la liberación. No olvidemos que el domingo es el día en que se comenzó a celebrar la resurrección del Señor, es decir, la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, el día en que, tras los trabajos y agobios de la semana, los creyentes en Cristo recobraban la alegría de vivir, confiados en que la vida tenía un sentido y merecía la pena esforzarnos en la lucha áspera y fatigosa de cada día ante la perspectiva del gozo inenarrable que el domingo les hacía sentir.

Jeremías da un testimonio impresionante. Es un hombre que vive en tiempos sombríos, a la espera de la Nueva Alianza. Se compromete en cuerpo y alma con su mensaje. Yahveh será realmente el Dios Padre, que volverá a reunir a sus hijos en el hogar, que dará cobijo a todos. Manifestaciones de alegría por doquier. Gritad de gozo, regocijaos, alabad y decid: Dios salva a su pueblo, a todos, porque entre ellos hay ciegos, cojos... una gran multitud, que se marchó llorando al destierro y que vuelve llena de júbilo a la casa del Padre, confiada en que solo Dios puede salvarla. Esta es la afirmación que nuestra sociedad necesita escuchar. Sólo Dios puede salvarnos. De ninguna manera el sonido hueco, vacío y nihilista del 'Dios ha muerto'. Alguien ha escrito que un día en la fachada de la casa en que vivía Nietzsche apareció esta inscripción, que transcribía la frase del famoso escritor: "Dios ha muerto. Firmado, Nietzsche". Pasado algún tiempo, alguien escribió en la casa de enfrente: "Nietzsche ha muerto. Firmado, Dios".

Los que creemos en esta verdad auténtica y vital de la salvación que viene de Dios, tenemos que comunicarla y hacer partícipes a los demás del mensaje de esperanza. No se trata de ofrecer principios abstractos, ni ideas mejor o peor desarrolladas. Abundando en lo que exponíamos el domingo anterior, Cristo es el Sacerdote cercano que vivió su misión compartiendo su carga con los demás, tal como leemos en la Carta a los hebreos. Respondió a la llamada de Dios para ir mano a mano con los hombres, sus hermanos. Él es el Mediador. Sirviendo a Dios, ama a los hombres y amando a los hombres, sirve a Dios. Como tenemos que hacer nosotros. Porque Cristo Sacerdote tiene que ocuparse del culto a Dios, se interesa por los desgraciados, por los infelices. Ha venido a llamar y salvar a los pecadores, no a los justos. ¿Pero quién es el orgulloso, que se cree justo? Comprende a los ignorantes y extraviados, y quiere que caigan en la cuenta de que el Padre no los olvida. Cristo cercano, cercanísimo. Meditando en Él, tal como aparece en el Evangelio, se le ve próximo a nosotros, como hermano, como un amigo, en quien podemos tener nuestra confianza, pero a la vez infinitamente distante, inaccesible. Es Dios y es hombre.

En el evangelio de hoy Jesús se nos muestra devolviendo la vista al ciego Bartimeo. Le regañaban a éste y le pedían que se callase, pero él gritaba una y otra vez: "Jesús, Hijo de David, ¡ten compasión de mí!". Preciosa oración de

súplica confiada e insistente, que repetimos a lo largo de la vida, incluso a veces de manera rutinaria. Bendita rutina, aunque así fuera, que tiene su encanto, como el beso del hijo a sus padres al salir de casa para ir al colegio o al volver. Bartimeo abrió los ojos y vio al Señor. Y le siguió por el camino.

Cuando miramos atentos nada más que a lo terreno, no vemos a Cristo, sino a nuestra propia persona e interés. Razones humanas o incluso el sentido común pueden escandalizarse de Cristo, Hijo de Dios hecho hombre, revelación viviente del Padre. Hay que abrir los ojos y seguir por el camino con el Maestro. Frente a Jesús hay que decidirse por todo o por nada. “Yo he venido al mundo –dijo Él– para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos”.

FIELES DIFUNTOS

Comentario a las lecturas del XXXI domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 2 de noviembre de 1997.

Este domingo la Iglesia entera, extendida por todo el mundo, ora por todos los difuntos. Ora con paz, con serena confianza, con la honda convicción de que “si por el bautismo nos incorporamos a Cristo, ello quiere decir que nos incorporamos a su muerte”. Esta es la oración litúrgica que brota del misterio de Cristo, la que piensa que un día por el bautismo fuimos sepultados con nuestro Salvador en su muerte y por ello mismo, igual que Él resucitó de entre los muertos, alcanzaremos la vida nueva y resucitaremos con Él.

Por eso dijo Pascal que desde que Cristo murió ningún cristiano muere solo, sino con Él, unido a Él, apoyado en Él, con la dulce compañía de Él. Lo que ocurre es que junto a esta grandeza de la muerte cristiana está la frágil condición de nuestra naturaleza, que nos hace sufrir indeciblemente al ver que se mueren nuestros seres queridos, y que también nosotros nos vamos acercando a la muerte despiadada y cruel, tras la cual lo único que queda es la soledad del sepulcro y la corrupción progresiva de unos pobres despojos de aquellos a quienes antaño amamos tanto y ahora ni siquiera nos atrevemos a querer ver cómo están y qué son, si nos fuera ofrecida la posibilidad de contemplarlos. Y ahora ya ni eso. Todo es ceniza.

Por eso, la fe cristiana dice que nuestra existencia está unida a la del Señor, tanto en la vida como en la muerte. Creemos que estamos destinados a ser ciudadanos del cielo y así lo cantamos, a veces, en nuestras eucaristías; vivimos sabiendo que donde está Cristo, allí estaremos nosotros. Ante la muerte no hemos de perder la calma, ni ceder a la desesperación. Creemos en Dios-Amor. En la casa del Padre hay muchas moradas y Jesús nos tiene preparada también la nuestra.

Por eso hoy, la Iglesia llena de amor, de comunión, de solidaridad, recuerda a todos los difuntos, y eleva en la Eucaristía su oración al Señor por todos. Él es la vida y nosotros los sarmientos. Unidos rezamos por nuestros difuntos y esta oración es para nosotros, los que vivimos, consuelo y esperanza. “Cuando se acepta con serenidad la caída de las tinieblas de la muerte –escribe Rahner– como el comienzo de una promesa que no entendemos, cuando un hombre conoce y acepta su libertad última, que ninguna fuerza terrena le puede arrebatar, allí está Dios y su gracia liberadora”.

Todo en esta vida tiene su tiempo y acaba. Pero el Señor vive y no le alcanza la transitoriedad. En esta quietud, en ese amor, en esa paz, en esa vida, en esa felicidad y plenitud, en la que está Dios, están todos los que han muerto. Desde allí Jesucristo ha venido a nosotros y nos ha traído noticias de lo que ningún ojo ha visto, ningún oído ha percibido, ni ha penetrado en el corazón de ningún hombre. Cuando nuestra vida terrena se complete, ahí está también nuestra patria.

Hemos de fomentar en la vida terrena la esperanza y ello servirá de estímulo en nuestro obrar cotidiano. Cada momento es moneda de vida eterna. Seamos conscientes de ello y que nuestra vida sea tocada por el soplo de la eternidad divina, para que cumplamos bien nuestro obrar en el tiempo. Hemos de combatir y luchar por nuestra libertad, para ir haciéndonos mejores y mejorar también nuestro entorno. En toda limitación, en toda aparente inutilidad de nuestra vida, hemos de sentir la esperanza del día en que caerán todas las cadenas y seremos partícipes de la libertad de los hijos de Dios.

“No encadenes tu fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, a fugitivos reflejos de él. Vive al día dentro del amor de la eternidad; el día de la eternidad, es la eternidad, es como debes vivir” (Miguel de Unamuno, *Adentro*).

Esta es la mística, la espiritualidad de cada día, buscar a Dios en todas las cosas y hechos, por pobres que sean. Esta es nuestra fe pascual de vida, muerte y resurrección. La Eucaristía es nuestra fuerza en la lucha diaria. Los cristianos proclamamos la fe en un Dios revelado en Jesucristo, que es fiel con nosotros más allá de la frontera de la muerte. Hay que orar más. Frente a las lágrimas, un beso y muchos besos al crucifijo.

LA CATEDRAL DEL PAPA

Comentario a las lecturas del XXXII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 9 de noviembre de 1997.

Coincide nuestra celebración semanal del día del Señor con la dedicación de la Basílica de Letrán. Es la catedral del Papa y simboliza la unidad de todas las comunidades cristianas con la Cátedra de Pedro. Fue construida en su fábrica primitiva por el emperador Constantino, cuando, gracias a su acercamiento a la Iglesia, comenzó ésta a vivir en paz.

El Papa es Obispo de Roma y Obispo de la Iglesia universal. Por eso, un día al año, el 9 de noviembre, se celebra esta fiesta en todas las iglesias del mundo para hacer sensible esta unidad de todos los cristianos con Pedro, elegido por Cristo, y con todos sus sucesores. Dios ha querido que su pueblo se llamara Iglesia, y en la oración de hoy pedimos que, reunidos en su nombre como Iglesia, le amemos y nos dejemos conducir por Él.

La lectura del profeta Ezequiel nos introduce en el tema. Da la espalda a los desastres del pasado y mira al futuro, que se le presenta exultante. Lo primero que ve es un templo nuevo, símbolo, como siempre, de la Alianza con Dios. Desde el capítulo 40 traza los planos de la radiante ciudad, con la que sueña. Precisamente el 47 es para nosotros el más interesante: el templo. El agua viva mana de su lado derecho y hará que brote viva dondequiera que llegue la corriente.

Es imagen de Cristo, el verdadero templo del que nos habla el evangelio. “Destruid este templo –dijo Jesús– y en tres días lo levantaré”. Él hablaba del templo de su cuerpo, del que manarán ríos de agua viva. “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Del que crea en mí también manarán ríos de agua viva, como dice la Escritura”.

Mientras tanto había que esperar a que llegara el momento, en que Jesús resucitado se presentase como el verdadero Templo, que diera cobijo a todos los que le amarían. Ahora, por desgracia, el Templo era un lugar profanado por los cambistas y vendedores de animales para el sacrificio. Jesús entró con autoridad en el amplio patio lleno de mercancías y con un látigo hecho de varias cuerdas entretejidas echó de allí a los mercaderes y derribó las mesas, diciendo que su casa era casa de oración y no de comercio.

Cuando le preguntaron qué signos daba para obrar así, con palabras enigmáticas habló de su futura resurrección. Pero no podían entenderlo ahora. Más tarde lo entendieron y explicaron a las primeras comunidades cristianas el profundo sentido de aquellas palabras.

Somos todos Iglesia y la Iglesia es la plenitud de la gracia, dice Romano Guardini, que obra en la historia. El misterio de unión de Dios con su creación, realizada por Jesucristo. La Iglesia es el misterio de la creación nueva. La madre que engendra continuamente vida. Existe entre ella y Jesucristo una profundidad de amor, porque es el pueblo santo de los hombres, la familia de los hijos de

Dios reunidos alrededor del Hermano por el que hemos sido constituidos hijos y herederos. ¡Dichosos los que saben esperar!

San Pablo insiste una y otra vez en la significación de la Iglesia. Sois edificio de Dios, nos dice hoy en la primera Carta a los corintios. Las piedras no son colocadas al azar, sino conforme al plan del arquitecto. Cada unidad es un elemento del todo. Los creyentes formamos una unidad fraterna y el Padre es uno solo. Y con acendrado fervor, continúa diciendo san Pablo que nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, Jesucristo. El sentido de nuestra responsabilidad debe hacernos pensar y analizar a cada uno de nosotros sobre cómo construimos o destruimos ese templo de Dios.

Hoy sentimos la Iglesia, realidad histórica, con todo lo que ella encierra de destino y de aspiración. Nos confiere una importancia decisiva, porque esta Iglesia, a través de cada uno de nosotros, debe ocupar su lugar en la historia, irradiar, atraer hacia sí, transformamos. Cada uno no puede hacerlo todo, pero lo que Dios pide a cada uno como obligación suya sólo lo puede hacer él. Por eso, nuestra súplica al Espíritu Santo es que multiplique sus dones y su pueblo crezca siempre para bien de todos.

UN CIELO Y UNA TIERRA NUEVOS

Comentario a las lecturas del XXXIII domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 16 de noviembre de 1997.

Ni el libro de Daniel ni el texto evangélico de hoy contienen una explicación científica del fin del mundo. El primero, con una visión apocalíptica, nos presenta el destino del mundo como un combate entre Dios y su arcángel Miguel por una parte y el mal por otra. Al fin, el reino de la injusticia dejará paso a un mundo nuevo, y los que fueron justos y mostraron la justicia brillarán como estrellas por toda la eternidad.

El propósito del libro de Daniel es sostener la fe y la esperanza. Todos los momentos de la historia son momentos del plan de Dios. El profeta revela el sentido último de la historia. El juicio de Dios será el resultado de la actitud del hombre. El mundo nuevo no se improvisa, se construye día a día. Participar de la plenitud exige haber practicado la justicia.

En el evangelio, las imágenes simbólicas para exponer el final de la historia e ilustrar la venida de Jesucristo, siguen las características de la tradición profética, que acabamos de ver en Daniel. En ellas la irrupción de Dios siempre está vinculada a acontecimientos cósmicos excepcionales. Estas expresiones representan el final de la historia como una intervención salvadora de Dios, en la que todo alcanza su plenitud, y Dios será todo en todo. San Pablo y san Juan nos dicen que todo quedará transformado y surgirán un cielo nuevo y una tierra nueva. Sólo la esperanza cristiana puede presentir su esplendor. Esta esperanza se apoya en las palabras de Jesucristo. Toda tribulación es de alguna manera el anuncio de una nueva creación sin dolor, sin crisis turbadoras.

A lo largo del año hemos seguido el mensaje de la redención que brota de la decisión libre y sagrada de Dios: Dios nos ama, y por eso cura y salva. Dios que asume nuestro destino y se hace uno de nosotros. Hemos ido viendo cada domingo –día del Señor– los grandes misterios de nuestra salvación, y hemos escuchado su Palabra, que ilumina nuestro diario caminar. Al acabar el Año es Él mismo el que nos indica que sus palabras no pasarán. Es la permanencia del amor de Dios por encima de todos los avatares de la historia. En el fragmento de la Carta a los hebreos, que leemos hoy, se nos presenta el sacerdocio de Cristo como el único capaz de ofrecer un sacrificio válido por nuestros pecados. Ahora vivimos el tiempo que ha de transcurrir desde que se realizó ese sacrificio hasta su segunda venida. No sabemos cuando tendrá lugar ésta.

Tenemos que vivir activa y comprometidamente esta espera, y saber anunciar con nuestra vida el mundo nuevo, en que creemos. La novedad está en nuestra propia vida, que es la de Cristo. Lo nuevo siempre es Cristo. La verdad siempre es Cristo. La plenitud siempre está en Él.

No se nos pide que nos convirtamos en mendigos y vivamos a la intemperie. Se trata sencillamente de no ser esclavos de la torpe ambición que nos engaña, haciéndonos creer que la felicidad está aquí, en nuestras manos, en la satisfacción de nuestros torpes deseos, olvidándonos de la brevedad de nuestra

vida y del fin que tan cerca está para todo lo que hemos anhelado en este mundo, y tan lejos de la posibilidad de procurarnos la dicha apetecida. Pasarán este cielo y esta tierra y nos encontraremos con un mundo nuevo. De nosotros depende que en ese mundo esté Cristo esperándonos para recibirnos en su morada. “No te inquietes –dice Teilhard de Chardin– por las dificultades de la vida. Quiere lo que Dios quiere. Piérdete confiado en ese Dios que te quiere para sí”.

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

Comentario a las lecturas del XXXIV domingo del Tiempo Ordinario. ABC, 23 de noviembre de 1997.

En esta semana en que entramos, termina el Año Litúrgico. El próximo domingo será ya el primero del nuevo Adviento, cuando la Iglesia nos pide que dispongamos nuestro espíritu para celebrar pronto el nacimiento de Cristo. Hoy, antes de que se cierre el Año, se nos ofrece la solemnidad de Cristo Rey del universo, y nuestra alma se llena de alegría por poder darle ese título, que corresponde a su majestad y su grandeza.

La primera lectura nos presenta la visión de Daniel, llamada del Anciano y del Hijo del hombre. Simboliza éste a Cristo. “Diéronle poder real y dominio; todos los pueblos, naciones y lenguas le respetarán. Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin”.

La segunda lectura, tomada del Apocalipsis, es ya la afirmación rotunda y vigorosa, no el preanuncio profético. Jesucristo es el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Alfa y la Omega, el que es, el que era, el que viene, el Todopoderoso. Es manantial de paz y nos libera por su sangre. El mundo renovado por Cristo es una realidad: esto lo saben y viven los que creen en Él. Es el Príncipe de los reyes.

Pero es en el evangelio de hoy, donde encontramos la expresión definitiva. A la pregunta que le hizo Pilatos, el Gobernador romano, Jesús contestó: “Tú lo dices, soy Rey. Yo para esto nací y para esto he venido al mundo, para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”.

La respuesta de Cristo, aunque referida a todos los hombres, porque con todos quiere constituir un Reino o Pueblo sacerdotal –no es de este mundo–, prescinde de las diversas reacciones posibles de los hombres. Él sabe lo que le sucederá. Que le rechazarán muchos, que se mostrarán indiferentes, que le combatirán, que pasarán siglos hasta que llegue su luz a los que viven en tinieblas. No importa. Él es el rey con él está la verdad. No para las maniobras políticas de este mundo, sino para iluminar sobre el sentido de la vida, en todo lo que sea vida humana. En la respuesta a Pilatos está contemplando su propia identidad. Se afirma a sí mismo. Y quiere que todos vayan a Él y le conozcan como Señor y Rey; es porque los ama y quiere salvarlos. Si le rechazan los hombres, ellos sufrirán las consecuencias de su extravío.

Pero, aunque le nieguen muchos, Él nunca dejará de ser Rey. Y será Rey pacífico, humilde, abnegado, servidor de todos, generoso, sacrificado, lleno de amor. Le acompañará siempre, como señal y cetro, la cruz, pero será una cruz victoriosa. Y quizá lo más singular de ese Reino es que no lo instituye Él solo, sino Él con nosotros, porque nos llama y nos pide que vayamos con Él por caminos de justicia, de verdad, de paz y de amor. No debe haber enfrentamientos bélicos, coacciones, dominios opresores. No. Así no se construye el Reino que Él desea. Si se hace así, tarde o temprano viene el fracaso. Lo que tenemos que hacer es centrar seria y rigurosamente nuestra vida

en Él, en Cristo, que siempre triunfa porque es un Rey Hijo de Dios. No basta que creamos en Él. Hemos de aspirar a lograr un mayor conocimiento y una más fervorosa imitación.

Tan seriamente como nos proponemos avanzar en nuestras profesiones, así hemos de avanzar con Él hacia lo que nos enseña en su Revelación. Un día vendrá a nosotros y sabremos que es Él y lo viviremos, no porque lo aprendamos en los libros, sino por la acción del Espíritu Santo, que nos impulsa a colaborar en la construcción del Reino. No hay nada más grande ni más digno.

Celebremos la fiesta de Cristo Rey al finalizar otro Año más de la vida de la Iglesia, llenos de gozo por la insondable riqueza de Cristo. El hombre y Cristo, dice Karl Adam, ambos vienen a ser como pregunta y respuesta, como deseo y realización. Sólo en Cristo encontramos la solución a nuestros problemas. Con Cristo apareció la verdad, la vida, la plenitud, la sabiduría, la bondad, el amor.